

La flor escrita

C O N T I N E N T E S

C O L E C C I Ó N

Carlos Noguera

La flor escrita



MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA

1ª edición, 2003

ILUSTRACIÓN DE PORTADA

Diseño de Leandro Bordalejo

sobre fotografía

de REGINA RELANG

La danza de los guantes, 1936

Gelatinobromuro de plata

25,3 x 23,4 cm

Museo Ludwig de Colonia

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 1999

Apartado Postal 70712, Caracas, Venezuela

Telefax: (58-212) 263.8508

maelca@telcel.net.ve

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal N° If5002003800667

ISBN 980-01-1163-8

A Juliana

...qué camino es aquel que nos separa
y a través del cual tiendo la mano de mi pensamiento
hay una flor escrita en el extremo de cada dedo
y el extremo del camino es una flor que marcha a tu lado.

TRISTAN TZARA

El día que los asesinatos se cometan de acuerdo
con las leyes matemáticas —le dije— podrás resolverlos
por procedimientos matemáticos. La mayor parte
de ellos no se comete así, y éste ha sido uno de ellos.

DASHIELL HAMMETT

Prefacio

A mediados de aquel año 1982 yo todavía era feliz. Se trataba de una dicha ligera y crédula, podría admitirlo, pero, puesto que me limitaba a vivirla, me resultaba antes un destino que una pregunta. Entonces llegó el 83 y, con él, los contratiempos. No pienso al decirlo ni en el Viernes Negro —esa suerte de apocalipsis anunciado que se cernió sobre el país— ni en la debacle económica que lo prolongó, aunque ambos hechos perduren en la memoria de todos. No. Se trata, como verán, de un asunto a un tiempo más íntimo y, me atrevería a decirlo, más doloroso. La historia personal, aunque atada como todas al sueño colectivo, lo padeció y lo matizó desde la única perspectiva imaginaria que me permitía agotarlo: mi propio guión de vida.

La compilación que sigue no aspira a la coherencia. Igual que los sucesos que la componen, les resultará diversa y quizá un tanto extraña, pero, puedo dar fe, también les resultará leal. Al menos eso espero. ¿Qué perdurará de estos papeles y estas voces, de esta depuración de aquellos días locos? Ustedes juzgarán.

Refiero las versiones casi por entero, respetando criterios, silencios y contradicciones. ¿De qué pasta, si no, está hecha la vida?

En lo que me atañe, ignoro si por vicio periodístico o por comodidad, he preferido, al contar, echar mano de la tercera persona. Un artificio que, al distanciarme de mí mismo, me obsequia un recurso de triple cara que me sosiega.

Primero, la invitación a la objetividad, al menos en lo que al campo más arduo concierne, el personal.

Segundo, el arma ubicua de la presencia total, que me permite suspender o proseguir el espectáculo a discreción.

Y, tercero, la ilusión siquiera fugaz de que esta historia a ratos bufa y, sobre todo, trágica en tantos sentidos, le aconteció a otros.

Empecemos, por ejemplo, de esta manera.

Capítulo I

(1982)

1

El tiempo se agotaba. Diego miró hacia la puerta: las dos siluetas acodadas contra la barra bebían dobladas sobre las botellas de cerveza mientras en la pista una pareja torpe intentaba en vano seguir el ritmo de un viejo danzón caribeño. Flotaba un aire espeso que casi podía rozarse con la mano: se sentía desconcertado, un pulso de ánimo al que sólo en rarísimas ocasiones condescendía. Repensó esto un par de veces mientras contemplaba al descuido el lento gancho a la quijada con que el boxeador de rostro magenta e irreal abatía al contrincante en la pequeña pantalla sobre el mostrador y volvió a mirar la hora: eran las nueve. ¿Habría entendido mal?

Tanteó en el bolsillo interno de la chaqueta y sacó el papel: no, no se equivocaba. «Una fuente espontánea», como se decía en el medio. Un dato que podía resultar en ruleta gruesa, dadas las circunstancias. Todavía escuchaba en el teléfono la voz afalsetada que había pedido hablar con él. ¿Habría sido fingida? No, debía tratarse más bien de un coletazo del miedo. Datos de primera mano, confidenciales, sobre el caso, había siseado la voz. Una revelación que iba a resultar dinamita pura, si podía creerle. Aparte de que el favor le iba a salir gratis, señor suyo, con la sola noticia ya se daba por pagado.

Aquella había sido la última frase que le oyera, justo antes de que la llamada se cortara. Por suerte, para entonces ya había logrado descifrar a duras penas, y anotar, los datos

de la cita, después de hacérselos repetir en aquel registro anónimo que a veces tartamudeaba y a veces se precipitaba a velocidad de silencio.

Ahora él estaba allí, esperando en ese tugurio que parecía una parodia irreal de aquellos bares-restaurantes de carretera, con música de trío bolero y pista de baile encementada, adonde acudían las parejas clandestinas en los años cincuenta. Contempló las cortinas desvaídas, endurecidas por el manoseo nocturno, y las guirnaldas de luces que formaban extrañas marquesinas internas sobre la barra, a un flanco de la pista de baile y en el vano del pasillo que conducía a las mesas de trasfondo y daban la impresión de haber sido entretejidas con bombillos repintados a brocha.

Intentó alzar la jarra para vaciar la cerveza pero un dolor filoso que le atravesó las costillas y se proyectó hacia el antebrazo se lo impidió. El vendaje ayudaba, sin duda, pero no operaba milagros. La escena había ido reconstruyéndose en su memoria al margen de su voluntad, cobrando forma sobre sí misma, fragmento a fragmento, a medida que los días pasaban. De modo que ahora, para su sorpresa, podía rememorar los hechos con una nitidez aún mayor que al final de aquella noche, dos semanas antes. La maniobra, una especie de caída lateral con los brazos en alto que lo aventara de costillas contra el filo de la enorme caja, había logrado colocar a La Flaca fuera de la línea de fuego, pero no había podido evitar que los disparos de la segunda ráfaga alcanzaran a Gregorio y lo aserraran a él mismo, un instante antes de que el chirrido de la camioneta sobre el asfaltado, al doblar la esquina, cerrara la embestida.

Gregorio había caído en el sitio mismo donde recibiera los impactos. Y en cuanto a él, aún se preguntaba de qué bocamanga había sacado los dos capotazos de concurso con que lograra evadir la acometida. Aquello había ocurrido dos semanas antes, pero la culpa seguía intacta. No cesaba de repetirse que de no ser por él, por su insistencia, ni La Flaca ni, por tanto, Gregorio, habrían estado en aquel sitio, en aquel momento.

La Flaca le había explicado su agenda: horario desbordado en la Fundación y recogida de Hugo a deshora: le pagaba, incluso, a una de las auxiliares del preescolar para que cuidara del niño en tiempo extra. ¿No podías arreglártelas sin ella, Diego, cariño suyo? ¿No podías cubrir la manifestación sin que ella te soplara las espaldas? Sí, sin duda hubiera podido.

La presencia de La Flaca, factótum en la comunidad, facilitaba sin duda los contactos y la cobertura, pero su ausencia de ninguna manera bloqueaba la noticia. Él lo sabía y, sin embargo, apenas había tenido que insistir para que, puntual hasta donde las tareas se lo habían permitido, compareciera ella, los ojos breves llamas aceitunadas, arrastrando a Hugo, presta a darle una mano, entre chanzas, a su «anarquista favorito» que sin embargo empezabas a tragar grueso cuando pisabas un desaguedero marginal, ¿no era así, reencauchado?, bromeaba por lo bajo, te pusieras a nivel, te colocaras. Y a tiempo, cariño, sí, porque la marcha estaba por anclar en la plazoleta de cruce.

Para entonces ya se habían sentado sobre el pavimento, cubriendo de punta a punta el crucero y, mientras aguardaban la inevitable cita de las patrullas policiales, se daban a la tarea de vocear las consignas y repartir los volantes: cloacas-aguas-seguridad-torrenteras-drenajes-talleres-dispensarios. Augusto, el fotógrafo, ya había hecho su trabajo. Y en cuanto a él, una vez asentados los apuntes sobre el escenario y los desplazamientos de la multitud, estaba listo para la recolección de los testimonios que le permitirían la redacción al vuelo de la crónica.

Como el resultado de un ensayo coreográfico, la llegada de La Flaca coincidió puntualmente con el inicio de «la sentada»: lo llevó hasta donde estaban los marchadores, le refirió anécdotas de la coordinadora vecinal y le presentó al catalizador del desborde: facha apacible, empaque de artesano, Gregorio aceptó, no sin reticencia, la invitación al *tête-à-tête* en los galpones de la coordinadora. La marcha iba a ser un titular de seis columnas mañana, dirigente, le bromeaba La Flaca,

con una foto que iba a sellar su fama para siempre, a pesar de los patinazos de nuestro anarco aquí, ¿cierto, Cronista?

Fue media hora después, finalizada la marcha y retiradas las patrullas policiales, en el momento en que él y el pequeño grupo abandonaban los galpones vecinales, cuando ocurrió. Nadie prestó atención a la camioneta que habiendo doblado en horquilla la encrucijada, cien metros arriba, se precipitara rauda calle abajo para cruzar zigzagueante frente a la fachada del edificio. Al principio apenas el chirrido de los rines chocando en chaflán contra el brocal de la acera, luego el traqueteo espeso de los disparos y al final el grito ululante de La Flaca abrazada contra el niño. En cuanto a él, envuelto como se vio en el torbellino, no se percató hasta mucho después ni del golpe contra el saliente de la caja que le abriría la frente sobre la ceja ni, sobre todo, del grano de plomo que, alojándose en el costado del pecho, terminaría remitiéndolo al pabellón y a la sala de intensivos.

Fue luego, sí, después de la sucesión de la ambulancia, el pabellón de cirugía y la rendija de consciencia en el postoperatorio que le había hecho pensar que despertaba del lado de la muerte, cuando tuvo la primera revelación. Había practicado un inventario inicial de la habitación y ahora se hallaba en una especie de éxtasis, custodiado por las figuras tutelares de Carmen Luisa y La Flaca, de pie al borde de la cama, y de padre, recostado contra el vidrio de la ventana con un pañuelo en la mano, entonces se dejó invadir por la proyección holográfica de la escena que comenzaba a reconstruirse pieza a pieza sobre el plano lechoso del cielo raso. Le sonrió con una mueca a la telaraña de gomas que sobreflotaba en el primer plano de la escena, y se figuró sonriéndose a sí mismo, impulsado por la súbita patraña de imaginar que el médico pudiese ser el asesino. ¿En qué cuento de Hammet el victimario resultaba un cirujano?

El chillido de la mujer que ahora celebraba a carcajadas el doble paso que arrojara a su pareja largo a largo sobre la pista de baile, lo reinstaló en el bar. Las diez: un retraso exagerado

para un espontáneo que había lucido desesperado por voltear sobre la mesa los ases que enmangaba. No le olía bien, se dijo al tiempo que se levantaba para marcharse; aquello le olía queapestaba.

Todo había comenzado apenas unas semanas antes, en su encuentro con Verónica. ¿Qué edad tenía Verónica? Probablemente la misma de él, en todo caso hacia los 40. Ya no era el animal semifelino mezcla de pasionaria en ciernes y de campeona de gimnasia rítmica que lo sedujera en los meses vertiginosos de la renovación en el *campus* del 70, pero conservaba algo del antiguo atractivo. La agresividad delirante de la época universitaria se le había ido macerando con el tiempo (pensó pensar «dulcificando», pero tratándose de ella resultaba un verbo arriesgado) hasta cobrar la forma de una... ¿presencia de carácter?, que la investía de una personalidad imposible de desatender. Tal vez a este rasgo se debiese la singularidad añadida de ser la única de sus «ex» con la que él había mantenido una relación de amistad posterior a la ruptura. Una regla —la del distanciamiento— que se superponía a su pequeña historia de explorador erótico y que Verónica —que la conocía— se ufanaba de haber violentado. Más aún, se sorprendía él, violentado dos veces, porque ahora La Fierecilla (así la llamaban en los setenta) había vuelto por sus fueros para arrastrarlo a la cama, 10 años después de la despedida.

Hay que añadir que se trató de una ocasión aislada —pasada por dos botellas de tinto— que no se repitió y que al parecer bastó para curarlos de la «nostalgia excedente», frase ésta acuñada por Verónica (y celebrada a diente batiente por ambos) que daba cuenta a la par de su manual revolucionario de la década prodigiosa y de su posterior léxico de ejecutoria bancaria. Este detalle iba a ser recordable y significativo porque fue a causa de él que La Fierecilla venida a menos le protestó y, en parte moqueando —¿el vino?—, en parte riendo

con hipidos —¿el vino?—, reivindicó que no te fueras a equivocar tú, bicho, ella todavía conservaba las ilusiones de entonces, los ideales de entonces y, déjame decírtelo así, el corazón de entonces.

Y de aquí, aquella noche y en el mismo envión, había pasado a confiarle las barbaridades que le había tocado presenciar en aquella guarida de carroñas perfumadas y cuello blanco adonde las circunstancias la habían llevado: Blonacre, el banco de Altamira. Cuando en la casa del pobre se lavaba, de seguro llovía, tomaras nota, Cronista:

—Autopréstamos, desvíos, empresas fantasmas, testaferrros, garantías falsas. No se raspan el hueso ellos, los unos contra los otros: se coaligan, se soban, se cabronean, cariño, unos a otros, para practicarle la operación de tierra arrasada a los de la bolsita quincenal —jadeó.

Él le había dado una nalgadita de felicitación sobre el trasero desnudo y le había confiado que lo sorprendía el verla con las mismas pasiones de la pequeña prehistoria personal, tigrita, de cuando el mundo era mundo, ¿no? Tal vez no las mismas, tal vez sólo parecidas, respondía ella... pero para el mandado bastaban. Arrecha, ¿no? Sí, arrechaba, cariño, ¿por qué tú y ella no les daban en la madre?, ¿por qué no se metían en una de travesura con sentido como en aquellos tiempos? ¿Tú no eras el periodista estrella?, ¿tú no eras el trinca?

Allí había comenzado la historia. Él le había dado otra nalgadita, y le había dicho le dábamos, tigrita, el trato estaba hecho. Recordó que el enredo de *El hombre delgado* se había iniciado con una mujer, y se encomendó al azar. A la semana siguiente ya estaba publicando la primera columna de la serie.

2

El galpón, un elevado techo de zinc con paredes de ladrillo frisadas, hervía con el sol blanco que reverberaba afuera.

¿Sesenta personas? ¿Setenta? Estaban sentadas en sillas plegables y conversaban sembrando un ruido sordo que envolvía el ambiente y hacía imposible entender, al menos desde el portón que miraba al Este, una sola de las frases en trama que saltaban, animadas, desde todos los sitios.

Diego había estado pensando en la singular llamada de dos días antes, en la cita de la noche anterior y en el supuesto informante que nunca apareció, pero ahora, las vueltas y revueltas en el podio lo regresaban al galpón. Fisgoneó, tratando de no llamar la atención y, por encima del hervidero humano, pudo divisar en la mesa de coordinación a La Flaca, que a ojos vistas se esforzaba por organizar los detalles finales y abrir la reunión. El acto se había retrasado, pero a él no le molestaba la posibilidad de asistir, desde el balcón lateral de convidado de piedra, a una de aquellas conversaciones vecinales de las que La Flaca le hiciera historia y de las que él, de no haberse interpuesto la balacera, habría terminado por hacerse habitual.

Muchos de los que participaban en el acto habían asistido, días antes, al entierro de Gregorio. ¿Cuántos de ellos compartirían el temor de La Flaca? Difícil saberlo. El mar social era solidario pero diverso, para no hablar del amedrentamiento por parte de los grupos de distribución que se disputaban las zonas —La Vega, Los Paraparos, Los Canjilones— y del que muy pocos podían ufanarse de sentirse libres. ¿Llegaba esta diversidad al límite de la quinta columna? Algunos opinaban que sí, y le habían propuesto a La Flaca, incluso, la formación de un cordón de contraespionaje. La Flaca optó por la parsimonia y los tranquilizó con el argumento de que la paranoia podía resultar tan negativa como la exposición a un presunto enemigo interno. Piel adentro, sin embargo, abrigaba temores que evitaba divulgar a la comunidad con un empeño igual al que invirtiera en comunicarlos a El Cronista: la intuición de que el objetivo primario de la ráfaga había sido ella, y de que tanto él, Diego, como el desventurado Gregorio,

eran sólo víctimas derivativas (usamos este adjetivo, algo técnico, porque hemos olvidado el que ella empleó en su momento), fortuitas, de la operación de las «bandas distribuidoras».

En su momento, éstas fueron las dos preguntas que él le planteara a La Flaca:

a) ¿Era tan importante el *comercio al menudeo* en aquella zona como para que los chivos tomaran una decisión tan drástica como la de soplarte? —¿«soplarte» o «quebrarte»? Tal vez empleó «quebrarte».

O la inversa:

b) ¿Representabas tú, por encima de otros, una amenaza tan real para la buena marcha del *negocio* como para aplicarte el escarmiento extremo?

En esa oportunidad se hallaban sentados, La Flaca, Fernando y él, aún convaleciente, en el pantry de la cocina, con El Llanero actuando de mesonero y La Flaca y él enfrascados en aquel primer ping-pong de conjeturas de la era postatentado.

—Esa regadera de plomo iba contra mí, Cronista, créeme —insistía ella—. El que el azar me haya sacado ilesa no hace sino comprometerme más... contigo, con el trabajo, con la gente del barrio. Es un asunto mío.

Fernando cruzó con él un ojo de compinche: desde el comienzo había descreído de las hipótesis de La Flaca, aunque se cuidara de comentárselo. Pensaba que las de él, las de Diego, si bien todavía crudas, se aproximaban más a una explicación de los hechos. La única víctima fatal, Gregorio, debido a su posición de líder acatado, pacífico, de las peticiones comunitarias hacia afuera —autoridades municipales, regionales— se hallaba fuera de toda sospecha como objetivo probable. Lo cual reducía a dos los destinatarios posibles, La Flaca o él, razonaba él. Y en esta disyuntiva —no por vocación heroica o misericordia sino por lógica y nariz— él prefería descartar a La Flaca.

El galpón, ahora, bullía con la asamblea. La desaparición de Gregorio había alejado a algún que otro pusilánime, pero

los que eligieron quedarse seguían con un ánimo aún más decidido que el de la víspera de la balacera: alzaban manos, pedían la palabra, lanzaban discursos, discutían, se quejaban, arengaban. La Flaca se hallaba en el podio de dirección y esta vez no había querido delegar en ninguna de las colegas de la Fundación la coordinación del debate. Era la primera vez que él la veía en ese rol: un espectáculo, pensó. La juzgó, incluso, tan embebida en su papel, que cuando ella le dirigió el guiño para indicarle la presencia del vecino «avisado» que les rendiría el informe, él tardó unos segundos en interpretar el gesto. De modo que el tal gesto tuvo que ser repetido y remarcado por La Flaca, al punto que algunas de las compañeras de mesa experimentaron la necesidad de volverse ostensiblemente hacia ella, acaso temiendo que el muequeo tuviese que ver con algún malestar súbito. El informante, veintidós años al ojo, había pedido la palabra y ahora hablaba con entusiasmo acerca de algún problema que habría surgido con el horario de las canchas de básquet entre los aficionados ocasionales, por una parte, y los jugadores del equipo de casa que entrenaban para el campeonato regional.

El Cronista no le perdía frase: si bien, por una parte, para la «salud social» de los adolescentes del barrio la práctica improvisada de pelotazos fallidos por parte de las pandillas que se acercaban a la cancha de manera espontánea resultaba imprescindible; por otra, los vecinos soñaban con la gloria de una copa zonal para el equipo emblema. Por esto, la conveniencia del doble uso —y la justicia del doble derecho— debía ser planteada con un tacto de pinza: una prueba de inteligencia y de comprensión del movimiento vecinal por parte del orador. Si éste era quien iba a rendirles el balance informativo, se dijo Diego, aquel era el momento para demostrar su solvencia.

—Bien, Cronista, tú tienes tus datos y tu razonamiento... yo tengo los míos —le había dicho La Flaca en ocasión de aquel primer ping-pong de cocina—. Tú, probablemente, tendrás tus fuentes... yo tengo las mías.

En ese momento La Flaca se había puesto recordosa, reconstruiría luego él, y se había dado a la tarea de historiar su vida en La Vega. Lo que comenzara en los setenta tempranos, a su regreso de Londres, como una pasantía de la Fundación por el barrio, se había ido abultando con los años hasta convertirse en el macroproyecto que ahora materializaba para la institución, que mimaba en él al centro principal de sus actividades, si excluíamos a la sede central; y para ella, para La Flaca, para quien representaba el «paradigma concreto de la acción comunitaria» —la jerga entrecomillada es suya, por supuesto. La Fundación, cuyo búnker se emplazaba en esa singular tierra de nadie que se extiende entre el laberinto arbolado de San Bernardino, con su *pedigree* hebraico, y la barriada de Simón Rodríguez, erizada de colmenas multifamiliares y de malandrines al brinco, ocupaba dos pisos estrechos en un edificio más bien modesto, concebido en su inicio para uso «doméstico» y más tarde acondicionado como «centro gerencial», con oficinas y cubículos que el taladro hacía surgir de noche a día en los antiguos apartamentos clase media. Si el paisaje se basaba en la frugalidad —una virtud que la filosofía de supervivencia de los integrantes de la Fundación tendían a propiciar—, la actividad resultaba proliferante.

La institución se ufanaba y, con frecuencia, se resentía, del abanico de proyectos y prácticas que, desde la «catalización de la autogestión vecinal» —en su jerga— hasta la asistencia a víctimas de violaciones, pasando por la educación sexual de adolescentes y el aborto clínico —un punto subterráneo de honor que seguía provocando persecuciones en su contra—, no parecía conocer límites.

En cuanto a La Flaca, a pesar del respeto que a punto de sudor se había ido ganando en la casa hasta presidirla, prefería desmarcarse del propósito inicial de las fundadoras para privilegiar acciones que ella estimaba más de base. A este pulso, el escenario de La Vega se ajustaba como un guante, que ella rápidamente se calzó, leal al principio de que debía

ser la comunidad organizada la que «inventariara sus problemas», propusiera sus soluciones y —eslabón difícil— acometiera ella misma las acciones necesarias para llevar esas soluciones a término.

El papel de la Fundación, a través de sus voluntarias y empleadas, sería el de actuar como «catalizadora» de estos procesos que, le recitaba La Flaca a Diego, citando el manual, a) se hallaban en estado larvario en la comunidad y era menester propiciar su expresión; b) o se expresaban, pero de forma indiferenciada, y se hacía preciso «facilitar su concientización», bajo la elemental fórmula de «el diagnóstico y la solución»; c) o se habían hecho conscientes, incluso hasta el nivel de la solución, y entonces se trataba de propiciar el paso a la acción organizada.

—Éste es el manual del explorador caricaturizado en tres lecciones, por supuesto —remató La Flaca—... pero creo que sirve para lo que nos interesa y para lo que queremos conversar.

Diego se sobresaltó con este cierre de párrafo. Desde que La Flaca iniciara el relato y el prontuario, había estado siguiéndola a retazos. Conocía la historia por boca de la misma relatora y, por un momento, había acusado el impulso de detenerla e invitarla a cortar por un atajo con el propósito de ahorrar tiempo, pero cambió de parecer sobre la marcha. No sólo porque el recuento, como La Flaca anotó al final, estaba en sintonía con las circunstancias sino también —y sobre todo— porque lo tocaban las afinidades, de subsuelo y de superficie, que las ideas de la Fundación —¿o quizás en especial las de La Flaca?— mostraban en relación con sus propias convicciones anárquicas, acaso trasnochadas y con resaca, como le mamaba Fernando, pero en él.

No era la primera vez que celebraba esta sintonía que lo halaba sin antesalas a sus tiempos de activista, doce años atrás, pero, por ello mismo, no quiso desatender la ocasión de repetir el placer.

Como suele ocurrir en estos casos, en los que la memoria provocada por lo que se escucha se bate contra la comprensión de lo escuchado, la atención de Diego saltaba del relato de La Flaca a los campos de su propio recuerdo, para regresar al relato. Las idas y vueltas fueron tan vertiginosas que ni siquiera los chistes de Fernando, que en otro momento lo habrían atrapado, lograron sacarlo del raqueteo. En todo caso, se dijo, puesto que lo que La Flaca le contaba ya le era, en buena medida, conocido, no era necesario que lo siguiera y lo atrapara de un todo... bastaba con sentirlo. De modo que cuando La Flaca dio por terminada la introducción y le preguntó con su silencio si podían pasar —si ahora podían pasar— a la médula del asunto, él alzó las cejas y extendió los brazos: era obvio, chama, podíamos pasar.

Y bueno, prosiguió La Flaca, al tiempo que le arrebatava una pastica seca a Fernando, en aquel abanico de actividades de base la cuestión droga era primordial.

—Fue la comunidad, Cronista —dijo—. Fueron los propios vecinos los que plantearon el punto.

En aquel momento, Bárbara, que había estado cotejando los chismes de colegio con la vecinita del A-5, pasó en ráfaga por el pantry a preguntarle a mamá por las bragas azules que no aparecían por ningún rincón de la casa. Te tranquilizas, princesa, dijo en cambio Fernando, ¿ya habías saludado al «tío» Diego?

—Esta niña no tiene un minuto de reposo, mi amor —dijo mami, dijo La Flaca a Fernando y—: En la cesta de la ropa por planchar, cabeza de chorlito —a Bárbara y—: ¿En dónde andábamos, Cronista? —a Diego.

Diego no pudo responderle de momento: Hugo ya venía, ¡ahí voy!, con su nave intergaláctica, con su arma láser por si faltara algún apoyo.

En el galpón de La Vega, ahora, el orador guiñado terminaba la intervención. Hubo aplausos y gritos. Afuera, la brisa fabricaba pequeños remolinos de papel y de basura menuda y

las vendedoras de fritangas y refrescos voceaban su mercadería con alaridos. Adentro, en cambio, el calor en lugar de amainar con la proximidad de la noche, se mantenía en sus trece, y, a causa de la frenética actividad de la asamblea, por momentos parecía hervir.

Diego, que había tomado la precaución de poner en marcha el grabador para tratar de retener algo del discurso, creía entender ahora que desde la misma coordinación La Flaca cerraba la asamblea, fijaba fechas para las próximas reuniones (de la agenda pendiente, apenas si los dos renglones iniciales, menos de un tercio del total, habían sido resueltos) y despedía en nombre del equipo. Si en alguna duda se hubiese demorado él todavía acerca del ascendiente que nuestra lidereza de marras ejercía sobre la asamblea en específico y sobre el grueso de la comunidad en general, la circunstancia que sobrevendría de seguidas se iba a encargar de disipársela. Arrancó en el propio chaíto de La Flaca y cobró la forma de una estampida convergente que se desató desde el auditorio hacia el punto imantado que parecía encarnar el equipo coordinador, la mesa y, en singular, La Flaca. El informante guiñado que sin duda tenía instrucciones de alejarse a solas y esperarlos más tarde en un lugar seguro —probablemente fuera de las fronteras del barrio— aprovechó el zafarrancho para deslizarse por la puerta del fondo.

En el pantry, Fernando se servía una cerveza y disponía el tercer par de tazas de café con galletas sobre la mesa, frente a La Flaca —había ayudado a Bárbara a localizar la misteriosa braga, cariño, y le había puesto plancha y mesoncito en mano—, y frente a El Cronista —¿cuándo te expedían la papeleta de permiso para la espumosa, viejo? Ya te temblaban las manos por la abstinencia, ya te andabas con San Vito en baile.

—Deja tranquilo a Diego, cariño —dijo La Flaca—. Si le das un buche de cerveza lo matas —una exageración didáctica, ¿no veías que apenas había podido subir los escalones?

—¡Quien lo dice! ¿No eres tú quien está invitándolo para una refriega de drogos? Y en el mismo corral donde ya lo bordaron en plomo la primera vez... —bromeó Fernando.

Diego no se inmutó: aquel duelo a florete era uno de los recursos favoritos que la pareja practicaba para mover a sal la rutina.

—¡Óyelo bien, bichito feo y peludo! Ese corral no es corral, es el centro donde la madre de tus hijos suda la gota. Y los que se reúnen allí no son los drogos sino los que están hasta aquí de ellos, ayudados a bota por tu musa.

Y por allí seguían. Eran doce años de entrenamiento, se dijo El Cronista, mejor acomodaba el costillar y esperaba la tregua. Ya veías, Cronista, madre y musa no eran roles excluyentes, por si lo estabas pensando, dijo Fernando. Pero La Flaca se le adelantó y, no lo estaba pensando, te lo aseguraba ella, éste tenía su musa desdoblada en la casa... a propósito, ¿cómo estaba la Marinita? Creciendo a millón, un milagro... ya sabías cómo era eso.

La Flaca colocó sobre la mesa un pliego enorme que por un instante él confundió con un mapa.

—Es el diagrama de tareas —dijo—. En realidad es algo más que eso, pero incluye el diagrama de tareas, que es lo que nos interesa.

Diego le echó un vistazo. Era un cuadro detallado de los diferentes «frentes de acción» de la Fundación en el barrio. En el centro superior, con varias flechas que convergían sobre él, destacaba un rectángulo que etiquetaba uno de los pabellones emblemáticos, el que tenía que ver con el punto que los ocupaba. Lo revisó en pormenores mientras La Flaca iba hasta la sala a chequear a los chicuacos: Hugo iniciaba una rabieta por algún cambio que Bárbara había hecho en el televisor sin consultarlo. Fernando había desaparecido hacia el estudio.

—Huesudilla, cariño —celebró, cuando La Flaca reapareció—, ¡esto es fabuloso! Me aclara algunas cosas que ya

sabía en parte y me entera de otras que no conocía en absoluto. La labor que están haciendo es espléndida: prevención, recuperación, seguimiento...

—En el diseño de la unidad de atención nos ayudó Carmen Luisa. Te contó, supongo.

—Me contó. A eso quería referirme.

—¿A Carmen Luisa?

—Al tipo de tareas que realizan ustedes. Ahí no hay persecución ni represión ni delación ni captura...

La Flaca sonrió: sospechaba por dónde le venía El Cronista.

—No me llevo el disfraz de Mujer Maravilla cuando caigo por la zona...

—Te repito que me parece formidable... Pero no creo que alguien quiera liquidarte por abrir canchas y enseñar corte y costura y disponer ferias de hortalizas solidarias —antes de terminar la frase se arrepintió del tono: no era lo que quería decir.

La Flaca resintió.

—Gracias por el entusiasmo.

—Perdona, Flacucha, chama. Creo que no ando en mi mejor día, este bordadito punzando y la agenda a millón...

La Flaca se relajó contra el espaldar de la silla.

—Está bien, Cronista, date duro, como diría Fernando.

—Lo que quiero decirte es que ustedes no son el blanco de ninguna banda. ¡No tienen por qué serlo! ¡Y menos mal que no lo son... que no lo eres tú ni ninguno de los que se mueven contigo!

La Flaca mordió una galleta. Iba a decir que lo celebraba, pero recordó que su descarte dejaba a Diego solo en el papel de circulito bajo mira.

—Nos han amenazado —anotó por fin—. Llamadas contra la Fundación, anónimos con insultos...

—Entiendo que sobre todo en San Bernardino, en la Dirección; y entiendo que en especial contra el programa de abortos. Algo me mencionó Carmen Luisa...

La Flaca no pudo desmentirlo.

—Era una hipótesis. Lo que quiero es colaborar contigo —dijo, en cambio, en voz baja—. . . En todo caso, no perdemos nada con escuchar lo que nos tenga que decir Ramón mañana.

Ahora también él estaba más tranquilo.

—¿Ramón? ¿Se llama Ramón el tipo de mañana?

Ahora el informante guiñado —pero ya sabemos que se llama Ramón— entró al compartimiento trasero del carro de La Flaca, que apenas se había detenido para recogerlo. Un buen sitio, pensó Diego, en las vecindades de la redoma de La India, alejado de la zona caliente. La Flaca se encaminó hacia El Paraíso, sin destino prefijado: era claro que razonaba que el sitio más seguro era el propio carro en movimiento. Se hicieron las presentaciones, se cruzaron las frases de afecto, se habló de la asamblea. Diego entendió que Ramón le debía agradecimientos a La Flaca.

—¿Y bueno?... —dijo La Flaca, por fin.

Ramón se aclaró la garganta y miró a Diego.

—Puede estar tranquila doctorcita, esos hierros no la andaban buscando a usted —comenzó a decir Ramón.

—¿Ni a Gregorio?

—Ni a Gregorio ni a usted ni a nadie de su gente. Puede estar tranquila.

La Flaca tomó la autopista a la altura de Plaza Páez y se volvió un segundo a mirar a Diego y, por el retrovisor, a Ramón.

—Diego aquí es el periodista a quien hirieron —explicó.

Ramón encendió un cigarro, ¿no les importaba que fumara, doctorcita, doctor? No, no les importaba.

—¿Periodista? ¿Y ha sacado algo en la prensa contra...? Usted sabe...

—Sí, ha escrito algo —dijo La Flaca—. ¿Has oído algo sobre eso?

Ramón se movió de un lado a otro en el asiento.

—Sí... Es decir, no —balbuceó—. Lo que se dice es que los tipos no eran de aquí. Usted sabe, tipos de arriba.

—¿Por la camioneta?

—Y por los hierros... Hierros de altura, usted sabe: tartamudas de calidad, no jugueticos de peladores. Y por todo. No. Los tipos eran de afuera y el plomo no iba contra usted, doctorcita, aunque pudo salir malograda, como el finado o como el doctor acá... Fue un milagro.

—¿Cien por ciento seguro? —insistió la doctorcita—. ¿Ninguna posibilidad de que te dejaras meter las cabras en el corral?

Ramón se llevó el puño cerrado al corazón.

—Se lo aseguro, mi doc. Eso está chequeado y rechequeado.

Diego detuvo la mirada en La Flaca. La Flaca comprendió. A una pregunta suya, Ramón se extendió en pormenores y precisiones: nombres y sitios que Diego desconocía, ante los cuales La Flaca asentía. Finalmente, y puesto que habían practicado una vuelta en «U» a la altura de Plaza Venezuela, Ramón preguntó si podían dejarlo en Guaicaipuro, iba a pasar donde el hermano, si era que ya no lo necesitaban, por supuesto, doctorcita, doctor.

—¿Viste como juró con el puño en el pecho? —dijo Diego, una vez que Ramón bajó en Andrés Bello.

—No sé qué opinas tú, a mí me pareció sincero... Y bien informado —dijo La Flaca.

—A mí también.

El Cronista ya comenzaba a pensar en otra cosa: sonrió.

—Eso te deja a ti solo en la mira.

—Me deja solo —se oyó repetir de modo automático—. Nunca tuve dudas sobre eso.

Era cierto. Las preguntas que se hacía eran otras.

3

El estruendo del teléfono sacó a Diego del sueño. Era Tulio, pero en un primer momento experimentó la sensación de estar iniciando una entrevista con Gregorio, que intentaba hablarle

en una lengua incomprensible desde la muerte. La visita al galpón de La Vega, la conversación con La Flaca y las noticias suministradas por Ramón aquella misma mañana, antes que tranquilizarlo, lo habían dejado con una incómoda sensación de inminencia. Ahora despertaba aturdido de la siesta. ¿Qué hora era? ¿Las cinco ya?

—¿Dónde me habías dicho que era tu cita de anoche?
—preguntó Tulio, una vez que logró hacerse entender.

—En la Panamericana... no me vas a decir que me estás interrumpiendo la siesta para escribir una crónica de sociales —respondió, mientras maldecía un lanzazo de la herida y alargaba el brazo en un gesto automático para tocar el cuerpo de Carmen Luisa.

—Alto ahí, payaso. En primer lugar son las siete de la noche, no las tres de la tarde. En segundo lugar, sí, es verdad, tuviste la delicadeza de informarme —lo regañó Tulio, con ironía—... pero fue lo único que tuviste la delicadeza de informarme... Vamos a ver si yo te completo los datos. ¿El Patio Malagueño, por casualidad?

Aquel nombre terminó de sobresaltarle. Buscó hacia el espacio opaco que se abría a su lado. Antes había creído tocar un hueco acolchado donde, de ser madrugada, debía dormir la cadera de Carmen Luisa.

—¿El Patio Malagueño? —se oyó repetir, mientras saltaba de las cobijas y halaba el cordón de las cortinas.

—¿No es así como se hace llamar el tugurio de mala muerte donde ibas a celebrar anoche tu famosa «cita a ciegas»?

Algo le olía mal, se suponía que Tulio no debía estar al tanto...

—Me espíaste, guabina —lo acusó—. Me fuiste a espiar. Tulio continuó sin darse por enterado.

—... Y te embarcaron —se mofó—. El tipo debió aparecer a las ocho de la noche en el tugurio y no le viste ni la sombra, ¿me equivoco?

No cabía otra explicación, ¡el maldito había ido a fisgonear a pesar de lo acordado!

—Está bien, gusano, ya sabemos que estuviste paseando la nariz sin mi permiso. Lo que no entiendo es para qué sirve el jueguito de adivinanzas —había abandonado el lecho, cruzado el dormitorio con la bocina portátil en la mano y ganado el baño del pasillo—. Límpiame la cera del oído para que escuches la opinión que me merece tu papel de vidente —y colocó la bocina cerca del hueco de la poceta mientras orinaba ruidosamente.

Era el mismo tono de novela negra que desde siempre habían empleado para comunicarse entre ellos, usando un código híbrido que a veces se aproximaba a la broma tipo «el duro de la pandilla» y otras al reporte policial «objetivo». Un torneo en el que con frecuencia ni ellos mismos podían atinar dónde una de las dos melodías terminaba para comenzar la otra.

—Veo que aún no se te ha gangrenado el instrumento, te felicito —prosiguió Tulio—. ... Déjame decirte que no adivino, verifico indicios... Por cierto, ¿cómo te sientes del bordado en la costilla?

—Verificas indicios... Bien, Sabueso, vomita lo que tengas, no vaya a ser que termines aventado y con cólicos.

—Los datos los tomé de una libretica de notas que estaba en el paltó del tipo que te falló anoche.

Escuchó esta retahíla que Tulio soltó de una vez, y luego se la repitió a sí mismo concienzudamente para intentar comprender, en vano.

—Apareció en un matorral del Ávila, al lado de la Cota Mil, con un agujero de 45 en la nuca: una típica ejecución, un arreglo de cuentas —remató Tulio.

Y le explicó: no, el robo no parecía ser el móvil, las pertenencias del pobre desgraciado estaban completas, incluso los papeles de identificación. Daba la impresión de que a los asesinos los tuvieran sin cuidado estos detalles, o de que incluso estuvieran haciendo alarde. Había sido el papelito con los datos

de la cita el que lo llevara a establecer la relación. Todavía lo conservaba: no, no lo había registrado como evidencia.

—Por cierto, tenemos seguridad de que hasta hoy no te han intervenido el teléfono, pero yo no daría una chiva por tu privacidad si sigues usándolo. Así que si me vas a llamar, usa monederos... a menos que prefieras las palomitas mensajeras. Y en cuanto a Verónica... hablé con ella. También le recomendé no exponerse, te mandó un beso en clave.

Diego miró sin ver la imagen desaliñada que el espejo del baño le devolvía. A pesar de que no lo tomaban por completo de sorpresa, las noticias de Tulio lo obligaban a decretarse en un nuevo alerta. Uno tras otro los acontecimientos parecían precipitarse no sólo con el torvo propósito de confirmar sus hipótesis, tal como él las había estado asomando en sus reportajes, sino con el de hacerlas parecer, aun a las más extremas, como juguetes de *kindergarten*.

¿Cómo había llamado El Sabueso a la flamante «División»?

—Es una guarida de sabandijas —esas habían sido sus palabras—. Me da asco decirlo, pero hay que reconocer que «el cuerpo» va de mal en peor. Mojones de cerdo con precio... y con precio de rebatiña, por los vientos que soplan.

No era la primera vez que Tulio se refería a lo que llamaba su «paradoja cotidiana» en la División Técnica de Investigaciones. Y que él, Diego, se preguntara a su vez cómo se las había podido arreglar El Sabueso —uno de los apodos rotatorios que le había colgado— para continuar nadando en aquel charco de gusanos babosos sin rifarse su relleno de plomo o sin volverse, también él, otro gusano baboso. Con escafandra, le respondía Tulio, con pañuelo en la nariz, Cronista, con vocación. Algo de cierto tenía que haber en ese chiste. Se requería más que voluntad para sobrellevar el día a día en aquella guarida de venales. Jugar al menso. Acorazar-se. ¿Había algo más susceptible de contagio que el enmierdamiento? Si hubiese alguien con deseos de ejercer su derecho a la duda allí estaba el país mismo, *in extenso*, para conven-

cerlo: pillos para exportar, ratas, ladrones de todo cuello. El que no se convertía, sobraba; y el que no condescendía a sobrar era, simplemente, aventado. Ningún nivel se salvaba, la única diferencia entre el presidente, el jefe de oficina y el guachimán del depósito residía en el calibre de la tajada que cada uno de ellos alcanzaba a reservarse. La sola profilaxis eficaz, al parecer, era la de retirarse a tiempo: driblar fingiéndose errático, pendejo, o llanamente loco. Y en este cajón de sastre y como si todas las evidencias anteriores no bastaran, allí estaba de nuevo El Sabueso violando las normas del cuerpo para traerle en exclusiva una información que ahora desbordaba las fronteras de su trabajo para pisar el terreno de lo personal.

Tomó el tubo de pasta y el cepillo y, cuando se disponía a frotarse los dientes, un estruendo que parecía provenir de algún lugar del dormitorio lo sobresaltó al punto de provocarle una punzada en la cicatriz. Arrastrando la toalla, trastabilló hacia el cuarto: de nuevo el maldito aparato. Se lo había advertido a Carmen Luisa: se resistía a aceptar que aquel engendro (otras veces él lo llamaba birria o carcacha aunque La Sigmuncita insistiera en bautizarlo como «despertador») pudiera provenir de una línea de montaje, funcional y previsible. Se suponía que aquel adefesio debía acatar el programa: te fijaras, allí en el bendito manual lo decía, pro-gra-ma-ble. Al pronunciarla, dividía la palabra en fragmentos, con guiones orales, pero mientras más lentitud y más énfasis le imprimía a las sílabas, más hilaridad parecía provocar en Carmen Luisa, para quien los caprichos perversos del aparato resultaban el evento más natural del universo compartido. Era una sonrisa... ¿benigna, quizás? Este era el adjetivo que más le iba, si nos deteníamos en la mera topografía —tersa— y en el ojo que la acompañaba —aquietante—, pero de ninguna manera si atendíamos al efecto que ejercía sobre él: un diarreico

fulminante, en comparación, hubiera resultado un delicioso abreboca. Y detrás de la sonrisa, el comentario. Por ejemplo:

—Hubiera jurado que un anarquista que se respete amaría el caos —decía ella.

Diego no se consideraba ácrata en estado puro, pero cuando se le acusaba de serlo no sólo le asqueaba el negarlo, sino que debía hacer enormes esfuerzos para no salir a proclamarlo, a voz en grito, por las calles del centro. Sin embargo, tratándose de Carmen Luisa, quien lo hacía por el solo beneficio siniestro de la provocación, había que pensar en asordinar la respuesta.

—El anarquismo propicia el orden espontáneo, no el caos —podía responder, por ejemplo—. Te lo he explicado mil veces.

Estaba intentando localizar la posición de «apagado» en el cuadrante cuando una palabra del noticiero radial lo sacó de los órdenes naturales: era el nombre de la avenida donde, según la llamada de Tulio, el cuerpo del informante espontáneo —y fallido— que lo dejara esperando la noche anterior, había sido encontrado. Los detalles proporcionados por la noticia coincidían con los de Tulio, pero se añadía que, aunque «la identidad del occiso» aún estaba por determinarse, los indicios parecían señalar hacia un «típico caso de guerra territorial entre bandas». Y proseguía haciendo memoria de las pugnas entre fracciones de la mafia en el Chicago de los años dorados, y las homologaba con una feliz circunstancia de saneamiento social.

Pendejadas, se dijo Diego, mierda pura. Aquella era a todas luces la estrategia: repetir una y otra y otra vez el distractor hasta que la frágil frontera que lo separaba de la falsedad se fracturara y la mentira comenzara a ser, lentamente, creíble. O quizás no la mentira: la verdad a medias. ¡Guerra entre bandas para salvaguardar los territorios! La misma especie que ya habían echado a rodar días atrás, a raíz del atentado que le costara la vida a Gregorio y dejara dos heridos de bala,

uno de ellos aventado a la orilla de la muerte: él mismo. Y lo peor era que resultaba una explicación no sólo verosímil, sino deseable. La opinión pública estaba ávida de carnadas así. Necesitaban creer en una violencia que sólo existiera entre ratas presas de mal de rabia, entre caimanes del mismo caño. Una peste que se redujera al ámbito fétido de la cloaca, sin nada que ver con el día a día de las paredes de la sala, la puerta de la nevera o el recibo de la compañía de teléfonos. De nuevo Tulio se hacía con la razón: los hilos que vinculaban al *gang* con los peces conspicuos de la División Técnica de Investigaciones resultaban no sólo múltiples, sino sólidos, bien camuflados y, maldita sea, hasta talentosos.

Había comenzado a preguntarse a dónde podía haber ido Carmen Luisa cuando un rectángulo de papel que se desprendió de la puerta de la cocina lo sacó de dudas: «Mi amor, perdóname por escaparme así, sigilosamente. Estabas tan hermoso y profundo en tu pozo de sueño que me dio mucha lástima despertarte. Me deslizo porque quiero caer a tiempo en la “sociedad” con el resto de los chamanes que me ayudan con los preparativos del Congreso. Regreso a las ocho con Marinita. Besos de tu amante favorita, CL. Nota: lo de favorita debería ir entre comillas. Resulta que anoche te soñé como sultán de un harén a orillas de un espléndido río desconocido...»

Tuvo que admitir que le gustaban mucho aquellos mensajes desplazados y oníricos de Carmen Luisa, pero era evidente que, al menos esta vez, sobre las claves se había derramado la borra opaca del café a la carrera.

4 (Memorias de Carmen Luisa)

Fue en aquellos meses intermedios de 1982 cuando por primera vez accedí a escuchar las súplicas de Diego: me armé de paciencia y, estómago por corazón, me presté al chequeo con el

internista y a los insoportables exámenes de laboratorio. Era cierto que estaba un poco fatigada y acaso pálida. Pero de qué se esperaba que me ocupara durante aquellos días de muerte en vigilia: el atentado, la operación de Diego, la convalecencia. Apenas entonces podía darme permiso para regresar a mi nicho de mimbre y a las hojas del diario, por un entretanto, con el pulso aún sobreimpreso a distancia en el pulso de Diego.

Aquel día, recuerdo, La Flaca se había hecho cargo de Marinita. Sin su ayuda, la verdad no sé cómo hubiese podido sobrellevar los desafíos del trance. Cierto que también los suegros se me ofrecían para cuidar de la niña, pero doña Rosario había vuelto con sus achaques de espalda, y a don Manuel me daba pena endosársela, a sus años y con la tribulación de la operación de Diego, por más que hubiese insistido y soltado, incluso, algunas muestras de su simpática bodega de intemperancias, ¡joder!, ¿qué lo creíamos, majilla, un inútil? ¡Se agababa en diez!

También a Emilia le había dado la tarde libre, en premio por ese hombro de titanio que me ofreciera en pleno desasosiego, y por ese consomé balsámico que de costumbre alcanzaba a alquimizar para mí —sólo ella sabía cómo— en las rachas críticas. Entonces, con los cachetes todavía esco-ciéndome por la frotación del hielo, me dejé caer sobre la tumbona de mimbre en el recodo del balcón.

Escribí: «Dejo que la mirada viaje a su aire por la pendiente de la colina. Una luz oblicua, con la urdimbre de una piel de naranja, poda la vegetación del declive. La cresta superior y los lomos de las cuatro masas de tierra que bajan hacia la explanada del edificio lucen teñidos con un líquido color sangre mientras las gargantas que las separan, tal vez a causa de las angulaciones húmedas y arboladas, se encuentran ya, por contraste, hundidas en una pasta grisácea, casi negra, que apenas permite adivinar las copas de los eucaliptos.

»Desde el parque, donde las acacias y los mangos enanos trepan entre los columpios hasta las estribaciones de la colina,

me alcanza la algarabía de los niños asordinada por la distancia y la espesura del atardecer.

»Si atiendo al resplandor agónico de la vida que corre abajo, en los espacios del edificio y en la calle, puedo imaginar que son las seis, quizás casi las siete. Eso querría decir que he logrado dormir dos horas. La canícula puede palpase aún en la respiración porosa del asfalto y el hormigón de los muros, pero ahora una brisa lenta se desliza desde la punta oriental del valle y las gotas de hielo y de sudor se resecan, abriéndome la piel con un cuchillo sin filo. No se trata del viento brusco y vigoroso con que la lluvia suele anunciarse en este flanco del valle anillado por las estribaciones, pero algo imprecisable en él me hace pensar en el agua. Tal vez el aroma de humedad que atiza los tallos.»

De cualquier modo, bajo la forma de un parabán textil agrisado, el agua había sido una presencia casi permanente en esos días. En realidad, sólo aquella había sido una tarde de escampada. También, por cierto, la mañana de la recuperación de Diego. Una circunstancia banal que él celebra, recuerdo, en un brote súbito de animación que había sido la primera señal de que reflataba después del sopor de la anestesia. El comentario sobre las horas secas nos había llevado a ambos a volver sobre la lluvia. Y la lluvia, a *algunos* efectos perversos que, según las divagaciones del chiflado de mi suegro, en *algunas* ocasiones la humedad le había infligido a sus huesos: un flanco expuesto que, ¡hostias!, agregaba, en mala hora podría haber sido heredado por Diego. ¿Cómo era esa canción, viejo?, le había bromeado entonces Diego, ¿un cuento de artritis benigna y de humedades de trópico que la causarían? La enfermera, a pesar del buen signo de la cháchara, lo mandó a callar. A lo que él, Diego, acaso para que lo vieran testarudo y en buena forma, ¿humedades de trópico a mí, caraqueño y de La Candelaria para más señas, 10 grados del ecuador al Norte, su hijo único? Un vaciado tropical de pura cepa era él, viejito, a quien por tanto ninguna humedad

caliente podía enfermar porque ésa era, simplemente, su humedad, y etc. La enfermera le susurró a doña Rosario que se trataba, sin duda, de un desvarío postanestesia. Con lo que todos soltamos la risa, en particular mi suegra y yo, y hasta don Manuel, que se percataba de que el recién operado simplemente le clavaba banderillas para halarle la lengua.

Por un momento temimos que, a pesar de todo, el viejo le seguiría la mamadera al hijo y se le pondría tan gallo como en las discusiones de domingo y se bajaría recordándole cómo él, Diego, había sido engendrado en una moqueta, en Barcelona, en enero del 39, justo antes de la capitulación y del río humano hacia la frontera y del aventamiento a Francia y del campo de refugiados de Argelès, gracias al hijeputa del ferroleño, tu madre y yo, y tú un gusanillo flotando ya en el vientre de tu madre, joder, y luego, y por fin, al valle de Santiago de León de Caracas, a por el techo y el pan, donde la pobre doña Rosario aquí, después de pasearte en vientre por media Europa y de cruzarte en vientre por el charco, se alivió alumbrándote, sí, pero aguas abajo, joder, aguas abajo, ¿no era así, majita?, me picaría quizás el ojo a mí, así que tú de tropical los cojones míos, y etc., como acostumbraba cuando le tocaban el punto.

Pero no, el viejo, por el contrario, acató una seña de doña Rosario, ¿estaba débil todavía el cachorro?, y guardó compostura, ajá, y sonrió solamente ante el chiste del hijo.

A mediodía, La Flaca y Fernando me llevaron a Marinita: unas ganas locas de darle un beso a su viejo tenía ella, proclamó apenas ganaba la puerta, y ya se echaba sobre la cama de Diego y ya vacilaba entre el deseo de apurruñarte, papi, y el miedo de molestarte las heridas, porque aunque estuvieras mejor, ¡qué alivio!, todavía andaba por allí la cortadita, ¿no?, le habían dicho «tía Flaca» y mami, por eso teníamos que cuidarte, por eso muá, un besito en la nariz, ¿te dolía? Los abuelos protestaron, pidiéndole la ración de piquito que les correspondía en derecho, en especial don Manuel que la toñequaba hasta malcriarla; y protesté yo, que apenas si había

tenido tiempo de sonarle los mocos a salto de mata en esos días. Fernando bromeó con Diego sobre la posibilidad de que ahora, por fin, el club del gatillo loco te permitía escribir tu tantas veces postergado *thriller* policial, Cronista, viejo. Y La Flaca me rindió un informe sobre las travesuras de Marinita que no les había dado tregua hasta hacerles doler las mandíbulas: tenías un primor de hija, Carmen Luisa, mana, ¡un primor! Algo que ya conocía de sobra, pero que me encantaba oír de los demás... ¡y que viniera de La Flaca ni hablemos!

En este registro alegre y descuidado que a un tiempo distraía y celebraba a Diego, se deslizó buena parte del mediodía, hasta que la enfermera nos desalojó para ocuparse «del convaleciente». El grupo entero se despidió, excepto Fernando, que se había ofrecido para relevarme en la guardia; y La Flaca me ofreció el empujón.

Escribí: «Eso fue la semana pasada. Ahora, con este asunto del informante muerto, la inquietud ha regresado. Una llamada anónima que pacta una cita con Diego... y en lugar de acudir, el cuerpo de la voz aparece abaleado en el Ávila. ¿A qué sentimiento me entrego ahora? Acaso debería darme permiso para que la respiración festiva de aquella mañana familiar en la clínica se prolongue sobre mí... por Diego, por Marinita, por mí misma y todo lo que nos roza: grandes y minúsculas burbujas de existencia en cuyo resplandor sobrenadamos. Y sin embargo... he vivido lo suficiente como para estar avisada sobre la fragilidad de la dicha.

»El que Diego haya optado por el filo de riesgo por el que camina, no lo acoraza. Lo hace admirable —¡yo lo admiro!— pero no inmune. Y lo conozco demasiado para ignorar que no abandonará “la trinchera”, ni siquiera con esta nueva amenaza: mi línea de refriega, cariño, mi Olympia eléctrica de repetición. Y me ametrallará, lo veo, lo siento, a cosquillas sobre mi flanco débil, sabiendo que cuenta con mi apoyo desde siempre.

Confianza ciega, sólo eso necesito, lo sé. Apuesta ciega a que mis días oscuros son días distantes... a que nada ocurrirá. Y sin embargo... los sueños, un maldito “elesedito” que regresa del pasado a los oídos para asustarme, la memoria, las “correspondencias sincrónicas”. La tentación de la tranquilidad me invita a atribuirlos al azar, pero ya sé que la ilusión se disipa tan pronto escurramos hasta la leve, implacable trama que los soporta y, acaso, los explica.»

Aquella mañana había saltado del lecho a los pasillos de la clínica calzando un par disparejo de sandalias: marrón carmelita en el pie izquierdo, negro en el derecho. Me reí desde mí misma tapándome los labios. Caminaba hacia el consultorio del internista para la espera antes de ser atendida. Estaba sola en ese momento y, sin embargo, me ruboricé. Barrí el pasillo con la mirada: aquel desatino con los zapatos y aquella risa en soledad... cualquiera podía formarse un concepto torcido. Recordé fugazmente los tiempos de la Comunidad Terapéutica cuando, en los días de gracia de finales de diciembre del 69, al caminar de nuevo por Sabana Grande en mi primera salida, experimentaba la sensación de ser presa de vigilancia por los transeúntes que, en verdad, apenas reparaban en mí, atrapados como se hallaban por el torbellino incandescente de la Navidad que los magnetizaba desde las vidrieras. Yo, sin embargo, no lograba sustraerme al deseo compulsivo de desaparecer: recatar las manos en los bolsillos del abrigo para que nadie percibiera la manía con que frotaba los dedos unos contra otros; apretar las mandíbulas hasta el dolor para que los paseantes no huyeran en estampida, horrorizados por el castañeteo de los dientes, que yo sentía crujir con el estruendo de una máquina trituradora.

Estos deslizamientos acontecían, claro, por virtud de fuerzas ajenas a mi voluntad. Bloques de energía fuera de control, me repetía. ¿Derivaba placer de este esfuerzo impensado por

rescatarme? A veces podía pensar que sí. Por una parte me dejaba arrobar por el disfrute simple que provenía de la mera tarea de reconstrucción. Por otra, experimentaba el alivio de la sospecha confirmada: en cada pieza que se negaba a calzar, en la epifanía misma del fracaso anunciado que se había hecho instante.

Los ciclos, por ejemplo.

Al inicio del tratamiento en la Comunidad alcancé a dibujar sobre una cartulina pegada a la pared del dormitorio, un mapa en el que, en mi pueril asombro de entonces, debía marcar los «grandes puntos de corte de mi vida». Le endilgué, recuerdo, el chistoso título de «Carta de travesía para la exploración metódica del pasado». El divertimento hizo reír a mi terapeuta de entonces y, recuerdo, también a mí, con una risa gorgoteante que pronto se transfiguró, como en un proceso de crisálida invertido, en un raptó de sollozos que marcó el final de la sesión. Pero el curioso mapa continuó allí, adherido por meses a las paredes blancas y desleídas que me sirvieran de refugio. De cuando en cuando, con la finalidad de estudiarlas al detalle a la luz de la lámpara de noche mientras aguardaba el sueño, practicaba síntesis manejables en tamaño carta con la esperanza de que las pesadillas, al apoyarse sobre ellas, me revelarían un sentido que la vigilia me negaba.

Pues bien, aquel día, no bien Diego la deposita frente al edificio, qué creen que hace esta sin tornillos, de atar, que les escribe, sino precipitarse a la caja de los papeles inservibles, hurgar en ella como si ella le hubiera prometido la sabiduría instantánea y hacerse de la última de estas «cartas de navegación» sintéticas para ensayar —supongo, vamos a tenerle piedad en el trance— aquella suerte de harakiri memorioso con el que ahora nos amenaza.

En el diario de entonces puedo leer: «El plano data de unos diez años atrás. De los días en que conocí a Diego y comenzamos nuestra vida en pareja. No es un resumen completo (tengo que admitir que en mi caso se trata de un viaje

complicado): compendia sólo los ciclos anteriores a la crisis del 69 y al ingreso en la Comunidad. Está dividido en secciones que siguen el sentido de la escritura: de izquierda a derecha y de arriba a abajo, separadas entre sí por barras oblicuas (/), como si se tratase de versos reordenados en párrafos. También emplea los colores del tipo de los resaltadores gruesos y transparentes que se pusieron de moda para entonces, los símbolos internacionales de tránsito y las líneas de conexión, rectas, y, sobre todo, las sinuosas.

»El diagrama comienza con el letrero “la infancia antes del exilio de padre”, a continuación una barra oblicua de separación (/), en morado, con un triángulo rojo como los que se emplean para denotar peligro o emergencia en las carreteras, que encierra las palabras “exilio de papá”.

»La zona que sigue presenta la textura de acordeón que reservé, creo, para referirme a aquellos segmentos que, siendo breves en el tiempo, entrañaban una significación desacomtumbrada, por ejemplo: “Relación con Fernando e integración a la cofradía”.

»El denominado “período de la universidad” está señalado en gris rata, con una frontera denominada “matrimonio con Fernando”, que marca el tope avanzado de este territorio, en verde hierba, y aparece rodeada de notas musicales (¡oh diosas, fui yo!).

»La parcela, abigarrada, se prolonga hasta la última de las barras oblicuas: “ingreso a la Comunidad de rehabilitación”, y comprende la anotación de dos eventos vinculados por una flecha, en morado y en negro respectivamente: “nacimiento del niño”, “muerte del niño”. Y de un acontecimiento dentro de un trazado que se abre en lazo: “separación de Fernando y divorcio”, rematado por el signo internacional de “calle ciega”.»

Al pie, ninguna firma, sólo una abreviatura: «L.Q.Q.D.».

Aparte del psiquiatra de la Comunidad, quien lo leyó, celebró y utilizó en su momento, la única persona que conoció de la existencia de este documento fue Diego, con quien lo compartí y comenté, a veces con lágrimas, en un par de ocasiones. La primera, algunas semanas después de conocernos, cuando decidiéramos probar cómo andarían las cosas si «tumbábamos las dos cabezas en una misma cama» (cursi como seguramente suena, ésta fue, sin embargo, la expresión empleada, a sugerencia mía, que acababa de tomar un curso sobre la terapia de Reich y no perdía ocasión de introducir en la conversación metonimias y metáforas «corporales» cada vez que el tema y la paciencia del interlocutor me lo permitían).

El lugar del diagrama en el que nos detuvimos en aquella oportunidad fue el de la frontera en verde hierba marcado como «matrimonio con Fernando», que inicia, vean ustedes, el serpenteante territorio de «vida con Fernando».

Una vez que Diego cesó de reírse a carcajadas por las notas musicales que rodean de modo cursilón la barra oblicua y se elevan en espiral fumante hacia la parte superior del papel —sin, por supuesto, aspirar en su disposición a ninguna traducción melódica—, me di a la tarea de explicar para él «las circunstancias y las resonancias» de aquella zona que en mi memoria se me aparecía siempre con las cualidades contrapuestas de lo grumoso y de lo mágico. Le relaté cómo mi unión con El Llanero (así comenzábamos a sobrenombrar a Fernando los compañeros de vagoncito en aquella montaña rusa que fueran los años de adolescencia) había sido la consecuencia inevitable del largo nexo, con simbiosis afectiva e intelectual incluidas, que nos anudara desde los meses finales de la secundaria.

Al momento de conocerlo, El Llanero resumía —no te rías, por favor— la totalidad, le confesé: lo que el universo puede ser a esa edad: un cuerpo para el diálogo contradictorio sobre el cual montaríamos el azogue del espejo mutuo. Aquella labor juguetona de seducción y reconocimiento por

ensayo y error nos conduciría a todo lo largo de los años universitarios hasta el atracadero del grado, palmaditas, el cielo era el límite, muchachos, *gaudeamus igitur*, copa de champaña y a arrear la adultez se había dicho.

Una tarde, poco después de la ceremonia entogada del Aula Magna, le relaté, mientras alargábamos con pereza las tazas de manzanilla en un cafetín entoldado de Los Chaguaranos, cruzamos las miradas. Ninguno de los dos sintió la necesidad de decir nada en el momento. Sostuvimos los ojos, asentimos a un tiempo y a un tiempo nos echamos a reír, encorvándonos sobre la mesita ensombreada, como si detrás de una grave y prolongada ceremonia acabara de revelárenos la más hilarante de las patrañas. Sí, sentenció entonces Fernando, pantomimeando, adorada ninfeta, habíamos llegado al llegadero, era menester carenar la nave y apostar las velas para el segundo aire, todavía balbuceando entre risotadas mientras yo sentía —anota eso, Spade, le mamá, y no te enceles que tú tienes lo tuyo— que la cáscara incandescente de cuyo magma brotaría el universo prometido, empezaba a revelar su espléndida nuez.

Nos casamos con firma civil de un libro de parroquia en una ceremonia pagana.

Si en aquellos días alguna bruja trashumante me hubiese pronosticado la separación, la infelicidad y la quiebra que nos tocaría en suerte apenas cuatro años más tarde, no me habría entretenido en responderle con un desaire o una mueca a bocajarro: la habría degollado sin anestesia. Aunque sólo fuera por la posibilidad remota de que el exorcismo vudú evocado en el sacrificio aboliera de un tajo la profecía. No obstante, aquello fue exactamente lo que ocurrió. ¿Cómo y dónde había comenzado a abrirse aquella fisura que a través de nosotros se asomó como una inofensiva rendija y, más tarde, por virtud de una racha de sismos breves se magnificó bajo mis pies hasta alcanzar las dimensiones de un cráter cuyos bordes resultaban intocables y cuyo fondo, o el muro de burbu-

jas de fuego que lo ocultaba, parecía no tener límite? La única respuesta que acudía, cíclica, durante los desiertos nocturnos en que el lecho del sueño se me convirtió, mencionaba la palabra debilidad.

Con la misma destreza con que me empeñaba y triunfabo «hacia afuera» me demolía y fracasaba «hacia adentro». La paradoja del herrero y el cuchillo no parecía nueva. ¡Si al menos pudiera desdoblarme!, me decía mientras medía en mis dedos la concavidad de los párpados cerrados como si calculara la inocente posibilidad de vaciarme los ojos, ¡ser otra sin dejar de ser yo!

Todavía puedo mirar la expresión de Fernando cuando comenzaron a aparecer en mí los primeros síntomas de la debilidad, que cobraron aquel disfraz de temblor y terminaron por hacerme deslizar hacia lo que más tarde, en la resaca del tiempo siguiente, El Llanero llamó «la dicha química». Era la expresión del estupor puro. Y allí residía lo peor de aquella estocada que yo misma me infligía: el dolor y la culpa no crecían apoyados en la contemplación del proceso que me acababa pieza a pieza, sino en la de discernir en los ojos de Fernando la pregunta por el porvenir compartido que yo parecía empeñada en minar.

Entonces la absolución se nos reveló con la transparencia de una epifanía.

Nos separamos apenas unos meses después de la muerte del niño, mi frágil José Antonio: fue una ceremonia lenta y dulce. Me tomó meses salvar el itinerario que condujo desde la ruptura hasta la aceptación de la amistad rehecha que más tarde vino. La trocha que conducía desde aquel azufre helado de diciembre del 69 hasta la noche de la cena en Le Coq d'Or (¿mayo, julio del 73, quizás?, el diagrama de navegación no registra estas referencias), cuando me reencontré con Fernando y La Flaca, para celebrar en trío, lealtad o muerte, bromeé entonces, ¿no?, alzando un izquierdo puño tímido, tanto la pareja que ellos, es decir La Flaca y Fernando, habían alcanzado

a armar después de algunos altos y algunos bajos, como la barriga «ontológica y antológica» de La Flaca, cuyo futuro madrinazgo La Flaca misma me hiciera aceptar entre el postre y el *pousse-café*; un honor era aquél, y yo le daba, compadres reencauchados, aunque tuviera que renunciar a mi propio credo, que era justamente el de no profesar credo alguno; pero no, insistieron ellos, a nada tenía yo que renunciar, porque el ritual de Bárbara o Eduardo, o como quiera que resultara en llamarse aquella panzita, iba a ser un ritual pagano, ¿me tranquilizaba aquello, diablita sulfurosa?

Escribí: «Ahora llega precisamente La Flaca, con Bárbara —la materialización de aquella lipa “onto y antológica” de la memoria— y mi Marinita, que muere por una merengada de melón *frappé*, mami, la oigo ya».

Capítulo II

1

(1959-1962)

Con respecto a Diego, y en lo que a sus discusiones con Tullio El Sabueso atañía, la historia distaba mucho de ser breve. En verdad, tanto los entredichos como los pugilatos verbales se remontaban a los tiempos adánicos de los taquitos en las aulas del Alcázar y del básquet secundario (¿adánicos?, ¿por qué no evánicos, bobillo?, le mamaría Carmen Luisa años más tarde). Las discrepancias tocaban los territorios más variados, desde los rasgos que hacían deseable a un bomboncito en flor (nosotros sólo transcribimos) hasta las preferencias beisboleras y filmicas, pasando por el drástico territorio —pongámonos solemnes— de los proyectos de vida. A lo largo, y por debajo, de estos puntos de mira contrapuestos circulaba una corriente de camaradería que, a la par de otras coincidencias que se harán notorias a lo largo del relato, se las arreglaba para lograr que aquel estrabismo divergente resultase antes en una ocasión de sabiduría complementaria que de mutua ruptura. Ejemplos que respalden este paisaje remoto, abundan como el pasto. Este fragmento de crónica apenas documentará uno de ellos. Suficiente, como se verá, para advertirle el perfil de hueso a nuestro héroe en ciernes. Nos referimos a la célebre fuga que La Sigmuncita del lejano porvenir daría en llamar «el viaje iniciático».

El asunto comenzó en 1959, fecha bisagra en muchos sentidos para los pobladores de la tierra de gracia. Un año

antes, la pastosa dictadura contra la cual padre, Moralitos El Sindicalista y el grupo de los «mayores conocidos» habían librado sus refriegas en las trastiendas clandestinas, al fin se derrumbaba. Se abría, anunciaba pomposamente padre mientras el bueno de Moralitos lo secundaba, una segunda etapa que, con nuestra lucha y la del pueblo obrero —y aquí casi alzaba el puño izquierdo—, conduciría al país que lo había acogido a la utopía concreta del socialismo. Las banderas derrotadas en la España del 39, joder, escucharas, Moralitos, escucharas tú, a no dudar flamearían de nuevo... y esta vez para siempre. Tulio parecía compartir los puntos de mira de padre y El Sindicalista. Él, en cambio, dudaba. ¿Quién te había confundido, hostias?, bufaba padre. ¿Aquellos panfletos de Bakunin, de Thoreau, de Rousseau, que él mismo en mala hora, se cagaba en diez, te había regalado para tu formación?

Él habría esperado que padre entendiera. Si hubiese querido llamarlo de alguna manera, lo habría llamado decepción. Pero no era un problema de palabras. Y, de cualquier modo —y aunque esto no alterara el resultado—, había valido como experiencia. Ahora él no era el mismo que, un año atrás, al ser goleado por la embocadura del bachillerato, desertara de la matrícula ucevista para iniciar mochila al hombro, como comenzaba ya a ser usual en aquel tiempo, la búsqueda de «su propia certeza a través de su propia vida». Así, rotundo y fatuo como puede sonar —¡los incómodos peajes de los veinte!— se lo había lanzado a padre con el portazo ritual y se lo había notificado a padre, esta vez en otro tenor y en otro ánimo meses después con el primer espécimen de una correspondencia que luego se eslabonaría en un diálogo a bolígrafo cuyo más cercano antecedente habría que viajar hasta la infancia para hallarlo.

La estación final de aquella azarosa errancia de cuatro años lo asentó en las estribaciones a las que la columna andina condesciende poco antes de desaparecer entre las mesetas y el desierto, en los lomos bajos de la cordillera. Era uno

de esos sitios en las cercanías del piedemonte que ofrecen el encanto de no ser ni drásticos ni extremos. Junto al emblema múltiple que heredaba del emplazamiento, encerraba, también, un paisaje múltiple. Era y no era un caserío de montaña. En los días claros podían avistarse las torres de la ciudad encumbrándose sobre la meseta y, más allá, el ojo abierto de los llanos altos. Otras veces, arrebuñado en el chinchorro, disfrutaba imaginándose la enorme columna dentada incrustada en la nariz de ese desmesurado animal andino que dormía su siesta con la cola abatida sobre la tierra del fuego y la torpe cabeza en las costas del Caribe.

Por extraño que pudiera parecer a quienes decían conocerlo (pero que en el fondo no lo conocían en absoluto, pensaba él, puesto que de lo contrario no se habrían sorprendido), se había ido a «la nariz» con la firme voluntad de vivir de la tierra, «sin más horario y más normas, como no fueran los de los ciclos naturales», así había fanfarroneado, canturreando casi frente al padre. ¡Como un campesino!, podía haber exclamado padre, por ejemplo. Como un campesino, le respondía él. ¡Me cago en diez!, bufaba el padre, y a renglón seguido, chupando la punta del tabaco que se incrustaba en equilibrio móvil entre las muelas, le pronosticaba que si a lo que aspiraba era a cambiar el mundo de mierda, como él, Diego, decía, donde debía enlistarse era en las filas obreras, el único gran motor del cambio histórico que ya estaba en marcha en la mitad del mundo... y lo estaría en la otra mitad antes de que el siglo doblara el cabo. Él entonces pensaba que mal podía hablarse de revolución dentro de una armazón autoritaria como la que padre proponía, pero callaba: no había sido él quien sudara el cuero plomeando en Madrid en el 36, dinamitando en el frente del Ebro, toctoqueando a muleta en Barcelona con una pierna envarada, cruzando la frontera hacia el destino incierto que pronto lo llamaría desde el «concentración» de Argeles. No, callaba. O acaso caramboleaba hacia la tercera banda y le respondía que él no iba

en busca de los campesinos sino del campo, aunque sólo fuera por el prurito de no quedarse sin respuesta.

Este sainete podía haber ocurrido o no, de tantas las veces que había ocurrido con variantes. Y ésta bien pudo haber sido la conversación de despedida (por alguna razón él tendía a olvidarla) en la mañana de su viaje. En cualquier caso, no era él quien dispondría de las llaves de la montaña sino Arnoldo, un primo de Tulio para mejores señas que, vía tío interpuesto, vía tío con finca sin tiempo para atender interpuesto, pariría la idea de ideas. ¿Ajo? ¿Una siembra de ajos en las montañas de Lara?

A Arnoldo se lo tropezó en la escala tercera de aquella huida hacia ninguna parte. En aquel entonces, su propia habilidad para el cultivo del ajo podía compararse con su habilidad para traducir una invocación a los espíritus del agua en lengua wayuu: era nula. Pero Arnoldo se había criado en El Tocuyo y de sus incursiones remotas a la finca de la familia alguna mañana para aliviar el misterio de la tierra había retenido. Para decirlo rápido, en el paisaje simple de aquellos años de origen, Arnoldo personificaba al compañero ideal para la excursión ciega a la que proyectaba darse. Tercio, como pronto se reveló, para las conversaciones de vida, Arnoldo parecía el copiloto ideal para una excursión a uña a las fuentes del Orinoco. Un compinche —para no decir «socio», palabra acaso más precisa, pero también más contaminada, se decía— en quien depositar la «confianza sin preguntas» que deseaba.

Llegó en un mes frío para el estándar del trópico, que le ofreció tiempo para asentar pie en la casucha dejada por el tío arnoldiano y aperarse como debía en materia y en tierra antes de la estación de la prueba de fuego. El oficio, al que siempre estimó como un aprendizaje leve de montaña, fue desde el principio un ingreso de paso diario a un susto desconocido.

El descubrimiento, aunque lento, no excluyó la sorpresa. De hecho, el más perplejo fue él, loco de verse andar al filo del asombro en su rincón más bien soslayado de un trozo de

montaña que había conocido años mejores. Se fue percatando de que el estupor era aquél, único y no otro, precisamente porque no era uno sino doble: un recorrido en sentidos opuestos —hacia afuera y hacia adentro— que tan pronto lo llevaba de mano de la mirada hacia el brote de un guayabo, como lo devolvía, sin mirada, sin tímpano, guiado a tientas por la refulgente «ceguera interna», hacia él mismo. ¿O hacia él mismo que comenzaba a ser otro?

Este vaivén que, como pronto descubrió, podía ser propiciado a voluntad, tenía así mismo un punto de encuentro: el pedernal donde ambos movimientos se rozaban para hacer saltar la chispa que rebañaba las dos caras con un haz nuevo, porque era de llama a la par que de luz. «Un puente inmaterial», fue la frase que anotó en los renglones del cuaderno. Luego tachó «inmaterial» y escribió «insubsistente» y, como a menudo le ocurría a La Sigmuncita —alguien de quien aún ignoraba incluso que existiera y, por tanto, que se diera a los neologismos y los juegos de palabras tanto como él— no pudo recordar si la palabra contaba con vida refrendada o no, y, de no tenerla, si estaba siendo propuesta por él o ya lo había sido por alguien y él apenas la rescataba.

Seducor como resultaba, este juego no fue el único: hubo otros dos. El segundo fue el trabajo con la tierra. Al romper se impuso el propósito de no emplear la palabra «trabajo» para aplicarla a la actividad en muchos sentidos ancestral y sagrada que realizaba con la alquimia del ajo: prefería pensarla como un juego. O como una ocupación recubierta por el juego. Las dificultades del cambio —que no entrañaba por supuesto una simple rotación de palabras— no se le escapaban. Y se le hicieron más cercanas en la medida en que el oficio de sembrador se fue desplegando sobre el suelo, primero silvestre y enmontado, desbrozado luego, y, finalmente, para toparse con el verdadero comienzo de la conversión, sepia rotulado en el vientre desde donde debía brotar el vegetal domado.

Si el oficio era un juego —o un deporte—, el tiempo mismo habría de volverse olímpico: los ciclos de la siembra remitían a las temporadas, las horas amadrugadas a los entrenamientos, y la cosecha misma al acopio del laurel y la medalla. En cuanto a la comercialización, a la que consideraba el eslabón ajeno del proceso, decidió delegarla por entero en Arnoldo. Una determinación que Arnoldo aceptó con gusto al primer momento. Por lo demás, la familia que vivía en los terrenos de la finca y había cuidado de ella desde que Arnoldo tenía memoria, y uno que otro peón asalariado a destajo para los días críticos, los ayudaron en las faenas.

Si el engranar en los dos primeros juegos le resultó un divertimento, si se quiere, simple, a pesar de las innumerables novedades a las que tuvo que pagar peaje de bisoño, el practicar el tercero le iba a resultar, para decir lo menos, *conflictivo*. Más que tercero deberíamos anotar «tercera», porque en el caso de Diego esta otra circunstancia, obsesión recurrente desde los balbuceos de infancia, cobraba la forma absoluta —es decir, *era*, sin necesidad de puntos relativo en función de los cuales explicarse— de la mujer. A veces hay que añadir que en lo que a la «ella» genérica se refería (y aquí tendríamos que enfatizar el sustantivo empleando mayúscula inicial: no lo hacemos por respeto al horror a la cursilería que El Cronista profesaba), siempre tuvo la certeza de que la había «sabido» y, por tanto, de que se había sentido tocado por la seducción química, directa, material en su base, a la que en toda su vida futura le tocaría responder, antes aun de haber sido capaz de nombrarla. Una atracción, pensaría años después, previa al lenguaje, a la lógica, a la ideación del mundo. Este arte de locura que por un costado lo recubriría con una felicidad excéntrica, iba a ser, a un tiempo, la pasta originaria de la que brotarían todos los quebraderos de cabeza en los años por venir. ¿Conflictos? En todo caso los intuyó desde siempre; y desde siempre se dijo que no había opción más sensata —¿y más saludable, quizás?—

que la de dejarse ser en esa forma de ser en la que, por añadidura, siempre había sido.

Cuando tiempo después conociera, por vía de La Sigmuncita, la faz y el envés de *los brujos* a quienes ella tenía por mentores, no le costaría demasiado chocar las cinco con el *id* silvestre con el que se sentiría uno: el deseo. «¿Y si lo personalizo? ¿Un Dios, una figura que lo evoque?», preguntaría él. «¿Como cuál?». «No sé», insistiría él, por supuesto nunca el principio femenino y el masculino por separado... «se me ocurre una fusión». «¿Hermafroditismo?», preguntaría ella sonriéndole, un ojo que lo sostendría. «No», objetaría él, «eso no sería una fusión, sería una yuxtaposición». «Estás brillante, Cronista», celebraría ella, «tienes razón: tal vez Ardhanari, el andrógino indio». Y con la misma se dispararía hacia la biblioteca, ahorita volvía, su amor, para regresar sin aliento, un tomo azul en los brazos extendidos, allí debía estar, cariño, y, en efecto, ahora ambos echados sobre el tapete de sisal, ella desplegaría la figura mítica. «El lado derecho», leería ella, «representa sin duda a Shiva, el padre primordial, masculino en apariencia, con su pectoral plano, la serpiente enrollada al brazo —pero erguida la cabeza y la lengua protrusa—, el peinado propio del hombre y la cruz del *lingam* —el falo— en el costado diestro de la entrepierna». Y el pie, observaría él, marcando la extremidad del cuerpo bisexuado, fijate en el pie, está colocado en primer plano, avanzando hacia el espectador. «El lado izquierdo», proseguiría ella, afirmando sin desatenderlo, «representa a Shakti, la mujer, la energía femenina que hace “vivir” a Shiva, quien sin su soplo es un *shava* (cadáver). Se le puede reconocer por la curvatura moldeada de la cadera, el seno, el medio collar, el medio cinturón, los brazaletes del tobillo, el pendiente típico de la mujer india, la flor de loto en la mano y, en fin, por el *yoni*, que ocupando el costado derecho de la entrepierna se despliega en bucle para unirse al *lingam*, horizontalmente, y conjugar la unión cósmica originaria». ¡Eso es!, exclamaría él ya tocado,

ya en onda, fijate en el detalle del soplo femenino sin el cual, ¡atención!, incluso el poderoso Shiva, dios de dioses, no trasciende la vil categoría de cadáver. Y luego, mordisqueando la pierna de La Sigmuncita, ¿quién reviviría a este shivita mortal y transitorio con su soplo? A ver, ¿quién era la sopladora más experta y furiosa del éter primordial y de Colinas de Bello Monte?, le dijera, tantritilla, en aquel mordisco con labio, fueran uno en dos... y por allí seguirían.

Ahora, sin embargo, 13 años antes, en su reclusión montañera, el problema se alejaba de la liviandad de la teoría psicológica para descender a la contundencia del conflicto práctico y moral: ética anarquista y mujer. Era una urgencia. Si alguna vez, al comienzo de los días en la montaña había sobado la loca esperanza de domar el deseo a punto de trabajo (ya sabemos que de trabajo-juego) y de contemplación del esplendor agreste y de relación simple con la comunidad, pronto se daría cuenta de que el artilugio no sólo le resultaba inútil sino paradójico. Un artefacto en la neta tradición del búmerang. ¿Cómo lo llamaba el profe Parra en la psicología de cuarto? ¿Sublimación? ¿Por qué carajo funcionaba con algunos santos, con algunos ermitaños, con algunos artistas y misioneros sociales y no con él?

—Mastúrbate —le aconsejaba Arnoldo—. Pásale la mano a una burra, a una chiva.

Nada. La una lo aliviaba por segundos, sin apagarlo; lo otro le provocaba náuseas.

—Échate un paseíto por el pueblo, por la bomba de la encrucijada —insistía Arnoldo: aquel andurrial plano de la meseta baja, con su paisaje de basurero, de casuchas endebles, de picoteadero de zamuros barrido por los vientos, era uno de sus escapes favoritos—. Hay una Juanita tetona que puede cuadrarte y...

Cierto día se dejó convencer. Arnoldo había subido desde la ciudad del Obelisco con dos amigos y andaba con pie de cervezas. ¿Venías, Cronista?, le habrían dicho si la invitación

hubiese ocurrido doce, quince años después, pero, ¿venías, Diego, caballito?, le dijeron ahora, halándole el cogollo hasta los ojos (un regalo que el poeta Acevedo le llevara en Navidad y que se había convertido, junto al bluyín, las botas y la franela de algodón, en parte emblemática de su «uniforme de finca»), íbamos a mojar, caballote, arrastrándolo hasta el yip barnizado por lamparones de barro y pátinas de bosta.

No había terminado de cruzar la entrada cuando ya lamentaba haber cedido: *Boite*. Bar. Billar. Pista de baile, en letras pintarrajeadas, cagadas por las palomas. Dos hileras de mesas vestidas con manteles de plástico —policromía, uvas, brotes de flores— y sembradas de cervezas constituían el paisaje de apertura. En la barra atendía una gorda arrugada con el pelo teñido de un dorado tan desleído que lucía blanco. Era de baja estatura, pero de un talante que le permitía controlar el rebaño con un arco de ceja, una sacudida de cabeza o, en el peor de los casos, un berrido gutural que resultaba incomprendible para el novicio pero que, descifrado por el plantel de «chicas» o por los camioneros habituales, se consagraba en una orden inapelable. El sitio era caluroso, cerrado, con su aire rancio batido y rebatido por ventiladores de aspa y sus ventanas cegadas, adornadas y ocultas por cortinillas de raso color carne. A un extremo, la rocola, con Los Panchos y Julio Jaramillo disputándose el micrófono; y al otro, separado por una puerta donde hacía guardia un negro coriano —1,90, 120 kilos, cicatrices de refriegas de suerte diversa—, el laberinto de cuartos.

En conjunto, el sitio era ruidoso y sórdido. Diego no pudo evitar el dejarse cruzar por dos sensaciones que sólo en apariencia eran contradictorias: el rechazo y la lasitud. El local no podía resultarle más depresivo y sin embargo la posibilidad de escapar se le ofrecía como una proeza remota. No sólo porque estaba a merced del dueño del yip en el que habían bajado —un barinés aindiado que al trasponer el umbral del negocio pareció sentirse de inmediato reinstalado en el Paraíso

de dicha, miel y maíz que prometía a los mortales la fe de los arawakos— sino por pereza. Caer en la silla del rincón y desear abandonarse fueron un mismo impulso. La palabra que le venía era abulia. Y, como suele ocurrir, bastó que tomara la decisión de aceptar lo que le ocurría, para comenzar de inmediato a sentirse mejor. Apuró dos o tres cervezas tibias, rió con los chistes, pisó incluso alguna tecla de la rocola por la cual viajó al mar dormido por el run run afalsetado de Carmen Delia Dipiní.

Se hallaba mirando sin mirar el tumbaíto de la mulata que en la pista de baile se vacilaba a Arnoldo, cuando ocurrió. Era delgada, una piel bruñida con cenicilla de onoto y, en comparación con el redil, cuando caminaba, no parecía caminar sino levitar. Los ojos: lo que provocaba aquella prestidigitación natural eran los ojos: tristes, bovinos, fuera del tiempo, se disolvían en una mirada sin pupila... provocada a buen seguro no por la tristeza, una experiencia demasiado común, sino por una quiebra más profunda para la cual aún Diego no disponía —aún nadie dispone— de nombre. Se podía decir, en un primer momento, que su tipo correspondía punto a punto con el de la campesina divulgada por los afiches de Corpoturismo, incluso a un tipo más convencional que el de la publicidad de Corpoturismo. Bastaba, sin embargo, tropezarle la mirada, o el perfil con el pelo semirrizado tocándole el hombro y la pendiente inicial de la espalda —tenía una extraña propensión, ¿un tic?, que la obligaba a inclinar la cabeza en sentido opuesto al del sitio hacia donde dirigía la mirada— para que la primera imagen resultara barrida de plano por la impresión de hallarnos ante un ser inusual. Hablar de aura en estos casos puede parecer pueril, pero tal vez en un burdel la puerilidad no resulte tan descolocada como en otros mercados, de modo que nuestro héroe adjetivó desde su pedestal de fórmica y plástico chorreado, «una linda putica aureolada», sin el más mínimo sarcasmo. Aprovechó la ausencia circunstancial de los compinches para guiñarle

una invitación a la mesa, pero en el momento en que vio a la muchacha aproximarse, se percató de que lo que en verdad deseaba no era añadirla a la mesa, sino desmarcarse él del grupo y desmarcarla a ella con él. «El cuarto» —se dijo—, «lo mejor es que pida el cuarto de una vez», pero de nuevo finteó y cambió de pierna: no tan despacho por taquilla, no tan paquete expreso. Ésta no merecía ese trato, más bien *ninguna* lo merecía; y pensándolo bien, tampoco él.

Eligió unas sillas aisladas en el corredor que conducía a los depósitos, dispuestas frente a un tablón de pared clavado al pretil, donde la casucha se abría sobre el patio. Era una especie de breve mirador soplado por una hebra de viento que parecía deslizarse desde las montañas, en el límite del paisaje negro. Allí, con menos ruido y más soledad, ella, arisca al principio y recelosa como una venadita frijolera, se dejó conocer por él. Al día siguiente, con el bordado de la herida escociéndole el tinglado de costillas hasta la tetilla izquierda (una costura a la que se sobreimpondría la del atentado de La Vega, veinte años después, pero ya hemos hablado de esto) recordaría la retahíla de detalles, pequeños algunos, si se quiere, pero por completo insólitos, que habían marcado la noche desde el saludo. Y recordaría la sensación de irrealidad que le provocara la convergencia de tantos pormenores improbables (¿pero improbables en qué dimensión?, ¿en la estadística, acaso?, podría haber preguntado La Sigmuncita del futuro de haberle oído pensar la frase) que, uno después del otro, relevaban con exactitud para multiplicar la singularidad y hacer de la escena improbable una frecuencia imposible.

La Madama platinada de la barra, por ejemplo, quien al apenas percatarse de la excursión a dos hacia el pretil se aproximó, lenta y serpenteante entre los borrachos, los bailarines que intentaban lo suyo a trompicones en la pista y las mujeres que buscaban su turno, para celebrarle el dedo, habías

tenido buena nariz, catire, la ahijada era la flor de estreno en este jardín, y tú te me veías sano, ¿la ibas a tratar bien? ¿Le ibas a tener buena mano? Y la ahijadita: ¡ay madrina, usted sí tenía cosas, usted sí era!, pero roja ya, morada ya como una berenjena de tan roja. La vieras tú, catire, cómo se estaba poniendo esa muchacha, y él sí, por supuesto, ya la había visto, y justo por eso estaba asombrado, sonrió, aquello completaba la estampa sagrada en medio del pantano de culebras, una dulce putica, aureolada y ruborosa, se dijo, y fresca, si la promoción de La Madama no se equivocaba.

Luego estuvo el foso de cocodrilos que la misma madrina protectora pareció trazar alrededor de ellos para, blindándolos, mantenerlos lejos de las pezuñas danzantes que caracoleaban dentro. Al comienzo el foso cobró la forma de los rugidos intermitentes que, como ya anotamos, ella perifoneaba desde su cubil detrás del mostrador y que ahora detenían en raya a los temerarios o desaprensivos que amenazaban con aventurarse a las fronteras del corredor. Luego, probablemente para ganar tranquilidad aplicando el cerrojo, delegó en el negro coriano de la alcabala sexual la misión de cerbero de la pareja.

Después vino lo del aguacero —goterones como pedradas de granito, truenos como erupciones volcánicas— que, al lado de sorpresivo, resultó ser providencial a la hora de los arrumacos entre las sábanas: de no ser por el estruendo líquido sobre las planchas de zinc, que acallaba a límite de sordera cualquier otra algarabía, los aullidos de la ahijada aureolada —esta vez, por cierto, destellada por otra aureola, animada por otro rubor— hubiesen bastado para atraer el auxilio de bomberos y policías de la ciudad del Obelisco en operación convergente sobre el burdel. ¿Una violación? ¿Otra?, como quizás diría el lector de *Juegos bajo la luna*. Para nada. Si en él, en Diego, hubiese estado, la noche habría transcurrido como en su primera parte: la charla previsible —ahijada de voz ronca, satinada, que lo mecía desde su centro, desde el centro de ambos—, la bailada de ladrillo

cuando la rocola soltaba algún bolero, pero, como se sabe, no siempre el juego corre como la voluntad lo traza. Asunto de cuerpo, por más que durante la etapa del pretil él, tocado por la aureola, aureolado por el rubor de la ahijada —olía a ramas silvestres, a musgo—, hubiese evitado el avance táctico, la caricia que mueve el envite a la ruta de la cama (para no mencionar la sacudida, el templón por el cabello, el arrastre a coleteo hasta la madriguera como en las comiquitas de Trucutú: billete usual en esos dominios), y, cuando mucho, apenas hubiese alcanzado a besarle caballerosamente la mano, a marcarle el borde del pelo sobre la cara, a abrazarla en los boleros, aunque sin estrecharla; a pesar de estas precauciones, digo, no le fue posible engañar al dato automático que desde los tiempos del emplumado puberal se volviera habitual en estas circunstancias.

Pero la palabra «emplumado» era, podía recordar, la que había usado el mamador de Moralitos, El Sindicalista, mientras bromeaba sobre él, sobre Diego, con padre en las conversaciones de café; el médico, en cambio, había empleado la expresión «torrente hormonal», y agregado el término priapismo. Don Manuel recordaba la palabreja: le llegaba bajo la especie de aquel voluntario de las Brigadas Internacionales que caía presa del priapismo no bien se iniciaba el vómito de la primera artillería. A pesar de las chanzas bobas del batallón por entero, no era un asunto para bromear. Sufría el pobre: con la descarga le venía el enderezamiento, la verga se le montaba en una columna acerada y ya nada lograba bajársela en horas. Él insistía en que le dolía. De modo que cuando el médico de Diego —Dieguito para entonces— le comentó al padre que lo del muchacho no era nada grave, nada de qué preocuparse, don Manuel, y hablara del torrente hormonal de la adolescencia y de una especie de priapismo, don Manuel casi recibe el diagnóstico con un infarto masivo.

—¡Calma! —tuvo que explicar entonces el médico—. Se trata de un priapismo benévolo. Para decirlo de modo que nos

entendamos, lo que ocurre con Dieguito es que es un pinga parada —y luego con sonrisita cómplice, con golpecito de enhorabuena por la espalda a don Manuel, como si fuese éste y no el hijo quien padeciera el veredicto—. Hay más de uno por ahí que daría vida y hacienda por estar la mitad de lo «enfermo» que está su hijo.

Aquello había sido en la bisagra de sus doce, y no se trataba para nada de que ahora, en el burdel, fuese él, Diego, quien lo recordase, sino yo, el memorialista, quien lo reseña. Embridado como estaba por la mordaza textil, el instrumento en cuestión había hecho los honores al diagnóstico remoto, plantándose como un asta de banderola redonda desde el pitazo inicial del partido. Por muy previsivo y pudoroso que se hubiera mostrado él, Diego, con la ahijada, a vuelta de conversación, de voces casi tiernas, de boleros casi castos, allí estaba la briosa enfermedad. Enhiesto y ciego hasta casi dinamitar la cremallera de la bragueta, su *alter ego* elevaba la voz... Con todo, y puesto que no era la primera vez que le ocurría, ni de lejos, quizás habría podido mantenerse en dominio... pero entonces le sobrevino el dolor. Un peso sordo en la base del escroto que, ya lo sabía, sólo desaparecía con el drenaje extático de ese laberinto de vesículas sin nombre que el médico de los doce le había descrito a su padre y, por petición expresa de padre y de Moralitos, también a él.

De modo que el recato —aquella mezcla torpe de respeto y de piedad por la virgen ruborosa que la madrina, ésta sí sin rubores, traía al estreno nocturno— pasó a ser un lujo demasiado racional para la urgencia de la entrepierna, donde la sangre le dolía, alternando en una secuencia puntual el latido feroz y la anestesia en la zona. El estatus virginal de la ahijada se le impuso como un rasgo evidente desde el besamanos de presentación: no fue menester preguntarle a la madrina, bastó el olor, quiero decir el de la ahijada, y cierta iridiscencia en la textura de la piel, y la mirada, por supuesto, de la que dijimos un tanto. Así que cuando el límite pidió lo suyo y *él tuvo* que

llevar a la virgen al tálamo de los sacrificios, so peligro de cólico testicular —el menos soportable de todos, como es sabido—, la «rutilante capa con que la envolvió mientras danzaban anillados hacia el ara nupcial» apenas podía acompañarle de pesada que resultaba la culpa. ¿Culpa? ¿Se colaba por allí, tal vez, el prontuario católico de madre y la no menos gruesa «agenda de navegación de padre», leninista en médula? Acaso. Y acaso una hojita de albahaca anarquista de cosecha propia. De la sonrisa resignada pasó a la carcajada abierta —la virgen casi que cae de sus brazos—, pero nada de esto adormeció un ápice el cuello del gallo... al cual los vaivenes del transporte no parecían agotar, antes bien, y debido en parte a que la muchacha, al ser llevada en vilo, presionaba con la cadera el fuste y el capitel de la columna erguida, atizaba y batía, sin la menor intención por su parte y sin que pudiese hacer nada para evitarlo, a menos que se liberara de la silla de brazos y se lanzara al suelo. Pero, claro está, esto último no ocurrió. ¿Arrullada?, ¿curiosa?, ¿excitada también? El punto de vista indirecto libre que el autor centra en el protagonista masculino, nada nos deja saber de los «sentimientos encontrados y de las palpitaciones íntimas» de la muchacha, como la madrina le dijera la mañana anterior a su llegada, le abriera su corazón, ahijadita, le hablara de esa tormenta de sentimientos encontrados, se le confiara entera. Pero ahora era la noche siguiente y sobre la muchacha apenas podemos hacer dos anotaciones. La primera, que mientras Diego la llevaba cargada hacia la habitación, y ella acunaba la cabeza en su cuello, sacudida la cabellera por las carcajadas sorprendidas, sonrió también con los ojos cerrados, como en una especie de sintonía refleja. La madrina la vería en esa pose sólo por un instante —al acudir a abrir para ellos el dormitorio azul, reservado a las grandes ocasiones—, pero sería en ese flash de felicidad y de zozobra en el que la recordaría al día siguiente, al tiempo de llorarla.

Lo segundo ya lo adelantamos. Nos referimos a los alaridos que, mientras resoplaba bajo el peso de Diego, atravesada

de parte a parte, profería sin parar, como si estuviese siendo empalada en vida. A consecuencia del estruendo de agua sobre el zinc, ninguno de los clientes del burdel se enteró de aquellos gritos, desgarrados, como se adjetivaba en las novelas góticas. Diego sí, por supuesto, pero hasta donde cabe decirlo, de poco le valió la vecindad en relación con el hecho, para entender lo que ocurría en los caminos corporales, ¿y quizás mentales?, de la virgen. La primera explicación que intentó darse tuvo que ver con el golpe de desvirgamiento, que si bien no lo tomaba por sorpresa, sus consecuencias inmediatas —los relinchos de competencia olímpica, los aullidos de loba— superaban cualquier expectativa y, hasta donde le daba la memoria, cualquier antecedente en sus todavía breves archivos. De inmediato sintió el impulso de detenerse. Ya había tenido una primera explosión orgásmica, para la cual sólo bastó la frotación del emboque y, ahora, sin que el sable hubiese perdido un ápice de vigor, se había deslizado en medio del resbaladizo pantanillo seminal, empotrado en el segundo nivel de la ranura y, finalmente y con el mismo envión de la acometida, vencido el velo de resistencia que abrió paso a la tercera estocada.

¿Fue entonces cuando la muchacha desgajó el primer grito? Al día siguiente, en el calabozo de la ciudad, creyó recordar que sí. Y que entonces, al tiempo que la besaba y la tranquilizaba como a una niña que se hubiese golpeado, justo así, y dejando a un lado los deseos de rematar, te lo voy a sacar, muñequita, te voy a aliviar ahorita, le había dicho. Y luego creyó recordar que, entre gritos, la virgen aureolada, ya no ella, ya otra, había alcanzado a gorgotearle que no, que hiciera con ella lo que quisiera, que la matara, que ella lo que quería era morir allí, al tiempo que le encajaba las uñas en la espalda y se le abría en abanico de pierna a pierna, lo que tú quisieras, sí.

En cuanto a Diego, hay que aceptar que la osadía de la que hasta entonces se había mostrado como una doncella frágil (y

que, en cierto inexplicable modo, todavía continuaba pareciéndolo), lo asombró y, por si hiciera falta, le brindó el estoque rebañándolo en platino. Aquello era increíble, la niña había sido desflorada, la penetración debía estarle escociendo como la madre y, sin embargo, quería más. Si le duele, es claro que le gusta que le duela ¿un tumbadito masoquista, quizás? ¿O una manera de expiar su «iniciación» en el pecado? No hizo ningún esfuerzo para deshacerse de estas reflexiones acaso extemporáneas; no sólo porque se le habían deslizado en el espacio que mediaba entre los dos cuerpos de un modo, digamos, natural, sino porque, como es sabido, estos excursos postergan el clímax y, por tanto, prolongan la duración del ayunte: un recurso que no debe ser soslayado, ni siquiera por alguien que, como él, difícilmente corría el riesgo de desinflarse, aun en el caso de presentarse un segundo o sexto drenaje extático. Si la muñeca quería lo suyo no era él quien, una vez aceptado el lance, iba a negárselo: le tocaría la pared del fondo: estaba decidido.

¿Algo más antes de darle la voz a la tragedia? Sí, dos notas. Una, el estruendo del aguacero no cesó, de manera que el alarido de la doncella siguió sofocado, inaudible para la rumbosa fiesta del bar e incluso para el asesino, que alcanzó la habitación de la pareja no guiado por su buena nariz o por el hilo a grito de la muchacha, sino por un recurso menos venial que reseñaremos en su ocasión. Dos, la insistencia de la virgen aureolada en implorarle a Diego que la matara, no una o seis veces, lo que hubiera estado dentro de las exclamaciones al uso en estas circunstancias, sino de manera permanente. De hecho no dejó de repetirle la rogatoria ni por un momento desde la estocada inaugural hasta el momento en que el ayunte alcanzara su término por razones ajenas a la voluntad o los deseos de la pareja. Lo contamos porque esta monótona repetición sería recordada al día siguiente, por Diego, como

lo que resultó a la luz de la violencia que sobreviniera, como una melopea premonitoria, funeral.

¿Qué fue? ¿Un tropel de zainos cerreros que levantados por la luz de los relámpagos cruzaron el agua de la noche y convergieron sobre la puerta, desportillándola a ciegas, para cubrir la cama con la estampida? Se trata, por supuesto, de metáforas posibles, tocadas quizás por la intuición de Diego o de la muchacha. Nunca lo sabremos. No lo sabremos por Diego, quien al día siguiente, en el calabozo, juraría vivir los días que vinieran como si aquella noche nunca hubiera existido, excepto por lo que hace a los ojos de la muchacha; ni por la muchacha misma, que no viviría después de aquella noche.

Desengoznada la puerta, el cuerpo del hombre se adentró contra el recuadro de luz por un fugacísimo momento, antes de lanzarse contra los dos cuerpos que se refundían en uno o en ninguno sobre las sábanas, ahora nítidamente deslumbrados por el flash que los bañaba desde el pasillo. ¿Fue entonces cuando el hombre pudo ver el rostro de la muchacha, transfigurado, casi irreconocible por la experiencia del goce o del dolor, o de ambas pasiones, que le impedía dejar de aullar? ¿Fue entonces cuando enloqueció al extremo de clavar el pico ahora roto de la botella en el cuello de la muchacha que había quedado desguarnecido, en primer plano, por su gesto protector, el de ella, que había así rotado las posiciones para terminar sobre Diego, cubriéndole la espalda del filo de vidrio —en verdad una raya de luz verde— que en ese instante descendía sobre el lecho?

El autobús había escalado las empinadas cuestas que cerraban el valle por el sur y ahora descendía casi en barrena sobre la ciudad. Diego limpió el vidrio de la ventana y apoyó la frente contra el recuadro: una madeja blanca, espesa pero casi silenciosa, caía sobre la hondonada que todavía los

separaba de las primeras torres. Había estado lloviendo a retazos desde que Arnoldo lo llevara al terminal, pero se trataba de una garúa lenta que en nada se asemejaba a los aguaceros de las últimas semanas en la ciudad del Obelisco y en la Sierra, y, por supuesto, muy distante del aguacero del burdel. En verdad, pensó, la noche del burdel había transfigurado todos los acontecimientos anteriores y paralelos a ella en una colección de señales colocadas con fragilidad en un campo remoto. Lo repensó en las palabras de un lugar común y sonrió, con los ojos cerrados: su vida había sido partida en dos y la sierra que practicara la operación no había sido otra que un burdel. ¡Como para comprar boletos en el *ring-side*! ¿Era tal vez por esto, y a pesar del peso que representaba como marca de tiempo, que la experiencia toda se le aparecía ahora, después de la decisión de regresar, bajo la forma de una pesadilla vivida —o soñada— por otra persona y con cuyos detalles él estuviese relacionado apenas a través del débil hilo del oyente ante un relato? En todo caso, experimentaba la repetida impresión de que se trataba de un cuento remoto. Nada de días o semanas, un tiempo imposible de medir con los raseros al uso lo separaba de aquello. El recuerdo auditivo que le venía de manera natural era el del sonido de la cascada o el del estruendo de la avalancha.

Así se habían precipitado los sucesos desde la madrugada del burdel. Reconstruidos, se le ofrecían con la médula de una tragedia recubierta por la silueta de una comedia bufa. Y sin embargo, el saldo no podía ser más drástico: la muchacha, muerta; al menos dos heridos de cuidado, una docena de presos, el negocio clausurado. Con todo —y aunque resulte difícil de creer—, en lo que hace a su suerte, debía admitir que el resultado pudo haber sido peor. Dos milagros: un par de azares providenciales que, de no haberse producido, él ahora estaría muerto o, en el mejor de los casos, con un bono de alojamiento gratuito por tiempo indefinido en el cinco estrellas judicial de la ciudad del Obelisco. Milagros. ¿No lo fue

acaso el que el portero coriano después de señalarle al policía de civil la habitación de la virgen, y de franquearle la entrada, tomara la precaución de seguirlo, por puro pálpito, como declararía luego, y a pesar de que el policía, ciertamente, no estuviese armado, y pudiera así, con un zarpazo ágil sobre el brazo que bajaba sosteniendo la botella partida, evitar, si no el degollamiento de la muchacha, al menos el destazado en canal que el malparido, en un segundo envión, parecía decidido a practicar sobre él, sobre Diego?

El zafarrancho que se desató de seguidas sería de los que hacen historia. El agresor fue dominado y despojado de la botella por el coriano, pero no había venido solo, otros dos «compañeros de arma», policías como él y, como él, en atuendo civil, no bien se percataron de lo ocurrido, decidieron cerrar filas en el gremio. De inmediato, la concurrencia se desgajó en dos legiones: de una parte, el grupo policial, al que se sumaron dos o tres chupamedias de los que nunca faltan; de la otra, el formado por Diego, Arnoldo y los amigos del yip, que conquistó el apoyo activo del grueso de los clientes que no había decidido escabullirse para ponerse a buen resguardo.

El local no sobrevivió a la refriega; la clientela —Diego, Arnoldo y los del yip incluidos— y el personal, puestos en rejas por las patrullas de segundo aire, que de inmediato coparon la zona como si hubiesen estado en el traspatio, atentas sólo al grito de auxilio de los colegas para iniciar el asalto.

¿Que había al menos media docena de testigos que no sólo vieran al asesino en el momento de quebrar el pico de la botella contra la puerta y precipitarse sobre la pareja que yacía en la cama sino que, por añadidura, oyeran desde el día antes sus comentarios de cazador referidos a la muchacha y sus proclamas vengativas contra usurpador y virgen, de darse la circunstancia escandalosa de no resultar él quien se hiciera con las primicias de la virgen? No bastaba. Con apoyo de carrera, y con rango de oficial en el comando anti-subversivo de la zona como resultara, ¿qué treta creen que

concibió el muy comemierra? Probablemente acertaron de un todo: forjó, con la ayuda de juececitos portátiles un expediente que, sin rubores, colocaba a los contendores del burdel en el rol de integrantes del frente guerrillero más importante del área para la época, y a Diego en el de «comandante del foco y enlace internacional de la rebelión armada».

Así las cosas, ya nuestro héroe se veía en el instante de ser lanzado al vacío, manos atadas, cabeza enfundada, desde el ya mítico helicóptero en paseo; se veía, torturado, capado, desmembrado; se veía enterrado vivo. Por complemento, el malparido de la botella, a todas estas libre de toda libertad y entronizado en la silla del victimario, lo acompañaba en sus fantasías, susurrándole versiones, a cual más depravada, en sus inspecciones rasantes a este lado de los barrotes.

A nadie, sin embargo, le faltan dioses protectores, y esto vale también para los sin dioses, incluyendo a Diego. A pesar de las náuseas que el contragolpe salvador le provocaba, decidió que al menos esta vez era preciso acatar aquel viejo consejo de mudar las tripas en corazón y devolverle a la legión de malparidos algo de su propia medicina. En una mesa de tahúres o te bajas en el póker trucado que corresponde al ambiente o regresas con el barril de las comiquitas por *smoking*. ¿Qué ocurrió? Ocurrió la epifanía, el segundo milagro. Nada, el dueño del yip, entrañable de Arnoldo, miembro del escuadrón de cerveceros que hiciera filas con Diego y, por tanto, reforzado y enrejado como lo fueron todos, resultó sobrino dilecto del gobernador local. Algo que él no había dicho antes, comentó, por la sencilla razón de que nadie se lo había preguntado. En resumen, y para continuar con la metáfora de casino, que el as de diamantes aplastó al tres de trébol, y que el matón protegido hubo de ser trasladado de emergencia y degradado en la práctica, para calmar los ánimos y apostar al olvido (se pudo contar algunas columnas indignadas de la prensa nacional y algunas manifestaciones universitarias en Caracas y en la ciudad del Obelisco).

—Pero no lo dejaron preso ni lo llevaron a juicio —alcanzó a farfullar él, Diego, sentado al lado de Arnoldo, en ruta al terminal de interurbanos: todo aquello le producía un cansancio agobiante, pero no tanto como para abandonar la indignación—. Lo menos que a ese hijo de la gran puta le salía era perpetua... En lo personal, lo ahorcaba.

—Yo lo que creo, comandante, es que con el país que nos ha tocado en suerte, tendríamos que celebrar en primer lugar la salvada del pellejo —dijo Arnoldo: desde la excarcelación se había sentido con permiso para bromear con la bufa acusación que el matón hiciera contra Diego.

A Diego le molestaba la broma.

—Mal chiste ése de «comandante», llave —protestó.

La palabra llave, deslizada desde la memoria, se superimprimió en la imagen apaisajada de las torres del centro que se silueteaban desde la raya de distancia contra el ojo, a través del vidrio. El autobús dobló en Fuerzas Armadas a la altura del terminal, para ejecutar la maniobra final, una especie de bucle de 300 metros que, debido al embudo de la entrada única y a la proximidad del centro, podía exigir una buena media hora. Padre debía estar esperándolo. Intentó sin éxito imaginar la cara que traería. Una expresión que podía mezclar, en partes iguales, la dicha de tener al hijo único de regreso, si no a la casa familiar, al menos a la ciudad, por una, y quizás algún mohín de satisfacción por haberse hecho con la razón en el pleito que sostuviera por los días de su «escapada». No, si lo conocía, no cabía esperar sino la primera... Pero, en todo caso, ¿había él fracasado en verdad? No lo creía. Los tres momentos del itinerario que el azar le había hecho trazar en aquellos años, casi cinco, que se extendían desde el portazo de despedida filial hasta aquella alfombra voladora de Expresos de Occidente que lo traía de vuelta lo negaban. ¿Se le podía imputar que aquel hato guariqueño donde los contactos del Chino Acevedo lo llevaran, hubiese quebrado por un lío de abigeato cuyo inicio precedió en meses a su llegada? ¿Y qué decir

de aquellas ronchas purulentas que una variedad de mosquito del Orinoco le produjeran para obligarlo de nuevo a hacer maletas —un caso infrecuente de alergia a la picada de aquella variedad específica, había diagnosticado el doctor Baena—? Y, por último, lo que Conan Doyle, a quien para entonces ya había releído completo por segunda vez, habría acaso llamado «la aventura de la siembra de ajos»: el más prolongado de sus intentos. También el más infeliz, a juzgar por el aparatoso cierre: refriega con homicidio incluido, prisión y bufa acusación de subversivo.

Un rostro lo acosó desde el otro lado de la ventanilla: un vendedor ambulante, con una especie de sarta de dos ollas colgándole del hombro, voceaba cachapas con queso. Diego se reclinó de nuevo en la butaca. Al margen de su voluntad, el dibujo lineal de su «itinerario» en aquellos años se fue trazando punto a punto detrás del ojo. Se sonrió a sí mismo, tomó papel y bolígrafo y copió la figura imaginaria: desde Caracas partía una raya vertical hacia Valle de La Pascua (centro-sur), doblaba luego en dirección a Guayana (sur-este) para, en fin, con un brevísimo toque técnico en San Fernando de Apure y Mérida, recalar en Lara.

Si se trazaba una línea que conectara las diferentes estaciones, la figura que resultaba era la de una interrogante, con el extremo del mango en Caracas y la punta de la hoja en Lara. Lo guardaría para sí como uno de los curiosos *souvenirs* de aquel viaje primordial y sólo se animaría a compartirlo con alguien cuando, muchos años después, conociera a Carmen Luisa, y pudiera escuchar de ella las razones analógicas que «permitían comprender aquel caprichoso deslizamiento de un icono heurístico en tu aún tierno inconsciente anarquista», mi amor, al tiempo de chocar los vasos, de vino el de él, de soda con limón el de ella, tu peaje, Cronista, cielito. Pero ahora no es Carmen Luisa quien lo espera en el terminal sino padre. Aún no hablaban y ya sentía que habían hecho las paces. No se trataba de que las confrontaciones desaparecieran, pero las

del futuro serían, por fin, de adulto vs adulto, y cuando resultaran de adulto vs niño, quien se reservaría el papel de niño no sería él sino padre. No le confesó lo del largo viaje en interrogante inconsciente ni lo del rango espurio de «comandante», pero esto último, el viejo lo supo en parte por la prensa y en parte por el par de visitas expresas que le dispensara en el calabozo mientras duró la circunstancia, y, como él había temido, lo blandiría como recurso en varias mamaderas en los meses, e incluso en los años por venir.

Y sin embargo, la de las tablas sobre la cabeza era una imagen que resultaba no sólo injusta sino de plano errada para describir la vuelta y su intento final con el proyecto del ajo. El que aquella prolongada aventura de autonomía y de soledad culminara en una ruidosa batalla de burdel, y en la cárcel, podría apreciarse como una evidencia más tanto de la precariedad de los proyectos personales como de la conveniencia de continuar profesando los valores que profesaba y que le dieran el impulso inicial para levar anclas en aquel ensayo.

Pero su regreso, con ser la ciudad el enorme mercado de rapiña que sin duda era, no tenía por qué no ser un desafío. Al fin y al cabo —y fueron éstas las palabras con las que se lo dijo a sí mismo la primera noche fuera del calabozo— su sueño era el de un mundo sin élites de poder, no sin seres humanos.

El autobús había franqueado el arco del terminal y se aproximaba al andén. Miró a través de la ventanilla: la noche de pronto le lució limpia, como si un soplo silencioso hubiese barrido la bruma del agua sin que él se percatara, y descornado el telón horizontal que ocultaba el diamante unánime, de color añil, que con la textura de un mar invertido ahora se le revelaba en todo el arco de ojo a donde el ojo alcanzaba. Después pudo admitir que el susto prolongado que aquella contemplación le provocara —una de esas fisuras de revelación que tres años después tropezaría en su primera lectura de *Rayuela* y

que muchos años después conversaría con Fernando, su «budista favorito»— se parecía tanto a la felicidad presentida que nada impedía aplicarle el rótulo de felicidad.

Más allá del andén los puestos de fritangas humeaban al aire —arepas de carne, empanadas de cazón, tostones rebozados de queso—. Las zorrillas adolescentes se ofrecían a los viajeros paseándose por las aceras y los pasillos, y detrás, remota, la gran montaña. Se dijo en voz alta que aquella era su ciudad, a pesar del barco mítico (que lo salvara del campo de concentración *in útero* y acaso de la muerte) donde había nacido. Recordó una leyenda jasídica que había leído en alguna parte en algún momento: rabino, tesoro, viaje, regreso, entropido de la propia casa. Había olvidado el nombre del autor que refería la leyenda: Wriller o Kubler o quizás Buber. El autobús se detuvo: contra el resplandor del muro la silueta de padre flameaba la mano y sonreía.

2 (1962-1972)

Ciudad Universitaria, Caracas. Septiembre de 1970. Desde su regreso del viaje primordial, años atrás, Diego se había deslizado por lo que podríamos llamar un carrusel en espiral —ojo: no en círculo, en espiral—: viviendo en la hora del vértigo, sentía la sensación de una órbita loca que, en lugar de conducirlo hacia algún punto del porvenir tal vez sospechable (¿no se trataba acaso de los mismos pivotes repetidos: su minúsculo apartamento, la carrera, el sucesivo recomienzo erótico, la cadena de trabajos fugaces, tediosos todos?), lo retaría en el mismo paisaje con un levísimo ascenso del engranaje que lo llevaría a variar, también de manera levísima, el punto de mira desde el cual juzgaba los días. Espiral, no círculo. Para entonces aún no conocía a Fernando; de haberlo conocido, con toda probabilidad habría suscrito, y hecho suyas,

las invectivas que El Llanero, pocos años antes, empleara para referirse a los mismos salones de la misma escuela con los que ahora a él le tocaba tropezar.

Medianía, cojera mental. Trámites rutinarios donde el bostezo pasaba por norma sin hacerse notar. A los trabajos ni siquiera valía el esfuerzo mencionarlos: cajero en una tienda por departamentos, vendedor de enciclopedias, encuestador en exploración publicitaria, profesor de matemáticas en secundaria, mensajero en una empresa petrolera: puestos de trámite que parecían haberle tocado en suerte con el solo propósito de poner a prueba su capacidad para sobrenadar la mierda. Y, que conste, no lo pensaba porque se sintiera superior, sino ajeno.

En todo caso no era para lamentarlo de un todo: sin ellos, su temprana hipótesis acerca de la manera como la estulticia se apodera de las voluntades humanas, al inicio libres y diversas, y del papel que «el trabajo separado de las necesidades más básicas de la realización de la vida» —favor respetar las comillas— ejerce en el progresivo embobamiento del individuo, hubiera quedado privada de una casuística insustituible como prueba. Ahora, después de este prolongado crolin en el estercolero, lo que antes fuera una intuición, alcanzaba el estatus de certeza natural.

El único costado que continuaba mereciendo mención aparte, aun en este *tour* en espiral que constituyeran aquellos años transcurridos desde su regreso del «viaje iniciático» (pero que aún no recibía ese adjetivo, colgado como sabemos por Carmen Luisa años después), era el cambiante rostro del amor que lo había acompañado, en todo ese tiempo lento, agónico, para mantenerlo vivo al ofrecerle una razón de vida al margen de las explicaciones. Sí, el «fuego sucesivo», como lo llamara El Sindicalista en una de sus famosas borracheras poetizadas de entonces, era con mucho la única tarea de vida donde él, decía, reencontraba la libertad a través de la dicha, o mejor, se corregía, la felicidad en el

cuerpo propio a través de la explosión en libertad compartida con el cuerpo ajeno. Un trabalenguas, bromeaba con Moralitos, El Sindicalista, con algún amigo de la universidad o de la empresa, que me destraba el espíritu —el espíritu que no tengo, remataba, y apuraba el vaso imaginario para brindar por ellas, por todas ellas, como en las películas mexicanas de su infancia en La Candelaria.

Redundante como pueda parecer, la figura que regresaba cuando sin proponérselo, siempre sin proponérselo, se sentía rozado por el recuerdo de las mujeres de entonces, era, lo juro, tan mecánica como la del carrusel que lo describía a él mismo: la de una banda de montaje sin fin en una línea de fabricación en serie. Con su comentario: los elementos colocados sobre la banda no eran para nada seriales, sino únicos. ¿Y él? Allí, al lado de la línea, en el tiovivo al que aquélla tocaba tangencialmente, haciendo de payaso sobre un caballo rosado o un avestruz azul; entonces apenas le era menester estirar el brazo para tomar una de las muñecas disponibles de la banda (no más de dos o tres en el punto en donde cabeza y línea se tocaban), vivir al salto de mata con ella durante el tiempo que duraba la vuelta, y devolverla a la línea sin fin, izándola con el brazo izquierdo y colocándola con toda la delicadeza de la que era capaz dadas las circunstancias, mientras con el derecho enlazaba al vuelo, por la cintura, a la nueva doncella. Una era sustituida por otra, y ésta, a su vez, por otra más que vendría. El estándar dictado por el placer, la «transparencia» y la saludable fugacidad, no sólo era el único que lo satisfacía con todo el esplendor de la pluralidad que entrañaba sino, a la par, el único que respondía a sus principios ácratas, que en el territorio de la relación de pareja cobraba forma de libertad ilimitada, vivida por completo al filo de la irresponsabilidad.

Remitidos a los hechos de la temporada, podemos verificar que ninguna de sus relaciones de entonces cruzaría la barrera de «máxima seguridad» de los tres meses. De hecho,

a este límite sólo se aproximó alguna que otra vez por vía de excepción, y nunca lo franqueó. Se dirá que ello ya constituía una regla y que su pretendida anomia no pasaba de ser un cínico saludo a la bandera.

Ocurre que estamos, a secas, frente a una disciplina «natural» que germinaba en él, cíclicamente, como una fatalidad biológica. No existieron decretos ni imposiciones, apenas un ritmo orgánico que operaba al margen de su atención. El cansancio podía variar, sin embargo, según ciertas circunstancias que, bien vistas, no demandarían una segunda explicación. La simultaneidad, por ejemplo. El hecho de encontrarse enlazado a varias cachorritas al mismo tiempo, prolongaba en él la duración de cada cachorra en particular. Conociéndolo, no sorprende que este fuese su paradigma preferido. Y no se habría distanciado de su práctica de no ser por el desgaste que involucraba: agotamiento emocional, nunca físico, ¡ojo!, el trote ávido se sostenía.

Todavía recordaba algunos de aquellos «campanazos de alarma» que, como un síntoma vascular para un corredor de fondo, lo llevaban a halarle la brida al potro. Aquella ocasión, por caso, en la que al regresar del baño a la oscuridad de la pista de baile, en la discoteca de medianoche fuera incapaz de recordar quién era el cuerpo ahora anónimo que lo aguardaba en qué recodo de cuál silla invisible. Ni nombre ni rostro ni sitio. Se guardó muy bien de buscar al voleo por el local en claroscuro, una exploración que, por ensayo y error, habría resuelto la ceguera; prefirió escapar, airear su perplejidad con una bocanada de soledad en su apartamento. Era sábado, y cada día de la semana, eso sí podía recordarlo, había salido con una compañera distinta. La rotación, previsiblemente, había terminado por convertirse en «borración». Y, en este caso, para siempre.

Tampoco faltaron las rachas de emergencia.

De darnos a la enumeración, el prontuario tendría que incluir desde escapadas rocambolescas de las manos armadas

de novios o maridos desbancados, hasta emergencias por abortos ambulatorios, no siempre santos. Por tortuosos que pudieran parecer los dilemas morales, la solución no alcanzaba a mantenerlo en vigilia de contrición por las noches. No sólo porque la noche consagrable al dilema estaría de seguro ocupada por una nueva potrita en flor sino porque, desde su punto de mira, el requisito de libertad que precedía y acompañaba a toda relación dejaba al margen del juego cualquier consideración vinculada a ese territorio de lápidas que él llamaba, como todo disidente, «moral burguesa». No faltaron, sin embargo, los sitios de quiebre y los puentes de esfuerzo doble: ¿no requería, acaso, la construcción de una ética de existencia, el despliegue de la vida toda hasta el fin mismo de la vida?

Tal el caso de lo que el loco de Jorge, algún tiempo después al conocer la historia por su propio relato, el de Diego, bautizaría como «la temporada de las nínfulas proletarias». Él detestaba la expresión, y detestaba las ocasiones en las que, para hacerse el chistoso, Jorge ejercía su rol de magíster a la ironía, por el que a menudo se le veía el hilván de antiguo «militante de la ortodoxia», pero no le faltaba razón. Durante largos meses, en los comienzos de su carrera de resistencia en la universidad, él, Diego, consagraría sus afanes de cazador de cuerpos —un título nuestro, que él no aprobaría, pero que encaja— a la localización y enlace de estas ninfulillas de barrio que lo seducían con su desparpajo inocente y la simple felicidad con que compartían los menudos detalles del cortejo y de la entrega. Los cotos de caza no eran otros que los del «23» y Catia: un arco de kilómetros que comenzaba en las estribaciones de El Calvario y se extendía hasta Propatria. Conocía bien el territorio, que había cobrado notoriedad durante la «guerrilla urbana» de los primeros sesenta, cuando fuera «zona roja de alta peligrosidad», no por madriquera de hampones sino por cantera masiva de voluntarios para la lucha clandestina.

¿Calzó Diego, por ventura, la boina de militante de aquel levantamiento voluntarista en tantos aspectos? No habría podido. A quien desde las filas y tomando en cuenta su actitud más que crítica, demoledora, ante el paisaje del país que se vivía le preguntara por qué no te venías con nosotros, tú eras de los nuestros, camarada, mejor que muchos eras, camarita, dieras el brinco, él callaba, dando por hecho que sabían del equipo en que jugaba, o, si andaba en vena, podía recordarles yo anarco era, pana, estalinista nunca, cuadrado jamás, lo oyeran, yo estaba contra todos los órdenes, me pararan. Lo que no le impedía colaborar, tan cerca como su renuencia a la militancia le permitía, en casi cualquier acción que le proponían, sin preguntar porque no era cosa de él, si él no era, pero arriesgando tanto como los otros y «de gratis» por añadidura, como diría El Chino. Todo lo cual no hacía otra cosa que intrigar a «los cuadrados», quienes volvían a invitarlo, con honores y con admiración, por la simple razón de que no entendían, no podía cabernos en la cabeza, camarita, ¿te patinaba?, ¿te faltaba un tornillo, una tuerca, una empacadura? ¿Cómo responderles? Ni él mismo lo sabía, por bolsa, por curioso, por loco, bromeaba. En una de aquellas jugadas, se enteraría años después por lengua de la involucrada, anduvo Carmen Luisa haciendo de las suyas a escasos 30 metros del lugar en donde él aguardaba al volante de un carro de apoyo: envueltos por el azar en la misma operación estuvieron a ras de conocerse. Una ráfaga sorpresiva que nunca pudo saberse de dónde provino pero que regó el parafangos del carro y estuvo a punto de regarlo a él, obligó a optar por el plan alternativo «C» y, ¡el Hades lo sabe!, dejar sus respectivos destinos incambiados en los lugares y circunstancias que esta historia ha venido relatando.

En todo caso, también su «partidización» quedó abolida: no sólo por las reservas personales respecto a los objetivos —y, aunque en menor grado, también respecto a los medios— sino porque su breve pasantía de francotirador, si esto

es posible, se inició tarde debido al periplo nacional que ya narramos; y terminó pronto, debido al repliegue y posterior disolución del «brazo armado de la revolución» a que obligó la progresiva erosión del movimiento.

Iba a ser a partir de estas incursiones, sopladas por la utopía y algo aparatosas, sobre las calles y tras los muros de los bloques, como llegaría a trabar contacto con el corazón del «23», sus equilibristas de todo filo de navaja y, ¡ay!, sus chamitas silvestres de piel acafesada y tumbaítos rítmicos a prueba de arrepentimientos. Fue, con mucho, la temporada más viciosa de su costado de voyerista.

Abandonó el condado del «23», no sin pesadumbre, pero no la labor de recolección. Al fin y al cabo, se dijo, allí estaba la universidad, un filón desmesurado, cuyas reservas podían mantenerlo ocupado por lo que le restaba de vida, si ese fuese el caso. Una decisión que él ya se disponía a acometer con toda la destreza que la experiencia sumada le permitía, cuando sobrevinieron dos circunstancias que iban a cambiarle el paisaje de vida en una proposición que un día antes le habría parecido inimaginable: «la Renovación» y la Fierecilla Roja.

El «movimiento de Renovación», que tuvo como foco pionero el *campus* de la Central, de cuyo pivote de agitación saltarían las candelillas hacia otras universidades hasta cubrir el país por entero, lo tomó de sorpresa. No por ingenuidad, de seguro, sino por desprevenición. Desde los acontecimientos del mayo parisino, un año atrás, la corazonada de que la experiencia fuese ensayable en las orillas tropicales del mundo le había parecido no sólo posible, sino de suyo más probable que en los claustros franceses, tan dados a la soga cartesiana ellos, tan racionales.

Por contraste, a la loca flexibilidad del cuerpo caribeño, libre en su ritmo como ninguno que conociera, se decía, no podía corresponder en el plano ideológico más que una apertura a una explosión total de ideas, en cuyo corazón saltaría, con tiempo, con vísceras, con voluntad, la «nueva vida».

Sólo faltaba el empujón... Y esto era lo que, a su modo de ver, constituía el problema. Estaban viviendo un período de reflujo: la derrota de los primeros sesenta había derivado en una calma tan chicha que, de pronto, se tenía la impresión de que el país se había quedado sin memoria. ¿Y sin salida?, ¿No mostraba la derrota de los sesenta la imposibilidad del proyecto ortodoxo? ¿Y no se abrían así, en consecuencia, cráteres alternativos para este volcán en ebullición sobre el cual él se sentía caminar? Sólo faltaba el empujón, pero por más que afinaba las antenas, no lograba registrar en rincón alguno del *campus* o del claustro o en esa curiosa zona de frotación del uno contra el otro que eran los pasillos de las facultades, un solo ojo en el que pudiera leerse la invitación o la promesa o incluso apenas la pregunta que él aguardaba para constituir los núcleos de movimiento solidario de cuya acción imbuida de «latidos» antes que de estatutos, emergería de manera natural el nuevo espacio, la sociedad libertaria.

Le gustaban mucho esas palabras de las que no recordaba haber escuchado o leído antes, y a las que llegara casi por azar, dejando que la cabeza pensara como si en verdad no pensara. Las anotó, no para atraparlas, sino porque se sentía amante del gesto espontáneo, sí, pero no del caos; y porque nadie podía declararse libre de esa otra forma de esclavitud que es la desmemoria. La combinación, por ejemplo, de la palabra núcleo y de la palabra movimiento, que evocaba, al unísono, algo más individual que «célula» y menos estático que «comité». Dos palabras que los errores del partido autoritario habían desgastado hasta volverlas huecas. Aquí era donde el «latido», con toda su carga visceral, entraba en historia: remitía al cuerpo y a la emoción, pero también al origen medular de la vida. Los anotaba, y se los repetía, decíamos, los términos a sí mismo en una especie de murmullo en voz alta que le provocaba espasmos de exaltación en la propia silla turca, y le hacía verse en aquella investidura de «líder entre iguales» cuando viniera el momento del brote. Aquí era don-

de, en varias ocasiones, había vacilado. ¿Era ilegítimo erigirse en líder? ¿No traicionaba esa pretensión la nuez misma del pensamiento igualitario y ácrata? No lo creía. No lo creía pero no estaba seguro del todo. Estimaba que el grupo requería no de un caudillo pero sí de un pivote capaz de organizar y catalizar las diferentes voces del plural, y si las circunstancias y el pulso del grupo lo decidían, no podía tratarse de un papel bufo. ¿No habían surgido, acaso, pivotes espontáneos en las comunas de Aragón, en el 36? ¿No se había visto entonces, en Durruti, a un líder?

En todo caso, nada le impedía debatir el tópico consigo mismo en el silencio de sus medias noches. Menos aún sobre el tremedal de aquella víspera que él podía escuchar, se decía, en el mínimo movimiento de una hoja. Y sin embargo, como si la historia estuviera empeñada en jugarle una broma, se decía, el sacudón no se decidía a llegar. Aquel «sí pero no» que escapaba a su comprensión se mantuvo por meses (mayo le parecía remoto y olvidable) hasta que una mañana, cuando ya casi se resignaba al desierto, como diría El Chino, amaneció de bala. No sólo él, la universidad en entero; o él en la medida en que fue siendo impregnado y disparado por la universidad en entero. Podía recordar la historia en sus pormenores desde un comienzo, tanto por la fuerza con que el vértigo fue vivido como por las crónicas que pronto se vio obligado a —y seducido a— escribir para la prensa ávida de claves que le ayudaran a comprender aquel fenómeno contagioso que, *malgré* el mayo parisino, se resistía a ser abarcado. Hojitas de batea, tabloides de *campus* y prensa vecinal: ningún papel de circulación iba a resignarse a permanecer al margen; algunos, incluso, convinieron su nacimiento en tinta al color de los acontecimientos.

Fue el caso de *Página libre*. Un semanario que comenzó siendo un pasquín de pasillo y terminó como el órgano regular —catalogarlo de «oficial» sería un contrasentido— del movimiento renovador y sus alrededores. Pero si lo mencionamos

ahora no es por este desempeño estelar en los apretados «gestos históricos» de aquel año por demás curioso, sino por otras razones, íntimas si se quiere, que gravitarían con peso de destino sobre los tiempos más bien monótonos que en aquel entonces transitaba nuestro héroe, para volverlos de revés antes incluso de que el protagonista pudiera darse por enterado de lo que acontecía y de los alcances personales de lo que acontecía. Se comprende, podría comentárseme, estaba más atento a las necesidades de los compañeros y del movimiento que de las suyas propias, estaba entregado. Lo admito, pero eso no cambia la magnitud de los puntos de giro: el encuentro con la mujer que le asestaría el primer gancho a la mandíbula de su vida capaz de enviarlo a la lona hasta la cuenta de nueve; y el despegue estelar en el oficio para el que se había estado preparando con menos tenacidad que arte, durante aquellos años del regreso, el de periodista.

La noqueadora se llamaba Verónica pero en los círculos del Alma Mater se le conocía como La Fierrecilla Roja. Es verdad que ahora era más rojinegra que roja, pero ya sabemos de la fuerza de la costumbre: militante furiosa en los tiempos de la guerrilla urbana, el estupor de la derrota le había cambiado la pupila en parpadeo de asombro. Rugió, lloró, se revolcó borracha en los bares de Sabana Grande con los poetas de la dudosa «Pandilla Lautréamont», se fumó, se inyectó. Hasta que «una mañana de sol radiante» salió de nuevo, como decía la tonadilla, «a buscar al opresor», esta vez desde una trincheira que, aún desdibujada, comenzaba a seducirla, o la seducía precisamente en la medida en que se le ofrecía desdibujada. Para caricaturizar: escribamos que se limpió los dientes, se bañó, cambió de peinado, miró en el espejo a la otra que era y gritó con un registro que sólo ella y la que sería podían escuchar, que «no podía ser otra cosa que libertaria». Entonces se erizó y abrió la puerta.

Aquello había ocurrido dos meses antes de la eclosión renovadora, y cuando las primeras voces —la de ella entre otras— iniciaron su propio eco de las trincheras de París —«la revancha caraqueña de París», fueron los titulares de ocho columnas—, todavía no se reconocía al tocarse. Fue entonces cuando *página libre* —así, en minúsculas—, que comenzara como una maltrecha hoja de *silescrín* casero, le devolvió el tacto perdido.

Esta fue la felina, recuperada para sí misma, que tocó a las puertas del cuartel general de Humanidades, aquel mediodía, para despertar al feo durmiente que ya los corros de pasillo comenzaban a considerar como líder del sacudón. Tal como él, Diego, escribiera en una crónica autobiográfica que terminaría dándole la vuelta al universo periodístico latinoamericano, fue el encuentro de «dos eclosiones libertarias en estado puro». Cursilerías al margen, la expresión puede ser considerada como un lugar común que se aproximaba bastante a los contornos de la escena real. En la crónica de marras, que una cadena noticiosa pagó a precio de oro y que más tarde, al término del conflicto, sus enemigos blandirían como evidencia en las acusaciones de personalismo de que fuera objeto, Diego narra los detalles del encuentro. La versión divulgada por la crónica, aunque concordante en las líneas principales, difiere de la proporcionada *sotto voce* por La Fierecilla Roja, sobre todo en ciertos detalles, digamos menores, «irrelevantes para la verdad histórica», comentaría Diego, en un arrebató infrecuente en él (¿se percatan?, éstas son las bondades de la tercera persona).

El móvil del encuentro, por ejemplo. Según la versión de Verónica, el motivo que la había llevado a golpear las puertas del «cuartel» de Diego no sería otro que la indignación. ¿Por qué, malparido, habías puesto la imagen del movimiento en peligro, metiéndote en la colchoneta de una huelguista en el propio Auditorium, «templo de la gloriosa huelga de hambre», con todos los buitres reaccionarios al acecho, atentos

al mínimo desliz de nuestra parte para desprestigiarnos y freírnos en nuestra propia salsa? ¿O debía decir mierda?, le habría reclamado ella no bien hizo ceder la puerta.

La versión de la crónica refería, por el contrario, que la discusión que catalizaría el encuentro se habría producido por discrepancias sobre la conveniencia de suspender la huelga. Diego no negó en ningún momento el episodio de la colchoneta, lo precisó.

—Fue en un saco de dormir, no en una colchoneta. Y en el sótano del Auditorium, no en el proscenio. Y a las tres de la mañana, no a la luz pública... —le corrigió él, aquella mañana.

—Fue una imprudencia en todo caso, y una hijoeputada —replicó La Fierrecilla, en su estilo—... Además, ¡qué bolas, con una huelguista! ¡Hay que ver al lado de qué grandes vergas de triana lucha una!

Él la miró, sirvió dos tazas de café de termo, tomó una galleta del paquete que reposaba al lado del teléfono y:

—En eso tienes razón— le extendió el vaso plástico.

La Fierrecilla Roja se estremeció, tosió, aceptó el café.

—¿...?

—Me refiero al tamaño. Tienes razón en lo del tamaño —al tiempo que lograba, a duras penas, sostener la carcajada... atacó él—. Pero eso es secundario. Ella me invitó. Nos conocíamos y ella me invitó. Fue una sesión fogosa pero discreta... que no dañó a nadie.

—Te solazaste... te refocilaste por horas, según me cuentan.

—Soy lento. En casi todo; sobre todo en esto. Y a ti... ¿te despachan rápido?

Lo adivinaron: La Fierrecilla que, con toda probabilidad sólo era fierrecilla en la arena política...

—Además de fatuo, cabrón. Ya me lo habían advertido —se reponía con rapidez—... Y supongo que crees, por supuesto, que el liderazgo, a lo mejor hasta mal habido, te otorga derechos especiales, incluido el de pernada.

Se sentó, encendió otro cigarrillo con la colilla que casi le quemaba las uñas. Desde el jardín del *campus* los alcanzó de pronto una fuerte vaharada de marihuana.

—¡Pobres! Se nota que es de pésima calidad —comentó Diego; el teléfono había sonado con una llamada en falso, y él todavía jugueteaba con el tubo en sus manos—. Una birria.

—Me vuelven mierda estos compañeros. Creen que de lo que se trata es del pucho en la boca. Con drogas en el frente esta revolución no llega ni a la esquina... ni con singones —dijo Verónica, que chupaba como una desmadrada y había hecho del cubículo una cueva de humo.

Diego abrió más las ventanas.

—No me gusta prohibir. Pero ya que viniste a sentar cátedra con el manual de Carreño en mano, debo decirte que tu humo sí me perjudica —dijo—. Volviendo a tu reclamo, pienso que hacer el amor con quienquiera que sea, con esa compañera o contigo...

—¡Zape! —protestó ella, pero tosió.

—...no obstaculiza la rebelión, la estimula. Pasa, querida camarada, que usted todavía huele demasiado a autocrítica estalinista —la miró para ver el efecto—. El movimiento, este movimiento, al menos, no da la espalda a las experiencias personales, ni siquiera íntimas, las incluye, arranca de ellas mismas —quería colocarla en su sitio, el problema era que comenzaba a gustarle La Fierecilla, y su propio tono le sonaba cuadrado...— En cuanto a mi relación con las colchonetas, queridísima camarada, creo que debió usted pulsar la opinión de la pareja...

—¿De la contraparte?

Diego sonrió y, por fin, soltó la carcajada.

—¿Qué es eso de contraparte? ¡Ustedes los comunistas tienen cada vaina!... ¿Hablaste con ella? ¡Qué contraparte de mierda! Mi pareja, mi amante allí, mi chama lanzada, mi mujer. Llámala como te dé la gana, pero no mi contraparte... ¡Yo no me metí en el saco de dormir con un archivo, maldita

sea! ¡Y eso no le hizo daño a nadie! Un acto privado entre adultos responsables... —fraseó, palabra a palabra.

Aun antes de terminar la perorata, Diego se percató de tres cosas: a) que estaba perdiendo el pulso habitual, hasta casi rozar la sobreactuación: algo que de verdad detestaba; b) que, no obstante, la acometida hacía mella en Verónica, quien ahora lo miraba como si por fin se le hubiese cerrado la imagen de él —la primera imagen— que había estado tratando de completar desde que entrara al cubículo; c) que la conocía, o mejor, que la había tropezado fugacísimamente en el pasado y que ese relámpago estaba allí todavía, aunque no supiera en qué medida y de qué manera.

Como consecuencia de este prontuario que, claro está, lo atravesó no como una agenda sino como una eclosión asordina-
nada —supongo que esto es posible: lo es—, también él la miró de otra manera.

—Yo te conozco —se tradujo—, acabo de darme cuenta de que te conozco...

—Propatria, calle 10, 1963 —la vio sonreír: el recuerdo y la comisura la hacían otra mujer—. También yo acabo de darme cuenta. ¿Y sabes qué? Lo que me hizo recordar fue la cara que pusiste...

—¿...?

—En Propatria y aquí. La misma cara de loco furioso... de arrecho. Debías verte en un espejo, encaja de perlas en una antología...

—¡López! —saltó él—. ¡El Bagre López!...

—Para mí el Bagre Suárez: narizón, un poco estrábico y, por supuesto, el bigote.

Ahora toda la escena se le vino en una entrega: era la segunda vez que visitaba la casa de El Bagre y la primera en la que decidía una «acción» importante. ¿Qué había ocurrido? La Fierrecilla y él habían discutido.

(Por protección a El Bagre, en el cuerpo del famoso reportaje los datos fueron alterados.)

—¡También esa vez discutimos! —celebró Verónica; no él: él se asombró de la sintonía.

— Pero al final nos alineamos tú y yo contra todos los demás.

—¡Es cierto!

Es cierto, era cierto, fue cierto.

Como suele ocurrir, la corriente del pasado los anudó hacia el futuro. Desde aquel día integraron un equipo a dos que materializó un mito en la pequeña historia del movimiento, a pesar de ellos. Fueron los líderes naturales de la revuelta, en una combinación de talentos que sorprendió no sólo por la destreza con que navegaron en aguas a diario revueltas sino por la oportunidad con que delegaron tareas —preferían hablar de «catalización» antes que de dirección— y depusieron controversias inútiles. El choque de trenes que en algún momento todos temieron nunca se produjo. ¿Razones? El ejercicio de la sensatez, claro, pero sobre todo —y tendremos que emplear la palabra por primera vez referida a Diego— el del amor.

Fueron meses en los que nuestro héroe iba a conocer la posibilidad de un día a día de exaltación pura. Había aturdimiento y estupor pero, en especial, había dicha. A la trepidación de la rebelión que los envolvía día y noche, se añadía ahora la borrachera del éxtasis. Durante semanas no conocieron una sola jornada de reposo completo: descabezaban el sueño por minutos, a deshoras y en cualquier sitio. La actividad era una especie de vértigo que funcionaba como un detonante del deseo. Hacían el amor donde los atrapara la urgencia: en los cubículos que el movimiento se había apropiado, en baños de pasillo, en colchonetas y sacos de dormir, en el *campus* bajo el asombroso cielo de la madrugada.

Verónica se reveló a sí misma como amante —un costado que hasta entonces había mantenido en «cura de silencio»— y Diego descubrió con perplejidad la pareja durable.

Codo a codo atravesaron las jornadas que marcaron el inicio, el clímax, el cierre y —todo concluye— la estabilización

del movimiento: manifestaciones y asambleas, huelgas y barricadas, allanamientos del *campus*, clausura y... reapertura de la universidad. En cada ciclo, que copió la fugaz elipse que estos brotes habían mostrado en todos los rincones del planeta donde se repitió en aquellos años, ambos aparecían en la vanguardia, enlazándose, relevándose mutuamente hasta alcanzar una sintonía que amalgamó y superpuso los dos impulsos.

Como ocurrió con buena parte de los que se involucraron, la veloz corriente de cambios los cambió, a la par, a ellos. Verónica dejó el apartamento que compartía con dos amigas en la avenida México y se mudó al piso —a veces Diego, herencia de padre, usaba esa palabra, piso— que El Cronista tenía en alquiler en Los Caobos. Al comienzo, más que un techo aquello parecía un pandemónium: discos, libros, piezas de ropa, formaban muros tambaleantes, esparcidos a capricho, que debían ser concienzudamente evitados o saltados o desplazados si se quería ir de un lugar a otro sin provocar una tragedia. Es verdad que el caos no constituyó nunca un problema, dados como habían sido ambos —sí, también La Fierrecilla— a dar su cuota al desorden en el orden cotidiano, pero se requería, ajá, al menos una palanca mínima para que el desorden funcionara. Fue allí donde el nicho primordial entró en juego. El activista abría, en un rincón del fin de semana, una brecha en el tiempo del que no disponía, para armar su mochila de ropa sucia y anclar en los lamederos familiares. Estas idas y vueltas pronto se transformaron en una especie de ritual en el que ambos reencontraban la infancia.

—«El reposo de los guerreros» —decía La Fierrecilla en cada visita, desde la despedida en la puerta; y trituraba a los dos viejos con un abrazo de osezna polar crecida.

Fiel a sus principios, tan pronto se decretó el armisticio y las instituciones abrieron puertas bajo los códigos renovados, con mayor o menor felicidad, tanto Diego como Verónica regresaron a sus rutinas. Ninguno de los dos se dejó embaucar

por las seducciones del poder y esto comprendía tanto a la corte académica y administrativa como al carnavalesco combo estudiantil. Ni representaciones al Consejo Rectoral, ni presidencias en confederaciones de centros ni auxiliarías docentes: todo fue rechazado a rajatabla. Razones principistas, sí, pero también cansancio soterrado, cierta sensación de que el escenario, habiendo dado lo que dio, lucía agotado. Las conquistas estaban allí, qué duda cabía, pero el entarimado aún conservaba mucho de los antiguos vicios; a menudo, debido al piquete renovador, bufos.

—Hay que resignarse. Se trata de la misma comparsa, ahora con un vestuario que apenas se molestan en retocar —se decían el uno al otro—. La misma payasada...

La reacción fue total: la propia retórica de la Renovación llegó a provocarles náuseas.

—Nunca se sabe para quién se trabaja, ¿no? —decía Diego, por ejemplo: en el abatimiento se iniciaba un nuevo nivel de reflexión que, previsiblemente, balbuceaba y lugar-comuneaba en sus comienzos.

—Lo que somos tú y yo, y por lo que se huele, siempre hemos trabajado y trabajaremos por los otros... —decía Verónica.

—Pero no por esta clase de «otros» —aclaraba Diego. Y ambos soltaban la carcajada.

¿Repercusiones personales? Las hubo, claro está, y no se trataba sólo de la pareja, ahora instaladísima en «la jaulita» de la avenida Habana.

Para sobrenadar aquella nata grisácea —tonalidad gris rata de cloaca, aclaraba Diego— se reservaron el derecho y el placer de entregarse a los hallazgos salvables del naufragio. Porque antes y durante hubo ideas y latidos y experiencias y principios, ¿no estaban estos pequeños tesoros más allá de cualquier fracaso? Decidieron que sí. Decidieron que del rescate de esas reservas de vida dependía el rescate propio. Decidieron con alborozo que quienes habían caído eran

los protagonistas —humanos, falibles—; las banderas, en especial las banderas internas, seguían intactas.

—Mantenerse puros, chamo, camarada —balbuceaba La Fierrecilla, con cuatro cervezas encima, acodada a la barra del Gato Pescador— .¡Otra lisa, Halasko!...

Diego la miraba, la mano en araña sobre la rodilla, y ya se encarpaba, la fiel y feliz enfermedad:

—Puros, sí... —la araña replegaba y extendía sus patitas— de la latitud ombligo hacia arriba...

—Machista, falocéntrico, priápico... —esta era Verónica, sí, así hablaba ella, así simulaba que estaba furiosa, bicho—. Sabes de qué hablo, hablo en serio, ¿no se puede hablar en serio contigo?

Diego colocaba la otra araña sobre la otra rodilla, por ejemplo; y decía, por ejemplo:

—Tú *también* sabes a qué me refiero —se acercaba entonces, la nariceaba en el cachete, la mordisqueaba en el espíritu, la espirituaba en el mordisco..., metonimia, putica, priápico, acepto, pero también lábico y lénguico y dédico y narízico y déntico...

Verónica, esdrújula, se rendía, era verdad, le constaba, era verdad. ¿Y yo qué? ¿Y tú qué? ¿Y yo qué?

Y así seguían ellos, en el remotísimo pasado, como podría decir el poeta del 19 que ninguno de los dos llevaba por dentro; y así podría seguir yo, atribuyéndoles cacofonías buscadas, juegos, aliteraciones, pendejadas, hoy, ¿qué día es hoy, y dónde es hoy y quién soy? Quien escribe no es quien oye, y quien oye no es quien recuerda, ¿quién soy?

En esta ola lenta que siguió al momento cada uno, y en conjunto, escogía su tabla. Tablas simples, digamos. Diego se erigió como pivote de un círculo de estudio y discusión que habiendo comenzado por acoger curiosos, desplazados y contestatarios en flor dentro de las fronteras de la escuela, pronto se multiplicaría hacia el territorio de la Facultad, en escalón inicial, y luego, en un *crescendo* cuyo ímpetu no pudo

menos que sorprenderlo, a la universidad toda. Por fortuna (y, hay que decirlo, por los susurros aconsejantes de Verónica, que le recomendaban temperancia, ¡sí!, y tiempo para sus males personales, ¡sí!) esta vez pudo combinar esa labor de entrega «catalizadora» con otros proyectos paralelos que, teniendo que ver con los remolinos internos, no negaban, antes bien complementaban, la otra pasión. Constituía grupos y los animaba, con la misma velocidad con que se daba permiso para liberarlos. Tan pronto los veía pasar de huevos a aguiluchos los dejaba volar por cuenta propia. Así, sin culpas, también él conseguía espacio para su vuelo personal: el amasado de su cuaderno de tesis personal sobre «las vías para una sociedad ácrata», y, como complemento —¿y prolongación?— el periodismo. Los artículos que en la eclosión del movimiento lo habían hecho famoso, le proporcionaron la rampa hacia la gran prensa. No se vendió; él, en la prensa, era quien vendía, risita. Articulizó, opinó, reportajeó con la exigencia anticipada de la libertad total. Durante un tiempo que se prolongó algo más allá del reflujo del movimiento, fue una especie de *vedette*: leído, aplaudido, controvertido, execrado. Como quiera que sea, la ola —la cresta— se acható pronto, pero no la experiencia.

En cuanto a Verónica, habría que anotarle un gol de chilena fuera de área en la misma especialidad del compañero de equipo. El trabajo, una vez que el proyecto arrancó, tuvo que ser colectivo, y los méritos, por lo tanto, de equipo, pero la idea matriz fue de estricta factura propia, lo que determinó que la dirección no pudiera ir a otras manos. Nos referimos a *página libre* —así, con minúsculas—, un tabloide de alcance nacional que nació al fuego del movimiento y se desplegó trascendiendo el impulso que le dio origen.

Si es cierto que Diego sostenía una columna en el semanario, los circuitos de cada lado de la pareja estaban claramente deslindados. Para la vida en común esta era una previsión que enriquecía la conversación diaria y apoyaba la autonomía de uno y de otro, aireando la piel compartida. Eran felices

y sin embargo... en los entreactos de aquella erupción en proceso, nuestro Cronista (podemos llamarlo así, aunque Verónica aún ignore el apodo) cobraba conciencia del sabor de los cambios: La Fierecilla instalada con mudas y aperos en su apartamento, la diversidad —erótica, se entiende— cediéndole su sitio a la recurrencia: una sola mujer, un solo cuerpo. Aquello le resultaba, para decir lo menos, extraño. Por más que con toda probabilidad nadie colmaba los requisitos de la vida en común como Verónica, y por más que, en suma, el balance se inclinara, repetimos, del lado de la dicha. No se trataba de eso.

Así, al inicio de los años 70, aprovechando la minúscula bisagra de la graduación, ambos decidieron, en un sábado poroso, junto a un par de «capuchinos» en las mesas de El Viñedo, dar por cumplido el ciclo del lecho común. ¿O fue una determinación de Diego que Verónica debió aceptar sin estridencias, haciendo que jugueteaba con la cucharilla sobre la borra del café, sonriéndole al mantel? ¿O se trató de una opción de Diego que La Fierecilla, leal a su mote y a sus antecedentes, tomó a colmilladas e insultos, volcando la mesa de la escena sobre el enladrillado, abandonando a El Cronista en la terraza del café, regresando al apartamento, empacando, esfumándose sin chaito?

Para Diego, trozo de tiempo recordable como fue, la vida al alimón con Verónica recibió desde aquella fecha el rótulo —insólito tratándose de alguien que detestaba la interdicción— de «aquello de lo que no se puede hablar». Disuelta la pareja, graduado él, traspuesta la encrucijada de los 30, El Cronista estaba preparado para una nueva relación que, doble paradoja, se prolongaría por un tiempo mucho mayor que el del nudo de donde provenía. El nombre que lo aguardaba en aquellos meses finales de 1973 era, como ya lo sabemos, el de Carmen Luisa; y la circunstancia del encuentro, traída por un golpe de azar, la del estreno de *Voces en el espejo*, la *opera prima* de Fernando.

Capítulo III

1

(Memorias de Carmen Luisa, 1973)

Su voz no es la mía. Pero así ocurrió. Fue en noviembre de 1973. Al lado de Fernando y de los infaltables del Grupo Alfa, recuerdo, nos hallábamos celebrando el estreno de *Voces en el espejo*. Por razones que ignoro, el juego de la memoria del entonces me instala al rompe frente a un Antonio que, respetando a pie juntillas la ortodoxia en lo que a la ceremonia mojada se refería, ya había impuesto el bautizo a una desleída copia de la pieza de Fernando y se hallaba, justo en ese instante, en la maniobra de pescar un pedazo del cuerpo de la niña, un brazo, quizás, o una pierna (ahora que La Flaca protegía la cabeza de la pequeña y protestaba sin protestar), con el impío propósito de imponerle el sacramento de champaña, Llanero, también a tu creación seminal, le gritaba a Fernando, lo dejaran.

Fue entonces cuando apareció Diego, el propio de esta crónica. Enmiendo. Fue entonces cuando apareció aquel desconocido, barbado, de melena al cuello a quien, en medio del embrollo provocado por Antonio y su manía de ensalmar con mosto la piel de Barbarita, y puesto que el resto de la jauría, ejerciendo una última rendija de lucidez, se negaba de plano a colaborar con el despropósito, le correspondió personificar en el equívoco el rol de cómplice involuntario del ritual que Peraloca parecía decidido a officiar a toda costa.

La expresión de El Cronista (pero entonces aún no era El Cronista) en el momento en que Antonio lo haló, le incrustó la botella de La Viuda en las manos y lo obligó a vaciar el chorro espumante sobre la niña, bañando de paso a Diego mismo, fue una combinación de estupor, inocencia e incomodidad digna de ser grabada. En especial si tomamos en cuenta la razón histórica, puesto que días después, luego de una media cita y de una cita completa, fue ésa mi excusa para explicar, no mi encaprichamiento, engreído, sino la aceptación del tuyo, le confesé, no tu perfil, no tu talento, no la picardía que venía con tu modo de sonreír a medias, fatuico, sino la «pueril expresión de asombro» (así le dije, ¡qué loca!) que habías exhibido esa noche, ¿te dabas cuenta?, y que me llevaron a pensar que acaso de esa misma desnuda manera tú te hallabas en medio de la vida, con la misma «pueril expresión de asombro» (¡se lo repetí!, loca doble).

La técnica del niño desamparado, me dijo, alzando una ceja. Perdón, le dije. Es lo que los veteranos llamamos «la técnica del niño desamparado», repitió: difícilísima, la mirada es el ingrediente clave, la aprendí con Kafka, remató el cara dura... y me besó.

Cuando la enchampañada y berreante Bárbara ya era transportada de emergencia hacia el dormitorio por La Flaca, escoltada por Amalia y una de las actrices del elenco del Alfa; y cuando Antonio ya se disparaba hacia el tocadiscos para distraer, envuelto en merengues, supuse, la sensación de ridículo que con toda seguridad ahora empezaba a hacerse consciente, creí llegado el momento de amortiguar la impresión que, supuse, la irrupción en la plaza y la relampagueante faena de Diego —por más que él, también, hubiese sido una víctima— habían dejado en la audiencia.

Una conjetura documentada, en todo caso, porque ya Ferrini, por ejemplo, al pasar merengueando hacia el centro de la pista, lo había tomado por un asomado, alguien que en el mejor de los casos, me susurró, habría querido aprovecharse

de la «apoteosis» del triunfo para deslizarse en la celebración y anotarse unos cuantos escoceses gratuitos al buche. Para no mencionar la enchumbada que, se pensaba, «el intruso» le había proporcionado a Barbarita con La Viuda semicongelada de Antonio, frente a una terraza a puertas desplegadas por las que entraban en avalancha la ventisca y los goterones del «último cordonazo de San Francisco» de ese mes del Señor.

La percepción súbita del destino obra prodigios. Evalué el malhadado naufragio. Antonio había hecho mutis de la escena y La Flaca misma, desatendiendo el incidente, regresaba deshecha en carcajadas por no sé qué chistes de monos y de tigres contados por Amalia mientras secaban y entibiaban a la bebé, quien, a todas éstas, mimosita y calentita y reilona, se había quedado, la muy sinvergüenza, en su mono afelpado (de allí el chiste, según Amalia), vieran ustedes, Sigmuncita, Polaca.

De modo que cuando me lancé a la temeraria tarea de presentar al indiciado ante El Llanero (me reservé esa labor vayan ustedes a saber por qué, aunque supongo que...) y de comenzar a darle con el punzón al bloque de hielo en el que lo habían emparedado, la aversión ya había comenzado a cederle el paso a la conmiseración: el pobre no era más que otra víctima del frenesí ciego de Peraloca, Fernando, le argumentaba; él, yo, todos conocíamos esa fase de la euforia etilosa de Antonio, bautizada como la etapa de la coctelera en los códigos de la antigua cofradía, ¿lo recordabas tú?, porque al descender a ella el pobre Peraloca la agarraba por trastocar todo, sin permitirse la delicadeza de preguntar, no dijéramos de pedir permiso, y aquella noche, vieras tú, Antonio no había hecho otra cosa que repetirse, extender la garra ciega y hacer presa de quien estuviera a distancia de barrido de brazo, y bueno, vieras tú, la tragedia de nuestro amigo aquí, de Diego —ya le había rastreado la gracia, ¿qué tal?—, había sido la de colocarse a bocajarro, justo en la trayectoria del proyectil, ¿no era así?

Y bien, aunque algo exagerada, aquella descripción se ajustaba *grosso modo* a la realidad. Antonio, a quien en todos aquellos años apenas si se le podían registrar algunos pocos excesos con la copa, incurría en estas tropelías tan pronto ingresaba en una de esas escasas noches sin ley en las que se autodecretaba «insano y delirante» (*sic*). Conocíamos esas contadas «aboluciones radicales del super-yo», como las denominábamos en los aquelarres de la adolescencia. Habían coincidido siempre con los «mojones históricos del grupo», al punto de haberse vuelto, por esta misma razón y con un margen de error despreciable, nítidamente previsible.

Y —¡oh diosas mías!— surtió su efecto. Me refiero al discurso. Me refiero a la pasión que sostenía al discurso y que, con toda seguridad, se dejaba trasver por las costuras. Milagros del éxtasis contenido. Me percaté de que Fernando, quien a todas éstas también se había lavado el gaznate con furia, se sosegaba. Y supe que ese sosiego provenía, por contagio, del propio estupor extático en el que yo había ingresado. Pensé que el arrobó, extraño en la trifulca festiva en la que me hallaba, debía obedecer a un ingrediente desatendido. ¿El agotamiento del día? ¿El vino al que, por vía de excepción, había condescendido?

¿O...?

—Me inclino por el «o...», por supuesto —me bromeó el muy bicho de uña en el siguiente encuentro.

Mientras me entretenía en estos trapos internos, ocurrió la frotación buscada. Diego y Fernando, caí en cuenta, ya chachareaban por los codos, y el Diego ya se presentaba, deshecho en excusas, como un periodista que tapaba una emergencia en la fuente cultural, la de cubrir el estreno de *Voces...* «a como diera lugar» (tal vez algún jefe fanático de Ferrini, pensé), y, en fin, lo oí proseguir, usted, tú, Fernando, debías saber lo que eran aquellas misiones, tú, usted, que también eras parte del gremio, y con toda seguridad..., chachareaba, sí, mientras lanzaba aquí y allá su carnadita adobada, que yo reci-

bía, ¡ay!, como súbita sardina hambrienta que lo apoyaba, cada diez segundos, con una insistente pendulación cefálica (!).

Pensé que esta apelación al gremio era una entrada con un primer pie acertado, por parte del lanzador de carnadas, cuyo rol protagónico durante el sacudón renovador del *campus* ya estaba siendo recordado por Fernando. Pero, por si fuera poco, de seguidas vino el segundo: un concienzudo masaje a la vanidad de El Llanero. Si al comienzo la cobertura del estreno se le había impuesto como una misión forzada, dijo, cuando comenzó el primer acto, la ira y el aburrimiento con los que venía equipado dieron paso al interés, y, le creyéramos, por favor, aquello no era para nada un operativo de inflación del ego (¡como si me hubiese oído, el tramposo!), el interés creció en proporción directa al avance de la pieza, para finalmente, con el telón de cierre, dar lugar a la admiración absoluta (aquí Fernando, ¡humano al fin!, flotó, lo juro). Su presencia allí como intruso, prosiguió, no obedecía a otro motivo que a su decisión de alterar por su cuenta y riesgo las instrucciones recibidas, porque estimaba que el dejar la cobertura en simple reseña, sin recoger en vivo el pulso del autor de aquel prodigio, era, llanamente, un crimen.

¿Hace falta añadir que «el autor del prodigio», inflado, le concedió la entrevista sin peros? ¿Hace falta decir que insistí en acompañarlos, y que salté la mirada de sorpresa de Fernando, con la anotación aún más sorpresiva... ¡de que así se sentirían mejor!?

—Al menos yo me sentí mejor —me dijo, días más tarde, el susurrante entrevistador a pie de oreja.

En todo caso, la explicación pronto se iba a volver superflua, porque la conversación, cierto, comenzó con un diálogo en aislamiento —a tres— en el pequeño estudio, pero, puesto que cada dos por cuatro la fanaticada diversa, o La Flaca, o Ferrini, requerían a Fernando desde el ruido donde la salsa hacía de las suyas o desde la terraza de las chácharas trocadas, El Llanero se vio obligado a pedirle a Diego que

continuáramos la grabación de la entrevista aquí y allá, en el itinerario espasmódico que los brazos que lo halaban nos hacían trazar en el apartamento.

El resultado de esta grabación loca, que pude leer dos días después en el periódico —y que comentaré en otro momento—, rozó las marcas de una obra maestra en su género. Ahora lo que deseo es cerrar la observación de esa noche con dos momentos urgentes que derivaron de la entrevista, antes de que el cansancio me haga clavar la frente sobre la mesa.

Si algo me sorprendió en Diego durante el pugilato con Fernando que refiero, fue esa cualidad de formular preguntas previamente inimaginables que descolocaban a quienes se dirigían, al lado de sus comentarios a contracorriente que a veces nos lucían —Fernando coincidió en esta apreciación— como si hubiesen sido extraídos de una cultura distante, y trasladados a la nuestra con el objetivo provocador de iluminar con un ojo prismático el baúl de nuestras convicciones. Sentí que personificaba, en cierta forma, lo mejor de lo que mi carne había encarnado tiempo atrás, ahora en parte olvidado, y que esta vez me recibía desde su boca con un encanto desconocido. Y, por supuesto, las afinidades. Recuerdo el duelo por el golpe militar de Chile... un dolor doble en el caso de Fernando que acababa de recibir una noticia funeral sobre una amiga, Sandra, creo, a quien se daba por desaparecida o muerta, a dos meses de los sucesos del Estadio Nacional.

El segundo comentario es que, cerrado el careo con El Llanero y concluida por tanto su tarea dirigida, el desconocido de expresión pueril se aproximó a esta escritora nocturna con el avieso propósito de dejar de serlo, quiero decir, un desconocido.

Escribí: «Esto es sólo la nota-memoria para la noche de mañana. A prepararte, C.L., la historia es larga y la vigilia breve».

2

Corrían las semanas finales de 1974, un año frenético como montaña rusa, de cuyos días mi agotamiento a la par que mi dicha iban a ser tributarios. Los meses anteriores habían sido de cosecha gruesa. Apoteósicos, como anotaría seguramente Ferrini, mi director verdugo a falta de mejor opción. La cadeneta se había iniciado con el montaje de *Voces en el espejo*: un cóctel de deslices inconscientes que amalgamaba por el mismo precio el sueño, el amor y la muerte y que, batido en el molinete morboso de Ferrini, fue sin embargo, para sorpresa nuestra, engullido a mares por el público como si se tratara de un granizado de parchita. Temporada completa a boletería completa. Reposición. Nuevo agotamiento del papel. Insondables misterios del alma humana que algunos psicólogos, críticos de arte y «mercadotécnicos» del momento se encargaron de explicar, volviéndolos de revés, en un recordado foro en las salas del Ateneo.

El granizado de parchita se prolongó sobre las tablas hasta bien entrado el nuevo año, cuando, aprovechando la cresta de la ola en la que el favor cambiadizo de la audiencia nos había instalado, nos lanzamos con ímpetu de surfistas ingenuos al segundo montaje de envergadura que nuestra compañía (vean, ya hablábamos de «compañía») acometía en menos de un año. En lo que a mí respecta, sin embargo, este nuevo trabajo con Ferrini y su combo comportaba un compromiso sustancialmente menor que el primero. Me atañía, por supuesto, pero, para decirlo de una manera descarnada, no estaba en juego mi pellejo de dramaturgo: se trataba de una adaptación. Hice mi trabajo con determinación y delicadeza. Y podría decir incluso que con amor, si en el entretanto no se hubiese atravesado el obstáculo de *Voces*...

Realizamos los acostumbrados seminarios de discusión en torno al tema —especialistas académicos incluidos—, nos involucramos en unas largas (y peligrosas, ahora se verá por

qué) sesiones de psicodrama en las cuales la ejecución del rol se apoyaba en «la peor experiencia recordada sobre el *mal*, directa o indirectamente vivenciada», y en la peor «experiencia con el *mal*» que cada participante fuera capaz de imaginar. Laura, La Polaca, que en aquella oportunidad se desempeñaría como ayudante de producción, en una de sus características travesuras concibió el incentivo de un delicioso galardón para quien fuera capaz de fantasear la escena más bizarra que insertara el *mal* como protagonista. El laurel se otorgaría por votación universal de los miembros de la *troupe* y al victorioso le correspondería el derecho (y deber) de representarse a sí mismo en la minicatarsis de cierre. Como curiosidades para el archivo añadiré tres datos finales desprendidos del concursito de marras.

Primero, quien se hizo con la presea (¡por unanimidad!) fue la propia Polaca.

Segundo, la fantasía que según su criterio (¿y sus vísceras?) compendia la expresión del mal en estado puro no fue otra que la del «gesto remoto y caprichoso, y no obstante omnipresente» de la creación misma del universo (aquí, ovación berreante del grupo).

Tercero, la interpretación monologal de esta versión del mal en estado naciente, que, ya lo dijimos, debía correr a cargo de ella resultó, simplemente, soberbia.

Al grueso de la audiencia, compuesta por el plantel artístico, técnico y administrativo del grupo y de la Sala Alfa, no le quedó otro recurso que el estupor. Hubo incluso algunas actrices pichonas que se desmayaron (dando pie a que más tarde Carmen Luisa se encargara de recordar el poder erotizante del *mal* y de discursar sobre los canales expresivos de las neurosis de conversión). En fin, quien se encargó por decreto propio de realizar la pantomima del éxtasis con que la audiencia respondía a la improvisación de La Polaca, no fue otra que Amalia. Valida de su seducción para embaucar al ayudante de tramoya se las ingenió, vaya usted a saber

cómo, para, semidesnuda, envuelta en una túnica transparente escamoteada a un montaje griego, descender sobre la escena y sobre la estrella de la jornada con una coronilla de eucalipto en una mano y una taza de pétalos carmesí, cayentes, en la otra.

Dios monologa con Dios en el gris bochorno de la eternidad: ese fue el minúsculo *happening* con el que Laura, en aquella tarde de aquel octubre memorable y caluroso, sintetizó para los mortales que la contemplábamos, su personal cosmogonía de la maldad. He escrito «contemplar» y he escrito bien: en el caso de nuestra querida importada centroeuropea el verbo escuchar hubiese resultado no sólo injusto sino llanamente inapropiado. Ocurre, por una parte, que la contemplación invoca con más propiedad al éxtasis casi religioso (a pesar de su superficial carácter de apostasía) que el monólogo suscitara en la audiencia. Y, por otra, quedándonos en el sencillo plano de «lo que pudo oírse», habría que recordar que La Polaca, a pesar del veloz curso de español que se permitiera en Londres, y de su arduo año y medio en el ojo del habla caraqueña, sólo dominaba un castellano propio, sí, en especial en el plano fonético (a pesar de un sabroso condimento gutural) y gramatical (a pesar de uno que otro desliz menor en las conjugaciones), pero necesariamente corto aún en palabras. Así las cosas, a nadie podía extrañar que aquí y allá, según las lagunas y los énfasis lo reclamaran, apelara a veces al inglés, otras a la mímica, otras a los equivalentes castellanos que yo le soplabo al vuelo y otras más, en fin, ¡a su propio polaco impenetrable! El porvenir inmediato tanto del *sketch* irreverente como de su autora quedó trazado, por obra y gracia de la opinión unánime de la audiencia y... de un pragmático conciliábulo tipo D'Artagnan entre Ferrini y yo, hay que admitirlo, desde aquella providencial tarde.

¿En qué consistió aquel fallo de los dioses menores? Sencillo. El monólogo pasaría, incambiado, a la pieza clásica que, como dije, un servidor había adaptado con liberalidad

(hasta con libertad, hasta con libertinaje) del sagrado texto medieval al que remitía. ¿Y en cuanto a Laura? La Polaca, a quien desde entonces Ferrini llamaría «La divina Polaca», o «La Divina», a secas, sería encumbrada a la estatura que su talento divergente y su osadía merecían, tan pronto nuestro pequeño papeleo burocrático lo permitiera.

Releo lo escrito y me doy cuenta de que aún los mantengo en ascuas en relación con el mamotreto clásico que, ya padecidas mi adaptación y los azarosos añadidos de la tropa, conocería las tablas unas cuantas semanas después. Programo un recuadro con orla mudéjar en cuyo centro se lee: *La Divina Comedia*. En atención a la verdad debo aclarar que no se trató de la pesadilla del Dante en entero, proyecto que por sus dimensiones, a no dudar, hubiese arrojado serias dudas sobre el balance de nuestra ya abollada salud mental. El papel se quedó apenas dentro de los más deleitosos límites de la sección del infierno. Y, más aun, apenas dentro de los límites de los círculos más populosos e innobles de la región. El infiernito que resultó de la traviesa cirugía que ya he referido guardaba un parentesco más bien vergonzante, si es que guardaba alguno, con aquel depósito de desgraciados florentinos que, fraguado en la vengativa cabeza de Alighieri, se erigiría en primer lugar como paradigma del destino turístico de los impíos de toda laya y, luego, sobreviviría al duro flujo del tiempo como si en verdad habitara en una dimensión fuera del duro flujo del tiempo: me refiero, por supuesto, al lugar, no a la obra.

Curioso destino para una metáfora, hay que añadir. No. Nuestro averno particular, como lo bautizaríamos en alguna incursión festiva por las barras del Wolfgang Amadeus Bar (aún no existía el Isadora Jazz y el recordado Selva Negra, por desgracia, había desaparecido), se hallaba más próximo a un cajón de sastre que a la taxonomía de Alighieri.

En nuestra irrealidad escénica los condenados no estarían nunca muy seguros de la naturaleza misma de la expiación a la que estarían sometidos, en correlación con las muy razona-

bles dudas que abrigarían sobre las supuestas faltas que les habrían sido imputadas. No creíamos, por supuesto, que estuviésemos inventando el agua tibia. La originalidad (si la había) tendrían que buscarla acaso en ciertos énfasis, en ciertas intensidades, en una que otra torcedura de sentido.

«La fornicación», para suministrar un ejemplo plano, mudaba del terreno ultrajante al virtuoso; mientras que, recíprocamente, alguna respetable virtud, como «el acatamiento a la autoridad», era deslizada sin remedio al terreno de lo despreciable. El «divino poeta» era sometido a un tribunal popular. La Creación era tachada de error o, en el mejor de los casos, de accidente. El amor terrenal y humano era vindicado en la piel de una Beatriz desnuda cuya sensualidad terminaba por exorcizar a Virgilio y por seducir (y salvar) al perplejo Dante. El reconocimiento de su propia naturaleza, a la par sagrada y abominable, terminaba por «reinstalar al ser humano en el corazón del Paraíso».

Con estas travesuras en el equipaje (que, previsiblemente, fueron tildadas de siniestras, cuando no de heréticas, por cierta inevitable opinión), nuestra adaptación cumplió un vuelo más bien breve, pero feliz, a lo largo de aquellas cortas semanas a las que, a conciencia, nos habíamos ceñido.

Pero no estábamos por hablar de ella, sino del costado rescatable de los ensayos de la adaptación. Lo mencionaremos por la curiosa relación, digamos... vaticinante, que este entrenamiento sostuvo, como diría Diego que diría el doctor Watson, con los «dramáticos y singulares acontecimientos que pronto sobrevendrían» y cuyas estribaciones relataremos al detalle en su momento.

Para no patear la brújula al agua, y puesto que promesa obliga, creo llegado el momento de ocuparnos de la «estrella polar» que por aquellos meses vino a mover el piso de nuestra carpa de bufones.

El de Polaca no era uno de esos sobrenombres pícaros que con tanta generosidad solemos repartir los antillanos: Laura era, en verdad, natural de Varsovia. Academia Nacional de Artes Escénicas. Teatro juvenil. Compañía Nacional de Teatro. Para decirlo con un lugar común que no creará equívocos, su vida habían sido las tablas: jojotos «clubes de pioneros», veladas de proselitismo de la Juventud Comunista y, ya en la academia, extensión cultural en fábricas y comunidades rurales que la deslizaron de instructora en los mismos equipos infantiles y adolescentes donde antes se había iniciado como pupila. Este fue el ser irreal que se nos reveló, a La Flaca y a mí, aquella noche en el rincón menos iluminado de una fiestecita más bien aburrida, en un barrio más bien apartado de nuestra ciudad adoptiva y transitoria de entonces. Hablo de Laura. Y hablo del Londres regio y psicodélico (el adjetivo no me agrada, pero debo emplearlo en beneficio de la comprensión) de 1971.

El expediente de Laura es simple. Comienza por su llegada a Inglaterra en enero de aquel año, junto a la compañía varsoviaña que efectuaba una de sus no infrecuentes giras europeas; prosigue con su claudicación ante los encantos de la ciudad y ante el fraseo de un guitarrista pop a la caída de una helada tarde en Parliament Hill; y cierra con su decisión de quedarse en Londres y dejarse deslizar como una delgada corriente de vida por la ciudad y por el cuerpo del guitarrista pop hasta que los días mismos (no podía ni deseaba saber cuándo) marcaran una nueva inflexión en el hilo ciego que la guiaba sin guiarla.

Para el momento de nuestro encuentro en la fiestecita de Clapham, el guitarrista pop ya había puesto pies en polvorosa, siguiendo la ortodoxia de la provisionalidad que por aquellos días ponía de moda el título de una melodía de los melenudos de Liverpool, sus maestros: «Hello, goodbye». Sólo que, en este caso, olvidando el doble detalle de decir adiós y... de cancelar la inflada cuenta del alquiler al *landlord*

de turno. De modo que apenas unas semanas después de su anclaje, La Polaca se hallaba en la calle, sin un penique en la cartera, desempleada y con un riesgoso estatus de «ambigua» en el barómetro de las oficinas de inmigración.

Tomando en cuenta el año y la ciudad, su condición distaba mucho de ser insólita; por el contrario, los trotacalles por elección abundaban como la lluviecita pertinaz y fría por aquellas latitudes. Pero ya se sabe cuán poco eficaz es el consuelo estadístico en estas circunstancias. Nada, tres días después de la noche de las guitarras huidizas, nuestra estrella, luego de eludir la babosa oferta del *landlord* de turno de aceptar «en especie» (champaña incluida, calefacción incluida, alfombrita persa incluida) el pago adeudado, introducía su leve equipaje en el también leve pisito de William, el poeta-irlandés-de-las-nuevas-promociones que despuntaba como favorito en nuestras listas de entonces.

Sólo una dulce amistad, comentaba Laura, sonriendo con los ojos, cuando los amigos le jugaban bromas con William: no, el poeta no había empezado a jugar en los dos bandos, el poeta seguía fiel a sus principios, malpensados que éramos todos. A qué actividades nos entregamos, a cuántas pócimas siniestras condescendimos, qué himnos entonamos, en cuál cháchara olvidable nos enfrascamos y a qué coreografías de procedencia ultraterrena cedimos nuestros cuerpos La Flaca y yo, en aquella velada de duración eterna e instantánea, es algo que ninguno de los dos (y, que me empalen y me expongan al escarnio público si me equivoco, tampoco ninguno de los sobrevivientes restantes) sería capaz de precisar. Lo cierto es que en la lluviosa mañana del día siguiente, ya en el apartamento que por ráfagas compartía con La Flaca en Belsize y mientras reptaba con mi dolorida cabeza a lo largo del túnel pulsátil que separaba nuestra cama de la salita-comedor, en primer plano, y de la cocina, al fondo, nada pude hacer para eludir los dos singulares alijos que sobre el piso y en sucesión, atravesado el uno entre la puerta del dormitorio

y la sala-comedor, y a la entrada de la cocina, justo a un costado de la nevera el otro, cortaron mi sinuoso arrastre hacia la gavera de hielo y hacia el botiquín de primeros auxilios y me obligaron en ambas ocasiones a trastabillar contra mesas y tabiquerías, sustituyendo mi sesera por un volcancillo de latidos blancos.

«Paisaje gris con bacantes dormidas, materiales diversos sobre suelo»: aquellos dos bultos que en mi alucinación yo había confundido en un primer momento con sendos cadáveres excretados por la locura de la noche anterior, no eran otras que La Flaca y Laura. Mi bienamada envuelta en su cobija de lana, transpuesta en algún momento de la noche (¿o del amanecer?) del lecho común y, sin que yo me enterara, abandonado; y, tres metros más allá, separada de La Flaca por la mesa del comedor y por las desvencijadas silletas, nuestra ninfa norteña, emparedada entre dos moquetas más bien venidas a menos, su cabeza de larga cabellera negra cubierta por la toalla con estampas de Piolín y de Silvestre que había pertenecido a José Antonio, mi primer hijo, y que yo había conservado como una especie de reliquia totémica después de su muerte.

Recorrí, auxiliado por un imaginario bastón de sándalo, aquel laberinto irreal en busca de algún otro cadáver olvidado por la marea, sin éxito. Esta operación, puntualizo, que desde afuera podría parecer ociosa o exagerada, no era ni una cosa ni la otra. Nuestro apartamento era grato, sí, pero más bien pequeño, y ya he aclarado que en aquellos años desmedidos se contaban por miles las hordas de compinches sin puerto, dedicados a la caza, la pesca y la recolección al azar, quienes eran capaces de vender sus almas al diablo, como decía mi abuela, por una cueva con comida y colchón como aquella que yo compartía, por temporadas, con La Flaca. Podía haber ocurrido que en nuestro delirio festivo, me dije, y en medio de aquel relajo de Clapham, hubiésemos decretado a gritos el carácter de comuna abierta para nuestro rincón de cuatro manos.

No. No tropecé con zombis dispersos ni con otros cuerpos desmembrados al voleo. Al parecer nuestro amoroso estu- por de la alta madrugada, por razones que tanto La Flaca como yo ignorábamos aquella madrugada (y continuaríamos ignorando por largo tiempo) sólo logró seducir o raptar a La Polaca, o, quizás, sólo accedió a dejarse seducir o raptar por ella, como quieran tomarlo —que ambas versiones resultan posibles—. Lo cierto es que nuestra vestal, una vez deslizada hasta el refugio de Belsize, permaneció en él por unas breves semanas hasta la tarde en que, a través de un adiós sobre papel que todavía atesoramos, tomó impulso para dejarse escoltar, esta vez por un cellista perteneciente al cuarteto de cuerdas de La Casa, hacia un maltrecho desván de Edimburgo. Regresó al cabo de un par de meses, sola de nuevo y con un «Monstruico plástico del Lago Ness» por todo equipaje: *algo* la había determinado a despachar al cellista en una estación de autobús de Glasgow, y *alguien*, apenas llegando a Londres, le había birlado el morral en un vagón de la línea norte.

Nos regaló el monstruico, se quedó por unos días durante los cuales La Flaca, a pesar de sus protestas, la reequipó (compartían exactamente las tallas y los gustos textiles, algo que me sorprendía, habida cuenta de la enorme distancia que mediaba entre sus historias)... y partió de nuevo. Perdimos la cuenta de las veces que repitió este columpio amistoso: venía en el momento más inopinado y nos dejaba antes aún de que nos acostumbráramos a ella. Y siempre logró que la echáramos de menos.

Fue durante uno de aquellos territorios de tiempo que sus días trepidantes le permitían compartir con nosotros cuando ocurrió su encuentro con Antonio: hacia mediados de diciembre de aquel año. Peraloca honraba por fin su promesa de visitarnos, en parte para regalarse una pequeña sacudida lo más lejos posible de aquel rol de factótum que su talento le había ido agenciando en las redes de la compañía publicitaria (y que, dicho sea al paso, era lo que le permitía darse

aquella sacudida) y en parte para verificar si esa noticia acerca de nuestra felicidad a dos, que había cruzado el gran charco y había provocado alaridos de solidaridad en las riberas del Caribe, era cierta. Y de resultar cierta, añadía en sus cartas, maldito chigüire suertudo, caerles en esa cueva neblinosa para que me vean «enverdecer» de envidia sin complejos.

Llegó, en efecto, a Heathrow, en el vuelo 767 de KLM Caracas-Amsterdam-Londres, el 17 de diciembre de aquel año, y regresó a la «tierra de gracia» tres semanas más tarde, con las alforjas provistas con algo más que la ropa de invierno que lo acompañara desde el trópico. El que su pasantía londinense contribuyera a deslastrarlo de la fatiga publicitaria, nunca nos quedó en duda. En cuanto al asunto del verdor y de la envidia, el resultado, gracias a los buenos oficios de La Polaca, fue por entero distinto. ¿Flechazo sin remedio, como les pronosticara William, payaseando de San Nicolás la noche de Navidad, entre hallacas envueltas en papel de aluminio, botellas de Rioja aportadas por un amante catalán que le dispensaba la visita de invierno, quiero decir a él, a William, y una nutrida delegación del terruño que moqueaba, presa de una puntada de nostalgia, mientras oía, vez tras vez, la antología de oro de las gaitas zulianas? Lo cierto es que varios meses más tarde, y para sorpresa mía y de La Flaca y de todos los que habíamos permanecido rigurosamente fuera de la pasión epistolar que debió atizarse en ellos en el entretanto, Laura cruzaba por primera vez el trópico de Cáncer (incluso, según propia confesión, el mero paralelo 45, latitud Norte), requerida sin sosiego por Antonio, y hacía planta en Caracas con el proyecto de enraizarse junto a Peraloca y, si todo iba bien (invoca a tus dioses lares, Llanero, hermano, que la locura se decanta, nos decantamos, chigüire), envejecer a su lado, y procrear chicuacos, como decía tu viejo, pana.

Estos fueron los prolegómenos de aquel mestizaje erótico (refrendaron el frenesí ante «una juez adormilada y alérgica»

poco tiempo después de la llegada de Laura a Caracas) que tanto aportaría a nuestra cotidiana faena en las arenas de la urbe y que, a la postre, tanto gravitaría para cambiar, de una manera que entonces estábamos lejos de prever, la silueta de los días por vivir.

3

(Memorias de Carmen Luisa)

La gran inflexión de aquel espacio pasmoso y primordial que resultó para mí el ya remoto 1974, fue sin duda el pacto de vida junto a Diego. Todo lo que en aquellos meses de exploración, tocable e intangible, se había ido sedimentando para apaisajar la existencia posible, tomó revelación por esos días.

La noche, de súbito, en una de aquellas noches, tendió el lecho para la fusión ritual a través de ese *documento* risueño y drástico a un tiempo que terminó pivoteando aquí y allá en la conversación, mientras el amanecer, con aquel esplendor acuático colgado en ninguna parte y bañándonos desde todas, figuraba la ceremonia del renacimiento. Un brote mágico a dos que nos trazaba a dos como cuerpo y, también, como existencias posibles en el proyecto de los días por venir. Relataré, por supuesto, el ritual acarnavalado que significó la «firma del acuerdo», pero en primer lugar deseo dejarme dibujar por el espejo personal que me roza y me declara como animal humano desde mi condición de mujer.

¿A cuántas Carmen Luisas puedo mirar, en verdad, yaciendo a goce sobre el lecho del amor en los tiempos que precedían a aquellos días finales del 74? ¿Cuándo había sido la última vez que mi cuerpo se acogiera con abandono a ese latido dichoso? ¿1969? Escribo la fecha y la anotación me aturde. ¡Cuántos años! Un tiempo desierto del que me sustrajo mi azar, puede ser, pero al alimón con el azar recíproco de Diego. Después de la ruptura con Fernando y de la estación

siniestra que la siguió, fue necesario aguardar hasta la providencial aparición de Ernesto, mi fugacísimo amor del sesenta y nueve, para volver a reencontrarme con mi cuerpo. Por desgracia, la oscura máscara de entonces, aquella poción amalgamada de locura, puchos de hierba, ácido y olvido, poco pudo hacer para evitar que mi compañero de ocasión saliese espantado. También yo salí, poco después, espantada de la mí misma que era. Del estercolero bohemio en el que gateaba lamiendo las llagas de cada noche salté, ya no sé cómo, podría decir, pero sí sé, al paisaje blanco y vacío de la Comunidad, que iba a guarecerme por los años que vendrían.

En todo ese tiempo no amé. Evité las relaciones, no sólo por el régimen que la Comunidad me exigía, recatado, monástico, con mucha mirada hacia adentro, sino también por una suerte de piedad hacia los ingenuos que en un arrebato de locura dieran el paso de acercármese por el flanco de las emociones compartidas. Fragmentados como habían sido mi cuerpo y el soplo que lo sostenía, el ademán menos errático que podía practicar era el de dejar que el mundo siguiera carruseleando sin mí, al menos hasta el momento —remoto, esperado— en que pudiese extender mi mano hacia él sin perturbar o perturbarme.

Se trataba, supongo, de una decisión de inmovilidad por terapia —de lo que había sido— y por prevención —de lo que pudiera repetirse—. Actos mínimos, miradas desnudas. Una soledad que me resultaba balsámica desde su silencio. A falta del cuerpo-otro, me decía, recuerdo, de aquella burbuja de nada debía extraer la fuerza para aprender a amarme. Debajo del minucioso operativo de autodestrucción al que me había entregado, lo que asomaba era el hocico del odio. Un odio primordial, en estado puro, hacia mí misma. Los días del tiempo que viniera dependían de la silueta del amor que aprendiera a tenerme. Y lo hice, quiero decir, me amé: en todas las acepciones y con todas las voluntades. También la íntima, también la orgánica: el cerebro, las vísceras, el sexo.

En ausencia del cuerpo-otro, con placer, repito, y sin un asomo de culpa —¿por qué?, ¿por quién?— me di a tomarme. El erotismo en espejo era la única opción ante un contacto, el ajeno, al que me negaba de inicio por piedad y por aislamiento, lo dije, pero también, y sobre todo, es necesario escribirlo... por *venganza*.

¿Contra quién? Es curioso y no lo es. Hasta ahora no había reunido el valor para decírmelo con ese tono de susurro en alta voz que es la escritura. Aunque lo reviviera en silencio y lo compartiera una vez y otra en el diálogo monologante de la terapia. Y aunque lo echara afuera bajo la especie del gruñido de impotencia, el vómito o el hipido de la depresión. No. Es ahora cuando me atrevo a contármelo desde el pivote del sosiego: transparencia, salud, serenidad lentamente alcanzada (tienes tus méritos, C.L., recuérdalo al intentar el balance). Por esto, si algún valor exhibe esta reconstrucción es el del exorcismo. De haberme explicado, se me perdonará este fragmento siniestro. Lo reduciré, en todo caso, porque la historia, tamizada, traslocada, explicada, debe ir a alimentar al *nuevo libro* —¿los límites de lo femenino?

Todo ocurrió a mediados de 1969. El caos que atravesaba me llevó a beber la leche negra de la depresión: una burbuja de vacío que sobrenadaba la noche incesante de Sabana Grande, soplada apenas por el hálito de la droga. Me di durísimo y con todo, dejé el trabajo. Daba tumbos en un insomnio sin sol que podía recubrirme de exaltación, rabia o depresión según los dictados de un saltimbanqui loco al que a veces nombraba azar y otras destino. Hasta que caí al deshuesadero de las burbujas ácidas. Otros, he leído, he oído, pudieron acaso controlarlas, experimentar incluso. No fue mi caso. El trote sin retorno debió comenzar hacia agosto de aquel año y tiene nombre y apellido. Luis Pardo. Luis Pardo había sido el jíbaro de buena parte de la fauna nocturna de mi zona. Debo emplear el trajinado símil de la serpiente para recordar que era sigiloso y escurridizo como una serpiente. También baboso,

también diplomático. Los compinches del grupo inicial —el de antes de la diáspora y de la debacle— bromeaban con el supuesto encaprichamiento del Luis conmigo. Por razones de supervivencia, incluso atizaban el rumor, al que yo no daba crédito ni apoyo. Por el contrario, más allá de la inevitable «relación comercial» y de mi inevitable aturdimiento, no perdía oportunidad para marcarle la distancia que creía necesaria. Los más veteranos comentaban que, ojillo, el jíbaro me esperaría en la bajadita, chama, ya verías. No se equivocaron: el Pardo pronto dispuso del recurso secreto que acaso en su ladina intuición estaba aguardando: las burbujas ácidas.

Hablar de explosión de conciencia a propósito del ácido es una pendejada: a la par de tu conciencia, es el propio universo el que estalla con ella. Los detalles ya los referí, a dolor, a precisión, en aquel ensayito que con tan buen paso caminó en las jornadas psicoanalíticas de Buenos Aires a comienzos del 72: «El inconsciente y la naturaleza de la percepción lísergica: un caso». Pretencioso, alivante en el terreno personal, le debo demasiado como para negarle el agradecimiento. Fue por virtud de esas quince cuartillas que materializaban mi regreso al paisaje público de mis iguales y hablaban de la locura transitoria e infernal del ácido que entreví los primeros islotes de lucidez y, con ello, la dicha posible de la liberación. Estaba de nuevo afuera, en la refriega de la cotidianidad: pensaba y sentía; y lo que pensaba y sentía era escrito y dicho; y lo que escribía y decía era escuchado y comprendido; y lo escuchado y comprendido era seguido —¡oh diosas mías!— por la celebración. ¡La náufraga andrajosa lamía la arena de la playa prometida!

Pero no era del ensayo del 72 del que quería hablar, sino del derrumbe del 69. Tal como las voces brujas pronosticarán, después de mis pasantías por las ligas menores, la sanguijuela de Luis Pardo olisqueó que la pista estaba a punto para la gran apuesta. Como un experto ilusionista se presentó, una medianoche cuya silueta recordaré hasta la desmemoria

de la muerte, haciendo brillar sus «globitos para la iniciación». Y me inicié: bebí del maná oscuro. Allí, detrás de su minúscula apariencia, la locura aguardaba por mí. También la miseria, también el olvido.

Del salto hacia el reverso de lo real ya hablé en el ensayo del 72. Es probable que en ese universo insubsistente donde las noches y los días habían sido abolidos, transcurriera el grueso de mis días y de mis noches en aquellos meses. De lo otro, de las escasas rebanadas de mundo tocable que me fuera dado retener, es poco lo que puedo decir... el paisaje es el de una figura fragmentada, recurrente: la de la perra descarnada que se arrastra hasta los pies del amo, y, lamiéndole la bota, implora la limosna de burbuja que la devolverá al infierno.

El amo, desdoblado en Luis Pardo, desdoblado a su vez en Dios abre la mano, el chiquero, para aliviarle el hambre con una gota (pero sólo una, no es cuestión de volverse dispendioso con la esclava) del elixir del paraíso perdido. Como pago, la perra inane sólo puede ofrecer su cuerpo, un atado de huesos tristes, aflautados, que el amo luego de escupir condesciende a gozar o a patear o incluso a obsequiar a capricho junto con el café, a alguna otra hiena que ha acudido a hacerse con su parte del festín.

Segundo aire. Al inicio prometí hablarles del ritual acarnavalado que ambientó la redacción del «contrato de vida» con Diego y de los desvíos algo bufos que lo singularizaron —era menester desacralizar, cariño, parecíamos balbucearnos sin balbucear, o moriríamos en el intento. El convenio. El proyecto de vida. La mudanza. ¿Me sorprendía aunque no me sorprendiera? Después de aquella cadeneta de escarceos a cuatro manos de la que, creo, ya dejé testimonio en alguna página perdida, y sin que mediara advertencia alguna, hete aquí que mi Cronista particular en la misma noche se entregaba a barajar el mazo, repartir las cartas y apostarse el resto.

Me doy cuenta de que redacto en singular... y de que soy injusta al hacerlo. Porque si bien la propuesta provino de él, la forma definitiva del «contrato de vida» fue de un todo responsabilidad mía. Releído de nuevo hace unos minutos y abrazado su espíritu, me consternan aún la paz y la certeza que revela, a la par de la tenue sabiduría de vida que, oculta en él, lo sostiene. Lo escribimos a lo largo de aquella loca madrugada, es preciso que lo recuerde, en estado de raptó. Puesta a ver, no me cabe duda de que mis actos, mi entrega de piel y mi escritura —era yo la que dejaba nota de las divagaciones a dúo— fueron brotes del inconsciente. Lo digo desde la humildad, no desde la deformación profesional. El contrato. Si en verdad fuese dable ese hechizo sin control que la pandilla surreal llamó «poetización automática» —si en verdad les fue dado a ellos vivirla—, estoy segura de que mi trance de aquella noche es su deriva.

Vuelvo a mirarme allí, apostada en las tumbonas, libreta en mano, anotando sin vacilar lo que se me dictaba, sólo para percatarme de pronto de que era mi voz silenciosa, a trastienda, la que, habiendo usurpado la palabra de Diego, me susurraba sus letras a partir de la sombra. Por supuesto, se acomete una jornada desde la vida vivida hasta ella: es posible que las ideas «automáticas» del convenio, al menos en su estado larvario, ya hubiesen sido masticadas por mí. Es incluso probable. Sí. Me recuerdo sintiendo la necesidad de rebrotar a partir de un sosiego distante del exceso que me llevó a la quiebra. El reverso del año 69. La contravuelta de la que fui hasta el ingreso a la Comunidad. Serenidad, libertad hacia adentro, sintonía con el ritmo pausado de la naturaleza. Libertad hacia adentro: una implosión domada. Palabras, sí; conceptos, sí; pero de aquellas noches nuevas que ahora vivía. Antes, sólo la presencia bajo la forma de una inquietud vaguísima, de un estremecimiento sordo que todavía no atinaba a sujetar. La emoción, en fin, encajó en palabras pero para eso fueron necesarios los cuerpos.

¿Y Diego? ¿Y mi libertario tropicalizado? ¿Qué hacer con él? —me preguntaba—, ¿propiciarle acaso la emasculación ritual?

Fui yo (ya sabemos que mi forro oculto) quien lo alzó como... ¿declaración?

—No tengo deseos ni voluntad de repetirme. La Carmen Luisa desmadrada y promiscua de quien te hablé, fue muerta y enterrada en 1969. Hay una lápida en Los Chorros, por si te interesa el turismo necrofilico... Y no me importa si te suena cursi, *es cierto* —le declaré. Esto último, se entiende, fue una confesión de parte; tan pronto terminé de decirlo, me sonó a estampa Tellado.

¿Y Diego? ¿Y mi loco hacia afuera?

—Te deseo conmigo, no *en exclusiva para mí*. Te voy a acompañar... pero quiero que sigas siendo el que has sido. Diferente, ni un jeme —le dije, le ordené casi.

Esto fue, sí, en la alta madrugada, en los calentamientos para la redacción del convenio, pero antes hubo lugar para algunas travesuras, en el hotelito marítimo al que de nuevo nos deslizáramos, que no quisiera desatender.

Si rasgo apenas una hebra de la trama que me distancia, es mi rostro el que se me ofrece en un gran primer plano congelado que a duras penas ocultaría algo. Podría entonces ahorrarles los aullidos de lobezna, la duplicación de la identidad a la que me entregué (me fantaseé virgen y bacante a un tiempo), su abolición (en cierto momento le supliqué a Diego que me matara, porque ya no sabía dónde se agazapaba la que alguna vez había sido), el jadeo; bastaría con el rostro.

El rostro mismo, pero entonces acompañado por el cuerpo, le había advertido a Diego que para aquella celebración no había límite, salvo el aburrimiento; bromeé, recuerdo, al tiempo que le maceraba en ron con agua de coco el torso, acaso demasiado blanco a pesar de las playas periódicas mientras él, aturdido a ojos vistas por las hilachas de caña y de felicidad, contorsionándose, haciendo cabriolas desesperadas para

no caer de bruces fuera de la silla de extensión, en una madeja confusa que incluía fragmentos de mano, vasos de cubalibre, toallas, libros (leía la *Antología General del Anarquismo* con un ojo, y la transcripción del llamado *Foro de Manhattan* sobre literatura y nuevo periodismo con el otro) y pulpa de coco, declaraba que tal, como rezaban la letra y el espíritu de aquella «disposición de libre acceso a las fuentes del éxtasis», capítulo segundo, párrafo cuarto del convenio, y dadas la proliferación, diversidad y poder de seducción de las precipitadas fuentes-cuerpos en las áreas dentro de las cuales el convenio regía, esto era, la insondable totalidad del universo, los límites del ejercicio de aquella prerrogativa de libertad, en lo que a su fuero personal competía, más que el aburrimiento o el hartazgo como tú pronosticabas, acaso serían la resistencia y el vigor, nenita suya.

Nos hallábamos en la habitación del hotel, la puerta-ventana estaba abierta y por la terracita que miraba hacia el Caribe la noche arrojaba bramadas de viento acuático cargadas de salitre. Yo, que me había sentado de nuevo en el taburete y me disponía a redactar las restantes cláusulas del contrato (había insistido en reservarme esta tarea de escriba desdoblada en amante), mientras él payaseaba su perorata dando vueltas en torno de la silla, no bien escuché el énfasis con que cerraba el párrafo, me vi saltar de mi asiento contagiada, y con el mismo impulso, un par de trozos de hielo escurridos de ron en la mano, me di a la tarea de perseguir al arengador, que ahora se procuraba el refugio precario de la terraza, yo te iba a revivir si ocurría aquel desinflamamiento, yo me encargaba, cielito, blandiendo el hielo; y él, faunúnculo saltimbanqueante en cueros absolutos, tocado apenas con el sombrero de cogollo que en la tarde (¡era de ver!) yo comprara para él en los tarantines de la bahía, fingía acorazarse el sexo con las manos, al tiempo que se inclinaba sobre el barandal gritando auxilio a los espíritus del agua, lo librarian de aquella bacante castradora;

y yo, cobrando al fin la presa, a la que sin embargo tenía el cuidado de sostener por la base para no herir, te entregaras, derribaba al fugitivo nudista sobre los cojines de la tumbona, y hielo en mano me daba a la tarea de hurgarlo en el entremuslos, pretendiendo completar la samaritana labor, te dejaras, era sólo una pequeña aplicación, ibas a ver cómo te revivía aquello, cielito, y él fingía luchar boca arriba para impedírmelo, mientras yo lo cabalgaba, sentándome a horcajadas sobre su vientre pero dándole la espalda, a fin de inmovilizarlo mientras me doblaba sobre su dardo ahora erguido, quieto te estuvieras, no te encabritaras, potro, y tomándolo por el mástil e inclinándome a un lado, alcanzaba, al fin, el recipiente doble en cuya base se suponía que debía aplicar «el bálsamo», yo debía encargarme, lo sabías, porque tampoco era cuestión de que por el celo con que él se dedicara a blandir los principios, yo, la pobre, me quedara sin la posibilidad de blandir a mi vez (y aquí cerré de nuevo la zarpa sobre el mástil) mi propio cetro, tranqui, potro, mi amor;

y el potro, ahora convencido —como, por otra parte, quizás esperaba estarlo— de que a la aliviadora le interesaba menos conservar el cetro en un cofre de hielo —¿a dónde ibas?, gritaba él, ¿criogenia artesanal?— que verificar la vida del cetro mediante la frotación en la columna y la respiración artificial, con el ariete delicado del labio sobre el capitel, como ahora hacía una y otra vez, el potro, digo, supongo, pensó que tal vez sería una buena idea el darle a la aliviadora ya no frío sino calor en el capullo mismo de la hendidura, a fin de sosegarle la ansiedad de pérdida, para lo cual sólo necesitó tomarme por la cadera, la de ella, puesto que todavía la sostenía sentada de espaldas sobre su vientre, alzarla y desplazarla hacia atrás para, obligándome a descansar el peso sobre las rodillas, la entrepierna desplegada en arco de iris a ras de su cara, y, besándome y mordisqueándome aquí y allá en la raíz de los muslos, en las colinas de musgo mestizo y en el istmo estrecho, me abriera, muñequita, recorrerme luego con la punta

nasal —adivinaba— los bordes de la grieta, y cubriéndome al fin el botón del ápice, lamerlo hasta transformarme, así me dijo luego, en un solo aullido de leopardilla en celo;

la leopardilla en celo experimentó la sensación de estar siendo sometida a una descarga implosiva que, iniciándose en un lugar impreciso de la yema oculta, la balanceaba en el péndulo de un reloj de péndulo, en uno de cuyos extremos procedían a cortarla y a comprimirla hasta volverla un filamento de aullido y en el otro la cambiaban en una bruma acuosa que, exhibiendo la consistencia de una cresta de ola, se deslizaba hacia la noche sobre un torbellino de luz oscura.

¿Jugueteamos, amamos y dormimos a intervalos? Al filo del amanecer, borracha de dicha y de las sodas con limón con que aparejaba los rones de Diego, me encontré asentando el inciso final y el colofón libertario del convenio, frotada contra un Diego que —¡él sí!— parecía un peñero bamboleante, ahíto y golpeado, sostenido en pie más por ventura de la felicidad loca que el día entero nos había empaquetado en una sola entrega que por la conciencia vaga de un cuerpo que a veces balbuceaba una canción de amor ininteligible (creí distinguirle una mezcla sincrética de Aznavour con Víctor Jara), otras coreografiaba una variante andaluza del Zorba de Teodorakis y otras más, en fin, oficiaba de derviche menor, prosternado en la alfombrilla de sisal mientras mascullaba una plegaria improvisada, por cuyos medios cumplía con la «entrega ceremonial», bufoneaba, de este casar de pájaros de la noche a aquel resplandor de comienzo de mundo que entraba como un río loco por el abra de la terraza, payaseaba, y cuyo manantial no era otro que la esfera genésica que ya empezaba a revelarse como una escandalosa burbuja sobre el oriente.

Burbuja y colofón, confundió, confundí, sí, garrapateando las firmas de aquel convenio por cuyos rieles se deslizarían la pareja y el vínculo, oyera yo, princesa suya, hasta el punto indeterminable del futuro en que la muerte, la historia o el gran agujero entrópico los disolviese.

Una semana después, Diego el entrópico liaba bártulos y aperos y se mudaba a mi cueva de las colinas para iniciar con la escriba sentada que les narra, este deslizamiento a dos hacia el ávido resplandor que nos guiña el ojo desde la ventana sin nombre.

Capítulo IV

(1982)

1

La mantequilla se había derretido sobre la arepa humeante y ahora se mezclaba con el áspero olor del queso para impregnar la cocina de un vapor amarillo y aromático. Por un momento Diego se creyó en la adolescencia o incluso en la infancia lejana: se miró de nuevo, tomado de la mano de padre, caminar las calles estrechas de La Candelaria, rozando el costado de la iglesia hacia el rincón enladrillado donde los aguardaba el mesón de la tertulia semanal. En torno a la barra o en el tablón lateral que adosado a la pared se extendía bajo los porrones en flor que custodiaban la ventana, el grupo de inmigrantes españoles aventados en su mayoría por el alud de la guerra, gesticulaba y gritaba como si quien tuviera que oírlos se hallara en el centro de la plaza, doscientos metros más allá, y no al lado, en una silla a la distancia del brazo.

Sobre la madera, las elipses de chorizo y las aceitunas, el salchichón, la pirámide de tortilla y los pimentones fritos, trazaban la entrada para la llamada «batería gruesa» (el «quinto regimiento», en la jerga mítica y republicana a la que el padre se aferraba después del segundo vino): los platillos inevitablemente pesados y grasientos que integraban el hábito culinario de la colonia. Y aquí y allá, animando el abigarrado conjunto, el sahumero múltiple de los quesos.

Los quesos eran, con mucho, la «tapa» favorita de El Cronista. Cuando la circunstancia era propicia, como ahora, podía

aún evocar la alquimia precisa de los olores, y podía aún evocar su testaruda costumbre (en relación con la cual los amigos de su padre le hacían bromas que él no alcanzaba a entender o no le importaba no entender, a pesar de las carcajadas y los coscorriones amistosos con que cerraban los comentarios) de rechazar cualquier otro bocado distinto al de aquellas rebanadas cremosas con que se atiborraba en silencio mientras seguía el intrincado curso de las anécdotas que los mayores anudaban, a veces con dos o tres cabos simultáneos, y que invariablemente se remontaban a la península dejada.

Este queso que ahora lo miraba desde los individuales de la mesa era, sin embargo, un descendiente mestizo y antillanizado de las exquisiteces de La Candelaria. Y la variante responsable del engatusamiento era precisamente esta presentación desmoronada, rallada, que vaciada sobre la pulpa de la arepa abierta se entremezclaba con los grumos de masa hasta convertirse en una conmistión híbrida donde el maíz reducía al queso, y éste, empeñado en sobrevivir, se prolongaba en el matiz lechoso de la cuajada ahora convertida en hebras. Era la misma opción que había gustado decenas de veces junto a Fernando, aficionado voraz a la cocina llanera; y era la misma opción que Cristina, la hermana de Tulio, había colocado dos minutos antes frente a él para llevarlo, de mano de los olores, a los mesones de la infancia.

Cristina se había visto obligada a repetirle por tercera vez la pregunta antes de lograr su atención, y ahora lo contemplaba, con la olla de café en una mano y la taza en la otra, sonriendo, estupefacta.

—Tengo una hermana con paciencia ermitaña, por lo visto —comentó Tulio, dirigiéndose a él—. Yo ya te hubiera hecho un buen servicio gratuito de champú de guayoyo.

Lo dejaras, bicho, ¿no sabías tú que Dieguito era un intelectual, un soñador?, dijo Cristina, despeinando a Diego. Sí, él conocía los sueños de aquella cacaíta, los tenía repetidos, dijo Tulio, que sabía de los ojitos que su hermana le hacía

a El Cronista, y sabía de los trofeos femeninos que El Cronista se agenciaba en su azarienta historia, para no mencionar la existencia de Carmen Luisa, aquella mártir canonizable, como la declaraba en bromas... «sueños húmedos» serían aquellos, sí, decía Tulio. Cristina se ruborizó y derramó el café sobre el piso. Diego aprovechó que Cristina, en un momento regresaba, la perdonaras tú, salía por el colete, para reclamarle a Tulio la tomadera de pelo, ¿por qué no la dejabas tranquila?, ¿por qué la avergonzabas, tú, mal nacido? ¿No veías lo dulce, lo inocente que era aquella joyita? Tulio practicó en el aire la señal del dedo medio y precisamente por eso tenía que ponerla en guardia contra las hienas camufladas, te reviraras, Cronista, apuntaras para otro lado. Me sorprendes, Tulio, lo sorprendías tú, su hermanazo como eras, él jamás pondría una mano indebida, él nunca osaría, policete, le creyeras.

Cristina regresó con el trapo y Tulio, aunque había pensado corregir, pezuñas y no manos era lo que gastabas, sátiro, prefirió retomar el tema que los había llevado a la vieja casa familiar. Le pidió a Cristina que los dejara solos: siempre hacía lo mismo cuando lo citaba donde la madre y llegaba el momento del punto de agenda. Aquella mañana de sábado, sin embargo, el tiempo parecía caminar con una lentitud aún mayor que la acostumbrada: la vieja había salido al mercadillo semanal de Prado de María y Cristina, en vez de caminar, parecía deslizarse, susurrándole a los pájaros que trinaban en las jaulas del balcón. Diego se sirvió una nueva ración de queso rallado y miró a Tulio.

—Bien, vamos por partes, Cronista —dijo, y extrajo del bolsillo la agenda minúscula, casi de juguete, con la que Diego le tomaba el pelo a menudo—. Primero tenemos a nuestro malaleche particular, el embarcador de El Patio Malagueño. ¿Qué sabemos de él? Un viudo, enfermo según parece, que fue albañil, mecánico, vendedor ambulante de frutas y evangelista militante en sus años mejores, y ahora aficionado al trago. Un pobre hombre a quien hasta lástima le tenían

en su barrio. Se entera de que se va a cometer un homicidio: tal vez por una conversación que escucha al azar en el bar de la zona, tal vez por algún trabajo menor, a destajo, que le ha hecho a la banda y que lo ha puesto en contacto con la información. Esto me parece más probable... Luego se informa, por la televisión, de la balacera y de las víctimas, la relaciona con los datos que conoce y en un arrebato de penitencia como los que lo enfermaban en sus tiempos de predicador, decide hacer la denuncia... —aquí Tulio hizo una pausa, tomó un sorbo de café y observó a Diego para medir el efecto de la parrafada.

—Y le aprietan un plomo en la nuca antes de que abra la boca —completó Diego—. Otra vez el mismo barrio, por lo que veo.

—Otra vez... Un área problema, difícil de penetrar. ¿Qué te parece?

—Si la información de base está verificada, creo que es una buena hipótesis. La nota con los datos de la cita señala por allí.

Tulio colocó el papelito que había encontrado en la chaqueta del hombre sobre el tope de fórmica. Diego lo tomó y lo leyó con toda calma, aunque no hiciera falta, asintiendo. Cristina entró por un segundo a la zona del pantry donde ellos conversaban, tomó el haragán y el coleteo y se escapó, lanzándole a Diego una sonrisa desde la puerta batiente.

—Esta muchacha tiene ganas de terminar mal —insistió Tulio, viendo desaparecer a la hermana, y prosiguió—... La información es confiable y ese papelito, suerte que lo conseguí a tiempo, Cronista, por cierto, nos permite redondear el mapa.

—Pero sospecho que ese es todo el mapa. ¿O me equivoco?

—No. No te equivocas. A nuestro hombre lo mataron precisamente por eso —dijo Tulio, ahuecando una sonrisita negra—. Ese maldito barrio es un bunker... Impenetrable.

Sirvió el jugo de naranja en el vaso de Diego.

—Ya son dos... Creo que esto nos permite...

—A eso voy —Tulio colocó el bolígrafo sobre la servilleta y miró a Diego—. ¿Qué tenemos aquí?

Antes de que pudiera rotular el círculo grande que ya había trazado, Diego lo detuvo.

—Déjame ver si coincidimos en las hipótesis, compadre —dijo—. Vengo dándole vueltas al problema desde hace un rato, ¿no? —le quitó el bolígrafo—. Aquí está el tejemaneje bancario y financiero que moví en las primeras crónicas —escribió «tejebancario» en el círculo que Tulio había dibujado—. El atentado lo lanzaron después del tercer reportaje.

—Fue allí donde mencionaste por primera vez la posible conexión con el lavado, si no recuerdo mal...

—¡Perfecto!— asintió El Cronista; y se levantó para pedirle otro café a Cristina—. Ya estuvimos de acuerdo: el rollo bancario por sí solo no parece encajar en una reacción tan desproporcionada: dos muertos que pudieron ser más y...

—Tal vez no... quién sabe —conjeturó Tulio.

—Digamos que sería un poco exagerado —dijo Diego—. Ya sabemos la pena por el llamado «delito societario» y en cuanto a la sanción social...

—Hasta ahora...

La entrada de Cristina con otras dos tazas de café los interrumpió.

—Perdón, ¿cómo decías? —preguntó Diego.

—La despenalización, decía, la falta de sanción jodida para las trampas financieras, ¿no escribiste tú sobre la ley de bancos?

El Cronista, que había comenzado a garabatear de nuevo sobre la servilleta, dio un salto en la silla.

—¡Estás brillante hoy, Sabueso! —exclamó mientras le chocaba el pocillo, brindáramos por esa sincronía—. Mira lo que acabo de anotar...

Tulio dio vuelta al papel: a un costado del primer círculo se abría un abanico de flechas, cuyas puntas estaban dirigidas hacia la circunferencia y cuyas colas remataban en una lista todavía incompleta de etiquetas, titulada «factores», que apenas alcanzaba al segundo renglón. En el primero podía leerse: «¿Lavado?»; en el segundo, «¿Nueva ley de instituciones financieras?».

—Eso es lo que yo llamo coordinación —dijo Tulio, y rodó de sitio la pistola que le presionaba las costillas, estos hierros ladillaban, compadre... si no fueran tan necesarios—. A propósito, ¿qué ha pasado con esa ley?

—A eso me refería, ha estado rebotando en el Congreso más de lo acostumbrado. Ahí hay algo que huele mal. Esto no lo puedo publicar en la columna, pero apostaría doble contra sencillo a que están comprando a alguien. Lo de siempre, detalles técnicos, defecto de forma, contradicciones ficticias... y se le devuelve el papel al redactor o se «engaveta».

—Por eso tu comentario...

—Por eso mi comentario —Diego vaciló—... Un pingpong que no puede ser indefinido, claro, pero es evidente que quieren ganar tiempo.

—¿Plata o tiempo?

Diego escribió la palabra tiempo; a continuación, como si se tratara de una ecuación en espera, el signo de «igual a» y, por fin, una equis.

—Es posible que, en este caso, el ganar tiempo les sea imprescindible para llevar a cabo, sin riesgos, las «operaciones» que ya conocemos: toda esa batidera de ñoña en la que se pagan y se dan el vuelto.

—¿Y ni siquiera se han ruborizado por tus columnas? ¿Siguen tan campantes como si nada? —preguntó Tulio.

—No solamente siguen. Según los informes de Verónica, están peor que nunca. Ni mi columna ni las otras denuncias que han aparecido después de las mías...

Le lanzó a Cristina un silbido como los que acostumbraban en los tiempos del Liceo, él lo sentía, Sabueso, aquel ejercicio mental le daba un hambre de hipopótamo, él se bajaba con otra arepa.

—¿Y la oficina de supervisión financiera? —preguntó Tulio.

—Un saludo a la bandera. Los caimanes se burlan de los inspectores. Conozco a un inspector: no tienen respaldo legal sólido, por eso urge la nueva ley. Tendrás que ver las multicas que les aplican, cuando se las aplican: dan risa; más cara resulta una cerveza en El Duero... ¿Sabes lo que me dijo Verónica de la gente del banco? ¿Sabes cuál fue la expresión?

Tulio se había puesto de pie y ahora iniciaba un corto ejercicio de respiración.

—«...Se comportan como si la plata se fuese a acabar mañana; la quieren toda, y la quieren ya», eso fue lo que dijo. La concentración de la cartera está peor, el problema de las empresas fantasmas está peor, los autopréstamos están peor... Para no hablar de la pasta que les entra desde la conexión de manguera que, con toda seguridad, deben haber atornillado a la boquita del lavado.

—Están como locos... —resumió Tulio.

—Eso parece. Van derecho a quebrar el banco y les importa un bledo: raspan hasta el hueso de los depositantes y de los auxilios del Estado, se potencian con lo del lavado y después tú los ves en Florida, buchones, muertos de risa.

—En el fondo es un poco la lógica del sistema, ¿no?

—Quizás, pero esta vez se les pasó la mano.

Se oyó un portazo y una voz que pedía ayuda a Cristina, te apuraras, muchacha.

—Es la vieja —aclaró El Sabueso, y cambió de pie—. Por lo que me dices, supongo que tienes una nueva descarga lista para la columna.

—La tengo, pero si no la tuviera tendría que parirla ahora mismo —dijo El Cronista—. Hay presiones en el periódico.

—¿Contigo?

—Ellos reciben presiones y, hacia abajo, me presionan a mí, me exigen nuevos tubazos...

—Pero te han tratado bien: te publican lo que escribes, te piden más...

—No me quejo. Se han portado bien: el atentado no los amedrentó, al contrario, los arrechó... Por ahora nos la estamos jugando juntos.

Tulio abrió la puerta que comunicaba con la sala y le preguntó a Cristina por el azúcar. Diego caminó hacia la ventana que se abría sobre el estacionamiento del edificio. Había comenzado a caer una lluvia menuda que apenas permitía entrever las siluetas vegetales del jardín posterior, una línea delgada de crotos y de drasenias arrinconada por los carros del estacionamiento y, más allá, las faldas de los cerros del Sur, donde las viviendas destartaladas parecían colgar por milagro al borde de las terrazas de tierra cortadas a pique.

—Siéntate, Sabueso, y afloja las tensiones. Quiero plantearte una idea que me ha estado caminando la sesera en las últimas horas —dijo Diego. Se había vuelto hacia Tulio y recostado contra el marco de la ventana.

Tulio localizó el paquete de azúcar y se sonrió:

—Voy a sentarme, pero no porque esté tenso, sino cansado. Tuve que trabajar hasta las tres de la mañana. ¿Cuál fue el aborto esta vez?

—¿Recuerdas que te hablé de una cara que me había venido como un *flash* varias veces, y que yo creía que era la misma cara que se había asomado por la ventanilla de la camioneta para disparar la ráfaga?

—Tú mismo pensaste que no valía la pena como dato...

—Como dato es vago, lo acepto. Lo que quiero es ir a la DTI y decir que creo que puedo reconocer al tipo.

—Te van a poner a revisar el archivo de fichas. Una tortura de las más exquisitas, tú lo sabes. Y en este caso, además, inútil.

Diego sacudió la cabeza: había tomado agua de lluvia en el cuenco de la mano y se había mojado el pelo y la cara. Miró a Tulio:

—Sin duda no andas en tu mejor día, Sabueso, estás descuidando las fuentes...

—Déjate de pendejadas y vamos al grano —cortó.

—Quiero presionar —comenzó a explicar Diego—. Si hay sapos en la DTI, quiero presionar al *gang* a través de ellos. Ir a los archivos, insistir ostensiblemente en que tengo en la punta de la nariz al malparido que disparó, armar escándalo...

Se había sentado frente a Tulio y ahora le susurraba casi al perfil de El Sabueso como si fuese un feligrés prosternado en el confesionario.

—Ya veo, quieres lanzarles una carnada para ponerlos a funcionar de nuevo —Tulio había cerrado los ojos, con cansancio—. Supongo que bajo la hipótesis de que ahora le darán pasaporte para la isla del azufre al tipo que les disparó y que se te ha estado metiendo en las pesadillas, ¿no?

—Supones bien —dijo Diego, comenzando a sospechar por qué lado iba a venir el jab.

—¿Y qué te hace pensar que van a preferir darle la cita con la pelona al matón en lugar de dártela a ti? Al fin y al cabo, si nuestros razonamientos no van descaminados y tú eras el blanco del atentado, ahora tendrían una razón más para liquidarte.

—Es posible, pero creo que a ellos les resultaría más seguro y más fácil liquidar al sicario —argumentó Diego—. Él no sabría que yo lo busco en los archivos, lo sabrían los que pagan para que les llegue esa información. *Ergo*, estaría confiado... y cerca. En cuanto a mí... bueno, ellos saben que estoy al tanto; tal vez imaginan que he buscado protección privada (ahora que lo digo, se me ocurre que no estaría mal hacer circular esa patraña en las oficinas de la DTI), para no mencionar el hecho de que ya fallaron una vez y de que no todos los medios han aceptado la versión oficial de la lucha

entre narcos. Hay periodistas que me apoyan y que me han dado respaldo.

Tulio se puso de pie, dio algunas vueltas por la cocina. Finalmente se apoyó contra el marco de la ventana, que Diego había dejado libre, a mirar la lluvia. Diego sonrió: conocía a El Sabueso, aquellas vueltas de «perro antes de echarse» (que al inicio, en los días del Liceo Alcázar, había comenzado por ser un recurso puramente histriónico copiado de Holmes), lejos de indicar que se hallaba en trance de sesuda concentración, eran la señal menos equívoca de que estaba a punto de dejarse convencer y buscaba con testarudez una excusa honorable para capitular.

—Me parece una buena jugada, gacetillero. Pero tengo mis dudas. Primero, si deciden actuar contra el matón, a quien nosotros no conocemos, ¿cómo vamos a estar preparados para aprovecharnos de la circunstancia si, insisto, no lo conocemos? Y, segundo, este lance lleva riesgos nada despreciables para ti —dijo por fin, volviéndose—. Las crónicas de denuncia las escribes tú, pero parece que a menudo se te olvida con qué clase de gente estamos lidiando. Es el poder financiero, Cronista, con amarre político y, como tú mismo acabas de decir, hasta narco. Y tú has estado removiendo justo en el nudo donde las tres sogas se encuentran. Van a defender a colmillo limpio el botín.

Diego le sostuvo la mirada.

—Lo sabíamos desde un principio, ¿no?

—Es un consejo para el cálculo de riesgos.

—Si te parezco un loquito ocupado en lanzar palos de ciego, es mejor que nos vayamos dividiendo en dos grandes grupos, como decíamos en el Alcázar. La puerta está abierta.

Tulio se sonrió sin sonreír. Aquélla era una típica artimaña de Diego: lo invitaba a romper el dueto y, como quien no quiere, le deslizaba la carnada del Liceo Alcázar.

—Déjate de malacrianzas, Cronista —lo regañó—. Ya estamos metidos en esto y...

Diego no le prestaba atención. Se había quedado en arrebatado extático, contemplando el jugo de naranja, al tiempo que saboreaba por anticipado lo que ya había dado en llamar «el plan de la carnada en pozo».

2

Tal como Perucho le había advertido, la horquilla que la vía dibujaba junto a la pared del cerro hacía imposible el estacionar frente al edificio, si no se quería arriesgar un accidente con los carros que descendían desde la cresta por la carretera en espiral. Bastó, por fortuna, la dosis de cornetazo doble que Marisela le prescribiera por teléfono aquella mañana, para que Perucho asomara al balcón del segundo piso y, control remoto desde la barandilla, abriera la puerta del estacionamiento mientras 34, Cronista, le gritaba, te metieras detrás del Malibú gris, en un segundo estaba, viejito.

Diego condujo el Fiat hasta el comienzo de la rampa de acceso; croche, palanca a neutro y nuevo vistazo a la montaña de periódicos. La noticia no había alcanzado a la prensa de la mañana, pero los dos vespertinos que coronaban el rimero se habían puesto de acuerdo para cederle ocho columnas en las páginas de sangre. Allí estaba, una y otra vez en todos los matices del claroscuro, el rostro. Ahora, con la rigidez de la muerte soportando aquellas facciones que a pesar de su antigua definición ya comenzaban a abandonar el cuerpo al que habían pertenecido, lo que las fotos mostraban concernía más a la categoría de los objetos inertes (una máscara ritual, un vaciado en yeso, una terracota warao) que a la de las criaturas animadas.

Y sin embargo, si antes, cuando apenas jugueteaba con la posibilidad deseada pero remota de reconocerlo, había puesto en duda la inconsistencia de aquella intuición, ahora se le imponía una certeza doble. Primero, se trataba, en verdad,

de la misma cara que días antes (ojillos ahuecados, nariz chata de boxeador veterano —el tabique acaso quebrado en alguna refriega infame—, cejas espesas) se ocultara detrás de la ventanilla de la camioneta unos segundos después de herirlo a él y de abatir sobre el sitio al pobre de Gregorio. Segundo, aquella había sido la primera vez que se tropezaba con ese semblante torvo.

Se repetía la síntesis de Tulio. Apenas habían levantado la oreja de la olla, había dicho El Sabueso, y lo que rebozaba de la paila a borbotones era la muerte misma. Primero Gregorio, el líder comunitario. Luego aquel infortunado ex predicador cuyo único desliz consistió en haberle telefoneado para concertar una cita a la que nunca llegó. Y ahora este matón de lujo que se hacía llamar, a ver... allí estaba, al pie de la foto: «Rómulo Lartíguez», seguramente uno de los diez alias que se agenciaba en su mierdoso oficio.

Y no obstante, aquella mañana, cuando telefoneó a Perucho, lo había hecho casi por la inercia del oficio. Era cierto que el Isadora Jazz se hallaba a escasos metros de aquel otro recaladero nocturno que se autodenominaba «boite», frecuentado por una fauna que incluso en la zona, donde era una tarea casi imposible el asombrar a alguien, resultaba llamativa, y a cuyas puertas nuestro Rómulo Lartíguez recibiera su visado diplomático hacia los sartenes eternos, como diría él, Diego, que diría Marlowe. Esto era cierto. Pero esa vecindad era compartida con al menos media docena de locales que, atrincherados en estacionamientos frontales y en parafernalia, apenas separados ocasionalmente por el atrevimiento de alguna flaca tienda de ropa femenina que pugnaba por sobrevivir a la asfixia urbana, dominaban abiertamente el paisaje. ¿Qué azares convergieron para determinar que Marisela se encontrara al momento de los disparos no dentro del local, como correspondía a sus labores en el flanco administrativo del Isadora Jazz, sino afuera, en un recodo del estacionamiento, de cara a la vía, y pudiera por tanto avistar bajo el resplandor casi diurno del

reflector (cuyo haz tubular estaba orientado justo en esa dirección por razones de seguridad) el rostro sorprendido del asesino que, cabalgando en el asiento trasero de la motocicleta, arma en mano, escapaba del escenario en contravía mientras lanzaba un grito ininteligible, dirigido seguramente al compañero que aferraba el manubrio?

La noche anterior, a pesar de haber salido del periódico tan pronto recibiera la llamada de Tulio, le había resultado imposible estacionar el carro a una distancia siquiera cómoda de la escena de los sucesos. El embotellamiento en la avenida Madrid era de pronóstico y en toda Las Mercedes resultaba punto menos que heroico mantenerse detrás del volante. En cualquier caso, sólo a él le correspondía la culpa por aquel aterrizaje a deshora: aquella decisión de escarbar por los lados del atentado, La Vega arriba, en procura de una pista que, igual que otras, no lo condujera a parte alguna; aquella torpeza que lo obligara a desatender el problema de la reparación del radiocontacto; y ahora, por añadidura, este «vasto operativo de rastreo», apenas otra payasada policial para cubrir las apariencias.

—Se nos está volviendo usted una pieza importante para ellos, querido Cronista —bromearía Tulio al día siguiente, cuando se reunieran para conversar por primera vez sobre el curso que habían tomado los acontecimientos—. Y digo pieza en el calé de la cacería, no en el del ajedrez.

El Sabueso tenía sentido del humor. Pero ya la noche anterior, al llamarlo para informarle del «crimen de la boîte», como lo denominarían las páginas amarillas, le había deslizado otro comentario por aquel estilo.

—El *modus operandi*, el lugar, la hora y hasta las circunstancias en las que se escenificó el homicidio —analizó—, delatan por parte del *gang* tres músculos: poder, control efectivo de la situación, y, lo peor, una confianza absoluta en que,

fíjate bien, continúan siendo intocables. La autoría no está en duda. Así que cuídese, Cronista, hermano —insistió, estaba usted en la mira, llave.

Ninguna objeción. Aquella era la misma conclusión a la que él había llegado desde que El Sabueso comenzara a resumirle lo ocurrido. «El lugar y las circunstancias», se dijo, mientras tomaba la decisión de abandonar la botella, arrimar el carro a una lateral e intentar el peatón. «El lugar», se repitió, y por primera vez apartó su atención del ping-pong interno para fijarla en el entorno físico que atravesaba, y en la noche. Calles arboladas, quintas de finales de los cuarenta (porchecito de arcada, balcones con balaustrada de madera y jardín frontal) ahora desmanteladas por la rezonificación. Aquí y allá, tiendas y oficinas invadían el espacio de las antiguas residencias: los dinteles de los porches ya no eran dinteles sino marquesinas de neón y por los paramentos de los muros en vez de enredaderas eran mazos de cables los que trepaban hacia los antiguos dormitorios. Pero lo que constituía la nueva marca de fábrica del sector remaquillado era, sin duda, el amasijo de restaurantes, discotecas y tascas que terminara por sellar la zona con el logo de barrio bohemio con el que ahora cargaba. En la calle, los árboles mayores parecían sobrellevar las dosis letales de monóxido, pero la grama y los arbustos de las jardineras habían sido, a secas, diezmados por los peatones desaprensivos y por la huella de los carros que empleaban las aceras como estacionamientos al voleo.

Éste había sido, reproducción clónica de otros barrios idénticos en idénticas urbes adocenadas y lejanas, el escenario elegido para despachar a la ficha a quien las circunstancias mutaran de sicario de confianza para los trabajos sucios en amenaza velada para la salud del *gang*. No un anónimo matorrall de las afueras ni un barrio obrero: el abrevadero nocturno de la crema. Nada de precauciones excesivas. Un golpe rápido, público y ostensible.

Sonrió para sí. Apenas unas horas antes él había echado a rodar en el seno de aquella cochinera que era la DTI lo que Tullio llamara «la trampa del testigo falso»: persuadir a los quintacolumnistas dentro de la DTI de que él, Diego, habría visto al sicario en el momento del atentado, y que sería capaz de reconocerlo. Y hete aquí que antes aun de que terminaran de lanzar el anzuelo a la poza, aquellos bagres se habían precipitado en cardumen contra la lombriz. Más allá del poder persuasivo con que la trampa fuera montada, lo que en primera instancia impresionaba era la casi instantaneidad con que los espías internos habían comunicado la novedad a los capos, los capos ordenado a sus verdugos, y los verdugos, en fin, ejecutado la orden de limpieza y fiambre. El liderazgo parecía alardear de una condición menos zoológica que mítica: y su blasón se hallaba más próximo a la hidra que a la hiena, a la que, no obstante, tanto se asemejaba en sus hábitos.

Debido al tiempo transcurrido desde el momento de los sucesos, el lugar ya había sido desalojado por los curiosos. En contraste, sorprendió a Diego el número inusual de patrulleras y el batallón de funcionarios que anillaban el sitio apostados sobre las explanadas de los antiguos jardines y bloqueaban la visión de la entrada. ¿Cuántos de ellos habían sido comprados y cuántos no? ¿O debía decir todavía no? El carnet de prensa le permitió franquear el cordón externo y aproximarse al lugar donde el sicario había caído. El cadáver ya había sido levantado y los indicios, con toda seguridad, recogidos, anotados, clasificados y archivados.

A lo lejos, en algún recodo de la vastedad negra, rutilante y, sin embargo, olorosa a lluvia, resonaban disparos aislados seguidos de ráfagas y explosiones. Ululó una sirena. «La misma batalla invisible de todas las noches», pensó Diego, «que arrecia desde los viernes». Se volvió hacia la derecha, en dirección a la boite, y no pudo evitar la risa: a un lado, aunque

ya apagada, todavía podía leerse la leyenda continua de neón con que el tubo de vidrio dibujaba el nombre del local desde el cual, lleno el gaznate, nuestro hombre se arrastrara a la madriguera, unos segundos antes de recibir su insospechado relleno de plomo: Tocata y fuga.

No era una deformación producida por la fatiga: el abrevadero preferido de la palomita que asesinara a Gregorio, y casi le extendiera al kamikaze que ahora él encarnaba su pasaporte hacia «la tierra del nunca jamás» (como graznara Poe, como tarareara Peter Pan), se llamaba, en verdad, Tocata y fuga. Un rótulo que hacía referencia, Bach mediante, tanto al obvio chiste sexual que quería y no quería disimular, como a la curiosa tendencia de los comerciantes del sector a bautizar sus cuevas con nombres extraídos de la tradición jazzística (el Isadora Jazz, de Perucho, el Charlie y el perseguidor, que se alzaba en la calle paralela, La toilette de Billie) o, sobre todo, del desfile de éxitos de la tradición clásica, y de la cual eran buenos ejemplos este Tocata y fuga y el Wolfgang Amadeus Bar, que había sido uno de los resolladeros favoritos de Carmen Luisa y su corte de otros tiempos.

Se dijo que aquel escenario hubiese sido del gusto de Hammet. Y se dijo que quizás Hammet, relamiéndose de la circunstancia, hubiese colocado al ladino de Sam Spade justo en el centro de aquella escena nocturna y lo hubiese hecho deambular a su aire por entre los funcionarios, eludiendo con dejo irónico a «los vendidos» y aproximándose a «los confiables» para pecharles un cigarrillo, mientras les descuelga un chiste verde sobre bares y les exprime algún dato en torno al caso.

Y bueno, cual Spade revaciado, fue la representación puntual de estas escenas y de estos roles primero imaginados, y más tarde personificados, la tarea que lo ocupó durante los largos minutos en los que navegó al garette por las estribaciones del Tocata y fuga (al punto de tener que emplearse a fondo para evitar descender a la copia de algunos de los rasgos de Spade que, si bien característicos, resultaban a menu-

do francamente repulsivos: como la costumbre de escarbarse los dientes con la uña del pulgar o la de descalzarse en público para rascarse el empeine con el tacón que permanecía en uso). Y más allá, apenas a unos metros del Tocata y fuga, esta vez en dirección oeste, podía adivinarse el aviso del bar de Perucho, el Isadora Jazz.

Diego salvó la distancia entre los dos locales. Aquel había sido, según los datos de «los confiables» de Tulio, el itinerario de la fuga: habiendo disparado sobre el sicario desde la motocicleta en marcha, frente al Tocata, y, siempre sin detenerse, los gatillos habrían puesto proa en dirección oeste, pasando frente al local de Perucho. Si esto era así, y siempre tomando en cuenta el desparpajo de los balas, que los llevara incluso a la petulancia de actuar sin embozamiento, no era improbable que alguien del «Isadora» hubiese presenciado el zafarrancho.

Fue justo la confirmación de esta hipótesis por parte de uno de «los confiables» lo que hizo que, por primera vez desde que comenzara la podrida fabulita, tuviera la certeza de que ganaría la partida. El confiable había dicho que, al parecer, se trataba de la propietaria del Isadora. ¿Marisela en la fiesta? También podía tratarse de un error: al parecer, el hatillo humano que manifestara haber visto u oído algo relacionado con el homicidio, había integrado una verdadera parada de octavita: zorritas de la noche, travestis, vigilantes, parejas que salían a cenar, gigolós de diverso pelo, punketos, malvivientes varios, drogós, borrachos, noctámbulos ocasionales, buzos. Por lo demás, tanto el Isadora como el Tocata, al igual que el resto de las guaridas nocturnas de la zona, ya estaban cerrados. El «operativo», con toda seguridad, se dijo, consecuencias del «operativo». De modo que los pasos más sensatos con aquellas barajas y a aquellas alturas de la partida eran: a) repasar los hechos mientras regresaba hasta el carro, y b) comunicarse con «los jazzistas» a primera hora.

3

Para su sorpresa, quien lo recibió en el estacionamiento al bajar del carro no fue Perucho, sino Marisela. Llevaba algún tiempo sin ver a Marisela: el mismo que lo separaba de su última visita al Isadora Jazz. ¿Cuatro o cinco meses atrás? Fue en una de esas aburridas clausuras de Congreso a las que él, por acuerdo con Carmen Luisa, jamás asistía: aquella vez, sin embargo, el premio anual de la sociedad psicoanalítica que La Sigmuncita se había agenciado, excusaba con creces la excepción; además, tocaba Cuica, amor suyo, en el Isadora, ¿se iban a quedar sin oírlo aquella noche, papaíto? Y bueno, aquella noche, Perucho y Marisela se reservaron el derecho de decretar ellos la celebración... y de pagarla, cena incluida, para gritar por el premio, claro estaba, decía Marisela, pero sobre todo para vitorear la reaparición de aquella ingrata, de esta mujer tuya, Cronista, que no se dejaba caer jamás por los sitios donde tanto y tan bien se la quería, oyeras, ingrata. ¿Y tú qué nos proponías, loca querida, que cenáramos a diario con el saxo de Perucho en el oído? ¡Si vinimos hace cuatro semanas! En esta cuerda, el reencuentro se extendió hasta más allá del tercer show de Cuica, de la botella de whisky que se bajaron entre Marisela, Perucho y él, y de las diez aguakinas con limón que La Sigmuncita despachó mientras viajaba con las improvisaciones del jazzero.

Marisela les había lucido radiante a ambos, y jovencísima, cariño, la celebraba La Sigmuncita; rutina de sudor, chamina, un guión de hierro al que debía aferrarse si quería sobrevivir a la edad y al *stress* del trabajo y a los tres partos que sumaba, explicaba Marisela, dos de los cuales, ya sabíamos todos, ¿no?, le habían sobrevenido en la treintena.

Sí. Lo recordaba. Aquélla había sido una noche de todas por todas. ¿Motivos?: a) la ceremonia del laurel que coronara a Carmen Luisa como «princesa del inconsciente»: chiste mediano él, ya se ve, que provocara un estallido de hilaridad

sobreactuada en Carmen Luisa, y que llevaba la marca de fábrica de Perucho en uno de sus malos momentos como maestro de ceremonias frente al micrófono; b) el reencuentro con los jazzistas favoritos, hacia los cuales La Sigmuncita profesaba un amor limítrofe con el culto religioso desde los años de la secundaria. Y, aunque menos feliz: c) allí asomó el hocico aquel sexto «flashback» de Carmen Luisa, tan inesperado y fugaz como los anteriores, aunque acaso también más ácido que los anteriores. Le sobrevino en medio de un largo solo de Cuica con el saxo y se patentizó (según ella misma pudo reconstruirlo, temblando y abrazada a él, a Diego, tan pronto cesó) bajo la especie de una gruesa masa pulsátil, fosforescente y grumosa que desprendiéndose del techo (o de algún lugar de la cápsula sin dimensiones donde todos parecían estar contenidos) se derramaba sobre ella hasta atravesarla, cambiándola sucesivamente en una mujer sin piel, o dotada de una piel esmeralda que no podía reconocer como propia y que variaba de color con los acordes del saxo; y luego en un hombre desconocido que se le parecía sospechosamente a su padre; y luego —y en fin— en una nada subsumida en otra que le prometía no la vida ni la muerte sino la felicidad de un estado anterior al nacimiento que, para su sorpresa, mezclaba en partes análogas a la dicha y al terror primario al que terminó por entregarse durante los escasos segundos que duró el suplicio.

Él no era ajeno a aquellas súbitas fisuras a través de las cuales algún íncubo la extraía de la vigilia cotidiana para deslizarla al infierno (o quizás abolía la realidad para sustituirla, trayendo el infierno hasta ella), como ella misma solía comentar: había presenciado cuatro de aquellos seis «episodios de hundimiento en el horror» por los que ella, según su propia cuenta, atravesara desde que fuera dada de alta en la Comunidad. El ácido era así: leal, decía, desprendido del tiempo, decía, y sonreía. ¿Recursos para el exorcismo? El humor oscuro, pana, sí: hablaba entonces de «postres con armonía de saxofón» o de «aromas blancos» o de «un crepúsculo, no borrascoso,

sino sincopado y agrio» o de cualquier otra rotación perceptiva, análogas a las traslocaciones experimentadas en las crisis, sólo que esta vez conscientes y voluntarias. O le endilgaba apodos al «intruso»: el enanito policromo, el «elesedito», el agazapado fugaz, «Speedy» González, mi «Doppelgänger» el abollado, y paremos de contar.

Entrevió la silueta que se aproximaba, desenfocada bajo la reverberación de un sol metálico y por un momento pudo jurar que quien avanzaba hacia él entre las columnas no era Marisela sino Amalia, la hija mayor. Madre e hija se parecían como dos vaciados sucesivos de un mismo boceto. Recordó en algo más de cuarenta la edad de Marisela, y concluyó que sólo un siniestro pacto con Belcebú, el eterno, y quizás alguna de esas pócimas secretas que Eudora ofrecía, podían acreditarle aquella milagrosa facha a la que «la jazzista» parecía avenirse como si se tratara (como en verdad se trataba) de un prodigio trivial. Iba justamente a bromear con ella sobre su pacto secreto con Mandinga, el oscuro, cuando fue ella quien sin dejarlo abrir la boca, bien, comisario, ¿le dábamos a la exprimida?, comenzó a perorar, saludándolo sin saludarlo, sonriendo mientras cruzaba un beso de mejilla antes de arrastrarlo hacia los ascensores (¿era una falsa impresión o ella, en verdad, estaba más ansiosa que de costumbre, sobreactuada incluso?)... Eso sí, nada de torturas, de ella podía lograr que le contara hasta el evangelio, pero por las buenas, comisario, y sin reflectores, favorcito. Bien, en primer lugar, ¿dónde se encontraba usted en el momento del crimen? ¿En el momento del crimen? La atrapabas, Cronista, no tenía ni la más remota coartada para el momento del crimen, estaba allí, sí, confesó ella, mirándose en el espejo del ascensor, alisándose el cabello, a quien sí no se le había visto la nariz por aquellos lados era a ti, muerganillo, ni esa noche ni la anterior ni fuera usted a saber desde cuándo, lo recriminó, pellizcándole el antebrazo. Ahora mismo lo había estado ella comentando con Perucho, había hecho ella memoria con Perucho: tres meses,

calculó, cuatro meses tenían aquellos ingratos que no se dejaban ver por el negocio, ni Diego ni Carmen Luisa, le había dicho a Perucho, justo desde la noche en que celebraran a La Sigmuncita. Se vendían caro ustedes, muerganillo. Sí, también él pensó en eso cuando venía hacia acá: culpa de la brega sin cuartel que les daba la ciudad, cariño, comenzó a disculparse mientras se lo explicaba a sí mismo, culpa del desamor con que uno terminaba tratando incluso a los amigos a quienes más quería... «Desamor», aquella palabra era de Carmen Luisa, Diego, estabas comenzando a parecerte a ella hasta en las palabras que usabas, ¡quién lo iba a decir! Ya se sabía, tú debías saberlo, cariño, respondió él, con el tiempo la pareja se mimetizaba en doble fecha, La Sigmuncita, Ce Ele misma decía que, comillas, «dentro de la pareja, en un lapso razonablemente largo, cien, doscientos años pusieras tú, la identidad de cada uno se disolvería en la de la contraparte hasta llegar un instante en que ninguno de los dos alcanzaría a saber, en el fondo, cuál de los dos era el otro y cuál él».

Marisela, sin dejar de escucharlo, había comenzado a reírse a diente loco desde que El Cronista dijera «mimetizaba» y al alcanzar la altura de la disyunción final con que Diego cerrara la cita, las carcajadas, ya convulsivas, apenas le permitían un balbuceo entrecortado casi ininteligible y la matabas de risa tú, Diego, cariño, ¡aquello era un trabalenguas de los mejores que ella hubiera oído en su vida!; pero lo peor era esto, ¿se imaginaba él, si el trabalenguas fuera cierto, cómo luciría ella con el bigote mexicano que Perucho le iría contagiando de año en año?, ¿tú la veías?, ¿te la figurabas a ella, Diego, cariño? ¡Qué espanto!, ella entrando al Isadora con su mostacho de manubrio salpicado de aquellas canas precoces que su Guitarrista ya empezaba a pintar, ¿ah?, le dijeras (ya se doblaba, tosía ya).

Diego iba a darle una respuesta de cortesía, la única posible, arriesgándose al peligro de que Marisela la interpretara como una expresión de diversión compartida o, incluso,

de estímulo (con ella, una vez que comenzaba, nunca se sabía, y hoy, insistía en preguntarse él, ¿no estaba más acelerada que de costumbre?), cuando la aparición providencial de El Guitarrista al cabo del pasillo, en saludo, lo rescató. O tal vez tendríamos que decir los paralizó, congelando de paso la risa espasmódica de Marisela.

¿Qué dijo El Guitarrista? Carmen Luisa había llamado, anunció El Guitarrista, mientras saludaba con un abrazo a Diego: no, nada grave, una medicina que se necesitaba para Marisela, las especificaciones estaban allí, quería saber si él iba a subir temprano para que se encargara de comprarla. Ya, él se apersonaba, él la llevaba; pero tú, Perucho, ¿andabas bien? Te veías pálido, hermanazo, ¿las trasnochadas del Isadora, quizás? ¿El saxofón? Qué decías tú, Cronista, ¿tenías un pulpo arrebatado en la azotea? Si el saxofón en verdad se lo estuviera chupando, a él lo habrían sacado en hombros del negocio, guardado en la funda de cedro, horizontal, por lo mínimo quince años atrás. Pero qué pena, interrumpió Marisela, ¡qué vergüenza que le daba contigo, Diego! Con todo lo que te había ocurrido, contigo todavía convaleciendo de las heridas y ella hablando sin ton ni son que ni abrir la boca lo había dejado: era que desde la noche anterior... pero la dejaran traer el café. ¿O preferías tomar algo más picante, tú, Diego? Ya se sabía que Perucho no probaba gota de alcohol antes de las seis, y por favor no le fueran a salir con el chiste de que en las antípodas bla, bla. ¡Ana!, gritó, cerrando la puerta de la cocina detrás de ella, ¿dónde se habría metido aquella mujer? Perucho y Diego cruzaron las miradas en silencio. Sí, asintió Perucho al fin, Marisela no parecía la de siempre, era cierto. Y bueno, él era el primer asombrado: había sido la de siempre justo hasta la noche anterior. Mejor dicho, justo hasta los balazos, desde aquel instante era otra, esta maniática ansiosa que también a él, a Diego, había sorprendido. Y luego el insomnio, ¡Marisela no había logrado dormir un minuto en toda la noche, lo creyeras, compadre!, ella misma se lo había confesado.

Pero lo peor había sido su obsesión con los muchachos: saltando cada media hora de la cama para correr hasta el cuarto de los tripones, a verificar, suponía él, que los tripones seguían ahí, vivos; y luego el espectáculo en la mañana, otra vez con ellos, oponiéndose a troche y moche a que fueran al colegio. Nada: que con todo el lío pudo lograr que el maldito transporte los dejara, de modo que él, cartas en el asunto, sosegarla a punta de pastillas, vestirse con la salida del sol, y darle a empujar a los chaminos. ¡Que lo abrieran en canal y lo escurrieran al Guaire! Él no entendía, compadre.

Se puso de pie y: ¿lo acompañabas, a lavarse la garganta, Cronista, hermano?, tenía destapado un escocés que ni una caricia de Jessica Lange, debías probarlo, compadre, mientras se dirigía hacia el bar, bostezando. Con la cuota de sueño que su propia bienamada le había recortado, como diría El Llanero, el día y la noche se le estaban montando uno sobre la otra, dictaminó, extendiéndole a Diego el primero de los vasos. Diego se resignó, pero le dio al escocés sin mala cara. El Guitarrista se pasó el vaso por la frente, se desperezó hasta quedar casi acostado sobre el sillón y respiró: si no la conociera como la conoce, quería decir a Marisela, podría sospechar que se hubiera descolgado un cóctel doble de anfetaminas...

Marisela los interrumpió asomando por un segundo su cabeza en el marco de la batiente, balbuceó atropelladamente algo sobre un problema con la cafetera —contaba con una Gaggia doméstica que le permitía destilarle a Perucho el exprés por el que El Guitarrista enloquecía—; la perdonaras, cielito, pero a cambio te iba a colar un guayoyo oscuro que te iba hacer olvidar el bendito exprés tan pronto lo sintieras en la lengua, verías, su papi, un segundo antes de desaparecer de nuevo hacia la cocina.

Sí, continuó Perucho, había intentado sentarla en vano: excusas para idiotas, evasivas: insistía en cargárselo al trabajo y, por supuesto, al haber estado tan cerca de los disparos y al haber presenciado la huida de la motocicleta con los hijos

de puta encima. El Guitarrista, que había estado hablando con los ojos cerrados, se despabiló y miró a Diego, inclinándose hacia adelante como si deseara compartir una confidencia con El Cronista al tiempo que vaciaba el escocés de varios tragos, sin separar el vaso de la boca. Ahora, aquí entre ellos, él no le creía una palabra, Cronista: ni por el trabajo, que nunca la había amilanado; ni por el muerto, al que nunca llegó a ver. Para no presionarla, había dejado de hacerle preguntas.

Ahora, viejito, él se iba a servir el segundo, y último, «para olvidar», ¿y tú, cómo andabas con esa sopa aguada que campaneabas? Él estaba bien con la sopa, compadre, pero vieras esto, aquello sólo podía significar que existía alguna circunstancia, te dieras cuenta tú, algún detalle en los acontecimientos de la noche anterior, la bisagra de Marisela, que ellos ignoraban y que, sin embargo, lo perdonaras, Marisela conocía. ¡La Pichona ocultando...! ¡Maldita sea, Cronista, una mujer que nunca en su vida había tenido el más mínimo secreto para él! Diego sonrió ante la osadía de kamikaze que Perucho exhibía con aquella clase de afirmaciones, pero calló. Iba, por el contrario, a invitar a El Guitarrista a pasar una breve revista de la noche, cuando Marisela irrumpió en la sala con bandeja, cafetera y tacitas de Sévres.

Si los dialogadores no hubiesen tenido la intención de callarse, igual se habrían visto en la absoluta necesidad de hacerlo para poder abrirle espacio a la cháchara indetenible de «la jazzista» que se abatió sobre el *tête-à-tête* como un ciclón antillano con ánimo de desenraizar y succionar de un envión el propio aliento de los dos conversadores. Del ofrecimiento de la infusión pasó a los bemoles del mecanismo de la cafetera; de la cafetera a presión se deslizó a la ineficiencia humana, particularizada con creces en Ana, la cocinera; de Ana y los fracasos humanos saltó a los sabores y sinsabores (en especial los sinsabores) de los quehaceres domésticos, concretamente los suyos, que le impedían, se lo decía a usted, Cronista,

que era una persona sensata y abierta, porque lo que era con otros (y aquí señaló hacia Perucho con una mueca labial), resultaba imposible conversar algunas cosas, le había impedido, decía, instalar el gimnasio con el que ella soñaba; y de la cafetera doméstica habría circulado hacia cualquier otro tema eslabonado si Perucho, atizado por el terror a las circularidades viciosas, no hubiera reunido el coraje para interrumpirla, ¡miraras tú, compadre, la pichoncita te estaba honrando con las propias y sagradas totumitas de Sévres! ¡Cómo se notaba que no todos los días le tocaba declarar a la prensa! (aquí Marisela le aplicaba su feroz mirada de bazuka mientras Diego sonreía, divertido). Bueno, suponía él que después de ese abreboca, continuó El Guitarrista, aprovechando que Marisela servía el café para picarle un ojo cómplice a Diego, lo que se imponía era la revelación completa de la historia que nuestro Cronista aquí había venido a recoger, ¿no?

¿Se trataba de una distorsión de ellos o Marisela, en verdad, había comenzado a temblar casi imperceptiblemente pero no obstante con suficiente intensidad como para que la totumita de Sévres que en ese momento ella le alcanzaba a Diego se tambaleara sobre el platillo hasta el extremo de derramar parte del líquido y colocarse a punto de caer y estrellarse contra el parquet?

No, no se trataba de una mera distorsión, aquello era lo que había ocurrido.

Y luego, cuando Diego, respondiendo a la invitación de Perucho, comenzara por aclararles a bocajarro la relación que este último homicidio sostenía con los precedentes y cómo se trataba de los mismos sujetos del *gang* que en el atentado en su contra asesinaran a Gregorio, el dirigente vecinal, y lo hirieran a él mismo, y cómo todo aquello dibujaba un tejido que incluía por supuesto a sus denuncias en la prensa y, por el otro extremo, a los malditos chivos de las alturas que, en última instancia y aunque él ignorara los detalles precisos de sus identidades, encarnaban los blancos móviles y embozados

de sus crónicas, y cómo, sin dudas ya, se trataba de un club de verdugos a sueldo capaces de dar cuenta de sus respectivas madres si a sus respectivas madres les correspondía la siniestra fortuna de atravesárseles en sus propósitos, luego, digo, al oír esto, ¿no estalló Marisela en una crisis de llanto indomitable —tartamudeando— que le impidió responder tanto a las preguntas de Perucho, al comienzo, como, luego, a las súplicas para que se sosegara, para que te tomaras aquella pastilla, pichoncita, hasta que accedió a dejarse llevar al baño, primero, abrazada, casi en berlina por los cuatro brazos, el agua te aliviaba, mi amor, y luego dejarse reclinar en la cama, un almohadón alto a la espalda, así, cariño, eran las tensiones, pichoncita?

Sí. Aquello fue precisamente lo que ocurrió.

Cinco minutos más tarde, cuando Perucho y Diego, ya en el estacionamiento, se despedían, ninguno de los dos parecía capaz de mostrar facha alguna en torno a la reacción de Marisela ante los comentarios de El Cronista, como no fuera la de la absoluta perplejidad.

—¿Qué hicimos Cronista, mierda? ¿Qué dijimos? —gritó Perucho, asestándole una patada a la columna que limitaba al puesto de estacionamiento—. ¿Por qué se puso así?

Diego extrajo el llavero del bolsillo de la chaqueta, palmeó por el hombro a Perucho y abrió la puerta del carro.

—Es evidente que tiene miedo, compadre —dijo—. Está aterrorizada.

—Pero ya te dije lo que pasó...

—No tiene miedo de lo que pasó... tiene miedo de lo que *pueda pasar*.

Perucho, que estaba de pie, al lado de la ventanilla, se quedó de una pieza.

—¿De lo que pueda pasar? —gagueó, ¿qué vaina era aquella, Cronista? ¿Se te ocurría mamarle el gallo en aquellas circunstancias, hermano? ¿Qué era lo que podía pasar?

Diego le estrechó la mano.

—No lo sé... Todavía no lo sé —le dijo, mientras giraba la posición de la mano para estrechársela a puño cerrado—. Pero lo vamos a averiguar, Guitarrista. Te lo prometo —le juró, para amortiguar la culpa de confesarle que ya disponía de una conjetura que era casi una certeza.

Retrocedió el carro, se despidió de nuevo con un gesto y giró hacia la puerta de salida que ya Perucho abría con el remoto.

Se percató de que estaba cruzando la frontera del sueño por el roce de la hoja que lo sobresaltó: desde el corcho que tapizaba buena parte de la pared derecha —justo la perforada por la puerta del baño— se habían desprendido un tríptico de la Cinemateca que invitaba al Festival Truffaut —Carmen Luisa había trazado un círculo rojo alrededor de *Jules et Jim*— y una foto con imágenes en sepia desvaído que mostraba a una niña en traje festivo: de pie al lado de un hombre que la abraza, sonríe y saluda a la cámara al tiempo que sostiene un cono de algodón de azúcar en la mano derecha. La foto era una imagen privilegiada que correspondía al tiempo primordial de la familia unida: la niña es ella; el adulto, su padre; el paisaje, la plaza Pérez Bonalde, en la periferia de Catia, en el año 47. Era el único testimonio que La Sigmuncita había privilegiado, al rescatarlo del baúl sellado de la «edad de la inocencia» —llamaba así a toda la época anterior a su ruptura con el padre, en los primeros sesentas— para colgarlo en el corcho misceláneo de los fragmentos especiales. Aquel había sido el padre celebrado de *las fechas antiguas*, el luchador clandestino, el líder joven que aupara al presidente Gallegos, el preso de Ciudad Bolívar, el exiliado de México. ¿Cuánto le duró el culto? El dictador cae, el padre regresa, el protagonismo seduce, el poder corrompe, el icono se derrumba, 58 a 60: tres años escasos y luego ella, aturdida aún por el obligado

cambio de mira, armas en mano, en rebelión contra el padre y contra el poder del Estado que el padre simboliza.

La foto se había deslizado hasta la alfombrilla a pie de cama; Diego descolgó el brazo hasta el piso, la tomó y la llevó a la luz de la lámpara de noche.

Le resultaba ajena aquella figura delgada, de bigote y espeso cabello negro, trajeada con un pantalón ancho y un palto de colores claros, que abrazaba con afecto a la niña. Había visto cara a cara a don Felipe en contadísimas ocasiones, en parte porque sus esferas de circulación —urbanas y humanas— se hallaban en las antípodas, y en parte porque las escasas oportunidades de encuentro que se presentaban en aquellos años habían sido metódicamente evitadas, reducidas o trastocadas por Carmen Luisa, quien hacía su punto de honor —de honor con pasión, como creo que ya sabemos— el blandir el frío alejamiento en relación con el padre como un programa de vida. Odio destilado, una pasión en estado puro que ya se extendía por más de 20 años, desde el 60, para ser precisos, como se encargaba de recordarle la propia Sigmuncita cada vez que el tema afloraba. El 60 fue el año de acceso de don Felipe al tragicómico carrusel ministerial, al que se aferraría con el propósito de no soltarlo hasta verle el hueso, y de no abandonarlo en su ejercicio de roedor, si todo marchaba bien, hasta la muerte.

En cuanto al distanciamiento en sí, Carmen Luisa aún incurría en el despropósito de preguntarse si había sido el rechazo hacia la «traición» del padre (el abandono de los «ideales revolucionarios» de los 50, que ella desde su cama, en la medianoche de la casita de Catia, le oyera discutir con Carnevali o Ruiz Pineda en las reuniones clandestinas antes del exilio) lo que la llevara a la radicalización y a la lucha armada en el 60, o si por el contrario, la ruptura con don Felipe era el efecto y no la causa de su radicalización. Un dilema estéril desde el momento en que, tratándose de circunstancias paralelas, lo probable, pensaba él, era la metáfora de la polini-

zación cruzada, en la cual los dos desarrollos se apoyaban mutuamente, avanzando según el paso de la cremallera. Pero se cuidaba mucho de comentárselo a La Sigmuncita, seguro como estaba de su reacción. Y es que para ella, la ociosa pregunta parecía haber alcanzado con el tiempo la seducción de una charada. Un juego conectado con la culpa que acaso aliviaba la culpa o la despojaba de solemnidad. Pero esto tampoco él se lo comentaba, lo que hacía de la foto —sobre todo por el privilegio de estar clavada a chinche sobre el corcho— un documento curioso por partida doble. ¿Y don Felipe? ¿Qué había pensado entonces y qué podía pensar ahora, a todas éstas, de ella? Difícil saberlo. Estaba claro, sin embargo, que el rechazo no era recíproco. Las invitaciones desatendidas y los acercamientos esquivados, por parte de Carmen Luisa, formaban archivo grueso. Y algunos de los movimientos habían llegado a ser patéticos. Las veces, por caso, en que don Felipe había coincidido con ellos en el abrevadero de Perucho, un lugar ciertamente lejano de sus preferencias, más dadas a la silueta del restaurante de encajes y copones de flores sobre pedestales de mármol que a la del bar jazzístico que el «Isadora» materializaba. Llegaba solo o haciéndose acompañar por algún burócrata del ministerio, nunca por la esposa, despachaba tres escoceses con agua y, al filo de la medianoche, después de haber estado observando a Carmen Luisa por horas, a distancia, cruzaba la salida hacia el estacionamiento, donde el chofer lo aguardaba adormilado. O bien —aunque esta segunda posibilidad operaba por excepción, propiciada por un efecto acumulado, desbloqueador, de los escoceses— dejaba la silla, navegaba entre las mesas al tiempo que se ajustaba el saco halando hacia abajo las solapas —un tic antiguo, adquirido al regreso del exilio, cuando iniciara su escalamiento en el poder central—, se detenía frente a la hija y, aún de pie, daba las buenas noches. ¿Cómo reaccionaba Carmen Luisa? Con una obstinada desatención, con una retirada hacia la barra o hacia las oficinas administrativas a charlar con Marisela, o con

una ostensible huida del local —huidas «didácticas» las llamaba ella.

Durante estas escenas, donde la tensión y el embarazo trazaban el tono, Diego se mantenía al margen. Correcto, pero al margen. Don Felipe lo trataba con una deferencia que él retribuía, y cuando la ocasión se presentaba —una brusca estampida de Carmen Luisa que lo dejaba atrás, con la cuenta pedida—, no vacilaba en estrechar la mano que, de todas maneras, don Felipe le extendía. Sabiendo que don Felipe no olvidaba que la ruptura era muy anterior al inicio de su relación con La Sigmuncita, se ubicaba al margen del conflicto. No cuestionaba la actitud de Carmen Luisa pero tampoco se sentía con derecho a quemar a don Felipe en una pira pública. De incinerarlo a él, habría que hacer lo propio con toda la cáfila: una estirpe de burócratas que existía por la sola misión de mantener andando aquella enorme maquinaria inútil y dispendiosa que los alimentaba.

Yendo al balance de cuentas, el conspicuo suegro por mampuesto no resultaba el peor de la partida. Al parecer lo que la hija le echaba en cara con mayor vehemencia era su pasantía por las oficinas de Interiores a comienzos de los sesenta. De cierto, don Felipe no alcanzó nunca a ocupar el sillón mayor, su permanencia fue breve, y no parecía probable que hubiese ejercido un papel importante en algunas de las delicadas políticas que el despacho instrumentara entonces, pero de envés y de revés, aquél había sido el ministerio policial por excelencia... y en unos años en que la labor favorita de sus agentes no fue precisamente la de elaborar bambalinas de papel crepé para las festividades aniversarias del cuerpo. Del despacho de Interiores, don Felipe había sido galardonado con un periplo estelar que cubría con creces el paradigma de «los grandes hombres públicos», tal como este paladín genérico era dibujado por las historias oficiales al uso. Cargos «de responsabilidad» en los despachos, cuando el partido ejercía el gobierno, senadurías con presidencia de comisiones cuando era despla-

zado a «la oposición» —la mesa de al lado del mismo banquete, tratándose de quienes se trataba—. En estas comparsas de «hacedores de como si» resultaba técnicamente imposible no aproximar el bolsillo al bocado de los grandes negocios, aun para los casos en los que —como al parecer acontecía con él— se produjeran, junto al engullimiento de los bocados, algunos cólicos de conciencia.

El transparente líder de los parias que regresara del destierro mexicano con una sola muda de ropa y una corbata prestada para el mitin de bienvenida (y éstas eran expresiones de Carmen Luisa, dientes rechinando, tiempo después del regreso presenciado y celebrado) llegó a manejar, para los tiempos que nos ocupan, una fortuna diversa y compleja que —creamos a su hija— ni él mismo alcanzaba a calcular. Hay que agregar, aunque sólo sea por las tomaduras de pelo por parte de Diego a La Sigmuncita, que ninguna de las posibilidades que este imperio personal permitía fue desatendida por el padre a la hora de intentar persuadir a la hija para que ésta depusiera los rencores «principistas» y condescendiera a su retorno pródigo al redil familiar: cruceros sin fin por las islas antilleras; condominios en Margarita; *town-houses* en Florida; vueltas en redondo por Europa; fideicomisos para estudios doctorales en Berkeley, en Yale, donde tú soñarás; paquetes de acciones en Frankfurt, en Caracas, cariño; clínicas de salud mental en Sebucán, al pie del Ávila, en San Antonio de Los Altos, a todo trapo, listas para que tú, hija, les imprimieras tu sello, tu inteligencia, y las condujeras. Proyectos todos que Carmen Luisa declinaba, sin siquiera considerar, haciéndolos a un lado con una mueca descolgada, a mitad de péndulo entre la sonrisa y el asco. ¡Compras a mí! ¡Chantajes a mí! Capone se quedaba pendejo, mi cielo, a Diego; Luciano era un niño de pecho. ¡Tazas de chiquero a mí! ¿Y se veía entonces, a solas, en el espejo, fría, sabia, con la inmutabilidad distante de Atenea, ella, yo?

Diego se acercó al dormitorio de Marina: la niña, dormida, parecía respirar sin el silbido grumoso que los había inquietado aquella tarde: ¿colocaba el jarabe sobre la estantería o se lo llevaba a Carmen Luisa? Acto seguido regresó, programó el despertador, colocó un cassette de Serrat en el minirreproductor del velador y se echó de nuevo sobre las sábanas, desnudo. El baño continuaba sin ruidos: ni el agua ni los movimientos de Carmen Luisa —¿Meditaba todavía? ¿Dormía, la cabeza recostada contra el borde de la bañera?

De nuevo pensó en la foto: recordó que La Sigmuncita conservaba aún el pequeño baúl que le servía como secreter y como archivo, en donde yacían bajo llave los papeles «del precámbrico», decía. Ella le había hablado del baúl en dos o tres ocasiones, sin mencionar al padre, hasta unos meses atrás, cuando a raíz del ofrecimiento de la clínica por parte de don Felipe, pareció deslizarse en ella por un instante —pero sólo por un instante, se dijo Diego— una ranura equívoca que la enlazó al padre remoto: le confió, en el tono de quien pide disculpas por un dislate menor, que el grueso del tesoro asegurado en la caja correspondía a papeles de padre: cartas, artículos, notas, misivas a la hija distante.

—Testimonios de que hubo una época en la que el susodicho —a veces lo llamaba así— era capaz de pensar... y hasta de sentir.

Lapidó el tema con esta declaración y, junto al tema, la posibilidad de verla abrirse por el lado de esa cortada muda que él, Diego, había creído ver asomar en ella.

Capítulo v

1

(Memorias de Carmen Luisa, 1974)

Por aquellos meses, recuerdo, después de varias fechas postergadas, visité a Laura. La Polaca vivía con Antonio en un apartamento de bello pulso que, sin embargo, jamás hubiera deseado para mí. Aquí y allá, objetos insólitos acarreados por los viajes de Antonio —que para entonces se habían vuelto frecuentes y, a veces, prolongados— o por los caprichos de Laura que el chiflado de Peraloca, babeado por ella, se apresuraba a satisfacer. Aunque nos viéramos de vez en vez en los recaladeros de amigos comunes, era ahora cuando la conocía en su «nicho». Lo escribo en un envión y antes de cerrar la frase me resulta increíble. Por Laura, sí, puede ser, pero sobre todo por Antonio: el inefable Peraloca de los años remotos.

Todavía puedo señalar la fecha y la hora y las circunstancias de mi ingreso a la cofradía de los cincuenta, aquella especie de ingenua sociedad secreta de la que Antonio era el fundador y de cuya mano crecimos acompañados por la dicha y el asombro. Traigo ahora aquellos días frente a mí, y me parece un escándalo, con el lugar común, haber sido alguna vez tan joven. Puedo decirlo: la adolescente que fui, fue otra, no yo. Si me fuese dado sentar a las dos a conversar, la pipa de la paz fumada, desde el sosiego mutuo podría desplegarse el puente que, a veces, se tiende sobre las diferencias (y también, a veces, *debido* a las diferencias), pero siempre

aceptando y celebrando que aquí y allá ciertas líneas de los perfiles no coincidan, o que de troche por moche las aristas de ciertas piezas se nieguen a encajar. La que escribe esta página, que bien podría imaginar ser la una y la otra sucesivamente, es ambas a un tiempo y no es ninguna.

Pero esta reflexión, certera y tantas veces simple, la motivaron Peraloca y la distancia del uniforme escolar del Santa Cecilia. A la deriva, porque en realidad hablaba de la visita a Laura. Laura, La Polaca, como la llamaban sus más cercanos, era un ser humano singular: bella, sin duda, en cualquier canon, inteligente, imaginativa, pero «singular»... en una dimensión que se me escapaba. Su felicidad al lado de Antonio —y la recíproca— parecía uno de esos estados de los que nadie habla de tan evidentes que resultan, y sin embargo... Por desgracia, la conocía poco a ella, y otro tanto me ocurría con el Antonio-entoda-con-ella, lo que no me impedía sentir que el acertijo podía no ser tan simple como parecía en una primera olisqueada.

Y este no es un sustantivo azaroso: se trataba de un problema de intuición por nariz. Pero no deseo que se me malinterprete. No me hacía en el papel de una guacharaca de condominio que husmeaba en la sala de la vecina en busca del dato para el último chisme de semana. ¡Las diosas me guarden! Era algo —por favor, perdónenme los lectores póstumos y suspicaces de estas hojas descuidadas— que me ocurría de una manera natural, o mejor, que acontecía a través de mí de una manera natural. Y que me ocurre todavía: la captación de una señal recóndita que, enseguida, se me muestra significativa... en su enigma. Una suerte de dato que importa más por lo que oculta que por lo que revela.

Y bien, esa fue la sensación que experimenté aquella tarde al visitar a La Polaca, al cruzar los saludos, sentarme en sus butacas, trasegar su té, oler sus alfombras y sobrellevar a *Amenofis*, el cocker hiperquinético que no tenía la culpa de estar tan malcriado, el pobre.

Releo lo escrito y siento que estoy siendo injusta con Laura: lo que antecede es verdad sobre todo en lo que hacía a su proyecto común con Antonio, pero, supongo que no necesito aclararlo (aunque en el nuevo libro me vea obligada a volver en alguna ocasión sobre el punto), un ser humano no es tal en función de la pareja que integra sino del individuo que en primer lugar encarna con prescindencia de la relación. Y que es —¿debería ser?— el tesoro de vida que, ahora con prescindencia del individuo, se aporta a la relación. ¡Ah, concédanme el beneficio de la duda: parece un trabalenguas pero, lo juro, no lo es!

Y considerada así, en su sola persona, Laura resultaba, de cierto, una mujer excepcional. Ignoraba su edad, pero daba la impresión de moverse en un cuerpo sin tiempo: sano, flexible, ágil: unos rasgos que sugería incluso en reposo. Sonreía con toda la cara y la sonrisa la transformaba: las cejas se elevaban, los ojos titilaban, la piel de las mejillas refulgía. Pero, por suerte, no ocurría con ella esa deformación tan frecuente en las personas de humor fácil, que al ser abandonadas por la alegría, regresan a un rostro sin carácter, casi anodino. Por el contrario, en humor neutro o grave, su tono plástico, puramente físico —¡ese frágil tesoro!— aumentaba, sí, pero en primer lugar se acentuaba su expresividad silenciosa. Y bien, a menudo nuestra Laura se dejaba atravesar por esos estados instantáneos que en otras personas pueden evocar el dolor de la tragedia o la parálisis de una pérdida irreparable, pero que en ella cobraban la forma inasible de la melancolía. Surgía desde el silencio y la inmovilidad, como si un sonido difícil de precisar, y cuya importancia reclamaba una atención mayor, la susrajera súbitamente de la conversación *para llevarla a otro sitio*.

En estos instantes podía confundirse con la cervatilla¹ que, alertada por la proximidad del peligro (garras, colmillo,

1 Nota del compilador: pronto podrá observarse la analogía entre los términos «cervatilla», elegido por C.L., y el de «cabritilla», preferido por el dúo Fernando-La Flaca, con el que tropezaremos más tarde.

sangre, desde una espesura que acecha), pone de punta las orejitas y la nariz para inmovilizarse como piedra un segundo antes de desaparecer. La comparación cuadra y no cuadra, porque para ser exacta tendría que tratarse de una «cervatilla melancólica» y entonces... El telón cambiaba la escena: sonreía, guardaba esos silencios espléndidos... y hablaba. Entregaba, entonces, una bocanada sorprendente pero, sospechábamos enseguida, menor, de su talento. Menor por lo que anunciaba en los sótanos... y que ella dosificaba.

No obstante, la sabiduría sugerida no desatendía la modestia. Me había llamado en busca de consejos, o mejor, así dijo, de *contrastes* que la aconsejaran. La oí, en su curioso español que amalgamaba un acento divino y unos términos singulares de la cantera del castellano antiguo, hablarme sobre *el mal*.

—Estoy en el Alfa, con tu «ex», como sabes —dijo, llevándose la mano al pecho.

Y por allí la historia de que el locato de Fernando andaba por las fechas en una «recreación irreverente» del infierno del florentino, en la cual los contenidos canónicos —del canon católico, aclaró— que definen el bien y el mal desde los días de la *Comedia*, eran puestos de revés. Toda la tropa se encontraba estudiando al Dante, para las torceduras personales a la obra, según el estilo de trabajo del Alfa, como tú seguramente sabes, dijo (no debería estar tan segura, pensé). No se trataría de un texto demasiado pesado, añadió, con discusiones de ética desvinculadas del día a día humano (me lució una expresión tomada de Fernando, pero me ahorré el comentario), sino de escenas derivadas de la obra original, con guiños a los dramas cotidianos de la gente de aquí y de hoy, poco más o menos.

—No soy experta en Dante —le advertí: no quería crearle falsas expectativas ni defraudarla—. Lo he leído, como todos... e incluso alguno de sus simpáticos condenados me han ocupado al paso hace algún tiempo, pero para nada soy una experta.

(Recordé, a las calladitas, aquel seminario interno, casi íntimo, sobre las aristas díscolas de la ética y de la psicología, y sobre la manera como las unas y las otras cruzan sus miradas, que realizamos en los jardines de la Comunidad cuando todavía me hallaba en la balbuceante categoría de «paciente en introducción».)

No protestó, quiero decir Laura. Me aclaró que la línea danteana ya la tenía de alguna manera transitada —y aquí mencionó, a instancias mías, su formación teatral en Varsovia y su trabajo con las compañías nacionales—. Por el contrario, insistió, se trata más bien de las tradiciones *alternativas* sobre el mal, distintas a la danteana. Fue La Flaca.

—¿Perdón?

—Quiero decir que fue La Flaca quien me sugirió que conversara contigo —continuó—. También tu ex, pero sobre todo La Flaca.

¡Es inteligente y linda y sabia y simpática!... ¡Un ser humano mágico!, dijo ella que fueron los adjetivos con que La Flaca había aliñado su recomendación sobre mí. Me sonrojé como una adolescente. No por la opinión que La Flaca tuviese sobre mí —era de toda la vida y era recíproca— sino por estar escuchándola en terceras o cuartas bocas...

—¡Te ama, sin duda! —añadió, moviendo las manos de una manera extraña y dulce.

—¡Ah! No hay que exagerar —le expliqué—. Ya resulta más bien una costumbre... de años.

—Debe ser divino sentirse querida y admirada por alguien como ella. Es una mujer maravillosa.

Se hallaba en ese momento sirviéndome el café en la terracita y volcó la taza sobre la mesa. Me levanté a ayudarla.

—Si es la hora de las alabanzas mutuas —bromeé—, déjame decirte que estoy de acuerdo contigo.

Acerqué una butaca a la mesita para facilitar los arreglos y le comenté que, además, si del «mal» se trataba, La Flaca misma podía ofrecerle un muestrario de primera y en vivo.

—No hay un hueco de vida donde se aprecie de manera más dramática el impacto del mal humano que en la miseria de esos barrios donde ella hace su trabajo —le comenté—. Una labor difícil, cuesta arriba, de años.

Para mi sorpresa, no sólo sabía de qué le hablaba, había pasado ya de la información a la acción: me dio pormenores y me contó anécdotas.

—Bueno, sabes de qué te hablo —añadió—. La Flaca me contó que también trabajas en la Fundación.

Sentí que me daba en mi costado débil. Le fui sincera: trabajar era mucho decir. En verdad, la Comunidad terapéutica, la consulta, la investigación, la escritura del libro, Diego y la casa apenas me dejaban rendijas para dedicarme a otras cosas. A veces, se fijara, esas «otras cosas» llegaban hasta a incluirme, le confesé. Colaboraba, podía decirse, con la Fundación, para no fallarle del todo a La Flaca y para amortiguar la culpa de no entregarme más a un proyecto que me emocionaba... aunque te estaba alejando del punto, ¿no?

—Ése también es el punto —dijo—. Pero te invité para conocerte mejor, por supuesto, y para aprovecharme sin vergüenzas de ese «conocerte mejor» —rió, ¿me dejaba?

En síntesis, pude entender que esperaba de mí una conversación «relajada» a partir de tres líneas distintas y complementarias (cito palabras de ella, aunque en el contenido de esas tres líneas se dejaba ver el asesoramiento cómplice de La Flaca): a) mi reflexión sobre la teoría psicoanalítica; b) mi experiencia clínica —vidas paralelas, dijo, ¿trágicas?, dijo—; y c) probablemente lo más importante para mí, aclaró, tu experiencia personal, porque eso amalgama y explica los otros dos puntos.

¡Como quien dice, un *pousse café* para entonar la cena! Cada uno de estos puntos, como ella los llamaba, podía dar pie a un diálogo que se superpusiera a la vida. El tercero, en especial, llamó mi atención. No sólo porque en este caso se refería a *mi* vida, sino porque, sin anestesia y por el mismo boleto, se me pedía relacionarla con *el mal*.

Olí un guiño que partiendo de La Flaca, vía Laura, me invitaba a jugar con algo que podía parecerme una trampa, pero que en el fondo no era más que un acertijo. Supongo que Laura se percató de mi reacción inicial porque, al tiempo que mordía una galleta, añadió:

—¡No te asustes, por favor! —y aquí se ahogó y tosió hasta enrojecer—. Mira qué te insinúo —a veces echaba mano de estas simpáticas construcciones—: de lo que se trata es de una conversación relajada, entre amigas, que se extenderá tanto como tú quieras... De ninguna manera te estoy pidiendo un tratado. ¡Aunque deseos no me falten!

Se lo agradecí. Me encantaba ella, pero con los tratados que me ocupaban por esos días ya tenía suficiente. Y le celebro ahora, aquí, en la sordina de mi mesa, ese gesto que —no puedo evitar pensarlo— debía estar aguas abajo de otra travesura de La Flaca: el atizarme a pensar «el mal» desde la experiencia vivida. De suyo, el problemita me iba a dar cabuya en las noches que siguieron. Pero ahora sólo quiero anotar la circunstancia añadida que varió el tono del intercambio y acarreó piezas que no habían aparecido hasta el momento, al menos no en la forma en que las movió el nuevo personaje. Me refiero al ingreso de Antonio en el íntimo paisaje nocturno de la terraza.

Es un lugar común el de que la conversación de los hombres en un bar, en el costado de una fiesta, cambia de raíz si aparece una mujer. Ignoro si la recíproca ha sido, con igual vehemencia, pasto para el chiste menor, pero la tradición podría iniciarse con parecido derecho. No importa que, como en aquel caso, se tratase del marido de una de ellas y del «amigo de (casi) toda la vida» de la otra: el resultado es parejo.

A Peraloca le ocurría, además, encarnar por desgracia al «amigo de siempre» que comenzaba a alejarse porque de alguna manera (tendré que detenerme en esto más adelante, cuando me sea dado) ya no era el que había sido. Ya sé que tonto, que nadie puede seguir siendo el que era veinte años

antes, yo misma lo anoté al comienzo. En mi defensa precisaré que existen metamorfosis hacia adentro y metamorfosis hacia afuera: son las segundas las que afectan a las lealtades. Eso era lo que, ¡cómo hubiera preferido estar equivocada!, sentía que había estado ocurriendo en Antonio en relación con nosotros.

La palabra «pérdida» acaso parezca drástica, pero no se me ocurre otra. Lo miraba y experimentaba la impresión de que la trama lejana, mágica casi, que en otro tiempo nos vinculara, se había rasgado. No creía que se tratara de un dilate, todos los antiguos conocidos se quejaban por lo bajo de lo mismo. Y no era que su simpatía epidérmica —las bromas, los juegos ingeniosos a los que nos acostumbrara— le hubiese sido escamoteada por virtud de un «trabajo montado» del tipo de los que Eudora practica. No, los ademanes y las sonrisas podían seguir allí: se trataba de un deslizamiento en capas más profundas —actitudes, valores, guión de vida, para decirlo con el tumbaíto profesional— que lo había llevado a distanciarse de nosotros, y a nosotros a aceptar ese distanciamiento como un hecho dado.

Y bueno, en lo que decía: de pronto, en medio de las tazas de café, las galletas, el requesón y la caída de la noche, hete allí que nuestro mutante Peraloca cumplía su epifanía. La misma chispa, idéntica mamadera, parecido raboteo huracanado de aquí pasa allá y de vuelta por ida, ahora en el parloteo, ahora en sus saltos físicos por el apartamento. Una erupción de energía que en él delataba, ya lo conocíamos, la mezcla de veinte ideas simultáneas batidas en un horno de alta presión.

A mí me abrazó, me besó, me celebró, me alzó con un anillo de oso. A Laura la derribó —no es metáfora— de la silla para acostarla en el piso de la terraza y dedicarle unos cuantos mordiscos donde sí y donde no: podíamos obsequiarle a la Sigmuncita aquí una experiencia voyerista gratuita, muñeca, para hacerla entrar de una buena vez en familia. Con lo que Laura, riendo y protestando, loco, dejaras, tranquilo estuvieras,

te comportaras. Yo, callada, mirando divertida. Y con el mismo impulso el Peraloca salía disparado, a las duchas se iba, derrotado, qué se hacía, de alguna manera se refrescaría, ingratas, nos dejaba él, aburridas que éramos, y luego lo oíríamos pegado al teléfono, llamada tras llamada, ansioso.

—Muchos compromisos, ¿no? —le pregunté a Laura.

—Demasiados, creo... Es un apasionado del trabajo: lo disfruta, se excita con el vértigo de los desafíos... y con el éxito.

El dato no me sorprendió: la sesera a punto, la imaginación loca y el riesgo suertudo ya eran rasgos de su inventario en la época de los pupitres dorados. El elemento añadido era, sin duda, el pragmatismo. A algunos les llega con la edad: el impulso inicial transfigurado en éxito económico, y el éxito económico, satisfechas las necesidades que le dieran impulso, transfigurado en motivo de su propio motivo.

Al cabo de una hora (cincuenta y nueve minutos de teléfono y uno de regadera, estimé) Peraloca regresó a nuestra conversación terraceada. Laura le recordó el tema del ping-pong que nos reunía, el mal, mi amor, ya lo hablamos anoche, ¿te olvidabas?

—¡El mal! ¡Ah, el mal! —payaseó.

—¿Se te ocurre algo, Peraloca? —lo reté, como si estuviéramos en una de las sesiones de la cofradía, veinte años antes.

Abrazó desde atrás a Laura que permanecía sentada, y me miró sin parpadear al tiempo que campaneaba un whisky:

—¿El Mal? —dijo, por fin—. No es más que otra variante del juego, y, creo, del placer... ¡Anótenlo!

Me sonreí del comentario. Pensé, claro, en El Marqués, pero en boca de Antonio la travesura exhibía otro piquete. Sólo que, de pronto, todo el cansancio del día se me hizo hueso de un envión. Me levanté para despedirme y

—Lo anotaré y lo pensaré, Peraloca, te lo prometo —los besé a ambos; nos llamábamos, quedé con Laura—... te lo prometo, como en los viejos tiempos.

No son los viejos tiempos, me dije al salir, recuerdo, pero igual me hice el propósito de meditarlo, aunque sólo fuese para celebrar el breve reencuentro en silencio.

2 (1975)

Si la pequeña historia de mi adaptación de la *Comedia florentina* se vio aderezada con los ingredientes que el talento de La Polaca aportara al fogón común de la tribu, la puesta en escena de mi segunda pieza nos iba a colocar, a pesar nuestro, en una zona del magma por completo distinta a las precedentes, por no decir en el corazón del magma mismo: fuimos procesados.

Nada nuevo en estos comederos, señor Torquemada. Pero es lo de siempre: nunca esperamos que nos suceda, hasta que nos sucede. Han transcurrido años desde entonces, pero todavía puedo recordar la sensación que me invadió a raíz de aquel aquelarre de payasos siniestros: no se trataba de indignación ni de ira (emociones nobles, dadas las circunstancias, que hicieron presa fácil de la mitad de la compañía), ni de abatimiento o depresión (que asolaron a la otra mitad). Era por el contrario una especie de extrañamiento generalizado, una sensación fétida de hallarme, de súbito, caminando en una ciudad por entero desconocida.

Fue un sentimiento no sólo desagradable sino torvo, que al inicio cobró la forma de un estupor que casi me paraliza y que, al parecer, representa una de las varillas del abanico de reacciones posibles que (según aseguraba Euclides Moreno, el abogado que se hizo cargo de nuestra defensa: una hipótesis que nunca verifiqué, pero que no parece insensata) el ser humano ha mostrado ante persecuciones y represiones a lo largo de una historia más bien densa en mierdadas de esa categoría. Por fortuna fue transitorio; me refiero al arrebato de

inercia. Una fugacidad de la que no estuvieron ajenos, para citar sólo dos de las caras de un prisma de opuestos, ni la indignación de Diego, cuyas ideas sobre la libertad podrían bastar para atizar las banderas de varias generaciones de esclavos, ni las sarcásticas bromas de La Sigmuncita, quien hizo de la pudibundez de los censores pasto para sus legendarios chistes sobre la represión.

No sé si ya he mencionado cuál fue la leña en la que estuvo modelada aquella pieza que iba a merecer tanta atención por parte de nuestros amigos de ese club de inquisidores que constituía la llamada «Liga por la Patria y la Salvación». *Noche de citas*, que así titulé al bodrio en cuestión, se podría encasillar dentro de la laxa categoría de «farsa trágica». Antonio, a quien le desagradaron tanto el texto como la puesta en escena, llegó a catalogarlo de chiste siniestro. Llamo la atención de ustedes sobre esta especie de oximoron que en aquellos días me resultara exagerado, para que tomen la previsión de asignarle un lugar en sus bolsos y puedan luego frotarlo a capricho contra el pedernal de los hechos que, apenas unos meses más tarde, aunque en otro orden de cosas, nos tocaría vivir: también un oximoron puede desplegarse en profecía; también Peraloca en vidente.

El argumento rotaba en torno a (por favor, sean benévolos) la búsqueda de la felicidad. O mejor, para citar las declaraciones periodísticas con que Ferrini abrió fuegos en la promoción, la «ardua búsqueda de la felicidad en un universo hostil que no sólo la impide, sino que, incluso, la desconoce». Antes de que cierren la página, asqueados por la obviedad, permítanme recordarles que se trata de una cita, justamente, de Ferrini, lo que explica parte del simplismo —que no nos oiga, cómplices de párrafo, o nos quedaríamos sin director, y entonces, ¿cómo haríamos para proseguir con la novela y con la vida?— y, por añadidura, de un Ferrini sometido a la desafortada tensión del estreno, lo que acaso permita explicar el resto. El propio Diego, a quien correspondió en su habitual

ejercicio de mata-tigres en la página de arte el reseñar la rueda de prensa en cuestión, se encargó de advertir al final de la nota que si bien esa frase permitía compendiar (¿o dijo comprimir?) la fábula que subyacía al montaje, podía así mismo aplicarse, con idéntica propiedad, a todas las historias de todos los tiempos desde el primer balbuceo gutural hasta la nuez de aquella conversación. La ardua búsqueda, sí, remataba, «... y su consecución. Y su pérdida».

Retórico, quizás, pero no inexacto.

En lo que a mí respecta, el germen más lejano de la anécdota se me ofreció desde el primer instante bajo el contorno de una imagen: la de un bar-restaurante que alguna vez había entrevisto en el malecón que separa a Ciudad Bolívar de ese escandaloso mar de dos orillas que es el Orinoco, en la irreal visión de la infancia. Los hechos teatralizados, sin embargo, no se asentaban en Ciudad Bolívar sino en alguna zona más o menos resbaladiza de Caracas; y no en mi infancia sino a comienzos de los años setenta. Personajes y situaciones, por su parte, provenían previsiblemente de los pliegues ásperos y azules de la noche urbana, que mi cuerpo había saqueado aquí y allá y aquí a su aire y a su ritmo, en mis propios días y en los días ajenos de mis amigos. A horcajadas en esta ola, durante unas semanas me deslicé hacia la costumbre —algo tremendista, lo admito— de considerar la pieza como «no otra cosa que un homenaje modesto a esa portentosa institución donde la noche conoce a los desconocidos». Ciertamente, para el montaje de los tres actos de la pieza, el escenario fue mutado en restaurante. En un restaurante que pasaba por café y también por bar, con tablas levitantes a la orden de la tramoya, en el centro y en los costados, para alojar a los *pas de deux* hacia el pasado y hacia los porvenires posibles que la estructura de la obra requería. Para los que disfrutaban con los detalles de la retórica teatral, comentaré que así como *Voces...* planteaba una interrogante sobre la gravitación del sueño en la vida que se sueña, así *Noche de citas* jugaba con la

manera como el fluir de nuestro presente parece modificar, acaso drásticamente, nuestro pasado.

Olvidenlo.

Retomemos la cuerda: ¿qué nos dicen los hechos? ¿Cuáles eran las supuestas aberraciones que, conforme a la cabrona óptica de la «Liga por la Patria y la Salvación» —ojo: caligrafiadas así: con «p» y «s» mayúsculas— infectaban el «mensaje» de la obra, y, por extensión, amenazaban con carcomer el alma y las vísceras de los ciudadanos, la familia, la patria y el vasto cosmos, en ese puntual y fatídico orden? El libelo alcanzó a enarbolar hasta tres causales, que integraban un «único proceso tripartito» (!), cuya enumeración podría bastar para proporcionarnos una maqueta del racimo de valores que constituían la armazón *visible* de la Liga de marrras. En cuanto a la *invisible*, lo dejo a nuestro buen olfato de experimentados perdigueros.

Paso de seguidas a vaciar la minuta:

Primero, un beso lésbico.

Segundo, el acto de defecación cumplido por un general de división en el jardín de entrada al bar-restaurante ficticio.

Tercero, el monólogo discurseado por un cliente del local ficticio en estado de intoxicación por drogas.

Los cargos originados fueron, respectivamente (cito de memoria, ustedes practicarán la traducción a la jerga jurídica): ofensa calificada y continua a la moral y a las buenas costumbres (el beso); ofensa calificada y continua a la majestad de la institución castrense (la defecación militarizada); e instigación calificada y continua a la comisión de delito (el discursito del drogado).

La impugnación de esta inefable retahíla de necesidades conoció dos momentos, disímiles y, en cierta manera, complementarios. El primero de ellos se materializó en la arena de nuestra *troupe*, que para la ocasión drenó una buena muestra del universo de íncubos y deidades menores y tenebrosas con que hombres y mujeres han figurado su ira desde los días

del balbuceo primordial. La panoplia fue completa: desde la parodia humillante hasta la quema en efigie del presidente de la «Liga por la Patria y la Salvación», y los panfletos biliares, con los que acostumbrábamos cerrar estos ejercicios espirituales. Realizamos, a la par, seminarios sobre el tóxico, practicamos sesiones de derecho comparado, recreamos casos notables (incluido Bertolucci, quien, por aquellos días recibía su tajada en el juicio que se incoaba contra su *Último tango...*), amolamos argumentos.

Por el contrario, lo que podríamos llamar «el segundo momento» (que, a pesar del título, se desplegó en una cinta temporal sobrepuesta a la primera) no fue otra cosa que un pantanal a cuya travesía —moteada de legajos, bufetes y fallos aguardados— le calza el dudoso honor de haber sido ubicada en la casilla más elevada de mi mierdómetro personal.

[Clic. La puerta se abre. Las tres siluetas, todavía borradas por la penumbra, se mueven sobre el resplandor opaco que proviene de la sala. Clic. Una de las seis manos ha encendido la lámpara y ahora es posible entrever, aunque afantasmados, los cuerpos —dos mujeres, un hombre— que caminan abrazados hacia la cama. Clic. Sólo la piel habla en el momento en que, sentada al borde del lecho, la primera mujer parece cerrar los párpados mientras la segunda mujer se aproxima.]

No sé si fue Diego (si no lo fue, debería serlo: le ajustaría bien) quien por esos días, tal vez en una cualquiera de aquellas agitadas sesiones de grupo que comenzaban en la sede del teatro y que con frecuencia se proyectaban hacia las terrazas de los cafés o hacia los líquidos taburetes de las barras, citando quizás a un tal por cual, comentó que su mayor limitación en el mercado convencional del trabajo (*sic*) eran, tal vez, los sobrehumanos esfuerzos que debía ejercer para evitar «estallar en carcajadas cada vez que le correspondía la oportunidad de

escuchar o de dictar una orden». No se trataba, decía, de una actitud asumida tras una larga reflexión sobre las relaciones convencionales de poder, o de alguna otra ejercitación semejante. Por el contrario, podía verse a sí mismo en la infancia distante respondiendo de igual manera ante circunstancias parecidas, al modo de una disposición reactiva inscrita en su herencia por una mutación indócil.

No participo de esa virtud con la intensidad con que El Cronista parece haberla vivido, pero podría aseverar que compartí sus beneficios durante el tiempo en que nos vimos sometidos a aquella bufonada tropical.

No rescataré para ustedes los pormenores «procedimentales» del caso. Les ahorraré la campaña previa que se acometió en la prensa, financiada y/o propulsada por nuestra apreciada Liga. Y el legajo de la acusación. Y la presencia del juez en los lamederos de las tablas (arte con respecto al cual su ignorancia no podía ser más densa). Y la suspensión de las funciones y el proceso judicial y la comparecencia de los testigos y de los expertos e, incluso, les ahorraré los matices de la sentencia (que, como dije, al cabo nos fue favorable). Lo contrario sería colocarlos, tal como en mi momento yo me sentí colocado, en el centro de una ordalía imposible de destrenzar, victimados por las torturas de una bruja (o de un brujo travestido en bruja) en el clímax de su arrebató de posesión. Por lo demás, este vaya y venga a ritmo de salsa antillana apenas representó el costado público de aquella farsa de foro romano venido a menos, el más soslayable desde la perspectiva de la anécdota más bien privada que prometí relatarles unas páginas atrás.

3

(Diario de Carmen Luisa, 1975)

Antier en casa de don Manuel, atracón de cocido, postres y riojano en la locura magna de su cronología personal: el catorce

de abril. El viejo quería celebrar la fecha republicana como acostumbraba, me advirtió Diego: el año pasado, ¿recordaba yo?, la fiesta lo había pescado en cama, con aquel virus de brinquito que también se había acariñado con nosotros. ¡Qué personaje de lujo este suegro que me ha tocado en suerte! De una pieza, indoblegable, como él mismo suele blasonar en la sobremesa. Los cuentos de la guerra civil fueron, por supuesto, los rieles sobre los cuales la tarde, con un extraño ritmo de canción antigua, se deslizó.

Alguien bienintencionado, tal vez algún amigo de los que cae por los almuerzos largos, tal vez Diego mismo, debió comentarle hace poco sobre mis escarceos en los años clandestinos. Eso bastó para que, desde el pitazo inicial, ¡qué portento esta majita que te estabas gastando, Diego, hijo suyo!, ¡y más rojilla que la propia Pasionaria, por lo que se echaba de ver! Ante lo cual, Diego, aprovechándole algún cabeceo de sobremesa, no me hiciera ilusiones, me susurraba por lo bajo, lo mismo le decía a todas aquel cascarrabias echador de perros.

—En serio —agregaba—. Para muestra un botón: Verónica —y picaba el ojo: no me agriara yo, cariño, pero con la Verónica también le habían dado esas tocoqueras nostálgicas.

Ya tenía yo alguna telita que cortar de Verónica, la inefable «Fierrecilla» de la renovación en el *campus* del 70, Cronista *dixit*.

—Tal vez algo tenga que ver el asunto con la calidad de las muestras —le mamaba yo—. ... De ambas, por supuesto.

—Afinidades erráticas, más bien —protestaba—. Me equivoco siempre hacia el mismo tumbado. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Soy pasto fácil para las ñangaritas!

Y apenas le alcanzaba el intermedio robado al padre para cerrar la broma, porque ya don Manuel se vuelve hacia nosotros que también a mamá, a doña Rosario, la traía yo de un ala. Algo que era cierto, y en verdad es doña Rosario quien ahora, antier, se me acerca, cortada de la canilla de pan en la cocina, disposición de los quesos, le recordara, maja, que

tenía algo que mostrarme después de los trastos, me lo agradecía, porque aquella cabeza suya como que ya estaba de ida. Pero no, fue ella quien luego recordó el pequeño misterio y, fregada concluida, me arrastró deslizándome a su lado hacia el rincón de los papeles amarillos, apuntó, hacia el arca de los secretos que ya no lo son, ji, ji, ¿me daba cuenta?, o que ya no *deberían* serlo.

El arca en cuestión resultó una suerte de baúl blindado que hubiese confundido con el mío de no ser por las cicatrices y el uso-abusado que éste mostraba, diríase que con orgullo, a pesar de la prolongada historia que mi propio cajón sobrelleva. De haber tenido la oportunidad, me habría quedado hasta el siguiente amanecer jugando con aquella caja de Pandora. ¡Qué prodigio! Desde el levante de tapa, como si se tratase de la chistera de un ilusionista, de aquí y de allá comenzaron a saltar objetos y papeles desleídos, cada uno más portentoso que el anterior.

Tres circunstancias me dieron en el pecho hasta cortarme el aliento. Primero, la persistencia casi irreal de aquellos *souvenirs* que sobrevivieran a episodios que, no hay que decirlo, habrían acabado de un tajo con cualquier otro tesoro menos sagrado o más pueril. Luego, el sahumero alucinante de tiempo trágico que se desprendía de aquella bóveda, humildísima por contraste. Y, en fin, el comentario —mítico, ¿qué otra palabra?— con el que la vestal sin edad en la que doña Rosario se había transmutado acompañaba cada nueva revelación.

Había para todos los gustos —los buenos— en ese portentoso cajón de sastre. Por el momento, sólo dejaré registro de la foto de una ceremonia que me tumbó, de la anécdota que la sostuvo y del objeto-fetiché que, ahora convertido en regalo, cerró el arco del día.

El arco se inició con una cartulina amarillenta, salpicada de manchas verduscas hacia las esquinas, de cuyo plano flotó una escena sepia que, ilegible al comienzo, fue dibujando

siluetas sin nombre que en la medida de la mirada terminaron por configurar el cuadro de un grupo pintoresco congregado sin duda por una celebración especialísima. ¿Una boda? ¿Una graduación? ¿El nacimiento de un niño?

—Es de la tarde en la que me casé con Manuel —dijo doña Rosario—. Ésta soy yo, aquí está Manuel... los otros son militantes del comité zonal del PSUC.

El grupo reunía más de doce personas. Casi todos, incluso las mujeres, llevaban la cabeza cubierta por una boina, vestían una suerte de mono oscuro y calzaban alpargatas. Don Manuel y doña Rosario, los contrayentes, casi adolescentes a la fecha, constituyen la excepción. Ella lleva vestido largo y zapatos bajos, la cabellera suelta, adornada con una cinta que la corona justo en la línea donde termina la frente. Él viste uniforme de campaña, botas y gorra de visera corta; todos miran a la cámara con el puño izquierdo en alto.

—Fue en Barcelona, en el treinta y siete. El mono azul era la ropa de uso diario en la zona republicana. Lo usábamos todos, incluso los que no eran obreros, para manifestar la simpatía por la causa. Igual que la alpargata... y la boina, que había desplazado por completo al sombrero.

—¿Y don Manuel?

—Manuel se iba al frente al día siguiente. Había estado medido en la refriega desde el comienzo, pero este era su primer uniforme. Era de verlo... guapísimo con su traje de miliciano —retiró la foto para verla mejor, por un momento temí que rompiese a llorar.

—No hay curas por ningún lado, por supuesto... ni funcionarios. ¿Quién celebró la ceremonia?

Doña Rosario se soltó a reír y me tomó la mano.

—¡Ay, mi niña, eran otros tiempos! Decir ceremonia es decir mucho... nos casó el secretario político del sindicato gráfico.

—¿Un secretario sindical? ¿Tenía fuero para hacerlo?

—El gobierno republicano aceptaba como válidos los matrimonios celebrados por autoridades sindicales o políticas desde la fecha del alzamiento fascista, julio del 36.

—¡Fabuloso! ¡Sin duda eran otros tiempos!

(Nota: ojillo, C.L.: no olvidar para el libro *La mujer en la España republicana 36-39*. ¡Ese baúl se las trae!)

Una llamada del suegro, quien no daba con el sacacorchos en ningún rincón de aquella casa, ¡hostias!, llevó a doña Rosario a la cocina. Me detuve a contemplar la foto al detalle. Llamó mi atención una mujer delgada, frágil, que sostenía un libro. Se hallaba a la izquierda de los novios y, a causa de algún pormenor que se me escapaba (¿la mirada? ¿la pose?) daba la extraña impresión de no pertenecer al grupo o de estar sobreañadida a la foto. Le pregunté a doña Rosario tan pronto regresó.

—Fue la madrina de la boda... y éste de acá —señaló a un hombre alto de cejas espesas— fue el padrino.

—¡Esto está de palco! ¡Ni curas ni jueces, pero sí padrinos!

Doña Rosario sonrió, me ofreció el pedazo de pastel que le quedaba, ¡estaba hasta aquí, maja, te lo comieras tú!, y se echó hacia atrás para descansar contra la pared.

—Fue una gentileza nuestra. Ellos venían de Francia. Recuerdo que viajaban junto con Neruda, el poeta, tú sabes. Estaban ya camino de regreso a París. Ella se encaprichó en apadrinarnos.

—Se le ve un rostro... —no encontré la palabra—. ¿Eran franceses?

Doña Rosario vaciló.

—Espera un momento... La foto tenía un papel anexo que le habíamos prendido justo para no olvidar algunos detalles de la ocasión, sobre todo los datos de los padrinos, que eran para nosotros unos desconocidos.

Doña Rosario hurgó en el baúl cerca del rincón de donde había sacado la foto. La foto mostraba, hacia una esquina,

una huella larga y delgada: ¿un clip, una grapa, un alfiler incluso?

—¡*Voilà!*— chilló de pronto, al tiempo que flameaba en alto la pieza de papel como si se tratara de un trofeo de caza, y me la tendía.

El fragmento, rasgado en los bordes y tan desleído como los otros, daba en verdad noticias de la ocasión, y, sobre todo, de los padrinos.

—Él era político... ella escritora o periodista o algo así —comentaba doña Rosario mientras yo intentaba descifrar aquellos garabatos borrosos que nos encontraban desde el pasado.

No la oí. A medida que avanzaba en las notas, un estupor que cobró primero la forma de la sorpresa y luego la del aturdimiento me fue arrojando. ¡No lo podía creer! ¡Era ella! La mención que doña Rosario había hecho de Neruda, y cierto guiño familiar que me alcanzara desde aquel rostro pálido de la fotografía, ya me habían puesto en alerta... ¡pero no para esto! ¡La heroína perdida, rescatada por los sesenta! ¡La diosa mítica! ¿Cuándo la leí por primera vez y qué leí? Las entrevistas, claro. Y las noticias que hablaban de la escritora irreverente, execrada por el sistema, que el movimiento contracultural, los *outsiders* de toda Norteamérica y el nuevo feminismo habían recobrado para encumbrarla al podio de «lideranza de la imaginación emergente». Desde todas las esquinas de USA, se decía, los jóvenes acudían en peregrinaje a Los Ángeles, en procura de una palabra, de un *souvenir*, de un mínimo contacto que les permitiese desembarazarse del temor de que el cuerpo legendario no correspondiera a ser real alguno y resultase, en cambio, una silueta insubsistente, mera creación de aquella alucinación colectiva, hambrienta de iconos.

Luego vinieron los libros. Novelas y ensayos al comienzo, a los que buscábamos y devorábamos con el mismo fervor que los peregrinos californianos de la paz y de la flor inver-

tían en encontrarla a ella. Y luego, la revelación: sus diarios, la maravilla de aquellas páginas que comenzaban a llegar-nos, lo sabíamos, fragmentarias, mutiladas, incompletas, lo que no impedía que aprendiéramos de ellas como del desgarramiento absoluto.

—Hablaba varios idiomas, incluso el español, y tenía familia en Barcelona, por parte de su padre. Allí debe decirse algo de eso... —continuaba doña Rosario.

Pero en mí, el ojo, activo, opacaba al oído: casi no la escuchaba.

—Él se llamaba Gonzalo Moro, o Moré. Era, creo, peruano... y ocupaba un lugar importante en el Partido Comunista de América...

Recuerdo que a los diarios, los ensayos y las entrevistas, no sólo los leíamos, los debatíamos con los amigos en los cafés y en los encuentros de la cofradía. ¡Una inteligencia en estado de expansión permanente, que los años no parecían haber erosionado! En el papel, al final del texto, se hacía mención de un regalo.

—¿Qué es esto? —le pregunté—. ¿Les dieron un regalo como padrinos?

—Sí... ¡tan bella! Se quitó su par de zarcillos, me abrió la mano, los colocó en la palma y me cerró la mano. Me parece estar viéndola. Y bueno..., el libro.

—¿El libro? ¿Te dio un libro también?

—Debe estar por aquí, en algún lado —recomenzó la búsqueda en el caos del baúl—. Un libro, una novela, con dedicatoria y todo...

—¿Un libro de ella? Quiero decir, ¿escrito por ella?

—Por supuesto, escrito por ella... Lo malo es que está escrito en inglés... Nunca pude aprender el inglés como para leer una novela, pero igual se agradece, ¿no?

Entonces lo vi: cerca de la bisagra, sin carátula pero con la portadilla intacta y una dedicatoria debajo del título. No pude dominar el impulso de tomarlo y, en el mismo envión,

acariñármelo en el pecho. Me hundí por un momento en la lectura. Cuando me recobré, doña Rosario, a quien no recordaba haber visto salir, regresaba de la sala.

—Es tuyo, majita —me dijo—. Ya lo hablé con Manuel... y está encantado.

No le dije nada... no pude. En lugar de eso, la apurruñé y le sellé el cachetito con un beso. Ahora el volumen reposa, como un tótem, sobre mi mesa. Lo toco, lo hojeo, lo reviso. En la portadilla, debajo del título —*House of incest*—, las letras caligrafiadas declaran: «Para la camarada Rosario (en la Barcelona encendida con la llamarada de la República), este improvisado regalo de una desconocida que ya quisiera para sí la pasión espléndida que estalla en sus ojos».

Y luego la firma, sólida y femenina a un tiempo: Anaïs Nin.

4 (1975)

Antonio se puso de pie, caminó hasta el ventanal panorámico y niveló las láminas de la micropersiana. Un gesto que bastaba para desplegarle, incesante y lejano, su paisaje favorito: el valle visto desde la perspectiva de la torre: yacente, como la película muda de un enorme animal al que se adivina despierto sólo por los pulsos mínimos de una garra o por el repentino movimiento del ojo que, dormido, revela su latido. Aquel damero al que dominaba a través del vidrio ahumado, elevadísimo, de la oficina, lo sosegaba como pocas experiencias que conociera.

¿Disfrute estético? No le gustaba la expresión, pero quizás, sí, hubiese algo de placer «a mero ojo» de aquella maqueta babilónica, dividida por el río de marrón sucio y sitiada al norte por la montaña vegetal. Pero puesto a definirse, su goce era, sobre todo, imaginario: jugaba a figurarse los fracasos, los encuentros, las alegrías simples y los horrores

posibles, a partir de los minúsculos puntos materializados a la distancia y, lo más espléndido, anónimos. No para narrarlos, como hacía El Llanero en su teatro; ni para alquimizarlos en ensayos de clínica psiquiátrica, como la bruja de Carmen Luisa; ni, ¡uf!, para hacerlos pasto de crónica menor, como acostumbraba el bolsa de Diego.

No. Él, a secas, jugaba.

Imaginaba los pequeños parpadeos de vida en la cuadrícula lejana... y jugaba. Que aquello luego resultara en la captación de un instante afortunado de la comedia diaria o en la prolongación de una escena única en su carácter doméstico que, tocado por su talento, se transformara en una cuenta corporativa de millones... era otro asunto. A menudo se preguntaba cómo era posible que le pagaran por jugar, o por virtualizar en imágenes figuras que, en el minuto previo, no eran para él otra cosa que títeres trastabillantes. Lo que en primer lugar le apasionaba de la publicidad, se decía, no era el dinero que le permitía amasar, sino el que pudiera amasarlo poniendo en práctica lo que toda su vida había hecho, imaginar juegos... y jugarlos.

Allí estaba la respuesta que le había dado a Fernando: ni por un minuto lo ofendieras pensando que se iba a negar, ¡aqueello corría de gratis y con todos los hierros, panadería! Claro que aquí mediaba la amistad sin peros con El Llanero: lealtades como se debía, de veinte años ya, afectos mutuos donde el único problema había sido el de determinar la primacía del talento. Una pendejada, como anotara desde siempre La Sigmuncita, una pendejada misteriosa: la inteligencia, sus piques, sus tipos. Todavía le parecía oírle en el corredor que miraba al solar del fondo, en su propio nicho de infancia, pontificando, tendida en los domingos de la adolescencia.

¿Cabía alguna duda de que el tiempo le había dado la razón? Si la hubiese, allí estaban las vidas de Fernando, por una parte, y la de él, por la otra, para refutarlo. Difícil imaginar dos naturalezas —él prefería llamarlas así— más diferentes

en su proximidad que la de El Llanero y la suya... Ambos ideaban, creaban, hilvanaban, exponían: una parecida fantasía en proceso que sin embargo cristalizaba en productos contrapuestos y daba lugar a situaciones de comunicación distintas (la cuña publicitaria en su caso; la escena teatral en el de Fernando), y a resonancias pragmáticas distantes (el producto comercial de consumo masivo, en su caso; la obra artística de demanda limitada, en el del Llanero). Y luego el resultado pecuniario; allí se bifurcaban los senderos, que conducían a la «cornucopia de la abundancia» o a la «faltriquera vacía» —mamaderas de la Sigmuncita—, respectivamente.

No se trataba de que Fernando y La Flaca estuviesen en la indigencia, pero con frecuencia se había sorprendido en el acto insólito de imaginarse ayudándolos desde el anonimato. O en el más sensato de ofrecerles trabajo: podía contar por docenas las veces que invitara a El Llanero a unirse a alguna de sus compañías: el sueldo que quisieras, pana, hermano... y acciones, con el arsenal que almacenabas en esa sesera, a la vuelta de unos meses, ¡qué decía meses, semanas decía! Ibas a convertirte en su socio... ¡Cuidadito si no en presidente de la corporación! Era una cuestión de segundos, caballo, una decisión, un sí, zás. ¿Cómo respondía El Llanero? Con evasivas al principio, con chistes, pero a la medida del tiempo se fue volviendo... ¿fundamentalista?, al punto de hacerle sentir, sin perder ni el humor ni la sintaxis, que sus ofertas lo ofendían. Y si era con La Flaca, ni lo intentaba, así de portentoso e inequívoco había sido siempre el muro de negativas. Incomprensible. Respetable pero incomprensible. ¿En nombre de qué valores podía sostenerse una decisión así? A él se le escapaban. Sobre todo porque con una aceptación de tiempo parcial a su ofrecimiento, la vida de aquellos testarudos sería, del todo, otra.

A veces, poniendo de patas a cabeza el sentido en el que fluían los argumentos y los sobreentendidos, había llegado, esta vez él, a sentirse ofendido por aquellos rechazos: un buen

día los iba a ver venir con las narices tapadas para el abrazo o el apretón de manos. ¿Apeataban él o su oficio? Por fortuna, estos ataques de paranoia —como correspondía a alguien que, Sigmuncita *dixit*, ostentaba el galardón de la *asertividad*— no pasaban de brotes fugacísimos. ¿Podía pensarse entonces en algo más natural que su alborozo cuando fuera la propia voz de Fernando, al teléfono, la que le abriera la oportunidad de echarle una mano?

—A los muy cabrones les ha dado por obsesionarse con la obra —le había dicho El Llanero—... quieren llevarla al banquillo, caballo, prohibirla.

—¡Qué vaina tan increíble, Llanero! —le había apoyado él. El medioevo en tiempos de *microchip*.

—No los conoces. Si por ellos fuese, lo propio sería quemar el teatro, con actores y aperos dentro.

El hombro que El Llanero le había requerido era simple: el diseño de una campaña para hacerle contrapeso a la que ya iniciaran los cruzados de la «moralidad». Para él constituyó una decisión instantánea: no sólo porque mediaba la amistad de Fernando sino porque el propósito mismo de la respuesta que El Llanero deseaba le movía las vísceras de manera especial. Si existía algo más falso que la pacatería individual, se había dicho siempre, había que buscarlo en las raíces de la censura institucionalizada. Jugador por ser y quehacer, aquella persecución lo ubicaba instintivamente al lado del gesto libre y en contra de aquella jauría de inquisidores cuyas máscaras, con toda seguridad, no soportaban la mínima sopladita: se los figuraba ceñudos, en procesión encorsetada, incapaces de condescender a la risa o al juego o al simple acto de vivir: sus opuestos, en síntesis.

La propia tarde en que Fernando lo llamó, Laura se le había metido en la seducción vespertina para apoyar las preocupaciones de la *troupe*. Ella misma, cariño, no tenía que decírtelo, se sentía en el corazón de aquella propuesta, y él, que había asistido al estreno, no debía abrigar la menor duda

de la bufonada que pretendían aquellos... ¿cómo les decía El Llanero?... ¿cabrones? Sí, él recordaba la obra, menor en comparación con otras de Fernando, pero, en lo que al problema en cuestión se refería, podía considerarse tan «atentatoria a las buenas costumbres» como los autos sacramentales que ellos leían a coro en el Fray Luis de los cincuenta.

Se divirtió esa tarde, dejándose envolver por las garritas de Laura y adelantando con vinos y chistes y a dos voces las líneas maestras de la artillería que se veían enfilando contra las huestes enemigas... Se achisparon, aislaron a *Amenofis* en el lavadero, hicieron el amor sobre la alfombra de la sala apaisajados al fondo por una cortina de boleros donde colgaban Los Panchos junto a Sadel en medio de Toña La Negra (recordemos que La Polaca se había encaprichado con la manía de enriquecer su español a punta de bolerismo puro) y, una idea aquí una relajadita allá, a la vuelta de la cena ya contaban con un esbozo de proyecto, incompleto, es verdad, pero también prometedor y, sobre todo, viable.

Las piezas del rompecabezas provinieron en buena parte de su cantera —algo debía pesar la experiencia— pero no pocas, y quién sabe si las mejores, saltaron del pedernal de Laura. No lo dejemos pasar: también a La Polaca él le había lanzado sus anzuelos para atraerla al redil corporativo: la tenía a mano, la conocía, era su compañera, su socia natural.

—Tienes un talento de creativa publicitaria en estado virgen... un tesoro, muñeca —cuando, como quien no quiere, Laura le aliviaba un quebradero de cabeza, soltándole la idea maestra mientras se secaba el pelo o ejecutaba su rutina aeróbica—. Decídetete.

Pero tampoco Laura parecía muy entusiasmada con la posibilidad de cambiar las tablas del Alfa por una oficina alfombrada en la torre de la compañía. Con el dinero que él traía ya era suficiente, le decía ella, ¿para qué más? Ellos no necesitaban más, le recordaba, ni ella ni tú, cariñito suyo, *honey*, te dieras cuenta, *sweetie* (el inglés había sido la lengua del fle-

chazo y del amor inicial, las palabras a las que ella echaba mano cuando quería persuadirlo por *knock-out* o coquetearle en la nostalgia). Con estas armas en su contra él pronto dejó de insistirle, a lo que ella, para premiar su comprensión, respondió con el hábito de susurrarle «datos locos» por encima del hombro cuando lo veía trabado en el cierre de una cuña, de un *slogan*, de una frase, de un *jingle*, de un logo, ¡que a todo le entraba!

—Terminaste saliéndote con la tuya, mounstrico —murmuraba ella, al tiempo de morderle la oreja desde atrás, él sentado a la mesa de trabajo—. Ahora tienes tu «gerente creativo» a mano, sitiada en la sala y, lo mejor, ¡sin que te cueste un centavo!

Él, que desde el primer encuentro en Londres, años atrás, la sorprendiera con un regalo «chiflado» cada 17 de mes —¡la fecha del diciembre providencial!, ¡el número de su epifanía en la isla neblinosa!, declaraba él—, la miraba y golpeaba a nudillos contra la madera imaginaria y

—¿Estás segura? —le bromeaba, ¿echábamos algunas cuentas?

Bromas, sí, porque Laura prestaba una desatención metódica hacia todo lo que oliera a cuentas y a balances. Él proveía a manos llenas y ella gastaba sin percatarse mucho de cuánto y en qué. No porque fuese dispendiosa sino por la relación curiosa, indolente, que mantenía con el dinero. Se utilizaba lo que hubiese, parecía pensar; y él estaba seguro de que si las arcas estuviesen vacías, ella tampoco se quejaría.

Regresó a la silla frente al escritorio y llamó a la secretaria por el intercomunicador. El sobre reposaba en la mesa lateral. Minutos antes había practicado la revisión final de las ideas para la «campana contra la compañía» del club de inquisidores. El medio contemplado en primer lugar era el impreso y las líneas básicas del contraataque incluirían entrevistas y, sobre todo, artículos. Era cuestión de establecer los contactos. Y en esta materia, la de escritores potenciales opuestos

a la censura. El Llanero debía tener una cantera a mano, comenzando por el gran carajo de Diego, que así podría tener la oportunidad de poner su tecleo al servicio de algo útil por primera vez en su vida. Esperaba no tener que tropezárselo en el entretanto, pero si fuera inevitable —sonrió— siempre quedaba el recurso del pañuelo a nariz.

Tomó la esquelita que había terminado de escribir para Fernando y la introdujo en el sobre antes de entregarle el paquete a la secretaria. El texto decía: «Grande y querido pana: No deje que los inquisidores le enfríen el guarapo. Recuerde: el universo es un paisaje desnudo al que la estupidez se empeña en dañar. ¡Forza! Un fuerte abrazo, Antonio».

5 (1976)

Uno de los efectos que la acometida judicial de la Liga provocó en las bisagras de nuestra compañía, fue el de reforzar ese nudo solidario que a los estudiosos de los funcionamientos sociales les ha dado por llamar «espíritu de grupo». Mirándonos en el espejo interno nos reconocíamos en nuestra emergencia y en nuestra mutua dependencia, y con un abrazo en cadeneta que podía comenzar en Ferrini y terminar abrochando en misia Tomasa, la andina cascarrabias y mandona que nos aseaba la cueva, pasando por musicalizadores y actrices, nos apretujábamos para darnos ánimos los unos contra los otros. A veces, sin embargo, la cadeneta se fraccionaba temporalmente, ¿acaso para lubricarse por eslabones? Así se constituían díadas, tríos o cuartetos de cómplices rotativos que con frecuencia derivaban del pequeño anfiteatro de la compañía hacia los cafés, las barras de la bohemia o las deliciosas cenas de apartamento, improvisadas y húmedas. En silencio o no, se recrearon amistades, se limaron separaciones, se realinearon parejas en un movimiento coreográfico.

fico que, aunque desplegándose frente a nosotros, cumplía sus desplazamientos con una eficiencia tan... natural, que finalizaba por volvérsenos intangible. Diríase un mecanismo de enlaces y desenlaces que engranaba y desengranaba sus minúsculas ruedas dentadas sin preavisos y sin estridencias. En esa molienda inocua en apariencia ingresamos, con mayor o menor entrega, todos. Me gustaría poder decir que quien les narra encarnó la excepción, pero no fue así.

Todo comenzó aquel viernes por la noche.

Nuestra acostumbrada reunión en las catacumbas del teatro había sido inusualmente alegre: Euclides, el abogado de la causa, en una de esas intervenciones vertiginosas a las que nos había acostumbrado (a su lado, el conejo de Carrol resultaba un personaje paciente y sosegado), nos puso en autos sobre la marcha del proceso: informaciones procedentes de «fuentes fidedignas» señalaban que, en días, a menos que ocurriera un milagro contra natura, podríamos colgar el fallo favorable en el mismo muro donde exhibíamos nuestros trofeos de caza mayor. El estallido de aplausos y los gritos de ¡bravísimo! y de ¡bis bis! —las costuras del oficio son a veces inocultables— resonaron en el bullicio de la avenida Miranda, que se hallaba a 200 metros de nosotros. En su rol, nuestro picapleitos nos recordó que no se trataba de una conclusión oficial, para la cual, hablando con propiedad, aún debíamos aguardar algunas semanas: por tanto y en el entretanto, concluyó, él nos aconsejaba inhibirnos de celebraciones a destiempo (rechifla), mantener la champaña en la nevera (rechifla y abucheo) y, sobre todo, conservar *in pectore* aquella noticia que aún tenía el rango de rumor (rechifla, abucheo y pitos generalizados coronados por otro cerrado aplauso).

Supongo que no hace falta decirlo: no le prestamos el menor caso. La finalización de la prolongada incertidumbre nos provocó en primer lugar una exaltación casi refleja, luego

un alivio balsámico y por último una felicidad loca cuya declaración (ignoro si alguna vez ustedes han sido relevados de una persecución: es una experiencia que recrea con asombrosa similitud la del orgasmo), nada, ni siquiera la tentativa de persuasión por parte de nuestro leguleyo, podía inhibir. A horcajadas en la tabla de *surfing*, en equilibrio inestable sobre la cresta de aquella ola espléndida, decidimos entregarnos al tiempo de la noche. Eso fue, puntualmente, lo que hicimos. Una vez cumplido el ritual grupal, durante el cual destapamos tal vez no la champaña que temiera nuestro pica-pleitos pero sí ciertas cervezas al brinco y cierta extraviada botella de vino chileno, nos dejamos arrebatarse (en este caso el plural significaba La Flaca, La Polaca y este maestro de ceremonias) hacia un vórtice lunar y aéreo que, aunque entonces lo ignoráramos, iba a arrojarnos para siempre de las fronteras de la vida que conocíamos.

Alcanzado este codo, estimo conveniente tomarme unos segundos para explicar la presencia de La Flaca en este carrusel teatral, puesto que, en esencia, y más allá de la circunstancia feliz de que fuese mi esposa, poco tenía que ver con él. Mi bienamada era, a su escala y en la dimensión del vaivén cotidiano, una especie de factótum. Su trabajo en la Fundación, los artículos destilados de la reflexión sobre su experiencia comunitaria, la niña y los innúmeros ajetreos de ese destino sin horario que se materializa en el nicho doméstico, le dejaban apenas una delgada rebanada de tiempo para ella y para su «ella conmigo». Por añadidura, mis días no sufrían un saqueo menos penoso que los suyos, con lo cual el arte de relojería que debíamos poner en práctica para hacer encajar las piezas de aquel rompecabezas de ocios compartidos se hacía doblemente arduo, y, por tanto, imprescindible por partida doble, si queríamos sobrevivir como pareja al alevoso asalto de la rutina.

Bárbara Carlota asistía durante el día a la guardería de la Fundación; por las noches, cuando la requeríamos, contábamos con la ayuda de una cuidadora y hasta madre, que para entonces apenas rebasaba los sesenta y vivía a cuadras de nosotros, se desvivía por disfrutar de la niña, «para ella sola», en algún fin de semana. Aun así, el partido requería de pulso en raciones parejas. De modo que a fin de mantener los cuerpos para reencontrarnos con liviana dicha en los momentos de ocio (y por lealtad a los principios de «respeto recíproco») acordamos que las órbitas de los respectivos trabajos serían elipses personales, no violables por el otro y de responsabilidad individual. Compartíamos y disfrutábamos las anécdotas cruzadas —que las había— e, incluso, en ocasiones drásticas y a petición mediante, nos ofrecíamos consejos en espejo, pero la norma en el día típico era la independencia y los territorios separados. A menos que las circunstancias instalaran a alguno de los dos en «el jardín de las amenazas que confluyen». Eso fue precisamente lo que nos ocurrió.

La conciencia de saberme víctima de una persecución «moralizante» había llevado a mi dama, por tropismo afín, a curiosear primero, y más tarde a participar con armas y pertrechos, en las discusiones catárticas de nuestra pandilla de teatreros, lo que permite entender su presencia en nuestra catacumba particular aquella noche. Así, a la hora de levantar la sesión, que en este caso significa el momento en que el alboroto drenó y se vaciaron las copas de aquel brindis improvisado, eran tres las siluetas humanas que a las puertas laterales del teatro, ya algo achispadas, aturcidas por el golpe del viento que «giraba en el cielo y cantaba», se daban a contemplar, arriba, la espléndida noche del trópico, mientras se preguntaban, abajo, sobre los caminos más propicios para derramar su avidez en la espléndida noche del trópico: La Flaca, La Polaca y el perplejo deambulador que yo estaba destinado a personificar en las horas que seguirían. Bajamos al estacionamiento, bromeamos con Pepe Neruda,

el vigilante nocturno, y enhebramos una pícaro mirada en trío. Ciertamente, los tres nos hallábamos en un especial estado de exaltación. En el caso de nuestra Laura los datos eran, sin embargo, algo más contradictorios. Del lado del sí, se podía contabilizar, aparte de la noticia con que el abogado nos sorprendiera, la circunstancia de su aniversario migratorio: aquel día se cumplían tres años desde su aterrizaje en las pistas costeñas de la «tierra de gracia». Del lado del no, la ausencia fortuita de Antonio, quien le prometiera conmemorar la fecha a su lado y cuyo vuelo de regreso desde Florida había sido pospuesto por una emergencia ciclónica sobre la península.

El resultado de la colocación de estas pesitas en los platillos opuestos de la balanza, podía medirse en la máscara de «payasita feliz con lágrimas» que, al margen de su voluntad se sobreimpusiera a su cara justo en el momento en que, habiendo subido al carro (insistió en arrellanarse en el asiento delantero entre La Flaca y yo) La Flaca y yo le preguntáramos, a una voz, con un registro que en el caso de mi ninfa eterna recordaba a una marcha infantil con tamborín incluido, dónde, por ventura, querida cómplice polonesa, dónde, nos dijera, elevaríamos la ceremonia de bienvenida, con qué oficiantes y brebajes, encendiendo qué fuegos de artificio, ordenara, por los dioses antiguos, que aquel rito de medianoche era enteramente suyo, canturreando ambos, cediéndonos la voz por turnos.

El español de Laura no era, todavía, perfecto, pero sabíamos que se había habituado a nuestras bufonadas y que condescendía con placer a ellas. Aquella noche no fue la excepción. Al tiempo que la mezcla de ritmos con que la arrullábamos se desplegabá, la mueca híbrida que le amargaba la expresión sin dejar de endulzarla dejaba paso al rostro de asombro y de vida desnuda a los que nos tenía acostumbrados en los momentos en que la sabíamos feliz. Y con toda seguridad lo era, quiero decir feliz. A pesar de los ojos ausentes por cuyas rendijas se sospechaba, sin llegar a oírse del todo, un quejido asordinado. Eran grietas repentinas que la ensom-

brecían por un momento y de las cuales reemergía aureolada por el mismo fuego blanco que un segundo antes parecía haberla secado.

—Tal vez se trate del sol antillano, cariño —bromeaba La Flaca, por ejemplo, en español—. . . Tú sabes, esta luz cenital, esta luz de cuchillo —miraba de reojo, remarcando el reojo, hacia Laura, para sellar la complicidad, y para comprobar si, en verdad, había atrapado el chiste metafórico.

La Polaca soltaba entonces la risa (había traducido, había atrapado), y nosotros reíamos con ella; o permanecía perpleja, interrogándonos a uno y otro con la mirada, mientras repetía «¿cenital?, ¿cenital?». Y luego, como nos ocurría siempre en esas circunstancias, el proceso era peor: las risas, que comenzaban con el intento por explicarle el significado de la palabra (cenital, garabato, opalina), se iban volviendo más escandalosas en las bifurcaciones (¿genital?, ¿aparato?, ¿coralina?), hasta dejarnos, en el hallazgo final, exhaustos, y con la mandíbula en tablillas.

Bien, aquélla seguía siendo nuestra ciudad, no la suya, dijo cuando recuperó el rostro, cruzando las piernas a la india sobre el asiento mientras me enlazaba el hombro con su brazo izquierdo extendido sobre el tope del espaldar, y en movimiento simétrico hacia su costado derecho, practicaba lo propio con La Flaca, eras tú, Llanero, eras tú, su amor, Flaca, quienes debíamos proponer la celda para el rapto.

Decretó esto en inglés. Y luego, en español:

—Esta noche soy de ustedes —dejó reposar la cabeza, comenzó a susurrar una melodía incomprensible, tal vez en polaco—. . . esta noche me dejaré usar.

La Flaca se ahogó con el trago de vino que había comenzado a beber, y me miró. Laura seguía reclinada, la cabeza vuelta hacia arriba, los ojos cerrados. No tuve necesidad de responder el guiño que mi ninfa me lanzaba sin lanzarme

desde la ventanilla opuesta: también yo recordaba aquella escena de ofrecimiento en el apartamentico de Belsize Crescent, cuando aún no la llamábamos Laura, sino Luisa, en honor a un papelito sobre el tinglado de una sala de Camden.

—¿Usar? —preguntó La Flaca, sin dejar de toser—. ¿Te vas a dejar *usar*?

—¿Dije «usar»? —respondió Laura, sin cambiar de posición—. ¡Qué loca! Lo que quise decir es que esta noche me voy a dejar *llevar* por ustedes.

[Clic. Es la lenta música del reposo. La habitación se halla suspendida fuera de la corriente del tiempo. Se adivina que no hay movimiento ni sonido. Entre las sábanas, dormidas, las dos mujeres yacen una al lado de la otra. La mujer más lejana parece lucir una diadema que le anilla la cabeza. Clic. De súbito, como por un ademán guiado por el sueño, la mujer cercana muta la diadema en mano: sin duda, sus dedos habían estado jugueteando con el cabello de la otra, un minuto antes de ser vencidas por el sopor.]

Rodábamos por la avenida Miranda en dirección Este. Sin que hubiésemos decidido nada, guiado sólo por el peso de la costumbre, viré hacia El Rosal a la altura de Chacaíto. La Flaca, asaltada por una locura semántica, se lanzó con una explicación en parte pragmática pero principalmente lógica, sobre el *lapsus* con que La Polaca nos había movido la memoria (apelación a la lógica que tal vez buscaba conjurar ambas cosas: el estremecimiento memorioso y el hecho de que el estremecimiento hubiese sido provocado precisamente por un *lapsus* de nuestra invitada, con lo cual...). ¿No era cierto, mi amor? ¿No era cierto que uno acostumbraba a decir «pueden disponer de mi tiempo» o «pueden disponer de mí», para dar a entender que se cedía la decisión a los demás? ¿No? Y, por

otra parte, ¿no era cierto, cielito, que «disponer de algo» quería decir «usar algo»? ¿No estaba yo de acuerdo? Sí, yo, su amor, podía estar de acuerdo, quizás esa había sido la confusión (pensé, también, que acaso sobreactuaba, pero callé). Y tú, ¿veías, Polaca, camarada —algunas veces la llamábamos así, un apodo que parecía no disgustarle—? Eso era lo que te había ocurrido, amiga, ¿te dabas cuenta?

—Bueno... quizás —comentó, por fin—. Aunque tal vez no sea tan absurdo el dejarme usar... —y esta vez abrió los ojos y reclinó su mejilla sonriente, hoyuelada, en el hombro de La Flaca.

Horas más tarde nos reiríamos a coro, los tres, recordando este diálogo sincopado y sinuoso del que La Polaca extraería, con sazón de comedia bufa, una de sus recreaciones espontáneas menos olvidables de esta historia. Horas más tarde, dije, no en aquel momento. No había terminado Laura de pronunciar la «r» del verbo que tantas cosquillas había provocado, y de rozar con su cara (¿quizás también con la nariz?, ¿quizás también con los labios?) la tibia hondonada que se extendía entre la leve protuberancia de la clavícula y la nuca de La Flaca, para que fuese La Flaca misma, alias la flor asustadiza quien, en una reacción inopinada y desmedida, practicara un salto sobre el asiento que, visto desde el exterior de la ventanilla, bien podría parecer una cabriola para trepar de un envión sobre el espaldar del asiento, conquistar desde allí el techo del carro y desde el techo del carro aventarse sin escalas hacia el paisaje urbano que viajaba raudo afuera. Sólo que el salto levitante, acompañado como fue por un grito mezcla pareja de gargarismo nervioso y de aullido, al volcar la botella de vino sobre el regazo de La Polaca, provocó una especie de reacción en cadena que tuvo su primer eslabón en una sacudida defensiva de la recién bañada hacia su izquierda (el mosto chileno todavía conservaba algo de la temperatura que había adquirido en la neverita de los trasbastidores del teatro) y su segundo en el viraje brusco que mi brazo, golpeado por

el empujón, practicó sobre el volante, lanzando finalmente mi carcacha sobre el muro que a la altura de Las Mercedes separa el río de la avenida que lo bordea.

No rodamos hacia el torbellino de mierda de los vertederos que fatalmente nos aguardaba al final de la cuesta ni nos hundimos, por tanto, en la mierda misma. Pero si el parachoques no rebasó el brevísimo obstáculo que nos protegía (el muro había sido derrumbado justo en aquel sitio por alguna oruga enemiga) fue por virtud de algún milagro blanco, o quizás negro pero reteñido por el vino transparente de nuestra noche, que se dignó a acogernos cuando nos hallábamos a centímetros de darnos el gran chapuzón, vestidos, en el centro de la nada desnuda.

No era ésta la primera vez que me encontrara a punto de atender al canto de sirenas de mi entrañable río maldito, sí la más próxima. Este susurro que provenía de la vecindad de la nada y del suntuoso vacío, envueltos en su tejido de excremento y de lodo por mortaja, me paralizaron. Pues bien, salía yo, alelado aún, de ese estupor de resurrecto, volviéndome hacia las dos princesas que me escoltaban con la intención de aliviar el susto frío que suponía en ellas, cuando lo que descubro, en lugar de las dos cariátides ateridas por la melodía de la muerte que yo esperaba ver a mi lado, es el volumen informe de dos cuerpos en los que podía descifrarse, con igual imprecisión, tanto la gran final femenina del torneo antillano de *catch as catch can* como el momento inicial de una danza de apareamiento entre insectos alados (mariposas del Amazonas, por ejemplo) o un ritual sagrado de erotismo entre doncellas de un pueblo primitivo (los chewa, valga el caso, notables por sus costumbres amatorias).

Adivinaron: mientras el atribulado teatrero que les narra bailaba su bolero con la dama de la guadaña, mis traviesas cachorritas, de espaldas por entero al trapiés que nos instalara en aquella cuerda floja en la que nos hallábamos, no habían tenido mejor ocurrencia que la de entregarse a ese ju-

gueteo de toma y dame que ahora las mantenía protegidas en un limbo de inocencia respecto al resto del mundo. El espectáculo me sobrecogió y me estimuló: La Polaca había rescatado la botella con que La Flaca, sin intención, la calara hasta la piel escondida, y en una operación de represalia con grito de guerrera incluido se había entregado a la tarea de devolverle a mi princesa algo de su propia medicina, ya verías queridita mía, sólo que, debido al precario resto de líquido que sobrara, la rociada vengativa no podría cumplir su cometido a ras de piel, a menos que ciertas barreras textiles, ¡oh dioses míos!, pero removibles, que obstaculizaban la operación fuesen, en efecto, removidas, ibas a ver, queridita, qué compañera más indócil tenías tú, Llanero, y sin preaviso y sin anestesia, alguna blusa sin mangas, algún short bermudas, algún sostén de encaje levísimo, mi amor, cuánta ropa, nenita, ibas a ver, se dio a la tarea con esos botones, *honey*, risitas, con estos broches renuentes, con aquellas ligas escurridizas, pretendiendo apenas alzar una esquina aquí, deslizar un dedo de tela allá, risitas, cómo brincaba esta niña traviesa, Llanero, mientras rociaba aquí y allá el cosquilloso torso de la niña traviesa con el vino de la revancha, sólo que el líquido apenas alcanzaba para una débil mancha húmeda en cada aspersion, los débiles estuarios debían ser frotados y esparcidos una y otra vez sobre el territorio de piel que bañaban para que entre el caldo de uva y los poros se propiciara aquel beso que, según todos los indicios, era lo que Laura, la báquica, intentaba lograr en La Flaca, ibas a ver, gatita, jadeaba (traduzco gatita por *pussycat*), mientras la gatita asaltada, ronco ya el susurro por las risas felinas, ovillada bajo su propio seto de cabellos castaños que también habían recibido lo suyo y que se entremezclaban con los pliegues del textil hindú de La Polaca, el tronco ahora doblado en arco agudo, la cabeza ahora abatida sobre su regazo, en protección sinuosa del regazo mismo y del pecho que habían sido los objetivos de la acometida, la gatita, digo, la mía, la suya, se transformaba en una madeja

de piel y de tela y de jadeo y de vino chileno, de cuyo caos dichoso por momentos asomaba una punta de nariz y un fragmento de cachetico granate, tenías una fierecilla indócil, tú, Fernando, cariño, ¿oías?, una vasalla levantisca, resoplaba La Polaca, mientras se daba permiso para avanzar sobre la pendiente dorsal desde la nuca hasta los hoyuelos de la pelvis que La Flaca dejara desprotegida con su maniobra de defensa, por lo que se rendía ella, loca que eras, se entregaba ella, maullaba la gatita, ahogándose, al tiempo que la verduga importada la empapaba a lo largo de la columna, ahora con un nuevo chorro dorado que esta vez brotó de su boca y cuyos riachuelos fueron de inmediato remarcados a mano y a labios, una vez arrollada la intrusa franelilla de algodón, se rendía, se entregaba ella, manita, Laura, loca que eras, la detuviera, yo, Fernando, por lo que más quisiera, su amor, ella se rendía ya.

Capítulo VI

1

(1976)

Lo que le sorprendió cuando Vanessa abrió la puerta del apartamento fue, en primer lugar, el aire a un tiempo informal y ligero que la chica-de-los-ojos-rasgados de cuatro noches antes, lucía en esta oportunidad. ¿De donde provenía la metamorfosis? De la ropa, por supuesto: una especie de sayal que caía de hombro a tobillo con apenas un pliegue casi imperceptible a la altura de la cintura y cortado en un género tan leve que, en especial ahora, atravesado como estaba por el cono de luz de la lámpara que él trasvió en el breve pasillo que se abría hacia la sala, mostraba la desnudez del cuerpo al nivel de una huidiza revelación que no podía resultar de otra habilidad, se le antojó, más que de un minucioso cálculo de velos y trasvelos por parte de la muchacha. Pero no se trataba, se corrigió, de un asunto puramente textil, algo que, tratándose de ella, podía resultar una observación ofensiva. No, había también cambios físicos —¿el peinado tal vez?, ¿el maquillaje?— y de pulso y de tono —¿la voz?, ¿los gestos?, ¿la propia mirada?— que la hacían una mujer a un tiempo igual y distinta a la de cuatro noches antes.

¿Te ibas a quedar allí, cariño, o te decidías a entrar? El apartamento esperaba por ti... y nosotros también, aquí un guiño. Buenas noches, dijo Diego, y venía con sonrisa de payasada protocolar y beso todavía casto sobre los cacheticos

sonrojados. Y espléndida estabas, cariño, como siempre, como si no se conocieran de cuatro noches antes sino de otra vida, mientras salvaban el pasillo y la sala tenue y cálida. Estaba pensando que había mujeres así, apegadas a la ilusión de la diversidad, que perdían el sueño en la obsesión de parecer otras en cada encuentro, las había conocido, sí, esta era la sala, claro, como podías ver, luego te la mostraba con calma, y estaba pensando que a él aquella preocupación se le antojaba comprensible pero excesiva, cuando la sala se enlazó a través de una puerta-ventana francesa con la terraza ajardinada, tupida de malangas, helechos y palmas de porrón, y le descubrió dos paisajes: la silueta de la montaña nocturna, al fondo, recortada contra un cielo que se le figuró, de pronto, añil; y, en el extremo izquierdo del follaje, recto, clavado sobre un taburete de mimbre, desnudo excepto por el paño blanco a la altura de la cadera, el hombre que le sonreía y le tendía la mano desde el asiento, y le daba la bienvenida y se excusaba por la inmovilidad de la que enseguidita ya te enteraba, si era que Vanessa aún no lo había hecho.

Decir que la presencia de Jacinto lo había sorprendido, a secas, es acertado y no lo es a un tiempo. Se trataba más bien de una de esas sensaciones súbitas de desagrado que derivan de la constatación de que el presentimiento oscuro del que sin éxito hemos estado intentando desembarazarnos, finalmente se concreta, fatal, ante nosotros. ¿Qué hacía Jacinto allí? ¿Qué carajo hacía sentado como si se tratara de la estatua de un magistrado, hierático, en una esquina del balcón? Se suponía que se trataba de una cita a dos. Buscó la mirada de Vanessa: la muchacha no se dio por enterada: sonrió, en cambio, blandió hacia él un pequeño instrumento brillante —¿un destapador?, ¿una navaja?— y

—Estoy haciéndole su depilación periódica a Jacinto...
—dijo.

—Detesto esos cañoncitos que me pinchan... ¡Por qué no habré nacido lampiño, Dios mío! —se quejó Jacinto.

—Bueno, parece que llegué a destiempo, no sé si... —bromeó él a medias.

¡De ninguna manera! ¡Qué cosas decías! ¡Llegabas justo a tiempo!, ahoritita mismo terminaban, ¿no era así, su amor? Así es, dijo Jacinto, lo que faltaba era nada, miraras tú mismo Diego, miraras, apenas aquí en este lado del pecho.

Vanessa volvió a su labor, y entonces él se percató de la cantidad de hojillas, pastas, pomadas y otras minucias que reposaban sobre dos mesitas a lado y lado de Jacinto y que le imprimían a la escena el aire de un consultorio odontológico o de un salón de belleza algo al acaso. No se trataba de una circunstancia cotidiana, por supuesto, pero la escena, por curiosa que pudiera ser, tampoco lo tomaba fuera de paso. Correspondía a una de las hipótesis que cuatro noches atrás se le habían deslizado al conocer a la pareja: preferencias sexuales poco convencionales, sobre todo en el caso de Jacinto, y un pacto de convivencia que les permitía la felicidad, o una variante de ella. A pesar de que el paisaje no cuadraba con la fantasía esperada, decidió no precipitarse: Vanessa había dicho que el ritual estaba por finalizar, luego, con seguridad, el depilado haría el conveniente mutis.

La zona de la piel que aún debía recibir tratamiento era pequeña, sí, pero el arte con que la mano de Vanessa ejecutaba la operación era tan refinado, que el final de la misma podía tomar aún sus buenos minutos. ¿Sabías tú, cariño, que aquella era una tarea delicadísima, que entrañaba su sabiduría... aunque no lo pareciera?

No, él lo ignoraba, pero estaba descubriéndolo, dijo. La muchacha, que en el entretanto le sirviera del barcito adosado, sin consultarlo, una copa de vino, tomó esto como una invitación a revelarle los secretos de la faena dentro de la cual, dijo, el tacto tenía que ser lírico o nada funcionaba. ¿Perdón?, dijo él. Lírico, aclaró ella, lírico o nada funcionaba, al menos en su caso, y, sin que mediaran más explicaciones, comenzó a frasar aquel aire del medioevo que ella interpretara el sábado

anterior con la Pequeña Compañía de Música Antigua, y que él tanto le celebrara en el brindis nocturno donde se habían conocido, cuatro noches atrás.

No suspendió, sin embargo, la tarea epidérmica que ponía a punto sobre la figura sentada: la continuó en sintonía rítmica con la canción. Él, entretanto, observó que Jacinto, recubierto por el velo melódico, había cerrado los párpados y ahora daba la impresión de estar dormido.

Tómalo con calma, se dijo, se acodó en la baranda de la terraza y se dio al ocio de mirar a medias hacia la noche (ahora, además de la mole oscura de la montaña se dominaba la suave cuesta de luces que terminaba al pie) y a medias hacia la pareja, al tiempo que se dejaba atravesar por la mezcla dorada del vino y la música y el aire vegetal.

Contempló a la muchacha: sí, intuyó, era el cabello, ahora retenido hacia atrás en doble vertiente, lo que la hacía distinta esta vez... y los ojos, sin duda. Y sin embargo, había sido desde aquella mirada, filtrada por la minúscula ranura de los párpados que parecían fugarse hacia los lados desde donde, cuatro noches atrás, le llegara el guiño de proximidad a distancia que él se apresuró a responder. ¿Estaba Jacinto al lado de ella? No lo recordaba... Jacinto todavía no tenía nombre; pero tres o cuatro payasos, también anónimos, basculaban a su lado. Él se desembarazó del prescindible que le chachareaba esto o aquello sobre no se sabía qué compañía de seguros y se deslizó hacia el guiño. ¿La conocía ya? Sí y no. Años antes, había cubierto (sin entrevistas) un recital suyo en uno de aquellos apagafuegos a los que él solía prestarse en la sección de arte por aquellos tiempos. Desde entonces, aunque apenas la reconociera una mañana que otra en alguna foto de promoción, la había nombrado, en lealtad a sus títulos negros, con la etiqueta de «la-chica-de-los ojos-rasgados». ¿Oriental, acaso? «No, resultado de una de esas cruces providenciales», como declaraba en las aulas de los sesenta el profesor Steiner Montiel, recordó, que tanto habían «aportado a la riqueza de nues-

tro genoma»: madre kariña y padre franchute —un *bon vivant* de las islas caribeñas— cuyos ingredientes la ninfa mestiza había mezclado a niveles explosivos.

Todos estos datos provenían de reportajes «de tono culto» que, no obstante, al rozarla se descoyuntaban hasta caer en el epigrama farandulesco. ¿Palabras? Pocas. O al menos así le pareció. También ella te conocía, claro, de nombre sobre todo, cariño, aquella firma al pie de aquellos fabulosos artículos, descolocabas tú a los lectores, los sacudías, un genio eras, decía; y las frases (no importaba ya que en el entretanto el chupamedias de Jacinto se hubiese acercado, ¿O siempre había estado allí?) corrían locas, sentía él, hasta terminar, sentía él, en lo que terminaron veinte minutos después: ¿el jueves próximo? El jueves. ¿A las siete? A las siete. ¿Anotaste bien? Anotó bien, yo anoté bien, chama, cariño. ¿Y Jacinto? Acá mi esposo, Jacinto, que también admira tus crónicas, había señalado ella en algún momento, ¿no era así, cielo? El cielo había asentido, formidables eran esos textos tuyos, con un estilo que para nada recordaba al de la mayoría de nuestros periodistas, tan planos todos, y se volvía hacia Vanessa en busca de complicidad. A lo que Vanessa, presta de antemano, ¡y de poeta!, saltó, al tiempo que mohineaba y daba cuenta de un *roast-beef*. ¿Perdón?, se recordaba él diciendo. Pulso de poeta, corazón de poeta, quería decir ella que tú tenías... Y dale.

Por este rosal babilónico de cumplidos de parte y parte terminó de deslizarse la noche. Un viaje nada prolongado porque el cóctel —que mojaba el bautizo de *Elementos para una historia de la ópera como espectáculo en la Venezuela del siglo XIX*—, a donde había sido arrastrado por el colega de redacción que debía cubrirlo, fue, en atención a usos y costumbres, breve. Vanessa eludió la invitación de algunos *fans* improvisados que querían oírla cerrar el acto, las cuerdas, se quejó, andaba casi afónica, lo sentía, de lo contrario encantada, y se tocó el cuello y la bufanda (el velo lila sobre el cual él ya se anticipaba en el instante transilvánico de desgarrarlo

a diente), y antes de que pudiera percatarse, la chica de los ojos rasgados y de la garganta afónica se despedía de todos y también de él, pero de él se despedía con la caricia de un susurro a beso en el oído, el jueves, no le fallaras, te esperábamos, muá, con un pedacito, muá, él lo recordaba, con una pizquita de lengua contra el lóbulo, allí iba a estar.

¡Ajá!, reconstruía él ahora, en la cuarta noche del jueves prometido, acodado a la barandilla de la terraza, ajá, mientras la afónica daba claras muestras de haberse recuperado, ajá, allí parecía estar el punto, ¿qué había dicho ella esa noche?, te esperábamos; él había respondido que iba, pero ella había usado el plural. Podía ser una fórmula de cortesía, sí, pero... Y luego aquella «condición» que había mencionado, no iba a ser capaz de negarte nada si ibas... pero con una condición... ¿Cuál condición? Él había preguntado a qué condición te referías, muñeca, qué inventabas tú. Pero ella no soltaba prenda, nada, nuevo mohín, si en verdad ibas, ya te enterarías. El jueves, linda, lo dieras por seguro, le recalcó a ella. ¿Iba él a hacer mutis debido a un requisito desconocido, exigido en añadidura por aquella princesa casi irreal?

De pronto se percató de que la ceremonia de los afeites parecía estar llegando a su fin. Vanessa había dejado de ocuparse de la piel del paciente y ahora se limpiaba las manos con una crema que extrajera del botiquín aún desplegado sobre la mesita. ¡Labor cumplida!, ahora sí podía acompañarte en el vinito, ¿te dabas con otro? Por toda respuesta él despachó el sorbo que le restaba y le extendió la copa, se daba, qué preguntas, aquello estaba exquisito.

Observó que Jacinto, discreto, en una especie de sopesado segundo plano, se había puesto de pie mientras sostenía la toalla afelpada que le cubría las caderas hasta el medio muslo, y, bueno, ahora tú lo ibas a perdonar, Diego querido, pero él debía dejarlos por un rato, no tenía que decirte que aquella era tu casa, por supuesto. Sintió el impulso súbito de saltar hacia el despiciente y felicitarlo por aquella decisión tan acertada,

pero se contuvo, y no te preocuparas, no quería él interferir de ninguna manera, continuaras tú con tus cosas, sí, compadre, estaban en confianza; y en efecto, chaíto pues, tú, respondió Jacinto, te dejaba en magníficas manos; no se quejaba, respondió él mientras veía al otro detenerse un momento en el bar y aproximarse a Vanessa por un instante (¿un beso de despedida al paso, un comentario cómplice?) antes de desaparecer hacia el interior.

Bien, se repitió, el paisaje se despejaba antes aun de lo que él había estimado. Sin moverse, acodado todavía sobre la barandilla, con una parte del hombro proyectada hacia el exterior vacío y nocturno, contempló la silueta de la ninfa-de-los-ojos-rasgados que a la par de demorarse en las minucias del arreglo de los afeites y, luego, en las de su leve rol de anfitrión y en las del vino, había reiniciado su serenata vocálica esta vez para la audiencia íntima que la desaparición de Jacinto les permitía.

Experimentó un súbito golpe de deseo —Vanessa se doblaba hacia adelante, dándole la espalda a distancia para recoger algún objeto, un pomo tal vez, o una pinza— prolongado bajo la forma de una oleada pulsátil que él disfrutó por momentos para, enseguida, permitir que se disolviera, porque se volatilizaría al dejarla fluir, como siempre ocurría, y porque la noche apenas recorría el telón de boca. El deseo estaba allí, podía tocarlo con sólo extender la mano hacia el aire que ofrecía la consistencia de una emulsión espesa, por más que a una mirada distraída pareciera ingrátido, pero por eso mismo no debía precipitarlo.

Disfrutaba a rabiarse de aquel «territorio del entretanto» que mediaba entre la decisión de la entrega mutua y la fusión en la que la promesa —tácita, gestual, expresa, el matiz era prescindible— se materializaba. Pero había zonas en aquel territorio que variaban de acuerdo con las circunstancias y los énfasis. Vanessa, por ejemplo, había dado lugar a un doble momento: el que comenzara la noche del brindis por vía de

la mirada y la invitación —el abanico pulsátil, aunque ligero, se abría— y éste de ahora, batido y espesado por el encuentro, por el espacio que determinaba los cuerpos y por la presencia, todavía intuida, del lecho que los acogería.

La noche del brindis, recordaba, en la tradición algo ansiosa con que siempre respondía a esa «zona inicial», había abandonado el vestíbulo de «La Casa de la América Latina», abordado el carro del amigo por virtud de cuya insistencia accediera a asistir, y cruzado primero la puerta del apartamento y luego la del dormitorio en un estado tal de agitación que por primera vez en mucho tiempo sintió vergüenza de presentarse ante La Sigmuncita en aquella facha de adolescente infatuado, tembloroso como una virgen, como diría una canción que se pondría de moda años después, en los tiempos del duelo. ¿Vergüenza? No sabemos si él nos aceptaría esta palabra. Puesto que Carmen Luisa existía (no se cansaba él de agradecerlo a los dioses, por más que los dioses, ellos sí, no existieran) y puesto que, pacto mediante, ella no sólo le conocía y le permitía estas andanzas, sino que incluso se las prohijaba, ¿cómo llamar a esa duda casi ruborosa que lo asaltó al verla?

Como quiera que fuese, Carmen Luisa le facilitó las cosas.

—¡*Presto agitato!* —lo diagnosticó, antes aun de saludarlo—. Creo que traes noticias, y por el temblequeo sospecho que deben ser de espanto... ¿O de libreta? ¿Busco el bolígrafo?

No era un énfasis metafórico para amortiguarle el frenesí. Desde hacía algún tiempo La Sigmuncita se daba a la escritura de su libelo «a un tiempo feminista y antifeminista» (risas de las femi y de las anti) que sobrellevaba el título provisional de «Deseo, tiempo y género: una relectura psicoanalítica». Ella advertía sobre el carácter teórico-clínico del trabajo —ya la conocemos— pero él insistía en que se trataba de una biografía camuflada. Ante lo cual ella optaba por callar y encogerse de hombros y sonreír. De modo que él prefirió compartirlo con ella, en una medida porque era lo

que se esperaba de él, y, en otra, porque él mismo sentía la urgencia de drenar el maldito vértigo que ya comenzaba a caminar la frontera que separa el goce del desasosiego. Y sabía que la conversación operaría el prodigio.

—Libreta, grabador, oreja —dijo, para responderle su chistecito mientras se echaba de espaldas sobre la cama—. Agarra lo que tengas a mano, brujita, pero al salto... Usted acierta, vengo cargado.

La Sigmuncita se puso de pie, cerró la puerta y le bajó el volumen a Serrat. Diego palmeó sobre la sábana y ahuecó un sitio.

—Nada por aquí, nada por allá. La oreja desnuda —bromeó ella—. Bota todo.

Ahora Vanessa aprestaba el cubo para el vino y, a continuación, cambiaba el cassette. Comenzó a sonar lo que a él le pareció un aire antiguo y festivo, flautas y cencerros y cuerdas, como la música que acompañaba a los banquetes de palacio en el medioevo. Esta segunda zona del «entretanto», la del encuentro en sí, a diferencia de la primera, era modulada. Si aquélla, como Carmen Luisa anotara, tenía como enseñanza la del *presto agitato*, ésta reflejaba el pulso del *adagio* o, por veces, la del *largo*, ¿*un largo cantabile* tratándose de nuestra soprano? La propia atmósfera revelaba aquel *tempo*: los gestos casi coreográficos de Vanessa, el silencio de un apartamento sin niños, la presencia del espacio vegetal, la noche lenta afuera y, también, su propio latido interno.

¿Con cuáles gestos, con cuáles palabras, se recubriría aquel lapso que precedía y anunciaba y postergaba al unísono el abrazo del lecho? Desde la noche de la invitación se había dado a la labor de adelantar los detalles de este segundo momento: habría música y alguna copa y conversación; acaso bailarían, calculó. ¿De qué hablarían? Trató de reconstruir el programa de aquella cobertura periodística de tiempo atrás, sin éxito, y pensó incluso en hurgar en la hemeroteca o en los archivos del periódico. Un despropósito dictado por el frenesí inicial

que pronto juzgó excesivo. Pero sí se entretuvo en repetirse el argumento de tal por cual ópera e, incluso, de algún motivo aborigen que, sabía, se hallaba en la zona de preferencia de nuestra soprano mestiza.

Sin embargo, quien vino a ponerlo en la órbita cierta de ambas aficiones no fue otra que Carmen Luisa... la misma noche de la conversación «terapéutica» que referimos arriba. Nada inusual: La Sigmuncita sabía de los avatares profesionales de Vanessa.

Recordaba incluso la nota sobre aquel lejano recital que él escribiera, y, para su sorpresa —y aquí ella descruzó la pose india—, saltó de las sábanas y con el mismo impulso, cerraras los ojos, cariño, ahora no estaba, ahora estaba..., hasta dos espléndidos «larga duración» de nuestra soprano se había agenciado. El primero, una antología de arias escogidas. El segundo, unos cantos rituales, funerarios, kariñas, la etnia de la que la ninfeta procedía por el costado materno. Como solía ocurrir, no tuvo que pedirselo: ella lo invitó a oírlos, como fondo, mientras continuaban conversando.

—A condición de que me narres en detalle la nochecita anunciada —dijo.

—Para allá iba —le aclaró él: la comunicación era antes un derecho de ella que un deber de él.

Aunque las más de las veces ella prefería desatenderle el cuento.

—Resulta un poco aburrido, ¿no crees? —le comentaba, a veces, ¿le reprochaba?—... Te repites. Siempre el mismo guión sin sorpresas.

—¿Y no es *siempre* el mismo guión...? —podía responderle él, por ejemplo—. ¿No sabes tú que en estos casos se trata siempre del mismo guión?

Ella lo miraba y respondía, por ejemplo:

—Es posible, tú eres el pivote permanente, el comodín; *ergo*, la diferencia la hace la afrodita que rota. Cuando regreses de una «caza mayor», me avisas.

Lo cual quería decir que a ésta, a la soprano, Carmen Luisa la había juzgado «caza mayor», se repitió ahora, acodado, ya lo hemos anotado, contra la baranda de, digamos esta vez, la noche. Miró la silueta de Vanessa, mientras la silueta se deslizaba por el apartamento, aquí y allá, mudando un cenicero, prendiendo una espiga de incienso, recogiendo un papel de la alfombra, todavía a distancia, como quizás su costumbre en estos casos le sugería. El lento *cantabile* se cumplía... y él lo celebraba. Sabía que Vanessa, como todas las otras, sería transitoria, «fuego sucesivo», las había llamado La Sigmuncita en uno de los contadísimos poemas que ella había condescendido a mostrarle. Repitió el adjetivo. «Sucesivo», valía de manera precisa para su vida. La gran excepción era, justo, ella, La Sigmuncita, sin cuya articulación sus días —le había costado aceptarlo— carecían de sustancia. Fernando opinaba —él compartía ya con El Llenero estas cosas— que La Sigmuncita había elegido una existencia vicaria, en la que él, Diego, sería el modelo a través del cual ella se nutría —así dijo— de las experiencias respecto a las cuales ya no reservaba ni energías ni interés para vivirlas *de nuevo*. Ésta podía ser una verdad a medias. Porque la otra mitad, se decía él, era que sin la mirada de La Sigmuncita sus «travesuras andantes» perdían el cuerpo y la nuez.

Ahora Vanessa se aproximaba. Tal como pronosticara en el drenaje con Carmen Luisa, la conversación del entretanto giró al comienzo en torno a la música y a la imposibilidad de «cualquier expresión humana de traducir la emoción del cuerpo». Estuvieron de acuerdo. Nada reemplazaba la sensación inicial; estábamos de acuerdo, muñeca, nada; y, en sintonía, comenzaron a bailar.

Luego él le confesaría a La Sigmuncita que desde allí el paisaje había comenzado a ser otro, más quebrado y, al unísono, más con-sentido.

El escenario fue doble: el balcón, sí, y, luego, el dormitorio. Reconstruiría él: Vanessa acercándose, hablando de la música; él recordándole los pequeños datos que La Sigmuncita le había

recordado; ella riendo; ella jugando con la bufanda; ella sacándolo a bailar y bailándolo a él, en efecto, y riendo contra su cuerpo.

—Si se hubiese tratado de otra, ¿hubieras sentido lo mismo?

—Le preguntaría Carmen Luisa después.

—Hubiera sentido lo mismo —le respondería él.

Y sin embargo, ahora ella *era* ella, y no otra. Hablaron sobre los preclásicos y sobre su filiación de tierra: se sentía una boronita de aquí, relataría él que ella le había dicho, ahora, boronita de aquí.

No le fue fácil calcular cuánto duró ese abreboca, sobre todo porque la intensidad de lo que vino luego lo anuló. En todo caso, acertó en las dianas para las cuales se suponía que había sido programado: el encuentro a solas, la conversación, el tendido de pequeñas complicidades, el mutuo conocimiento y, en fin, la frotación inicial del pedernal. En balance, resultó un momento tan espléndido —las calificaciones de Vanessa como anfitriona rozaban, al menos hasta entonces, las atenciones mimosas de una geisha— que acaso hubiera podido extenderse hasta más allá de donde lo hizo, de no haber sido por el detalle del baile... y de la risa.

Sonaba el primer bolero de la noche, un Dipiní clásico, algo que le resultaba difícil sobrellevar en frío, dadas las circunstancias. A pesar de lo cual se dijo que quizás se volviese un aperitivo gustoso el contenerse al menos hasta el final de la cara A. El propósito marchó con buen pie por unos minutos, hasta que en el tercer surco, ya no recordaba por qué, la-chica-de-los-ojos-rasgados aterrizó en un chiste sobre los curiosos pasos de los cincuenta que su madre bailaba, al que él redondeó con una anécdota de Pérez Prado fraseada en cubano. Entonces ocurrió. Mientras reía, Vanessa volvió al abrazo estrecho que había estado alternando con la separación de charla... sólo que esta vez el efecto fue explosivo: la percusión sincopada que la risa de la muchacha, cuerpo contra cuerpo ejerció sobre su bajo vientre tuvo un efecto deleté-

reo. Atenazó a Vanessa por la cintura y la cimbró hasta casi levantarla. Se disponía a alzarle el rostro para besarla cuando sintió un relámpago húmedo y una herida de diente en el lóbulo de la oreja: el ojo rasgado, la voz, tomaba las primicias y, a no dudar, venía sin vacilar por lo suyo. En otro momento, y acaso con otro cuerpo, aquel arrebató licantrópico lo hubiese llevado al comentario chistoso o a la sorna, pero no ahora, y no con ella. Omitiremos la advertencia de que allí, sin importar que el entorno no fuese aún el de la alcoba, había terminado la segunda fase del «entretanto» y comenzado el territorio final; y desatenderemos, así mismo, el dato cierto de que tampoco él, en vena pulsátil como estaba ya, pudiera entregarse a estas reflexiones (no *todavía*).

Para ellos, claro, aquel desplazamiento casi coreográfico que los condujo desde el balcón social a la habitación ceremonial, con sus saltitos acompañados, sus traspies combinados, y sus arrastraditas a dos materializaba la nuez del éxtasis, por más que a nosotros, *tristes testigos transmutados* por el signo, pueda parecernos una ridícula cabriola. Sol o bemol como fuese, aquel complejo trompo, sostenido por él pero guiado por ella, cumplió su viaje orbital hasta el dormitorio sin víctimas que lamentar.

La puerta del paraíso se abrió para ellos casi sin que hubiese sido tocada y cuando, entregado a la inercia de los giros y al sobreentendido, él se dispusiera a arrojarla sobre el lecho con una postrera vuelta en campana, hete aquí que la presencia de dos imprevistos finales cumplió la labor casi imposible de detenerlo en el aire. En primer lugar, un esguince disuasivo de Vanessa, que era quien, como ya anotamos y por extraño que pueda parecer, conducía la zaranda. En segundo —y determinante— lugar, el chispazo descolocado que le llegó desde las sábanas y que se materializó al inicio en una masa de un blanco lechoso que se negaba a cobrar forma, y luego, de modo lento y progresivo (ya su propia ronda de volteretas en pareja había cesado), como esos objetos que

se reconstruyen en pantalla merced a un artificio técnico, en una silueta humana de la que fueron surgiendo uno a uno los rasgos del inefable Jacinto, alias el desaparecido.

En uno de esos actos que La Sigmuncita sabía describir con tanta propiedad, él había borrado literalmente a Jacinto. Atención, no escribimos olvidado, sino borrado: al cruzar la puerta-ventana que lo llevara del balcón al dormitorio, Jacinto se había subsumido en la nada. De modo que su reaparición no pudo causar un *shock* mayor en Diego: era como si el procedimiento se hubiera revertido para dar lugar a una reencarnación desde el vacío. Una reacción desmedida se dirá, dado que el presunto ausente se hallaba en su propio apartamento. En defensa de Diego, hay que advertir que la epifanía no parecía ni casual ni inocua. Jacinto no estaba rodeado de libros, sudoroso, en el trance de aprestar una conferencia sobre, digamos, la influencia de la jota andaluza sobre el polo margariteño, su especialidad; ni en el acto inocente de podarse las uñas después del baño; estaba, por el contrario, desnudo a la pelota, echado boca abajo sobre las sábanas, la mano izquierda en repisa sosteniendo el rostro que, virado, miraba hacia él, al tiempo que, todo sonrisas, la mano sonriente tendía una rosa.

Congelado en piezas como se hallaba, persiguió la mirada de Vanessa en busca de una explicación para aquel equívoco bufo. En lugar de la clave, la turpialita de los ojos rasgados mostró, ¡también!, su mejor sonrisa, lo miró con amor y, en la expresión picaresca de quien celebra la revelación de una sorpresa, juntó las manos en el pecho, palmeó un aplauso, y acto seguido abanicó el brazo hacia la cama para invitar a contemplar lo que la cama exhibía, *voilà*.

—Me imagino que allí te cayó la locha —le comentaría luego Carmen Luisa—. La chama te invitaba a hacerle el amor al «hombre de la rosa».

Él todavía estaría aturdido. Habría regresado al filo de la alta madrugada, presa de una mezcla contradictoria —y nueva— de movimientos internos. Y Carmen Luisa, que aguardaba en

vela los resultados del encuentro, habría rechazado su promesa de ponerla en «completos autos» al día siguiente, su amor, necesitaba descabezar un sueño; y lo habría conminado a vaciar el buche, cariño, ella tampoco dormía, esperando las primicias, ¿qué tal el recital?, ¿qué tal la «bella de noche»?

—¿Perdón? —diría él.

—Digo que en ese momento se te limpió el espejo. Asomó la nariz la famosa *condición* que nos intrigaba —respondería Carmen Luisa—. Unos chamos a todo dar nuestras aves canoras, ¿no? ¡Qué interesante!

Así fue: en aquel momento las piezas cuadraron. La «condición» de Vanessa que al principio le pareciera una pequeña treta de coquetería, se le mostraba. Y en un pulso, vamos a decirlo de una vez, que él ni por la más remota carambola imaginó. Arriesgando el papel de menso, decidió que era necesario hablar. ¿Aquella era la condición?, le preguntó, cejas ya se sabe, a Vanessa. Aquélla era, respondió la turpiala, si lo poseías a él, me tenías a mí.

Entretanto el yacente de la rosa había saltado de la cama y ahora se acercaba, pasito a pasito, al diálogo. Lo miraras tú, Diego, ¿no era bello?, declaraba Vanessa, y nada deseaba con mayor intensidad en este mundo que ser tuyo... Lo estaba preparando para ti justo cuando llegaste.

Con Jacinto ya desnudo y Vanessa en gerundio de despojarse del velo casi inexistente que la cubría sin cubrirla, el único que desentonaba era él... una omisión a la cual la canarita trinadora se aprestó rápidamente a solucionar. Se aproximó y, con un tacto levísimo que transformaba de un todo la tarea rutinaria, comenzó a liberarle los botones de la camisa con una mano mientras con la otra trasteaba en la zona media para deshebillarle la correa.

Esta primera maniobra de aproximación alcanzó hasta el cuarto ojal: el cuerpo, ahora a la piel, de la mestiza de los ojos rasgados, y su caminata digital sobre la rampa del pecho, había provocado una nueva implosión en el vientre de

El Cronista que tuvo en él el efecto súbito y paralizante del curare. Si no detenía de una vez la marcha de aquel vodevil de segunda, su inacción podía ser interpretada —en justicia— como una aceptación de la *condición* por su parte; pero si la detenía, perdía la dicha que el cuerpo, casi irreal de Vanessa, pronosticaba. La rápida reflexión que se extendió entre el primer y el tercer ojal, y que lo mantuvo en un estado lindante con la hipnosis, lo llevó a aceptar de modo casi automático —estas cosas ocurren— la rosa que Jacinto le ofrecía, sólo porque desde el neblinoso paraje del deseo le llegaba la voz de Vanessa rogándole que la aceptara.

—Fíjate bien —comentó La Sigmuncita horas después—: con el recibimiento del regalo floral, acatabas el pacto y le decías que sí a Jacinto... de manera simbólica, claro.

Y sin embargo, ahora, aquello fue lo que lo llevó a detener la escena. Entregada la ofrenda, Jacinto regresó a la cama. Él se miró, algo desenfocado, con aquella flor en la mano, al tiempo que sentía las uñas de la torcacita cucuqueadora ocuparse del cuarto ojal. Entonces asió los deditos de Vanessa con el propósito definitivo de cortarles la labor... sólo que no fue posible. Se vio en dos planos: en el del acto de contener a la arrendajita, y en el de la sensación de percibirse —¿con alegría?— en pleno enfriamiento anímico y fisiológico, respecto de Vanessa y de todos sus mierdosos *requisitos*.

Lo intentó, nos consta, pero no fue posible. ¿Qué ocurrió? ¿La intuición de Vanessa que, alertada sobre el cambio de vientos, decidió acelerar el golpe de gracia? ¿El azar que hasta aquel momento entrabara la hebilla y que ahora, de súbito, la liberaba? ¿El insondable destino? Lo cierto es que en un dos por tantos él también estuvo a piel y entonces fue la canarita silbadora quien lo tomó por la espiga y se postró a sus pies y lo reanimó en un parpadeo y, ya despierto de nuevo el estilete, le susurró que ella sabía ya que tú un hetero eras, que nada de homo, de *gay*, su amorcito, pero eso era justo lo que de ti descocaba al Jacinto... y junto al Jacinto, a ella.

—A Jacinto le gustabas por ser *diferente* a él... ¿y Vanessa? —preguntó la Sigmuncita horas después—... Tal vez te deseaba desde el deseo de Jacinto y desde el de ella misma, porque...

Por retorcido que este comentario pueda parecer en un primer momento, algo de atinado debía tener porque ahora eran justamente estos dos hilos los que movían a la tucucita aleteadora, y, por deriva, a él: ella lo toma, lo manipula, lo succiona, lo besa, lo empuja a la cama. Él, o aquella caja muda de impulsos locos que escamoteaba su lugar, accedía, extático.

A partir de este momento se desplegó una escena que sólo el humor con que El Cronista ya recuperado para sí mismo decidiera sobrellevarla, pudo desviar de la categoría de siniestra. Para no hablar a peores. Sólo imaginen que, al inicio, el disparo de partida lo encontró a él en el intento de embriagar (no por la fuerza, claro, pero sí por la «cuesta arriba») a la sinuosa paraulatica, mientras la paraulatica, insistiendo en su que no pero que sí, intentaba obligarlo a él a que embriagara a Jacinto. El depilado de la rosa era el único que permanecía inmóvil, yacente, a un lado.

—Confiaba en los hechizos... digamos «persuasivos» de la chica de los ojos rasgados —comentó luego Carmen Luisa, imitándonos—... y aguardaba confiado.

—Así es... la chamina sabía lo que estaba haciendo. Me pregunto si incluso no tendrían ya cierta experiencia montando el sainete... ¿Quieres que siga? —le respondió él.

—¡Qué preguntas! —lo conminó ella— Hasta el telón.

—Bueno... ya sabes: se dejaba y no se dejaba. Se ofrecía para cerrar cuando ya...

Así fue. Vamos a explicarlo de esta manera. Diego es nuestro héroe, estamos, ¡pero joder!, como diría don Manuel, en primer lugar era un ser humano. En algún momento de aquel estira y encoge Vanessa se las arregló para acostarlo boca arriba, te relajaras, papi, te dejaras hacer, amor suyo, al tiempo que lo recorría a circuito completo. *Match* seis: en

el lapso en el que parpadea un ojo rasgado él se hallaba ya en plena plataforma de ejecución, atado, con la hoguera crepitando a su alrededor y la soga, tensa, atada al cuello; míralo, oyó que decía una voz desde la llama, «es como un Dios griego, casi femenino», señalando a Jacinto. Sintió que una mano, desde la cuerda, lo impulsaba sobre el cuerpo ahora sin sexo que yacía a su lado: un torso que carecía de cabeza: por encima de la base de la nuca el tronco se prolongaba en un inmenso cojín y el eje mismo de la columna exhibía de un extremo a otro la bufanda de Vanessa cambiada en gasa de vestal. Sí, es como una mujer, se oyó decir, sin asombro... y le emboscó el mosquete en el socavón que la torcacita penduladora ya había tenido la previsión de suavizar.

—¿Qué sentiste? —preguntó luego La Sigmuncita.

—Sentí que penetraba a una mujer —confesó él—... era un cuerpo liso, acinturado, boca abajo, sin cabeza...

—¿Sentiste eso mismo durante todo el tiempo que duró?

Él vaciló y se incorporó para copiar la posición sedente de Carmen Luisa.

—Todo fue rapidísimo. Creo que forcé el ritmo habitual para terminar con aquello lo más pronto que pudiera —dijo—... Al final, sin embargo, el silencioso empezó a gemir y a balbucear... Vanessa, tal vez temiendo que aquello pudiera romper el montaje de filigrana que, por supuesto, era obra suya, decidió intervenir. Enterró la voz del hombre de la rosa bajo otro par de almohadas reforzadas y la sustituyó por su propia voz, que entonces empezó a bisbisearme en ese dialecto subterráneo que tú comprendes tan bien —La Sigmuncita no pudo evitar sonreír—... Alcancé el pico con ella mordiéndome...

—Aunque seguías montando a Jacinto —precisó Carmen Luisa.

—Sí, aunque seguía allí.

—Sin duda ella se había vuelto a excitar viéndote aliviar a Jacinto.

—Estaba absolutamente loca.

—¡Qué interesante! —masculló La Sigmuncita, al tiempo que saltaba para anotar algo en la libreta marrón, continuaras, cielito.

—¡Había que verla! —dijo él—... Sin dejar de bufar me condujo al baño, abrió la regadera, me enjabonó y...

—Cobraste la recompensa.

—Cobré la recompensa: un par de veces.

—¡Por todas las diosas! —a veces tenía expresiones así— ... ¡dos veces! ¡Tres en total! Como en los mejores momentos. Si no estuvieras tan exhausto como imagino, también yo te premiaría... pero podemos dejarlo para el sábado, si me bajas a la zona del salitre...

Por toda respuesta él la besó tres veces antes de dejarse caer de espaldas sobre la almohada, rendido.

—...si es que el descabezado de la rosa y la calandria no te reservaron número para la fecha —dijo ella, pellizcándolo, cabeza contra la almohada, ojos abiertos en la penumbra.

—Tranquila, tú sabes que esos números te pertenecen todos, en exclusiva... De ella ya me curé.

—Querrás decir de ellos... Todavía tenemos que hablar, satirón, ¡querrás decir de ellos!

—Como quieras... ¡de ellos! —alcanzó a balbucear antes de dormirse.

2 (1976)

Imposible medir con las escalas del tiempo habitual la duración de aquella escena. No me abochorna el confesarlo: una vez que finalizó, quiero decir el forcejeo mimoso, yo me encontraba en un estado de excitación lindante con el arrebató extático. De hecho, su culminación me deparó la misma sensación de frenesí cortado a pique que derivamos del *coitus interruptus*. Deseaba que fuese eterno, pero finalizó. Si en

aquel momento hubiese sabido lo que los meses por venir nos depararían a partir de aquel casi infantil combate de cachorrillas de tigre acaso no hubiese deplorado el armisticio que lo hizo acabar.

En cualquier caso, el placer con que había ejercido mi papel de *voyeur* había filtrado, con igual intensidad, el lente fijo con que la temblorosa mano del mirón grabara la escena toda: pequeños gránulos de oro contra las pieles, ecos sobre las voces, ingravidez en los gestos, niebla irisada entre los cuerpos, azahar y jengibre en el sahumero mixto del vino y del sudor.

Sueño.

Sueño y vigilia. En algún instante de esta duermevela me percaté de que un silencio tan intenso como el estruendo anterior, se había deslizado en ella. Los reflectores del fragor habían sido apagados, y ahora, en el interior del carro y de la noche se desplegaba una paz primigenia. Miré la escena como si se tratara de dos cuerpos desconocidos materializados en un espacio desconocido. Así como la trepidación había dado paso a la voz muda, así, simétricamente, la loca coreografía del juego se transfiguraba en la inmovilidad del reposo. Dos baccantes dormidas: pieza tallada en oro, madera y materiales diversos, habría dicho «el hechicero». Miré: mi princesa yacía sentada, flexionada por entero sobre sí misma, la cabeza en reposo contra las rodillas, los brazos enlazados bajo los muslos, mirando hacia mí sin verme, con el rostro encendido tras las cuerdas del cabello que se prodigaba en desorden.

Sentada a su lado (y al mío) La Polaca reposa, el cuerpo arqueado hacia su lado derecho, la cabeza dormida contra la espalda de La Flaca, que le sirve de almohada, sus ojos —si existen— observando el cielo con los párpados cerrados.

Nada, excepto el fuelle rítmico y apagado de la respiración permitía adivinar que aún estaban vivas. Me dije, divertido, que se habían comportado como si estuviesen en el ojo de una borrachera frenética, por más que ni en el teatro (la

copa del brindis) ni en el carro (la botella volcada y rociada) se hubieran cargado con la cantidad siquiera suficiente para achisparse. No. Ni alcohol ni droga ni ambrosía: el divino veneno es otro, me repetí, y sonreí. Entonces me di cuenta de que, desde su escondite de cabello, aún aplastada, hollada su espalda por el peso de La Polaca, mi amada me sonreía también y me guiñaba el ojo:

—¡Perucho! —gritó de pronto, incorporándose y obligando a La Polaca a hacer otro tanto.

No entendí. Laura no entendió. Nos miramos en frío.

—¡Perucho! —gritó de nuevo, dando palmadas: hoy Perucho hacía de las suyas con su saxo y su batería pesada en La Gaviota Nocturna, ¿no lo recordaba yo, su cielito? El lugar soñado para recluir a nuestra raptada-deprimida de hoy, guiñándole a la varsoviana. ¿Qué hacíamos aquí?, le dijera yo, su teatrero de las tierras planas.

Pensé que a la deprimida-raptada, por lo que dejaba ver, ya se le había aliviado buena parte de la nostalgia provocada por la ausencia de Antonio, alias el viajero varado, pero callé. Pensé que La Gaviota Nocturna empollaba sus huevos musicales en el litoral central, bastante más allá de los límites metropolitanos, pero, de nuevo, callé. De todos modos, hablar hubiera sido inútil porque ya Laura se unía a la escogencia por aclamación iniciada por La Flaca. Y, en el fondo y en lo que a mí respecta, sólo confesaré que el morbosos forcejeo, el vino, y la promesa de una noche de jazz adobada en salitre, bastaban con creces para alebrestarme el lobo, noble animal que por lo demás casi nunca ha requerido de una segunda invitación.

¿Qué hacíamos allí, ficheritas concupiscentes?

La Gaviota Nocturna era un lugar disfrutable cuando se hallaba vacío o a medio llenar. A La Flaca le encantaba su emplazamiento: un promontorio rocoso que se proyectaba sobre

la bahía trazada entre el antiguo rompeolas, al este, y la aplastada lengua de arena que la cerraba por el poniente, con su paisaje de palmeras enanas y de uvas de playa cimbradas por el viento. Y nos sentíamos a gusto en su cuerpo marrón y sepiá edificado con madera y ladrillo y piedra, y su techo de palma y de caña cruzado por vigas de tronco desnudo. Con frecuencia La Flaca y yo, cuando deseábamos una tregua del caos urbano, bajábamos una noche cualquiera de entre semana a compartir cerveza y pastel de chucho (mi platillo favorito de aquellos meses) en su terraza voladiza, y a respirar el olor yodado del mar nocturno.

Pero los fines de semana, hordas de zombis itinerantes descendían desde la ciudad derramándose en masa sobre la costa. Los lugares cambiaban de la noche a la mañana como tocados por un huracán, y los propios malecones solitarios de la noche anterior se volvían irreconocibles. La Gaviota no constituía la excepción. Pero aun así, el mar persistía abajo, batiendo en la arena oscura contra las rocas; y adentro, quien en efecto hacía delirar a la audiencia con los lanzazos de su jazz caribeño no era otro que Perucho, El Guitarrista (por más que lo que tocara no fuese la guitarra sino el saxo) y su legendaria banda de hiperquinéticos. Cuando entramos, tanto la barra lateral como buena parte de las mesas centrales se hallaban copadas. Algunas parejas bailaban a su aire en la pista circular del costado izquierdo mientras los fanáticos más ardorosos de la banda se apiñaban en taburetes enanos en torno al conjunto.

Por tratarse de una tasca playera, mis dos guardaespaldas femeninas no desentonaban con sus faldas empapadas por las travesuras del vino. Y ellas mismas no parecían sentir la menor incomodidad dentro de aquella piel de doble hoja que debía crujirles y escocerles encima con cada movimiento. Fue, en cambio, Marisela, que corrió hacia nosotros dando respingos no bien terminamos de cruzar la entrada como si hubiese estado aguardándonos desde el comienzo del espec-

táculo y nos arrastró hacia su mesa gritándonos la bienvenida, quien insistió, al abrazarlas, en secarlas y revestirlas con dos de sus franelones de algodón preferidos que ella, decía, llevaba siempre de repuesto, junto al ajuar completo, y a veces doble y hasta triple que prefería no olvidar, a pesar de las quejas de Perucho, cuando le tocaba acompañar a Perucho en las giras, que no eran muchas, oyéramos, sino *todas* las veces, supiéramos ya, debido al papel de *utility*, decían los beisboleros, que ella había ido asumiendo con el tiempo dentro de «la banda».

Saludé a Perucho, que protagonizaba en el estrado junto a sus acólitos, con brazo flameante y señal de pulgar erguido, y tomé posesión solitaria de la mesa debido al hecho de que antes de darme cuenta La Flaca y Laura ya eran arrastradas por Marisela hacia un hipotético «camerino de paso» que ella misma había improvisado en el trasfondo.

Miré a Marisela, a La Flaca y a Laura que se alejaban sorteando el cerrado laberinto de cuerpos y me dispuse a bajar, con la mejor parsimonia de que era capaz, la primera cerveza de la noche. Repensé a Marisela. Estaban ya distantes los días en que me ruborizara al estrechar la mano de aquella desconocida, por añadidura casi de mi edad, con su enorme barriga a punto de estallar donde flotaba dormida mi futura media-hermana.

En ese momento la banda abría su tienda brasileña. El saxo de Perucho había comenzado a frasear «Mañana de carnaval», aquel aire carioca de la celebrada película de Camus a la que siempre había asociado con la tristeza y que, sin que mediara ninguna razón específica, solía sumirme en la melancolía y hasta ponerme a moquear como un desmadrado. Esta vez no ocurrió ni una cosa ni la otra: como si hubiese captado por radar el susurro, El Guitarrista, con apenas una alteración ligera de la morosidad rítmica de la pieza, logró atenuar pie a pie la *saudade* atrapada en el abrazo melódico de la canción hasta abolirla.

Me sentí alegre y liviano y feliz.

Tiempo después, cuando me detuviera a tomar aire en medio de los frecuentes momentos de asfixia que nos depararía el encuentro a tres, me tocaría recordar hasta el detalle esa noche playera, brasileña y frenética en que comenzó todo (como lo saben los criminales y los amantes, la reconstrucción en estos casos puede llegar a ser recurrente).

Recordaría cómo miré hacia la nada oscura a cuya sombra el mar bramaba con un ritmo al que resultaba imposible rastrear debido al telón de jazz que lo interrumpía y lo liberaba a saltos. Y recordaría cómo fui distraído por el nido de rocas que más allá de los almendrones, en un recodo iluminado a medias por la luz que escapaba de las terrazas, recogía y disolvía una estopa espumosa que aun sabiendo que no podía estar hecha sino de tela y de luz, mi ojo se empeñaba en confundir con la cresta evasiva del agua. Y cómo este promontorio destellante, velado y desvelado por el juego de la sombra como si se tratara de la diminuta silueta de un castillo en un teatro chino (pero un castillo de bordes incandescentes) me condujo a Antonio, quien al día siguiente debía regresar en el primer vuelo de la mañana y quien alguna vez empleara una imagen semejante para hablarse a sí mismo del asombro que los paisajes aéreos, con el sol rasante del crepúsculo lavando las praderas de nubes a diez mil metros de altitud, le provocaban en el asiento del avión («no hay», decía, «un espectáculo más sobrecogedor; por desgracia, un prejuicio que nunca entenderé los separa de la categoría de paisajes sólo por pertenecer al aire y no a la tierra»).

Y recordaría cómo la evocación de Antonio, refundida como fue con el cuerpo de Laura que ahora se aproximaba a contoneo de bossa nova con un franelón de algodón que la revelaba a trastela cubriéndola mal hasta el medio muslo, abrazada a La Flaca, me provocó un estremecimiento mezcla de dicha y desasosiego, sospechosamente parecido a la culpa.

Notas (inseguras) de Fernando unos meses después

[En toda relación de amistad que con el paso del tiempo se transforma en unión erótica, llámese amor o deseo, es posible señalar un punto de inflexión: el instante en que la persona anterior se transubstancia en cuerpo, la piel en zona de contacto o la mirada en lecho sugerido. A veces el cambio no se produce de manera simultánea: uno de los dos —ella o él— comienza a experimentar algo diferente en relación con el otro, aunque en el otro no se perciba todavía un cambio recíproco. Una frontera cerrada en un sentido y abierta en el otro. O una tierra de nadie en cuyos dominios cualquier cosa puede ocurrir: se rompen amistades de años o se eterniza la tortura sadomasoquista o, en fin, el otro es rozado por la sugerencia tácita (casi siempre un recurso mudo o una cadena de guiños discretos) y condesciende al encanto del abrazo.

Pero no siempre resulta sencillo descifrar ese lenguaje callado, gestual, por virtud del cual se producen los intercambios: el dardo tropieza un muro macizo, o el ojo que habla susurra en un idioma distinto o el lenguaje es el mismo pero las respuestas no coinciden con las invitaciones. Si es posible observar este paisaje de equívocos en la metamorfosis de la amistad a dos, ¿qué esperar cuando la figura inicial no es la línea de dos polos sino el trío? ¿Cómo salta, circula y rebota esa chispa de billar a tres bandas? ¿A qué cuerpos toca, en qué dirección y cuándo?]

Nunca supe lo que ocurrió en aquel «camerino improvisado» a donde mis sirenas habían sido conducidas (y dejadas allí) por la mano de Marisela, y de donde ahora regresaban, danzantes, para sentarse a la mesa y declararme, con un travieso cruce de miradas, que la inflexión se había dado (o mejor, había comenzado a darse). Nunca lo pregunté. ¿Un dedo convertido en

llama que a conciencia o sin ella se aventuró a una zona hasta entonces vedada —por la convención, por los límites sobreentendidos— sin ser rechazado? ¿La prolongación del descuidado jugueteo con el vino y el «me mojas, te mojo» que se había escenificado en el carro, pero ahora franco, sin el antifaz de la «lucha amistosa entre colegialas» que fuera la figura hasta entonces?

Como quiera que hubiera sido, el mensaje de la mesa al que me referí era claro: entre ellas se estaba dando, de modo inevitable, lo que yo podía intuir (ellas: una al lado de la otra, una por la otra): estaba en mí el traducirlo y el aceptarlo (¿o incluso celebrarlo?). Repito, nadie dijo nada: todo se redujo a un asunto de comisuras labiales, de arcos de cejas. La situación, lo confieso, me dejó fuera de paso. Decidí que debía responder acusando recibo y con los mismos medios: igual sonrisa, misma pestaña, idéntica comisura. El resultado, como podría preverse, fue lamentable. No necesitaba comprobar mi esfuerzo expresivo en un espejo para sentir que el producto estaba más cercano a una máscara de carnaval que a un rostro humano y corriente. Podía sentirlo. Mis labios, por ejemplo, primero fruncidos hacia arriba, en un corto viaje vertical hacia los pómulos, y luego congelados allí, prendidos por un par de alfileres invisibles. Y, por supuesto, mis cejas, en su triste pendiente de arco inverso hacia el punto medio de la frente, como las que recordaba haber visto en un melancólico fotograma de Woody Allen.

Por si fuera poco, en ese preciso instante, y acaso impulsado por la propia sensación de ridículo por la que atravesaba, me di cuenta de que si bien había contestado el mensaje (suponiendo que mi careta pudiese ser considerada como una respuesta), me hallaba lejos de haber atrapado su sentido. ¿Qué habían querido decir mis danzarinas por mampuesto? ¿Acaso que ellas dos habían decidido formar combinación, al menos por aquella noche, y que esperaban por tanto —y en estricta consonancia con mi cacareada prédica de despre-

juicio—, comprensión y aquiescencia por mi parte? ¿O se trataba, aún más, de una generosa invitación a ingresar en la pareja ya acordada y proyectada a futuro —la de ellas—, para transformar el dúo en trío y el abrazo a dos en cadeneta de pequeño grupo?

La trabajosa reflexión debió llevarme al extremo de la so-ga porque, de súbito, dejé de sentir la cara. Y, por los resultados, parece que también los dedos: en el momento en que me disponía a unirme al brindis que Laura proponía «por la noche que apenas comenzaba», la jarra de cerveza escapó (*sic*) de mis dedos y estalló sobre la mesa como una bolsa de confeti. Me vi lerdo y ridículo. El Flaco de El Gordo en una humorada sin humor. Por fortuna la banda había terminado y ya Perucho y también el pianista y Marisela se acercaban a la mesa. Una fiesta. Aquella había sido la razón principal que me llevara a aceptar la propuesta de bajar a La Gaviota sin anteponer objeciones: el que El Guitarrista estuviera tocando allí.

Una amistad que se remontaba al año 58, sin fisuras, me unía a Perucho. Sin embargo, no era sólo un asunto de amistad. Me veía poco con El Guitarrista, pero cada vez que coincidíamos en algún convite, sin importar que el convite tuviese el aire de un aquelarre con sacrificio humano incluido, los aires siniestros cambiaban para cederle el sitio a esa sensación de plenitud y de vuelo dichoso que acaso sólo la música (una especie de liberación hacia arriba), y en particular el jazz (una especie de liberación hacia todas las direcciones a la vez), siempre me depararon.

Era probablemente lo que el grupo, o al menos yo, estaba necesitando. Recuerdo que a raíz de una pregunta de Marisela, les dimos la noticia de la decisión extraoficial que nos favorecía en el pleito legal abierto por la Liga. Entonces Marisela nos anotó, por si hiciera falta, que no era aquella la primera vez que la música, vía Perucho, y el teatro, vía nosotros, se vinculaban. Lo recordábamos, por supuesto: se refería al costado musical de *Voces en el espejo*, que había

estado bajo la responsabilidad de El Guitarrista, y con cuya excusa El Guitarrista y sus secuaces lograran templar unas intervenciones, vamos a decirlo, absolutamente memorables. La Polaca comentó que los músicos, todos, disponían de una magia que a ella le resultaba incomprensible y ante la cual se sentía desarmada. Recordé que aquella debilidad, en este caso disfrazada en sucesión de músico pop inglés y de cellista de La Casa, ya le había asestado varios golpes a mansalva durante su periplo británico, pero callé y preferí picarle un ojo cómplice a mi distante Flaca, quien me respondió al punto la guiñada para hacerme entender que también a ella el dictamen de Laura le había traído recuerdos de las islas brumosas. Y Marisela, de nuevo, mirando en redondo, ufana, declaró que por su parte ya estaba tomando las medidas necesarias para garantizar que al tripón que venía en camino le llegara algo de aquel talento loco del padre —y aquí ejecutó un tamborileo digital, al ritmo de «Muchacha de Ipanema», sobre su redonda panza de siete meses—. ¿Y en qué consistían aquellas disposiciones?, ¿ah, manita?, le dijeras, preguntó entonces La Flaca, que ya había estado proyectando unas futuras lecciones de piano para la inocente Barbarita, ¿ah?

—Ejecuto un solo de improvisación diaria en audiencia exclusiva para «ella» —se adelantó a responder Perucho, haciéndose el resignado.

—Atención. Esa «ella» es la panza —dijo Marisela, y apuntó al ombligo mientras le asestaba un codazo a Perucho—... Todavía no le sabemos el sexo. De todas maneras, parece que los retazos no han resultado puro desecho.

—Se refiere a las sesiones —dijo Perucho, y se alejó hacia el fondo del local, desde donde el bajista le hacía señas—... algunas ideas que ruedan y quedan —gritó—, y sobre las que trabajo luego.

El dueño del local, un italiano gordo y rubicundo, quizás persuadido al vuelo por Perucho que se lo había tropezado en el camino, se acercó hasta la mesa a saludarnos. La Flaca y

Laura quisieron comentar algunos detalles de la decoración costera con el italiano, ante lo cual el italiano, entusiasmado a ojos vistas por la diluida sonrisa de La Polaca, las raptó, en ejercicio de guía, con el fin de proporcionarles una experiencia *maravigliosa de minitour*, así dijo, por los ambientes de aquella humilde casa, así dijo, a sus dos *bellas principesas*, así dijo, y en efecto, ya desaparecía con un trofeo de caza en cada brazo mientras las dos venaditas embalsamadas ya se despedían de mí, *ciao ragazzo*, y agitaban la mano hacia Marisela, *ciao bambina. Ciao*.

Esta fue la obertura de aquella noche marítima en dos actos, cuyo telón de boca, con el cosquilleo con vino y jadeos ya referido como motivo pivote, había resultado tan divertido. El primer acto se hallaba, como se verá, a bocajarro.

Marisela aprovechó la solitaria mesa que nos había dejado la escapada de El Guitarrista y el rapto de mis sabinas por parte del calabrés panzudo, para engancharme en la conversación sobre Amalia con la que me había estado amenazando desde hacía meses, probablemente desde el mismo momento en que mi hermana por mitad cortara la segunda soga umbilical y armara tienda aparte, sin que la ocasión se hubiese presentado.

—Esto va a ser largo, Llanero, así que prepárese —dijo.

La vi reír y llorar como una niña. Decir que se trató de una conversación es un decir: fue un monólogo. La dejé hablar interminablemente, sin interrumpirla. Sabía que en el fondo, más que a mí, el largo aullido estaba dirigido a ella misma.

Habló de ella y de padre, y del melodrama precario que escenificaran en una época enterrada. Se dejó ahogar por las risas mientras revivía, pantomima incluida, las travesuras imposibles de la Amalia niña. La confesión se prolongó por un tiempo inmedible, simplemente porque, al no sentir su paso, nos instalábamos fuera de él.

Por este mecanismo vi rebotar a varios incursores: desde Laura y La Flaca hasta el propio Perucho, pasando por los músicos de la banda y el italiano. Si gracias al aturdimiento

alcohólico o musical o al desmadre general que privaba alguien olvidaba la exclusión espontánea y se aproximaba a una distancia menor que la tolerable (ocurrió con mis dos guardaespaldas femeninas y con Perucho), bastaba una mínima seña por parte de Marisela, una mirada que no requería explicaciones, digamos, o la palma de la mano alzada, para que el intruso, sorprendido en su descuido, y excusándose, se batiera en retirada.

Aislado dentro de esa curiara en cuarentena me dejé deslizar con abandono durante una eternidad. A veces, más allá de la espesa cortina que nos separaba del universo, alcanzaba a trasver escenas lejanas, incomprensibles por la costra de irrealidad que las velaba: Monosabio, el pianista, descolgando un agitado solo sin sonidos que por momentos evocaba las notas de «Noche de ronda» y por momentos las de «Espérame entre palmeras», en un sincretismo loco y perfecto; El Guitarrista acodado a la barra frente a su leal cubalibre con amargo de angostura, y, ¡ay!... suspendidas en una espumosa burbuja de salitre, mis dos damiselas lejanas conversando reclinadas contra la baranda de la terraza, desapareciendo por la escalerilla de piedra y de musgo hacia la playa negra, despachando interminables copas de un líquido translúcido (vodka, según pude aprender más tarde, un trago al que habían llegado arrastradas por no sé qué nostalgia eslava de Laura) y, hacia el final de la noche..., bailando al sonido de la banda, primero al golpe de un infatigable popurrí de aires caribeños que Monosabio trenzó y destrenzó con sevicia, como si se tratara de su última noche frente al piano —aquí La Flaca instruía, conducía, sacudía, revolaba a Laura de un extremo a otro de la pista—, y luego, una vez que la banda retornó a los ritmos lentos, hacia el final del final de la noche, flotando la una en la otra, la una dentro de la otra, la una sobre la otra, deslizándose por el blues azul de Nueva Orleans que a través del saxofón de Perucho las disolvía en un rincón oscurecido del mirador donde la brisa lamía los helechos con el mismo imperceptible silencio que empleaba con los cuerpos.

Era tarde. En la pista, dos o tres parejas sobrevivientes permanecían bailando enlazadas, casi inmóviles; las mesas habían sido evacuadas, y apenas en el extremo de la barra que se proyectaba sobre la tarima, una media docena de hinchas de Perucho permanecía, hasta donde los galones de cerveza se lo permitían, aupando con fervor las lánguidas variaciones de El Guitarrista.

En aquel momento experimenté la neta impresión de que había perdido el oído de manera súbita: Marisela había dejado de hablar y me miraba sin parpadear, con los ojos cansados, casi remotos, como si contemplara un objeto (sin interés para ella) colocado detrás de mí, y visible sólo a través de mi cabeza (sin interés para ella) de cristal transparente. Por un instante tuve miedo de que estuviera esperando por la respuesta a una pregunta que yo hubiera desatendido, envuelto como me hallaba en la hipnosis creada por el hechizo de lo que más tarde, entre las despreocupadas risas de las sábanas, llamaríamos «las inmóviles danzarinas del mirador ciego» (una doble contradicción cuya parte final debimos traducir con explicaciones a la varsoviana, debido al doble filo del segundo sustantivo). Pero mi temor era infundado: en verdad ya había dicho todo lo que quería decir aquella noche, quiero decir Marisela. La mirada hueca no era de espera sino de agotamiento: un vaciado que la había dejado exhausta y, a la par, aliviada. Permanecimos así, en silencio, mirándonos sin mirarnos, ajenos por completo a la menor incomodidad. Y hubiésemos continuado así, en esa actitud de «dormidos con los ojos abiertos» hasta el día siguiente, de no ser por la irrupción de Laura y de La Flaca quienes, percatándose en un entreacto de que el drenaje de Marisela había terminado, nos extrajeran de aquella suerte de cóctel de sueño con vigilia en el que nos hallábamos.

¿Era una deformación mía o mis dos jugueteadoras estaban, ciertamente, más deslumbrantes que la última vez que las viera, varios milenios atrás? En todo caso, se aproximaron sin

sobresaltarnos, besaron en el pelo a Marisela, quien de inmediato se repuso y cambió de humor, y luego, al alimón, con movimientos de nado sincronizado, practicaron una inclinación de cabeza, extendieron sus manos y me invitaron a bailar.

Aquella invitación no era la primera: durante mi diálogo con Marisela ya lo habían intentado al menos un par de veces. Estaba sonando el popurrí caribeño que constituyera el plato fuerte del conjunto en la mitad final de la parranda, cuando me sisearon desde la pista y, sin dejar de menearse amenazaron con raptarme. Las disuadió el gesto de Marisela. Pero desde el momento de aquella intentona fallida ya habían transcurrido al menos dos horas, quizás más, un lapso que había sido, como en el bolero, testigo mudo de las desapariciones y las danzas estáticas (¿y extáticas?) que referí antes. No, ahora se trataba de otro *tempo*, distante del guaracheo y del baile suelto: un asunto de contacto y de piel y de respiración. La música misma lo decía. La música y los cuerpos.

¿De qué acto habíamos dicho que se trataba? ¿Del segundo? Bien, esa decisión marcó el segundo telón de aquel «viaje al fondo de la noche» que la noche misma nos había estado preparando con chirel y salsas varias por aderezo, sin que nos percatáramos de un todo. Al menos hasta el instante de la invitación, porque bastó el roce de los dedos y la rendija de ojo por la que se deslizó una segunda sugerencia que alcanzaba a otro gesto más allá del baile y a otro lugar más allá de La Gaviota, para que la pregunta que yo me había hecho unas horas antes, cuando ellas regresaban del «camerino improvisado» tocadas con los franelones que Marisela les consiguiera, fuese respondida de un todo sin necesidad de palabras. No había dudas: el lazo acordado me incluía: la pareja se abría de pareja a triángulo.

A estas alturas del juego, debo pedirles su venia para llevarlos a una digresión necesaria.

Ocurrió en Londres, durante los días desapacibles y dichosos de Belsize Crescent, en el curso de una de aquellas «visitas para quedarse» que La Polaca solía dispensarnos, a La Flaca y a mí, de manera inopinada cada dos por tres. La Flaca y yo nos habíamos retirado a dormir, dejándola a ella envuelta en una cobija de lana, sobre el sofá de la salita, para que intentara hacer otro tanto. Regresábamos de asistir a un montaje algo primario de... *Afrodita en Woodstock* y de tomarnos unas cervezas en el Sour Grapes y nos hallábamos ya con las luces apagadas en el filo del sueño cuando nos sobresaltó el ruido de la puerta del dormitorio que rechinaba (un hábito irreductible de todas aquellas casas victorianas que nos alojaron en las islas brumosas) y el gajo de un resplandor amarillento que jugó sobre la cama. Era La Polaca, desnuda como la Afrodita de la obra que, recortada por el haz grumoso que provenía de afuera, nos contemplaba desde el pie de la cama con ojos de desamparo y nos pedía que le hiciéramos el amor. «Parecía una corderilla sacramental lista para el sacrificio», diría La Flaca días más tarde, narrándola desde el recuerdo. Curiosamente, tanto La Flaca como yo interpretamos que quería hacer el amor no con los dos sino conmigo: alguna ambigüedad de la segunda persona del plural que se ampliaba aún más al pasar del polaco al inglés, pensamos. Pero no, si alguna duda había, ella se encargó rápidamente de limpiarla:

—No. Me refiero a *ambos* (*both of you*) —dijo, esta vez sonriendo con un énfasis tembloroso—. Y los dos al mismo tiempo.

Recuerdo que nos levantamos, la abrazamos, regresamos con ella a la sala y, reclinándola en el sofá, la cubrimos de nuevo. El trayecto dejó una rendija para la velocísima mirada de entendimiento que La Flaca y yo queríamos cruzar.

—Sería injusto, muñeca, tú mereces algo mucho mejor que lo que nosotros podríamos darte —le dije, al tiempo que ambos le acariciábamos el cabello—. La Flaca y yo ya nos poseemos demasiado el uno al otro, no quedaría nada para ti.

Entonces apagamos la lámpara y regresamos al dormitorio. ¿Fue imaginación mía o esa noche La Flaca y yo hicimos el amor con una ferocidad fuera de costumbre (aunque apagando los gruñidos para que la cabrita sacramental no nos oyera)? A la mañana siguiente ninguno de los tres mencionó nada: como si nada hubiese ocurrido.

[Clic. Después del encuentro, las dos mujeres se han entregado, como niñas traviesas, a una suerte de batalla de almohadas y cojines. Ahora ríen, y el rostro de la mujer más cercana, de frente, rociado por el haz blanco de la lámpara de noche y justo a centro de foco puede ser visto por primera vez, en toda la nítida precisión de los rasgos. ¿Y el hombre? Clic. Al fondo, camina hacia el baño, pero se ha vuelto por un segundo hacia el lecho para decir algo divertido a las dos mujeres antes de desaparecer.]

Una distancia de años nos separaba ya de aquel minuto fallido que un olvido de los fuelles del deseo me llevó a ubicar en el baúl de los trastos en desuso. Y ahora allí se hallaba, en la aureola de dicha que resultaba imposible dejar de ver, al borde de la mesa de las confesiones, con su ternura hacia Mari-sela, alias la aliviada, y su picardía de doble fondo hacia mí, alias el aguardador.

Acepté el vértigo del primer tobogán que un súbito recato hacia afuera —hacia alguna pareja de bailarines tardíos y hacia los trasnochados de la barra y hacia Perucho y su banda de sobrevivientes— nos llevó a instalar en el mismo rincón abandonado del mirador que ellas antes habían aprovechado y al que los helechos, la angulación del muro y la oscuridad volvían invisible. A pesar de que el mirador se alzaba como una plataforma natural sobre el rompiente y sobre el mar, soplabla una brisa dulce que apenas hamacaba los helechos y

los maceteros colgantes de malangas. El aire tenía la transparencia del cristal pulido y olía a yodo, a salitre y a madera. Si obedeció a una pícaro complicidad que El Guitarrista nos obsequiaba en silencio o a la loca protección del azar, es algo que jamás sabré, lo cierto es que nuestro escape hacia la terraza se sincronizó puntualmente con los compases iniciales del mosaico de boleros que la banda de Perucho acometió para cerrar la noche, y que nos acompañaría a lo largo de toda la coreografía a tres que iríamos improvisando con desparpajo en el refugio salitroso, sin apenas proponérselo, y nos despediría luego, sin estridencias, en el momento de la escapada hacia el lecho ausente que esperaba por nosotros.

De nuevo, como ocurriera en muchas de las esquinas críticas de mi temprana juventud, oí sonar los boleros de siempre, esta vez gracias a la buena nariz de Perucho: Agustín Lara, alquimizado por el capricho del jazz, emergía y desaparecía enlazado a María Greever y a Los Panchos, y éstos, sin resaltos, invadían el territorio ronco de Toña La Negra para regresar luego, de nuevo despojados, a ellos mismos. Me sentía borracho y dichoso, aturdido por una felicidad que sólo podía soportar por la promesa insólita de que un minuto más tarde sería aún mayor. El temido abrazo había llegado sin temores, y la cuerda que anillaba a cada uno a los otros se tensaba y distendía conforme a un patrón azaroso: ahora se dibujaba la figura triangular que un segundo después cedía el sitio a un abrazo a dos estrechamente custodiado por el tercero en juego, quien tutelaba y celebraba a ras de piel, pero tanto el papel de testigo como el de pareja eran provisionales y relevables.

¿En dónde me hallaba en verdad? Mi excitación sólo era igualada por mi asombro, aunque sin permitir que el asombro mismo interfiriera con ella. Por más que lo intentaba no podía evitar el dejarme sorprender por La Flaca. Atención. No por Laura, cuyo apetito ya había tenido su preanuncio en la noche londinense de la corderilla sacramental; ni tampoco por mi propia actitud; por La Flaca. Pero acepté: a ella en esa

variante que también era ella, y me acepté a mí en nosotros; y, en fin, acepté esa variante de nosotros a la que la presencia de Laura nos enfrentaba.

¿Por cuánto tiempo nos deslizamos dentro de aquel juego-teo sin tiempo? Tal vez habíamos decidido, en un acuerdo tácito, prolongarlo hasta el límite en que la música lo decretaba. Y ocurrió que la música, aquella colcha de retazos boleriana —ya fuese, de nuevo, por virtud del azar, o de algún frenesí sin fondo en el que Perucho habría resbalado, o de la discreta complicidad que lo habría llevado a iniciarla—, se extendió por un lapso mucho mayor del que cabría esperar en una variación jazzística típica.

¿Qué nos despertó? Fue como si, de súbito, todo el sonido de la tierra se hubiese apagado. Cesó la música y, tal como si hubiésemos estado bailando en un embaldosado de sonido, con la música cesó nuestro suelo. Permanecimos inmóviles, abrazados (estábamos en la variante equilátera del triángulo), con los ojos cerrados debajo de los párpados, acaso temiendo que la mínima conciencia sobre el desamparo hacia el cual nos deslizaba la ausencia de universo en el entorno nos arrastrara con ella hacia esa nada sin sonidos cuya semejanza con la muerte era tan perfecta que resultaba inútil el compararlas. Abrimos los ojos lentamente, casi con gravedad y, en silencio, cada uno barrió su mirada sobre los otros dos... permanecimos así por un instante hasta que, de pronto, rompimos en carcajadas. El estallido tuvo el efecto de un bálsamo, al drenar la tensión de la que él mismo resultaba un síntoma. Salimos del mirador riéndonos, nos despedimos de Perucho y de Marisela sin dejar de reírnos, y cuando abandonamos el lugar dibujando cabriolescas rondas de niños sobre el sendero de arena y de almendrones para abordar el carro, reíamos todavía.

Capítulo VII

(1982)

1

—Si te conocen y nos conocen, tienen que saber que nos conocemos —dijo Carmen Luisa, como si ensayara un trabalenguas. ¿Cuántas veces había repetido aquel comentario en plural desde que recogieran a Marisela en el segundo carro? ¿Dos, tres tal vez?

Era una frase que se le había deslizado desde que Diego le pidiera ayuda en la tarea, nada fácil por lo que se viera al principio, de persuadir a Marisela para que les arrimara el hombro algo más de lo que lo había hecho hasta entonces. Mejor dicho, «algo», a secas, porque de la jazzista, hasta la hora, no podía decirse que hubiese soltado prenda. De allí que ella no sólo hubiese aceptado llamar a Marisela y acompañarlos en el encuentro, sino incluso manejar el carro que la jazzista ponía como condición para la cita.

—Estuve haciendo cuentas del tiempo que llevamos conociéndonos, chamina —dijo Marisela—. Veinticuatro años. Desde que nació Amalia: año 58 para ser exacta.

Carmen Luisa sintió un frío seco. Rodaban por la avenida Sucre. Dobló a la derecha dos cuadras antes de la plaza y engranó en el tobogán que bajaba hacia la playa —otra exigencia de Marisela—. ¡Veinticuatro años! Podía ver a la jazzista en aquel tiempo primordial: echada sobre un sillón de rattan, la columna soportada por un cojín, amamantando a la

bebé recién nacida. ¿Una niña algo crecida jugando a las muñecas? Eso le había parecido. También en aquel tiempo la decisión había sido visceral: la de acompañar a Fernando a conocer a la medio hermana. ¿Cuál era su detergente? ¡Olvídense! ¡Sólo Alde, el polvo de su pantalla de las nueve, le blanqueaba la ropa como usted deseaba, señooora...! Pero el 58 había existido, y ahora eran 24 años, con todo el carrusel a cuestas: Marisela casándose con Perucho, los dos metiéndose el hombro con la banda de jazz, con los hijos que vinieron, con la creación del Isadora.

—¡Éramos casi unos niños! —dijo Marisela—. ¡Todos! Fernando, tú, La Flaca, Antonio...

Una leve garúa había caído de paso y ahora el asfaltado de la autopista humeaba. Afuera, con toda seguridad, debían estar goteando sus treinta grados por lo bajo, pero dentro, el acondicionador en marcha y los vidrios subidos, se flotaba en un bocado de espacio fresco y silente. El sopor y el ruido quedaban afuera, y, también, las miradas: tal como pidiera Marisela, una cubierta filtrante de saturación máxima forraba la cara interna de los vidrios.

—Tres carros, vidrios ahumados y playa... La zona de La Gaviota, si no les importa —había dicho desde el teléfono de cabina, cuando accediera por fin a los ruegos de Carmen Luisa, y se rió por primera vez—: Nunca me ha pasado nada malo en el mar.

Carmen Luisa y Diego saltaron, ¡bingo!, ¡la jazzista se había ablandado!, al tiempo que se sorprendían al pasar revista a las precauciones que Marisela exigiera, después, claro estaba, de consultar el asunto con Perucho y de encomendarse, vía mamá Eudora, a la protección de las siete potencias.

—Tres carros en serie, chequeo, vidrios ahumados, cabina telefónica, cero DTI, discreción, salida de circuito —enumeró Diego, feliz, se notaban las series yanquis, ¿no?, ¡quién lo hubiera creído viéndola apenas antier!

En aquel momento, Carmen Luisa se estaba bañando con la pequeña Marina que de pronto resbaló en la bañera, practicando un chapuzón involuntario que mojó a Diego y la ahogó a ella. ¿Veías?, la niña también celebraba, cielo suyo.

Y bien, la complacida tuvo que pasar por un raqueteo de carros y de choferes. El leal Fiat de Diego aún no lucía las ventanas que la jazzista quería para la discreción en el tuteo, ¡y todavía se necesitaban dos trasbordos! Y en cuanto a los choferes... bueno, allí los resteados de siempre que prestaban el carro o manejaban el ajeno sin detenerse en pregunticas molestas.

De la lista de los sin pregunticas tuvieron que ser eliminados, siempre por razones de seguridad, algunos de los más visibles: Fernando y La Flaca, claro, pero también Amalia, por ejemplo, y gente como Hernán, el chef del Isadora, un ex guerrillero de los sesenta que venía de estudiar cocina mediterránea en Roma. Entre los que superaron el barrido de previsión, quien topó a todo fue, sin duda, Ludmila, evaluaría Carmen Luisa aún antes de que la circunstancia terminara. Fue Ludmila (de quien se hablará más tarde en la novela en un tenor semejante, aunque esto no lo dice La Sigmuncita, sino nosotros) quien insistió en pedir para ella el rol de choferesa de las primeras ruedas a desechar y el honor de suministrar «el carro de la conversa».

A la altura de la avenida Soubllette, fue la propia Marisela la que decretó la inflexión: de los remotos tiempos de su primer parto al minuto puntual del presente en el que dijo:

—Bueno, tal vez sea mejor comenzar a apurar el trago amargo de una vez.

Así dijo, y Carmen Luisa comenzó a felicitarse por la decisión de dejarse llevar por la corriente de los pequeños hechos que ahora parecían comenzar a encajar unos con otros entre sí y, a la vez, con ella. Como pronto se haría evidente (¿pero no lo era ya?), la jazzista había sido arrastrada a punta de azar puro a una circunstancia que al rompe la colocaba sobre

la soga no sólo a ella sino a los suyos. De modo que, pensó Carmen Luisa, había, hubo, hay, habrá, más de una razón para su propio protagonismo.

Recordó, en contraste con este talante de ahora, la quiebra de ánimo con que Marisela había respondido a los primeros contactos que ella intentara. La jazzista había roto a llorar, y apenas si había sido capaz de balbucear alguna respuesta, las más de las veces huidiza o incoherente, cuando no se refugiaba en el simple silencio. Aquella actitud ya representaba a las claras una confesión tácita de estar viviendo bajo ese estado de cohecho que Diego conjeturara desde la entrevista en el apartamento y que ella, Carmen Luisa, había estimado coherente.

—No se necesita ser loquero para extraer esa conclusión, pero tú, por si las garantías, lo eres —bromeó Diego—. De modo que...

Era cierto. El caso resultaba tan de manualito que no requería de una segunda consideración. Y el punto más sensible parecían ser los hijos. ¿Una amenaza de secuestro o muerte? Esto o algo de tensión suficiente como para llevarla hasta el extremo absurdo de ocultarle la situación a Perucho. Así, lo que faltaba era, en primer lugar, la confesión del hecho por parte de la involucrada. Una vez sobrepasado este dique, el resto del relato vendría por sí mismo. Quedaría una angustia residual, razonaba Carmen Luisa en registro académico, puesto que el caso continuaba abierto y en progreso, pero la turbulencia interna se reduciría. Esto era justo lo que comenzaba a ocurrir ahora con Marisela, la sola decisión de confiarse ante ellos había bastado para mudarle el tono.

¿Dijimos ya que era noviembre en el abra del valle y que, por tanto, las serranías de la garganta por la que se deslizaban hasta el mar lucían de un esmeralda cerrado luego de las largas lluvias de estación, y que, por tanto, con el avance de la tarde el paisaje costero se atenuaba, y que, por tanto, el bochorno del mediodía se lavaba hasta parecer, por momentos, casi frío, sin llegar a serlo de un todo?

Alivien el párrafo de dos o tres excesos y denlo por dicho.

Entre otras razones porque era cierto. Hasta el punto que, avanzando ahora a ras de las olas, la sintonía de los dos climas pareció crear las condiciones para que el brote de comunicación se diera. Fue entonces cuando Marisela anunció lo que relatamos arriba, pero que repetimos ahora para dejar claro que fue ahora y no entonces cuando lo dijo:

—Bueno, tal vez sea mejor comenzar a probar el trago amargo de una vez.

Carmen Luisa persiguió la mirada de Diego a través del espejo, pero ya El Cronista se inclinaba hacia adelante para tomarle la palabra a la jazzista.

—Te vas a aliviar cuando te alivies, cariño —bromeó Diego.

Marisela se volvió hacia él y lo miró como si estuviera estudiándolo. Carmen Luisa intuyó lo que la jazzista iba a decir como abre boca, lo habían conversado en la última llamada: Diego y la herida y el humor y los deseos de saltar de la cama a sabanear a las lacras, tanto a los del gatillo como a los que manejaban los guarales tras bastidores. Y aquí ocurrió: ella, Carmen Luisa, había soltado el párrafo de un envión, y una vez suelto, sus consecuencias resultaron de inmediato palpables, porque lo que sonó al otro lado de la voz fue un silencio absoluto, al punto que ella creyó que la comunicación se había caído, o, peor aun, que Marisela había colgado. Pero no era así, la jazzista continuaba al otro lado y continuaría allí hasta susurrar lo que sentía que debía susurrar, sólo que ahora, de nuevo, apenas si alcanzaba a gorjear alguna sílaba. ¿Qué le había ocurrido? La Sigmuncita lo intuyó en el mismo momento en que la voz comenzara a tartamudear: Marisela había olvidado por completo el riesgo extremo que corriera Diego y, sobre todo, que continuaba corriendo. A un primer golpe de vista, la desatención podía parecer de un egoísmo siniestro. Sin embargo, a paciencia y en el fondo, resultaba del todo explicable. Marisela olvidaba por simple sustitución de núcleos: la conciencia de su propio peligro no dejaba lugar para la del

peligro del otro. La desmemoria selectiva, sonrió. ¿Se lo dijo así, con estas palabras y en este lapso, bocina en mano? Es más que probable. De cualquier manera la reflexión no la hizo perderse de nada, porque mientras ella mascullaba estos pedazos de lengua hacia adentro, la jazzista proseguía mascullando los suyos hacia afuera.

—Perdona, manita, qué torpe soy, es que... —decía—. ¡Qué egoísta soy! Es que... bueno. Con todo esto uno termina por no encontrar el... Es que... El buen sentido... Por olvidar que es Diego quien, en primer lugar, está en peligro, y quien, en primer lugar, necesita ayuda.

¡Aquella era su chama resteadada, topo a todo!, se gritó hacia adentro. Más tarde, sería el agradecimiento el que encendería la memoria, y la memoria la que pondría en marcha el carrusel que desgranó las imágenes siguiendo al pie de la letra el lugar común de la cascadita. Se vio de nuevo ella, bluyín y franela y boina al pelo, echándole una mano a la madre, a Marisela, recién estrenada con el tetero de una bebé dorada y hambrienta que maúlla en mameluco sobre su cuna;

// se vio vistiendo a Amalia, la bebé ya crecida, para su cumpleaños número siete, y, luego, tendiéndole el flamante regalo, una edición abreviada de *Huckleberry Finn* en la que ella invirtiera parte de su primer sueldo de psicóloga:

// se vio como ayudante de Eudora, la abuela-bruja-oficiante, en la ceremonia de tabaco y pociones con que la «chamana» celebraba, conforme al rito lunar de María Lionza, la pubertad de su nieta, mientras Amalia, descreída e irreverente ya, le picaba el ojo a distancia, y fingía, al ser sorprendida por Eudora, una molestia, sin duda provocada por el humo, abuela, al tiempo que, sentada, hundía su cabeza contra las rodillas, una caracolita amadejada disimulando sus risas;

// se vio en la noche de la inauguración del Isadora Jazz, secándole las lágrimas conmovidas a Marisela quien, abrazada a Perucho, gorjeaba que se le atragantaban las palabras a ella, manita suya, aquel sueño dorado, aquella cueva propia.

De modo que:

—Perdóneme, de verdad, corazoncitos míos —dijo Marisela—. Con todo esto olvidé que quien en primer lugar está en peligro eres tú, Cronista, chamo.

—¿...? —calló Diego.

Empleamos esta acotación vacía, por supuesto, para señalar que El Cronista prefirió no comentar las excusas de Marisela y esperar por lo que podría venir. En efecto, la jazzista interpretó bien nuestra señal, y agregó:

—Una estupidez mía... una siniestra estupidez mía —dijo, y La Sigmuncita sintió como si la jazzista la hubiese oído mientras ella recordaba o como si hubiese leído lo que ahora —el ahora de la escritura, ¡ojo!, escribimos— vamos a *conversar*.

No ellos tres, el carro, que ahora llegaba casi solo en las manos de Carmen Luisa al mirador de Macuto, sintió alivio. Hablaron de esto y de aquello, rieron, recordaron de nuevo, se les fue una lagrimita aquí y otra allá que, aunque legítimamente volcadas, no comentaremos y, en fin,

—Viste al hijo de la gran puta —afirmó, sin preguntar, Diego.

Carmen Luisa había estacionado en el lugar más cercano al agua.

—Llegamos —celebró—. Viste al tipo, chamina...

—Vi al tipo... como los estoy viendo a ustedes.

—¿Nos ayudarás con el retrato? —dijo Carmen Luisa—. Un retrato hablado con el apoyo de un tipo fuera de serie, ¿no, cariño? El Sindicalista, ¿no?

Diego le despeinó la pollina a Marisela. Marisela sonrió y elevó los hombros.

—Ustedes pregunten —se entregó: dijeran ustedes.

Carmen Luisa experimentó un escalofrío que no provenía de la aceptación confirmada de Marisela y que la ovilló sobre el volante. Diego y la jazzista pensaron que ella había optado por aquella pose, algo extraña si a ver vamos, para seguir

mejor el diálogo que en ese momento ellos iniciaban y que prometía lo suyo. Más tarde ella le explicaría a Diego que el temblor y el acurruque la habían soplado desde la memoria, desde la lejana memoria, cielo, porque sin pensarlo —pero el inconsciente nunca dejaba de «pensar», aclararía ella, ya la conocen—, porque sin pensarlo había manejado, conversando y bajando, hasta el sitio donde, veinticinco años antes, le tocaría vivir... ¿sabías tú, amor suyo, de qué te hablaba?... Aquella tragedia. Diego sabría de qué hablabas, sí mi amor, pero fiel al pacto tácito que protegía el territorio, apenas asintió, sí, sabía. Luego ella le confesaría que aquello no era todo, le ocurría que desde la visión del sitio, desde el lugar donde había estado el club de playa, y a pesar de que el club de playa, por fortuna, ya no estuviera, la había invadido una sensación tan helada de tragedia que venía ya, ahora, que no le dejó otro cobijo que el de ella misma, el del rollito de estopa sobre el volante, y ya no había podido seguir la conversación con Marisela: la había oído sin oírla, ¿la perdonabas? ¿Le contabas ahora? Diego la perdonaría, pero no tenía nada que perdonarte cariño, y le contó, claro, pero ahora le decías tú por qué se me amurrungaba usted, y la mimó porque felices era como debíamos estar, Mariselita se había portado, se había amigado, ¿no?, ¿y la gran maga del milagro quién había sido? Mi princesa aquí, usted, tú. Sí, tuvo que aceptar ella, este loco le conocía sus locuras... desde las propias, y sonrió en silencio antes de escucharle el relato.

¿Qué dijo Marisela?

—...lo que ustedes quieran —comenzó a decir la jazzista, ¿recordabas eso, cariño?, preguntaría él más tarde.

—Lo recuerdo —dijo ella—... Recuerdo hasta allí, fue cuando estacioné y... Lo que viene luego, ya sabes... Me perdí lo que viene luego...

—¡Dios mío, qué bello está el mar! —contaría Diego que había exclamado la jazzista al sentir de pronto un espléndido estallido de ola.

¡Bien por ese contorno!, le celebraría ella, Carmen Luisa. Se lo dijeras todo, cielo, si algún día se decidía a escribir sobre esto, los detalles iban a resultar importantes. El Cronista le aliviaría de los bermudas para, volteándola de pecho sobre la cama, acompañar el relato con el masaje.

—Fue en fracciones de segundo —comenzó a contar Marisela—. ¡De terror, manitos! Oyes la ráfaga, ves la cara del tipo, el reflector que le cae de lleno, él te mira... y zas, un instante después, nada.

—Pero lo suficiente para recordarlo... —dije yo, le contaría Diego a Carmen Luisa.

—¿Lo suficiente? Como si se tratara de ti en este momento, Cronista... Lo que se dice copiado en forma sin proponérmelo... ¡Ni te cuento de las pesadillas donde se me mete el desgraciado! —se quejó Marisela.

—¿Y el fiambre? —podría preguntar Spade.

—¿Perdón? —podría responder entonces Marisela.

—¿Y el tipo al que le dieron? —pregunté yo, contaría Diego.

—Del muerto me di cuenta después, no en ese momento. Y no mucho. Entre el susto y la aglomeración me quedó poco... En un minuto aquello era un hervidero.

—Parece que se dejaba caer por la zona...

—Leí algo de eso en la prensa; pero por el Isadora nunca, por fortuna —y tocó madera sobre el tablero y te pasó la mano por el pelo a ti, mi amor, y volvió a decir que el mar estaba de ataque, Dios suyo, ¿seguía siendo católica Marisela, cariño?, y siguió, le contaría Diego.

No me había dado cuenta de eso, comentaría ella; él, en cambio, no le había perdido palabra a la jazzista, que ahora apenas sí necesitaba de alguna que otra aupadita para reconstruir los pormenores.

—De quien no se sabe nada es del «vivo» —prosiguió Marisela, diría luego Diego.

—Por eso estamos aquí, cariño —le dije yo—. ¿Qué pasó luego? Te dio un telefonazo, ¿no es así?

Allí pasaban del terreno público y conocido, al secreto, diría ella; justamente, diría él, por eso había buscado tu mirada, para que me echaras una mano; lo lamentaba, cielo suyo, lo lamentaba tanto; por suerte no había sido necesario, la tranquilizaría él, al tiempo de flexionarle el tobillo.

—No habían pasado ni dos horas cuando el maldito llamó —dijo Marisela, y calló por un momento, y creo que le vi temblar la quijada, contaría Diego, pero fue una impresión muy pasajera—. De alguna manera consiguió el número del negocio... La guía telefónica, supongo...

—¿Qué dijo?

Marisela volvió la cabeza, se pasó la mano por la frente, miró hacia el mar por un instante, te miró a ti y recobró su posición inicial, de frente a mí, contaría Diego, ahora le tocaba el turno a los dedos de la mano: flexión y extensión, pulgar, índice, medio.

—Preguntó por mí.

—¿Nombre y apellido?

—Nombre solamente... Señora Marisela... Pensé que se trataba de algún cliente despistado o de algún músico amigo de Perucho, qué sé yo...

—¿Y luego?

—Luego... —vaciló, se sonó los dedos, por un momento pensé que se iba a echar a llorar, le diría Diego—. Me amenazó.

—¿Qué te dijo exactamente?

—Que me portara bien si no quería ser la próxima...

Yo había recordado la entrevista anterior, le diría Diego; ¿lo de los hijos y la crisis?, preguntaría ella, le hacías cosquillas allí, cariño; sí, lo de los hijos, y pasaría a los músculos de la nuca, en el momento en el que Marinita irrumpía, ¡así quería verlos!, y se echaba al lado de la colchoneta.

—¿No te mencionó a los chamos? —le pregunté yo, contaría Diego.

—No, no en ese momento —precisó Marisela... Más tarde... En la segunda llamada... No, en la tercera, la que hizo en la mañana a la casa... Llamó temprano.

—Vamos a regresar al Isadora... Dices que hubo una segunda llamada, ¿cómo fue?

—Idéntica a la primera.

—¿Seguías en el cuartico de administración? ¿Dónde estaba Perucho?

—Sí. Después del tiroteo yo regresé al local, cerramos, por supuesto, vino la policía, los curiosos... Perucho se quedó afuera... Para serte sincera, me desentendí del asunto. No quise ver el cadáver y me fui a hacer números al negocio.

—¿No le dijiste nada a Perucho después de la llamada?

—Estaba aterrorizada... El tipo sabía mi nombre, pensé que podía tener espías regados... Tú sabes... En la segunda llamada, ahora que recuerdo, habló de «los míos»... no de mis hijos, de «los míos».

—A los muchachos los metió en las llamadas del día siguiente... porque hubo varias, ¿no?

—Sí.

—¿Qué dijo?

Ella creía, cielo suyo, que había sido entonces cuando la rama de almendrón cayó sobre el carro ¿no? Ella recordaba el susto y el ruido y lo que siguió. Diego suspendería el masaje y miraría a Marinita, ¿nos esperabas afuera muñeca?, los viejos conversaban algo sólo para viejos. Marinita saldría, no sin refunfuñar.

—Dijo que sabía dónde estudiaban mis hijos —vaciló—, que si quería seguir viéndolos vivos...

Estaba comenzando a decir eso, relataría Diego, cuando la maldita rama cayó sobre el carro... entonces le sobrevino la crisis: se sobresaltó la chama, por suerte tú te incorporaste y la sosegaste... regresabas como si no te hubieses perdido de nada.

—¿Entonces? ¿Estabas dispuesta a ayudarnos con el retrato hablado? —preguntó Diego, cuando la vio respirar de nuevo.

Estaba, manitos, ustedes mandaban, aceptó la jazzista, Perucho y ella ya lo habían conversado.

¿Le repetías en la parte baja de la nuca, papi?

2

Moralitos practicó un último retoque sobre el bigote del hombre y se retiró de la mesa para reposar contra el espaldar de la silla y permitir que el pequeño grupo de espectadores pudiese echar un vistazo al resultado. Aunque, tratándose de un retrato hablado donde no venían al caso las consideraciones estéticas, el único veredicto confiable sobre la fidelidad del boceto era el de quien había dictado a boca los rasgos del criminal. De modo que, chiste acá sobre el perfil de picure, mamadita allá sobre la quijada de tractor que el rostro gustaba, de inmediato todos se volvieron hacia Marisela.

—Eso es, eso es —vaciló Marisela—. Quizás un poco más hundido en esta zona.

—¿Los cachetes? —preguntó Moralitos, al tiempo que realizaba el retoque.

—Los cachetes —acordó Marisela—. Y esta parte, aquí y allá, un poquito más saliente.

—Los pómulos —afirmó Moralitos, borró y volvió a trazar—. ¿Así? —le extendió la cartulina.

Marisela frunció el entrecejo y dejó escapar un corto bufido:

—Exacto... ése es el tipo —exclamó por fin: no sabía si alegrarse.

Perucho, Carmen Luisa y Diego ovacionaron a Moralitos al tiempo que El Sabueso lo palmeaba por la espalda, lo alzaba abrazándolo por la cadera y lo sacudía a ritmo de salsa caribeña antes de hacerlo aterrizar de nuevo en medio del grupo.

Aquel Moralitos era una verga, decretó, él se los había dicho, él no había dudado ni por un momento que el taco aquí que era en dibujo los iba a resolver. Moralitos apenas había sonreído mientras se reponía del traspie del aterrizaje. No por fatuidad: aquélla era una de sus maneras efusivas de manifestar satisfacción. La otra era el chispazo que detrás de la pequeña montura dorada le hacía brillar los ojos saltones. Era de baja estatura y gastaba perilla y chaleco, rasgos que le colgaban una facha de relojero tímido o de coleccionista de miniaturas. En la DTI, donde levantaba el pan boceteando rostros de crápulas y delincuentes, lo llamaban «El Maestro». Él prefería verse como un artista, así sin adjetivos, aunque las individuales a las que había accedido hubiesen sido ignoradas por crítica y por público.

También a Diego el remoquete de Maestro impuesto a Moralitos le había chocado. Para él, aquella combinación de alquimista y sabio en retiro, comprimida en una diminuta y enérgica osamenta, no podía aceptar otro alias que el de Sindicalista. Así lo había oído llamar desde la primera vez que lo viera agachado frente a la maqueta de una portadilla con la regleta de picas en una mano y el lápiz en la otra. ¿Cuándo había vivido esa escena? ¿A comienzos de los 50? Él no debía contar más de doce años, once quizás, porque aquello había ocurrido en la tipografía de padre, en las faldas de La Candelaria, antes de que padre mudara el taller a Quebrada Honda, unas cuadras más al Este. Eran los comienzos del gobierno militar y, por más que los mayores a no dudar por razones de edad y de seguridad, trataran de mantenerlo al margen, resultaba imposible que no le llegara al menos algo de aquel laborioso tejemaneje que se desarrollaba en sus propias narices. Los adultos cambiados en sombras sigilosas conspiraban en estricta clandestinidad contra el dictador, y el taller donde se producían los folletos y los volantes que luego circularían por fábricas, universidades y calles, se alzaba justo en las trastiendas de su casa, en un depósito camuflado de la

tipografía de padre. Años después, cuando en la adolescencia le tocara el tábano del sexo urgente, quien lo llevó a los burdeles iniciales no fue otro que El Sindicalista¹. Luego, lo perdieron de vista: llegaban noticias esporádicas que lo ubicaban en Cumaná o en Ciudad Bolívar, siempre diagramando revistas, ilustrando, siempre pintando sus incansables paisajes acuáticos.

Cuando El Sabueso le habló del personaje, El Maestro, y de la ayuda que podía prestarles en el caso, lo rozó una resonancia familiar que, sin embargo, no lo preparó para la sorpresa de reencontrarlo en un oficio próximo sólo en apariencia a los trabajos que lo habían ocupado en el pasado. ¡El Sindicalista estaba idéntico! Pero no porque se hubiese mantenido joven, sino porque treinta años atrás ya presentaba la curiosa facha de viejecito reposado pero incansable y obsesionado por los detalles que seguía ofreciendo ahora. También lo acompañaba la misma cabeza de cuatro pelos dispersos —ahora blancos—, la misma perilla y la misma marcha a brinquitos cortos que le granjearan más de una tomadera de pelo en los tiempos de la clandestinidad.

Había defendido su soltería y su soledad con éxito y de tarde en tarde aún se «iba de putas» —como les confesó a Carmen Luisa y a Tulio en susurro carrasposo durante la cena de celebración de reencuentro—, pero se había vuelto vegetariano y ya no alzaba el codo más que para despachar las tazas de manzanilla que engullía a diario por litros.

—Lo convenido, entonces —recordó Diego, una vez que El Sabueso dejó de bailar a El Sindicalista y lo depositó de nuevo en medio del grupo—: sólo para consumo interno, ¿no es así?

1 Diego recuerda a El Sindicalista, incluso en estos detalles, pero quizás nosotros no. Los interesados pueden regresar a la p. 53 donde documentarán los antecedentes de esta amistad.

—Ya El Maestro lo sabe: nos puede ayudar con los archivos —respondió Tulio—, no creo que el fichero de mierda nos vaya a servir de mucho, pero es un descarte inevitable.

—Y aparte de nuestro Sindicalista aquí —Marisela le seguía la historia a Diego—, ¿quién más?

—Tres o cuatro leales «fuera de toda sospecha»... y más nadie, absolutamente más nadie.

—¡Ay, manito, ya me volvió el miedo! —balbuceó Marisela.

—Ese retrato es un arma de doble filo —insistió Perucho—. Perdón, Cronista, Marisela aceptó colaborar en esto por ti... y lo hace de todo corazón, pero...

—Hemos tomado todas las precauciones, Perucho, Marisela. Estamos llevando el procedimiento, me perdonan la palabra, con absoluta seguridad. Conozco mi oficio y conozco la madriguera donde trabajo... —dijo Tulio.

Perucho había acunado a Marisela en la butaca, sobre sus piernas.

—Perdona, Tulio, no quisimos ofenderte, tenemos total confianza en ti —comenzó a decir Marisela—, pero ya sabes como son estas cosas...

—Nosotros también hemos tomado medidas —confirmó Perucho—. Contratamos seguridad extra para el negocio y para la casa, camuflados, claro.

Tulio se acercó a la ventana para echar una ojeada hacia la calle a través de la cortinilla: pura costumbre, aclaró sonriendo.

—Entiendo la situación de ustedes —continuó explicando—. Hay que recordar que éste *no* es un procedimiento policial, es una iniciativa particular, nuestra... Lo que quería el tipo que amenazó a Marisela, el galán de pacotilla que El Maestro acaba de inmortalizar en el papel —todos rieron—, no es otra cosa que evitar que sus señas vayan a parar a la policía... y en eso lo hemos complacido.

Diego había permanecido en silencio. El balance hasta aquel momento era claro: los que lo acompañaban en aquella suerte de cruzada personal podían tener razones morales

o imperativos de afectos para jugarse el pellejo haciendo frente común con él, pero ninguno, yendo a las pequeñas, tenía el deber de hacerlo. Pensaba, por ejemplo, en Tulio, que ya antes se había dado completo para resolverles el atolladero de la adopción (pero esto aún no ha sido narrado). Luego Moraliitos, que ofreció sus habilidades en el oficio tan pronto supo de quién se trataba. Una benevolencia excesiva si tomamos en cuenta su edad y el riesgo que corría al prestarse a un procedimiento fuera de los canales «regulares» en un caso que ya tenía expediente. Y bueno, allí tenían ahora, gracias a la participación de este hombrecito que partiera lanzas en la lucha clandestina junto a padre treinta años atrás, este pase a la bota, en el área chica y con el portero solo, que era el retrato a creyón del gatillo alegre, según los datos de Marisela. Y, por supuesto, estaba la propia Marisela. De todos, quien más arriesgaba era ella. Todavía se preguntaba de qué manga había extraído él aquel poder de persuasión que terminara por doblegar la voluntad de ella, a pesar de que la alternativa inicial no dejaba lugar a la duda: si callaba, volvía a la tranquilidad; si hablaba, exponía la vida de sus hijos. Así de simple. Y, sin embargo, bastó aquella conversación a tres voces en el carro, para que ella diera los dos pasos que abrieron la trocha por la que ahora olfateaban la presa. ¿Qué la hizo ceder? ¿Pasta humana, cansancio, años de afecto compartido?

Y finalmente Perucho, por supuesto, que tuvo el coraje de acompañarla en silencio mientras ella tomaba la decisión... y de respetarle la decisión una vez tomada.

Abandonaron el apartamento «por granos» y sin descuidar un detalle de seguridad. Ya afuera, caminando con el paraguas bajo una lluvia menuda, al lado de Diego, Carmen Luisa no pudo evitar un estremecimiento. ¿Sabías, amorcito suyo, en dónde se sentía ella con todas aquellas reuniones y aquellos deslizamientos a escondidas y aquellos planes operativos a salto de mata? ¿No adivinabas? En los primeros sesenta, cariño, le parecía estar caminando de nuevo por las calles de

los sesenta. Diego, por alguna razón que nunca se había detenido a desentrañar, tendía a olvidar que también Carmen Luisa había formado cuerpo en aquel movimiento clandestino que tanto los había marcado. Pero era cierto: ella había estado allí, igual que él —y con toda seguridad de una manera menos desmañada que la de él—, aunque entonces se desconocieran. La acarició con una mirada de complicidad: ¿qué te parecería un pasticho con italiano rojo, como en los viejos tiempos? Era temprano todavía y ya había perdido la cuenta de los meses que llevaban sin pisar el Da Sandra... Ella le apretó el brazo, cerró el paraguas y miró la noche antes de entrar al carro. Las gotas de la garúa eran tan leves que formaban una neblina al ser atravesadas por la luz, el viento que rozaba al valle desde el Este traía una esencia vegetal y húmeda. De repente experimentaba la impresión de hallarse en otra ciudad —no sabía cuál— y en otro tiempo, pero no sintió temor de que le sobreviniera otro de aquellos relámpagos mínimos de alucinación (los duendes ácidos, los eleseditos, les decía) que todavía la asaltaban de vez en vez. Al contrario, se sentía feliz, a pesar de que el caso distaba mucho de mostrar el final del cabo, y del riesgo que seguía corriendo Diego.

¡Me anoto!, dijo por fin, pero debías manejar tú, papi suyo. El cielo de la ciudad, en una zona limpia de lluvia, se veía cruzado por una pareja de gruesos haces de luz que jugueteaban al azar. Era curioso, volvió a pensar, tenía la clara sensación de estar caminando por una noche de los años sesenta, y de que El Cronista compartía exactamente la misma impresión.

—El mío lo quiero de berenjena —dijo ya en el carro.

Diego la escuchó pero tardó en responderle. Verificaba que el retrato hablado seguía en el bolsillo interno de la chaqueta, donde lo guardara unos minutos antes. El Sindicalista había tenido la gentileza de no hacerle esperar la fotocopia, dibujando para ellos en un par de minutos una réplica del sicario. Allí estaba.

—Yo no voy a ensayar, me voy por terreno firme: de pasta y con doble queso, como toda la vida.

La Sigmuncita echó la cabeza hacia atrás: como toda la vida, acordó. ¿Quién pensaba en la muerte?

3

Los ascensores estaban fuera de uso por mantenimiento y a pesar de que los técnicos les juraron que era cuestión de cinco minutos ponerlos de nuevo en marcha, ni Fernando ni Diego tenían la sangre en paz para la espera. Subiendo a ritmo de cuatro escalones por zancada llegaron al vestíbulo del octavo sin aliento, sólo para percatarse de que El Llanero había olvidado las llaves del apartamento dentro del carro. ¿Estarían La Flaca y los niños? Un timbrazo continuo que les pareció de horas terminó con la puerta abierta y la cara estupefacta de Bárbara que debió interrumpir su protesta ante aquella estampida de galgos que se apropiaban de la identidad de su padre y de Diego y que la atropellaban sin el hola y sin el beso y se lanzaban en un último asalto, sin duda tras la liebre que parecía haberse escapado hacia el estudio improvisado. Una vez dentro, El Llanero derribó la montaña de papel del segundo entrepaño y luego de dispersar una carpeta tras otra a lo ancho del paquete, lanzó el grito, ¡Eureka!, que hizo sobresaltar a La Flaca bajo la ducha y provocó una pataleta en el pequeño Hugo.

El álbum, un cuaderno en dieciseisavo con tapa en cuero desleído y tripa de hojas plastificadas no parecía, en modo alguno, un objeto sobrenatural. No obstante, los dos galgos, echados sobre el suelo y ávidos, lo contemplaron como si se tratase de la piedra filosofal en pleno prodigio de transustanciación. Fernando suspendió el éxtasis para abrir la persiana y colocar el álbum sobre la mesa y se dispuso a hojearlo mientras Diego extraía el retrato de su chaqueta y lo colocaba al lado para facilitar la comparación.

—Por aquí debe estar —dijo El Llanero, al tiempo que pasaba las páginas, examinando concienzudamente cada foto a través de una lupa imaginaria y ubicaba para Diego el lugar, los personajes y la fecha aproximada de cada escena.

Eran imágenes de 13 años atrás, de la época —le recordó a El Cronista— en que él llegara a Londres, becado, con el propósito aparente de despachar una Maestría en Comunicación, y la meta verdadera de rastrear a La Flaca, que ya cumplía un año en las islas brumosas, y seducirla para el resto de la vida. La sucesión de las tomas no obedecía a ningún orden, ni siquiera cronológico, lo que dificultaba la exploración.

Aquí se veía a La Flaca en plena ejecución mímica de «comerse» el *paper* final que la acreditaba para el título, explicó Fernando, ¿en qué tema había trabajado? La mujer, por supuesto, ya sabíamos sus tópicos, y los países en desarrollo, pero por aquí debía andar, ¿dónde? Ajá, allí en esta otra teníamos un grupo, era posible que una de estas caras... Pero no, allí no podía estar, eso había sido en Oxford y esa otra en Richmond, ¿veías?, decía El Llanero, Virginia Woolf, la Hogarth Press, ¿no? ¿Y acá? Bien, éste era Antonio con La Polaca en una laguna de Hampstead, Fernando abreviaba el comentario y pasaba veloz. ¿No existía entonces? Era sólo un equívoco el haber supuesto que la foto estaba allí; ¿o, en efecto, había estado alguna vez y luego se había perdido o traspapelado en otro álbum? De pronto un mazo suelto, encartado entre la última página y la contraportada, se deslizó sobre el plano de la mesa. Dos fotos en especial atraparon a Fernando y lo hicieron gritar de nuevo.

—¡Maldita sea, Diego, aquí está el hijo de puta!

Diego tomó los dos documentos (más tarde llegarían a cinco) y no tuvo necesidad del apoyo de Fernando para identificar el rostro que, huraño, miraba hacia la cámara en el extremo izquierdo de un pequeño grupo: contrastado con el retrato hablado cuadraba rasgo por rasgo. La escena correspondía al día en que Fernando llegó a Londres, mostraba seis

figuras de pie en la parte baja del malecón del Támesis: un niño y cinco adultos, uno de los cuales era Fernando que, morral al pie, lucía alegre y a su aire y muy joven con el gesto de pulgar derecho alzado que dirigía al lente. Entre los adultos había una mujer.

—El de la guitarra es Richard —explicó—. Él y su mujer Jane, vivían allí, en el barco atracado, sobre el río. Una bondad del gobierno para con los *homeless*. El niño es hijo de la pareja. Este soy yo, claro, este de gorra es Eduardo, un buen tipo, algo mala leche, a quien perdí de vista. Y éste, ya te diste cuenta, es nuestra alimaña.

—¡Es el tipo, Llanero, es el tipo! —exclamó Diego, alborozado, mientras colocaba el dibujo al lado de la fotografía y cotejaba una a una las señas faciales.

Se le ocurrieron dos conclusiones que se cuidó de soltar: se trataba de dos lugares comunes tan ramplones que resultaba no sólo impropio sino hasta escandaloso el hacerlos coincidir con una circunstancia de aquella envergadura. ¿Cuál fue, por ventura, la primera conclusión que mereció tal entredicho en el espíritu de nuestro héroe? Aquella sabia conseja que reza que, aunque no lo parezca, el mundo es un pañuelo. ¿Y cuál, por nuestra paz, la segunda? Aquella según la cual, el azar siempre acude en auxilio de los peregrinos extraviados. Olvídenlo. De cualquier modo, calló.

—Nunca tuve dudas. Desde que me mostraste el retrato hablado estuve convencido: Luis Pardo, alias El Tucán —dijo, en cambio, Fernando, mientras continuaba el rastreo entre los papeles—. Hace años que no lo veo, pero tengo razones, todas mierdadas, cabronadas de calibre, para recordarlo como si terminara de tomarme una cerveza con él. Inolvidable el plasta, puedo componer con él un bolero al revés, ¿no?

Afuera, en la sala, el niño seguía llorando. La Flaca intentaba distraerlo figurándole avioncitos con la mano. Diego suspendió la tarea de comparación por un momento, ¿cómo era que Fernando y La Flaca andaban con aquel tipo?

—Hay algo que me tienes que explicar —se interpretó a sí mismo—. ¿Cómo fue que La Flaca y tú se mezclaron con ese tipo?

El Llanero sonrió, chasqueó la lengua, se encogió de hombros. El cuento era largo, compadre, y él se imaginaba que con la rata identificada tú tenías la cuenta regresiva en cero para salir disparado a contarle a Carmen Luisa y a discutir las nuevas líneas de ataque con el cambio de apoyo; pero te lo iba a resumir.

La Flaca tocó a la puerta, ¿qué era aquello, cielo suyo?, ¿una sesión espiritista?, ¿un complot?

Fernando la besó, la tranquilizó, ya te poníamos en autos, Luisa Lane. ¡Bichos que eran! Ella se olía de lo que se trataba, pero estaba en su pleno derecho, tenía un atentado en su currículum, por si lo olvidaban, clavando a Diego con la mirada, reclamó ella. Diego le lanzó un beso voladito, y se llevó la mano al pecho, había cariño, chama. El Cronista ya estaba con un pie en el estribo, mi amor, te aguantaras que en un segundo ibas a recibir el bombazo, suavizó Fernando, pero no tuvo que insistir porque allí, mami, vieras esto, y un gruñido insistente del pequeño Comandante Meteoro agarrado a la pierna, estaban Bárbara y el pequeño Hugo llevándola a la sala.

—Dimos con el tipo —alcanzó a susurrarle Diego, en el oído mientras volaban a la salida.

La Flaca se detuvo, congelada.

—¿Con el tipo? ¿Con el tipo, *tipo*? ¡No lo puedo creer! —gritó.

—Menos vas a creer esto: lo conoces...

La Flaca se ahogó con la galleta, casi no podía hablar.

—Me están mamando gallo, no me gustan esos jueguitos mi amor, lo sabes —alcanzó a balbucear, mientras buscaba apoyo en la mirada de Diego.

Capítulo VIII

1

(1976)

Por aquellos días, hacia la fecha de mi cumpleaños 37, sostuve con Diego la postergada tenida que en mis notas de entonces había dado en llamar «la conversación del brote». Lo pasmoso no fue que el palabreo, al fin, se diese, sino la sincronía en espejo dentro de la cual se desplegó. Analogías electivas. Un instante en el que experimenté la sensación de que cada frase iluminaba desde su nuez los hilos de una comunión doble: no del uno en el otro, sino de los dos con los días de la vida. Ambos coincidimos en la certeza (doblemente extraña, puesto que surgió de súbito, sin intercambios previos) de hallarnos atravesando una bisagra.

—La crisis de la mitad de la vida, para decirlo con palabras de tu combo —bromeó él—. El temblequeo de la piedra del medio.

Acaso hubiese algo de cierto en esas hipótesis topográficas, pero tanto en su caso como en el mío algo había que abonarle a las experiencias concretas por las que habíamos cruzado. Es la limitación de las frases proverbiales, escribí, al perseguir su cerrada esfericidad dejan fuera, por estética, lo que por ética —del conocimiento, se comprende— deberían incluir, si no como núcleo al menos como elemento de estructura —un arbotante, una columna de soporte—. El tiempo que fluye, es verdad, pero también y sobre todo, las vivencias

que esa duración acumulada —treinta, treinta y cinco, cuarenta años— nos permite o nos impone vivir. Conciencia y emoción del tiempo, por una parte, y vivencia, por la otra, determinándose mutuamente en una doble flecha a la que sólo la muerte fijaría.

En su caso, parecía claro que el *asunto de la cantante y el hombre de la rosa* mucho había tenido que ver con la metamorfosis que él decía sentir, y programar: registro y proyecto a partir del registro. Una situación de convicto y confeso, con detalladas sesiones de confesión, a pie de oído de esta escuchadora.

—No fue una aventurilla, chamina —repetía—, fue *un límite*. Para serte sincero, me siento cansado del son que he venido bailando.

Un límite. Era una buena manera de decirlo, y, por lo que para él implicaba, un límite importante: la respiración de Eros, ¿un relevo de posta en el largo maratón que lo movía casi desde la niñez?

—Hábito largo, viraje difícil —me traduje—. De acuerdo con tus memorias no escritas, el tumbadito se remonta a los sofocones puberales.

Sonrió y calló. Desde el silencio pude oír una lluvia casi seca, el llanto de un bebé y la voz del bolero en la sala.

—Por eso la saturación, cariño —aceptó—. En cuanto a mis memorias, ¿no habíamos quedado en que eras tú quien las estaba escribiendo? A propósito para tu libro: ya hubo un primer cambio, hace unos años.

—¿Una primera regulación? —me sorprendió—. ¡Así sería el frenesí, bichito peludo y colmilludo!

—Debiste verme a mis veinte...

Siempre quedaba la reconstrucción, le dije. Me prometió que alguna noche regresaríamos sobre esos años.

—No te preocupes —chisteó—, no voy a dejar de alimentar tu folleto clínico. Mi pasado es amplio... y propio. Pudo haber otro...

—¿Perdón?

—Otro cambio, digo, pudo haber otro cambio... Y lo hubo en parte.

No tuvo que decirlo, se lo adelanté.

Se refería a las fechas del convenio, cuando decidiéramos montar la carpa doméstica. Con toda seguridad no estaba todavía a punto el golpe de timón: el pacto firmado asentaba una libertad total, a discreción de la parte que decidiera ejercerla: un derecho, por tanto; no un deber. Así que... como en otras circunstancias, lo mejor es siempre lo que ocurre. Él mismo había bromeado, le recordé, con la certeza de que el límite para el ejercicio por su parte de aquella prerrogativa libertaria sería, entonces, el vigor, chamina, me decía, lo que equivalía a declarar, tú ya lo sabías, cielo mío, que no habría límites. Quizás el levante de ninfas no estaba a tope, bobito, le dije, quizás estos años te hacían falta. No iba a decirme que no, pero en primer lugar le hacía falta yo; y yo lo sabía, aclaró.

—Déjame decírtelo con el jabón en polvo que blanquea su ropa, a las ocho, en el canal 7 —declaró, el puño figurando un micrófono en grúa—: la vida sin ti no me interesa.

Era una declaración impostada y payaseada, pero, ¡benditas sean las diosas!, no pude evitar conmovirme. (Nota al margen: para el libro: la seducción y las frases simples que, sin embargo, entrañan patetismo: ¿lista de frases simples?)

La nuestra no había sido su primera experiencia de techo sobre dos, pero sí la primera —y única— *programática*, me repetía. Y cada vez su comentario derivaba hacia el previsible recuento de los años de la renovación y su convivencia con Verónica, La Fierrecilla de la avenida Habana, según bautizo de parte. Yo lo escuchaba, de hecho lo invitaba a dejarse escuchar y siempre le pedía volver sobre Verónica: un personaje de armas y pertrechos tomar, de creerle a él.

—Podría darte algunos sabrosos párrafos para tu libro, digo ella, Verónica —me pronosticaba—. Algún día la conocerás.

Tal vez, me decía a mí misma y le decía a él, sólo que si ocurre será por diligencias del azar, no tuyas, bichito.

Pero hablábamos de la conversación de las bisagras. Él sentía que el cambio rozaba las mismas esferas de vida que fueran tocadas cuando le sobrevino la encrucijada de la Fiebre: amor y labor, cielo suyo, rimó, Eros y Sísifo, el arte y la parte. El ajuste drástico que involucró el amarre con Verónica coincidió con el vértigo loco de la renovación, el *campus* en utopía y su pulso anarco puesto a millón por primera vez en la prueba de la militancia.

—Ahora —me dijo— siento exactamente la misma urgencia, el mismo prurito de entonces en idénticas puntas de visera. En lo íntimo, no te vayas a reír, una vuelta de piel hacia nosotros... —no me miraba desde los ojos sino desde un punto detrás de ellos.

Me quedé de una pieza: ¡quería que lo acurrucara! ¡Quería sentar cabeza! Se lo dije, sin evitar una sonrisa: podía revertir su piel hacia el nicho cuando deseara, allí siempre estaría la mano para el frote, bobillo, con el que nunca nos habíamos ido a pique, ¿o sí? Por todo comentario me besó.

—Y en cuanto al trabajo —prosiguió—, un golpe de volante en la vocación. Renuncié al periódico.

También aquello me tomó de sorpresa. Sabía que las oficinas del *Correo de Venezuela* no eran lo que se dice una filial de Jauja, y que aquí y allá se había quejado, pero no esperaba una decisión tan rápida. Traté de adivinar:

—Te peleaste con el neurótico de Leocadio.

—Leocadio es apenas una pieza del engranaje. La mierda baja desde la cúpula y se incrusta en todos los niveles —gruñó—. Me cansé de las bufonadas y las componendas, de bajarle el cuello a gente de esa calaña. Mística enana y bolsillos así —abrió los brazos—. Son unos lameculos. Se lo dije a Leocadio, que era a quien tenía más a mano, pero le mandé a distancia igual salutación al resto del chiquero.

Traté de adivinar de nuevo:

—Te bloquearon el trabajo sobre las comisiones en el ministerio.

—Me lo bloquearon... Pero eso fue apenas el detonante.

Se daba a la tarea de barrer las basuritas y los pedazos de pastel que parecían asomar en rincones donde un minuto antes no estaban, y cepillarlos hacia la palilla de aseo. A pesar de la vehemencia, lo que en primer lugar destilaba el discurso era ponderación. Se lo dije.

—Pareces tranquilo... y aliviado. ¿Vas a aprovechar para descansar? Tal vez unas semanas de...

—El lunes comienzo en *Noticia Siete*.

De nuevo me sorprendió. Cuando nos conocimos, él trabajaba justamente con la gente de *Noticia Siete*. Entonces se quejaba de que lo tenían como un esclavo apagafuegos y, sobre todo, de los sueldos de miseria.

—¿Se mandaron a ensanchar la manga? —le pregunté.

Sonrió. Vaciaba la palilla en el pipote auxiliar que habíamos traído durante la reunión.

—Acompáñame a botar esto y a cambiar la música —caminamos hasta la cocina—. En aquella época pagaba el noviciado. Ahora me están ofreciendo un mejor trato: de bolsillo y, lo que es definitivo, profesional.

Por un momento no comprendí. Colocó un LP de Billo y me sacó a bailar hacia el balcón, ¿tenía el carnet lleno, *mademoiselle*?

—Respeto, mi cielo. Me garantizan respeto. Una vaina rarísima en esos comederos. Libertad para escribir lo que dicten la sesera y los cojones.

Detuve el paso para mirarlo: podía ser una repetición del mismo guión del doble labio. Más de lo mismo.

—Tengo que verlo —le confesé.

Me haló de nuevo. Comenzaba el tumbadito aguarachado del popurri.

—Como comprenderás, puse la duda por delante. Pero parece que esta vez andan en otra nota. Vale la pena probar.

—Bueno, digamos que *Noticia Siete* es *Noticia Siete*.

Me dio una vuelta doble con pase por la espalda.

—Eso me dije yo.
—¿Y de qué se trataría exactamente?
—Problemas de actualidad. Series de artículos: reflexión, denuncia documentada... con todo el respaldo del equipo si es necesario.
—El trabajo a dos niveles que has estado esperando.
—Tú lo has dicho —y chocamos las palmas sin abreviar el paso—. Dinamita pura.
Estaba eufórico y yo me dejaba contagiar a placer.
—¿Ya pensaste en el abreboca? Supongo que el caso de las comisiones...
El ritmo cambió de nuevo.
—Recuerdo esta pieza —dijo, sin responderme...
—Te preguntaba por el abreboca —protesté.
—Espera un momento. Lo que te digo tiene que ver... Esa pieza...
—¿Perdón?
—Esa pieza. Billo la lanzó a finales de los cincuenta. Recuerdo que la bailé en mi última fiesta en Caracas, antes de irme al interior...
—Es el «Mosaico 10». Pero podemos vocearlo con fanfarria: el primer gesto con el cual usted se decretó libertario y rural y se fue a sembrar ajos a la sierra...
—No te burles...
—¿Quién se burla? —protesté de nuevo—. No es escarnio, es celebración.
Nos deslizamos hacia la mesita esquinera de donde rescatamos su trago y mi limonada ya desabrida.
—De acuerdo, vamos a celebrar, pero por el tercero... que es éste —chocó mi vaso y vació el suyo de un envión.
—Cuento de segundo al minimayo renovador del 70, ¿no?
—Estás bien informada.
—Y de tercero el que comienza hoy...
—Me voy a jugar el pellejo, mi amor —sobreactuó—. Me voy a jugar el pellejo aunque sea con unas cuartillas.

Me pareció que ya había oído o leído algo parecido antes, pero igual, ¡salud!, choqué mi agua con limón.

Cuando Billo nos autorizó a sentarnos me embosté literalmente en la butaca de mimbre. Estaba agotada. El día había tenido lo suyo, sí (esa logística menuda de torta, pasapalos y trago que siempre me ha exprimido), pero una buena parte de los créditos tendríamos que otorgársela a la zaranda interna. Me miraba desde el fondo del ojo en el espejo acostado que había sido la vida y miraba dentro el trompito del tiempo desgajando grumos de luz de fósforo: Karina, la muñeca de mis ocho; Mitsuko, el travesti de trapo de la adolescencia, y luego José Antonio, mi pobre-niño-en-el-vacío, mi pobre-hijo-en-la-muerte... Aquéllos habían sido mis jirones de experiencia, me decía, como niña-madre y mujer-madre: el ensayo inocente, la práctica crédula y la muerte. Sellada la nuez de la cadena, decidida a prohibirme para siempre el regreso al rol materno (¿quién sería la mujer más marchita, espejito?, ¿quién la más desierta por dentro?, me dijeras), los hilos del pabellón de cirugía me dejaron el vientre tan seco como deseaba tenerlo: como el de una muerta (¿podía entonces prever a Diego y a la felicidad?).

Recuerdo los ventarrones que, soplando desde el sueño, se llevaban mi pelo hebra a hebra y luego la piel misma hasta dejarme el cráneo en hueso al desnudo. Un bebé (¿un bebé o el bebé? ¿Era el rostro de José Antonio o lo imagino ahora?) alza sus manos desde mi regazo sin ser rozado por el huracán ni por el espectáculo que de seguro debo ofrecer mientras me cambio en calavera. No entiende nada. No teme a nada porque no entiende, me digo con mi boca ahuesada, pero igual debo cuidarlo. Entonces, en un gesto inexplicable, sin duda para evitar que sus dedos rocen los huesos de mi cara que ya no es tal, me veo tomar mi calavera con una mano, desencajarla de la base del cuello y, el brazo extendido hacia arriba, elevarla sobre los dos.

Ya no tocará la muerte, me digo. Experimento un alivio súbito y primordial. Y me siento sonreír sin saber cómo, porque soy hueso puro. Entonces acuso la mirada del niño, por primera vez clavada sobre mi mueca, un segundo antes de oírlo estallar en un grito animal, gutural, de terror.

Esta pesadilla, torva, se repitió a sí misma una y otra vez en las madrugadas que precedieron al pabellón de esterilización. Y reaparecieron mucho más tarde, con variaciones, cuando ya al lado de Diego, me di permiso para preguntarme si la intervención, en verdad, como me habían dicho, podía ser revertida; e imaginar de nuevo una semilla de vientre, dentro, ahora sana (quiero decir, vista entonces como sana desde la mente diurna).

Inútil. Intentada la reversión médica en allá por acá, y desechada al fin por inviable —narra, ¡oh memoria!—, nos dimos a cabalgar ambos sobre las opciones míticas, yo era Démeter, tu diosecita madre, bastaba con que entraras en mí, bastaba con que me encajaras, cielo mío, le susurraba a Diego en el oído del lecho, sólo para lograr que la ansiedad regresara, retomando la forma del sueño oscuro. ¿Qué escribí entonces? «Estás encerrada, fatua lechucita, en la celda de tu profecía. Eres la que fantaseaste —y temiste— ser: tu vientre es ahora, según tus remotos deseos, como el de una muerta».

Eso escribí. Entonces fue cuando la pesadilla me revisitó, esta vez con variantes. El niño desaparecía de mi regazo convertido en olor de malabar, antes de la crisis de espanto; o era el cadáver que lo sostenía, y al que me empeñaba en identificar conmigo, quien culminaba su proceso de deterioro transformándose en un detritus negruzco, más parecido a la carroña que al polvo bíblico.

Me despertaba sumergida en la misma certeza de vacío y en el mismo estanque de sudor pastoso que me recubrieran en los días negros de 1969. Pero las circunstancias no eran las mismas. Si en aquellas jornadas solitarias había escuchado mi aullido rebotar una y otra vez contra los bordes de un mundo

muerto, ahora el grito se volvía inaudible, reabsorbido en la presencia porosa de Diego —y sólo intuido, entonces, por el desasosiego y el golpe de sangre que lo prolongaban.

Salía del pozo con dificultad y, según Diego, mucho después de haber abierto los ojos... Como si algo tirase de mí desde la inconsciencia. Sentía entonces la mano de Diego aliviarse sobre mi frente y su brazo anillarme contra su cuerpo. Es probable que, como antes, mi aullido siguiera en el sueño al grito de terror del niño, pero ahora uno y otro eran borrados del oído junto con el sudor que aquel tacto escurría de mi cara.

Sobrenadado el susto de la muerte, o de la vida que no descendía a brotar, el sosiego me revestía, al fin, desde la tierra donde la mano del amor —¿con qué otra palabra sujetarlo?— me llamaba por mi nombre, a despecho de las uñas que, desatendidas por mi voluntad y por el pulso de los músculos, parecían brotarme de cada dedo para labrarme la piel del vientre.

[Interrupción. En los párrafos que siguen la caligrafía cambia de énfasis y de tinta, aunque no de hilo.]

De esta certeza, que no era tributaria de la resignación sino de la serenidad, fluyó la conversación en lo que a mi propio golpe de curso hacía. Quiero decir, el relevo de voz que, en la segunda parte de la conversación de aquel día, practiqué sobre Diego. También el raqueteo a tres que, con la diablilla de Amalia añadida, disfrutamos en la noche siguiente, aunque en este caso se trate sin dudas de un entremés apayasado. (No olvides, C.L., princesa caída, en tu «seria comedia», que ni el libro ni, mucho menos, la memoria de la vida, pueden ceder al lujo de olvidar la risa del bufón.)

¿El segundo acto? No recuerdo cómo nos deslizamos de las confesiones de Diego sobre sus «grandes bisagras vitales»

(esas esquinas asanochadas que, en su caso, mezclaban el sexo con la ideología) hacia las mías propias, acaso más terrenas y simples. ¿Sentí que era ese el momento, que su mutación confesada abría el aire para mi propio anuncio? No puedo decir que me resultara fácil, pero, como suele ocurrir, la tensión eligió como casa a esa tierra de nadie que se despliega entre la sensación de que ha llegado el momento de acometer una decisión y el temor de tomarla. Una vez tomada la decisión, cualquiera que sea, la tensión, como un nudo desenhebrado, se libera y desciende.

¿Y de parte de Diego? Con la larga preparación que ya he anotado, ¿me podían tomar de sorpresa su aceptación, primero, y luego su hombro, con el que debía contar antes aún, insistió, de que le relatara los pormenores? Con la resequeidad comprobada por toda prueba y por todo intento propio, le dije —y me sorprendí recitando las mismas palabras que la noche me susurraba desde el sueño: también los arquetipos del sueño son lugares comunes—, quiero vivir la experiencia «de ver la vida creciendo a nuestro lado». Bromeó un rato con «el latido» a dos que ya éramos, con la muerte a dos que no nos rozaría nunca y a la que él, lo oyera, se había encargado de conjurar desde el comienzo, pero no, chama, si a pesar de esas certezas tuyas yo volvía a insistir en aquella antigua fantasía, mañana mismo corría a comprar los biberones y los peluches, lo supiera yo, cielo suyo, detergente, canal de nueve, «la vida sin ti no existía».

La adopción del triponcillo (¿o triponcilla?) recibía la bendición pagana del padre a futuro. Esa noche (la que separó el sábado, creo recordar, del mediodía del domingo en el que amanecimos) no pesadilleé. Tal vez porque el hecho de pensar sobre lo que vendría le sustrajo tiempo al tiempo dormido, tal vez porque aun rindiéndome al sueño, no había sido vencida por las figuras recurrentes que antes me sostenían el miedo.

Y bueno, como dice don Manuel, mi entrañable suegro, donde las dan las toman. A esta escena, dramática en su inicio, que terminó con cierre de cosquillita visceral, le siguió el entremés bufo al que hice referencia arriba. La risa. No es menester pasantía por Bergson alguno para saber de sus poderes balsámicos. Basta con dejarse atrapar por ella cuando brota, y darse permiso para fluir junto a ella, movidos de parte a parte por su cascabeleo. La carcajada, explosión mayor, inculcable como es, admite la belleza justo por su inevitabilidad y —sobre todo— porque, análoga a la vida a la que celebra y burla, resulta absurda y loca.

Tanto que acaso estas reflexiones la importunen.

El aire estaba puesto a punto por la conversación del sábado, sí, pero debo confesar que la aparición de Amalia vino a representar el condimento añadido que nos hizo entrar a escena con el latido de la guachafita a la bandola. ¡Diosas mías! ¿Cuánto tiempo que no reía así? Y conste que cohabito con un payaso genial a quien amo por algunas buenas razones (no te envanezcas si fisgoneas acá, bobillo), entre las cuales ocupa un lugar de guirnalda el que me haga vivir en todas y cada una de las jornadas vividas.

Llegada acá, necesito, por la fecha y la circunstancia, anotar un comentario (¡qué expresión horrorosa! Cambiar si escribo algún día mis memorias) sobre mi querida Amalia. Fernando insiste en que ella es una hechura mía. Él es su hermano por mitad y puede saber lo que dice. Lo cierto es que vi nacer a esa niña. De esto ya he escrito demasiado, si el moho no ha borrado los garrapateos de la adolescencia y de algunos días posteriores, ahora me interesa admitir que esta supuesta proyección de mí misma, a pesar de la corriente que nos vincula, tenía ya entonces sus hilos y sus sonos propios, desarrollados en una existencia distinta a la de su presunto —y errático— modelo.

Estábamos de nuevo allí, en la sala, Diego y yo, y ahora también Amalita. Compartíamos con ella la conversación

de aquel sábado, y el acto de compartirlo, y su pulso, reubicó en un escalón todavía más simple la decisión (Ojo: repensar para el libro la función del diálogo y la función del tercero que presencia en vivo el ping-pong del diálogo: ¿comunicación de billar?). La risa. Tan pronto escuchó el proyecto, Amalita chilló.

—¡Están locos de atar, Carmen Luisa, manita, Cronista! —repito que gritó—. ¡Locos de atar! Ese chamino (o chamina) se los regalo yo —y nos desafió a ojo, en serio iba, ella nos lo regalaba: ella podía darme ese tripón con la colaboración de El Cronista aquí.

Como corresponde —a pesar de nuestro suines comunes hay una generación de por medio—, Diego y yo nos vimos las caras. Era cierto que habíamos estado haciendo chistes de batería pesada en torno al proyecto, pero la declaración de mi «discípula dilecta», lanzada con la convicción de sus años y de la ingenua petulancia de sus años, me sorprendió por un momento bajo la forma de un susto en semilla, o de un hipo, para luego abrirnos a la carcajada que devolvió la proposición al terreno de las bromas riesgosas al que en justicia pertenecía.

Diego y yo reíamos a mandíbula, pero ella nos observaba como si le estuviésemos sirviendo un insulto.

—¿No me creen capaz? —y descolgó una muequeadita irónica—. Piensan que me falta tabaco abajo, ¿no es así?

La expresión «tabaco abajo» fue el golpe de gracia: me tumbé de largo sobre los cojines del sofá, vuelta un ovillo por las carcajadas y Diego fue noqueado de rollo sobre la alfombra, al tiempo que gorgoteaba «tabaco abajo», una y otra vez, como si se tratara de un poseso. Era tan genial, quiero decir Amalia, que a menudo olvidábamos que se trataba de una cuasi niña que apenas iniciaba sus pininos en los diecinueve. Como si me hubiese oído, se mantuvo en su rol de mocosilla en sus trece: ¿quién la superaba en sus marcas de proveedora ideal? ¿Ah? Le dijéramos. Una doble espiral de aminoácidos nada desdeñable, amor y admiración por ambos, si no lo

sabíamos aún, aquélla podía ser la prueba... Para no hablar de un *swing* capaz de sacar de combate a algunos que alardean por allí, torcedura de párpados hacia Diego, en paralelo con movimiento de torso, cadera y manos en una combinación de danza hawaiana con merengue dominicano. Increíble, pero iba en serio. A veces olvidábamos, en verdad, que se trataba de una niña. En el clímax de su discurso de ofrecimiento, los colores se le subieron y podría jurar que se estremecía de talón a cabeza, como si de cierto estuviese preparándose para la «entrega ritual», que eso, decía, sería para ella... y no otra cosa, bichito peludo, tú, a Diego.

Diego —se lo pregunté más tarde— no pudo evitar formarse la misma impresión. Tal vez por eso, casi a la par, ambos nos conmovimos y por un segundo experimentamos una fractura de tono —del comentario chistoso con el que habíamos estado contrapunteando la declaración de Amalita a la perplejidad ante aquel acto de, ¿cómo llamarlo sin ser injusta, o, peor, fatua, desde mi supuesta madurez?... , de absoluto desprendimiento, sí, y de perversa ingenuidad en estado puro. ¿Necesario decirlo? Si antes la queríamos, desde aquel lunes nocturno, a pie de letra, comenzamos a adorarla.

De este arrobamiento extático (justo como en esos folletines de Hollywood, que tanto te fascinan, C.L., confíésalo) nos sustrajo el timbre del teléfono. ¡La Flaca al fin respondía mis llamadas! La perdonara, manita suya, en estos días andaba que no tenía cabeza ni para calzarse las sandalias. La Fundación y el barrio y la niña y el locato de Fernando, suponía yo. Sí, todo eso, chamina... y algunas otras. ¿Me contarás? Te contaré, claro, ya lo decidí... Pero perdón, eras tú quien me tenía que dar una noticia, ¿no? Era yo, sí —hice una pausa—... decidimos la adopción, mana. ¿Perdón? Decidimos la adopción, digo, Diego y yo. Vamos a adoptar un chicuaco... o una chicuaca, claro. El chillido debió escuchársele en la cuadra entera, ¡bingo, manita!, ¡aquello era fabuloso, panillita querida! Corriendo iba para allá, no me moviera.

También como en el folletín, la llamada sacó a Amalia de su propio trance: ¡el ensayo, coño! ¡Si no volaba se perdía el ensayo! De un salto abrió la puerta y se volvió, retadora, hacia nosotros: debió sospecharlo antes, debió saber que iban a terminar arrugando, ¡pérdida pura que éramos! ¡No entendía en qué momento de delirio me había decretado ella su tutora! No sabíamos, puretillos nosotros, lo que nos perdíamos... Sin embargo —alzó el dedo, suspiró—, nos iba a conceder tres días para que reflexionáramos, tres días apenas, fósiles, chaíto.

Y desapareció, batiendo la puerta, sin tiempo para recibir el beso voladito a dos bocas que Diego y yo le lanzábamos desde la sala.

2

(Diario de Carmen Luisa, 1976)

Hoy decidimos sorprender a los suegros con la noticia del proyecto. Doña Rosario brincó a besarme antes de soltarse en risas e irse en lágrimas a un tiempo. Don Manuel nos felicitó y anunció que, desde ahora, ya lo sabíamos para que no protestáramos, chavalillos, él iba a reservarse su cuota en la educación de aquella..., ¿cómo la llamábamos nosotros?, ¿chamita? Sí, de aquella chamita. Los tranquilizamos: sería una nieta con abuelos, de eso no había dudas. Después de más de dos meses sin visitarlo, me encantó verlo, quiero decir a don Manuel, tan recuperado: rozagante y dicharachero como en los viejos tiempos. De no haberlo presenciado, podría decirse que el infarto nunca ocurrió. Se vio delicado, pero ahora el restablecimiento luce completo. Para alivio de Diego, que por fin parece haber pactado un armisticio con su sentimiento de culpa. Una autoacusación que, a decir verdad, nunca comprendí. ¿Las discusiones? Manuel había sido un

fosforito toda su vida, hijo, decía doña Rosario, ¿acaso no lo conocías tú? ¿Le recordabas un placer mayor que llevar la contraria? No sólo a ti... Allí estaban las intemperancias con los proveedores de la imprenta y las interminables porfías de los sábados contra sus amigos de tasca. ¡La terquedad era, junto a la política y el fútbol, su deporte favorito! Diego asentía para complacerla; pero conmigo, más tarde, se confiaba. Había sido por su culpa, era él quien le había provocado el infarto a padre, mascullaba. Si no le hubiese hablado de Durruti ese día..., insistía.

El de Durruti, ciertamente, había sido un punto espinoso desde los remotos días del «viaje iniciático» y la siembra de ajos. ¿Cuántas veces habían llegado a los gritos cuando, en las infaltables tenidas políticas, al final de las visitas al cubil familiar, salía a flote aquel anarquista mítico y, en especial, las circunstancias de su muerte? El retintín de don Manuel era siempre el mismo.

—Los propios anarcos se lo echaron al colete —declaraba, por ejemplo, y removía el café al tiempo que chupaba la pipa—. Llegó un momento en que les servía más muerto que vivo. Durruti, a pesar de todo, era un hombre avezado. Cuando lo mataron ya estaba cambiando de parecer: estaba comenzando a pensar que ganar la guerra era lo prioritario, cualquiera que fuese la revolución en la que se estuviere pensando.

Y por allí seguía. Diego, al principio, le replicaba. Se divertía, incluso, contradiciéndole... hasta ese domingo del susto y la carrera en que se le fuera el mundo. La televisión, recuerdo, presentaba un resumen del fútbol español, y de pronto, por razones que ignoramos —¿una ceremonia de premiación?, ¿una fecha magna del *fascio*?— el generalísimo apareció en pantalla. Don Manuel había iniciado la acostumbrada retahíla de improperios que la imagen de El Caudillo disparaba en él de modo automático, cuando a Diego no se le ocurrió algo más simpático que, riendo, hurgar en la llaguita de entrambos.

¿Qué ocurrió luego y por qué? Vimos a don Manuel montando en cólera, golpeando el puño contra la mesa, maldiciendo, y luego, sin que mediara ningún aviso de malestar, la debilidad, el sudor frío y el desvanecimiento. Por un momento todos quisimos creer que se trataba de un *gag* para ridiculizar a El Caudillo; pronto tuvimos que admitir que la coreografía iba en serio y comenzó el momento del sofocón y la estampida a emergencia.

Sobrevivió al toque, por supuesto, quiero decir don Manuel, pero desde entonces, él, Diego, se prometió no volver a mencionar jamás el tema en su presencia y evitarle disgustos. Si en su momento la guerra del 36 no había logrado despa-charlo, no iba a ser él, Diego, o algún deslenguado de ocasión quien hiciera el trabajo.

La determinación, llena de buenos propósitos como era, resultaba en las últimas algo forzada. En los almuerzos de domingo el viejo volvería por sus fueros políticos. ¿Quién, entonces, obraría de interlocutor? Fue allí cuando Diego y doña Rosario demoraron en mí las miradas... y yo comprendí y acepté.

Ciertamente, don Manuel y yo exhibíamos, salvando las distancias que no eran pequeñas, una raíz política semejante que nos sostenía en una parecida utopía. Ya antes, aquí y allá, cuando me ocurría terciar en la conversación, estas coincidencias, para beneplácito suyo, habían aflorado. Se trataba ahora de sistematizar por mi parte lo que antes ocurriera de modo casual y, debo decirlo, de disimular las discrepancias que —distancias de tiempo mediando— me separaban de su ortodoxia algo rígida.

Y así ocurrió. No sólo por seguir las recomendaciones que el susto cardíaco aconsejaba, sino también —y he aquí algo llamativo— por dejarme llevar en el impulso de sintonía que me asaltaba al visitarlo. Nada difícil, si tomamos en cuenta que yo me había empapado de los pormenores de la contienda del 36 y de las grietas que enfermaron al bando re-

publicano, en la misma época heroica en que leyera el *Manifiesto* y las tesis cubanas y los papeles de la Gran Marcha, de modo que...

Diego y doña Rosario celebraban estos encuentros que poco a poco rescataban al viejo del sopor en el que lo viéramos sumirse después del ataque. Pronto los almuerzos de domingo volvieron a ser así tan distendidos como lo habían sido siempre, en las tardes remotas cuando sólo la luz oro viejo de las cinco lograba adormecer el pulso de aquel corazón ahído de vino y de canciones y de recuerdos aún más vivos que el contorno del presente.

Fue por fortuna esta fortaleza, puntual, la que le ayudó a sobrellevar las dos euforias —potencialmente letales— del año: la reunificación del Vietnam victorioso y la muerte de Franco.

En cuanto a nuestra proximidad en sí, no dejaba de asombrarme el acuerdo tácito que parecía erigirse por virtud de los hitos de una tradición que saltaba aquí y allá en la conversación aunque no se les nombrara de modo directo y que, a pesar de esto, soportaba el intercambio todo en silencio: la Comuna de París, el octubre rojo, la defensa de Madrid. O las imágenes, breves y primordiales. O las anécdotas. Como aquella de la mudanza de la Casa de España. O aquella otra en la cual Diego, niño todavía, en la arena del Nuevo Circo, es alzado al cuello del padre, al tiempo que don Manuel lo anima a aplaudir la figura heráldica del «Presidente de la República en el exilio», que parece flamear sus brazos o una bandera desde lo alto de la tarima, al otro extremo del coso.

Entonces, aunque esta vez cascadas y roncás, volvíamos a escucharle las canciones con cuyo bisbiseo, majita querida, oyera yo, Diego se había criado. «Con el quinto, quinto, quinto/ con el quinto regimiento/ se va lo mejor de España/ la flor más roja del pueblo».

Y claro, aquí saltaba yo, saltaba Diego, y sin desanimarlo lo tranquilizábamos, te sentaras, camarada, te terminarás la

manzanilla, papá, oficial, tranquilo que la oncena ganaba, que el quinto regimiento ganaba, al final quizás, muy después quizás, pero ganaba, oficial, con las pastillas, con Tuerl, con Líster y Campesino, con el parcho poroso, con la defensa de Madrid y las brigadas internacionales, con la manzanilla, papá.

Corto y cambio. A propósito de la guerra civil y de las analogías electivas, anoto para el archivo de curiosidades. Como las bromas de piso en novela negra las jugamos por lo regular en otras circunstancias y con otras personas, don Manuel desconocía la afición enfermiza de Diego por el género policial en extenso, y por Hammet en particular. Así que hoy, cuando apodé Spade a Diego, el viejo preguntó.

—Spade, sí. Sam Spade —comencé a explicarle—. Un personaje de un tal Hammet... que es una de las chifladuras del chiflado de su hijo aquí...

Don Manuel se incorporó en el sillón.

—Sí. Se los preguntaba porque me sonó conocido. Spade, sí. Dashiell Hammett, ¿no? Una ficha estelar del partido en Estados Unidos en los años treinta. Novelista. Guionista en Hollywood. Lo recuerdo.

Diego saltó.

—¿Lo recuerdas?

—Sus novelas fueron muy populares entre la militancia. El partido las hizo traducir en unas edicioncitas piratas pero legibles. Quería venir a la lucha en España, pero no se le dio.

—¿No se le dio qué? —Diego parecía no creerlo. Sabía que Hammett había sido perseguido y llevado a prisión por los maccartistas en los cincuenta, pero ignoraba la relación del novelista con España.

—Por un tiempo, después de la herida, estuve trabajando en una oficina que actuaba como una suerte de enlace entre el partido y las brigadas internacionales —don Manuel disfrutaba el cuento a ojos vista—. ... Recuerdo que nos escribió

muchas veces. Tenía la esperanza de ir a luchar como brigadista de la Lincoln, pero no se le dio. El partido, no el de España sino el de Estados Unidos, se opuso. Al parecer les hacía más falta allá. Formaba parte de un Comité antifascista de ayuda a la República Española: era una figura estelar...

Diego estaba de una pieza. Don Manuel me dirigió una mirada cómplice y divertida.

3 **(1976)**

Cuando desperté, a la mañana siguiente, padecí la instantánea sensación de irrealidad que nos asalta cuando surgimos del sueño en una habitación que no es la nuestra. Ignoraba por completo dónde me hallaba y con quién me hallaba. Lo que en primer término me impresionó fue la oscuridad que parecía penetrarlo todo como una neblina de carbón sin peso. Sólo a mi izquierda un mínimo destello bajo la forma de una rebanada brillante interrumpía mi ceguera. Por un segundo me pareció que algo semejante al perfil de una mesa de noche y de una lamparilla se recortaba cerca de mi cabeza. Tanteé allí, pero en lugar del botón del interruptor lo que mi mano tropezó fue la base misma de la lámpara, que cayó al suelo con estrépito y que, enseguida y para mi sorpresa, se encendió como si se tratara de una célula sensible al roce o al mínimo cambio de posición.

La luz trocó la ceguera en encandilamiento: de la nada blanca, con lentitud, fue surgiendo el paisaje de la cama, en primer plano, y luego, oculto por las sábanas, el contorno de un cuerpo. Me dio la impresión de un animal ovillado en el que resultara imposible registrar el menor movimiento, ni siquiera el oleaje calmo y rítmico de la respiración. Por divertido que pueda parecer, por un momento me asaltó la convicción ridícula de que se trataba de un cadáver. Nada insólito, en el

fondo, quiero decir la convicción, si se toma en cuenta el hecho de que, aunque no era un bebedor de fondo —o quizás por eso mismo—, entre La Flaca, la familia y los amigos más cercanos ya constituía una leyenda la forma caprichosa —y desmedida— como mi cuerpo reaccionaba al alcohol. Echar la cabeza sobre la almohada, por ejemplo, y soltarme a ver payasos asesinos y bufones siniestros por los rincones eran un mismo y puntual acontecimiento. Me acodé sobre la almohada para obedecer a la curiosidad y con infinita delicadeza (como si un solo movimiento en falso pudiera bastar para cambiar el cuerpo —si aún era cuerpo— de un solo envión en cadáver —si todavía no era cadáver), tomando la punta de la sábana con los dedos en pinza la hice deslizarse hacia abajo. A plazos vi surgir del telón la melena acastañada, el declive de la frente y, por fin, el rostro y el cuerpo por entero de La Polaca que sonreía desnuda en la inconsciencia del sueño. La reconocí, por supuesto, pero, presa aún de la amnesia benigna de la resaca, en vez de aliviarme (algo que en verdad logró hacer pero sólo en un inicial y fugaz momento) el descubrimiento me provocó estupor.

No cabía duda: aquélla era Laura. Pero entonces, ¿qué hacía yo allí, en una habitación que no era la mía, metido entre las sábanas con una Laura en cueros? ¿Qué había pasado la noche anterior? ¿Había bebido como un desmadrado hasta perder la conciencia e, incluso, desmayarme, obligando así a La Polaca y tal vez a alguien más —¿pero a quién?— a ocuparse piadosamente de rescatarme y ponerme a buen resguardo, sin que yo me enterase? Pero, de ser así, ¿qué hacía Laura a mi lado? ¿O se trataba acaso de que yo, de nuevo en el limbo de los escoceses, la había seducido —¿pero cómo?— o incluso presionado y obligado —¿pero cómo?— hasta arrastrarla a aquel hotel para acostarme con ella? ¿Y acaso me había acostado con ella? Este proceso de duda metódica, hilvanado en el filo del asombro y que se me ofrecía bajo la especie de un sueño poroso debió ocuparme por una

milésima de segundo. Estaba empezando a dejarme lamer por la culpa, cuando es La Flaca, anunciada por lo que me pareció el ruido de una patada contra una caja de madera, quien irrumpe en la guarida satánica, exhibiendo en las manos una bandeja recubierta por una colmena de pequeños objetos en medio de los cuales se encumbra un espléndido clavel rojo. En la imagen congelada que mi ojo destaca en el vano de la puerta lo que priva —tal como en una pantalla blanquinegra de TV un elemento multicolor— es, justo, esa flor de pétalos carmesí, como en la canción... y la sonrisa de La Flaca.

Si la presencia de Laura en medio de mi amnesia había sido un dato insólito, el rostro añadido de La Flaca resultaba el gesto que desprendía la espoleta de la granada. Fue esta suma de tensiones lo que fracturó el marco previo (la amnesia transitoria en mi caso) y reinstaló los elementos (el cuerpo desnudo de Laura, el rostro de La Flaca, la habitación, mi propia presencia) en un nuevo y transparente nivel de la vida. La contradicción, sí, pero con un testigo: la sonrisa del gato; y un catalizador: el clavel de oro rojo. Y entonces, de la nada al cosmos, una vez que recobré la punta de la trama, recobré el todo. Halé y comí de los hilos desde la reunión en las cuevas del teatro, con aquellos tres conejos desorientados que éramos saliendo de la tarde para entrar en la noche, hasta los boleros en el mirador de La Gaviota y la escapada final, con aquellos tres vampiros alucinados que éramos saliendo de la noche para entrar en ellos.

¿Qué ocurrió luego? No lo narraré. En lugar de eso fijaré con goma sobre el monitor las páginas en las cuales, dos días después y aún bajo el efecto del hechizo y del conflicto, consigné la noche.

Dos comentarios.

Primero, el documento va sin enmiendas, excepto por algunas aclaratorias, siempre leves, imprescindibles para hacer comprensible un papel privado. Pero, debido a la distancia que me separa de su escritura, me es imposible garantizar

que esté intacto. Ya sabemos, ¡ay!, cuán poco secretos pueden ser mis papeles secretos: de pronto La Flaca, hasta con la complicidad de Laura (puedo verlas, bolígrafo en mano, cuchicheando entre galletitas y café con leche en cualquier atardecer de aquellos meses ciclónicos), ha metido su inocente mano en los párrafos de la libreta.

Segundo, releyéndolo, he tenido por momentos la impresión de estar ante una fábula de la literatura fantástica. Ruego que traten, no de perdonar quizás, pero sí de entender, mis torpezas: me hallaba en el corazón del brasero al escribirlo.

Anotaciones de Fernando

Cuando salimos de La Gaviota a la explanada del estacionamiento me pude dar cuenta de que estaba absolutamente borracho. En ese momento me pareció inexplicable, más tarde recordé que en mi diálogo mudo con Marisela, durante aquellas horas en que me dediqué a escucharla en silencio, mirando con un ojo a su cara y con el otro, ¡ay!, a la obsesiva pareja que mis dos bailarinas improvisaban, ciñéndose una a la otra, en los espacios siempre elusivos del universo en que se había convertido La Gaviota, entonces, digo, había dado cuenta, sorbo a sorbo hasta el fondo mismo, de la botella de escocés que el dueño del negocio nos obsequiara al comienzo de la noche.

De cualquier modo, fue esta circunstancia, unida al rapto de risa que nos había infectado desde que decidiéramos abandonar el restaurante y que aún se resistía a darnos tregua, la que iba, al menos en mi caso, si no a abolir por completo la tensión, sí a hacerla *sobrellevable*. Justo como ocurre en el teatro, donde el desplazamiento del reflector a un rincón que la tramoya revela en un recodo de la escena basta para mudar el tiempo, el espacio y el tenor emotivo de la secuencia, la simple llegada al carro bastó para cambiarnos la máscara: si

un minuto antes nos estremecíamos por no saber hacia dónde íbamos, ahora nos estremecíamos por saberlo. Y quien terminó de darle la vuelta a la página no fue otra que Laura. De nuevo instalada en el asiento delantero, entre La Flaca y el chofer delirante, con sus piernas plegadas en posición de loto, pero con los pétalos superiores del loto extendidos sobre nuestros hombros, sus deditos tamborileantes sobre nuestras nuca, se adelantó a la pregunta tácita que cada uno se había estado formulando sin formular.

—Ahora, mis bienamados —*beloved*—, rumbo a La Guarida... sin escalas.

Dijo esto con el tono de una capitana bufa, al tiempo que nos recorría, en sucesión, primero a La Flaca y luego a mí, con una rápida mirada, como si apenas estuviera constatando las bondades de un artículo que ya conocía y al que deseaba adquirir al salto y sin regateos.

¡Maldita mi suerte! Aquello me tumbó la quijada. «La Guarida»: ¡nuestra loca varsovia querí hacer de las suyas e invitarnos a hacer de las nuestras en su propia casa, en la cueva que compartía con Antonio, mi amigo de toda la vida! Protesté y protestó La Flaca. Inútil. Para sorpresa nuestra, Laura se lanzó encarnizadamente a la defensa de sus criterios, empleando para ello los mismos énfasis que ya la habían hecho famosa en las sesiones de trastienda de la compañía. ¿Privacidad? A pasearnos desnudos por la sala si era nuestro deseo. ¿Música? Total y al alcance del brazo. ¿Comodidad? Flotaríamos. ¿Comida y libaciones? La bodega de Pantagruel resultaba una caricatura. Todo, decía, en La Guarida ella había dispuesto todo para nosotros, para ustedes, mis amores, lo íbamos a ver, una máquina de maravillas para saciar caprichos. Ajá, la sesión de baile, por ejemplo, allá podríamos continuar la sesión de baile interrumpida en el mirador, mis amores, sus deditos tamborileando, tejiendo bucles con las mechitas de nuestras nuca, y cuando desfalleciéramos... ¿Adivinábamos? ¿Adivinabas tú, Flaca, tú, Llanero? Allí se

hallaría, dispuesto para nosotros, oceánico (así dijo), el lecho providencial, porque, claro estaba, aquella noche íbamos a dormir con ella en La Guarida. ¿O haríamos de tan malitos como para dejarla sola en aquella casa, de tan ingratos como para abandonarla?

A todas estas ya yo había tomado rumbo a la ciudad. Una vía que nos calzaba bien cualesquiera que fueran los cambios de planes. Pero no habría cambio de planes: la flecha de curare seguiría la trayectoria trazada desde el arco tensado por Laura y acertaría con el ojo que ella misma había elegido, acaso con meses de anticipación. Se trataba de una suerte de profecía que adelantaba los hechos con exactitud y que ella accedía a recitarnos por cortesía, a sabiendas de que nada podríamos hacer para alterarla. Llegamos a comprender y a aceptar, quiero decir La Flaca y yo, un detalle que sólo entonces se nos hizo evidente. Conformábamos un trío, cierto, pero puesto que ella y yo éramos la pareja previa, Laura no podía encarnar otra cosa que la bisagra. Una bisagra que a un tiempo unía, delimitaba e, incluso, separaba, pero bisagra al fin: si ronroneaba, quiero decir Laura, con cabeza gacha y morro sinuoso, como había sido su papel en la temprana noche, era para dejarse llevar por nosotros uniéndonos a ella. Si, por el contrario, se ajustaba la banda de cuero y las botas y se alzaba reclamando obediencia, como ahora, era para arrastrarnos uniéndose a nosotros. En ambos casos era ella, en su rol alterno de tuerca o de tornillo, quien propiciaba la articulación del trío.

Como si descendiéramos por un pozo horizontal a velocidad de caída libre, los almendrones y las uvas de playa se mezclaban en la oscuridad brillante con las luces de la costa y la elevada profundidad del cielo marítimo. Dentro del carro, también nosotros nos abandonábamos a la pendiente de la noche. El rostro de Antonio, al que había visto asomar en el ojo de La Flaca y en mi propio ojo (pero, atención, nunca en el de La Polaca) bajo la forma de una culpa agria, se había simplemente diluido con la misma rapidez y la misma firme-

za con que unos minutos antes parecía haberse impuesto en nosotros. ¿Se habría comportado Antonio de la misma manera de haber estado en mi pellejo? Conociéndolo, no lo esperaría, pero tampoco él lo habría esperado jamás de mí. Y, en el fondo, ¿quién conoce a quién?

Escribo a tres días de aquel anochecer loco y todavía no salgo de mi estupor. Me lamo el dorso de la mano y puedo beber aún el regusto de entonces: mi piel no sabe a piel, sabe a salitre, a sudor; sabe a vino, a madrugada, a sexo cóncavo. Me veo escalando la autopista del mar hacia el valle elevado y me asombro. ¿Pensamos de verdad en Antonio? Lo dudo. El deseo prevalecía en nosotros con la ferocidad de un animal agónico: vida o muerte a colmillada limpia, como si en el mordisco ciego se jugara el mañana. O como si no pudiese concebirse ni un mañana ni cosa terrenal alguna fuera del mordisco ciego.

Escribo a tres días de aquel anochecer loco. Escribo sentado en la pequeña mesa del estudio de cara a la ventana. Ignoro la hora. ¿Las dos? A partir de cierto límite, en la alta madrugada, todos los momentos se parecen entre sí. Abajo, la ciudad reposa del estertor del día: luces vagas sobre una maqueta vaga. A mi izquierda, el corcho de recortes amenaza con ceder ante el peso de los papeles: allá una fea foto de Artaud, llena de carácter, que data de sus tiempos en el asilo de Rhodéz. A su lado, en la esquina inferior derecha, Miller (Arthur, no Henry) cobra el aspecto de un dandy en la postal que lo muestra acodado en el parapeto al borde de un río, tal vez el Hudson. No tengo que extender el brazo, tomarla y darle vuelta para saber que el remitente no es otro que Peraloca, y que el envío está fechado en Nueva York y que debajo de la firma hay un mensaje de La Polaca: ambos hacían un alto en la memorable «luna de miel postergada», que tantas anécdotas aportara a la entonces incipiente historia de la pareja.

No hemos visto a Laura desde la «noche de la escapada», pero sé que La Flaca ha hablado con ella por teléfono, al

menos un par de veces. En cuanto a Antonio, luego de su abordaje suspendido, regresó de Florida como lo anunciara, al día siguiente, a las ocho de la noche. Me ha llamado varias veces para ese encuentro de solteros en la barra de los viejos tiempos con el que nos habíamos amenazado semanas antes de su viaje. No he logrado reunir el coraje suficiente para verle la cara. ¿Qué se supone que soy y qué se supone que debería confesarle que soy?

Las primeras escenas de La Guarida fueron una reproducción puntual de los escarceos a dos cuyo original ya había visto en despliegue, en los entretelones del mirador, mientras hacía de terapeuta improvisado con Marisela.

Ya me había servido el vino (¿para morder de nuevo al ritual con el que iniciáramos la noche en tan buen pie?) y permitido una bocanada de aire celeste en la terraza mientras ellas desaparecían hacia el dormitorio, ya regresábamos, papi, sonriente, ésta era La Flaca que cuando deseaba consentirme me llamaba papi o nené, soy inocente, según las circunstancias y el talante; ¿qué le apetecía a papi?, y ésta, ajá, era Laura, que nunca antes me había llamado papi o nené, ¿queso, aceitunas, pan de centeno?, en la cocina había lo que quisieras, la cocina era tuya, era mía. Pero ahora ya estaban de regreso, mudadas de ropa por tercera o cuarta vez en la jornada: las dos batas de seda que relevaban a los antiguos franelones prestados por Marisela eran dos caídas de agua magenta, finísima, que tapizaba los cuerpos sin robarlos y seguía con docilidad los movimientos como si se tratara de una piel gemela. Aparecieron al unísono en el contraluz del pasillo y permanecieron allí, una al lado de la otra, sin sonreír, sin hablar, acaso con el solo propósito de constatar en mí el efecto que sin duda habían esperado provocar. No quise ni pude disimular: la epifanía de aquellas dos cachorrillas sagradas constituía un espectáculo sobrecogedor. Incurriendo en el traspíe que precede a la lona, me dejé derrumbar sobre el sillón de lona que escoltaba al aparato de sonido.

Y aquí —debo repetírmelo para creerlo y aceptarlo en primer lugar yo mismo— se inició el acto final de aquel *happening* que me había llevado de un sobresalto a otro a lo largo de la noche, y que había transcurrido en buena medida al margen de mi voluntad. Porque si bien aprecié de manera clara y distinta a Laura mientras se dirigía hacia la puerta de la cocina y desaparecía en ella, la mujer que vi caminar hacia mí, detenerse frente a mí, inclinarse sobre mí que aún permanecía sentado en mi sillón volador, por el contrario, me dejó de una pieza: por una parte prolongaba los rasgos que durante años yo había acompañado en La Flaca —el pelo acastañado; los ojos con la textura y el matiz de las hojas del ficus: ojos-hojas, le había escrito yo, cursi y enamorado, en nuestros comienzos; el mentón—, por otra parte —¡mierda, que me trinchen—..., por otra parte no se trataba en absoluto de ella.

Todo ocurría como si una impostora, valiéndose de los recursos de un maquillaje de artífice, se hubiese calzado los rasgos habituales de La Flaca, con un resultado perfecto a nivel físico, y sólo a nivel físico... Porque tan pronto aquellos rasgos comenzaban a vivir —por el acto de caminar, morderse el labio, o, incluso, guardar silencio— la patraña quedaba revelada y la impostora descubierta. Aquella mujer era La Flaca y, también, en un sentido que, debo admitirlo, en buena medida ignoraba, no lo era en lo más mínimo. Bien: se detuvo frente al sillón, midiéndome con una mirada de ojos sin párpados como si, en ausencia de un comentario por mi parte, esperara descifrar, en mi nariz o en el lóbulo de mi oreja, la actitud que el personaje que con su consentimiento había usurpado su lugar, provocaba en mí. Ella, sin duda, sabía que no estaba siendo ella. Y sabía que yo lo sabía. Le respondí la mirada, pero callé: empleé el estilo que, durante los saraos de la secundaria, Antonio y yo habíamos clasificado como una variante de la «tercera situación» y que enviaba el mensaje (tápense la nariz, si gustan, pero no olviden que se trataba de la secundaria) de «expectativa de aceptación sin

invitación directa», y envolvía también, aunque en dosis mínimas, algo de picardía.

Entonces se arqueó sobre mí, me besó con un roce levísimo de labios y tomó distancia para mirarme de nuevo. Continué en silencio, pero esta vez fue ella quien se decidió a hablar. Sólo que jamás sabré lo que intentó decir: la detuve antes incluso de que pronunciara la primera palabra. Tal como había visto que ocurría en el cine —siempre con eficacia—, extendí rápidamente el brazo, coloqué mis dedos sobre sus labios —en el cine nunca dejaban de ser el índice y el medio— y le sonreí. Permítanme ahora repetir un lugar común: es sorprendente lo que un gesto adecuado en la circunstancia adecuada puede ahorrarnos en tiempo y en energía. Ambos sabíamos lo que el gesto entrañaba y lo que de los personajes en cuestión se esperaba después del gesto: teníamos un pasado filmico casi idéntico. ¿Qué significaba el ademán? Conforme al código tácito de la pantalla debía interpretarse en uno de dos sentidos: a) «es mejor callar porque ya todo está dicho» (no aplicable en nuestro caso), o b) «es mejor callar porque cualquier cosa que se diga podría resultar inconveniente, peligrosa incluso» (perfectamente aplicable en nuestro caso). ¡Viva Lumière! Acaso porque no podía discrepar de la convención filmica, acaso porque no quería contradecirme, La Flaca acató mi sugerencia tácita. Y, en cierto modo, también La Polaca y yo mismo la acatamos. Quiero decir que, si bien no de manera absoluta, desde aquel momento el tono que prevaleció fue el del silencio y el susurro. Hablamos lo mínimo, canturreamos lo mínimo para acompañar alguna canción que nos gustaba, mientras bailábamos, con la sola excepción del pequeño show coreográfico que La Flaca sugirió para que Laura pudiera ofrecermé una demostración, al son de la cumbia, de los progresos logrados por la varsoviana en sus cursos londinenses de baile caribeño (no leyeron mal: anoté londinenses: una academia inglesa, sólo que con gerentes barranquilleros).

Aquella cumbia, es cierto, constituyó la nota estridente, pero fue breve... y magnífica. Hay que advertir que Laura había trabajado sobre su cuerpo durante toda la vida, desde los tiempos borrados de su uniforme de pionera infantil con crijeas, sin concederse un solo día de tregua en esta labor espléndida que, nos consta, participaba por igual de la artesanía, la danza, la expresión corporal, el *jogging*, el mimo, la gimnasia y el hata-yoga. El resultado había sido prodigioso y no requería de otra comprobación que la mirada rápida. También esa noche bastaba un *flash* sobre cualquiera de sus movimientos (o incluso de sus reposos) para aprender que aquella armazón móvil de piel y de hueso podía cambiar en instrumento cinético a capricho de su ejecutante con un impulso que —y en esto quizás residía su hechizo—, por su levedad, parecía no entrañar esfuerzo alguno. En esta corriente la cumbia no fue la excepción: rítmica y breve, constituyó la obertura para el plato fuerte que Laura nos tenía reservado, una danza sinuosa que se hizo una con ella y con el espacio que ella ocupaba, para darnos una bienvenida de antigua noche persa.

Para que ningún elemento del paisaje posible quedara fuera de paso, el tiempo de la escena fue trazando sus propios ajustes, como los cristales de un caleidoscopio con los leves movimientos de un péndulo. La música comenzó a sonar sola (o al menos eso me pareció); La Flaca se ovilló al pie de mi sillón y se abrazó a mis piernas echando su cabeza sobre mis rodillas, justo un segundo después de que yo la imaginase ejecutando uno tras otro los gestos que ejecutó: el descenso sobre el cojín, la cabeza, el abrazo, la mejilla contra mi muslo; la cortina aérea que en el momento en que regresé de la terraza se hallaba, lo recuerdo, corrida (a pesar de que la ventana francesa se encontraba, por el contrario, abierta, de modo tal que era la cortina, apenas hamacada por el viento que se dejaba sentir en ráfagas caprichosas, al actuar como puerta, el obstáculo que uno debía salvar para desplazarse de la sala a la terraza, y regresar, como había sido mi itinerario),

esa cortina, repito, ahora estaba abierta de extremo a extremo, haciendo que un fragmento de noche, bajo la forma de un rectángulo casi perfecto, sembrado de nubes blancas, con ese blanco irreal que con frecuencia exhibe el cielo urbano, se derramara desde el vacío sobre nosotros; el aire olía a mujer y a espigas de incienso y a peccorino con pimienta y a pan, y experimenté la aguda sensación de que mi corazón se abría.

[Clic. Esta noche la iluminación es tan débil —apenas un bombillo lateral, mortecino— que el registro resulta un baile de figuras manchadas al carbón, desleídas. Una atmósfera infrecuente en el dormitorio, habida cuenta de las preferencias del trío por la actividad a plena luz. ¿De qué está hecha esa nada indiscernible que parece moverse entre vacilaciones en el rectángulo gris? ¿Se trata del terceto o sólo de las dos mujeres? Clic. A plena luz, ahora, el hombre se mira el antebrazo, ¿lo han cortado?, ¿mordido? Clic. El hombre mira a las dos mujeres: podemos suponer que pregunta quién ha sido, cuál. Clic. Las dos mujeres, por toda respuesta, sin duda han lanzado su grito de guerra, y ahora asistimos a la carga de la brigada ligera que, diente aquí y allá, a mansalva, termina por someter al hombre.]

Es probable que aquel momento haya durado más de lo que mi memoria mide. De hecho, no me asombraría que la estimación de La Flaca se distanciara drásticamente de mi percepción de fugacidad. Lo sabré cuando madure en nosotros el momento adecuado. Tres días no son nada. Y nada —relativo a esa noche, quiero decir— hemos conversado en estos tres días.

Tampoco he verificado la música que La Polaca colocó en el plato (o bien le ordenó telepáticamente al aparato colocar en el plato): a ratos he pensado en alguna bachiana para laúd, trasegada a la guitarra de nuestros días, a ratos en otro aire preclásico, siempre soportados en la simple compleji-

dad de un encaje de filigrana: un pivote hacia el cual convergían los matices de la línea melódica, en oleadas concéntricas que se replegaban sólo para ganar una libertad que podríamos llamar centrífuga, de no ser por el hecho de que huía en todos los sentidos al unísono. «Como un mandala», recuerdo que me dije.

Pero tal vez esta sensación, ahora que lo pienso, no provenía de la música, sino del equilibrio creado por la pulsación de ese otro centro que encarnó el cuerpo de La Polaca una vez que condescendió al silencioso milagro de la danza. Blanco sobre blanco: la piel blanca que bailaba repujada contra la nada blanca que la sostenía sin sostenerla. Y luego, de súbito, como descifrada por un prisma o bañada por una tenue película de vitrales, el cuerpo suspendido caía (juro que pude verlo —que lo veo ahora todavía— clavado en el aire por un rayo sin peso), deslizando sobre un arco magenta —el color de la bata— y nácar —el de las nubes que navegaban en la terraza— y ceniza —el de la pared opuesta que, al no ser alcanzada por la luz, actuaba como el fondo de una escena sin límite—. A partir de allí, en la tradición de la danza y de la vida terrena, el cuerpo buscó más la cálida proximidad del suelo —un piso de parquet dispuesto en espinapez y a medias cubierto por una alfombra de hebra corta— que la aérea elevación hacia el cielo, acaso percibido, al menos en ese momento, como más distante y, por tanto, como menos carnal.

Tendida ya, el enigma ahora estribaba en atinar con la identidad zoomórfica, sucesiva, que a través de la pose, el desplazamiento y la expresión, intentaba personificar para nosotros: se arrastraba, sí, la columna vertebral transformada en un látigo zigzagueante que evocaba la presencia de la anaconda, pero... ¿era en verdad una anaconda? De ser así, ¿dónde encajaban entonces esas fauces que lanzaban dentelladas feroces a un lado y a otro en un intento fallido y, por tanto, repetido, por alcanzar y devorar una presa apetecida que, sin

embargo, parecía no estar en ningún sitio? ¿Serpiente y tigre a la vez? ¿Y yegua, quizás? ¿Acaso no era una yegua en celo aquel cuadrúpedo que en relincho empleaba las patas delanteras como molinetes para luego soltarse en una loca carrera de obstáculos —invisibles, sorprendidos— en torno a la sala, las piernas abiertas en tijereta, los brazos extendidos adelante y atrás a modo de arcos gemelos?

La música, entretanto, era una lluvia delgada que ocupaba el espacio sin ocultarlo, a través de cuyas hebras los sucesivos animales se relevaban. Anaconda, tigre, yegua, sí... ¿Y no cervatilla boca arriba? ¿Y no lobezna? Probablemente todas ellas, y otras, a un tiempo o en tiempos distintos; de formas precisas y discernibles o diluidas en una mezcla híbrida, según el fragmento corporal entrevisto o la expresión asomada en el rostro móvil o el ángulo desde el cual podía trazarse la perspectiva y, por tanto, incidir la luz. Y luego, detrás y a un costado de la escena, la duplicación fantasmal causada por los espejos, volviendo menos verosímil una metamorfosis que ya había dejado de serlo desde el inicio.

La alquimia absoluta: sirena y medusa en un ciclo de nacimiento y muerte; querubina y gárgola en otro.

La verdad es que a aquella altura yo me hallaba (y, podía asegurarlo, también La Flaca, que respiraba con dificultad, enfebrecida, al tiempo que se aferraba a mis rodillas) en una dimensión donde el único lenguaje válido, ya lo dijimos, había sido y continuaba siendo el del silencio.

De pronto, por virtud de ese mecanismo de transición arbitraria que nos es tan familiar en los sueños, durante uno de sus giros innumerables, el ciclo de la metamorfosis condescendió a devolvernos el cuerpo inicial. De nuevo la mujer, de nuevo ella. ¿Ella? Digamos que era una ella sí y una ella no. Allí estaba, sin duda, la Laura que recordábamos, pero, ¿era en verdad nuestra polonesa aquella sacerdotisa electrizada, con sudor de almizcle, que en los preparativos de su ritual de cierre, es decir, eucarístico, con La Flaca y conmigo en sen-

dos roles de pan consagrado, nos había electrizado también a nosotros con sólo adormecer el salto final en tijereta, adormecer el arco de carne por el cual caía, y caer, finalmente, en nuestro nicho, aventada por las diosas de la danza que al fin la liberaban? En suma, con esta mudanza y la de La Polaca, ya eran dos los cambios de máscara: y ahora allí estaba yo, al pie de la madrugada, me dije, acompañado por aquellas dos bacantes «recién desconocidas» a quienes en mi ingenuidad había creído conocer.

Acaso por esto, tampoco entonces necesitamos hablar. Peor aún, no fue menester ni siquiera mirarnos. Nos pusimos de pie al tiempo que colocábamos nuestra preciosa carga sobre la alfombra y, todavía en silencio —el gnomo cómplice había interrumpido la música—, tal como ocurriera en Londres varios años antes, abrazamos, escoltamos y condujimos a nuestra cabritilla hasta el tálamo de los encuentros secretos. A diferencia de Londres, sin embargo, esta vez no íbamos a besarla en el pelo, acostarla, cubrirla con la manta ni, sobre todo, retirarnos al tiempo que le pedíamos excusas. Nos quedaríamos. Si sus designios eran el mantenerse en su personaje de «cabritilla ceremonial preparada para el sacrificio», tal como en aquel entonces, o, por el contrario, el ajustarse la máscara de sacerdotisa oficiante que unos minutos antes había preferido exhibir, o, en fin, el dejarse invadir por ambas mitades, ya simultánea, ya sucesivamente, era algo que ignoraba por completo. Lo ignoraba, pero no me era indiferente. Más aún, como me pude percatar de inmediato, era justamente aquella incerteza acerca de lo que iba a ocurrir, cómo iba a ocurrir y con quién o con quiénes iba a ocurrir, lo que me cocinó hasta ese nivel de excitación fronterizo con el delirio bajo cuyo efecto me hallaba al trasponer la puerta del dormitorio.

Me comprenderán, quizás, los obsesos, los poetas, los místicos.

Hasta ese momento el impulso de la noche que se iniciara en las catacumbas de la pandilla teatral y terminara por

arrojarnos en aquella playa para náufragos que se materializaba en La Guarida, nos había permitido flotar al capricho del transcurso mismo de aquel fragmento de tiempo que eligiéramos para nosotros. Se trataba ahora de mantener ese estado de «espera abierta», de «dejar fluir» que nos había sostenido hasta allí, y sobre el cual el ingreso a la frontera de los hábitos íntimos se cernía como una amenaza: la habitación cotidiana de Laura y Antonio, la puerta entornada del baño interno, las sábanas de su día a día.

Eso hice: permitir que aquello —cualquiera que fuese el engendro prodigioso de que se tratara— continuara fluyendo.

Lo que voy a relatar de seguidas puede tomar acaso dos párrafos, pero en el corazón de la escena a la cual remite se redujo, lo juro, a una fracción de tiempo menor que la empleada por un relámpago en desvanecerse. Al trasponer la puerta, y tal como si nos hubiésemos entrenado durante semanas para ejecutarlo ante una audiencia imaginaria, nos detuvimos los tres al unísono. Sentí (o creí sentir) que bajo mi brazo, Laura, que ocupaba el centro del trío, se erizaba ligeramente, y que La Flaca, al otro costado, comenzaba a temblar. Mi intuición olfativa me llevó a una consideración tan obvia que me lució natural: La Flaca y yo preexistíamos, quien se postulaba (y había insistido en postularse) para ingresar en ese «nosotros» era La Polaca: era a ella, en consecuencia, a quien le correspondía elegir.

Y lo hizo.

Tan pronto como me susurré a mí mismo la palabra «elegir», e igual que si le hubiera dictado un ultimátum, vi a Laura deslizar el brazo con que me había ceñido a su lado mientras caminábamos hacia el dormitorio, volverse hacia La Flaca, anillarla por la cintura con un abrazo doble y comenzar por una devoración que era diente y labio a un tiempo.

Siendo avasallada como parecía estarlo siendo, La Flaca aún reunió fuerzas para inclinar la cabeza a un lado de la nu-

ca de Laura y lanzarme una postrer mirada de súplica y (tal vez a alguno de ustedes le resultará difícil creerme: lo comprendo)... de amor. ¡Atención! No me imploraba que la rescatara del abrazo que ya la vencía, me imploraba aquiescencia y absolución anticipada por algo que, a pesar de ella, resultaba inevitable, para no decir deseado. Ocurría porque tenía que ocurrir: no comprometía nuestro vínculo ni lo lesionaba. En cuanto a mí, no había duda: me quería allí con ella, mejor dicho, con ellas. Ese fue, inequívoco, el mensaje pupilar que alcancé a recibir: claro e instantáneo. ¡Y menos mal que instantáneo! Porque si hubiese requerido apenas de un segundo más, lo pierdo de un todo: me miró en caída libre y, con el mismo vértigo, cerró los párpados y se dejó abatir sobre las sábanas, doblada como estaba ya bajo el impulso de Laura.

Asombra la certeza suicida que a veces parece provocar el amor: le bastó, quiero decir a La Flaca, un fognazo en la penumbra para mirar en mí lo que esperaba de mí y cerrar los ojos con la confianza absoluta de que cada uno —ella y yo— estaba junto al otro, con el otro, dentro del otro... y que nada nos cambiaría, ni siquiera la perturbación con que otros cuerpos o la fantasía sobre otros cuerpos pudiera recubrirnos. Y sin duda tenía razón: un asunto de lenguaje tácito, que reposaba en una firme plataforma de claves compartidas, en parte elaboradas por cada uno con la presencia entre paréntesis del otro, en parte surgidas ellas mismas del fuego espontáneo causado por la simple y repetida frotación de un día contra otro.

El té humea sobre la mesa. De un tiempo a esta parte disfruto de la posibilidad de prepararme mis infusiones dentro de los límites mismos del estudio. Todo partió de una idea de La Flaca: «... para que tengas la sensación de que te mimo también en la alta madrugada, y a solas, a través de esas maravillosas

bolsitas aromáticas». Se hizo de una hornilla eléctrica portátil, de un tarrito para la miel y de una especie de alacena transistorizada (con compartimientos que parecieran pensados para acoger la nutrida variedad de hierbas que, solas o en cruces insólitos, decretan la alquimia de la poción al ser hundidas en el vapor de la taza), dispuso el conjunto a un extremo de la mesa de trabajo, entre el reborde de la biblioteca y el portacartas, y modificó la posición tanto de la lámpara y la máquina como de la silla, para abrirme un espacio al lado de la retorta improvisada, sin sacrificar la vista sobre el valle a través de la ventana.

Puedo palpar el humo: la gasa blancuzca flota un momento sobre la mesa y se disipa barrida por el hálito que se derrama desde el vacío contra el estudio a través de la celosía: un paisaje de breves sombras opacas que atestigua la mano de La Flaca. Desde algún lugar de la maqueta oscurecida que la ciudad erige, abajo, me alcanzan los ruidos de la noche: sirenas, ecos dormidos, un ladrido, una carcajada suelta... ¿Qué hubiese ocurrido de no aceptar yo —con la sonrisa, con la pupila, con el silencio— lo que La Flaca, al mirarme en el último segundo, había esperado que yo aceptara? Probablemente nada: un regreso rápido a los roles habituales con la ayuda de un chiste, de un comentario ingenioso, de una risa forzada. Había el antecedente de Londres. Pero no interferí. Vi que mi muñeca cerraba los ojos mientras caía sobre la cama, a la par ceñida y abatida por La Polaca, y se hundía en un confuso amasijo de cobijas, almohadas y cobertores, socavada por el asalto de Laura, al que parecía haberse rendido.

La habitación se hallaba en penumbras, a excepción del velador cuya pálida linterna, con toda seguridad, el gnomo había encendido. Las batas desechables (especie de *blazers* de paño, ceñidas en la cintura por cuerdas que se ataban en forma de lazo) con que una y otra se cubrieran desde el momento en que entramos a La Guarida, habían sido desenlazadas y abandonadas sobre la alfombra, por voluntad de la compleja pero pre-

cisa coreografía con que Laura trazara la evolución de los dos cuerpos desde el umbral del dormitorio hasta la acolchada meta, dos metros más allá, sobre el lecho espejeante.

Retengo tres impresiones de aquel disparo inicial de los diez mil metros estilo libre (amalgamados con frecuentes variantes hacia modalidades menos ortodoxas de pecho, espalda, mariposa, perrito, clavado, buceo sin tanque y ballet acuático) en que terminaron por convertirse nuestros terrenales juegos de medianoche.

La primera, en la deliciosa línea del chiste simbólico (que no es lo mismo, ¡atención!, que el símbolo chistoso), tuvo que ver con el perro. ¡Maldita sea, sí, con el perro! Un pachón olisqueador y meneador de cola que se hizo presente de improviso en las playas del lecho amatorio para dedicarse, como buen canino, a chequear mi olor, o lo que de él quedaba después de todos los desafueros, las fintas y los sudores de la jornada y, supongo, a compararlo con su archivo particular de esencias. No ladró, no me clavó el colmillo. Era la primera vez en mi vida que me lo tropezaba, pero no me ladró. Sin duda, a punta de nariz pura y desde el mismo instante de mi ingreso al apartamento, él sí me había registrado desde su escondite: ¿el lavadero?, ¿la cocina?, ¿su recámara privada? Me pareció una reproducción holográfica, con pasaje gratuito en la máquina del tiempo, de *Polito*, el antiguo perro de Antonio que nos acompañara, escuchando mansamente desde la esterilla del corredor trasero, en nuestras fatuidades adolescentes de los tiempos dorados de la cofradía. Pero *Polito* había muerto hacía años. ¿Acaso la nostalgia había obligado al nostálgico de Peraloca a hacerse de una réplica de nuestro manso camarada de nariz fría? La idea me llevó a reírme en la semioscuridad y por un segundo desvié la atención de mis bacantes. Pero el ping-pong entre el hocico de la mascota, que ahora comenzaba a lamerme el tobillo, y la cama suspirosa, me hizo ahogar una carcajada, para, a renglón seguido, paralizarme de terror.

Lo de la carcajada fue una perversión blanca. Si la réplica, me dije, resulta tan meloso y juguetón como el original, no sería nada extraño que fijara su próxima parada en el lecho mismo, en la propia encrucijada de los cuerpos, sobre todo si tomamos en cuenta que La Polaca, su codueña, se halla en la faena. Imaginé al falso *Polito* escurriéndose entre las colchas dispuesto a participar, digamos que a pesar suyo, en el nudo humano que apenas se entreveía sobre los almohadones. Razoné, no sin que la idea me divirtiera, que con las variantes eróticas que el paisaje nocturno parecía ofrecernos, resultaba suficiente, para, por añadidura, venir a darle visa de transeúnte a un *intermezzo* de bestialismo. Tomé cargado al cariñoso *Amenofis* trompa fría, como si se tratara de un bebé, con la intención de devolverlo a su nicho cotidiano que, para entonces ya estaba persuadido, debía hallarse en algún rincón no lejos del lavadero, ponerlo a buen resguardo, cerrar la puerta y regresar a escena. No había tocado aún el picaporte (porque la entrada del dormitorio estaba cerrada: todavía me pregunto cómo pudo nariz fría escurrirse hasta allí en esas circunstancias) cuando me dejé asaltar por la certeza de que la milagrosa comparecencia de rabo ágil en el lugar de los hechos estaba relacionada con (era una consecuencia directa de) otra presencia, tan inopinada como la primera, pero, ¡que me trinchen!, mil veces más escandalosa y trágica que la primera. Trágica, sí, pero no imposible y ni siquiera improbable. Bastaba con un cupo de última hora en el vuelo, un golpe de suerte, la travesura de una llegada sorpresiva: ases todos que encajaban a la perfección en el retrato del Antonio que conocíamos. El perrucho de Ulises descolocado en relación con Ulises mismo y con el resto del combo.

Como suele ocurrir, la culpa determinó que lo probable se transformara en evidente. Antonio estaba allí, no había dudas, ¿pero dónde? ¿Acaso había llegado y se hallaba ahora tras-teando en la cocina por un vaso de agua, por una pastilla, por

un taponcito de cierre antes de dirigirse a la habitación para despertar a Laura con un «besito robado» y sorpresivo? ¿Acaso había abierto la puerta del dormitorio, observado el entre-més y, fuera de sí, trepaba ahora la baranda del balcón para saltar al vacío? ¿O había saltado ya? ¿O, todo era posible, nos había espiado sin que nos percatáramos, sí, pero en lugar de trampolinar un clavado sobre el pavimento había decidido arrellanarse en su butaca favorita para, escocés con soda en mano, aguardar de modo resignado el final del aquelarre porque, al fin y al cabo —pensé yo que pensó él—, se trataba nada menos que de los tres mayores afectos que el torpe decurso del azar le había deparado en el universo y sus alrededores?

Abandoné el dormitorio con mi cargamento mueve-cola en los brazos y salí de las dudas al momento de depositar mi cargamento mueve-cola sobre la alfombra de la sala desierta. Nadie. Ni el más leve ruido o movimiento: el apartamento estaba vacío. Experimenté el alivio de los absueltos —¿o debería decir de los impunes?— y, no sin antes oler por venganza al falso *Polito* y constatar que despedía el mismo olor a cobija mojada con que siempre he tropezado en los perros, regresé a la habitación.

La segunda impresión tiene que ver con La Flaca. Me había reinstalado, con toda la discreción y la levedad de que era capaz, en mi rol de voyerista por descarte, y ahora me hallaba, ya no sobre el tapete a un lado de la cama, como antes, sino en una especie de nicho de observación en el propio lecho, entre las sábanas, que era, al unísono, altar de elevación y potro de suplicios, al lado mismo de la pareja. El paisaje móvil me había llevado al aturdimiento y al éxtasis: mi princesa, gimiendo a ciegas, echada de espaldas sobre las sábanas, se hallaba en abandono absoluto a Laura. ¿Y Laura y La Polaca y la camarada que vino del frío y la varsovia errante? Olvídense de la «cabritilla ceremonial», de mirada gacha, que en

Londres, en un otoño de cuyos ocres quisiera acordarme para siempre, acatará sin protestas nuestro delicado «no». Un veneno letal la había arrebatado, con toda seguridad, transubstanciándola en esta furia de furias, Babalúa en trance, Tirigua mutada en culebra vajeadora, que ahora flotaba, ingrávida, sobre la piel de mi muñeca.

De altos a bajos, diríase; de mariposa lingual, diríase: desde la boca mordida, me hacías daño, me lo hicieras, había descendido, ensalivando en punta el hoyuelo de la nuca y el nido axilar y el anisperado pezón derecho (al que llamó Boti, alguna locura en polaco, supuse) y el avellanado izquierdo, algo más perezoso, comentó riéndose, vieras (y lo llamó Nita, otra locura en su idioma incomprensible, supuse), y la concha sinuosa del ombligo, y aquí había comenzado, esta vez por parte de mi bienamada, la salmodia incomprensible en arrullo con la boca cerrada que no era llanto ni canción de cuna ni *hosanna* ni canto de ordeño ni susurro de encantamiento ni gemido ni arrumaco de seducción ni silbido ni recitación de exorcismo ni ayayay de límite ni expiración de muerte y de resurrección ni maullido, era todo eso en aleación y era la loca síntesis resultante que alquimizaba.

Disfrutaba, no había duda.

La caricia de Laura descendió aún más hasta detenerse en el nido de miel y de fresas ácidas: besaba con una intensidad levísima y lamía... La Flaca interrumpió por un momento el susurro y por primera vez abrió los ojos. No me veía ni veía a Laura. Podía jurar que miraba hacia la nada y que lograba verla... Cerraba y abría los párpados con la rapidez de un molinete al viento, y levitaba. Entonces se volvió hacia mí: una mirada doble que, en ese momento, deseaba a La Polaca y amaba a Fernando, el yacente. Alargó el brazo, tomó mi mano y la apretó y de nuevo cerró los ojos. Me di cuenta de que Laura la había tomado por la grupita y la había alzado al tiempo que la sacudía desde abajo y la bebía por la línea de la vida. Mi muñeca regresó al gemido y a un quejido *in*

crescendo: ahora batía la cabeza de lado a lado, vidita, balbuceaba que se moría y le suplicaba a Laura que terminara de matarla, de comerla terminara, su amor, mientras clavaba sus uñas en mi mano y lloraba.

Ignoro cuál ha sido la experiencia humana en situaciones semejantes. En cuanto a mí, ya lo he dicho, se trataba de una circunstancia con respecto a la cual no tenía antecedente alguno. Allí estaba mi amada, la compañera elegida para arrastrarme con ella al alimón por el trecho que nos restaba de vida, dándose al éxtasis bajo un cuerpo que no era el mío. ¿Cambió la resonancia de la escena por el hecho de que «el otro» fuese una mujer? ¿Bastaba ese detalle para congelarme a un lado, como si se tratara de observar las incidencias de una partida de billar?

No y, sin embargo, sí.

Han pasado sólo tres días y ya debo admitir que algunas piezas se han descolocado y recolocado en mí desde entonces. A riesgo de parecer un caradura les confesaré que no sentí celos.

Mejor dicho: les confesaré que la excitación casi insoponible en la que me hallaba en aquel momento me había sitiado de un todo, haciendo ya no inútil sino incluso imposible el que condescendiera, siquiera fugazmente, tanto a los celos como a cualquier otra pasión subalterna; menor y subalterna, se entiende, en comparación con el loco fogón interno que me colmilleaba por oleadas. No me lo pregunté, por tanto, entonces; me lo pregunto ahora: ¿por qué mierda aquel *happening*, en vez de indignarme —como tal vez se esperaba que mis raíces llaneras y mi savia caribeña aconsejaran— me imantaba? ¿Qué carajo pasaba conmigo? ¿Qué era lo que sentía? Y, sintiéndolo, ¿por quién o hacia quién lo sentía? ¿Dictan algo sobre esto, por ventura, el *Kama Sutra*, el *Ananga Ranga*, *El Jardín Perfumado*, los versículos del tantrismo,

El Decamerón, La filosofía del tocador, las Memorias del disoluto Giacomo, Las noches? ¿Balbucean algo en torno al prodigio, en algún sitio, Rabelais, Petronio, Anaïs, Aretino, Safo, Miller, el cincelador anónimo y múltiple de los templos de Khajuraho, Catulo, el divino Marqués, el padre Borges?

Antes hablé de la contemplación del *voyeur*. Sí, pero el fisgoneo del mirón apenas si da cuenta de algo. Y, sobre todo, acaso comente lo que ocurre a un nivel, dejando de lado el escalón alterno. La palabra que se me desliza es «fusión»: una especie de unión sexual vicaria, materializada por virtud de una disolución de la distancia entre la piel del ojo ebrio que mira y la piel de los cuerpos que reciben la mirada, y que, a pesar de actuar «como si» fuesen ajenos a la acechanza (y esto quizás podría parecer así acaso a un transeúnte desapercibido), es piel para, y desde, el amor, sólo a partir de la pupila que los recubre, y, al recubrirlos, los recrea.

No me hubiera trastornado de aquella manera la contemplación de uno de los dos cuerpos, aislado del otro y tomado en sí mismo, ni la contemplación de ambos cuerpos en frotación mutua pero desprendidos del aura blanca que mi presencia, derrumbada, yacente, muda, si se quiere, pero llameada, como vértice y tercer punto, es decir como síntesis, emanaba al combinarse con la de ellas. Ahora puedo decirlo: me encendía el mirarlas, sí, pero también el saber que ellas sabían que yo las miraba (y que esa certeza de que yo las miraba, que a veces podía ser figura y a veces fondo de la corriente de palpitaciones, las quemaba así mismo a ellas, aun cuando cerraran los ojos); y también el imaginarme en el papel de una o de otra, de la que poseía o era poseída; o, ¡mierda!, en el papel de ambas al unísono.

Anoto, ahora, «al unísono», y vuelvo a oír aquel aullido final de mi ninfa raptada: áspero y vibrante, su inicio había coincidido con la maniobra por la cual Laura la elevara, sosteniéndola por la grupita, la volviera por un instante para mordisquearle y lamerle la cola y juguetear con sus deditos

—entrarlos, salirlos, caracolearlos, deslizarlos, caminarlos— en el anillo ocre, para, acto seguido, antes incluso de que La Flaca pudiera darse cuenta, volverla de nuevo boca arriba y, sin abandonar el clavado digital en la grupa, hollarle con la lengua la conchita escondida.

¿Y en qué finalizó? Lo dije: en ese aullido con *vibratto* de cierre exhalado por La Flaca, que duró segundos y dura todavía, durante el cual, sin interrumpirlo, mi muñeca soltara mi mano y soltara la cabellera de Laura para, aferrándose al copete de la cama, en convulsión, en bufido, en tensión de arco, desplomarse por fin contra el silencio, o contra el sollozo menguante que daría lugar al silencio.

Capítulo IX

1

(Diario de Carmen Luisa, 1976)

Reflexión al filo de la madrugada, después del segundo encuentro de esta semana con La Flaca. La metáfora de la equis, la figura-letra que desde la adolescencia dibujara a un tiempo la amistad que nos anuda y la ruta en paralelo de cada una con la otra, está de vuelta. ¿Reflejo de mi arquetipo, de un mapa estelar doble, de una charada alquímica? La equis. Mientras la constelación de una ascendía, la de la otra caía. Ambas tocaban sus límites o sus líneas de fuga (techo o piso según el caso), y el proceso se invertía: la que subía comenzaba a descender, y la que bajaba, ascendía. Siempre la iluminada apoyando a la oscura, hasta que ésta se reponía para servir de apoyo a quien antes la rescatara, ahora en quiebra. Una y otra vez. La equis con la siempre-presente Flaca, figura de existencia doble: ¿no es acaso ese péndulo remoto y leal el ave que siempre ha cuidado de nuestra vida?

Algo me dio en avance desde el primer encuentro: la promesa a mano alzada de que *me enteraría*: hoy se trata de escucharte a ti, manita, en tu explosión y en tu proyecto, y de acompañarte, lo mío puede aguardar. De haberlo sabido entonces no le habría dado palmaditas a la postergación. Cierto que a mera punta de nariz podía entreverle el rotico, pero tiene sus trucos la chama: bastó una especie de ademán de ilusionista en tablas y una sonrisita reflectora de las tuyas para encandilarme y cambiarme de canal antes de que pudiese

darme cuenta. O acaso no quería darme cuenta. Me hallaba tan en bala pura soltándole mi proyecto que desatendí su parpadeo, asordinado por consideración a mí, es verdad, pero, como luego se vería, gritado hacia adentro.

Rescataré ahora lo que en nuestros tres encuentros tuvo que ver con su apoyo al proyecto, con la providencial aparición de la «amiga escondida» y con el primer *round* contra una fajadora peso pesado en un *ring* ajeno, a quien Diego y yo hemos dado en llamar La Madama y cuyo empaque prefiero registrar de una vez en estas notas, no sea que se me huya el *charm* de la primera impresión.

Al lado otro del espejo, al que da cuenta del rostro dividido —ahora dividido— de La Flaca, por el reflejo de desasosiego que entraña, lo demoraré en una reflexión breve y visceral, a falta del poema que merecería y al que sólo mi proverbial torpeza para ese género y la proximidad de la zozobra a la que evocaría, me impiden escribir.

(De hecho, he decidido registrar los momentos de mi amiga, no aquí, en este memorial ligero que despacho a vuelo de pluma, sino en los «cuadernos en octavo» que, ya sabemos, son los pastos de mula de los que algún día, ¡diosas mediante!, goteará *el libro*.)

Fue generosa en extremo y eficiente en extremo. Desde que le hice la llamada para ponerla en autos sobre el proyecto, se dio a la tarea de localizar a aquella amiga mítica a quien ya antes, en ocasión de no recuerdo qué lío de potestad en la Fundación, había mencionado. Enlazada a las albricias con las que celebró mi llamada, me tendió la promesa de sabanear a la Ludmila donde fuese y ponerla a moverse para nosotros como fuese.

—Embrídala y dale espuela, si te sale —me oí animarla—... pero sin asustármela, ¡ojo!

Ludmila, según parecía, tenía carrera «ministeriable a futuro», y aunque esto a mí me supiera a mierda empaquetada, nos venía de perlas a rabiar la ubicación, menor en comparación

pero estratégica, que ejercía a la fecha: presidenta del flamante «Centro Nacional para la Niñez en Situación de Riesgo», mejor conocido por su gracia abreviada: el CNN. Cuadrado como pueda parecer el retrato, lo dejo sin enmiendas porque la sorpresa que sobrevino luego lo anula con creces.

Ya La Flaca se había adelantado a quebrarme el prejuicio: tipa admirable aquella; estupenda profesional aquella; como amiga, de tu estirpe, cariño. Buena tarjeta, sí, pero inocua en lo que a la preparación para el *knock-out* se refería. Porque esto era lo que me esperaba en la salita de esa covacha mágica que La Flaca y Fernando han logrado trabajar nadie sabe cómo: un directo a la boca del estómago que me dejó sin aire y me enneblinó el apartamento.

Sentada en la butaca derecha, puesta luego de pie para conocerme, quien me extendía la mano en lugar de la «mítica» esperada era un rostro de los sesenta, de los años clandestinos, al que si bien en el instante no pude asociar con nombre alguno, su sorpresiva traslocación me provocó una sensación de irrealidad que me mareó. Estos efectos, como se sabe, pueden durar milésimas de segundos, pero cobran un valor de tiempo distendido, casi eterno, para quien las vive y, sobre todo, viviéndolas, las piensa.

Me miré dentro de una escena irreal, sin bordes, que me bastó para caminar por mi memoria en busca de aquel nombre perdido, y de la fecha y sitios del pasado en los que aquel rostro sin nombre se cruzara con el mío, y de las razones para que ahora estuviese allí, caminando hacia mi brazo extendido y hacia mis ojos en asombro como si ignorase que su sitio era otro.

Bueno, su sitio y el mío. Porque tan pronto nos aproximamos se hizo claro que la visión que entretejía de mí era tan afantasmada como la mía de ella. La Flaca comenzaba con su introducción formal —ésta era Ludmila, ésta era Carmen

Luisa, o algo por el estilo— cuando un gritico de asombro que provenía de la intrusa familiar la cortó en raya:

—¡Magdalena! ¡Qué sorpresa, manita! ¿Qué haces tú aquí? —abrió los brazos, ¡ay, diosito suyo, ella se moría!

La Flaca plantó dos ojos como molinos de viento y me dio la impresión de que se sostenía la quijada para evitar males mayores. Para mí, en cambio, aquel berrido bíblico resultó la llave que liberó la caja de las revelaciones. ¡Prodigiosa brujería! La aparición innostrada que un segundo antes me provocase lo que me provocó, ahora, en virtud de esa válvula mágica sin cuyo auxilio no tendríamos duración ni continuidad ni sentimientos de vida en la duración continua, cobraba rasgos reconocibles, nombre, cuerpo y circunstancias humanas y mortales, como si se tratara de la cajera de la panadería de la esquina a quien tropiezo un día de por medio.

Frente a mí, ahora dispuesta a otorgarme el abrazo de reencuentro después de... ¿cuántos años?, ¿quince, tal vez?, se hallaba Herminia, mi ocasional compañera en las inefables tomas de barrio de los años clandestinos. De modo que, yo misma soy, me dije, y solté el gritico que me correspondía (en parte para comprobar si ahora La Flaca, boquiabierta, terminaba de caer redonda):

—¡Herminia, mujer! ¿Qué haces tú aquí? —en la estricta tradición del lugar común—. ¡Tanto tiempo, manita! ¡Pero si estás idéntica!

Recordados nuestros respectivos nombres de guerra y develados nuestros rostros, nos dimos a la vertiginosa tarea de elogiarnos en espejo y de remontar los hilos que nos halaban a los días clandestinos. Íbamos a entrar en los pormenores históricos, ignorando sin proponérselo a nuestra anfitriona, cuando fue La Flaca, más desconcertada de lo que nosotras dos habíamos estado al comienzo, quien, haciendo uso del derecho que le confería el extremo limbo en el que se hallaba, chilló a su vez, al tiempo que daba palmadas como una maestra de kindergarten que llama al botón a sus tripones, ¡jepa!,

¡qué relajo era aquel!, ¡le barajáramos despacio el mazo, locas de atar que estábamos! Y sacudía la cabeza y nos tendía la mano, riendo ya, olfateándose la anécdota, para reconocernos en nuestras flamantes identidades, chifladas ustedes. Ya lo sabías, Flaca, chamina, la camaradita acá y tu amiga acá, que andábamos las dos en el mismo fogón político en los días utópicos, le comentó Ludmila. ¿Y ese truco de los nombres, qué vaina era...? Jueguitos ñángaras de época, mana. ¿Cómo los llamábamos?... Dispositivos de seguridad, ¿no?, dije. ¿Así que Herminia y... Magdalena, era el asunto? ¡Se privaba ella!, ¡qué vaina tan maravillosa era aquella!, gorgoteaba La Flaca, doblada ya por el ja, ja, ja. Herminia, sí; Magdalena, sí, los seudónimos, dijimos a coro Ludmila y yo, abrazadas para sostenernos, contagiadas por las sacudidas.

—¡Magdalena! —insistió La Flaca—. Ahora tú, Carmen Luisa Estévez, nos vas a explicar qué brujita escondida en la sesera te jugó esa pasadita bíblica, me imagino que...

—Imaginas bien —le dije—, me di a este trabajito hace unos años —desmonté la travesura—, pero por ahora prefiero que sea usted quien desmonte el café de la hornilla y regrese, se siente con nosotras tan tranquilita como pueda y se dé permiso para darle a la lengua como corresponde a la ocasión.

¿Necesito decirlo? Fue una tarde memorable. Difícil encontrar un rasero para medir el significado de estos rostros que migran desde los días que fueron para hablarnos en un idioma que sabemos que conocimos y compartimos, a pesar de la sensación inequívoca de que provienen menos de la región del recuerdo que de la del sueño. ¿Cuántas veces coincidimos, en verdad, Ludmila y yo en aquellos años y en aquellos lugares? Pocas, sin duda, no más de una docena. A lo que hay que añadir la discreción casi paranoica que debíamos ejercer para cuidar de una misma y de los compañeros.

Con culpa, y llevadas por la corriente cómplice que de inmediato nos acercó, condescendimos a una que otra confidencia menor. Andábamos en el comienzo de nuestros

veinte y los previsibles secretesos sobre nuestras previsibles historias de amor llenaban los tiempos en blanco entre un momento de alerta y otro. Ahora que lo pienso, se trataba de secretos singulares: con valor de confidencia, sí, pero, puesto que debíamos omitir nombres y pormenores y lugares, resultaban genéricos y vagos. De pronto, con la misma sorpresa con la que había llegado, desapareció. Ahora me entero que estuvo en la famosa «acción» de los cuadros en el 63 y de que tuvo que hacer tierra —y agua— de por medio para poner el pellejo a buen resguardo: Checoslovaquia, Hungría, la Unión Soviética. Largos meses en Moscú.

En lo que a mis fardos tiene que ver, cuando recreo aquellos años la palabra que acude sin esfuerzo —lo repienso una vez que viene y tengo que admitir que no hay otra— es la palabra felicidad. Fueron tiempos riesgosos y difíciles, no lo olvidó, pero en comparación con el invierno helado que me tocaría vivir a fines de la década, aquellos primerizos sesenta resultaron un paraje edénico. Luego me empuecaría con saña, pero entonces era limpia y utópica y dichosa. Atravesaba las horas livianas en el *campus* de la Ibarra de la mano sin-preguntas de Fernando, y todavía reservaba tiempo para resolverme en mi trabajo a destajo dentro de la academia, y para leer.

Durante aquel trayecto previo al casorio, Fernando ejerció, en el mejor sentido de la palabra, el rol de compañero. Siendo como era apenas un simpatizante díscolo de las ideas en las que me veía militar, me asombraba su manera aquiescente de comprenderlo todo y de aceptarlo todo: sin hacer preguntas y sin esperar que yo, de manera espontánea, descendiera a las revelaciones. Una discreción tanto más portentosa cuanto que los riesgos a los que me daba no podían ser calificados de divertimentos de niña. Amantes y amigos, esta lealtad recíproca permitió que la pareja sobreviviera hasta las promesas ante el juez, a pesar de las rupturas y de los distanciamientos, algunos de ellos prolongados, y a pesar de

las incursiones que, tambor de ruleta rusa más acá o más allá, ambos practicábamos hacia ciertas relaciones alternas a las que dimos en llamar —tradición cincuentosa de por medio— prescindibles, o «contingentes». Uno de estos «contingentes» para quien todavía tendría que crear una tercera categoría (puesto que para la primera, la de los «necesarios», sólo calificarían el Fernando anterior y el Diego presente), fue Ernesto.

De él, estoy segura, he hablado en alguna ocasión anterior (sería cuestión de revisar) y si lo traigo de nuevo a estas notas no es en respuesta a un arrebato de nostalgia, sino a la mención que Herminia, quiero decir Ludmila, hizo de él en las tenidas de los días que reseño. En el relato de Ludmila, aclaremos, Ernesto calza el papel de un amante sin nombre y con rostro difuso con quien yo, a juzgar por cierta vehemencia y ciertas inflexiones de entonces, debía estar especialmente entusiasmada. Es explicable que, dentro de las normas del movimiento, yo me reservara tanto el nombre como el seudónimo (¿Tomás, quizás?), pero por los datos generales el personaje no puede ser otro que Ernesto Malpica.

—Ernesto —le aclaré a Ludmila—. Te refieres a Ernesto Malpica, uno de aquellos caballeros andantes de la cruzada de que hablamos.

—¿Y qué fue de él?

—Apareció alguna que otra vez, pero terminó siendo arrastrado, con justicia, por mis «institucionales».

Ya le había contado sobre Fernando y sobre Diego.

—¡Tus institucionales! —celebró—. Me gusta la nota. Espero que algún día pueda conocerlos —y dirigiéndose a la Flaca—: Me muero de ganas por verles el revés a los que fueron capaces de amarrar corto a esta tigresita arisca.

—Do-ma-da —recitó La Flaca—. Ahora do-ma-da.

—¡Con más razón quisiera conocerlos! —rió Ludmila—. Bueno... quiero decir a Diego, porque imagino que al Fernando va a resultar difícil rastrillarlo...

—Ni tanto —respondió La Flaca—. Probablemente en treinta minutos lo tengas repetido... es la hora en la que acostumbra llegar a su casa —y me picó el ojo.

Ludmila paseó la mirada un par de veces. La Flaca y yo nos reímos, aflojamos cara y hombros.

—¡No me digan que...! —saltó Lu, pendulando el índice de una a otra—... ¿Se traspasaron el botín, locatas?

Al Llanero se lo traspasé a La Flaca, sí —aunque sea una manera equívoca de decirlo—, y quedó allí: paisaje de fondo, testigo lejano... y a veces no tan lejano. Pero Ernesto fue un «problema cíclico» desde el comienzo. Irreverente, alzado, bohemio, escritor (difícil saber cuál costado lo definiría con menos injusticia), su órbita errática lo trajo tres veces a mi campo de debilidad.

La primera, la que mencionara Ludmila. Un encuentro de chifladura y de cuerpo, recordable, pero de ningún modo definitivo, como sugiriera Lu. La tercera fue hacia el 73: un mal momento para el regreso porque ya mi Cronista me hacía ojitos desde el futuro inmediato. Y la segunda, la intermedia, nombrada la oscura en mis anales, que es la que deseo colocar en la mesita en esta medianoche en que escribo, al lado de la infusión de manzanilla y del temblor.

Fue, sin duda, en el 69. Y la llamó la oscura no por el regreso mismo ni por Ernesto, sino por el interior de esa desconocida a la que yo jugaba a ser en ese entonces, aunque él, Ernesto, no fuese ajeno a la tragedia. A raíz de la muerte del niño, del divorcio de Fernando, del fracaso del «asalto al cielo» del país utópico al que habíamos apostado, me fui entregando a una escalada que peldaño a peldaño, sin rellanos para el aliento ni para el alerta piadoso, me condujo «de la cebada dorada al ácido negro, pasando por las ramas verdes», según el comentario cromático de Monsalve, el loquero de entonces, coleccionista plástico en sus ratos libres, como puede verse. Exiliado interno como lo era yo, Ernesto regresó atravesando el velo de fracasos parecidos. Había roto una

relación a la que se diera por primera vez, según propio testimonio, con «absoluto desprendimiento y absoluta esperanza». Mónica, creo, se llamaba la elusiva niña, y él se hallaba en esos meses escribiendo su testimonio en un atado de servilletas que atesoraba con celo a pesar de los desmadres nocturnos, y de las que todos descreíamos. Para sorpresa nuestra, el fajo de servilletas, ahora cambiado en novela, no sólo fue editado al año siguiente, sino que se hizo con todos los premios de la fecha para el género. Recuerdo el relato: un homenaje a la nocturnidad sabanagranderera (y a Mónica, a la par), recorrido por el humor, las anécdotas de tasca y las imprecisiones, que, remitido por su hacedor, leí y disfruté en mi celda monjil de la Comunidad.

Pero esta es otra historia. En las noches de que hablo, la novela era todavía un proyecto (o una «obra en marcha»), con cuyos bemoles el poeta nos abrumaba las barras y los rincones, al tiempo que apuraba su correspondiente ración de pucho compartido.

Nos dábamos durísimo. También Ernesto se dio. Pero lo que para él fue una visita, para mí resultó una caída sin regreso. El parteaguas fue el ácido. Él tuvo la sensatez de excusarse y despedirse; yo, el despropósito de permanecer. No se trató de que me diera la espalda: me habló, intentó persuadirme, arrastrarme incluso. ¡Diosas mías! Fui yo quien eligió desoírlo. Mis sentidos, caídos, apenas si podían ofrecer un destello muerto de lo que me rodeaba: la fiesta, si la había, se oficiaba en el caos interno. Años después, en su tercera reencarnación, la del 73, me habló de culpa. Lo sosegué, lo alivié. La señalable era yo, recuerdo que le dije, en un café de su narrada Sabana Grande, creo, la misma noche en que La Flaca y El Llanero me designaban madrina de la Bárbara por nacer. ¿Culpa? Cierto que fue él quien me presentó al jíbaro de Luis Pardo, la rata vomitiva, pero la opción fue mía... o de quien yo era. Y luego la abstinencia y el dolor y el chantaje. ¿No se trataba de decidir entre el «arrendamiento» de mi cuerpo, por una parte, y mi muerte, por la otra?

Pero esto ya lo relaté en otra parte. No volveré a provocarme el vómito. ¿Cuánto duró aquella prostitución por deriva? ¿Fue en verdad Ernesto el que enfrentó al comemierda de Luis Pardo, para que el comemierda de Luis Pardo dejara morir en paz a aquel fardo al que penetraba y pateaba? Transmutada en caldo de sangre, fui arrastrada por la cadena sonora en que los brazos de Ernesto se habían metamorfoseado —si el desolvido ácido no me miente—, de la pocilga de Luis Pardo a la clínica de Monsalve. Tan pronto trasví una ranura de cotidianidad en la conciencia que espejeaba sobre mí misma y sobre los otros, tomé una decisión a programa: la de no regresar jamás a los círculos de azufre en donde Ernesto recogiera mis pedazos. Semanas después, con Fernando que caminaba a mi lado y padre que me miraba a distancia, ingresé a la comunidad de rehabilitación.

El triángulo rojo de alerta en relación con La Flaca es, ciertamente, un *triángulo*. Sólo que en este caso con un diseño y una circulación algo singulares. ¿Los vértices? Ella, Fernando y Laura. Pero la fuerza de aproximación que dio cuenta del *inicio* en la conformación de la figura, fue la de Laura hacia ella. Luego, pero enseguida, la de ella hacia Laura. Finalmente la de ambas, ya en sintonía, hacia Fernando. O mejor, hacia la *inclusión* de Fernando (¿catalizador en una alquimia de la relación?, ¿perversión de *las* exhibicionistas: ser vistas?).

¡Atención! Preguntas subsidiarias y respuestas tentativas, en los cuadernos en octavo.

En todo caso, ¿me sorprende?... He vacilado minutos en escribir la respuesta. La escribiré: ya nada me sorprende. Acaso eso sea la madurez. Sí me dolería el dolor: el de La Flaca, el de Fernando, el de La Polaca, en caso de que finalmente les tocasse. Apuesto de todo corazón a que eso no ocurra, pero temo que el juego al que juegan no me dé la razón. Habrá que esperar.

Por ahora la escucho, quiero decir a La Flaca, sobre todo con amor y, también, con unas goticas de —dudosa— serenidad.

Pero, insisto (insiste, C.L.), sobre todo con amor.

2

(1976)

Cerrado el absurdo litigio que la «Liga por la Patria y la Salvación» librara contra nuestra «compañía», la *troupe* se puso de nuevo en marcha y, junto con ella, yo. Entrevistas mediante, la reacción periodística constituyó una sólida plataforma de coherencia para el relanzamiento de *Noche de citas*, ahora con baterías ampliamente recargadas y sin lameculos inquisidores al acecho.

El país entero se hallaba viviendo desde hacía unos meses en aquella montaña rusa turbulenta y gozosa que los forenses y los historiadores del futuro terminarían por nombrar, no sin sorna, con el remoquete de «La Gran Venezuela». Pronto nos tocaría saltar del buen sueño a la pesadilla pero, para el momento que nos ocupa, aquéllas eran las circunstancias. Los titulares de prensa proclamaban records históricos en el precio del aceite negro. Ríos de oro fluían hacia las arcas del palacio. El gran dispensador distribuía tesoros con una desaprensión que no parecía conocer límite. El más distraído arrimaba su totuma al manantial, como decía burlándose, sacudiendo su bastoncillo de roble y sacudido él mismo por la risa mientras tomaba casquillo con Diego que lo atizaba, don Manuel.

Algunas voces alertaron sobre la peste bubónica que nos esperaba y el culo a dos manos que nos esperaba. Nada: desatención, risitas, alborozadas trompetillas. Peor aún, desaguizado a la libre, ¡nos dimos a pedir dinero como desmadrados! Dados a los records conseguimos exhibir una de las deudas más elevadas del mundo en términos relativos... justo en el momento en que alcanzábamos mayor opulencia, a nuestra peculiar manera: es decir, mayor *fofa* opulencia.

Clase media como éramos por vicio y oficio, escépticos y críticos, la inmensa opulencia no nos negó sus sobras de oro. Era como si todo lo que emprendiéramos dentro del círculo de amistades y conocidos estuviera destinado a ser ungido con el polvillo de Campanita —para decirlo con palabras que en su momento hubiera podido emplear mi pequeña Bárbara— o bienensalmado con las esencias, los tabacos y los astros tau-matúrgicos de Eudora. Ocurrió así con La Flaca. Y con Diego. Y con Antonio, cuya empresa publicitaria había ensanchado sus operaciones a velocidad de reacción nuclear en cadena, abultando al paso su portafolio bancario personal hasta niveles que lo hacían ruborizar en las cenas de cumpleaños del grupo, habida cuenta de nuestro más bien modesto rasero de profesionales al promedio.

Y con Carmen Luisa, que brotaba. No se trataba sólo del pulso en pareja —un costado, ya se sabe, nada desdeñable—, sino de la resonancia que bajo la forma de oleadas de hiperlucidez (¡mierda, esta palabra es de su cantera!), de voluntad, de «disciplina espontánea», le hacían soltar hallazgos insólitos a partir de minucias. Artículos, conferencias, ponencias en congresos, monografías, talleres, libros: nada fue olvidado en esa explosión de creatividad volcánica que logró sorprendernos, no por su acaecencia, sino por sus dimensiones: el cierre natural de un ciclo del que sólo ignorábamos la fecha. ¿Qué hizo? Amasar su obsesiva formación psicoanalítica con su experiencia clínica, como paciente y como terapeuta, y aderezar la masa con una considerable dosis de vida, de divergencia y de dolor, ese horno de las grandes piezas.

¿Y La Polaca? Dentro del maldito acertijo que siempre representó para mí (y no sólo para mí, como veremos en su momento), me atrevería a decir que era feliz. Por si hiciera falta anotarlo todavía, lo anotaré: disponía de una propia y peculiar manera de mirar el mundo y de mirarse a sí misma en sintonía o en ruptura con el mundo. A la felicidad, por ejemplo, se la bebía como si se tratara de una especie de dicha atemperada,

con una extraña dulzura de fondo (que muchos, ligeros y errados, tendían a tomar por debilidad), rota de cuando en vez por ráfagas de euforia o de melancolía a las que, de modo inevitable, terminamos por acostumbrarnos. Contaba con el teatro, con el idioma recién domado, con los amigos, y, acariciemos el bouquet de rosas y el pañuelo de seda, contaba con el caprichoso Eros bajo el disfraz de Antonio, alias Peraloca, alias «El chiflado de las ideas ligeras».

Cuánto de reciprocidad había en ese nudo, es algo que habría escapado al poder de observación de un compulsivo, no digamos del mío. En cuanto a Peraloca, creo que no la amaba: la profesaba: él, cristiano a filo de navaja, dudante metódico y sin método según viniera el aire, se había convertido a su culto desde aquel invierno inglés del 71, cuando la entreviera en medio de una borrasca de invierno y le invadiera su «bolsa de dormir», tomado de nuestras manos, quiero decir, mías y de La Flaca. Desde entonces, canal cuatro a las nueve, ninguno le blanquea mejor lo que lleve sucio, no tuvo ojos más que para ella.

—La va a malcriar el muy pendejo —apostrofaba La Flaca, contemplando a Peraloca babeado y con las medias en el suelo por primera vez en la vida—. . . Le adivina los caprichos para adelantársele. La va a malcriar.

En descargo de la varsoviana hay que admitir que era él, Antonio, quien a cada parpadeo de «la diosa, de la princesa, de la emperatriz, de la ondina, de la náyade, de la ninfa, de la para siempre bienamada», le imaginaba necesidades que ella (más bien frugal y sobria) estaba lejos de sentir, o de, sintiéndolas, hacérselo saber. Más aún, si la recubrió de oro, de incienso, de mirra, de pare de contar, no fue por ella, antes bien, fue a pesar de ella: me constan sus reparos y su rubor. Por otra parte, las arcas de Peraloca no parecían conocer fondo en lo que a ofrendarla se trataba.

[Clic. La primera mujer, que sin duda se había ausentado hacia la cocina o el minibar, se halla de regreso al dormitorio. Exhibe tres copas y una botella como trofeo de caza. Clic. Ahora, debido a la proximidad de la luz y del foco óptico, los contornos de las copas y de la botella pueden percibirse con mayor nitidez, aunque algunos detalles —la etiqueta, por ejemplo— permanezcan ocultos. Es el hombre quien ha servido el vino y distribuido las copas, pero es la segunda mujer quien decreta el brindis antes de que los cristales choquen.]

En esta suerte de Arcadia grupal por la que atravesábamos nada nos enorgullecía más que los nudos marineros que, hebra más, hebra menos, habían sobrevivido a los avatares de otras tantas aguas de diverso veneno, prolongando con ellos la trama misma que los había tendido en el tiempo.

Se me dirá que es fácil —y abusivo— practicar profecías *a posteriori*; pero no se trata de eso, puedo jurarlo. El asunto fue, en verdad, como dirían en Catagua, un pálpito. La sensación de que aquella dicha diaria y eterna no sería eterna, de que la buena suerte y las horas felices estaban por acabar.

Me miro de nuevo en esas noches que siguieron a la excursión en trío a La Gaviota Nocturna y a los dominios de La Guarida, y lo que recuerdo en primer lugar es la mezcla de placer y de culpa que las atravesaba. Había, creo, el goce que nos llegaba desde el propio borde de los cuerpos, sí, pero así mismo, un disfrute, escribiría morboso, que no podía alcanzarnos desde otro punto como no fuera el de la certeza de sabernos en un juego que envolvía en dosis variables a la ruleta rusa y a la orgía edénica, según la circunstancia, la escala del viaje y los vértices del terceto que se encendieran y se relevaban en una escaramuza específica. Porque a veces el trío era trío. Entonces salíamos enlazados a seis manos, danzantes, como si integráramos una comparsa de circo o una inocente ronda de kindergarterinos, y reproducíamos la figura de la

noche inicial bajo la especie de un Uroboros erótico que mordía su propia cola mientras anillaba y mordía la de cada uno de nosotros en espejo con el resto. Era, ¡benditos sean los dioses menores del delirio!, una delicia.

De este tenor fueron los primeros encuentros. Siempre iniciados por un guiño de Laura, sobrepuesto a un viaje de Antonio, nos deslizábamos, llevando una horda de timbaleiros frenéticos en el pecho, hacia el mismo templo que nos acogiera la primera vez: el nicho que La Polaca y Peraloca habían levantado a dos hombros. Colocábamos casi siempre los mismos discos (Lara, Dipiní, Gatica: Laura había colado su aprendizaje del español por una veneración de los clásicos del bolero, para cuya ceremonia contaba con la bolsa sin fondo de Peraloca, que en cada viaje le aportaba un baúl de acetatos y cassettes), nos atizábamos con los mismos bebedizos y desplegábamos el mismo baile de San Vito desde la puerta de entrada, desnudándonos por retazos, sembrando aquí y allá la alfombra con un zapato, un sostén, una camisa (que eran olidos y hociqueados —y, a veces, incluso desgarrados— por *Amenofis*, la copia de *Polito*), hasta derribar la puerta del dormitorio, dejarnos caer contra el lecho de flor y de veneno que espejeaba en el universo nocturno como un lago en reposo. Por meses nos dimos a este jugueteo desaprensivo que con frecuencia creíamos eterno... hasta que no el tiempo sino el azar, nos envió la primera señal.

Aquella noche habíamos tenido una reunión prolongada en la Sala Alfa. Recuerdo que nos habíamos empantanado en una de esas discusiones de detalle menor sobre no sé qué problema de logística en una gira que se avecinaba. Salimos de allí, guiño de La Polaca mediante, casi a las once, y cuando franqueamos la reja de seguridad de La Guarida, lo hicimos caminando de puntillas en el filo de la madrugada.

El encuentro se inició como otros, y progresó como otros hasta los pasos aperitivos, pero para el minuto del plato fuerte, y con absoluto desconocimiento por nuestra parte,

La Flaca había fantaseado un aderezo algo distante del menú habitual, cuya víctima propiciatoria (e inocente, puesto que ignoraba por completo el rol que se le había asignado) sería Laura, reservándose ella, La Flaca, el papel de sacerdotisa y endilgándome a mí el de co-oficiante.

No se podría decir que el ingrediente añadido constituyese una variante original; pero confesaré que el hecho de que el plan y la producción ejecutiva por entero hubieran partido de La Flaca, me sorprendió. Se trataba (les ruego abrochar la risa: la circunstancia terminó por ser muy delicada) del rito de inmovilización por soga. Leyeron bien, La Polaca sería atada, piernas y brazos extendidos y abiertos, al bastidor de la cama, como una apetitosa vianda en un banquete romano. Para la tarea, mi damisela cotidiana se había provisto de un mecate de sisal y de un folleto ilustrado sobre nudos marineros, sin olvidar los ungüentos para el masaje *a posteriori* ni las pomadas para el previsible prurito en las muñecas y en los tobillos de Laura. En fin, seré superficial: quiero deslizarme rápidamente a las consecuencias. Sólo anotaré que nos hallábamos en la fase media del procedimiento, con Laura ya firmemente encabrestada y el larga duración de los Cantos Litúrgicos elevándonos desde el tocadiscos, cuando oímos a *Amenofis* romper a ladrar como desmadrado, y un estruendo de dientes y de uñas cebándose contra la plancha de alguna puerta que, por toda seña, debía ser la de entrada.

Afirmar que nos quedamos de una pieza no sólo sería un lugar común, sería inexacto. Suspendimos el parpadeo y la respiración —o ellos se suspendieron dentro de nosotros sin consultarnos—. Lo cual no deja de ser milagroso si se considera que pocas veces en mi accidentada trayectoria por dormitorios y colchones había sido testigo de una escena tan grotesca. Allí nos hallábamos las tres figuras, congeladas en una inmovilidad sólo comparable a la de los «cuadros vivientes» que solíamos escenificar por Navidad, a cielo abierto,

en los remotos entarimados de la Escuela Federal Anzoátegui, en el resplandor de una infancia improbable.

Sólo que éste de ahora distaba mucho de entrañar el piadoso mensaje de aquéllos, con los tres pares de miradas desorbitadas y cortadas por el terror, con Laura tendida de espaldas, atada, desnuda, despatarrada en el centro de la cama, La Flaca reclinada a la altura de sus rodillas, en sostén a medio gancho, con la lengüita ya asomada, presta a lamerle el dedo pulgar del pie izquierdo a la cabritilla anudada, y yo sentado al borde, cuchillo en mano, dado a la casta labor de enrollar los metros de mecate sobrante, con el casto propósito de mantenerlo en reserva, pero listo, para «algunos minutos más tarde», tal como La Flaca, alias la desbridada, me pidiera hacer unos minutos antes, con alguna vesánica intención que sólo Mandinga debía conocer (¿atarme también a mí?, ¿flagelar a La Polaca?, ¿colgarse de cabeza en las alcayatas laterales, que las había, para luego lanzarse en clavado sobre la cama?, ¿darse a saltar la cuerda, mordiendo una chupeta, sobre el ombligo de Laura? Nada me habría sorprendido).

Vaciados en acero: así estuvimos durante aquel anodino tiempo físico que se extendió por no más de dos segundos, y durante aquel espantoso tiempo psicológico que se sostuvo a sí mismo, resonando en nosotros por milenios. Nos mirábamos, sí, pero no necesitábamos hablarnos. Sabíamos a la cartilla lo que significaba el desmadre de *Amenofis* en la entrada del apartamento, y sabíamos lo que el significado entrañaba. Era Antonio. Era Peraloca que llegaba. La primera en reaccionar fue Laura, quien balbuceó a gritos una perorata en polaco que no necesitaba traducción alguna, aunque ella misma se encargó de hacerla, al tiempo que pataleaba y se retorció como si se hallara en pleno trance de posesión satánica.

—¡Mierda, es Antonio! —chilló por fin, en versión castellana, y enseguida, esta vez en inglés (!), y mirándome para que no quedara duda del destinatario—: ¡El cuchillo, hijo de puta! ¡Los nudos, coño! ¡Corta los malditos nudos, hijo de puta!

Soslayé el insulto de aquella nueva filiación bastarda que la petición me atribuía, y, hoja en mano, me lancé sobre el mecate que le paralizaba el brazo derecho. Esto, por supuesto, fue instantáneo, pero recuerdo que alcancé a pensar que si Antonio, como parecía, estaba por entrar al apartamento, aquel intento de desatadura era, por tardía, una reacción inútil. Me vi dentro de un relámpago rojo, samurai enloquecido por la vergüenza de la deslealtad, en el momento de abrirme las entrañas con el cuchillo que empuño, y en el momento sucesivo en el cual, ya muerto, me arrastro de rodillas hasta los pies de Antonio para implorarle la piedad final de la absolución.

Gracias al dios de los ojos rasgados, la mano del dios de los ojos rasgados guió a la mía de modo que el acero filoso se encaminara no hacia la piel de mis vísceras sino hacia la soga que fijaba la muñeca de La Polaca. Tan pronto Laura se sintió liberada de la mano derecha, el Gran Houdini, a su lado, quedó reducido a la estatura de un principiante: uno a uno, como si se tratase de hebras ligerísimas capaces de ser removidas de un soplo, los tres nudos restantes fueron deshechos por su mano, sin permitirme a mí siquiera un respiro para intentar cortarlos, una maniobra que, en circunstancias perentorias «corrientes», hubiese sido la adecuada. Pero, no hace falta decirlo, aquellas no eran, para nada, circunstancias corrientes.

Ocurren cosas así: aún en pleno zafarrancho obtuve el coraje, al tiempo que me vestía trastabillando y veía con horror los fallidos intentos de La Flaca por forzar la corredera de un cierre que no cedía, para asombrarme por algo que faltaba. A pesar de la infinidad de tortazos a lo comedia muda que hacían imposible la delicadeza de detenerse en los pormenores, pude intuir —más que percibir— que algo faltaba. El lapso transcurrido desde el primer ladrido era despreciable, pero suficiente para que las señas de la presencia de Antonio se hubiesen hecho presentes. Ni el ruido de la llave en la ranura ni la puerta que se cierra ni la respuesta a *Amenofis* ni el afectuoso grito de guerra con que

Peraloca, según era fama, acostumbraba a saludar a Laura al llegar: nada de eso había ocurrido.

¿Qué pasaba?, imagino que pude preguntarme, ¿qué carajo pasaba? No me lo pregunté porque con el salto mortal que La Polaca rendía desde la cama hacia la ventana, me llegó la respuesta antes aún de que hubiese comenzado a preguntármelo. La Flaca y yo nos miramos sin reducir un ápice la torpe y cómica carrera de cien metros con obstáculos y saltos sobre un pie que cumplíamos con nuestras ropas, miramos a Laura que despejaba una franja de luz en la cortina, y escuchamos la voz celestial de un querubín rosado de alitas aterciopeladas que, enfundado en la voz de Laura, declaraba:

—¡Rápido, coño, está entrando en el estacionamiento!
—dijo, en efecto, el querubín que, como pueden ver, se había amoldado con sorprendente facilidad a las expresiones vernáculos, y— ¡Los dos a la sala, rápido! —añadió, al ver que, si bien más aliviados por el informe de radar, ya nos hallábamos a punto de culminar con felicidad nuestra tentativa de batir el récord latinoamericano de enmangaje, abotonamiento y deslizamiento de cierres relámpagos, y, picándonos el ojo, ¡el derecho, el de los mensajes en clave!, ella iba por su parte a darse un duchazo de emergencia, advirtió, mis amores, con bastante vapor, lindos míos, cantó, ¡y se sonrió y nos lanzó un besito voladito desde la puerta del baño!

¿Qué iba a pasar luego? ¿Antonio subiría los siete pisos que lo separaban de nosotros para encontrarnos a La Flaca y a mí, sus llaves, sus camaradas, sus panas, sus hermanos de toda la vida, desperezados sobre el sofá de su sala, como él mismo nos viera tantas veces en el pasado, los zapatos abandonados con descuido sobre la alfombra, el agua para el té y la infusión de manzanilla calentándose en la cocina, los gregorianos elevándose desde el tocadiscos, *Amenofis* lanzándole las patitas delanteras, lamiéndolo sin soltar una palabra de lo entrevisto y entreoído, el tipazo? ¿Y luego qué? ¿Abrazaría Antonio a Laura, quien saldría del dormitorio con el

cabello húmedo, la toalla en la mano, la bata de baño atada al cuerpo, riendo, dando saltitos de alegría, hasta alcanzarlo y comérselo a besos, ¡qué bueno que llegaba!, papito suyo, ¡con aquel día que habían tenido en el ensayo, nada más rico que una ducha tibia!, ¡muerta estaba, amor suyo!, les preguntara a estos dos la clase de tarde y la clase de noche que habían tenido (algo que, por fortuna, Peraloca no haría)? ¿Y luego qué? ¿Se sentaría con nosotros, quiero decir Antonio, y nos ofrecería un trago para celebrar el encuentro, como era su costumbre, y ¡salud!, que se repitieran aquellas visitas, Flaca, cariño, Fernando, hermanazo, los teníamos abandonados nosotros (!), nos vendíamos caro nosotros (!), reprocharía, y ¡salud!, chocaríamos las copas, y La Flaca y yo cruzaríamos las miradas, helados, ¡hola y adiós, Peraloca, como cantaron los Beatles, ya nos íbamos!, ¿y el té y la manzanilla?, se los dejábamos a ustedes dos, a Laura y a ti, para que los despacharan a nuestra salud, diríamos a coro La Flaca y yo? ¿Y luego qué? ¿Cerraríamos la puerta detrás de nosotros, no sin antes chaíto, los queríamos, mientras La Polaca nos pica el ojo derecho por encima del hombro de Antonio, mientras *Amenofis* nos olisquea por última vez aquella madrugada, chaíto tú también, nariz fría, y gracias, por lo bajo, una vez que la puerta se cierra, en efecto, detrás de nosotros, gracias por todo, nariz fría, temblando aún La Flaca y el ascensor y yo?

Sí. Eso sería lo que ocurriría.

Los días que siguieron al incidente de «la noche de las narices frías» estuvieron marcados con la enseña de la zozobra. Las piezas cobradas fuimos ambos, La Flaca y yo. Y el lugar corporal donde el arabesco al rojo blanco dejó su documento fue diverso y fue ubicuo: no sólo en la piel (aunque a veces era evidente que los demás lo notaban, ¿incluso Antonio?, y entonces a la inquietud se sumaba una vergüenza sorda), sino en, y sobre todo, la base del cráneo y algún punto

loco detrás de los ojos y algún rincón azaroso en el saco de las vísceras.

Los días ligeros y despreocupados y felices llegaban a su fin. Por supuesto, cumplíamos la rutina diaria con una eficiencia conmovedora: el periódico, las horas de docencia en la universidad y, sobre todo, el teatro en mi caso, y la atención a la niña y a la casa, el trabajo administrativo de la Fundación y, sobre todo, la acción comunitaria en los callejones empinados de La Vega, en el de La Flaca. Pero, como dirían en Catagua, la procesión andaba por dentro. El terceto, a qué negarlo, me había cambiado, al cambiar mi relación con La Flaca y con un bocado importante de mi paisaje de vida, señalado en Laura y en Antonio. Pero, acaso por la distancia de las experiencias en las historias pasadas, acaso por la oposición de los signos en la vivencia presente (después de todo La Polaca era mujer, después de todo ella era mujer), el cambio que el nudo a tres provocó en ella, en La Flaca, fue no sólo considerablemente más severo que el que provocó en mí, sino, lo que es más importante, de una naturaleza por entero distinta.

Digamos que en mi caso la desazón resultaba en una zozobra opaca, sin variaciones de tonalidad, que me mantenía en vilo sobre un susto anticipado que, lo sabía con absoluta convicción, pronto dejaría de serlo porque la tragedia vaticinada que lo soportaba se cumpliría para cederle el lugar a la tragedia a secas. En La Flaca, por el contrario, el ritmo dibujado era el de los extremos, tan pronto se entregaba a la alegría loca del goce (Laura llegaba a nosotros, ¿a ella?), como descendía al humor negro sedimentado por la separación transitoria (Laura se iba por horas de nosotros, ¿de ella?, para regresar a su nicho), o definitiva.

Este «extremo oscuro», por fortuna, no la tomaba a menudo: se habría derrumbado; pero cuando la cubría, créanme, era imposible encontrar una brecha en la funda. Se trataba de un aire torvo que ella llevaba a su estilo: rachas de silencio, de reacciones desmedidas ante contratiempos menores o

inexistentes (la niña olvida un cuaderno, el grifo del fregadero gotea, el café de la alacena se agota), de llanto por lo bajo. Entonces, de inmediato, se sorprendía de ella misma o se sobresaltaba al darse cuenta de que yo me hallaba allí, a su lado, mirándola con la mirada que siempre la había calmado («paz» era la palabra que usaba, mi ojo le daba paz, decía), como si, en algún grado, esperara que yo estuviese en otro sitio. En todo caso, el final era casi siempre el mismo, me pedía excusas, intentaba una sonrisa triste, me abrazaba.

—Ya se me pasa, papi —repetía, ya se le pasaba; y escondía su cara en el hueco de mi cuello y se ovillaba en mi pecho—. Tenme paciencia, por favorcito —gorgoteaba.

Yo me mantenía en silencio. Ambos sabíamos de qué se trataba. Ya llegaría el momento de hablar. En el entretanto se despojaba escribiendo: una eruptiva de la adolescencia que ahora le repetía. Anotaba impresiones, deslizaba largas tarjetas en mi mesa de noche, redactaba cartas a la niña que había sido, borronaba poemas propios o rephraseaba ajenos.

Una tarde, años después, cuando estos días ya hubiesen sido olvidados o recordados con otro lado del cuerpo, la encontraría sentada en el suelo del lavadero, frente a una pira que crepitaba en el fondo de un tobo y a la que se encargaba de animar arrojándole pliegos, tarjetas, un pedazo de papel roto, cada vez que la llama parecía extinguirse. Pude contemplarla en silencio desde la cocina: la escena era sobrecogedora, con el sol rojizo, casi muerto, deslizándose contra el aire de la noche que llegaba y contra el árbol danzante de la fogata, y al fondo el trapicio añil que refulgía clavado sobre la montaña y enmarcaba la figura en cuclillas que leía y rompía y se inclinaba hacia el fuego para arrojar la hoja y regresar a la posición inicial, una y otra vez.

No podría decir cuánto duró aquel ejercicio chamánico, pero recuerdo, sí, que desde el primer barrido pude adivinar el sentido del ejercicio y su origen mismo y su pormenor. Pensé en la carta que La Polaca, unos días antes, nos enviara

desde París, y en el nuevo aniversario de su «desaparición» que se cumplía por aquellas fechas, y superpuse la expresión de desaliento que ahora le veía cambiando de gravedad frente al juego de la fogata a aquella otra, de pérdida, que exhibiera en los días de la ronda a seis manos, para entonces ya remotos y reprimidos. No necesitaba aproximarme y leer sobre su hombro: eran los papeles que la habían aligerado años atrás y que, quizás, contribuyeron a mantenerla trajeada de ella misma, la cabeza ligada a los hombros, los brazos al tronco, la pierna a la cadera (los destinatarios rotaban: Laura, Antonio, yo, Bárbara incluso, ella misma, o nadie). A los míos, los únicos que fueron entregados, los apilé en una pequeña caja labrada que ostentaba (y ostenta aún) dos virtudes: el relieve tallado por alguna mano en algún lugar del altiplano, que mostraba un perfil incaico en el momento de soplar por la boquilla de una quena, y, algo inusual en estos casos, una cerradura a prueba de curiosos.

Había de todo y con todo: tarjetas, frases sueltas, dibujos (dulces monigotes, apaisajados monigotes de trazado infantil, o ansioso, o torpe, o infantil), poemas. Poemas. Me gustaron todos. Les transcribiré uno, para compartirlo, tres versos duros, sin título y sin fecha, con una extraña reverberación a texto leído (¿paráfrasis involuntaria?, ¿necedades mías?):

Basta con ser la víctima que sueña con la soga
y el verdugo
para ser la víctima.

Omitiré las reflexiones.

Como dije, los días que siguieron a «las narices frías» fueron abominables. El ladrido providencial de *Amenofis* nos había ahorrado una tragedia pero la posibilidad de que Antonio se enterara continuaba allí, latente, agazapada en el azar. Por

supuesto, no volvimos a pisar las alfombras de La Guarida, excepto en las ocasiones en que éramos invitados y guiados por Peraloca mismo a una actividad casta y comedida. Aun bajo estos preceptos, en más de una ocasión, un venial exceso en las copas del Concha y Toro blanco durante la cena bastó para arrastrar a Laura a la frontera misma de la imprudencia: beso húmedo a La Flaca, sentadita bailada en mis piernas, cosquillitas solapadas sobre ambos... Gestos que, vistos por un ojo inocente aún podían ser vistos como inocentes, pero a los cuales nuestro sensibilizado olfato para el peligro (el de La Flaca, el mío), al hacernos torpes y sobreactuados, los volvía sintomáticos. Antonio, en cambio, parecía dispuesto a poner las manos en el fuego por nuestra lealtad, una fe que, mientras más ciega se revelaba, más culpa vaciaba en nuestra joroba. Me sentía como una rata de cloaca.

Lo leal hubiese sido despedirnos de La Polaca. Varias veces llegamos a esta determinación, incluso con fecha y con hora; todas las veces terminábamos postergándola. Vamos a decirlo como lo diría Leo Marini: era como un vicio. El veto sobre La Guarida, una decisión que por obvia que parezca La Flaca y yo logramos imponer a Laura sólo después de prolongados forcejeos, nos llevó a decretar que nuestro conventillo amoroso tendría como sede al variadísimo cinturón de moteles que ya para entonces cercaba al valle, y que sería itinerante. La lista se acortó por razones de higiene, de seguridad, de confort o de distancia, pero, con todo, resultó extensa y no sin sabor. La Flaca, presa de un arrebató de pudor en medio del vértigo, impuso dos condiciones: a) vetar los refugios que no fuesen moteles; esto es, todos aquellos que excluyeran la posibilidad de chequearse desde el carro y de alcanzar la puerta de la habitación sin abandonar el carro; b) La Polaca, en todos los casos, debía ser contrabandeada hasta la pieza, una faena que nos obligó a ingeniárnoslas para encaletar la «mercancía» con paquetes y fardos sobre el piso del asiento trasero (desde donde, de cualquier forma,

nuestra cabritilla se retorció de risa, haciendo tragar grueso a La Flaca).

Un pequeño rubor puritano en medio del vértigo loco: la obsesión de La Flaca al aproximarnos al registro (por lo general una especie de alcabala en la cual el empleado adormilado recibía el pago y asentaba los nombres de los huéspedes) era la de ser reconocidos por alguna amistad que, en el momento de entregar la llave, en la misma alcabala, pero sobre el canal de salida, nos avistara desde su carro. El matrimonio en el motel permitía la excusa de la novedad; para el trío no había explicación posible.

A esta especie de ruleta del escondite viajero nos entregamos durante aquellos meses sin apenas darnos cuenta de los alcances del juego al que jugábamos. Por momentos, una piedad involuntaria del goce, nos olvidábamos por completo de quiénes éramos y de los animales semejantes con quienes compartíamos aquel rincón de la vida. La inconsciencia pura en la pura vibración a la que pertenece y a través de la cual nos alcanza.

Para las relaciones que no se hallaban dentro del laberinto enrejado en sus límites, el triángulo actuaba como el prisma para los haces de luz: no las contenía pero las refractaba, alterándolas. La Flaca y yo, por ejemplo; quiero decir, nuestra relación de pareja a un costado de Laura y a un costado del triángulo. Lo diré de manera simple: ya no fue la misma. No mejor ni peor, digo que ya no fue la misma, por el simplísimo detalle de que una vez que insertamos a Laura como catalizador en su nuez misma, ya nos resultó imposible deshacernos de ella ni siquiera cuando físicamente nos deshacíamos de ella. Nos hallábamos los dos, La Flaca y yo, pongamos por caso, desnudos sobre la cama, dejándonos lamer por el ocioso jugueteo preliminar en la soledad del dormitorio, la copa de sachet o la espiga de sándalo merodeando, el éxtasis polifónico de los Swingle Singers merodeando; o sobre una tumbona, en la noche costeña, escapados, las jarras arcilladas de

cerveza merodeando, el grueso estallido del mar merodeando, y de pronto, al lado de nosotros, entre nosotros, he aquí La Polaca corporeizada (el verbo, bárbaro, no es inexacto), bajo la especie de una proyección de su deseo, ausente en ese momento, pero traído hasta nosotros por vía de nuestro propio deseo, con el cual el de ella volvía a refundirse a distancia, para hacerse uno y el mismo con el nuestro.

Con nuestros encuentros a dos (me refiero, de nuevo, a La Flaca y a mí) ocurrió algo que, conforme al ritmo más o menos sincopado del trío, resulta menos extraño de lo que en un primer momento podría parecer: disminuyeron en frecuencia, pero aumentaron en intensidad. También se volvieron más perversos: tomé la costumbre de someterla a interrogatorio, calzándome yo el papel de verdugo inquisidor y simulando ella el de víctima, a ratos amedrentada, a ratos desafiante, que de cualquier modo no escamoteaba pormenores en la confesión. El prontuario de las sesiones de inquisición, que casi de inmediato ascendieron al rango de ingrediente principal en los preliminares para nuestra mesa erótica, pueden imaginarlo sin esfuerzo: La Polaca, sí... el versa y viceversa de las prácticas extáticas, más o menos ingeniosas y personales, que en nuestro intercambio primitivo iban y volvían desde, y hacia, cada uno, para regresar, variado y disfrazado, a los otros dos.

El verdugo sometía a la víctima a ciertas previsibles preguntas necias, todas referidas a su frotación con «la cómplice» (¿te gustaba con ella? ¿qué? ¿cuánto? ¿cuándo?). La víctima cooperaba, eludía, caía presa de un ataque de risa, sollozaba, gemía, pedía el perdón y la absolución. El verdugo oía, se enfurecía, apoyaba, reclamaba, blasfemaba. A la víctima le fascinaba este juego; al verdugo también.

He dicho que las preguntas eran necias, y acaso lo eran (todo juego, fuera del juego, es necio), pero en lo que al lecho se refería, actuaba como una carga nuclear implosiva de

varios megatones. Olvídense de los prodigiosos menjunjes que alquimistas de todo pelo en todos los tiempos han destilado con el propósito de sacudirle la almendra a los amantes. Aquello era lo máximo. No había desgano, contratiempo, fatiga laboral, angustia existencial o depresión que se le resistiera. Bastaba la juguetona sesión de pregunticas, bastaba incluso la disposición escénica para la sesión de pregunticas para transformarnos en dos animales en celo (sin conciencia, sin normas, sin historia, sin destino) entregados a la ceremonia de gozarse cada uno en y por el otro, devorándose uno al otro en comunión refleja.

El noche a noche se materializaba en un exquisito inventario de traiciones, silencios, culpas y expiaciones que eran y no eran reales. O que exhibían un costado real y otro virtual, cuyas dosis respectivas variaban sus proporciones en cada caso, y a los cuales cada uno creía conocer o sospechar. Y eran, sin duda, esta creencia y esta sospecha las que, unidas a la doble lealtad, sostenían el potro al cual, las riendas en los dientes, las espuelas en el costillar, domábamos para beber en cada encuentro nuestro goce.

Al comienzo, las confesiones de la víctima eran versiones de acontecimientos más o menos conocidos por el verdugo: la etapa de las sesiones con La Polaca *sólo en trío*. Pero a partir de cierta fecha, La Flaca y Laura comenzaron a ejercer, alternadas con aquellas, sus citas a dos: una variante no desestimada por el verdugo, y de la cual me puse en conocimiento justo por una confesión de la víctima al verdugo (¿cuándo, maldita?, ¿cómo?). La exclusión, con la ignorancia que añadía, supuso un nuevo ingrediente de sorpresa (¿de zozobra?) a los careos de la víctima. A ese filo de navaja, deseado y artero a un tiempo, paraje unísono de la excitación y la muerte, nos abandonamos con la esperanza loca de que no terminaría jamás.

Y entonces llegó «el carnaval» de 1977.

Creo alcanzado el momento de ponerlos en autos sobre la cuarta pata del trío de cuatro que nos ha venido ocupando en estas páginas. Me refiero, por supuesto, a Antonio. Antonio era (este verbo en pretérito me duele y me acusa) el mejor amigo que había tenido jamás. El benévolo azar me lo ubicó de vecino y de compañero de colegio desde la piojera que era el aula 1 de la sección secundaria, en ese asilo de pupilos librepensadores, con aspiración de monasterio, que era el Fray Luis de los años 50. Ya para entonces personificaba, quiero decir Peraloca, un individuo fuera de serie: la encarnación móvil de todas las virtudes que, según mi rasero de entonces, hacían de un torpe animal bípedo, lampiño y parlante, un ser humano digno de aprecio; en resalto, la inteligencia, la sensibilidad y la destreza para buscarle la quinta pata al gato... ¡y hallársela! Y, de no hallársela, inventarla: un inventor nato. Veía interrogantes y retos donde el común de la manada avistaba sólo un paisaje pacífico y resuelto. En esta escena no debe sorprenderles que me esté refiriendo a la primera persona sobre quien mi lado oscuro tuvo a bien ejercer el sentimiento ignominioso —y humano— de la envidia.

Cierto que con frecuencia su inteligencia era una especie de preciosa filigrana bordada en el vacío: una maquinaria que, incapaz de conocer el reposo, se mantenía en movimiento por beneficio del movimiento mismo. Pero pronto trajinó, sobre la primera juventud y sobre un éxito a la estatura de su talento, las aplicaciones prácticas. Con toda seguridad recordarán el récord que implantó en la Feria Mundial del Juguete, de Marsella, la más importante en su género, al hacerse durante tres años consecutivos con al menos uno de los tres galardones máximos otorgados por el gran jurado. Un acontecimiento cubierto profusamente por los medios de entonces, que dieron cuenta tanto del ingenio de aquellos divertimentos como de la asombrosa juventud del culpable. Resultaron de antología, por ejemplo, aquel par de entrevistas televisivas ¡a las que compareció disfrazado con barba, peluca y túnica!

Pero no se trató sólo de una victoria digamos en el plano académico: tan pronto los industriales a quienes les cedía los derechos de fabricación lanzaban el entretenimiento al mercado, los padres de los niños y los adolescentes a quienes iban dirigidas las novedades se apretujaban en los almacenes con la esperanza de hacerse con uno, antes de que la *razzia* de los ávidos los esfumara. Ocurrió así con la recordada «Caminata lunar», que se acometía con dados y un tablero de aventuras y con el inefable «Ajedrez octogonal», que lo llevó al centro de un litigio por derechos, en buena medida propiciado por su descuido. Muchos le criticarían más tarde la precoz «venta de su genio creativo» a la industria publicitaria (estos fueron los términos que empleó una conocida revista de fin de semana para referirse a la imaginaria subasta), basados en la supuesta traición de un talento cuyo destino natural no debía ser otro que el arte. Un argumento curioso si se le examina con detenimiento, dado que incurre desde el principio en una omisión insensata, la del elusivo y libre juego de pulsiones que hacen jugar a la vida, incluida, en primer lugar, la del propio autor. Un tópico que, admito, alimentaría una polémica de varias sesiones de cafetín. No me distraeré en él. Confesaré, sí, que jamás he podido ver en Peraloca algo distinto a ese ser ingenioso, cuyo talento le permitiera sobrevivir —¡y cómo!— en un mundo de dentellada al salto, dándole a una noria que le gustaba, y perder, a la par, la vida, riéndose al desmadre de quien era, de quien pudo ser o no ser, y de lo que eran o fingían ser los otros a quienes tropezaba. La sola idea de verlo como un artista que «torció su destino» por vía de la indolencia, la avaricia o el error, no sólo me sabe distante sino repulsiva.

Ingresó por azar y por aburrimiento, como él mismo lo declarara años después en una sinuosa entrevista recogida en la revista *Exceso*, a título de creativo a prueba en el ramo de la publicidad, y cuando los dueños despertaron, no tuvieron otra opción que encumbrarlo a una posición estelar, primero,

y, casi enseguida, recompensarlo con un «paquete» que incluía, entre otros cariñitos, un portafolio de acciones de la compañía, para no permitirse el lujo (o incurrir en la estupidez) de perderlo. Pronto se calzaría el guante de dueño y presidente de la casa, una taguara riesgosa en principio que bajo su espuela no hizo otra cosa que empulparse y boyar.

Este fue el personaje, sin embargo, a quien los duendes de la desdicha, siempre al acecho los chupamedias (ayudados con creces, ¡ay!, por el trío de traidores malparidos a quienes no necesito nombrar), llevaron a concebir aquella mascarada del aciago carnaval del 77.

Capítulo X

(1982)

1

—Vivía con Eduardo —comenzó a explicar Fernando.

—¿Perdón? —Diego trató de ubicar a los personajes en la foto del grupo.

—El Tucán, digo, vivía en el apartamento de Eduardo Contreras en Londres. A Eduardo lo conocí en la universidad, cuando viajé, él ya estaba en Inglaterra haciendo una Maestría en Administración. Me ofreció un rincón mientras yo encontraba algo propio. La cuestión se complicó un poco. Por una parte, no lo encontré en la dirección que Eduardo me había dado. Me dejó un papelito con la casera, sin calle ni casa: vivían en un bote atracado a la orilla del río. Allí se ve al fondo —señaló la foto—. Estuvimos cuatro o cinco días hacinados en aquel barco, tomando cerveza y escuchando la guitarra de Richard, que no paraba de tocar día y noche. La semana siguiente nos mudamos a Finchley, al norte de la ciudad. El Tucán se vino con nosotros. Mi proyecto era el de vivir solo pero hubo retrasos en el envío del dinero desde aquí, así que tuve que taparme la nariz y amoldarme a las circunstancias: una verdadera hazaña tomando en cuenta la calidad de los compañeros que me gastaba. En especial la joyita de El Tucán: un tipo insoportable... y peligroso. Uno de esos malaleches que no tienen el más mínimo sentido de la convivencia ni puertas adentro ni puertas afuera. Vivía en la cuerda floja rasguñando raterías menores y, supongo, deslizando sus paqueticos

de yerba. ¿De dónde lo había sacado Eduardo?, ya sabes, «solidaridad de compatriotas»... Cuando se está afuera... En todo caso fue una caridad que le iba a salir cara, a la larga. Para abreviarte el cuento, terminé cayéndome a golpes con él...

—¿Con quién?

—Con El Tucán. En una fiesta, la misma noche que me empaté con La Flaca. Al día siguiente saqué mis cosas de la guarida de Eduardo y me fui a vivir con La Flaca, en Belsize.

—¿Por qué pelearon?

—Una pendejada: el cabrón estaba con una rasca que no veía: con mafafa hasta el cuello... y quién sabe qué otro cocotelo por allí. El rata es más alto y más pesado que yo, pero ni siquiera tuve que golpearlo; me lanzó un gancho, me aparté y el tipo se aplastó largo a largo en el jardín. Fue la última vez que lo traté en Londres. Unos meses después lo vimos desde lejos en un antro fabuloso donde se dejaban caer los latinos, el Sour Grapes. Luego lo perdimos de vista... hasta hoy.

—Por lo visto ganó experiencia, saltó al profesional.

—Sin duda: comparado con el de ahora, El Tucán de Londres era una palomita torcaz.

Fernando apartó del mazo otras dos fotos que entregó a Diego. Una, en especial, era reveladora: mostraba a El Tucán en primer plano, recostado contra un árbol al borde de un estanque moteado de patos.

—¡Ésta es madre! —dijo Diego—. Hasta se le pueden contar los pelos de la nariz.

—Seguro que fue tomada en los primeros tiempos de Finchley —situó Fernando—, cuando todavía no lo conocía bien. Después, ni hablar...

—Perfecto, Llanero, perfecto —celebró Diego, repasando los datos que había ido tomando en la libreta—. Este otro tipo, Eduardo, ¿regresó de Londres?, ¿has sabido de él?

—Regresó poco después que nosotros. Supe que terminó por sacar a El Tucán del apartamento: la palomita lo metió en un problema por el que casi lo deportan... nunca supe los de-

talles. Pero Eduardo ha hecho carrera en la industria petrolera; van a perder pólvora en zamuro si lo buscan. Gana el dinero que necesita. Está casado y levanta a cuatro o cinco chicuacos.

Diego se puso de pie, ¿podrías prestarme el teléfono?

—Simple chequeo —dijo—. A quien tenemos que precisarle hasta el número que calza es a nuestra cacaíta.

—¿Le van a caer si lo localizan? —preguntó Fernando.

—Vamos a ver lo que opina Tulio —respondió El Cronista—. Acuérdate de que él es apenas un peón, peligroso si quieres, pero un peón, los que nos interesan son los tiburones gordos. Tal vez lo mejor sea no asustarlo... que nos lleve al estado mayor sin darse cuenta.

Discó un número. Fernando aprovechó para salir hacia la cocina a poner al tanto a La Flaca, ¿agarrabas la poltrona grande, cariño? Ibas a caer de rollito con lo que te traía.

—¿Sabueso? —preguntó Diego haciendo embudo sobre la bocina—. Tenemos que vernos, por aquí estamos cantando un bingo del grande... no me lo vas a creer.

—¿Te acuerdas de El Tucán? —comenzó a relatarle Fernando a La Flaca.

—¡Muere! ¡Muere! —gritó el Capitán Meteoro desde la sala.

Por un momento, Diego pensó que Carmen Luisa había sido rozada por la locura: tal vez otro de aquellos flashes sobre los cuales se le deslizaban en los humores del cuerpo las crisis alucinatorias del pasado, se dijo. Ocurrió cuando él le entregó las fotografías que El Llanero le había confiado.

—¡Esto es increíble! —dijo—. Vengo con un cargamento de fotos exclusivas de nuestro matón, ¿y adivinas dónde las conseguí? ¡En el álbum familiar de Fernando Landáez!

Entonces fue cuando la vio palidecer. La Sigmuncita había tomado el sobre y comenzaba a revisar las tomas mientras él se echaba en la cama. Fue cuestión de segundos: no hubo

distancia entre el momento en que él la vio barrer con la mirada la primera foto, y luego, en rápida sucesión y con una agitación que la envolvía de ola en ola, las restantes, y el momento en que la vio ovillarse, la cabeza contra las rodillas, temblando sobre el taburete. Su primer impulso fue el de lanzar otro chiste sobre El Tucán y las nuevas circunstancias, porque supuso que la contorsión era provocada por el ataque de risa con el que ella celebraba las noticias. De inmediato el sonido que él había confundido con el gorjeo de la risa, se le reveló primero como un hipido agudo y luego como una crisis. ¿Qué le pasaba? ¿Otra de aquellas quiebras retrospectivas? Era cuestión de calmarla, otras veces había funcionado; pero cuando saltó de la cama y se arrodilló a su lado para abrazarla y acompañarla, ya ella alzaba la cara e intentaba sonreírle.

—No te preocupes, no es lo que crees —dijo ella, se secó las lágrimas con la manga—. Aunque tiene relación.

—¿Tiene relación con qué?

—Con mi crisis de los sesenta, con mi problema —vaciló, tosió—. Son las fotos del maldito ese. Fue el jíbaro que me ayudó a darme el golpe de gracia en el 69, el que me vendía el ácido: Luis Pardo, El Tucán —¿Se lo decía todo? ¿Se desahogaba?

Ahora fue él, Diego, quien se llevó las manos a la cabeza.

—¡Hijo de la gran puta! —gritó.

Ella le rozó los labios con los dedos y le tomó la mano.

—La niña duerme, cielo —le susurró, y añadió, entrecortada—: Tuve el impulso de no decírtelo, pero la sorpresa me delató. ¡Eso pasó hace tanto tiempo! Pensé que iba a preocuparte más de lo que ya lo estás, con algo que de cualquier modo no iba a añadir nada a la solución del caso —¿Sacaba todo: el chantaje, la degradación?

—¿Cómo que no! —gritó de nuevo El Cronista—. Si antes le tenía ganas, ahora lo que quiero es verle el hueso. El carroña te jodió.

La niña se despertó y Carmen Luisa se incorporó para ir a atenderla, pero Diego, nada de eso, usted tranquila, cariño, él atendía a la gatica.

—De acuerdo en echarle el lazo —dijo ella, cuando él regresó después de llevarle un vaso de agua y arropar a la pequeña Marina—. Pero por el expediente de ahora, que es gordo y alcanza para ponerlo a retiro sus añitos; no por lo de esos tiempos locos, eso caducó. Para no agregar que quien me hundió fui yo misma.

Carmen Luisa se acostó, anidó la cabeza en el nicho que Diego había moldeado en la almohada y cerró los ojos, ¿valía la pena contárselo? ¿Podía aprender algo más de aquellas heridas remotas y hundidas? La pregunta de Diego la sacó de las dudas:

—Hay, por ejemplo, algo que no entiendo —susurró—, si Fernando lo reconoció por el retrato hablado, ¿por qué tú no? Tú estabas allá cuando El Sindicalista hizo el dibujo, y viste el que copió para mí.

Ella suspiró: tuvo el impulso de sonreír, pero se contuvo.

—Fernando no conoció a El Tucán que yo conocí en el 69. Recuerda que la del enredo fui yo —confesó, sin abrir los ojos—. El Llanero debió verlo por primera vez en Londres, ¿no?

—Así fue: vivieron por un tiempo en el mismo apartamento de un conocido de ambos, un tal Eduardo Contreras, cuando Fernando apenas salía del avión.

Carmen Luisa bajó de la cama y se tendió en el piso, sobre la alfombra, no sin antes enfundarse en la sudadera: inició su diario ritual de ejercitación-relajación, pero no interrumpió la información de la que El Cronista, sin duda, parecía ávido, y que ella vacilaba en suministrar a texto íntegro.

—De Caracas a Inglaterra el rostro le cambió un poco: el pelo, el bigote, la cicatriz, aparte de que engordó como una vaca —describió—. El retrato hablado es magnífico pero, con perdón de nuestro querido Sindicalista, es un retrato hablado, además sobre una tercera cara, la de los 80.

—Olvidándonos de los bigotes y los kilos, ¿no recuerdas algún detalle personal: aficiones, hábitos...?

—Mi amor, ese tipo *no* fue mi amigo, ni siquiera mi conocido, fue mi «proveedor». Esa gente te puede controlar ¡y de qué modo! Pero no son tus amigos. Uno los ve de paso; se recibe, se paga ¡y listo! —¿Le vomitaba todo? Si no ahora, ¿cuándo?

Carmen Luisa había colocado un cassette con sonidos para acompañar los ejercicios, Diego le pidió permiso para bajarle el volumen.

—No lo tomes a mal, pero no he tenido una relación muy estrecha que digamos con «proveedores» en lo que llevo de vida... —no tuvo que esperar a terminar de decirlo para arrepentirse de haberlo dicho.

La Sigmuncita interrumpió el movimiento de flexión abdominal y lo miró, ¿había oído bien?

—Perdón... —dijo él—. Es el cansancio, estoy aturdido.

Ella le lanzó un voladito sonoro.

—¿Qué tal un masaje? —bromeó en serio—. Cuando termine de poner a punto mis bisagras puedo ocuparme de usted, señor.

Por toda respuesta El Cronista le guiñó un ojo después del otro...

De cierto, resumió Diego, su relación con la droga había sido distante y traumática: algún cachito de yerba en los 60 tardíos, en los tiempos de la renovación en la UCV, y, siempre, con un pasón de pesadilla como compañía. Recordaba uno, en especial, que lo llevara a vomitar sobre un bosquecito de almendrones mientras el «levante» ocasional, ella sí disfrutando la nota, reía, nerviosa, a su lado, y le sostenía la frente para ayudarlo a vaciarse. ¿Dónde había sido aquello? Podía ver la playa y un promontorio rocoso al fondo, y sentir el agua salobre con que la muchacha intentó reanimarlo, pero le resultaba imposible identificar el sitio, o tan siquiera a la propia muchacha, que variaba el rostro con el tiempo. Desde

esa mala noche, recuerda, decidió que ni su estómago ni su nariz estaban hechos para aquellos postres.

—¿Qué postres? —preguntó ahora la Sigmuncita.

—Perdón...

—Te hablo de un masaje y tú me sales con no sé qué postres... A menos que quieras el masaje como postre, después de... —de pronto, el deseo, tibio, comenzaba a llegarle.

Él la miró: un cuerpo vivo, respirante, que flotaba en la alfombra: también la deseó; pero la sesión de ejercicios no había terminado... ni la conversación.

—Anótame en la lista —chanceó; y retomó el pie—: años arrechos los sesenta...

—¿Me lo dices a mí? Fracasos por todos lados: ¿la revolución? Fracaso. ¿La relación con Fernando? Fracaso. ¿La maternidad? Fracaso.

—Ya, mi amor... —él se le acercó—... ya.

Ella continuó, sin oírle: daba saltos, de pie, abriendo las piernas en tizereta y cerrándolas, de manera alterna... la ruptura con papá, los abortos, la muerte del niño, la droga, la clínica...

Él la retuvo, abrazándola de nuevo. Ella se dejó besar, calmada.

—Estoy bien, chamo, estoy bien —insistió.

Sí, parecía estar sosegada, aunque la sola letanía ya extenuaba, pensó El Cronista, pero se limitó a pasarle el paño por el cuello mientras ella resumía:

—Y sin embargo, no seríamos lo que somos sin ellos. No te pongas celoso, Fernando decía que los sesenta fueron un rito iniciático...

Diego dejó caer un gesto que ella confundió con una expresión de duda.

—Puedes cambiar las palabras si te suenan fatuas, el fondo no deja de tener su *swing*.

—No he dicho nada. El Llanero también tiene su *swing*... Además, te acompañó en la letanía que recitaste, ¿no?

La Sigmuncita se despojó de la sudadera y, desnuda, terminó de secarse el sudor. Él se había sentado en la alfombra, a la india, y ahora la observaba en contrapicado: ya no era, por supuesto, la adolescente en flor que Fernando, con mérito, había cosechado en los sesenta; tampoco la mujer en sazón de los treinta iniciales que él conquistara (¿o había sido a la inversa?) nueve años atrás, ahora andaba en sus... ¿Cuántos?... 43, calculó y, sin embargo estaba entera, en llano esplendor. Se sorprendió oyéndose pensar este veredicto él, voraz rastreador de nínfulas en los días antiguos.

Ella terminó de secarse y lo invitó a que se dejara desnudar, no para amarte, papi, para bañarte, quería bañarte, al tiempo que le contaba, mientras te contaba, mi amor.

—Él me acompañó —aclaró ella—, fue leal, digo Fernando. Quien no acompañó como debía fui yo. ¿Por qué Fernando no conoció a nuestra carroña aquí, en los sesenta? Porque, me perdonas la cursilería, yo era doble.

—Eras doble... —El Cronista se dejaba desvestir.

—Era doble... y él me toleraba. Toleraba lo que sabía que yo hacía... y toleraba aceptar el no saber de buena parte de las cosas que yo hacía. Además, a finales del 69, en las fechas del jíbaro que te interesa, El Llanero y yo ya estábamos divorciados.

El Cronista se dejaba desvestir, sin hablar, no quería romper el conjuro. ¿La había oído hablar así antes? Tal vez. Tal vez no. Estas cosas ocurrían: después de nueve años estas cosas podían, *todavía*, ocurrir.

—Voy a decir una pendejada: ¡tal vez me deslastraba a *Mrs. Jekyll!*... —Carmen Luisa lo despojaba de la camisa.

—Te dejo pasar la birria, papi —le quitó los pantalones, le sacó los zapatos—, El Llanero no conoció a El Tucán en esa época...

Ahora se metían en la bañera, pero sobre la mesa de noche, en el dormitorio, repicaba el teléfono.

Ninguno de los dos maldijo el timbrazo: en estas circunstancias la bocina podía traer una revelación. Diego saltó de la tina. Tulio. El Sabueso no jugaba: con la identificación de la presa asegurada, había puesto manos a la obra sobre los contactos, en especial la división antinarcóticos.

—¿Podemos vernos, compadre? —dijo Tulio.

—¿Tienes algo ya? —preguntó El Cronista—. ¿Hay algo?

—Hay algo y para mañana me garantizan el resto —dijo Tulio por toda respuesta—. ¿A las cinco, mañana, donde mismo?

—A las cinco, donde mismo.

¿Podría amar a La Sigmuncita en 30 minutos? Ella dijo que sí, amor tuyo, en 10 que fueran, ya estaba a tono, no la ibas a dejar así. No, el universo esperaría.

2

Diego llegó sobre la hora. La señal de Manolo desde el mostrador le dio a entender que Tulio se había adelantado y lo esperaba arriba, en la mesa de siempre. A excepción de dos gallegos que discutían de fútbol acodados a la barra y de una pareja joven que brindaba con cerveza a un lado del mesón de la vitrina, el local estaba vacío. Era una tasca típica de La Candelaria con su charcutería suspendida, sus tapas y sus españoles aferrados al vaso de tinto. No se trataba para nada de uno de esos restaurantes estrellas, famosos en el condado, que atraían degustadores del otro extremo de la ciudad y figuraban en la guía gastronómica, pero, después de 30 años en el mismo emplazamiento, Manolo, el propietario de segunda generación, no guardaba motivos para avergonzarse de su gestión ante el padre.

Diego y El Sabueso tenían sus razones para preferirla, además de la complicitad de Manolo, el sahumero de roble y los camarones al ajillo: El Duero se alzaba a poca distancia del Alcázar, el liceo que los había tolerado a ambos —en

unos años que a ambos les parecían irreales—; y a un tiro de piedra del edificio, ahora derruido, donde don Manuel echara a andar su tipografía. En aquella mesa, cercana a la cabeza de toro, Diego se sentaba al lado de padre, en la tertulia del almuerzo, cada sábado, y allá detrás de la columna de la derecha, había vomitado en la primera borrachera de su vida (los vinos a escondidas, la pequeña Carmen que lo eludía). Manolo mismo era entonces un niño, ¿cómo andabas ahora, carajete?, y la andaluza de castañuelas en desafío, que lo sedujera desde el afiche a sus diez años, seguía colgada en el muro que escoltaba a la caja registradora. La mesa de las conversaciones recientes se hallaba en la planta alta, una especie de desván algo venido a menos, reservado para alguna caja y para los amigos próximos que, como Diego y Tulio en aquellas circunstancias, valoraran la discreción y la reserva. Tulio estaba sentado frente a la cerveza leyendo el cuerpo de sucesos.

—Qué tal, Sam, te traje un regalo— dijo El Sabueso, limpiándose la espuma del bigote.

Diego se sentó y le hizo una señal al mesonero que había asomado la cabeza con discreción entre los balaustres de la escalera: tenía sed, Mochuelo, le bromeó.

—No es mi cumpleaños —se dirigió a Tulio.

Tulio cerró el periódico y se tocó el bolsillo de la chaqueta.

—Un par de direcciones... aunque no de hembritas —era, junto a la fauna de la novela negra, la tomadera de pelo favorita de El Sabueso no bien lo saludaba.

Diego alzó las cejas.

—¡No me digas que tenemos localizada la cloaca!

—Más que eso: tenemos el comienzo de una red de cloacas: urbanización, avenida, número, teléfono, cédula, pasaporte y licencia de su matón particular, compadre.

El Cronista no esperó los detalles para darle un apretón por el brazo y sacudirlo, qué vaina tan fabulosa era aquella, hermanazo.

—¿La división de narcóticos? —preguntó.

—Sobre todo allí: un tipo de confianza: hay amistad y... me debe favores. Pero ese departamento es muy peligroso: mucho dinero circulando, capos y capitos revoloteando... No podemos apoyarnos en ellos.

El mesonero les trajo las botellas y una pequeña taza con papas al vapor que olían a cilantro. Bromearon sobre un peso pesado que había puesto la cómica al derrumbarse «con un toquecito» por la mandíbula en el primer asalto, se vendían, Mochuelo, esos tipos también se vendían a los apostadores, a la mafia del juego. Mochuelo les dirigió un gesto de desesperanza: era una desgracia, sí, lo oyeran, ya no se podía confiar en nadie, ni en la madre de uno.

Diego cruzó un guiño con Tulio, en todaz partez se cozían habaz, joder, Mochuelo, ya debíaz zaberlo, lo chanceó mientras veía la redonda cara del mesonero desaparecer hacia el bar.

Tulio se dirigió al baño. El Cronista aprovechó para revisar concienzudamente las notas que ahora había dispuesto sobre la mesa como si se tratase de una porción de arroz a la marinera, su plato favorito. El informe era completo en su brevedad: daba cuenta de los movimientos de El Tucán, su relación con el tráfico menor de drogas y los «problemas» que había tropezado con la policía, todos desdeñables. Incluía, así mismo, algunos domicilios, direcciones de sitios frecuentados, movimientos, pero omitía de manera puntual cualquier referencia a conexiones laterales o jerárquicas de la red, y, peor aún, ignoraba el papel de matón a sueldo que la joyita ostentaba quién sabía desde cuándo. Tal vez era mejor de esa manera, reflexionó: aquella laguna en el papel sólo podía interpretarse en dos sentidos: la verdad no era conocida en lo absoluto; o, por el contrario, siendo conocida, había sido limpiada a discreción por razones «contables» o de complicidad. El primer caso dejaba la información exclusivamente en manos confiables, es decir, las suyas propias. El segundo caso refrendaba las reservas de Tulio en relación con los canales oficiales.

—¿Qué te parece?— Tulio regresó, tomó asiento de nuevo y despachó media jarra de un envión; estas emociones de al bate con tres en base le daban sed, compadre.

El Cronista le resumió su impresión leyéndole los dos párrafos que nosotros acabamos de leer.

—Vamos a darle duro y tendido, Sam —remató, para mantenerse en la metáfora.

—Más Sam serás tú —protestó Tulio, mamando, y agregó—: Pero tienes razón, vamos a darle. Y a darle nosotros solos, el grupo pequeño, más nadie. Apenas necesitamos apoyo técnico para controlarle el teléfono: yo me encargo de conseguirlo. Y claro, hay que amarrarle un mecate al talón: que a donde él vaya, allí nos tenga.

El Cronista disfrutó imaginando la situación: el controlarle al ñoña la respiración sin que él lo advirtiera ya era una forma de tenerle pisada la manguera. Celebró el balance anticipado con sorbo sahariano.

—Para eso me sobro, Sabueso —concluyó.

—Es un trabajo delicado compadre, y él te conoce —discrepó Tulio—. Tal vez puedas hacerlo alguna que otra vez, aquí o allá, pero lo mejor es confiárselo a alguien que no corra el peligro de ser reconocido.

—No te preocupes, puedo controlar mis impulsos destripadores hasta un momento más adecuado —mamó Diego—. Usted está en este momento en el timón de mando. Y tienes toda la razón: lo que importa es no ponernos en evidencia, no espantarlo: que nos lleve a donde queremos... a los titiriteros.

La conversación derivó hacia la personalidad de El Tucán, sus costumbres —entre las que destacaba una famita de apostador obsesivo— y sus salidas al extranjero. Diego se demoró poniendo a Tulio al tanto de las curiosas circunstancias en las que Fernando conociera a El Tucán, en el Londres rumboso del 70 y de la bufa refriega que, según El Llanero, ambos habían protagonizado en el apartamento de unos venezolanos. Tulio recordó la dirección de la que hablaba Diego,

porque él, coincidentalmente, se había quedado en esa misma zona cuando estuvo en Londres: un intercambio con Scotland Yard, aclaró, mientras El Cronista le alzaba la ceja aristocrática.

La subida de Mochuelo con otras dos botellas y una taza de camarones rebozados, los obligó a una pausa. El Sabueso despachó dos papas aderezadas y se lavó la garganta con otro trago al tiempo que se arremangaba la camisa y alzaba los brazos sobre su cabeza como quien se prepara para intervenir en un frágil circuito microscópico.

—Muy bien, ¿a dónde queremos ir? Vamos a jugar a la tormenta de ideas por un ratico. Nuestro Tucán, a pesar de que se ha partido el culo en el oficio por varios años, es un soldado de tropa... Peligroso, pero un soldado de tropa. Un tipo que quizás huele en lo que está metido, pero ni lo sabe ni, mucho menos, lo controla.

—Está metido en un mar de mierda que lo desborda... Te apuesto a que los párpados le chapotean cuando espabila.

—Correcto. El tipo está hasta aquí con quienes le pagan —mano en rasero horizontal al cuello—, pero no sabe quién o quiénes, al final, le pagan.

—Nosotros tampoco.

Mochuelo se hizo presente con dos papelitos. Uno contenía la cuenta; el otro, un mensaje de Manolo que les anunciaba el resultado del fútbol: me debías trescientos bolívares... y los que venían luego. Diego le practicó la señal del dedo medio a Mochuelo para que éste, que sin duda hacía de cómplice, se la transmitiera al dueño, dile que ya veremos el resultado de la semana, que espere sentado.

—Nosotros tampoco, de acuerdo —dijo Tulio—, pero apuesto que no por mucho tiempo.

Diego lo miró mientras se ponían de pie y bajaban las escaleras hacia la barra. Manolo bromeó con ellos: ¿sabían a quién estaba adquiriendo el Real Madrid? ¿Lo sabían?

—Sé a lo que te refieres... Están actuando con rapidez, y hasta con nerviosismo. Verónica dice que, en su precipitación, ya hasta desatienden las precauciones que antes tomaban.

Habían salido a la calle. Era noche cerrada, pero el cielo del valle mostraba un techo de motas de gasa blanca que recogía el resplandor urbano. No soplabá el viento: el aire flotaba tibio y dulce. Caminaron hacia el estacionamiento, en dirección opuesta a la plaza de La Candelaria, desde donde viajaban el temblor sincopado de una percusión, y gritos.

—Se nos van a poner en evidencia, Cronista. Un resbalón así —Tulio figuró el grosor de un cabello entre pulgar e índice— y se nos ponen en evidencia. Les estamos ladrando en la cueva, yo que te lo digo.

Habían entrado al carro. Diego pasó el suiche. De inmediato comenzó a oírse un casete que sonaba grumoso y confuso, con una voz casi incomprensible al fondo. ¿Qué era aquello, compadre? Aquel casete estaba en el hueso, ¿qué vaina era ésa? Diego sonrió con los ojos hacia ninguna parte: el viejo, eran los casetes del viejo, una regrabación de regrabación de los años 30, hoy lo había llevado al médico, himnos republicanos españoles, por añadidura en el acento curioso de los brigadistas internacionales. Tulio paraba el oído, «el ejército del Ebro/ una noche el río cruzó...». Salieron del estacionamiento ¿en dónde te vomitaba, Sabueso? En Los Totumos, compadre, la vieja le tenía unas empanadas que no te decía. Le dábamos.

—¿De qué vas a escribir? —preguntó Tulio.

—De lo que me debe caer mañana temprano —Diego adelantó, en silencio, la frase inicial del artículo: se la iba a jugar—... Verónica me ofreció un bocadito del banco y del registro legal, donde consiguió respaldo de una amiga... un paquetico que promete.

—Lástima que no puedas decir nada de lo de El Tucán.

—Ni de vaina, compadre. Tú lo has dicho: en esto hay que actuar como si estuviéramos desmontando una bomba de contacto.

Bajaron por la avenida Fuerzas Armadas hacia el sur. En Nueva Granada, justo después de Roca Tarpeya, Diego detuvo el carro frente a una farmacia. Llamó a Carmen Luisa desde un monedero y compró la medicina para la niña. A sus seis años la pequeña estaba comenzando a leer de corrido. Diego estimó con asombro el breve espacio que parecía separarlos de los días en que Marinita balbuceara sus primeras frases, pegando para ello palabras a veces distantes que terminaban en expresiones sostenidas sin duda por su lógica incipiente, pero a menudo divertidas, o mejor, superficialmente divertidas. Perro-abre. Llave-abajo. Probablemente aquello era lo que él necesitaba: un curso a medias mágico de pensamiento que con un par de saltos mortales lo traspusiera de los hechos a la solución. Regresó al carro. Tulio había decidido airear el cierre de la jornada poniéndolo al tanto de una nueva «pieza cobrada», Cronista, una hembrita que se las traía. Pudo seguirlo durante cinco segundos, exactamente hasta el inicio de la descripción —un poco desabrida, El Sabueso perdía facultades— de las nalgas, cuando regresó a su propia corriente, a su salto, nalgas al fondo, sí, pero dónde estaba el cierre y dónde el capo, narcos allá, peces gordos en ribazón que se agitaban como si se tratara del fin del mundo, trampas en los balances, lavado de churupos, matones a sueldo; un culito alzado, compadre, duro, la soñaba abiertica; ¿por qué tanto dinero?, ¿por qué tanta prisa?, ¿por qué tanto riesgo?; por el culito compadre, montarla bien, los cacheticos contra las sábanas; una gente que nadaba en plata, ¿entonces?, un eslabón, sentía que le faltaba apenas un eslabón y podía oler que el enganche estaba allí, sabía que estaba allí, que si estiraba el brazo, incluso con los ojos cerrados, podría tocarlo; no eran bolserías de él, compadre, estaba seguro de que no le iba a aguantar la segunda pedida; ¿y si insistía con

Verónica para que chequeara otra vez a Clarita, la de la Oficina Supervisora?, la Oficina era un elefante blanco, okey, pero le escurrían rumores como arroz, ¿y si tanteaba?; con la punta de los dedos, sí, pero también con la mano abierta, a modo de masaje desde el pie hasta la coronilla, Cronista, y donde haya articulación, flexionar... eso sí, lenta, muy lentamente... flexionar y masajear, daba unos resultados de fábula, compadre, le constaba a él, las relajaba, las entregaba; aquello le fascinaba, una charada que tenía, claro, filos perwersos, pero a cuya trama no podía dejar de apreciar como un reto apetitoso, cuando regresaba al cálculo de riesgos (le ocurría sobre todo al hablar con Carmen Luisa, al recordar a Carmen Luisa y a la niña) podía palpar, en el fondo, los bordes de algo semejante al temor, pero, para suerte o infortunio, se trataba de una impresión fugaz que de ninguna manera podía llevarlo a la parálisis o tan siquiera a un golpe de timón, no, es decir sí, aquélla era la palabra que describía su estado, fascinación, una fascinación que rozaba por igual al asombro (hiperlucidez lo llamaba La Sigmuncita, ya la conocíamos) y a la borrachera. ¿No eran estos los mismos polos de la comezón que Hammet le atribuía al neurótico de Spade? ¿Qué carajo hacía Spade en esos momentos, cuando las piezas estaban allí esperando por el breve soplo de intuición que les diera sentido?

El grito de Tulio advirtiéndole que llegaban al llegadero, Cronista, no te fueras a pasar, lo regresó al carro.

—Para mañana tienen que estar en la línea de arranque el «técnico», que es el mío, y el «asomado», que es el tuyo. Nos hablamos antes del mediodía, ¿okey? —le recordó El Sabueso antes de abrir la puerta y bajar.

—Cuenta conmigo que yo cuento con la recíproca, viejo —respondió Diego, estrechándole la mano—. Y gracias, mi deuda con usted no hace más que crecer.

Ya en la acera, Tulio le hizo la señal del pulgar erguido a través de la ventanilla: chao, Piquijuye.

—Chao, viejito —en vano intentó recordar el sobrenombre que le colgaban a Tulio en bachillerato, para vengarse, ¿monoloco?, ¿tigrecebao?, no daba, chaíto, viejo.

3

Meses después, en los desapacibles tiempos del dolor (¿y del duelo anticipado, incluso?, ¿hubo algo de esto entonces?), cuando le tocara reconstruir para la prensa los sucesos de esta historia que la opinión, local y foránea, sellara con el remoque de «los antecedentes del Viernes Negro», Diego, primero con vacilación —por respeto a las víctimas— y luego con decisión —por acatamiento a los hechos— insertaría el comentario de «la tragicomedia». Aquel asunto de la persecución abortada, por ejemplo. Un manchón risible en su imaginaria foja de servicios como investigador por mampuesto, que no por risible resultara menos riesgosa en lo que hace a dos puntos importantes: la investigación... y el propio pellejo del investigador improvisado.

La urgencia del impulso creció a raíz de la identificación de El Tucán en el álbum de Fernando y de la sesión de planificación estratégica que le siguió. Se calzaría las medias de El Sabueso —ejerzamos la piedad con estas manías testarudas— y se desdoblaría en perdiguero de aquella cacaíta babosa que ya tenía facciones y nombre, y, bingo, gracias a los oficios de Tulio, señas y prontuario. Un prontuario pasado, sí, pero unas señas actuales que iban a permitir levantar la topografía de la red, precisar la conexión entre las secciones narco y financiera, pinchar su punto de articulación —es decir, la zona del lavado—, y, para cerrar con broche de pasta, bocetearle la gracia a capos y capitos.

Conforme a los hechos reunidos —y a los eslabones inferidos—, el rol de El Tucán parecía ubicarse en ese pivote de la telaraña donde la mercancía y los grandes dineros convergían,

referido en los fondos bajos y altos como «el blanqueadero». Tulio había coincidido renglón a renglón con este análisis, excepto en lo que hace al papel que él, Diego, debía jugar en la tarea de vigilancia sobre nuestro hombre.

—El sujeto te conoce, te tiene repetido —le había dicho Tulio—. De la perrera, tú resultas el peor de los candidatos para pisarle los talones.

En un primer momento, aquello le había parecido una recomendación sensata. Era cierto: el plasta lo tenía copiado. Sin embargo, un chinche le piquiñeaba en la oreja. Se despidió de Tulio pensando en el perfil del chinche, se metió al carro con la memoria en la oreja y cuando alcanzó el periódico, una hora después, el prurito todavía lo mordía.

Los pasillos del diario estaban, como siempre, atestados y bulliciosos. Se deslizó a la sección de sucesos donde Jorge, el reportero de sangre, haciendo esfuerzos para hacerse oír por encima del traqueteo de los teclados, lo puso en autos sobre los últimos desmadres, quebrados incluidos, y sobre los chistes del día que, como era usual, hacían presa del Presidente y su desafortada pasión por los goces del estómago. Luego recaló por deportes, donde se unió a la mamadera que el plantel por entero descargaba en don Amílcar, el jefe de página, a propósito de la bochornosa derrota del equipo que don Amílcar aupaba en tal por cual compromiso de la semana anterior. Finalmente, sin mucho entusiasmo, se dejó arrastrar hasta el cafetín por los poetas de la página de arte que en ese momento bajaban hacia la segunda ración de marrones de la mañana.

En los tres sitios se sintió incómodo y ausente, al punto que ni siquiera el fraseo por parte de Nadia (la pasante que venía haciéndole ojitos desde que ingresara), de su más reciente poema, calientico, recién sacado del horno, Cronista, cariño, ¿qué te parecía?, logró extraerlo del paseo enubado. El Tucán se le deslizaba entre los chistes de Jorge y sobre los azúcares de Nadia. ¿Qué estaría haciendo el plasta en aquel momento? ¿Era en verdad «natural» que él, Diego, el tizón del brasero,

permaneciera abanicándose tras bastidores en el justo momento en que el cocido parecía ponerse a punto, sólo porque la sensatez o, peor aún, la lógica, lo recomendaba? Si el asunto hubiese estribado en prestarle oídos a la sensatez, él no se hubiese metido en aquel berenjenal ni escrito el primer párrafo de la primera columna de la campaña, con lo que, por deriva, no existirían ni la investigación ni la novela ni él. ¿Cuándo había sido la sensatez su bastón de ciego? ¿Dónde quedaban la intuición y el delirio y la tormenta con uno mismo, como decía La Sigmuncita? Nada que ver. El equívoco le lucía evidente... pero el sucedáneo aún se le negaba.

Se hallaba chapoteando en este tremedal cuando, en medio de un verso donde Nadia interrogaba a la «dudosa certidumbre» (¿O tal vez a la «certeza de la duda»?), dudaría él mismo, en sus notas, meses después), la solución se le impuso como el resultado de un ritmo, esta vez sí, natural. Si el obstáculo no era otro que el hecho de que El Tucán lo reconociera, ¿se cambiaría! ¿Cuál era el problema? Si Fernando, digamos, podía payasear transmutándose sobre unas tablas, de ser el caso, ¿por qué no él? Hacia el renglón final del soneto libre de Nadia, ya él se tenía fantaseado en nuevo. «Reconstrucción», se oyó murmurar, «reconstrucción», aunque no tan bajo como para que Nadia no se descorazonara pensando que el sustantivo se dirigía a ella y que, con él, Diego le asestaba una sentencia lapidaria sobre el poema. El Cronista, por su parte, también equivocó la queja de Nadia, lo que propició la intervención de los otros y deslizó el malentendido al terreno de Babel. Diego optó por alejarse, nos veíamos, bardos, filibusteros, despachar rápidamente la entrega de las cuartillas y el chequeo de pautas en deber, y poner manos e imaginación en camino hacia aquella especie de «travesura seria» que lo divertía y lo estremecía en avance. Si hubiese sabido entonces de la trampa cazabobos que el destino —él no emplearía esta palabra pero no es él quien escribe— le tenía reservada para el postre aquella misma noche, de seguro que el entusiasmo no hubiese sido el mismo.

Ocurrió que una de las circunstancias que lo llevaron aquel día a reconsiderar su promesa tácita de no inmiscuirse en el rastreo de «la pieza» había sido un comentario que Tulio deslizara la tarde anterior. Nuestra lombriz tenía cita pasado mañana en Maiquetía. Eso había dicho.

—Parece que viene un chivo encumbrado —agregó—. Vuelo 953 de Viasa, Miami-Caracas.

Para su sorpresa, El Sabueso había agregado el pormenor de la hora y un comentario sobre el hombre de confianza que iba a cubrir el recibimiento de marras, a quien, según su criterio, pronto iban a tener que sustituir, no por razones de seguridad sino de eficiencia. La anotación le resultaba inusual, porque Tulio le reportaba *resultados* puntuales, pero era en extremo discreto con los detalles de *procedimiento*: para ahorrarte angustias, Cronista, le explicaba. Pero Diego sospechaba que, debajo de esta precaución, lo que se movía era el propósito —profiláctico también, a qué dudar— de mantenerlo «sensatamente alejado de las tentaciones». Y bueno, con estas mismas palabras el propio Sabueso, una vez finalizado el saínete, se encargaría de abonarle la sospecha. Claro que para esas alturas del porvenir inmediato pero desconocido, el que Tulio le diera la razón era casi un acto de piedad de su parte.

En todo caso, esta conversación había tenido lugar la tarde anterior y, desde ese instante, la tónica por la que nuestro héroe patinó durante el resto de la tarde, la noche y lo que llevaba de día hasta este momento en que colocaba la taza de café sobre el mostrador, se despedía de los colegas de arte, chao, corsarios, besitos en la mejilla a Nadia que mohineó y agitó las pestañas como un molinete loco, la tónica, sí, no había sido otra que la del zombi de mirada ausente o la caminata ennuada. Estaba su masa, no él. Sorbía el café y se despedía de Nadia sin registrar para nada que sorbía y se despedía. Y ahora, por añadidura, desde que la opción del disfraz se le impusiera, unos minutos antes, como la panacea para su conflicto, el ensimismamiento había empeorado.

Sin embargo, no hay que insistir en esto, el replegamiento de nuestro héroe podía erigirse en un muro que bloqueaba toda relación entre él y el entorno (los cuerpos cambiados en siluetas evanescentes, las palabras en gorgoteos inaudibles), una fisura de presencia ficticia harto desagradable para, por ejemplo, Nadia la de las pestañas vertiginosas, pero no necesariamente para mí ni para ustedes, que vienen en mí y conmigo, y juntos nos deslizamos en el tobogán ubicuo, letra saltimbanqueante que trampea y quiebra la resistencia del zombi besuqueador, en este momento en que El Cronista, que está sin estar, coloca (por tercera vez en la ficción, por primera en la realidad) la tacita de café sobre el mostrador y piensa, ajá, riendo para sí, ajá, ya estamos allí, aquí, piensa, ¿un poco para restarle gravedad a la decisión, para tomarse el pelo de antemano?, que si bien no veía a Spade o a Marlowe haciendo de payasos al antifaz en ninguno de los casos que recordara, el embozamiento hallaba un conspicuo antecedente nada menos que en el alucinado de Baker Street.

Cierto que el plan no superaba el nivel de boceto, pero como diseño aún borroso lo seducía: cambiarse y, cambiado, copiarle los movimientos a El Tucán. ¿Riesgos? Su pellejo lo tenía sin cuidado. Estaban, era verdad, Carmen Luisa y Marinita pero, soplado él, La Sigmuncita se bastaba para ella y para la niña. Por un segundo lo paralizó el recuerdo de la palabra empeñada a Marisela. Pero no, lo que los jazzistas le habían pedido como cobertura de espaldas era que sus movimientos no llegaran a las oficinas de la DTI: debido a las cloacas de drenaje hacia las antenas del *gang*, El Tucán lo sabría antes aún de que ella respirara de nuevo. A este costado del asunto, él era el primero en estar atento. Su olfateo en disfraz no sería, entonces, razonó, un yab por debajo de la faja de los suyos, sino un enroque discreto que podía hacer avanzar sus torres hasta la línea final.

Barridos los cargos de conciencia, podemos salir un instante de la corriente interna —y maltrecha— de nuestro

hombre en Caracas, para seguir a Nadia, la de los hoyuelos a discreción, que corre al encuentro de su mentor, justo a la entrada del edificio, en el momento en que éste deja de felicitar-se por la reflexión que lo sacara de culpa, y lo aborda, de frente ya la chama, de resto, ¿para cuándo se veían tú y ella?, malito que eras, de duro que te la echabas, su cariño.

Lo tomaba del brazo ya cuando ambos, él de zombi todavía y ella ya sabemos, tropezaron en dúo con el vendedor de terminales. El golpe, que le tumbó el muestrario al terminalero, con la misma sacó a nuestro Habana, ¡era hora!, de su replegamiento, aunque sólo fuese para recogerle la mercancía al voceador y para, ¡era hora!, mentirle a la poetisa que ya conocemos (y a la que podemos olvidar sin ofender porque no volverá a aparecer en esta historia), que estaba sin tiempo hoy, chamina bella, de verdad, pero podían tomarse un café y conversar el jueves en la tarde, día para el que esperaba un alivio. Con lo que Nadia dio unos salticos extraños, ¡era de verla!, y celebró con palmadas la inminencia del encuentro, que de ninguna manera narraremos, bien porque no ocurrió o bien porque, habiendo ocurrido, carece de importancia para nuestro relato.

Más aún, no había terminado de empeñarle la falsa promesa a Nadia, cuando revistió a la poetisa con un gabán y unos mostachos imaginarios que, al ser combinados, hicieron de la muchacha una comparsilla cambiada en Holmes, cambiado éste a su turno en un desarrapado irregular de la calle Baker. Se despidió, ahora sí, sin escuchar la respuesta, y calculando los detalles detrás de los cuales se trugaría, sonrió para sí: ni Carmen Luisa ni su propia madre lo reconocerían una vez terminada la mutación.

Ahora lo primero era llamar a Fernando.

Capítulo XI

1

(Diario de Carmen Luisa, 1977)

Todavía con el equívoco sabor del encuentro, ordeno los por-menores para destilar las fugaces ráfagas de confianza que me darán permiso para la serenidad y el registro.

Asunto: primera visita a la división de adopciones. Actores (en esta oportunidad la palabra no puede resultar más adecuada): «Carmencita, la de las palpitaciones desbocadas; Diego el apoyador y, con libreto de hierro, la interlocutora obligada, alias La Madama».

Intentaré ser leve y festiva... sobre todo porque lo necesito.

La división de marras resultó una especie de feudo medieval desde cuya butaca condal, escoltada por una corte de lamedores de media, oficia una doña de bigote y párpado trasnochado que parece escapada del pabellón de un set de Fellini. Su estilo profesa el despotismo —para nada ilustrado— y su registro vocálico el vahído de serpiente. El feudo se alza en las afueras, lo que facilita, creo, la independencia administrativa de la que disfruta.

El personaje nos recibió en un despacho cerrado, a una temperatura que el enorme aparato que se proyectaba en la pared del fondo hacía bajar a los 14 grados (de los 32 que hervían afuera).

La impresión que la mano saludante de dedos enjorjados me disparó (y disparó en Diego como ambos constatáramos más

tarde), al tiempo que nos invitaba a la silla y le dictaba a la secretaria los cafés de rigor, fue la de que me hallaba frente al prototipo acabado de una madama de burdel. Creí encontrarme de nuevo en uno de aquellos antros tristísimos de la zona de tolerancia de Catia La Mar en los tiempos en que obligaba a Fernando a «deslizarme», camuflada, al vientre de la zona, sobre la cual —declaraba, pavoneándome—, más temprano que tarde investigaría y escribiría.

Supongo que fueron los primeros sorbos de café, unidos a mi propósito de blindarme a piel de rinoceronte, los que me permitieron soportar la perorata que La Madama tuvo a bien improvisar acerca de la labor que cumplían (¿o era por el contrario un discurso fijado a memoria que ahora sólo tenía que recitar, ajustando los matices del caso?), la de lograr que una familia en proceso llegara a cristalizar, decía, en una familia madura. Ella sostenía el criterio de que un hogar sin prole, *sic*, podía ser el techo que cobijaba a una pareja, le perdonáramos la expresión, pero nunca el nido donde crecería una nueva célula de vida social. Y, casi sin permitirse respiro, padres, queridos amigos, eran quienes con desvelo nutrían a ese prístino ser humano en crecimiento y creaban las condiciones para que el capullo encontrara los brazos, *sic*, el corazón, la inteligencia, la llama de espíritu —¡y se llevó las manos a la altura del abdomen!— para desarrollarse en todo su esplendor, como bien decían psicólogos y pediatras.

En este inspirado verbo de libre navegación se mantuvo por un rato. Finalmente, me miró como si por primera vez se percatara de que estábamos allí y repasó algo que daba la impresión de un fajo de folios en blanco, al tiempo que aleteaba las pestañas postizas, tú eras psicóloga, mi amor, ¿no era así? Ella había revisado meticulosamente los recaudos, y bueno, sus amores, tú como psicóloga, y tu esposo, como personas cultas que eran debían saber que todo niño llegaba a este mundo con un sinfín de potencialidades, dictaba, pero sin el ambiente adecuado esas cualidades, dones divinos, se

bloqueaban, como una flor a la que se le negaba el riego, la tierra buena, la luz, *sic*. ¿Qué pasaba con esa flor? Se marchitaba, me oí decir de modo automático. ¡Eso mismo, se marchita!, gritó ella, sobresaltándome. Y ustedes, mis queridos, sentía que era así —y aquí de nuevo movió las manos para cruzarlas a dedos sobre el abdomen, ¿acaso su antena más sensible?— encarnaban el vivero ideal donde nuestro capullo, cualquiera que fuese, iba a florecer en toda su magnificencia, *sic*.

En este punto hizo otra pausa, respiró profundo —una mezcla de bufido con estertor— y se arrellanó en la butaca dejando caer su mole contra el espaldar. A aquellas alturas del sainete, Diego y yo habíamos llegado, al unísono, a la misma estimación: la de hallarnos ante un espécimen harto más peculiar de lo que en un principio entreviéramos. La presencia vigilante de La Madama no nos dio ocasión ni para el intercambio de opiniones ni para el cruce de miradas, pero tampoco fue necesario. Desde las primeras estrofas de aquel himno-fanfarria con que el personaje nos dio la bienvenida, Diego se las había arreglado para correr la silla y deslizar su mano hacia la mía por debajo del límite visual que el enorme escritorio le permitía a nuestra anfitriona. ¿Tengo que decirlo? El diálogo táctil —apretones cifrados, rasguños contra la palma, torceduras, cosquillas en araña— cubrió con ventaja el papel del sonido al que quería relevar.

Nos iba a confesar algo, confesó entonces La Madama, y lo iba a hacer por lo bien que ustedes me caían, mis amores, ellos constituían en verdad una gran familia, *sic*, y no se refería sólo a los empleados de la institución, hablaba también de las parejas que, como ustedes, acudían a la institución con la esperanza de darle solución a sus problemas... ¡y lo conseguían! Hombres y mujeres de bien que llegaban con el corazón en la mano y había que verlos luego cómo se iban, ¡radiantes de felicidad se iban con su pequeño entre los brazos! Y hablaba también, por supuesto, de los propios niños, esos luceritos encantados que, *sic*, por poco que fuera el

tiempo que pasaran con ellos, allí, en la institución, se ganaban el corazón de todos, comenzando por ella, que sentía hacia esas criaturas una verdadera veneración.

En el torrente bucal, Diego y yo insertamos, diría tímidamente, algunas ignorancias. ¿Transcribo la respuesta? Sí, para el archivo, para la memoria.

¿Qué decíamos nosotros? ¿Los requisitos? ¿El tiempo que duraba el proceso? ¿Los aspectos legales? Había gente que, sin conocer la materia, hablaba por los codos. En la práctica, si los recaudos estaban en orden (y, en el caso de ustedes, nosotros, ustedes, dábamos por garantizado que sería así), el trámite podía ser rápido y, lo más importante, exitoso. Entendía ella que nosotros queríamos una niña, ¿no era así? Le respondí que así era, en efecto, una niña... de ser posible.

La vimos respirar profundo, sonreír y, acto seguido, acomodarse sobre el escritorio, acercándonos el rostro, como si estuviese a punto de hacernos una confidencia. No me costó ningún esfuerzo el imaginarla diez minutos después, a solas, en la maniobra de bajar el brazo, abrir la gaveta inferior del mueble, echar mano de la «carterita recatada» y lavarse el guargüero con un trago de escocés doble.

—¿Posible? —la oí decir al fin—. Todo es posible, mis queridos. Lo único que les pido es que tengan confianza en nosotros... que se pongan en nuestras manos.

Sentí el apretón doble de Diego, que debía querer decir ¡mosca!, y nos sorprendimos buscando a la par cada uno la mirada del otro.

—¿Y cuál sería el próximo trámite?

—Galíndez —dijo, mientras se ponía de pie: por un momento pensé que llamaba a un subalterno—. Lo primero es nuestro departamento legal. Allí se van a ocupar de darles orientación, y, más tarde, los documentos... En eso los va a atender el doctor Galíndez. ¡Magnífico abogado nuestro Galíndez, valga la cuña! ¡Y mi mano derecha en todos los casos que tramitamos!

Salimos de allí, lo repito, con un sabor equívoco que, a pesar de la complicidad táctil que durante la entrevista confirmara el acuerdo mutuo, en los primeros momentos ninguno de los dos se atrevió a remover... ¿Desconcierto ante la siniestra ambigüedad de las alfombras oficiales? ¿Temor de aceptar que tocábamos a una puerta falsa? Durante el trayecto de regreso parloteamos de esto y de lo otro, para arriba y para abajo, como si estuviésemos matando el tiempo ante un par de cervezas de barra. De pronto, ya casi salvando la puerta del garaje, y tal si respondiéramos a un programa prefijado que afectara las necesidades de ambos, postergándolas y sincronizándolas, saltó en los dos el impulso de hablar del personaje. En un escenario optimista, dije, decía, la conversación no podía ser juzgada como un fracaso: si a ver íbamos, La Madama había sido correcta dentro de las formas al uso en esos territorios, amable incluso, y en ningún momento había empleado la apelación a normativas u obstáculos para desencantarnos. Pero si esto era así, ¿por qué entonces ambos sentíamos el prurito que estábamos sintiendo?

Diego confesó que había experimentado la impresión de hallarse hablando con una caricatura. Yo me manifesté indecisa entre la caricatura y la máscara... y al final acordamos que coincidíamos en el doblez. Y por allí deslizamos a reírnos a patadas con la duplicación a espejo que Diego improvisaba con los gestos del personaje, y con la documentación del rol de Madama en su ley que, con toda seguridad, el personaje debía ejercer por las noches, en la gerencia de un burdelito tres estrellas por Catia La Mar, ¿no?

Nos anuncian una fiesta de disfraces. ¡Qué circunstancia espléndida! Los iconos de la fiesta y del disfraz me han fascinado desde que tengo memoria. Y ambos, unidos, reinstalan la figura del carnaval, esa curiosa ceremonia orgiástica. ¿Recuerdas? A los cinco años, disfrazada de dado con cuatro

caras de cinco (!), al costado de una torta. Pero este es un recuerdo contaminado por la fotografía del cumpleaños. ¿Otro? El de Orfeo Negro, aquella portentosa recreación del mito clásico con funda de báquica brasileña. Pero este es un recuerdo de una vivencia ajena. Por lo demás, la fiesta y el disfraz, acaso por esta película, loca y memorable, siempre me han llevado a la atmósfera de la tragedia. Mejor, a la desmesurada alegría que cierra en tragedia.

Esta vez la invitación viene de Antonio: otra razón para la sorpresa. La invitación misma resulta curiosa. El bonche no me pertenece, me advirtió: lo diseñé, lo armé para una amiga, pero por eso mismo, Sigmuncita (no hay manera de que deje de llamarme así), plisito, ¡me encantaría verlos allá!, sufro de una «baja de cofradía», *si'l vous...* —y aquí sacó el franchute de la adolescencia.

Así que Peraloca nos quiere saludar... ¡y cambiados en nenés de biberón! ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que me disfracé? ¿Y cuánto que no hago de niña? ¿Y por qué no? La labor difícil será la de convencer a Diego, que no traga a Peraloca. Le venderé la idea insistiéndole en Fernando y La Flaca quienes, ya me lo han asegurado, irán con todos los aperos a vacilarse la noche.

2 (1977)

Si sabemos que la fiesta es una variante del juego, y que Antonio era una especie de mago del sueño lúdico, no debe extrañarnos que fuese el primer apagafuegos a quien los amigos llamaran cada vez que requerían de un recurso insólito para sacudir la modorra de un sarao abatido. A veces debía intervenir para darle respiración boca a boca a un convite agonizante, sobre la marcha del convite mismo, pero más a menudo era llamado como diseñador del proyecto, con todos

los derechos ejercibles a mano, para una celebración que tendría lugar incluso meses más tarde. Su galería de trofeos era vasta y diversa. No participé, claro está, en todos (tampoco él lo hizo, a veces sólo contribuía planificando para luego escurrir el bulto), pero es muy posible que los más bizarros, los más desmadrados y, creo, los más trágicos, hayan sido aquellos que nos incluyeron, quiero decir a los habituales del grupo más estrecho de amigos —la vieja cofradía de la adolescencia— y sus flamantes estribaciones recientes.

La llamada «gran piñata de la casa-cuna sonora» iba a ser una de las locuras más rumbosas (y siniestras, como se verá) de la segunda mitad de los setenta, una época no precisamente escasa en aquellarres de esta especie. Desde qué madriguera le asaltó esta vez a Peraloca la idea embrionaria, es algo difícil de responder. Tal vez andaba algo envuelto en alguna campaña introductoria para una marca de pañales. Tal vez se trataba de alguna revolucionaria idea para modificar la función de los «móviles estimulativos» para bebés, unos artefactos que hacia aquellos tiempos, y por derivación de la obra de Calder (por degeneración, dirían otros) habían comenzado a inundar los lechos de los recién nacidos.

Por esto o por lo otro, lo cierto es que el diseño que Antonio tuvo a bien elaborar partiendo de este marco tan cuchicu-chi iba a ser —o iba a terminar por ser— trágico. Si recuerdo bien, se trataba del decimotercer aniversario de la promoción de la Católica del 64, aquel acto remoto en el cual Peraloca fuera impuesto del pergamino de «Licenciado en estudios sociales», un papel con letras iluminadas que, hasta donde supe, sólo le sirvió de adorno tolerado en alguna pared del estudio y, aun esto, apenas por unos meses.

Antonio era, por supuesto, sólo el arquitecto de la piñata. La anfitriona encargada de honrar el espléndido presupuesto no fue otra que Tatiana Martínez, una andina gordita y movida, cuyo rasgo más recordable era la extraña risa de dibujo animado que soltaba en las circunstancias más insospechadas,

y su habilidad para las relaciones sociales, dotación que al parecer (junto a un estratégico vínculo familiar en las altas esferas del Ejecutivo) le valió la prebenda de una docena de proyectos de investigación asignados a dedo a una compañía de su propiedad, creada con el expreso propósito de recibir los doce contratos de marras, y convenidos bajo las jugosas condiciones de los años de «La Gran Venezuela».

Nada de qué asombrarse: caprichejos del momento. Peraloca, que conocía a Tatiana y conocía el asuntillo de los contratos no sólo no escatimó en la planificación del sarao sino que puso especial esmero en que las «atracciones especiales» rozaran a la par los dominios de la cursilería (un ingrediente que con frecuencia introducía, a conciencia, en sus «creaciones») y del derroche (un ingrediente que por esta vez introducía, con una risita sarcástica y solapada, al costado de Tatiana).

En cuanto a las prescripciones menores, reseñaré que el vestuario básico de los invitados incluía una tela, a preferir de algodón, arrollada a la cadera, que haría de pañal, y que en el caso de las chicas admitía un dispositivo gemelo para los senos, adaptado a las circunstancias. A falta de escarpines, se aceptaban las babuchas o las medias de lana para los pies. Un gorrito de estambre, un lazo o cualquier otra «monería» de igual calaña actuaba como tocado. Un biberón, con tetina perforada a conciencia, era el dispositivo adecuado para que las libaciones de la jornada pudieran ser succionadas con eficacia y, probablemente, como sugiriera Carmen Luisa, potenciadas en su efecto gracias a la asociación con las remotas e inocentes experiencias orales de la infancia. Y, en fin y a discreción del simulador, cualquier otro adminículo que contribuyera a darle carácter al personaje: baberos, chupones, maraquitas de colores, baratijas enanizadas de diverso pelo.

Releo la descripción tentativa y la siento chata y fofa si se la compara con el escenario y los decursos reales a los que

pretende remitir. Hay días así, de mano temblorosa y paleta errática. Lo mejor, quizá, sea el amoldarse a ellos con resignación, como a una chaqueta desentallada. Así que tendrán que aceptarme los párrafos y la confesión como buenos: se trató del propio desmadre.

Lo curioso es que, como llevamos dicho, debido al carácter de la fiesta, nos sorprendimos en ella como en el centro mismo de una galería de bustos por completo desconocidos. Es verdad que la mitad de los bebés de utilería calzaba máscaras, pero esto sólo servía para acentuar la sensación de extrañamiento que se nos hizo presente desde el propio instante en que franqueamos la entrada. Como suele decir Diego, el disfraz sólo disfraza lo disfrazable. En suma, la piñática nos incomodó desde un comienzo, y si no nos esfumamos de inmediato, como sabiamente nos aconsejaban las vísceras, fue por un acto de solidaridad con Antonio, a quien aunque estuviera tan cabreado como cualquiera de nosotros, no le quedaba otra opción —recordemos la envergadura del compromiso, recordemos la lealtad debida a antiguos compañeros, recordemos la promesa que Tatiana, con maña, lograra extraerle— que permanecer en las trincheras hasta la hora de recoger los cadáveres y lavar la sangre. Acaso por esto insistió tanto en que asistiéramos. Acaso por esto —una tarea que, sospechaba él, podía terminar por volvérselo un suplicio— invitó al combo completo, incluidos Diego y Carmen Luisa; incluidos Marisela y Perucho y Amalia; aparte, claro está, de Laura. Ninguno le falló. Tampoco nosotros: a la hora de la diana infantil y como si se tratara de un certamen de puntualidad en el que se decidieran nuestras vidas, allí nos hallábamos, La Flaca y el escriba que les escribe, listos para lanzarnos, con armas y aperos, a la que comenzara por anunciarse como la «gran piñata de la casa-cuna sonora» y que, a la postre, iba a estar llamada a depararnos un nuevo renglón en el panteón personal de las fechas negras.

A decir verdad, estábamos allí, sí, pero estábamos a medias: sólo después de un buen esfuerzo hubiera podido cualquiera de, por ejemplo, nuestras normadas amistades de trabajo, reconocer nuestra semblanza y nuestra columna en aquel par de esperpentos desangelados que insistían en asaltar nuestra identidad. Sé de qué les hablo: agarrados de la mano, cantando ella aquella canción del *Pinocho* de Disney, que Pinocho entona cuando accede a acompañar a «El honrado Juan» al teatro de títeres de Stromboli (la misma que la pequeña Bárbara había tarareado, con vicio, meses atrás, y de la cual los padres se habían apropiado para gorgotearla a su vez, ellos, zapateando y basculando los brazos al modo del muñeco italiano, en ciertas ocasiones en las que se sentían livianos y desaprensivos), agarrados de la mano, digo, frente al larguirucho espejo del clóset, habíamos cobrado conciencia de la absoluta cursilería en la que las prescripciones de Antonio para la magna ocasión nos habían atrapado. El payaso venido a menos que en el espejo mostraba aquel taparrabos de algodón, aquella cofia de estambre y aquel chupón extralargo colgado al cuello, me inspiró piedad, primero, y luego rabia por la piedad y, luego y por fin, una serena y aquiescente alegría.

¿De qué me condolía?, recité, sobreactuando para mí y para mi damisela en antifaz. ¿De qué? ¿Era o no un teatrero habituado a la rotación de identidades? ¿Un verdadero «cruzado de Tespis» o un vil embaucador? En mi descargo debo explicar que la modista de cuyo talento había brotado, como capullo de rosa besado por el sol primaveral, aquel engendro que me cubría, no había sido otra que Laura. Cierto que había hecho otro tanto con la apariencia de La Flaca, pero, aunque la literatura no sea icónica, deben creerme cuando les aseguro que entre La Flaca, aquel ángel mortal con su cuerpo semidesnudo cruzado apenas por dos levísimas gasas, y este galán, podía apreciarse la misma distancia que media entre Afrodita y un mandril de cadera vendada. En corto: me

resigné, encomendé mi destino inmediato a los designios de Amalivaca (que por primera vez en mi vida, si nos guiamos por el desenlace de la noche, iba a defraudar mi confianza), apuré el vaso de leche que acostumbro apurar cuando me espera una prolongada sesión de pociones alcohólicas en buena medida fuera de mi control y me dejé arrastrar por La Flaca, que aquella tarde había comenzado por parecerme deslumbrante, y luego extraña, y finalmente deslumbrante y extraña al unísono.

Laura nos había visitado aquella tarde para encargarse personalmente de lo que en repetidas ocasiones durante la labor de acicalamiento denominó como «el traje (¿o el desnudo?) apropiado para la gran noche». [*Nota bene*: el paréntesis era de ella, la pareja antitética traje-desnudo era de ella.] Y estuvo particularmente afectuosa con todos, no sólo con La Flaca o conmigo sino también con mamá, que había pasado a recoger a Bárbara, y con Bárbara misma, hacia quien había tenido el gesto de obsequiarle un collar «como regalo anticipado de cumpleaños», por si no estaba aquí cuando te tocara apagar las velas, nenita, dijo, ¿quién sabía?, mientras le abrochaba la prenda al cuello y desatendía nuestras protestas (¡Mierda! ¿Vaticinaba algo, acaso?).

Mirándola en retrospectiva, aquella tarde se me aparece con la espesa veladura de un fragmento de irrealidad contemplado desde la irrealidad misma, de modo que su deslizamiento a través del tenue reborde que deslinda lo cotidiano de lo insólito, y debido sin duda a que yo mismo estaba siendo recubierto por una resonancia del prodigio en el instante en que el prodigio se desplegaba, apenas podía ser entrevisto, tal como nos ocurre en la duermevela que nos desliza al interior del sueño, un segundo antes de ser comidos por la boca que olvida, y, por tanto, de reconocernos ya no como causantes o espectadores o memorialistas —tres papeles que, de cualquier modo, debemos sostener en algún momento del proceso— sino como protagonistas insertados en la nuez del espacio

soñado, incapaces por tanto de poner en pregunta al espacio que nos contiene y, al menos fugazmente, nos explica.

¿Se trataba de una juguetona cangurita extraviada, aquella cangurita que saltimbanqueaba alrededor de La Flaca —en trance ésta de dejar de ser La Flaca para transfigurarse en bebecita sexy—, colocando y retirando alfileres y lazos, chupones y baberos, escaarpines y dijes; subiendo y bajando gasas y estambres, fajitas y pañales, cintas y gorritas? Por divertida que pueda parecer, esta concienzuda gimnasia rítmica no fue en vano. Para ser gráficos, su producto resultó escandaloso. Nunca en mi vida (¡invoco al escapulario de María Lionza!), si excluimos, quizás, aquella imagen yacente del primer encuentro, aquel rostro extático de la reconciliación, nunca, insisto, se me había hecho cuerpo La Flaca de una manera tan dolorosamente deseable como en aquel atardecer de máscaras.

Laura ya había regresado a La Guarida a aprestarse para la piñata, y mamá había cargado con la pequeña Bárbara —a quien, por cierto, nos resultó difícil convencer de que aquella fiesta «para bebés», admitiéndonos a nosotros, estuviera prohibida para niñas de una edad tan avanzada como la suya— así que de pronto nos hallamos, La Flaca y yo, impúdicamente solos.

—¿Sabes una cosa, bebecita? —le susurré, sin hacer ningún esfuerzo por esconder la filosa punta del colmillo (un brote canino precoz en la primera infancia) que asomaba bajo el labio torpe—. . . Fantaseo un cambio de pañal con cosquillita, un rápido ensayo del reflejo de succión, del *grasping* automático neonatal. . .

La vi reírse y estremecerse porque el bisbiseo en la oreja, sin duda, la había cosquilleado, pero no se me rindió. En vez de eso saltó para escurrirse hacia la cocina, fingiendo un gorgoteo, coquetísima, al tiempo que balbuceaba algo acerca de una tetera que hervía en la hornilla, y algo. . . sobre las delicias del placer postergado, ¿se me olvidaba ya, bobito suyo? No, no se me olvidaban las delicias postergadas, pero,

¿a quién se refería?, ¿a mí?, ¿a los dos?, ¿a los tres, si incluía-
mos a Laura? Laura apenas si había reaparecido aquella tarde,
después de un virus tenaz con complicaciones de neumonía y
larga convalecencia, que la habían mantenido alejada por va-
rias semanas de nuestros juguetes a tres, y, hasta donde podía
confiar en los informes de La Flaca, también de sus escarceos
a dos con mi ahora cambiadiza bienamada.

Pensé en esto mientras veía la risa huyente de La Flaca de-
saparecer detrás de la puerta de la cocina y me pregunté (¿se
dieron cuenta?, dos dudas seguidas, gajes de la paranoia be-
nigna que me asaltaba en aquellos meses) hasta qué punto
aquella circunstancia y este comportamiento podían hallarse
enlazados. No pude responderme en ese momento... el asal-
to alevoso de la madrugada, apenas unas horas más tarde, se
encargaría, con creces, de hacerlo por mí.

[Clic. Un error, sin duda. Clic. La puerta no ha sido abierta
y el dormitorio permanece a oscuras. Clic.]

Aunque la sensación de ridículo en la que me había instala-
do desde temprano no cedía con el espectáculo que, una vez
traspuesto el umbral de la guardería, nos ofrecieran algunos
esperpentos de antología, bastó media hora en ese aquelarre
de sin tornillos, y un par de teteros del ponsigué envenenado
que Laura me proporcionara después de sendas desaparicio-
nes hacia las trastiendas de la barra para que, como diría el
trovador callejero de Catagua, esa sensación se «hundiera en
el oscuro tremedal del olvido». El «hundimiento» y la levedad
que de inmediato propició, estuvieron ayudados, sin duda, por
la presencia del atajo de hinchas que constituían la única zona
familiar de la fiesta: Diego y Carmen Luisa, Marisela y Peru-
cho y Amalia, quienes, junto a La Polaca y Antonio, apenas
nos vieron encallar después de navegar a contracorriente entre

ríos de chupones, sonajeros, piernas peludas y tetitas engasadas, se permitieron guiarnos hasta la mesa que Antonio había reservado para nosotros, equidistante de la orquesta y de los jardines internos, y que apenas aguardaba por nosotros para constituirse.

Con estos espléndidos bastones como apoyo, no les extrañará que sin haber penetrado por más de dos horas en la noche, ya me sintiera en mi casa y en mi piel: flotaba sobre el aire de la mesa sostenido por la conversación y las risas ingrátidas de los amigos de toda la vida; o me entregaba al baile loco de los intercambios en el que terminaba sacudiéndome como un enfermo de San Vito, al lado de una bebé semidesnuda, tan desconocida como frenética; o me involucraba en competencias absurdas e infantiles (Antonio aupando, Diego dando bríos, la mesa toda transformada en una barra de *cheer-leaders*), impensadas unas horas antes o después.

Nada: el hombre lobo en un prado sublunar. Desconocido para mi propio espejo, me moví al ritmo del *steel-band* junto a todas y cada una de las bebés de la mesa; canté como espontáneo, arrebatándole el micrófono al trinitario estelar que Antonio había hecho traer directamente de Port Spain; formé pareja con mi media hermana en la carrera de gateo —y nos alzamos con el segundo premio!— y cuando el trencito se formó para recorrer en cadeneta el improvisado salón de baile y las caminerías del jardín, quién creen que lo estimuló y quién creen que personificó a la loca locomotora sino el ahora renegado, antiguo crítico de Momo que ya intuyen.

No sé qué opinan ustedes, tengo para mí que hay noches en las cuales la circulación de ciertos hálitos, de ciertos bocados de energía, de ciertas presencias no visibles, gravitan sobre fragmentos de tiempo —de tiempo vivido— para golpear a mansalva el timón de los días sin hacerse manifiestos. ¡Atención! El comentario no quiere referir a las grandes catástrofes, sí a esas aparentes nimiedades, puntas de *icebergs* que, inadvertidas al principio o advertidas sólo para ser de

inmediato descalificadas, apenas son juzgadas en sus verdaderos alcances cuando, una vez sufrida la gran avalancha, las víctimas aturridas remontan el curso de los acontecimientos hasta la insignificante, risible bolita de nieve que le diera origen.

Los acontecimientos del filo de la madrugada fueron una consecuencia directa, diría yo, de la «desintegración de la mesa redonda», pero ésta no se habría producido sin la parcela abonada que la hizo posible: la grande y báquica borrachera.

Todo comenzó por la inocente evaluación de un hecho que poco tenía que ver con los desafueros que siguieron. Me refiero al relato de «el gran robo». Una *razzia* de la activísima hampa caraqueña contra nuestra pequeña comarca —el apartamento E-4 de las residencias San Gabriel, sito, como se sabe, sobre las Colinas de Bello Monte, en esta vecindad—, en cuyos rincones tuvieron a bien practicar una labor de limpieza que habría suscitado la envidia de un obsesivo: ni un mueble, ni un aparato eléctrico, ni una prenda, ni un objeto decorativo abandonados en un descuido de la supermáquina esquilmadora que al parecer cargaban de herramienta. Pérdida total, en el lenguaje de los seguros. Con la piadosa excepción de las cuatro paredes que nos servían de caparazón y de uno que otro trapo útil que a duras penas pudieron servirnos de taparrabos en los días que siguieron.

Hablamos sobre el impecable *modus operandi* de los casos, sobre la inseguridad personal que ya comenzaba a adquirir estatura de catástrofe colectiva (aún ignorábamos que, comparado con lo que vendría, aquello resultaba una ronda de niños), bromeamos sobre la absoluta inutilidad de aquellas denuncias meramente rituales que los escritorios de la DTI a las que los «restos de conciencia ciudadana» obligaban, y alguien, no recuerdo quién, dejó deslizar un comentario acerca del golpe bajo que, con toda seguridad, la visita de los no invitados había asestado a nuestras bolsas.

—Lo voy a decir como lo diría Fernando: quedamos ruches —recuerdo que dijo La Flaca, con una de esas palabras catagüeñas que yo aún empleaba por nostalgia de tierra y de las que el grupo a menudo hacía escarnio.

La Polaca preguntó qué carajo significaba «ruche» y Diego proclamó que nadie debía arrebatarme el placer de la explicación, porque aquellas «joyas rústicas de nuestro tesoro lingüístico» eran los únicos recuerdos que yo conservaba aún de mi infancia en las tierras planas.

—Ruches o no, lo que queda en esas circunstancias es tragar grueso y arrimarse el hombro... Ensalmarse —dictaminó Perucho.

—Ya La Flaca lo hizo... con Zorba —dije.

—¿Zorba? —preguntó Amalia, dando un saltito en la silla.

El resto del grupo me miró.

—La Flaca nos ensalmó, como receta Perucho... pero con la danza de Zorba —comencé a explicar.

Y todavía hoy podría hacerlo.

Me rescato entrando de la mano de Barbarita al apartamento: en el resplandor de la sala vacía, del comedor vacío, del balcón vacío, en el centro mismo de aquella suerte de plaza desnuda, debajo del cable truncado del cual alguna vez había colgado la lámpara, La Flaca, teatral, mímica, chasquea los dedos al compás de los acordes iniciales del sirtaki, tal como Zorba había hecho en la perdurable película de Caccoyanis, frente al destrozado armazón de las maderas que debía garantizarles techo y comida en aquella isla de cal en donde había decidido ensayar la vida.

—Un radio-reproductor portátil que los malparidos olvidaron —explicó La Flaca, entonces...

—Terminamos sentados los tres: La Flaca, la niña y yo, en círculo sobre el piso de la sala, chasqueando los dedos también, riendo y maldiciendo a las madres de los malparidos, y volviendo a chasquear los dedos y a llorar, y volviendo a reírnos y a maldecir...

Un trencito de bebés peludos nos rodeó por un instante, al tiempo que éramos súbitamente tapizados de papelillos y empapados en lavanda infantil.

—¿Y cómo están haciendo para reequiparse, Llanero? —preguntó Perucho.

—Préstamos por todos lados, compadrito: el banco, las cajas de ahorro, la familia... —dijo La Flaca en mi lugar—. Aceptamos cualquier limosna, nos hemos despojado de todo tipo de vergüenza por ese lado.

En ese momento Antonio se incorporaba a la mesa. La Flaca y yo le habíamos contado los detalles del robo y, por supuesto, también estaba al tanto de las circunstancias por las que atravesábamos. Se resistió tanto a la invitación como al jalón compulsivo con los que una Tatiana ya bastante achispada intentaba insertarlo en el gran carrusel danzante en que se había convertido la pista, y alzó el tetero como quien se apresura a iniciar un brindis, mientras se despojaba del inmenso cucurucho de payaso con el que alguien «lo habría castigado» en alguno de los juegos que él mismo diseñara para la noche.

—He estado dándole vueltas a la cabeza y les tengo una proposición que, si las sumas no me fallan, puede terminar dejando esos números de ustedes en azul, mis queridos —anunció, e hizo un alto para besar a La Polaca en el cabello, lo que lo hizo perder pie y casi rodar junto con la silla.

Era evidente que había alzado el codo para vaciar el tetero más de una vez. Por otra parte, a aquellas alturas del partido y con excepción de Carmen Luisa que apenas si se permitía un sorbo de cuando en vez, todos nos hallábamos, para escribirlo de una manera rítmica, jugando pico-pico con Baco.

—¡Afloja la oferta, Peraloca! —gritó Perucho desde el otro extremo de la mesa—. Si el negocio es bueno, me animo.

La Flaca y yo pusimos cara de sorpresa: el resto ya hacía circular la mirada entre Antonio y nosotros.

—¡Suéltalo ya! —comenzó a gritar Marisela, no te hicieras el duro, bicho.

Antonio se divertía con el suspenso, riéndose contra el tetero.

—Bueno... Tiene que ver con Barbarita —dijo, por fin—. Creo que se le podría sacar partido a sus talentos naturales.

—¿Sus talentos naturales? —preguntamos a una voz La Flaca y yo.

—Esa niña es casi milagrosa. No se trata sólo de las perfecciones físicas, que las tiene, sino del aura... Esa especie de resplandor que la rodea sin tocarla. No me van a decir que no saben de qué hablo.

—¿Aura? —dijo Perucho, y, dirigiéndose a Marisela—: ¿Oíste eso, mi amor? «El aura», está hablando como tu mamá —y a nosotros—: ¿Oyeron? Está hablando como Eudora en trance.

Marisela le aplicó un codazo, con mami no te metieras, bicho peludo, tú.

—De todas maneras, ya todo el mundo en este grupo está hablando como Eudora —dictaminó Carmen Luisa—. Hace unos años se burlaban de mí por haberla revalorado, ahora todos están hablando como ella: auras, efluvios, centros de energía, fuerzas a distancia...

Nos reímos. Recordábamos su fabulosa tesis de grado, a la que se refería sin mencionarla, «Los factores psicológicos en la ceremonia del tabaco», o algo así, el oficio brujo y adivinatorio que Eudora había ejercido en el pasado, y al que en circunstancias muy especiales, y sólo impulsada por la amistad o el afecto, condescendía todavía. Todos habíamos celebrado el trabajo, que en su momento circulara en una modesta edición universitaria.

—¡Esa vaina es cierta! —saltó Marisela, a voz en grito—. ¡Brindo por esa iniciativa pionera!

—Abuela ensalmó y protegió a Barbarita recién nacida —recordó Amalia, y extendió el brazo para proteger a Marisela.

—¡Positivo! —exclamó Antonio, balanceándose en la silla, abrazado a La Polaca—. Puede que de allí le venga la magia.

—Con mis respetos a nuestra «hechicera particular», el ensalmo ayuda, qué duda cabe, pero hay que darle sus créditos a eso que llaman «carga genética» —bromeó en serio La Flaca—. ¿No es así, papito?

El papito, claro está, asintió.

—No interrumpas a Peraloca —dijo Diego—. Todavía no nos ha puesto al tanto.

Una bebecita enmascarada, bailoteando al son del calipso, me rozó con un beso, me ahorcó con una bambalina y escapó dando saltitos de ardilla hacia una imaginaria barra de arco que la obligaba a doblarse hacia atrás. La Flaca, por su parte, propuso un brindis por la decisión de Carmen Luisa y Diego sobre la adopción; una niña, será una niña, aclaraba La Sigmuncita, y va a llamarse Marina.

—Estaba hablando de sacarle partido a los talentos de Barbarita... —anotó Diego, para retomar el pie.

Antonio, que se había distraído dictándole algunas instrucciones al técnico de sonido, y que en ese momento se volvía de nuevo hacia la mesa, tomó el pie.

—Publicidad, queridos bebés. Esa niña es capaz de vender cualquier cosa, desde cualquier medio, a cualquier madre.

Yo había sospechado que por allí caminaría «la oferta»; sin embargo, anunciada así al descarnado, no dejó de lucirme extraña. Noté que Diego se inclinaba hacia su derecha para musitarle algo a Carmen Luisa, que apenas había prestado atención al anuncio de Peraloca, ocupada como estaba en deshacerse de la intrincada maraña de bambalinas con que una jauría de gateadoras rosadas la recubriera al paso. Amalia se había unido a una comparsa que ahora recorría en cadenciosa las mesas, elevando *hosannas* a Momo y asperjando las cabezas de las víctimas con gotas de los biberones, que eran alternativamente succionados y sacudidos a mansalva.

—¿Y con qué se come eso, Peraloca? —pregunté.

—Debes estar mamando, Llanero —Antonio se dejaba estremecer por las carcajadas al punto de que a duras penas

lograba mantenerse en equilibrio—. ¡Pero si tú eres del gremio! Es más, entramos al gremio en el mismo día y hora, tú y yo, tú y yo, tú y yo... —repetía, apuntándome con el índice para luego tamborilear sobre su propio pecho, una y otra vez—. Y si no me equivoco, ya hace varios años de eso.

Era cierto, pero lo que no dijo es que yo salí aventado de la pasantía apenas unas semanas después, por un lío de faldas que ya he contado o contaré en otra ocasión.

—No te hagas el pendejo, Peraloca —le recordé—. Una vertiginosa carrera de creativo a prueba por ocho semanas... esos son mis galones en la industria.

—Bueno... bueno. Suficientes para saber de qué se trata con Barbarita —Antonio se sentó de nuevo y atrajo a La Polaca para hacerle sitio en sus rodillas—. ... La llevamos al *casting*, un mero saludo a la bandera para llenar las formalidades, por supuesto, porque allí va a estar sobrada, te lo aseguro, y luego... derecho al estrellato cuñérico. Tenemos al menos tres cuentas donde ella encaja como anillo al dedo.

—¡Cuñas de televisión! —dijo La Flaca, y dirigiéndose a mí al tiempo que se reía por lo bajo, ¿me imaginaba yo, papito suyo, a la monita albina payaseando en la pantalla, ah?, ¿te la figurabas tú, papi?

Improviseé una mueca de payaso para evitar responderle. En realidad, no sabía qué pensar. ¡Era todavía tan pequeña! Uno podía suponer que no se trataba de un trabajo, pero lo era, sin duda, más allá de la provisionalidad y del oropel con que se recubría. En todo caso, no se trataba de que Peraloca nos estuviese extendiendo el contrato y el bolígrafo para la firma, al menos no en aquel momento. Ya tendríamos tiempo para reflexionar.

—Tenemos que pensarlo, manito —me tradujo La Flaca, dirigiéndose a Antonio.

Antonio, sin embargo, no le prestó atención: estaba tratando de oír lo que Diego le decía a Carmen Luisa. Algo que, a juzgar por la insistente atención de uno y las agitadas

gesticulaciones del otro, debía entrañar un especial interés para ambos.

—¡Mercancía! —dijo por fin Diego, a voz en grito, como quien lanza una consigna al final del discurso.

—¿Qué dijiste? —Antonio cambió de expresión: una suma de borrachera y rabia.

—Dije mercancía, estás disponiendo de la niña como si se tratara de un objeto que se vende o se alquila. ¡Me da asco, palabra!

Antonio adelantó una mueca de desprecio al tiempo que recorría al grupo con la mirada. Señaló a Diego.

—¿Escucharon lo que dijo? ¿Oyeron la barbaridad de la que acaba de acusarme? Me está colocando al nivel de un tratante de esclavos...

—O de blancas —lo interrumpió Diego—. Supongo que lo siguiente es proponer para la niña un trabajo de caminadora en la Libertador, cuatro horas por noche.

Carmen Luisa se acomodó en la silla. La Flaca me apretó el antebrazo: de pronto la asaltaban los mismos temores que me asaltaban a mí. Aquella refriega verbal parecía tener toda la intención de pasar a mayores.

—Si ignoras las diferencias entre una modelo y una puta, o entre un burdel y la industria publicitaria, es un problema tuyo. No me encuentro ni en la hora ni en el sitio ni en el estado de ánimo propicios para iniciar una conferencia que te deslastre. Aunque la necesitas, y con urgencia —Antonio había reducido la velocidad del discurso casi a ralenti, pronunciándolo palabra a palabra, de modo silábico y concienzudo, sin duda por temor a que la borrachera lo llevara a balbucear o a gaguear o a trastocar los términos—. Por suerte para ti tienes a tu lado a una mujer brillante y culta que puede aliviar tus confusiones mañana, cuando tengas la sesera menos recalentada, y ofrecerte de paso sus exorcismos de psicóloga para que te sosiegues.

Diego se echó hacia atrás en la silla y cambió de color: la frente y los cachetes parecían ahora tres hongos violeta que

germinaban, y daba la impresión de estar hinchándose a medida que Antonio desplegaba su ya histórica destreza oratoria, si bien ahora un tanto maltrecha por los yabs escoceses que acumulaba a su cuenta. Por segundos navegué aguas arriba hasta nuestras fieras e insulsas polémicas en el seno de la cofradía adolescente, una edad en la que propendemos a la fatuidad y a la testarudez como si se tratara de una justa entre comemierdas para hacerse con el laurel del gran idiota. Saben de qué hablo. Pero ya no estábamos en la adolescencia. Tanto Antonio como El Cronista hacía años que habían dejado atrás el poste de los treinta y se acercaban como purasangres a fuente limpio al límite emblemático de la cuarentena. Y, sin embargo, todo el que presencié, no el duelo a florete sino el atajaperros orillero en que terminó por transformarse el —digamos— debate, no dudó en dudar, ni por un instante, de sus respectivas sensateces ya esperables de adultos con galones.

—¡La industria publicitaria! —gritó El Cronista, e intentó levantarse, sin éxito, gracias al templón amoroso de La Sigmuncita que ahora se le colgaba de la manga—. ¡Maldita sea, estás nombrando nada menos que a la gran cabrona, Peraloca, a la gran madama a cuya cuenta hay que acreditar la prostitución por entero de la cultura occidental!...

Y bien, ya estaba: se iniciaba la tenida de las intervenciones grandilocuentes e impostadas. Tratándose de El Cronista, aquello era más bien una rareza, pero ya me he referido a la influencia intangible que flotaba esa noche sobre nuestras seseras, y también a los algo más tangibles estragos que la devoración alcohólica infligía a nuestra cordura. La Flaca intentó terciar para aliviar los ánimos, pero para mi sorpresa vi que mi brazo, al margen por completo de mi voluntad, se extendía y lo impedía.

—Creo que sé por dónde vienes, pero se me escapan los detalles —ironizó Antonio—... Tal vez cuando fui al baño soltaste la nuez...

—Trampeas, compañero. Estoy disfrazado de bebé pero no me chupo el dedo. Déjame rematarte la cartilla, y ponle

comillas: «crean necesidades artificiales y valores falsos con los que trastocas las claves de la vida y de las relaciones entre quienes viven esas vidas». La carreta delante de los caballos, Peraloca.

—Te estás poniendo cursi y patético, o patéticamente cursi, Cronista. Me sorprendes, no es tu estilo. Ni siquiera el de Marx. Ni siquiera el de Bakunin. ¿De qué párrafo nos trajiste esa cita? —Antonio le acariciaba el brazo a La Polaca, que se le ovillaba sobre sus piernas al tiempo que vaciaba el tetero de cubalibre y se ahuecaba la melena acastañada.

—¡Es el colmo! ¡Ahora se permite ironizar! ¡Qué cagada! —gruñó Diego.

—Me perdona, pero quien perdió el pie fue usted —aclaró Antonio, cambiándole el tratamiento para manipular el énfasis—. Estamos en una fiesta y usted se nos baja con una gravedad de velorio... Alguien tiene que hacer los chistes, romper el hielo... En todo caso, podemos invitar a La Flaca y a Fernando, que serían los presuntos afectados, a que nos den su propia opinión.

La Flaca saltó sobre la silla y se llevó las manos a la cabeza, ¡ah, no! A nosotros no nos metieran en el paquete, querido: nosotros en el tendido de sombra, ¡zape tú!

—No soy yo el grave, grave es el tema —sentenció Diego: se aproximaba peligrosamente a esa cuarta fase de la borrachera que la sabiduría del pueblo ha definido con el rótulo de «rigidez cadavérica»—... De velorio, diría, si me presionas, para citarte —y aquí, por fin, soltó una sonrisita de comisura.

—Grave, de velorio —repitió Antonio.

—Muerte, querido Peraloca...

—Muerte —volvió a hacerle eco Antonio.

—Muerte detrás de las pautas satinadas, un título de Christie, si quieres —anunció Diego: retomaba el mismo florete humorístico que Antonio había elegido.

—Indirecta y directa. Institucional... y parainstitucional.

La Sigmuncita nos paseó la mirada. Estaba hilando duro El Cronista ahora. La limpieza de indigentes era una tragedia que el periódico le había enviado a cubrir a Río de Janeiro, por propia iniciativa, y con la cual se había producido el mismo fenómeno de contaminación epidémica de país a país que ya se presentara con otras plagas en el subcontinente. No había terminado Diego de bajar del avión que lo traía de regreso de Brasil, cuando comenzaron los primeros cadáveres propios: en las riberas del río, en los depósitos de basura de las trastiendas, en los huecos de las autopistas elevadas. Niños todos. Desechos molestos en el paisaje de la gran urbe: conchas podridas de ojos asombrados cuyos cuerpos muertos serían quemados hasta el anonimato aunque, de cualquier manera, nunca fuesen reclamados por nadie. Nadie, tampoco, había sido detenido por las masacres. Pero los *grafittis* anónimos no dejaban dudas: los mismos mercenarios para el ahorro de «delincuentes a futuro». ¿Detrás? «Algún gran mundo, algún beneficiario de la tajada mayor», había escrito Diego; «...se rumorea sobre avances de la mafia caribeña, de hilos —no precisamente de Ariadna— que viajan entre los pasillos de cierto poder político y las bóvedas de cierto poder financiero». Hubo protestas de alcurnia y cartas a la redacción y remitidos y... amenazas contra El Cronista. Entonces habían comenzado para ellos, para Diego y Carmen Luisa, lo que Carmen Luisa, sin miedo, llamaría «los días del miedo». En verdad, si bien en algunas ocasiones con mayor intensidad —y peligro— que en otras, las fechas del miedo fluirían hacia todos los espacios de los años por venir, aunque entonces no lo supieran ni lo sospecharan.

Antonio chasqueó la lengua mientras negaba lentamente con una pendulación de cabeza.

—Conozco tus reportajes, pero, según entiendo...

—Ya los tenemos aquí —lo interrumpió Carmen Luisa—. Los tenemos aquí, Antonio.

—Bueno, pon tú que los tengamos aquí. Podría admitirte-lo —acotó Antonio—. Y lo lamento. Pero aun en ese caso, sólo a una araña psicótica se le ocurriría tender ese tramado que conecta, directo y por el mismo boleto, a la publicidad con el problema.

Diego vació el tetero de cóctel y arremetió contra Peraloca. Estaba en las últimas pero aún articulaba.

—Ignoras lo que en realidad produces y el daño que causa lo que produces. Como un robotico alegre —apuntaba con el índice a Peraloca, pero se dirigía a nosotros—. No es un trabalenguas, en los códigos antiguos se le llama alienación. Todo tiene que ver con todo, Peraloca, deberías saberlo. Y, en algunos casos, de modo estrecho: tu maquinaria elabora los rasgos de espíritu que animan a los que ejecutan ese «aseo profiláctico»... Deseducar, ése es el oficio al que te prestas...

Y por allí siguió, monologando en voz alta. Hubo elocuencia y hubo tópico. El intermedio de la *steel-band* que coincidió con el final de la arenga decretó, como dirían en Catagua, la sampablera.

Fue un pedazo de noche agrio y tortuoso. No abundaré sobre el coro de voces contrapuestas ni sobre el *impasse* entre Carmen Luisa y La Polaca ni, en fin, sobre la danza de pecheras agarradas, insultos de cloaca e intercambio de yabs por fortuna fallidos, entre Peraloca y Diego, que requirió de la intervención veloz de los espectadores del *ring-side*, contando a La Flaca y contándome a mí, y después de la cual sólo restaba la toalla y la suspensión del espectáculo. Total una faena que hubiese bastado por sí sola para garantizar para aquella jornada el gran cordón de la era execrable en su primera clase. Ignorábamos que, al lado de lo que vendría, aquello no pasaba del nivel de abreboza menor.

Abreboza o lo que fuere, en términos de Eudora nuestra santera privada, cumplió a pie juntillas con la labor de designio que el *Gran Plan* le tenía reservada desde el *Big Bang*: disolver la mesa, espantar a los convidados y acabar con la noche.

Al menos con el modelo de noche que viniera dándose hasta la diáspora. Lo que llegó después, tomando en cuenta las circunstancias y las protagonistas, o quizás tomando en cuenta sólo las circunstancias porque con las protagonistas ya sabemos lo que ocurría, sólo puede ser ubicado en el llano terreno de lo increíble (¿o de lo incomprensible? ¿O acaso de lo insoportable?). Ingenuidad, tal vez. Conservo la impresión de que, ante situaciones de esta ralea, siempre reaccioné —y continuo reaccionando— como un niño: es decir, con el asombro.

La consecuencia inmediata de la polémica fue la estampida que terminó abreviando el paisaje de nuestra mesa hasta dejar sólo a las dos parejas que, al menos hasta aquel momento y al menos formalmente, constituíamos Antonio, Laura, La Flaca y yo. La furiosa parranda con los teteros envenenados nos había conducido a una situación lamentable. Los estragos eran más drásticos en Peraloca pero, a ser sinceros, ninguno de los tres restantes nos hallábamos en condiciones de blandir la banderola de la sobriedad. En lo que a mí respecta ni una rata de cloaca recorriendo una cloaca se habría encontrado en situación más cómoda. Estaba a mi aire: plena euforia de estadio final en movimiento envolvente. El adjetivo «envolvente» es exacto: operaba en una suerte de resonancia que cubría por contaminación a los que se hallaran a mi alcance de brazo, y se los apropiaba.

Eso fue, poco más o menos, lo que ocurrió con Laura y con La Flaca. Como si, después del acuse del yab a la mandíbula, de la lona y de la cuenta a ocho que habían representado el sarao y la discusión publicitaria, hubiésemos regresado de nuestra esquina transmutados en un Muhammad Alí por partida triple, en el momento cumbre de su etapa dorada. Volvimos a asaltar el micrófono en plan de espontáneos para realizar nuestra personal versión de «La cucaracha» en ritmo de calipso; bajamos del estrado para encarnar a la loco-

motora que impulsaría a un errático tren humano que jadeando (era alta madrugada) y cojeando de patas alternas (en estricta ortodoxia dentro del clásico mexicano), deambularía por salones y jardines hasta la apoteosis y la disgregación ovacionante en el retorno a la pista.

¿Y Antonio?

Confesaré que, a mi entender, aquí entró en juego aquel hálito inasible y brujo que, ya lo advertimos, cruzó el espacio de esa noche para dislocar a «la casa-cuna sonora» y, al paso, dislocarnos los días que estábamos por vivir. Antonio había quedado literalmente fuera de circulación. Para aplicarle la calcomanía que emplearían en los bajos fondos, parecía hallarse atravesando un pasón de la peor calaña, proclive por añadidura a la baja de tensión y a la melancolía: en raso, una borrachera madre. Entre los tres (¡atención!, entre los *tres*) lo ayudamos a vomitar hasta el sótano de las arcadas en el vacío, le abrimos un grifo generoso sobre nuca y cabeza y lo obligamos a engullir un cerrero caliente. Inútil: el zombi al que rescatamos con este procedimiento de emergencia no superaba el diez por ciento del Antonio habitual. Había descendido a una suerte de saco de papas, con el desarrollo lingüístico de un bebé de dos meses (estadio del gorjeo primitivo: ahora comenzaban a lucirle el maxipañal y el chupón colgante) y la habilidad motriz de un reptil de la variedad de los quelonios, en franca decadencia: *Pancracio*, el morrocoy mítico del solar de Catagua, lo habría derrotado en limpio.

¿Fue entonces cuando decidimos llevarlo a rastras hasta aquel cuartico con perfil de depósito, que resultó providencial porque se hallaba justo al lado del baño donde intentáramos revivirlo, acostarlo en la estrecha cama con perfil de catre y enfundarlo en la cobija raída con perfil de fardo de arpillera?

¿En qué momento decidimos dejarlo allí y regresar a la pista donde el recuerdo me instala bailando de improviso un son caribeño ya mortecino con La Flaca y con Laura, dando tumbos la una contra la otra y ambas contra mí, como si se

tratara de un pasodoble enlentecido, a lo largo del corredor de los pilares dóricos?

¿Por qué acatamos una vez más el guiño de Laura y la seguimos, caminando a medias, arrastrándonos y haciendo como si bailáramos a medias, extraviados en apariencia pero en verdad timoneados de modo concienzudo entre setos de cayena hasta aquel cuartico embozado que sin duda ya había sido entrevisto y designado por ella, por La Polaca, y que terminaría por simbolizar el tálamo final, el rincón adonde van a morir los elefantes?

¿Cómo explicar sino a través de un arresto suicida por parte de ella, el que su escogencia recayera en aquel recoveco, vecino —como aprenderíamos más tarde— de la habitación donde unos minutos antes depositáramos a Antonio, y testigo días atrás de un entretenido *intermezzo* erótico entre ella y Peraloca, un domingo cualquiera en que ambos —como aprenderíamos más tarde— habían incursionado en el edificio solitario —qué tal si jugáramos a las escondidas, qué tal a las cosquillitas— con el propósito inocente de ultimar los pormenores de, precisamente, «la noche de la casa-cuna sonora»?

¿Qué diablejo de charca se las ingenió para sustraer a Antonio del sopor irreversible en que lo creyéramos enterrado para arrastrarlo sin deambulaciones erráticas justo hasta la puerta de la habitación donde ya mis dos vestales iniciaban la ceremonia de la cama, Laura desnuda a medias (se había negado desde el comienzo de la piñata bufa a calzar la máscara de reglamento), La Flaca aún empañalada pero, ella sí, y por expreso deseo de Laura, de nuevo enguantada su cabeza en su disfraz de bebecita de hule, mientras el escriba, tal como había sido su rol en el diseño de las últimas sesiones, se limitaba en esta fase inicial a un púdico papel de *voyeur* en la sombra, a la espera del rol activo que le aguardaba en la segunda fase?

¿Por qué, repito, hasta esa puerta precisa?

¿El recuerdo del domingo ocioso con La Polaca, quizás?

¿Desde dónde se deslizó, en todo caso, aquel embudo de luz, delgado, providencial, que encuadró los dos rostros yacentes, en primer lugar el de La Polaca, captado claramente en su asombro, con los ojos sin órbitas ya dirigidos hacia la puerta que se abre, y en segundo término el rostro embozado en la cabeza de hule, recortados ambos por el bloque cerrado y espeso de la oscuridad que los enlaza?

¿Qué mensaje cifrado, imperceptible para cualquier mortal ajeno al estado de parálisis al que habíamos sido arrebatados, me permitió desde el rincón negro en donde me ovillaba sin respirar, leer en sucesión el espasmo en la silueta de Antonio congelada en la entrada y el movimiento de viraje de la misma silueta, que ahora me daba la espalda y desaparecía hacia la claridad externa, al tiempo que cerraba la puerta, con sigilo, con extrema delicadeza, como quien protege el sueño de un niño o de un enfermo que reposa?

¿En qué momento urdí el loco plan de sustituir a La Flaca enmascarada en la imagen sin identidad que Antonio había retenido en su relampagueante visión de los cuerpos reclinados (puesto que La Flaca y yo habíamos lucido durante toda la tenida máscaras idénticas con los mismos rasgos sosos de bebé asexual, una gemelaridad que había sido ideada aquella tarde por La Polaca), mediante el expediente de salir del cuarto, en sucesión, primero Laura y luego yo, al encuentro de Antonio, dejando a La Flaca oculta en la habitación como una rehén de ella misma?

¿Dónde hallamos el coraje ambos para presentarnos frente a Antonio, ahora ya totalmente traído a la lucidez por la marea de la sorpresa, y admitir por boca de La Polaca las mentiras piadosas de nuestro lío a dos —¡a dos, ella y yo, nada de La Flaca!— y su insurgencia aislada y azarosa, tú veías, la locura de la noche, y por boca mía, nuestro bochorno —¿qué podía decirte, yo, qué puedo decirle?

¿Y qué sentí, coño, qué sentí cuando los vi alejarse en silencio hacia la salida, arrojados por el resplandor sucio del amanecer que irrumpía sobre los matapalos y sobre la calle abandonada que fluía, a su vez, a contracorriente hacia la falda de la montaña?

Y, ¡maldita sea!, ¿con qué cuerpo sin brazos regresé a La Flaca y con qué ojos muertos la miré llorar enrollada sobre el suelo del cuarto como una colchita deshilachada, y luego hipar largamente, con sobresaltos cada vez más apagados hasta rendirse a la fatiga, el pulgar entre los labios, el maquillaje corrido sobre los cachetes, un sol negro y helado prendido a los barrotes de la ventana?

3

(Diario de Carmen Luisa, 1977)

A tres meses de la última anotación sobre «el proceso», puedo decir que esta vez la postergación estuvo justificada —pronto se verá por qué— y que sólo ahora puedo contar con la materialización de la sospecha —y no sólo con los fragmentos que el vértigo me permitía reunir a trompicones— suficiente para relatármelo y darme el aire para respirar el combate que aguarda por nosotros.

El vértigo comenzó una semana después del ambiguo *tête à tête* con La Madama de burdelito que ya relaté, cuando Galíndez, su mano derecha, tuvo a bien recibarnos. Apelaré al viejo truco de reconstrucción de la atmósfera y del personaje para intentar explicar y, sobre todo, explicarme, como diría Diego que diría Spade, «el curso de los acontecimientos» (precisión útil para hinchas: Diego me aclara que quien acostumbra dilucidar a partir de las atmósferas no es Spade, sino Maigret: él sabrá).

En contraste con la oficina de La Madama, barnizada con detalles autóctonos, el despacho del picapleitos es un home-

naje a su entrañable pasantía norteña. Abogadeado en una dudosa universidad del valle, nuestro hombre logró agenciarse su postgrado en *business* (al pronunciarlo, recuerdo, prolongaba y hacía vibrar la doble «s» final) en una institución aún más prescindible de Florida, y las paredes y el paisaje interno todo son un muestrario conmovedor de aquella gloria: desde los diplomas, cuidadosamente preservados para la eternidad por sus marcos dorados, hasta los afiches de un evento florideño de gerencia, pasando por el pisapapeles donde flamea tiesa la enseña de las barras y las estrellas. Si el acuario donde le gusta nadar a esta guabina importada es gringo, su empaque corporal busca ecos algo más al sur y a la izquierda, en una versión para turistas del prototipo del charro impuesto. Tales pinceladas textiles, unidas al volumen abdominal que fuerza hasta el límite de ruptura los botones del pecho, y a los bigotes en chorrera, completan un retrato por demás conmovedor.

(Estas características determinaron que en el obligado diálogo con Diego que siguió a este primer careo en los escritorios oficiales, ambos decretáramos que, en la película, el flamante doctor Galíndez pasaba a ser El Chulo de La Madama.)

Nuestro leguleyo particular nos recibió aquella mañana con una sonrisa sobreactuada que, más allá de los matices de ajuste a la gastronomía de «la noche de anoche», no se descolgaría por un momento, ni siquiera cuando llegáramos a lo que Diego diera en llamar «la mañana de las verdades». También nos hizo oírle un registro aflautado que para nada correspondía al empaque, y con el que consumió la media hora de la entrevista en la labor de tranquilizarnos sobre los inconvenientes de los recaudos —que ya habíamos conseguido— y ponernos en autos sobre los pasos futuros, sin olvidar aderezar el monólogo con una que otra referencia anecdótica a sus años de formación (gesto en semicírculo hacia el diploma gringo), sobre los moles y bemoles en su trato

con psicólogos y psiquiatras (canino al desnudo hacia acá) y sobre el periodismo nacional, al que estimaba «pasable», sin otro comentario (mirada demorada hacia El Cronista). Cerró la perorata alabándome los aretes que, dijo, le recordaban la particularísima moda de los sesenta, una época que, aunque a algunos más que a otros, nos había marcado a todos, ¿no?, dijo, decía. ¿Fue un equívoco mío o El Chulo había canturreado al final de la frase y me había obsequiado —ya entonces— un parpadeo sardónico?

Una vez en el carro, se me hizo claro que la cita me había dejado el mismo regusto a estopa que retuviera del encuentro con La Madama. Diego me comentó que la entrevista nos había incomodado acaso por tratarse de lo que se trataba: una conversación de trámite. Y añadió:

—Muchos abogados eligen ese estilo, para no recordarte que éste en especial es un «personaje» por derecho propio.

Reí. Le dije que tal vez tuviese razón, pero en la noche, a solas en el balcón, todavía me preguntaba por qué persistía ese brinco de pecho que, a un tiempo, era desasosiego y rabia y profecía. La respuesta me llegaría, dosis a dosis, en las entrevistas que siguieron. Galíndez, sin desprenderse de su sonrisita de hiena ni en el momento de sorber el café, fue tendiéndonos la trampa según una siniestra fórmula que combinaba tres ingredientes cuyas proporciones se modificaban a medida que avanzábamos hacia la —presumida— meta. A saber: a) la promesa, b) los obstáculos, c) los insumos necesarios para superar los obstáculos y materializar la promesa.

De la primera categoría ya hemos hablado, la segunda debutó en la entrevista siguiente. Inconvenientes, surgieron de la chistera de nuestro hombre para todos los gustos y voluntades, desde los más previsibles (expedientes y trámites legales) hasta los más tortuosos, pasando por un enjambre de pormenores (edad, sexo, estatus legal del niño elegible). Nos armamos con la profesión de fe de una piel dura y un estómago curtido.

Las trampas de esta fe se tradujeron, incluso, en pagos parciales, periódicos, dirigidos a ablandar la pesada burocracia del Poder Judicial. Ya lo saben ustedes, se quejaba Galíndez, solícito, es como una maquinaria oxidada que requiere de estas dosis de lubricación sonante para poner en movimiento sus engranajes, y sonreía. Resultaba claro que la velocidad de marcha dependía del engrase: la infaltable categoría número tres. Cuánta rebanada de aquella torta iba a parar al bolsillo de El Chulo y a la cartera de La Madama, era algo imposible de precisar.

Al comienzo, «las transacciones», aunque incómodas, fueron también manejables. Diego deslizaba el bocado de la mordida con el pañuelo a nariz y mirando hacia otro lado (yo le había rogado hacerse cargo de estas tareas de letrina ante el temor de irme en vómito en la cara de Galíndez en medio de la escenita). Pronto, sin embargo, el comercio iba a desplazarse desde el terreno de las contribuciones para la persuasión burocrática al franco chiquero de la mafia de altura.

Todo comenzó con una llamada de la secretaria de El Chulo, ¿podían los señores acudir mañana a las oficinas de El Centro? La semana anterior habíamos recibido una grata sorpresa. Galíndez escoltado por dos de sus asistentes minifaldeadas, nos había extendido las carpetas y, como una especialísima deferencia hacia ustedes, de parte de la jefatura de división y de parte mía —peló el infatigable diente—, una foto del caso elegido, pero, ¡por Dios!, ya no lo iríamos a llamar así, una palabra tan impersonal, ¿verdad?, tan fría; creo que lo podríamos llamar niño, de una vez, o niña, mejor dicho, preciosa para más señas; y cambiarle la referencia, «elegida» en lugar de «elegible». Pero viéramos qué bebecita más saludable, recién nacida y ya sonreía, ¡una coqueta de primera! ¿Dónde estaban las otras fotos en las que aparecía con los ojitos abiertos? Pero miráramos, allí estaba, teatralizó de pronto, al tiempo que colocaba la foto de la niña sobre el escritorio, saltandito.

Aquí estuve a punto de soltar la risa ante la pantomima, pero me contuve, y hasta me reproché, incluso, haberme dado a esa banalidad en el momento en que El Chulo —¿pero podía seguir llamándolo Chulo?— nos entregaba esa locura de regalo. Porque, ¡oh, Diosas mías!, esa fue la impresión que la instantánea (no sé por qué acuño esta palabra ya en desuso, sin duda heredada de padre) provocó en mí: alquimia súbita, temblor. Diego me acompañó en el entusiasmo, al que se sumaron las dos asistentes, batiendo palmas. No faltaron las expresiones para enaltecer la pureza de la vida que comienza ni las que referían a las ventajas de que la pequeña princesa de la imagen fuese justamente eso, *una* bebé.

Me sorprendí oyendo sin oír, pasando de foto en foto, como si cada imagen correspondiera a una niña distinta que necesitara, por tanto, ser explorada con la lentitud amorosa que rescatara de ella cada detalle, y contrastarlo con el rostro inmediatamente anterior: una nariz, una comisura, la circunvolución de una oreja, una suave pelusilla en el cráneo. ¿Quién eras tú?, me preguntaba, ¿qué cadena de azares te traían hasta mí en tu leve sueño?

En cierto momento tomé las carpetas y, sin volver la mirada, a tientas, caminé hacia atrás hasta dar con la butaca y sentarme. Sentí que los demás me observaban sin interrumpirme, y continuaban la conversación para dejarme libre en mi ensimismamiento. Incluso Diego, que seguía la charla desde el costado de la butaca, al tiempo que me acariciaba el pelo. Me sumé en el doble juego de cartas que me llamaba a un tiempo desde la colección de fotos que reposaba en mi regazo y desde la memoria, desde donde las imágenes congeladas de otras niñas trazadas contra el sueño se sobreimponían a las de ahora. Y sin embargo, a pesar del tiempo que les había consagrado, los rostros de las niñas pensadas en el pasado se me revelaban apenas como bocetos torpes, resultado de un gesto desmañado, que vaciaban antes un deseo que un rasgo preciso.

Acaso una piadosa indeterminación, pienso ahora, que dejaba abierta una probabilidad de coincidencia en abanico, de modo que la expectativa (casi) sin rostro coincidiera con el encuentro real (casi) en cualquier circunstancia. Me recubrió un alud de planos difusos que me rozaban desde todas las épocas y que, de alguna manera, anunciaban y subtendían los contornos de aquella escena —el ángulo de los escritorios, la sonrisa de Galíndez, la mano de Diego junto al sillón, el bisbiseo pueril de las secretarias, mi perplejidad—, que de otra manera resultaría inexplicable. Entonces la nombré, en la levedad de un balbuceo interno, con la palabra que de súbito me evocó el resplandor del viento silvestre: Marina, me dije, diciéndole.

¿Por qué han sido femeninos los rostros que sin excepción se me han colado en el tejido de la duermevela desde que decidí ser madre y trazarme el desafío de borrar las marcas que acaso esa extrañeza plantaría entre las dos —entre los tres— a partir de la primera mirada? Ahora, la posibilidad de esta niña que parecía sonreírme en su mueca diluida desde las fotos que El Chulo me ofrecía (pero, sentía, ya no debía llamarlo Chulo) cobraba la sustancia de una epifanía: ¿la bendición pagana que me había estado eludiendo?

Me lo dije así, quiero decir, en ese momento y con esas palabras, y no pude evitar el soltar la risa que me burlaba a mí misma. Las dos chicas minifaldeadas ya se acercaban con el propósito de averiguarme la risa, pero Galíndez las contuvo, se retiraron, por favor, ustedes, aunque manteniéndose a disposición, claro, la correspondencia, explicó.

Entonces ocurrió. Como suele darse en el teatro, el momento en el que las dos muchachas ganaron el pasillo y cerraron la puerta marcó el viraje de escena. Maquillaje, luces y caracteres cambiaron de énfasis, aunque tanto para Diego como para mí, debido a la ocupación en la que la foto volvía a encerrarnos, pasara desapercibida en un primer momento. Cuando de nuevo alzamos la mirada, la transfiguración había

operado: otro cartapacio del expediente reposaba en el regazo de Galíndez —no sobre el escritorio— y, a pesar de la sonrisa troquelada, los mensajes gestuales del picapleitos comenzaron a ser otros.

Más tarde, cuando Diego y yo discutiéramos la hijoeputada frente a una cerveza y a un ponche de frutas en Sabana Grande, coincidiríamos en aquel detalle: El Chulo (y ahora no sólo había que reafirmarle el tratamiento, sino acaso colgarle otro que se ajustara mejor a la nueva mierdada) había comenzado el vómito en el momento en que yo había hecho un alto para airearme y lo había mirado, aguardando en mi ingenuidad algún comentario en sintonía con mi entusiasmo. Y bien, lo que ocurrió fue que el crápula (¡ajá!), en efecto, intervino en sintonía con el entusiasmo, sólo que en un pulso que, de no estar allí, ninguno de los dos hubiésemos creído posible.

—¡Estrangularlo, mi amor, ese fue mi primer impulso, te lo juro! Saltar sobre el escritorio, agarrar aquel saco de mierda perfumado por la pechera y desbaratarlo... —sentenció más tarde Diego ahorcando el asa de la cerveza, el fofu cuello de Galíndez.

Mi deseo fue acompañarlo en el lazo. En vez de eso, intenté sosegarlo para intentar sosegarme. ¿Qué fue lo que dijo el bosta?

—No saben, de verdad, queridos amigos, el placer que experimento al verlos así —eso dijo, y se embostó en la butaca—. No porque dudara que la niña les gustaría como les ha gustado, ¡es una verdadera muñeca!, sino por la voluntad que ese entusiasmo puede inyectarles.

Entonces fue cuando tú le dijiste..., ¿qué fue lo que le dijiste?

—Eso se ve a leguas —fue lo que dije, dijo—..., ¿pero por qué lo dice? —aunque ya se le notaba el colmillo al gusano.

Allí comenzó el vómito, admití yo.

—Bueno... no se me vayan a preocupar por lo que les voy a comunicar —comenzó Galíndez—. Todo en la vida tiene

remedio. Yo parto de esa filosofía: veo al mundo con optimismo y trato de lograr que la gente que me rodea, me imite, ¿no les parece?

Nosotros mudos. Sí, nosotros mudos, mirándolo, comenté, comentó Diego.

—Me refiero al contenido de esta carpeta.

—¿Qué pasa con esa carpeta? —preguntó Diego.

—Los antecedentes... aquí están los antecedentes de los dos...

Y entonces se puso de pie y empezó a caminar, tocando los marcos de los diplomas, recordé luego. Pero no era nerviosismo, Galíndez tenía su sangre muy fría, no te confundas, no me confundiera, comentó Diego. El local comenzaba a poblarse. Un grupo hacía ruido en la barra de la tasca, pero en la terraza el aire se sostenía tibio y tranquilo. No, no me confundo, le respondí, lo tengo claro, ¡acariciaba los diplomas precisamente porque iba a hablar de nosotros!

—Ustedes han tenido unas vidas un poquito... digamos agitadas. Y conste que no estoy juzgándolos. ¡Nada más lejos de mi propósito! Me limito a informarles sobre el contenido del expediente. Por ejemplo, usted, mi querida señora. Allí se menciona un Centro de Rehabilitación y se documenta un ingreso suyo como *paciente*... Tratamiento antidrogas, año 1969, si la memoria no me falla.

Yo me ericé, te lo juro, tuve que confesar luego. Y empezaste a temblar, dijo Diego, lo sentí en tu brazo. Regresé a la mañana en que fui ingresada al Centro. El maldito logró provocarme el mismo frío de huesos... Sentí un relámpago de vinagre que me quebraba el aliento: el roce de una sombra contra mi pecho habría bastado para desplomarme.

—¿Cómo pudo averiguarlo? ¿Cómo pudo el maldito averiguarlo? —me preguntaba Diego más tarde.

—¿Lo del Centro de Rehabilitación?

—Eso, y, sobre todo, lo que soltó luego: lo de la clandestinidad, lo de las FALN.

—También a mí me asombra. Comparada con otros yo apenas si tenía una labor de periferia, tú lo sabes, nunca caí... y de eso hace más de diez años.

La terraza había comenzado a animarse: bohemios, artistas, parias, venían por lo suyo. Pronto se decretaría el templete improvisado, pero yo no me hallaba en vena para celebraciones. Se lo dije a Diego.

—Hay gente para quienes esas historias no caducan: las desempolvan a discreción cada vez que quieren joder... Ya deberíamos saberlo —volvió a hilo Diego—. El tipo hizo el recuento de tu militancia, hizo el recuento de la mía: traqueteo de los sesenta, reencauche «mayoso» del setenta...

—Frente a la vapuleada que yo recibí, el trato que el guabina te concedió a ti puede considerarse una caricia con guante de seda y cotillón incluido —se me escapó decir: el pitillo remolineando las virutas de limón en el té—. Pero, ¿en qué estábamos?

—En el momento en que entró la secretaria con la bandeja de... Ese fue el pregón para el remate —Diego pagaba la cuenta.

—El maldito debió creer que somos millonarios.

Sí. Galíndez dejó de pulir con la mirada los marcos de los diplomas y regresó a la silla, frente al escritorio donde humeaban las tazas. Entonces fue cuando lo soltó.

—Claro que todo esto es perfectamente controlable... Hay archivos y gavetas. Mucho papel escrito. Pero la tinta se borra y, con buena voluntad, hasta la memoria puede borrarse —susurró al tiempo que se acariciaba las yemas de los dedos, unas contra otras—. No estoy diciendo que sea fácil, pero, repito, con un poco de buena voluntad... y los recursos necesarios, ya sabemos.

Y dejó caer la cifra. ¡Hijo de la gran puta! ¡De dónde habrá sacado que nosotros disponemos de una bola de billetes de ese calibre!

(Continuación a la medianoche siguiente.)

Dudo de muchas cosas. En verdad, mientras más trabajo, investigo y reflexiono más se torna mi espíritu tributario de la duda. Sin embargo, hay una certeza que me seduce y me inspira: la de que, a la vuelta de pocos años, acaso en este recomienzo de milenio que se avecina, la humanidad volverá a abrazar el paganismo. ¡Cuánto anhelo el estar viva aún para disfrutarlo! ¡Afrodita y Minerva correteando libres por el mundo!

Basta. Debo descansar (le pediré a Diego que me acune). Mañana será la conversación con Ludmila de la que saltará la estrategia contra los gusanos del Centro. Es necesario que esté lúcida.

Capítulo XII

1

(Diario de Carmen Luisa, 1977)

«Y bien, el plan de guerra contra la plaga está trazado. No ha sido una decisión sencilla, por supuesto, pero la alternativa de dejarnos dominar por el asco y olvidarnos del Centro y de Galíndez no sólo dejaba a El Chulo y a sus huestes intocados en su guarida, sino que, por demás, afectaba a la niña, de la que me siento tan cerca a pesar de haberla apenas entrevistado, y quien resultaría otra víctima por parejo de las maniobras del picapleitos. Nada. Había que jugársela. Y le caímos a la Ludmila: «antes de que te digan, digas», como masculla don Manuel.

—En esto hay que andar con pies de plomo —nos dijo Lu, una vez que escuchó el cuento resumido—... Pero quiero que les quede claro lo que les voy a decir. Primero, estoy res-teada con ustedes. Segundo, esto hay que llevarlo hasta sus últimas consecuencias.

Nos reuníamos de nuevo donde La Flaca y Fernando. Y Bárbara le tumbó algo de solemnidad a la declaración de Ludmila al entrar como ventarrón, preguntándole a la madre acerca de algún libro que una amiguita del Preescolar quería que le llevase. Esa pequeña monstrica encantadora ya repasa los libros a mirada. ¿No ibas a saludar a tu madrina, ingrata? Barbarita se acercó, me selló el cachete y con la misma arrastró a La Flaca, quien apenas alcanzaba a decir que estábamos en confianza, chamos, estábamos en nuestra casa, antes de desaparecer.

—Perdona la pregunta Lu —aproveché—, ¿cómo es que esta maldita rosca se mueve con tanto desparpajo?

—Soy nueva en el brasero, cariño... El Centro era una papa caliente a la que nadie quería meterle la mano. Lo aprecié como un desafío... tal vez recuerdes cómo funciono en estas situaciones.

La recordaba... sobre todo por sus confianzas de los sesenta, pero la recordaba: el riesgo operaba en ella como una catapulta.

—Con la huida hacia adelante... —dije.

—Acepté a sabiendas del pozo de caribes en el que me estaba metiendo... sobre todo con algunas divisiones... —Ludmila abrazó a Bárbara, que se había acercado volando junto a la «supernave de la princesa Leia», zuass, y prosiguió al tiempo que le alborotaba los cabellos a «la sobrina», ¿sabían que yo era su tía de repuesto? —. Ustedes dirán, y bueno, cómo es que ésta, estando al tanto, no nos dio el campanazo...

—Tranquila, camaradilla, no necesitas explicarnos... —la detuve.

—Tenemos dos objetivos, Lu. Prioridad A-1, la niña —dijo Diego y añadió, payaseando su fauna favorita—. Prioridad A-2, el que estas sabandijas reciban lo suyo, como diría Spade, por donde les toque.

Me apresuré a alzarle las cejas en clave de resignación, ¡qué se hacía, mana!, a Ludmila, que ya buscaba pie en mí, ¿Spade?, ¿Spade? La Flaca regresó con una bandeja de café y pasta seca, ¿les dije que Fernando venía en camino? La pequeña Bárbara saltó sobre la merienda antes aún de que La Flaca la colocase sobre la mesa. La Flaca la detuvo con la ayuda de Ludmila, pero no pudo impedir que alguna galleta y la azucarera volaran sobre la alfombra.

—¡Quieta, monita albina! —gritó La Flaca: mi ahijada salió catira y de ojos azules, como las dos abuelas.

—De esa «Madama» que me cuentan ya me habían llegado referencias: una víbora con larga historia que se mueve en la

corruptela como una rata en la cloaca —comentó Ludmila—... ladina, osada, palanqueada.

—Por lo que se puede ver, el paso del tiempo lo que ha hecho es abrirle las agallas —gemí, supongo, desde la alfombra, donde me había echado para ayudar a La Flaca a recoger boronitas.

—Tal vez ahora se sienta con las espaldas más cubiertas. Parece que se divorció y anda de segundo frente de un pez gordo —dijo Lu.

—Creí que era amante de El Chulo —dije.

—¿Cuál pez gordo? —preguntó Diego al mismo tiempo.

—No se sabe, estamos por averiguarlo —respondió Lu—. Pero eso es lo de menos: vamos a darle en la madre sea quien sea el que se le esté metiendo en la cama.

Le piqué el ojo a La Flaca. Ya habíamos hablado de la pasta de Ludmila. Algo le queda de la pólvora ñángara, mamá La Flaca, riéndose en susurro al tiempo que se agachaba a mi lado, sobre la alfombra.

—Esa es la gente que necesitamos —le respondí por lo bajo—. En la otra esquina lo que hay son sanguijuelas pesos pesados, bien cebadas ellas, y amigas de las zancadillas ellas.

En ese momento Ludmila nos llamó con un gesto para que asistiéramos a la conversación que sostenía con Diego.

—Le decía a Diego que librar la pelea en el terreno legal tiene sus inconvenientes —explicó—. La extorsión es oral, no existen pruebas del chantaje, se puede sospechar venalidad en las instancias que enjuicien, y puede peligrar el objetivo prioritario, la adopción del niño...

—De la niña —aclaré.

—... De la niña, perdón. Eso desplaza la pelea estrictamente legal a un segundo plano.

—¿Y entonces? —preguntó La Flaca.

—Nada, taparnos la nariz y abrir un arqueo general dentro de la cloaca —dijo Diego—. Estoy de acuerdo con Ludmila, creo que debemos enfrentarlos con sus propias armas.

Ni el análisis ni la conclusión me tomaron por sorpresa. Coincidían, *grosso modo*, con las estimaciones que Diego y yo habíamos adelantado. Pero La Flaca se movió, incómoda, y se puso de pie, las manos en las caderas, el aire de quien va a lanzar una puyita irónica.

—Es decir, transformarnos también nosotros en ratas...

Diego le sonrió.

—Negativo, flacota, bajar a la cloaca, sí, pero a colgarlas...

—¿Sin escrúpulos? —dudó La Flaca.

—Con o sin escrúpulos —me sorprendí chillando en falsete.

—A mí siempre me han jodido con aquello de que los anarcos no tenemos escrúpulos —bromeó Diego—... Es hora de darles la razón, aunque sea por un tiempo.

La declaración provocó una algarabía general de chistes, sátiras, risas y contrapropuestas, con todo el grupo gritando a un tiempo. La Flaca preguntó si teníamos que formular algún juramento siciliano y si el capo iba a ser electo por voto directo y secreto; y Ludmila aconsejó que a las cloacas debíamos bajar con botas de pesca o con maxipantys de hule; a lo que La Flaca, que estaba en su tarde, dictaminó que las maxipantys debían ser para Diego, color violeta para más señas; y por allí le dábamos y allí estábamos, groguis todos de tanta carcajada silvestre, cuando, ¡jorden en la pea, guacharacas!, entraba Fernando a voz en grito, ¿qué atajaperros era aquel en su propia sala? La Flaca, ¡bienamado!, gritó, llegabas en el momento justo para presenciar el nacimiento de una flamantísima familia de mafiosos, y abarcó a la familia con un ademán genérico en semicírculo. El Llanero pidió datos, por lo que, cada cual su fragmento, interrumpiéndonos y relevándonos, le practicamos una síntesis.

—Lo del contragolpe a lo don Corleone va en serio, entonces —afirmó, preguntando, al final.

—Va en serio, Llanero —dijo Diego.

—Pero sin plan concreto todavía... —dijo Fernando.

—Tú lo has dicho, todavía... —dijo Lu.

Diego y yo cruzamos la mirada compinche, ¿se lo soltábamos? Me picó el ojo, yo era la propia, aquel trompo era todo tuyo, mi amor.

—Negativo, compañeros —grité, casi—. Hay uno. El Cronista acá y esta agraviada nos tomamos la libertad de analizar la situación con un detective de la División Técnica, un amigo de infancia de Diego. Colamos un plancito que no nos pareció chueco de un todo.

—¡Increíble! —gritó Fernando, al tiempo que le devolvía, muá, en el cachete, la bienvenida a la pequeña Bárbara—. Mira esto, hija, ¡un pacto entre la internacional anarquista y tombolandia!

Bárbara nos miró con carita, y le figuró al padre, índice contra sien, el logotipo de la tornillera floja. Todos ladramos de nuevo.

—Es un tomo especial —siguió la broma Diego—. Fuimos compañeros en el Liceo Alcázar. Se llama Tulio.

—¡Y yo que pensaba que Spade había hecho su secundaria en Los Ángeles!... —siguió Fernando.

—¡Deja la ladilla, Llanero!... —protestó Diego.

—Vamos a escucharlo, papito —dijo La Flaca, frotándole el brazo a Fernando.

—Perdón, Cronista —dijo Fernando.

—Tiene usted la autorización para desembuchar, señor Cronista —bromeó Ludmila.

Diego y yo comenzamos a contar el cuento de Tulio, pero, ¡había que ponerle ambiente a aquella mesa!, ya exclamaba Fernando, escapando hacia la cocina, ¡él iba por las cervezas!, ¡lo esperaríamos a él!, ¡no lo dejáramos afuera, *mafiozzi*!, ¡lo enchufáramos!

Después de una interrupción que me lleva a la cocina por un té, me percató con asombro del vuelo de la noche. Las cuatro de la mañana. Las seis horas que llevo escribiendo se han ido,

para decirlo como en la infancia, con la levedad de una exhalación, o mejor, con la anestesia —¡qué palabra!— de un espacio ocupado por un cuerpo sin tiempo. Es a esto, sin duda, a lo que Bergson llamara «el vacío de la duración». Una constatación extraña, por supuesto. Pero lo es también el que luego de este vacío baste apenas la certeza de la constatación para que la vida ejercida en esos momentos huecos caiga sobre nosotros con la contundencia del agotamiento.

En el limbo del sueño denso he mirado, al pasar, cómo el espíritu de Diego se dejaba cubrir por la inconsciencia. Me miro y lo miro. En este día tuve tantas tensiones como él. Debe sostenerme una suerte de locura, sospecho. ¿Por qué, si no, me doy a esta vigilia frenética mientras él cede, sensatamente, al reposo?

Ahora el corazón reclama lo suyo.

Sacaré fuerzas del desmayo para los comentarios al margen del cuento contado, dos anotaciones basadas, como diría Eudora, en el palpito... Dos anotaciones y un hurra. Me encanta la forma aérea como La Flaca y Fernando se deslizan sobre la nuez de una circunstancia tan tensa como la que viven. En la sobreactuación de El Llanero y, aunque más leve, también en la de La Flaca, es posible intuir el desarrollo de la figura. Una atmósfera en cuyas líneas de fuga el perfil del triángulo cobra la forma final de la bomba de tiempo. Lo digo con dolor. Con un dolor que antecede al de ellos. Prométeme una tarea, C.L., la de estar cuando la quiebra ocurra, la de darle el hombro a los sobrevivientes.

El segundo presentimiento es el de que esta guerra (lamento que tenga que escribirlo de esta manera, pequeña testigo que vendrás)... la ganaremos.

El hurra es por el local propio que Perucho y Marisela han inaugurado en Las Mercedes. Isadora Jazz, un nombre espléndido a cuya escogencia no fui del todo ajena.

2

(1977-78)

La dinámica del recuerdo puede ser tan asombrosa como la vida a pedazos que rescata: responde con nitidez cambiante ante las tonalidades del mundo vivido, deforma pormenores y tacha sin anuncio grandes bocanadas de historia. El día en que finalmente me separé de La Flaca resulta, en la memoria que lo prolonga, una fecha sin relieves. Lo evoco, y con él me llegan la palabra «confuso» y la palabra «blanco». De no tener la certeza de haberlo vivido me inclinaría a pensar en un hueco de tiempo, como si el espacio todo se hubiese dismantelado de súbito en un vacío sin volumen ni duración, permitiendo apenas el lugar exacto donde podía alojarse el dolor. Un dolor en estado naciente.

No me retengo bajando del apartamento ni despidiéndome ni ajustando la maleta en el carro (de hecho, no recuerdo si usé nuestro carro o la camioneta que Diego, en algún momento, pusiera a mi disposición). No me retengo abriendo la «habitación anexa con baño y cocina» —como prometiera el aviso clasificado—, ni desempacando ni tendiéndome en la cama en la primera noche de cama sola ni aguardando el viaje del día desde la almohada en blanco. Sólo me retengo doliéndome.

Había sido una determinación compartida. Los acontecimientos de la maldita noche de la casa-cuna habían actuado como un telón de papiro que al tiempo que dividía en dos nuestra breve historia, bajaba sobre nosotros, escrita en sus fibras, la condena de Babel. Todo ocurrió como en el estereotipo: como si las viejas palabras que habían servido hasta aquel día para vincularnos —por acuerdo o por divergencia— se hubiesen despojado de improviso de todo significado o, peor aún, hubiesen sido recubiertas por un significado contrapuesto: la que no resultaba vacía, resultaba tramposa, y las confrontaciones iban y venían del estupor a la inutilidad, cuando no al franco peligro.

No pasaría mucho tiempo sin que nos percatáramos de estos síntomas que, por lo demás, eran tan ostensibles que se nos deslizaban con el jugo de naranja sobre el desayuno y volvían a asomar sus hocicos de rata rabiosa aquí y allá contra la rutina del día compartido. Nos dimos, previsiblemente, a esa poción equívoca que los especialistas llaman laborterapia y que, en nuestra lamentable circunstancia, acaso deberíamos renombrar con una categoría más drástica. Nos enganchábamos, sí, en la misma línea de montaje de siempre —ella en la Fundación, en el trabajo comunitario; yo en el periódico, en las clases, en los ensayos— pero ahora con una determinación tan suicida que, por comparación, las desventuras del patético obrero del Chaplin de *Tiempos modernos* habrían quedado reducidas a un alegre juego de kindergarten. Un remedio ingenuo que antes que aliviarnos apenas conseguía fatigarnos. Y, de cualquier modo, siempre estaba allí el cabo de la jornada, aguardando por nosotros para pedirnos una rendición de cuentas —de cuentas de adentro— que ninguno de los dos parecía resignado a cumplir: la noche se transformaba en un punto de encuentro temido e inevitable, y temido por inevitable. Y, claro está, también cambiaron los códigos del lecho nocturno: las manos y la piel, la boca y los sexos, comenzaron a acusar los síntomas de la misma peste de silencio que antes había hecho presa de las palabras.

Por momentos, cuando aguzaba los sentidos y me tendía para aplicar la oreja a la tierra del tiempo anterior podía escuchar el borboteo risueño de lo que habíamos sido: una corriente subterránea mezclada a la emoción que nos había sostenido y que, en el susurro acuático por el que fluía, volvía a nombrarnos por nuestros nombres. Pero era apenas un eco soterrado, insubsistente, cuya fragilidad me obligaba a preguntarme si no se trataba más de un balbuceo afantasma-do por mi esperanza (o por la esperanza de ambos) que de un mensaje legible. Un acertijo cuya solución única residía en el recurso de la huida hacia atrás y que en algunas versiones *sui*

generis, como la variante de «laberinto afectivo» que nos ocupa, se traducía en una paralela —y urgente— huida hacia adentro. Para reencontrarnos tendríamos que reconstruirnos desde la soledad absoluta que para cada uno significaba la soledad relativa encarnada en el distanciamiento del otro.

El lapso de cuerda floja que se extendió desde la noche de la casa-cuna hasta la tarde de mi mudanza fue un período huraño como pocos. Rehuíamos las reuniones sociales, incluso las de los amigos más estrechos y, cuando accedíamos a la circunstancia, regresábamos en silencio y arrepentidos de la debilidad, con la sensación fatigosa de haber sido desollados, abiertos en canal y exhibidas nuestras vísceras en espléndidos garfios de matadero público. No importaba que fuese una reacción sin asidero (estaba claro que, debido a la desinformación, nadie nos señalaba ni se reía por lo bajo de nosotros ni enjuiciaba y condenaba nuestros despropósitos), la impresión era la misma. Con levísimas variaciones de énfasis, esas excursiones que nos sacaban de nuestra celda de penitencia podrían todas ser resumidas en la escena de cine mudo que nos muestra a ambos de regreso del desollamiento, desencontrados, ella aprensiva, la cabeza ladeada reposando contra el vidrio de la ventanilla, yo aferrado al volante como autómatas, caído en la misma trampa helada que ella lamía.

Podría haberse tratado del estreno de Ferrini en una sala vecina que lo tenía como director invitado; o del cumpleaños de Carmen Luisa o de Perucho; o de la cena ofrecida a algún mecenas noreuropeo que colaboraba con la Fundación: el motivo era irrelevante; el libreto, idéntico. El esfuerzo de enmascaramiento para el frívolo intercambio social, el embozamiento de las heridas afectivas, de los trapos podridos. Una bufonada necesaria en la cual, debo admitirlo, ambos cumplíamos con un empeño tan a contracorriente que acaso si un ramalazo

de suerte, acaso el desespero de los ahogados, lograban mantenernos en los linderos de la supervivencia.

Nos esforzábamos en una proeza acordada en silencio, pero la presión, antes de ceder por ley de ciclo que se cumple, parecía sumarse ella a ella misma con el paso del tiempo. El gravoso equívoco del triángulo; su quiebra; mi maltrecha relación con Antonio, el amigo de toda la vida sobre cuya nariz había depositado mis excrementos en un acto de despapajo cuyo solo recuerdo bastaba para hacerme vomitar; la culpa de La Flaca, que había cedido a nuestra determinación de mantenerla fuera de aquella tragedia bufa, al menos a los ojos de Antonio; nuestro fallido esfuerzo diario; la mirada asombrada de Bárbara, que nos susurraba que comprendía sin comprender, y que los cambios, a pesar de nuestro tacto histriónico frente a ella, la escocían a piel viva.

A la postre, con la misma vocación con que habían permanecido ocultas, comenzaron a rebrotar, previsibles, las llagas. El silencio continuaba, pero ahora, por momentos, cedía su papel de escenario y de guión para desplazarse al sitio del telón de fondo. Entonces estallaban, sin anunciarse, el escarnio y el insulto. Una opción impensable en una relación que en todos aquellos años había descansado en el respeto mutuo, en la temperancia que día a día renovaba su conocimiento de los límites de la indignidad. Nunca antes nos habíamos siquiera alzado la voz, como no fuera en un raptó teatral dentro de los *happenings* eróticos a los que de vez en vez nos entregábamos. De modo que cuando las trompetas anunciaron la apertura de lo que, en mis cuadernos nocturnos, tiempo después, di en llamar «la temporada biliar», estuvo claro para ambos que había llegado la hora de pasar de la sala de terapia intensiva al pabellón de cirugía. Sin anestesia, incluso, si fuese preciso. A pesar de todo, no deja de resultar una siniestra ironía el que la circunstancia que precipitara la toma del bisturí, partiera de un cruce de insultos bufos y de la carcajada necesaria que lo siguió.

Todo comenzó con uno de esos equívocos que en circunstancias normales no pasan de incomodidad menor pero que, colocados en medio de la atmósfera enrarecida de la crisis a dos, puede, como se sabe, alcanzar niveles absurdos de escándalo. No fuimos la excepción. Terminamos insultándonos a voz en cuello para cerrar con los cariñosos epítetos al caso. Estábamos en la cocina, tomando jugo de naranja y comiendo galleticas de mantequilla mientras nos sometíamos a escarnio. En algún momento le grité puta, tratando de ganarle al silbido de la olla hermética. Me gritó marico. Le volví a gritar puta y ella me volvió a gritar marico. Proseguimos con este toma y dame de títulos honoríficos por unos tres o cuatro minutos... hasta que, de pronto y sin que yo en el ínterin me hubiese retocado los labios de carmesí subido o enfundado mis piernas en sendos ligueros de encaje, lo juro, ella comenzó a gritarme puta (¡a mí!), y yo, para mi propia sorpresa y como si se tratara de la reacción más natural del mundo, le retruqué llamándola marico. Una y otra y otra vez, en alaridos, yo puta y ella marico. La oí farfullar sus últimas «putas» en una mezcla de carcajada con quejido embozado, que dejó escapar al tiempo que se agachaba y clavaba su cabeza contra las rodillas.

Aquella misma tarde metí dos camisas, un libro y el cepillo de dientes en el maletín de *jogging* y me mudé a la habitación anexa ofrecida por el clasificado.

[Clic. Las dos mujeres se hallan desnudas, sentadas una frente a la otra sobre las sábanas, las piernas cruzadas a la india. En completo silencio, la primera mujer extiende su brazo. Su mano toca el cuerpo de la otra pero, debido al ángulo y a la debilidad de la luz, resulta imposible adivinar el sitio donde la caricia se detiene: el seno, la pendiente del cuello, el suave tobogán del hombro. Sea por decisión propia o porque la primera mujer se lo ha ordenado o implorado, la segunda mujer

permanece inmóvil, entregada al tacto de la otra. Clic. La escena se repite idéntica a sí misma, con la sola variación de la mano que la primera mujer desplaza sobre la piel de la segunda. Hasta que ésta, clic, al final del tiempo sin límite que la ha mantenido en el arrebató extático que ahora parece ceder, abre los ojos y se arquea hacia el rostro de la amiga.]

Fue por los días en que La Polaca dejó, finalmente, a Peraloca, y cruzó el gran charco en sentido inverso para asentarse para siempre en sus antiguos comederos de las islas brumosas. Regresó a Londres. En qué medida este viaje, que tenía todos los visos de una oportuna bajada de telón sobre sus días caribeños, influyó en nuestra propia ruptura, quiero decir de La Flaca y mía, es una duda sobre la que me mantendré regresando por el resto de mi vida.

A falta de adioses oficiales —impensables en medio de aquel caos ácido— La Polaca nos destinó dos despedidas privadas, una para La Flaca y otra para mí, separadas entre sí por un par de días. No referiré la de La Flaca: nunca supe de sus detalles, nunca los pregunté. En cuanto a la mía, la recuerdo como una tarde de chaíto triste y, sin embargo, apacible. Una dulce ceremonia sin estridencias ni sobreactuaciones. Nos vimos en Los Caobos una tarde de sábado y deambulamos por el bosque conversando y pateando ramitas caídas hasta el anochecer. No era época de calor pero el día estaba bochornoso, el aire detenido y una espesa calina bañaba los árboles de un gris amarillento. Yo andaba con mi enorme collar depresivo de aquellos meses colgado alrededor del cuello: invisible y silencioso, actuaba sobre mi nuca con la misma eficacia de una boa constrictora en ayunas.

Para ser sincero, cuando recibí la invitación de Laura para su despedida asordinada, experimenté una mezcla de movimientos de vísceras con dedos paseando sobre el fichero de las memorias remotas, pero —y en esto yo fui el primer sorpren-

dido— no acusé ningún impulso por verla ni por conversar sobre los días ya secos y sobre las culpas y las absoluciones ni por caminar entre las torres vegetales desde la explanada de los museos hasta la Plaza Venezuela, ida y vuelta, una y otra vez como en efecto ocurrió, hasta agotarnos y agotar el tema y las penitencias y el chaíto de rango eterno.

Me arrastré, literalmente, hasta la cita. Para todos los propósitos La Polaca se había colocado fuera del universo que me tocaba desde la misma madrugada del desastre, cuando la viera alejarse caminando al lado de Antonio contra los hilos solares del sol que asomaba, silenciosos ambos, sin roces y sin miradas, hacia el carro que aguardaba en lo alto de la cuesta. Al menos eso fue lo que decreté. Por egoísta que pueda parecer, poco me interesaba esta Laura, desintegrada primero y luego reconstituida, a la que en algunas noches imaginé recogiendo sus piernas y sus brazos disgregados, su cabeza disgregada, junto a las faldas y las blusas y las pantys negras que regresarían con ella a Inglaterra. Una especie de pesadilla que me atravesaba como si se tratara de la memoria dolorosa de una amiga entrañable, desaparecida tiempo atrás y súbitamente recordada. Quería, en todo caso, las imágenes de la Laura casi desconocida con quien habíamos compartido la leve dicha de Londres, y acaso las de la Laura caníbal de nuestras noches triangulares. Pero no más.

Esa tarde, como siempre, fue muy ella misma: el rol que a la larga mejor le calzaba. Habló de Londres y de su viaje a Caracas y de los meses livianos compartidos en el piso de Belsize Crescent y de algún cordón de playas caribeñas, anaranjadas como mandarinas; cantó casi en susurro, en inglés y en polaco, aires tristes que hablaban de mensajes desoídos, y, por fin, lloró. Nos habíamos sentado a la sombra de una pérgola de trinitarias.

—Me voy, Llanero —me dijo, y se secó la nariz antes de mirarme y sonreír—. Pero lo importante es que alguna vez estuve, ¿no?

No le respondí. Preferí mirarla y escucharla en silencio. Con el «estuve», dejó que un chispazo rutilante como los de antes le encendiera el ojo con una lumbre que duró apenas un instante. De pronto ejecutó una de las acrobacias de su repertorio que la llevó del banco donde estábamos a una horqueta de la trepadora y de aquí a la retícula de la troja donde reverberaba una petaca de flores adurznadas.

—Guardaditas en un buen libro pueden sobrevivirnos —dijo.

La contemplé mientras se dejaba descolgar del entramado y extendía el brazo para ofrecerme un capullo diminuto. Soy sentimental hasta el ridículo: moqueo en la oscuridad del cine, me conmueven las fotos remotas y las canciones viejas, de modo que no le trampeé cuando le prometí (¡sí, como una doncella provenzal del medioevo!) que guardaría el regalo vegetal entre las páginas de la *Divina Comedia* ilustrada a la Doré con la que ellos mismos, Antonio y ella, me sorprendieran en mi cumpleaños cuando comenzaba a trabajar en la adaptación libre de *El Infierno* florentino, hasta el día en que el ciclo de vida del regalo vegetal —y no la desatención o el franco olvido— lo determinara. Y aun después, le prometí (una vez que comienzo, es de verme), cuidaré de las cenizas. Es cierto que acompañé la promesa con una genuflexión de trovador, pero sólo para ubicarla en la retórica escénica adecuada, según el código que ambos compartíamos. La nuez conmovida era real. El capullo, dicho sea de pasada, todavía me sobresalta con su mínimo cuerpo, ahora aplastado y descolorido —o mutado a un drástico matiz sepia— desde las hojas de Dante cuando abro a Dante.

Releo lo escrito y aprendo que he omitido un costado esencial del paisaje de aquella caminata. Me refiero a la certeza que se me impuso sobre Laura y sobre mí, tal como se derivaba de mi vínculo con ella. La miré, recuerdo, imagen congelada contra una vibración de esmeralda y de oro, mientras me ofrecía la trinitaria, y constaté que el hilo que salía de mí

y de ella, y, trazando arabescos nudosos nos enlazaba, no superaba los linderos de la amistad.

Lo confieso desde el sosiego, no desde el cinismo.

La Polaca era, ya debe resultar ridículo repetirlo, una criatura que escapaba por completo a los raseros con que solemos apreciar los rasgos humanos. En el sentido más lato del adjetivo era una mujer excepcional, pero no la amaba. Era una sensación absolutamente transparente: no la amé aquella tarde arbolada ni la había amado en ningún momento anterior a aquella tarde. ¿Y el triángulo? ¿Piel, deseo, juego? Sí: jiel, peseo, duego.

Una semana después la veíamos poner pie en el tabaco de un 747 rumbo a Londres. Digo bien «la veíamos»: ella no nos vio. La Flaca y yo conocíamos los datos del vuelo, pero ambos fingimos no darnos por enterados hasta la medianoche anterior cuando de pasada, casi sin querer, me mencionó la circunstancia del viaje y la posibilidad de bajar al aeropuerto. En verdad, el comentario había sido hecho en forma de pregunta, pero la modulación de la pregunta entrañaba una sutilísima invitación. ¿Por qué acepté? ¿Inercia? Hicimos el trayecto Caracas-Maiquetía enfrascados en un diálogo extraño, espasmódico, interrumpido por largos brochazos de silencio, acerca de las candidaturas que por aquellos días iniciaban el jocoso *catch as catch can* hacia el trono republicano.

Al llegar al aeropuerto nos apostamos en un rincón inalcanzable de la sección de «salidas», desde donde podíamos observar sin ser observados. Allí estaban Laura y Antonio abrochándole la cerradura al *intermezzo*: el chequeo del boleto y del equipaje, la conversación que a distancia nos lució sin énfasis, un café en la minibarra, el beso despidiente que dos cargadores de equipaje interpuestos en la línea de tiro nos impidieron juzgar al detalle y, en fin, la silueta aérea de La Polaca franqueando el detector de metales, al tiempo

que el maletín de cuero amaderado, que La Flaca le obsequiara la noche de Navidad, la acompañaba deslizando en paralelo sobre la banda sin fin. La vimos voltearse por última vez para flamear el brazo hacia el sitio donde Antonio permanecía. Diferencí la mano de la chaqueta de bluyín, y la chaqueta de bluyín del entorno abigarrado, infiel, que la arrastraba, pero no alcancé a distinguir el dibujo de la mueca contra el rostro: ¿una sonrisa?, ¿dientes que muerden el labio inferior?, ¿la sombra de un paquete, de una mano, de un objeto perdido?

Un instante después ya había desaparecido, pero ni La Flaca ni yo apartamos la vista del rectángulo de luz que la había borrado. La Flaca abrió apenas la boca, para comentarme los éxitos políticos y ajedrecísticos del movimiento sandinista que en Nicaragua mantenía en jaque al dictador. Me lució enfática, alborozada incluso.

—El mate al maldito ñoña de marrano parece cuestión de días —dijo—. Ya ves que no todas son malas noticias.

El pronóstico, casi a voz en grito, me sobresaltó, y enseguida me pareció de una estridencia augusta, casi musical. Lo pensé fraseado en escena. «Mate», «ñoña», «marrano»: lo repetí cuatro o cinco veces en silencio, para no perderlo, y me prometí anotar lo tan pronto llegáramos al apartamento. Meses antes, La Flaca había pasado por Nicaragua en «misión solidaria», pensé que quizás le encantaría saber lo que me había gustado la frase.

—¡Tiene una sonoridad del carajo! ¡Es sabrosísima! —le dije.

—¿Cómo?

—La frase, digo, «mate», «ñoña», «marrano». La voy a anotar —precisé.

El pobre chiflado del mercado de Catagua sabía lo que interpretó. Se quedó en silencio, arrellanada en el asiento, mirando al frente hacia los primeros fogonazos de los cerros que, a la salida del túnel, anunciaban la ciudad.

—¡Estás loco! —dijo, al fin, por todo comentario, sin el menor pulso de humor—. Estás *absolutamente* loco.

La «habitación anexa con baño y cocina» ofrecida en el clasificado, que fue la guarida de escape por la que terminé inclinándome, resultó una elección milagrosa. Acogedora, a la medida de mi estrenada condición de exiliado del nicho, se adaptaba como un guante de cirujano a mi flamante soledad. Al principio y desde ella, desde la soledad, pensé y escribí sobre y contra la soledad no buscada. Sentía que la distancia entre mi cuerpo, tendido de espaldas sobre la cama, y la pared blanqueada del cuarto no podía ser poblada por el aire ingrátido al que no me hacía, sino por el vapor oscuro, casi asfixiante, al que parecía ajustarme como el cuello a la soga.

Luego, paso a paso y en el orden de lo que suele ocurrir, me fui adaptando. ¡Ojo! Dije adaptación, no resignación. La resignación comporta un acatamiento paralizante de la derrota que en nada se parecía a la serena aceptación de los hechos en la que me instalé, y que constituía el único punto de partida para comenzar a reexaminar el pasado y a proyectar el porvenir visible con un mínimo de lucidez. El porvenir visible, ¿debo insistir?, exhibía la silueta virtual de mi ménade doméstica, y la dicha posible que prometía pasaba por la redención de mi diálogo de vida con el espejo de esa silueta en el cual mi voz se reflejaba. «Espera con delirio», era el nombre del cóctel al que siempre había apostado, no sin éxito, en el pasado. Con dos normas implícitas que tachaban tanto a la inmovilidad como a la precipitación.

Pensaba en aquella primera ruptura lejana que cortara la relación en estado naciente y pensaba en la reconciliación posterior, para la cual requerí una paciencia de meses... y un salto de algunos miles de kilómetros hasta Londres, donde me aguardaba la nuez volátil de la felicidad. Medité sobre aquel juego de yo-yo en Inglaterra, lo analicé lo sopesé lo transformé en poema y en sueño y lo rotulé con la etiqueta de «el caso Londres». Me dije, para darme ánimo, que lo que había ocurrido una vez muy bien podía ocurrir de nuevo... para no hablar del peso benéfico de la experiencia acumulada.

Me amoldé a la circunstancia de vivir sin pareja al extremo de no ocuparme en conseguirle una sucedánea a mi bienamada mientras aguardaba el elusivo —pero inevitable, pensaba yo; pero fatal, pensaba yo— reencuentro. Diego y Carmen Luisa me obsequiaron un portátil de sonido (recuerden que la visita de los amables diplomáticos con pasamontañas al apartamento común nos había dejado casi en la indigencia) que usé para regresar a las eternas, simplísimas canciones del amor que se rompe. Fui, por precaución terapéutica, arbitrario y abierto. Boleros y tangos que padre había escuchado y serenateado sobre las guitarras del pueblo. Baladas lánguidas de Aznavour, de Avellanet, de Sinatra, de Gatica. Puedo contar por centenares las sesiones que dediqué a aquella balada de Moustaki que celebra casi con alborozo la soledad. De hecho, la erigí casi en un himno, haciéndola sonar cada noche, al regreso de la trepidación diurna, para invocar a través de su oído los recursos de vida que insistían en mí, dentro, sosteniendo el soplo sobre el velamen. Volví a las largas caminatas por Los Próceres y a la meditación doble, añadiendo una sesión diurna, al filo del amanecer, al ya habitual replegamiento nocturno.

Vacío que plena. Respiración de ermitaño. Paz.

Plenitud, sí; paz, sí, pero también el hombro doble, atento, de Carmen Luisa y de Diego en aquellos meses: me llamaban casi a diario para animarme en un saludo rápido, contarme menudencias, invitarme al cine, a una mesa compartida. De cada diez de estas incitaciones, me iba con una; pero estos escamoteos, antes que desanimarlos, los atizaban. Llegué a creer que en el fondo, y a despecho de todas las pruebas de cordura con que los había abrumado, abrigaban el temor de verme incurrir en el despropósito, nunca desdeñable, hay que admitirlo, de hacerle ojitos a la locura o a la muerte. El recuerdo de Alberto, nuestro cofrade adolescente, con la bala

de propia mano cruzándole el cerebro, seguía allí, me decía. En cualquier caso, estaban en su derecho. Yo me amoldaba al juego y me dejaba proteger. Una actividad tanto más solidaria de parte de ellos, cuanto ellos mismos necesitaban acaso tanto apoyo como el que de modo tan generoso ofrecían. Pienso en Carmen Luisa, en su «vientre de muerta», como ella decía, en la ansiedad que había abonado, año tras año, en torno a su cuerpo y que se había recrudecido a medida que la aduana de los cuarenta se hacía más cercana, hasta drenarse en aquel nuevo proyecto de la bebé, de la «microvida adoptada», como ella decía.

También frecuenté a Perucho y a Marisela, que habían materializado el tan masajeado proyecto del negocio propio, montando carpa en el cantón de Las Mercedes, entre los muros remodelados de una antigua quinta familiar a la que colgaron, como sabemos y como anotara la crónica de sociales que cubrió la apertura, el emblemático rótulo de Isadora Jazz.

Allí en el Isadora, escogía un rincón de la barra desde el cual podía seguir los ademanes con que los integrantes de la banda catalizaban el sonido sorpresivo de aquellas cajas, cuerdas, superficies y tubos a los que siempre mi estupor ubicara en el reino de los trastos mágicos. Con una copa de Casillero blanco en la mano, cuyo vaciado postergaba hasta los linderos del absurdo, dejaba mi vida de esa noche anudada al resplandor del jazz, una de cuyas piezas Perucho solía destinar a la lista de mis preferencias conocidas, o al repertorio de hallazgos en progreso al que él mismo se encargaba de contribuir, regalándome la sorpresa de un prodigio sonoro, desconocido, donde el fraseo liberador del saxo y la respuesta en relevo del piano desmontaban y reconstruían por secuencias, en cascada, por diálogo de temas y segmentos, la estructura móvil de melodías trajinadas que, a partir de la improvisación y de su entramado, comenzaban a dejar de ser para siempre, o a ser por primera vez desde entonces, lo que nunca y siempre habían sido.

Entre los forcejeos del trabajo y estas distracciones más bien infrecuentes, sobrenadé aquellos meses descarnados que siguieron a la separación. Con mucho, prefería la blancura de mi «habitación anexa» y el silencio de la meditación o de la caminata solitaria a cualquiera de las alternativas externas y sociales. Y la habitación fue, en el sentido más espléndido de la frase, mi lugar de retiro. Una caverna en los límites del desierto en cuyo vientre podía ajustarme a mi recién adquirido hábito.

Vista desde afuera, podía ofrecer la apariencia de una celda conventual que, quizás por esto, siempre fue rigurosamente respetada por amigos y conocidos: compinches con intuición que preferían citarme en sus casas o, sobre todo, en el territorio neutral de una tasca o de un café antes que invadir mi nicho.

La excepción fue Amalia.

Mi querida media hermana, quien desde su corte de cordón materno, su despegue en travesía propia y su asentamiento, primero espectacular y luego disciplinado, en las huestes del Grupo Alfa, había practicado sobre ella misma una metamorfosis de bruja blanca (con algunas vetas oscuras a las cuales domaba y, según se ufanaba, ponía a su servicio), si bien la había emprendido al comienzo por realizar incursiones fugaces y anunciadas a mi coto (una fruta; una breve esquelita con mensaje «afectuoso y terapéutico», manito, la leyeras con ojos de luz, cariño; una cita de Nin, zumbada que era la palidita, ¿no?; un sobre de espigas de sándalo, estaba educando su nariz en los olores de los sesenta, ¿te enterabas?) pronto comenzaría a realizar apariciones sorprendidas y a deshora. ¿Las excusas? Era de oírlas: la entonación de un parlamento sobre la que urgía una opinión; el rescate de un objeto personal que habría olvidado en su visita anterior; el préstamo de un libro perentorio; el solo impulso de saludarme. Pronto, incluso, dejó de ofrecerme excusas. Iba, simplemente, en las horas en que creía poder hallarme: por las noches, claro, por los fines de semana.

A veces, sobre todo al principio, la aceptaba, hasta celebraba su presencia a contraluz en el umbral de la entrada

y le ofrecía té o café o jugos o vino. Con mayor frecuencia que la deseable se inclinaba por el vino. Despachaba a velocidad de competencia el que le obsequiaba o, peor aún, traía ella misma su botella. Una noche, creo que en celebración del aniversario de su ingreso al grupo de teatro, se emborrachó: hubo capas de vómito en las alfombras, vasos rotos, desvanecimiento y un corto escándalo de pasillo. Escarmenté. Tracé la norma de que, en lo sucesivo, sería yo quien aportaría y administraría el inventario de la bodega, y, como medida preventiva, la alejaría inventándome ausencias.

La oía entonces acucillarse afuera, al pie de la puerta, musitar, ensayar parlamentos, cantar, cruzar una palabra con alguien de la casa madre que quizás se extrañaba al verla, sollozar incluso. Algunas veces me conmovía y la dejaba entrar. Se repetía entonces el ciclo de tener que, al final, con una mezcla metódica de determinación y delicadeza, obligarla a irse. Este cómico toma y dame, sostenido por mi debilidad ante sus estrategias defensivas, duró hasta el incidente de la llave.

Una noche, al regreso del ensayo (una puesta en escena que, por excepción, no la incluía), dos señales de alerta me paralizaron cuando me hallaba a punto de abrir. Primero, la banda resplandeciente que se colaba por el extremo inferior de la puerta; luego, cuando me acerqué, la música: una antología de los boleros de oro de todos los tiempos, préstamo circulante de los archivos melómanos de Perucho que aquel mismo mediodía había estado acompañándome mientras diera cuenta de mi tercer *rice cooling* de la semana. Me coloqué, como decían los héroes de una película de entonces que chiflaba a Bárbara, en «alerta máxima». De inmediato imaginé que se trataba de una segunda incursión del mismo tipo de visitantes que ya habían arrasado con mis posesiones terrenales en los tiempos del apartamento familiar. Eudora y la lengua común dicen que estas maldiciones vienen por rachas, pensé. Tal vez hasta se trate de la misma banda, pensé. Se cebaron conmigo y quieren rasparme el hueso, pensé.

Me hallaba en el clímax de esta lógica paranoide y a punto de bajar a marcar el 009 cuando el silencio estalló como si se tratara de un ruido contra el cual se alzaba la voz de Amalia. Parloteaba y reía como una guacharaquita, de boca, sin duda, al teléfono. Metí la llave, la giré, empujé la puerta: clavada en mi poltrona favorita del recibo-comedor-kitchenette, mi media hermana colgaba sus piernas del mesón al tiempo que mordía un globo verde que en un momento me pareció una manzana y en otro un globo verde. Shorts, blusita de algodón pálido, sombrero de cocuiza multicolor: me ofreció un bocado del bombón verde.

—No, gracias —le dije—. Prefiero que desembuches.

—Si me dieras una pista...

—¿Cómo entraste?

—Por la puerta —a veces, lo olvidaba, podía ser una niña.

—Muy graciosa ¿De dónde sacaste la llave?

Se ahuecó el pelo, se desperezó echando la cabeza sobre el descansabrazo de la butaca.

—¿De dónde sacaste la llave? —repetí.

—Fácil. Cerré los ojos, me concentré, lo deseé hasta que comenzó a dolerme, y zas, apareció delante de mí. Encajó mejor que el original.

No se había movido para saludarme, pero ahora entrecerró los párpados y frunció los labios hacia mí en ofrenda de una trompita bufá, le diera su besito, fuera bueno.

—Me estás arruinando mi butaca favorita —la regañé—. Sacúdete.

No me respondió. Señaló hacia el sofá.

—Tienes razón, éste va a ser el mío. ¿En qué lado crees que va mejor la almohada? Pensé que del lado de la lamparita, pero tiene el problema de la ventana: en la mañana el sol podría darme de frente y sacarme de la cobija antes de tiempo. En cuanto al otro extremo —practicó la mímica—, el panorama desde la funda resulta tétrico: la cocina, la estantería y el papel de florecitas. Lo verifiqué, manito, ¡es de terror!

Logró sacarme una sonrisa. Ya antes habíamos bromeado sobre la decoración de la cocina: tres ménsulas con arabescos repintados que se alineaban en la única pared libre, a un costado del mesón, y, sobre todo, el papel tapiz, desleído, de textura porosa, con un lema de margaritas azules, que cubría todo el espacio, incluidas las puertas de los gabinetes y una sección lateral de la nevera. El recuerdo de la usurpación me libró, sin embargo, del impulso de reincidir en el tema. Miré la esquina del sofá hacia donde la gesticulación de Amalia había estado apuntando: una almohada, en efecto, o más bien un cojín de goma espuma forrado en pana beige se recostaba contra el brazo. Al lado, meticulosamente doblada, una cobija de lana.

La escuchaba, le dije; la quería mucho, le dije, y podía ayudarla en lo que me pidiera cuando lo pidiera, pero ahora tenía que estar solo por un tiempo. No era un asunto de metafísica ni de literatura ni de psicología, era un asunto de cuerpo. La vi cambiar de color, llorar: ella, por el contrario, lo que necesitaba era mi compañía. No hablaría. No perturbaría mi paz. Sólo quería servirme y saber que yo estaba allí, alrededor, al alcance de su sonrisa aunque no la mirara. ¿La miraba un momento, la oía yo, por favorcito?

Creo que no hace falta agregar que no le permití quedarse ni entonces ni en ningún otro momento de aquella oscuridad blanca que se desplegó entre mi huida y mi retorno al nicho doméstico. No había prisión ni carbón rústico para marcar palotes en el muro. El cuaderno de notas suplía a la muralla, y a tinta y contra la hoja pálida dibujaba a diario la cuenta regresiva del condenado. Poco importaban las razones, importaba el tiempo sobre el cual deseaba —y necesitaba— extenderme como cuerpo. «Un espacio íngrimo que desde la piel y en silencio logre integrarse al corazón del mundo»: con estas palabras lo anoté aquella madrugada después que Amalia dejó el apartamento.

Me costó dormirme. No salí a caminar, no medité. Me entretuve garrapateando sinsentidos y escuchando música hasta el amanecer (un cóctel bizarro que amalgamó, lo recuerdo, a Brel con Bienvenido Granda), hora en que me arrastré hasta el trabajo con una lucidez semejante a la que el monstruo torpe de Shelley debió emplear para alzarse sobre la camilla del doctor Frankenstein y dar inicio a su primer paseo por el fulgurante mundo de los vivos.

A Amalia le reservé su rendija permanente, como a ella le gustaba llamarla, entre una costilla y otra en el espacio siniestro del pecho. Era un ojal abierto desde los tiempos olvidados de padre, cuando en su lecho agónico, diciéndome sin decírmelo, me sugiriera abrir mi ojo sobre la criatura de piel de bronce cuya imagen fugaz, que él apenas había comenzado a bosquejar, la muerte se encargaría de lavarle casi de inmediato.

Entonces el teléfono repicó dos veces. La primera con la voz de Ferrini, ¿recordaría desaguarme hacia las nueve por su casa para discutir el proyecto de enero?

La segunda, con la voz de Amalia, para decirme que «comprendía», y que, aunque yo sí que no lo comprendiera, igual «me amaba».

3

(Diario de Carmen Luisa, 1977)

«Escribo, cerca de medianoche, aturdida aún por el humo del vino. La falta de costumbre, quizá. El pulso de un organismo cuyos hábitos de granola y soya lo han desmemoriado para los placeres de la copa. La idea de la celebración saltó de Diego, pero no tuvo que insistir para que yo, ganada por las noticias de Tulio, cediera al brindis. Pastel de chucho al costado de una arena invisible y el bramido del agua que bate. Hablamos, nos dimos al vino blanco y, para abrochar la jor-

nada, par de horas en uno de los hotelitos-cuevas de los tiempos inaugurales.

»Masaje y juego y, ¿lo creerían?, un poquito de lagrimeo conmovido de mi parte. Se me ocurre decirlo de esta manera: resulta espléndido constatar que nuestros cuerpos siguen allí, atravesados por el resplandor de la vigilia, y que hay días que nos esperan.

»Mañana tendré que ponerme las botas con el artículo sobre arquetipos y adolescencia, pero esta noche me dormiré con el bolígrafo entre los dedos para, contrario a mi costumbre, dejar testimonio de la jornada desde la proximidad misma de la alegría.

»¿Elementos del escenario? El apartamento de doña Lucía, Tulio el convaleciente y nosotros. ¿Hablé ya de Tulio? Diego lo reencontró hace apenas unos meses, a raíz del robo del carro. No lo relaté entonces porque para el momento me hallaba en uno de mis accesos de repliegue interior (ya los conocemos). Pero fue una historia rápida, quiero decir la del carro. Nuestro leal fiatcito. Diego que lo abandona por diez minutos para pagar el recibo de la electricidad que se hallaba, como siempre, a soplo de corte, y cuando regresa, bañado por un pase de brujería, el carro se había esfumado. Fue durante los trámites de recuperación ante la División Técnica cuando se reencontró con Tulio. Yo lo acompañaba esa mañana. La sintonía fue instantánea. El Sabueso, como ahora lo llama Diego, almorzó aquel mediodía en El Pozo de Tenerife, a donde lo arrastramos, en La Candelaria, por supuesto, vecino a los antiguos andurriales y al Liceo Alcázar donde ambos habían cumplido libro y echadera en los días de los pupitres dorados. De allí a los cuentos de época, a Chivo Palúdico, el profesor de química, a la pandillita de los miuras de quinto, a las escapadas a Los Chorros, a las jevitas compartidas, a las invitaciones comprometidas. Dos veces cocinamos aquí para él mi paella vegetariana, dos veces terminamos exhaustos de mandíbula y de halar el pasado. Él, por su parte, «bruto para las hornillas»,

como se confesó, divorciado y sin hijos, cueva de soltero por Maripérez, nos replicó con el tarcarí de chivo, que no yo, advirtió, mi señora madre, doña Lucía, ha reinventado con una variante que ni en Coro. Allí fuimos a lamernos los dedos esa vez... y allí fue donde estuvimos hoy, con un Tulio convaleciente de un «rajuñito que le interesara el peroné», y que la mirada de la madre, como ustedes debían saber, señor Piquijuye, señora Sigmuncita —le encantan los apodos—, ayudaba a sanar.

»Alcanzamos la entrada del edificio —calle tres, Los Castaños— en el momento justo para cruzarnos con misia Lucía en persona, quien nos comprometió sobre la marcha para un asado llanero, mejor si pronto.

—¿Qué tal la pierna? —preguntamos, una vez que Tulio nos condujo a la pieza del fondo.

—Mejor que antes del plomo —bromeó—. Lo que me queda por chequear son los cien metros planos en diez. La semana que viene me reto... ¿y ustedes?

—En ascuas —le dije.

—No está durmiendo bien, se sobresalta —dijo Diego: lo miré, ¿era verdad?

—En casa de herrero... ya sabemos —refraneó Tulio al tiempo que hacía reposar la pierna sobre un escabel acolchado.

—Trato de ser optimista, pero siento que no avanzamos.

—Avanzamos... —dijo.

Tuve que pedirle excusas: era una torpeza de mi parte.

—No se me preocupe, querida amiga. Agárrese de la brocha que le tengo noticias... ¡Cristina! ¡Cristina! Un cafecito para Carmen Luisa y una cervecita para Piquijuye.

Cristina, la hermana, que ya estaba raboteando y trastean-do entre la cocina y el lavadero entró entonces en escena, ¿cómo estabas tú, Carmen Luisa?, muá muá para ti, porque lo que era para aquel otro tipo ella ni saludos, ella nada, la cerveza por mínima cortesía, pero que no fuese a creer. Diego, que la ha estado bromeando y coscorroneando desde niña, saltó hacia ella y, antes de que la muchacha se diera

cuenta, ya la tomaba por la cintura, la bailaba y le sellaba el cachete. Cristina, un primor, le gritó loco, le ibas a voltear el vaso, chiflado, para no hablar de lo que iba a pensar nuestra dama aquí —picadita de ojo para mí—, y con la misma, aérea, colocaba el mandado en la mesa de noche, esparcía el beso voladito y de yema de dedos a la concurrencia, chaíto, adorados, desaparecía hacia sus oficios, no sin antes, ¿cómo se las arreglaba usted, damita, yo, para soportar a aquel bicho peludo con pezuñas?, ¿ah?, desaparecía. La pobre había estado toda la vida encaprichada por este plasta, decía Tulio.

—Bien, a lo nuestro. Los dos pajaritos están tan embadurnados de mierda que deben estar respirando por un pitillo —retomó El Sabueso el hilo, tanteándose la pierna—. Con el perdón de Carmen Luisa.

—Déjate de protocolos, Sabueso —lo precisé.

—La Madama y el... ¿cómo lo llaman ustedes?, ¿El Cabrón?...

—El Chulo...

—La Madama y el Chulo tienen un prontuario del tamaño de la guía telefónica.

Diego y yo nos miramos, ¡bingo!, en silencio.

—Pero sueltos y en la calle para seguir jodiendo...

—Usted lo ha dicho —El Sabueso ahuecó la pierna sobre el soporte, ¿le alcanzabas aquella crema, compadre, el tubito rojo de la cómoda?

Diego le alcanzó el tubo y se ofreció a ayudarlo en la aplicación. Tulio le agradeció el gesto, pero tampoco estaba en el hueso, Cronista, él se valía, además te podías aprovechar de la situación, bromeó. A continuación extendió el brazo hacia un pequeño baúl de tapa labrada en el que ni Diego ni yo habíamos reparado hasta entonces, extrajo una libreta y la hizo flamear sobre su cabeza.

—Aquí está todo, compañeros —me tendió el expediente, arqueándose sobre el escabel—... Hasta el mal del que se van a morir esas cucarachas.

Diego se acercó para revisar a cuatro ojos, pero fue El Sabueso quien comenzó a enumerar el prontuario, recitándolo:

—La primera parte está dedicada a nuestra Madama trasnochada, que podrá dirigir burdeles imaginarios de noche, como ustedes dicen, pero de día tiene los pies muy bien instalados en los billetes...

Lo oíamos, claro, pero los cartapacios se las traían.

—Perdona, Tulio, ¡esto es fabuloso! —tuve que interrumpirlo.

—¡Machete, Sabueso! ¡Cojonudo, compadre! —no paraba de gritar Diego con cada línea del expediente—. Venta de permisos a reposeros en la Oficina Nacional de Puertos, cobro de comisiones en la central de la Gobernación...

—...reciclaje de insumos en la Comisionaduría de Salud de Miranda... —relevé yo.

Esta vez fue Tulio quien nos interrumpió.

—El rosario del Chulo está en la segunda mitad, donde se ve la marca.

Busqué la referencia en la página donde sobresalía una pestaña de plástico, con una suerte de «ch» garabateada en creyón rojo.

—¡El tipo metía droga en la cárcel de El Coleo! —gritó Diego.

—O permitía meterla —dijo Tulio—. Vista gorda, billete gordo.

—Por supuesto, no hay pruebas —preguntó, afirmando, Diego.

Tulio recogió los hombros.

—Ya se los dije. Un soborno de juez aquí, un ruleteo de expediente allá, un «error de forma» aquí, un archivo quemado allá. El fallo se compra o se trueca, o es postergado con miles de trampas pequeñas hasta que caduca o se vuelve imposible porque los folios desaparecen...

—¡Mierda! —masculló Diego.

Sentí arcadas de vómito, lo juro.

—Pero tranquilos, hasta donde entendí, ustedes no pretendían poner en sombra a las dos torcacitas, ¿O sí?

—Yo los fusilaría si pudiera, pero no es el caso —dije; la voz me salió ronca y grumosa—. Dadas las circunstancias, hay que recordar el plan inicial: usar este récord como arma. Estoy segura de que en manos de Ludmila esta libreta es una bomba.

—¡Eso es! —aceptó Tulio—. Vamos a partirles el culo, compañeros, se los vamos a partir.

Me acerqué al teléfono para llamar a Ludmila.

—Supongo que el golpe de gracia depende del ministro —comentó Diego—... y de la distancia entre el despacho y los tentáculos de las ratas.

—Sin ese guaral no hay cabuyera —admitió Tulio.

—¿Puedo? —le pregunté, bocina—. Me gustaría darle la noticia a Lu para oírle el grito desde aquí.

—Es todo suyo, mi reina —y añadió para Diego—: tengo entendido que no es ficha de partido.

—No es ficha de partido —dijo Diego—, pero en este país nunca se sabe.

Marqué el número pero tapé la bocina con el pecho para terciar en la conversación.

—Ludmila está segura de que el despacho está ganado para la causa —dije—. Las lacras van a pedir la renuncia ellas mismas, apuesto, con el hocico cerrado y el rabo entre las piernas.

—Si logramos eso —cerró Diego para Tulio—, van a pensarlo dos veces antes de mover las influencias.

—Las van a mover, con toda seguridad —dijo El Sabueso—. Pero no para contraatacar, sino para cambiar de corral y pegarse a mamar en otra teta.

Sentí el impulso de lanzar mi segunda arenga incendiaria de la tarde, pero ya Ludmila respondía, te sentaras, mana querida, te tenía una bomba de muerte lenta.

Ella chilló por el cable unos segundos después; también Diego y yo mientras toboganeábamos hacia la playa, y mientras jugueteábamos en el hotelito; y también yo, ahora, mientras postergo el sueño.

¡Te siento ya, minúscula palpitación de vida respirando a un costado de nuestro aire!»

Capítulo XIII

(1982)

1

La pareja de columnas separadas entre sí por una distancia poco menor de un metro constituía el burladero ideal para practicar las dos tareas del menú: continuar con el ojo puesto sobre la nuca de El Tucán y, si a la presa se le ocurría volverse hacia él o, incluso, aproximarse más allá del límite de seguridad, parapetarse detrás de las moles.

Diego tanteó la base de la barba y comprobó, con resignación, que la situación empeoraba. Ahora no sólo parecía amenazar con desprenderse: toda la sección que se extendía desde la comisura del labio hasta el nacimiento de la patilla natural donde debía asentarse, cerca del lóbulo de la oreja, se había desprendido con el solo empuje de su tacto. Aquel había sido, justo, el detalle que lo obligara a modificar el guión. Bajo las circunstancias previstas, él no habría tenido que recurrir al escudo de las columnas, ¡providenciales por lo demás!, pero apenas subido el cierre de los bluyines y franqueada la salida del baño, y justo cuando, a unos metros delante de él, la presa se dirigía hacia las batientes de aduana, hete aquí que al maldito soporte de la banda no se le ocurre mejor trastada que empezar a aflojar. La reacción fue refleja: se llevó la mano izquierda al mentón, donde experimentaba el «cosquilleo frío» que anunciaba el desprendimiento, y, luego, aterrado por la posibilidad de que en el otro perfil estuviese ocurriendo lo mismo —con lo cual «la barba» se habría deslizado al piso—,

alzó también la mano derecha para chequearlo. Un cepillado áspero lo alivió: la mitad alterna continuaba en su sitio.

El Tucán, por suerte, no parecía tener la menor intención de moverse. El vuelo estaba en la lista de retrasos, y él, sin perderse del área próxima a la entrada de pasajeros, había optado por deslizarse hacia un recodo poco transitado y por sentarse sobre una suerte de maletín cuyo lomo apenas le dejaba lugar para el inmenso trasero. ¡Suerte que había tenido El Llanero de salir bien parado del careo a puños con aquel buey, si era cierto que aquel histórico desafío de Londres había tenido lugar alguna vez! Se avergonzó de dudar de las confesiones de Fernando y, para cambiar de canal, trató de ajustar el costado izquierdo del postizo al tiempo que se calaba sobre las cejas la visera de la cachucha.

Creyó registrar en la presa un intento por levantarse y cambiar de sitio, lo que, por un momento, lo obligó a ponerse en alerta; pero no, apenas se había tratado de un movimiento brusco, sí, pero a la par algo cómico, de El Tucán, para mantener el equilibrio precario que la fragilidad del asiento lo obligaba a sobrellevar. Entonces, sin ningún motivo aparente y como respondiendo sólo al peso de la vigilancia que él le asestaba sobre el costado expuesto, el rata se volvió hacia él, clavando la mirada de modo ostensible en el par de columnas y en su propio cuerpo, que las columnas, al menos en aquel momento, ocultaban sólo a medias.

Aquel fue el primero de los tres incidentes que en su inventario posterior, ya en la bañera tibia, ya digerido el papelón, él determinaría como «los momentos» del episodio bufo —o mejor, del episodio que terminaría siendo bufo—. Lo decimos porque, como si la mirada vacía de El Tucán hubiese actuado al modo del resorte disparador de un títere y no como la mirada de El Tucán, nuestro héroe embozado saltó hacia la sombra de la columna, pegándose contra la obra limpia, a pesar de que ninguna punto cincuenta barría el aire ni perforaba los objetos. No era temor, por supuesto; simple torpeza.

¿Se sentía incómodo con el personaje que pretendía reproducir en un estilo tan desmañado? Entrevió que la presa había regresado a la posición inicial y aprovechó el descanso para subirse los lentes oscuros. ¿Qué detalle equívoco había hecho colapsar el soporte de la barba? ¿Cuándo? Tal vez en el café, en el momento en que intentara secarse los labios con un gesto demasiado descuidado; tal vez en el baño, cuando la presa se le perdiera de vista fugazmente en el área de las pocetas y él se secara la frente sin atender como debiera a los bordes. Novatadas, suponía.

Se hallaba en medio de estas piadosas consideraciones cuando se produjo lo que él, más tarde, relataría ante Tulio como el primer acercamiento. El uniforme no lo ocultaba, lo difundía; y el tipo no se comportó como el estereotipo, fue amable: se acercó, inexpresivo, a las columnas gemelas, y con la misma le preguntó, inclinándose levemente como para tratar de pescar algún pormenor que la sombra de la columna o la visera o los lentes oscuros podían estar ocultando, si se sentía bien.

—¿Se siente bien, amigo? —eso le preguntó el tipo—. ¿Puedo ayudarlo?

Una pregunta un poco idiota, si se quiere, pero no fuera de inventario. El tipo había elegido una «maniobra comodín» que le permitiera bucear en superficie sin atropellar. No lo había llamado señor, sino amigo. ¿Respondía al empaque de la gorra, los bluyines y la melena de roquero que, sin duda, le restaban edad al «sospechoso»? ¿Por quién lo estaba tomando? Iba a responderle que sí, por supuesto, que se sentía en forma para arrancar en el maratón olímpico si fuese el reto, y que no, por supuesto, que no necesitaba ayuda de ninguna clase, cuando se percató, tal vez por la manera como el vigilante aeroportuario contemplaba el mentón (¿era la propia mandíbula, acaso, y no la barba postiza, la que estaba a punto de desprenderse y caer sobre las baldosas?), se percató, digo, de la urgencia de la circunstancia: los pelos sucedáneos

fuera de sitio, las espasmódicas estiradas de cuello sobre el hombro del guardia a fin de mantener el control de la presa y, lo peor quizás, la posición que la brusca fisgoneada de El Tucán le había obligado a asumir —la de aplastarse contra las columnas al tiempo que recubría con la mano derecha el costado izquierdo de la cara.

—Para coger palco —sentenciaría Tulio más tarde—. Debías resultar un cuadro suficientemente conmovedor como para aplicarte el procedimiento preventivo... De estar yo en las botas de ese pendejo, te hubiera rodado al rompe, Cronista.

—No consideró que hubiese motivos —respondería él, los minúsculos grumos de pegamento resistiéndose aún sobre la piel de los cachetes.

—Lo consideró, pero te tuvo lástima... él mismo me lo aclaró después.

Estarían, estaban atravesando, camino a la ciudad, el segundo Boquerón. Tulio manejaría, manejaba. Él encendió la luz interna para insistir sobre los pegostes.

—El dolor de muelas —diría, dijo él.

—Perdón...

—El dolor de muelas, digo.

Fue, en efecto, lo que se le ocurrió en el momento. El aeroportuario le observaba la mano sobre la mandíbula y él pensó en aquello.

—Me está doliendo una muela —le dijo, al tiempo que cargaba la cara hacia el cuello: la escena había llamado la atención a El Tucán, quien de nuevo barría la zona a pupila.

El guardia hizo un gesto hacia su derecha.

—Tenemos un botiquín de primeros auxilios, si quiere...

—No, no... —se apresuró él: te sacudieras—. Se lo agradezco pero ya me tomé un analgésico... Un gramo... Aspirina... Me tomé una aspirina.

El vigilante se despidió y se alejó, volviéndose cada dos por tres.

A estas alturas del libreto, le diría luego a El Sabueso, yo ya estaba arrepentido de la decisión.

—¿Cuál de tantas? —mamaría, mamá Tulio.

—La del disfraz, por supuesto, bolsa.

La idea del disfraz había sido suya, pero el asesoramien- to había sido importado. Fernando, claro. Cierto que la del maquillaje no era una labor específica de El Llanero, pero le andaba cerca. ¿No eran teatro y trucaje casi sinónimos? Fernando lo escuchó, lo alentó, pero para hacerte el trabajo el hombre no era yo, Cronista, le admitió, si no, con mucho gusto. Sebastián. El hombre era Sebastián: el maquillador del Alfa, un experto en su oficio, como sabes; él mismo se encargaría del contacto. Gracias, viejito, pana. Pero el contacto abortó: el hombre andaba de trabajo por el interior, tres semanas al menos... lo había olvidado. ¡Tres semanas, Llanero! ¡Estabas loco, pana! ¡El avión de las cacaítas tenía hora y fecha!

Estaban conversando mientras practicaban la caminata enérgica del día, un ritual al que Fernando no renunciaba ni por el Nobel de teatro. Entonces fue cuando a El Llanero se le prendió la sesera: se ofreció de bateador emergente.

—Lo he visto hacer docenas de veces, Cronista —se pavoneó—... Es pan comido, créeme...

No tuvo que insistir.

—¿En serio, hermano? —detuvo la marcha y obligó a Fernando a detener la de él, ¿le echabas el hombro con aquello?

Fernando siguió moviendo las piernas sin avanzar, lo tomó por el brazo y lo miró como si fuese a diagnosticarle la córnea.

—Es cuestión de escarbar los rincones del baúl de utilería —decretó, mañana a mediodía podían darle.

Quizás hubiese resultado interesante el interrogar a Fernando, tan previsivo en otros menesteres, por el despropósito que lo llevara a ofrecerse para una tarea que no dominaba, en

una circunstancia que no lo involucraba y que, por añadidura, podía derivar en una peligrosa exposición para El Cronista, pero el punto de mira de este capítulo no lo habría permitido sin forzar el pulso.

Tampoco Diego se lo permitió a Tulio cuando éste,

—Improvisación —dijo—. ... Una improvisación temeraria y doblemente delicada, si tomamos en cuenta que no se arriesgaba él, te arriesgaba a ti.

—No vamos a cargarle la mano a El Llanero que fue quien nos puso en las claves de Luis Pardo —protestó él—. La idea fue *mía*, viejo, la responsabilidad es *mía*.

—Tranquilo, potro. No creo que nadie esté interesado en alquilártela —mamó Tulio.

Un sol de naranjas soplaba el asfalto. En el viaducto, la larga sogá de carros apenas se arrastraba.

—Bueno, al menos no pasó a mayores... —un grumo amarillento y pastoso se le enredaba en la ceja izquierda.

—¿Gracias a quién? —abombó el pecho Tulio—. ... gracias a papaíto aquí. De no haber tenido el buen pálpito de dejarme caer por la zona, alguien a quien conozco no estaría regresando a su casa con el pellejo intacto.

—Ya te colgué la Gran Estrella del Valor en Combate varias veces, Sabueso. No te me pongas ladilla. ¿O quieres que te dedique un bolero?

—Me lo merezco. Pero puedo contentarme con una paellita marinera, para ahorrarte problemas.

—Lo pensaré —mamó él, y disparó el grumo contra el parabrisas.

En efecto, El Sabueso estaba en lo cierto. Pasado el incidente del dolor de muelas a la medida, y mientras el aeropuerto se alejaba hacia las oficinas ejecutando una especie de baile de San Vito sin ritmo que lo llevaba a volverse hacia las columnas y hacia «el nervioso de la mandíbula dolorida» un paso sí y otro no, Diego estimó que la finta no había resultado tan exitosa como creyera en un primer momento. En cual-

quier caso, el objetivo no era el vigilante, sino la presa. De pronto se percató de que el chequeo del aeroportuario lo había hecho olvidarse de El Tucán por al menos tres minutos, tiempo suficiente como para que... Barrió a ojo, alarmado, el área: una pareja con un bebé de cochecito ocupaba el sitio de la presa. Lo sabía porque había tomado la precaución de fijar un punto de referencia confiable: la tercera puerta de vidrio. A pesar de esto, se permitió el beneficio de la duda. Deslizó concienzudamente el barrido metro a metro, primero hacia la izquierda, luego hacia la derecha y, finalmente, en profundidad sobre la línea de visión, a pesar de que esta maniobra —si el mover el ojo podía merecer ese nombre— lo llevaba a un foco situado más allá de la barrera aduanal, un sitio vedado en circunstancias normales, no sólo a visitantes y curiosos, sino, de manera especial, a los sospechosos. Pronunciaba sin pronunciar la palabra sospechosos cuando cayó en cuenta del equívoco: la presa clasificaba en aquella categoría sólo para él, de ninguna manera para el resto del paisaje. Incluso, se alarmó a solas, con los contactos del *gang* no resultaba nada extraño que el rata hubiese sorteado la barrera catapultado por un salvoconducto... hasta diplomático. Pero el desplazamiento —inmóvil, ya sabemos— hacia la zona vedada no le reportó novedades.

Se hallaba sumido en estas lamentaciones, y razonando que acaso la decisión más acertada fuese la de hacer mutis por el foro, cuando hete aquí que por la línea de fuga del paisaje izquierdo, justo al lado de la máquina de refrescos, reaparece el diana, ahora acompañado. ¿Por el presunto capo que aterrizaba? Negativo: por alguien que parecía un pez del acuario habitual...

—¡Repítame esa vaina! —le urgiría, le urgíó Tulio después—. ¿Un tipo de allí, del plantel del aeropuerto?

...un pez del acuario habitual —seguiríamos narrando nosotros, horas antes, o mejor: años después sobre horas antes— nadando junto a la presa como dos felices amasijos de carroña.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —diría, dijo, dirá Tulio al pasar por el segundo viaducto.

¿Quién es el tipo?, se preguntó, con toda probabilidad, en el presente narrativo, El Cronista. Sólo que ni en ese momento ni más tarde recibiría respuesta. Se aprestaba a deslizarse hacia un recodo más cercano a las carroñas cuando notó que desde el extremo opuesto del pasillo, frente a las puertas vecinas a las casetas de cambio, el aeroportuario interno que lo abordara momentos antes, conversaba con alguien que a todas luces debía ser un colega del cuerpo, y gesticulaba, al tiempo que señalaba hacia él. Fue este ademán —el del brazo extendido que lo localizaba en medio del tráfago habitual— lo que lo obligó a desatender de nuevo la presa para ocuparse del dueto para quienes él ahora resultaba el perseguido.

Como suele ocurrir en los sainetes —y aquél ya lo era—, el percance agravante coincidió con la bajada a tramoya de la escena tragicómica. Tan pronto los aeroportuarios marcharon en paso marcial hacia su zona, sintió que el costado derecho de la barba, fiel hasta entonces, comenzaba a ceder con una urgencia aún mayor que la de su contraparte. Discurrió que el recurso de las muelas aún estaba vigente, así que, a pesar del estrafalario resultado, fue ésa la finta por la que optó, entre otras razones porque no disponía de otra.

¿Debemos agregar que esta vez el dúo uniformado venía por lo suyo y que, haciendo a un lado la patraña que ya conocemos, obvió formalidades, y en el más clásico estilo del gremio conminó a nuestro barbudo en apuros a pegarse contra la pared, manos sobre el muro, piernas separadas, con lo cual la banda de vellos cayó, ahora sí, dejándolo al descampado? Podemos agregarlo porque así ocurrió.

—Di lo que tú quieras —opinó Tulio después—, pero si papaíto aquí no aparece en ese momento... ¡Y menos mal que la maldita barba ya había dado lo suyo, porque si no es así, paso de largo!

—Te compondré el bolero, Sabueso, te lo juro... —mamó Diego, ¿«El cielo te trajo»? ¿«Dónde estabas, vida mía?»? ¿«Nací cuando te miré»?

—... Estabas en salsa, Cronista —continuó El Sabueso, sin prestarle atención—... ¡Y sin un papelito de mierda que te identificara!

—No me lo recuerdes...

No se lo recordaremos a Diego, se lo relataremos a ustedes.

En efecto, los aeroportuarios, entre risitas y amenazas, creían estar frente a un loco en pleno brote: ¿siguiéndole la pista a quién?, ¿y el disfraz?, ¡ah, periodista!, de periodistas ya tenían ellos un rollo, ¿carnet?, ¿cédula?, ¿licencia? ¡¿Nada!?! Usted no existía, compañero, usted simplemente no existía y estaba clavándoles un cuentico al que ellos no le arrendaban la ganancia, ¿no era así, compadre suyo?, al otro.

—Ya te rodaban, viejo —dijo Tulio, más tarde.

¿Lo rodábamos, compadre? ¿Qué opinaba usted?, consultó ahora el primer compadre.

Y entonces apareció El Sabueso. Apareció papaíto aquí, dijo Tulio luego.

—El poder de la chapa —dijo él, Diego.

—Y sin conflictos de jurisdicción —Tulio ya se salía en Plaza Venezuela, ¿iba el risotto, la pizza, la marinera, entonces, Cronista?—. Vamos a reconocerlo: los tipos no se pusieron brutos...

No. La chapa de Tulio, sí, ¿DTI?, no había problema, compañero, ¡qué problema iba a haber!, ¿conocía usted a este... caballero? Cero problemas, pero se lo llevara por la sombrita, lo aconsejara, usted sabía, mirándose los compadres, dándose codacitos, riéndose por lo bajo.

A todas éstas de El Tucán, del pez añadido y del supuesto capo viajero no quedaba ni el celaje.

Una mala tarde la tenía cualquiera, viejito, lo calmó Tulio. ¡Si te contara el tamaño de sus propias cagadas!, ¿le daban a un par de birritas antes de la pasta?, él invitaba, ¡forza, Piquijuye!, él pagaba.

2

Diego se vio obligado a subirle el volumen al reproductor para llenar el vacío acústico provocado por la ausencia de Tulio. Las tonadas republicanas del 36 le regresaron la imagen de padre. Semanas atrás, después del atentado, don Manuel lo había llamado: no, no se trataba de que quisiera saber de tu salud, estaba seguro de que aquel rajuñito no había servido ni para hacerte cosquilla, hombre, vengan a almorzar mañana, vinieran, coño que tu madre nos tenía, les tenía a ti y a Carmen Luisa y a la majita, un cocido que ni te contaba. ¡Como en los viejos tiempos!, celebró La Sigmuncita; y él sospechó que aunque la tregua en la batalla oral se había prolongado por meses, el viejo quería verlo para volver a las chácharas políticas de antes, esta vez, acaso, sospechó de nuevo, para moverle la lengua sobre el fardo sucio por el que sin duda caminaba el atentado. Y bueno, ahora no sólo acertó en la conjetura, sino que, por reflejo añadido, también él se encontró la tarde siguiente deshilvanando ante su padre los argumentos que apuntaban a sus artículos y que padre, zorro viejo donde los hubiera, ya los tenía más repensados que tú, chaval, y sin la información que tú y los tuyos manejaban, joder, y por allí había seguido, con el vino en la mano, celebrándole al hijo los cojones que mostrara al escribir lo que estaba escribiendo, digna astilla de su padre como era, la misma estirpe de soñador, de utopista, de revolucionario que sus viejos habían exhibido, porque tu madre también era una de los nuestros, calladita y todo, pisapasito y todo como la veían, sí, y con una voluntad de la que la derrota, el invierno del 39 en

la frontera y el campo de Argelès contigo ya flotando en los líquidos del vientre, podían dar fe, si hubiese alguna duda, ante lo cual madre, recia y menuda, en sus correctas galas antiguas y con un rostro sonrosado, que lucía como recién pasado por aguas y por talcos, alzó el brazo izquierdo con el puño cerrado al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro, y sonreía con todos los dientes y le lanzaba un guiño cómplice a La Sigmuncita. Aquella tarde, don Manuel mostró el mismo talante, chispeante, de las tardes antiguas.

—Míralo, Carmen Luisa, ¿no es increíble? —dijo madre, batiendo palmas por lo bajo desde la cocina—... parece que nunca hubiera sufrido aquella mala hora del ataque.

Era cierto. Don Manuel lucía con la energía de las verbenas del 35: cantando, insultando al árbitro de la televisión que, joder, estaba más ciego que el ciego del lazarrillo, chachareando de gastronomía peninsular y colgándole palmadas por los hombros al hijo. El infarto parecía lejano y Diego se sentía extraño con aquella mezcla de orgullo y de ternura.

—Esto se cuenta y no se cree —le susurró Carmen Luisa en cierto momento, aprovechando una excursión de don Manuel hacia el baño—. ¡Estoy por creer que está celebrando el atentado! No me malinterpretes. Quiero decir que aplaude el que hayas salido bien del trance, claro, pero también que el trance en sí ocurriera, es como si...

Él la interrumpió.

—Como si el atentado tuviese el significado de una condecoración, la Gran Estrella al Valor en combate, o algo así —padre se acercaba y él se vio obligado a bajar aún más la voz mientras se inclinaba hacia La Sigmuncita—. Ya lo conoces: la campaña de prensa, las denuncias, todo esto lo ha agitado mucho.

Don Manuel se desvió hacia la cocina, donde madre y Eudocia, que ayudaba en las tareas de la casa, vigilaban las hornillas.

—¿Sabes lo que me contó tu mamá? —añadió Carmen Luisa—. El viejo ha estado coleccionando meticulosamente todo lo que tú publicas y las noticias que salen en relación con el caso.

Don Manuel se detuvo en la entrada de la cocina para recordarle a doña Rosario que tenían que abrir el vino para el cocido de una vez, si querían que respirara, él no podía estar pendiente de todo, ¡hostias!

—No me extraña —dijo Diego—. Él tiene su lado compulsivo. Siempre ha sido ordenado, detallista incluso, aunque yo creía que eso se le había aliviado algo con los años. Se ve que todo este lío lo ha movido otra vez...

Carmen Luisa se había levantado, el televisor había perdido imagen, y padre, desde la puerta de la cocina, joder, que estaban moviéndola en el área... que iban para el arco.

—Creo que no lo agarraste completo —le aclaró La Sigmuncita, de vuelta—. Te ha estado coleccionando desde los años de la renovación... Aquellos artículos tuyos en... ¿cómo se llamaba la revista?

—¿*Página libre*? —Diego alzó las cejas.

—Eso, *Página libre*... —dijo Carmen Luisa.

El Cronista estaba asombrado.

—¡No puedo creerlo! ¿Te dijo la vieja eso? ¡Aquello era anarquismo puro y destilado!... —miró hacia la cocina para localizar a padre—. ¡El viejo guardando a Bakunin!

—Dos carpetas tiene —explicó Carmen Luisa—. O más bien dos tipos de carpetas: las del período de la renovación, las que siguieron, los comienzos en la prensa grande, y estos de ahora, los de la campaña y sus alrededores... Al lado, por supuesto, del fajo de recortes de la guerra civil. Te quiere demasiado, mi amor, ¡es un viejo fabuloso!

A él no le quedó otra alternativa que estar de acuerdo. La tarde, entre el cocido, el fútbol y el vino tinto fue atravesada de parte a parte por el discurso vehemente del viejo. Una pieza de colección en una historia de verbos que no había

sido precisamente avara en prodigios. Trazó la evolución de las sociedades mercantiles desde el siglo XIII hasta la fecha, desmontó la lógica implacable que subyace al beneficio en las instituciones financieras y listó un inventario de las innumerables fisuras legales por las cuales, no satisfechos con la tajada «limpia», ¡se cagaba en diez!, los tipos echaban mano de la tajada sucia. De seguidas, citó a Marx y, claro, a la conseja brechtiana sobre bancos y ladrones para cerrar con su ariete favorito: la profecía concreta de la inevitable revolución que instalaría el Socialismo Planetario. Diego podía imaginárselo en Madrid, en las incendiarias asambleas breves de los treinta, en los turbulentos meses que siguieron al triunfo de la República, boina roja, puño alzado, arengando a la multitud ahora en Barcelona, desde una tribuna improvisada por los lados de Vía Layetana. A la altura del postre, ya todos lo sabían, matizaba el quesillo con una «anecdota caliente», ¿la lucha en Guadarrama?, ¿los combates de Teruel? Hacia el café se permitía dictarle algunos consejos al hijo, ahora que estabas en plena refriega y con un plomazo en el hombro, joder, que de plomos él podía hablarte hasta la medianoche. Si Diego hubiese estado necesitando una lanzadera verbal y emotiva que lo impulsara en su carga contra las «ratas de cuello blanco», como prefería llamarlos don Manuel (y ellos se figuraban una corte de roedores con trajes cruzados de lana y camisas italianas y corbatas de Gucci y se deshuesaban de la risa), en las conferencias de padre la habría conseguido de primera. Y, aunque ese no era el caso, las celebraban desde el singular placer con que las vivía. Consejos más, consejos menos, aunque El Cronista no dejara ni por un momento de prestarle atención y oídos, la norma era que el viejo rematara apelando a los buenos oficios de Carmen Luisa, guapa, para que su experiencia no cayera en saco roto, ella, guapa, sí podía ser escuchada por aquel cabeza dura porque a pesar de que ella fuera marxista como él, don Manuel, lo era, tenías el recurso infalible de tu encanto, hasta

te daba permiso para que se lo susurraras al oído, sobre la almohada, las recomendaciones, decía él, guiñándole una y otra vez, maja, para desportillarle la defensa, descolocarle al arquero y anidarle la bola por el ángulo de los palos hasta el fondo de la red a aquel arisco ideólogo empeñado en dar la patada en el sitio errado, ¿anarcos a él? Esta puntilla de cola iba directa a Diego, quien ya la esperaba, la extrañaba incluso de tanto que se había rezagado aquella tarde. Carmen Luisa, que también la veía venir, no necesitaba de los codazos por lo bajo de madre para apagarle los dardos y derivarle el juego quisquilloso hacia terrenos más distantes de la «experiencia anarquista de Aragón» y menos lejana de la paz que una aguja en el occipital, provocada tal vez por los vasos de tinto que se permitiera, empezaba a hacerle desear con urgencia.

Por suerte, la súbita intervención de la niña, que había dejado de lado el minúsculo coche de juguete y ahora se arrebujaba en el regazo del abuelo a conversarle de sus temas todavía infantiles y a descolocarle los lentes de un manotón, provocó el urgente cambio de tópico que reclamaba la preservación de la sobremesa. ¿No era aquello un *penalty*?... ¿Cómo se le ocurría al maldito árbitro dejar pasar una cabronada de ese calibre? Y como iban, venían, padre se deslizaba del fútbol a la política, de la política a la historia y de ésta a la vida privada, familiar, para regresar al origen y cerrar el anillo y abrir otro aire. Fue una tarde espléndida que le dejó el regusto de una fecha bisagra, ritual casi, sobre todo en lo que atañía a su relación con el viejo, y, recíprocamente, del padre con él y con su disidencia de esa ortodoxia, comprensiblemente sagrada a los ojos de quien había vivido por, y muerto casi por, y ahora observaba al mundo y al tiempo desde la epopeya que todavía lo atravesaba a distancia y desde la drástica proximidad de la muerte.

Diego había dejado atrás la avenida Roosevelt, bordeando la redoma de Los Símbolos y ahora cruzaba a la altura de las

Tres Gracias hacia Bello Monte. Los vestigios de la manifestación de la tarde marcaban aún la intensidad que había alcanzado la refriega —un alza en los pasajes colectivos enfrentada por 18.000 brazos—: aquí y allá, desde el arco de la puerta sur de la universidad hasta el extremo de la plaza flanqueada por las ramas dobladas de los sauces, vidrios, ladrillos, trozos de madera y metal, cauchos todavía humeantes, casquillos, cajas de cartón, tornillos y pedazos de trapos erizaban el pavimento obligando a los conductores a desplazarse en mínimo al tiempo que ejecutaban minuciosas maniobras de *slalom*. Diego pensó en los cauchos de su Fiat venido a menos, que le habían lucido algo lisos en la agachada del día anterior y se preguntó si había mandado a reparar o no el repuesto al que no chequeaba desde hacía meses. Sonrió en la oscuridad y tamborileó con los dedos sobre el volante. ¿Por qué sonrió y tamborileó en la oscuridad nuestro héroe? La respuesta es simple: se sintió, de repente, envejecido, y de seguidas se corrigió, «enmadurado, más bien». La buena conciencia que lo hizo preocuparse por un eventual accidente en aquel campo de batalla abandonado lo expulsó sin escrúpulos al pasado. Doce, tal vez quince años atrás había sido él mismo y sus comandos autónomos quienes, con piedras y palos, se enfrentaran a los pelotones del orden apertrechados de gases y de armas largas en una fisura de realidad que ahora le resultaba casi irreal. ¿Se había reblandecido? ¿Se trataba de una claudicación o de un cambio de estrategia, «de trinchera» como se decía entonces? Y, en cualquier caso, ¿era el periodismo en verdad otra trinchera o un disfraz de la «rendición de la voluntad»? No, no lo creía. Y en esto no estaba solo: un criterio que Carmen Luisa y La Flaca y todos los amigos que lo querían bien, compartían. Para no mencionar las reacciones tan espontáneas y cercanas de padre y de Fernando, por ejemplo. Se sentía entrañablemente cerca de El Llanero, aquel sin tornillos, algo ingenuo quizás, reflexionó, pero de ninguna manera desadvertido ni retrógrado. El «ex pareja de mi

pareja», como lo llamaba a veces, de mamadera. Buen tipo, como todos «los» y «las» que destilara la mítica cofradía.

La excepción había sido aquella insoportable ladilla de Antonio, quien, por suerte, había tenido el buen gusto de desaparecer del horizonte visible como si sus antiguos territorios hubiesen sido asaltados por una peste infame. Era evidente que sus intereses en la compañía publicitaria y el gusto enfermizo por el lujo y el dinero que el lujo requiere ocupaban un nivel mucho más prominente en su escala de intereses que la desechable amistad y la historia al parecer prescindible de la cofradía. Y no lo decía por él mismo, por Diego, que era, en comparación, casi un recién llegado al grupo, sino por el resto. Lo reventaban a pie de letra las consideraciones piadosas que todos creían oportuno confesar cada vez que en ocasión de su cumpleaños, una pascua o un jolgorio azaroso, se echaba de menos al inefable Peraloca. Marisela, por ejemplo, hablaba del «dolor polaco» y Carmen Luisa creía recordar que «el cambio» había coincidido con el solitario regreso de Laura a Europa. Él, por contraste, le había calibrado el hueso de lameculos desde la primera oportunidad en que lo viera. Fue una repulsión instantánea y mutua en aquel sarao de Fernando, la noche de su encuentro con La Sigmuncita. El cabrón de Antonio, con una voladora de pronóstico reservado, lo había bañado de vino. Un «bautizo» de pésimo gusto que, creo, ya fue narrado. Buen abrebo-ca, celebrado como un risueño equívoco por los próximos, que, en cambio, le sirvió a él para tomarle el pulso al mojón que tenía enfrente.

¿El mutis de La Polaca? Un resultado natural del olfato de esa espléndida mujer que merecía las atenciones de una pareja a su medida antes que el cordón de bufonadas con que la rodeara aquel payaso de utilería. ¿El corte de La Polaca? Hacía años que él no presenciaba una decisión erótica más atinada en una mujer. El que eso hubiese determinado o no el alejamiento correlativo de Antonio respecto al grupo, era

algo que a él, a Diego Sánchez, lo tenía por completo sin cuidado. En la balanza, una ganancia neta: ignoraba si existía un paraje más adecuado para que aquel pendejo se deslizara hacia su muerte que ese chiquero exquisito donde él y los de su estilo se dedicaban a forrarse la tripa de ñoña excedente, contante y sonante.

Giró en la avenida Beethoven, a la altura de la calle Mozart para trepar la cuesta de Bello Monte. Calculó la laboriosa jornada que lo aguardaba la mañana siguiente y acusó un estremecimiento que en parte provenía de la fatiga anticipada desde el agotamiento que lo minaba ahora y en parte de la convicción absoluta de que la esperada *gestalt* (maldita sea, La Sigmuncita lo había embadurnado con aquella palabreja alemana) estaba ya a la vuelta del codo, se lo decía la nariz. No importaba que las piezas estuvieran incompletas y en desorden, el trote del corazón le decía que el grito andaba cerca. Con dificultad, deslizando las piernas hasta el tope alfombrado detrás de los pedales, estiró los músculos. Por fin avistaba el edificio. Sentía una colmena de agujas contra la espalda, a la altura de la cadera y los ojos le escocían, pero adelantaba con placer el momento en que, sobre la cama, Carmen Luisa lo aliviara con uno de esos masajes a la columna... en los cuales una paciente —¿y dolorosa?— sabiduría de piel, y, por supuesto, el amor, la habían hecho diestra.

Fue en un infrecuente arrebató de espontaneidad (para alguien que celebraba la reserva y la discreción) cuando a fin de satisfacer el escozor de una pregunta suya, ella le confesara que, lecturas y observación apartes, entrenamiento y noviciado apartes, esa «maestría de ejecución» que te encantaba tanto, papi, que te entibiara tanto, su amorcito, no habría sido posible sin la participación de nuestro apreciado Llanero a título de resignado conejillo de indias (¿o de lapa de Barinas?, diría quizás él, Fernando, pero esto lo escribimos nosotros y no lo decimos). Ella le había pedido que cero celos, su amorcito, pero de gratis, de derroche, porque aquello ya lo habían

pactado desde el comienzo ¿te acordabas? Libertad completa, sin culpas, aunque ella nunca hubiese querido ejercerla. ¿Cómo, entonces, cabría un prurito en él? Ni de risa... ¡y retrospectivos y contra El Llanero por añadidura!

Se sintió a placer recordando ese pacto de lealtad libre (a La Sigmuncita, por razones estrictamente estéticas, le incomodaba el adjetivo «libertario») que, si faltasen argumentos para sostenerlo —que no era el caso— disfrutaba de cualquier modo de la dicha y se sintió a placer anticipando la emoción que le reservaba la jornada siguiente. No, ninguna claudicación, ningún ablandamiento: aquellas dos certezas que le hablaban desde el interior de la vida —y no desde su costra— bastaban para asegurárselo.

Cuando calzó la llave en la puerta del apartamento se hallaba en una especie de cenit. Un levísimo rumor de agua llegaba desde el baño. Se dirigió en puntillas hasta la cama de la niña. La habitación olía a sahumeros de telas, talcos y cremas de piel batidos por una imperceptible brisa que lograba filtrarse entre las láminas de la persiana. El frágil cuerpecito, como desde el fondo de un pozo, respiraba con el pulso del sueño. La besó. Ya tendido de espaldas sobre las sábanas, decidió que esperaría despierto a Carmen Luisa, que meditaba en la bañera. Era una bañera tan pequeña que, para darle el uso al que estaba destinada, debía asumirse la posición de loto. Él se lo había advertido, pero ella, antes que verlo como una limitación, lo había apreciado como una ventaja. A la larga, él mismo terminaría por darle la razón.

Carmen Luisa salió del baño con una toalla anudada entre senos y caderas, y un turbante húmedo de felpa cubriéndole el cabello, sin hablar, apenas sonriéndole, guiada sólo por las señales y los pasos que marcaban un ritual conocido, colocó en el mini un cassette de guarura —el *souvenir* que Amalia le trajera de su última incursión «al agua del sur, a la sangre», ya verías—, antes de arrodillarse sobre la cama, de cara a Diego que permanecía acostado sobre su espalda.

El colchón, aunque firme, no era el mejor apoyo para el masaje de relajación, prefería la alfombra, pero intuyó en él —y respetó— el cansancio que podía leer en el borde de los ojos. La técnica era una variedad de la que aprendiera junto a Fernando, en los meses en que esperaba el nacimiento de José Antonio; ésta de ahora, la había practicado por primera vez con Diego en la época de los tratamientos de fertilidad. Entonces era ella quien debía recibir, y él quien aplicaba, pero los resultados fueron tan espléndidos e inmediatos —reposo, paz, bienestar— que pronto decidieron compartir los beneficios alternando los roles de ocasión a ocasión, según las circunstancias. Se frotó las manos por hábito, a pesar de que había salido del baño sintiéndose tibia y relajada. Tomó la botella de aceite de albahaca, que reposaba sobre la mesa de noche y se lubricó las palmas antes de pasarlas, sin ejercer presión, sobre el pecho de Diego. Era una comunión con la respiración del cuerpo que yacía frente a ella, a través del contacto sin frotación, casi en reposo, de una piel contra la otra. No lo pensó, lo experimentó sin pensarlo. Permaneció así por unos instantes, dejando que la corriente fluyera de ella hacia él para volver a ella, alquimizada. El soplo dulce de la guarura se volvió más grave y apagado, hasta hacerse casi inaudible en el momento en que el arco de la respiración de Diego se demoraba sobre ella misma para hacerse a la par más profundo y más amplio.

Aquel era, según todos los comentarios de todas las variantes, el instante en que el portón sin lugar que separaba los cuerpos entre sí se abría para permitir que las dos naturalezas dialogaran. Pero este cambio, casi imperceptible, no era sembrado por el toque, ni por su recepción, ni por el cambio de paso en la respiración de él, sino por una certeza inefable, que sí, podía provenir de todos estos pormenores en conjunto, pero que no por ello dejaba de ser menos inefable. Esto, claro, tampoco lo pensó, se limitó a sentirlo, aunque no pudiera decir de qué parte del cuerpo provenía la sensación.

Permaneció indecisa por un segundo, mientras recibía el impulso que le dictaría el sentido en que, en esa noche, en ese encuentro, debían desplazarse los contactos. ¿Comenzaba por los pies para, recorriendo piernas, torso y brazos, terminar en la cabeza o seguía el itinerario opuesto? Por toda la vida anterior había aprendido que, casi siempre, cuando ejecutaban el recorrido de arriba hacia abajo, la sesión cerraba el ciclo enlazándolos cuerpo contra cuerpo en el anillo de la cópula. No ocurría lo mismo cuando la ruta que ejecutaban (¿quién la elegía desde fuera de ellos?) era la inversa, de abajo hacia arriba. Entonces la figura que resolvía el encuentro no era la fusión sino la flotación en paralelo y en reposo. Esta deriva natural hacia uno u otro cauce reposaba en una suerte de mecanismo instintivo, liberado por alguna señal apenas perceptible (como esos rituales milagrosos de ciertos insectos) y ajeno al papel —proporcionar, recibir— que a cada cual el azar le fijara en el momento. También en esta oportunidad la voz sin voz parecía nítida. La acató deslizándose hacia los pies que la aguardaban en el otro extremo de la cama, al tiempo que sostenía un especial cuidado para no tropezar al cuerpo en la maniobra o, peor aún, caer sobre él.

Diego continuaba relajado, nadando en una respiración regular, con los párpados cerrados, pero ahora ella había creído sorprenderle una leve mueca en las comisuras de los labios que, en cualquier otra circunstancia, podía haber pasado por una sonrisa. No lo era de modo estricto, sólo lo parecía: se trataba de un ademán aquiescente y cómplice que, espigando en él (pero al margen del control de él) llegaba a ella para corroborarle que el itinerario elegido era el que su cuerpo, o más bien los cuerpos, ofrecía. Ella lo sabía de primer dato porque muchas veces, al estar recibiendo de él, se había sorprendido en el mismo gesto involuntario o en algún otro que de forma análoga expresara su complacencia por la sintonía que, una vez más, ocurría. Se sintió dichosa, pero no porque

la mueca de Diego la aliviara de alguna duda con respecto al itinerario —pies en primer lugar— que su intuición había escogido —algo impensable puesto que la duda no tenía cabida allí— sino por obediencia al mismo impulso de celebración que se experimenta ante la llegada de los eventos naturales y cíclicos: las mareas, el inicio de las lluvias, el amanecer.

Ahora la guarura llegaba acompañada por el sonido seco y leve de un cuero que desde el comienzo se aparejó al baile de su respiración —la de ella— y no a la inversa. Tomó el pie de Diego en sus manos y se percató, al mirarle el pecho desnudo, que la danza había dejado de ser de dos, para ser de uno. Fue entonces cuando inició el tibio deslizamiento de sus dedos sobre la planta del pie.

3

Tal como El Cronista había intuido, hacia las semanas finales de aquel siniestro año de 1982, las aguas comenzaron por varios caños de modo simultáneo, y en lo que a él atañía, a volver a su cauce. Decimos bien en lo que a él hacía porque en cuanto a los pasos del país, la marcha no podía ser más cojitranca. La caída de los precios del aceite negro, que en la década anterior se habían disparado a cifras cósmicas para alimentar los despropósitos de ese gigante fofo que la propaganda oficial rotuló como «La Gran Venezuela», determinaron una hinchazón en los números rojos del bolsillo de la república como no se veía desde los tiempos de las vacas flacas. Previendo el derrumbe de la moneda y el correlativo control cambiario, los menos desavisados rasparon las ollas para hacerlas divisas y, espaldas a cubierto, las colocaron a buen seguro en cuentas, como dijo después la noticia, «más allá de las playas». Aquella era la pieza final del rompecabezas: la primera gran devaluación de la moneda en veinte años de la cual, a toda seguridad, nuestros «raspadores» particulares

habían sido advertidos, con una celeridad digna de mejores causas, por los propios devaluadores. ¡La entente ideal! ¿Cuánto lucro aportó a cada socio esta «operación susurro amigable»? Imposible precisar. Para el abre bocas del año siguiente, gracias a esta epidemia soterrada de protección de los baúles personales, ya se habían despedido de la Tierra de Gracia la bicoca de diez mil millones de dólares, una cantidad igual a la de las reservas totales del país en la divisa.

Sin embargo, en los días que nos ocupan, nadie hablaba en voz alta y pública del asuntico... y mucho menos de la catástrofe que el asuntico anunciaba. Los cachalotes de oído fino a quienes ya mencionamos habían sido alertados con una delicadeza de damisela, siempre *sotto voce*, siempre tarjetica que cae de guante desaprensivo. Y las sobras que escapaban hacia territorios aledaños no eran otra cosa que basura al descuido. Viudas que habiendo oído el pitazo en un teléfono corporativo ligado al azar con el de la comadre, vendían su vestido de novia conservado en bolitas de alcanfor para asegurarse su reposo funerario; puticas que a partir de un susurro de almohada corrían al banco para ganarle aunque fuese una mano a la incomprensible maquinaria del dinero.

Pero para El Cronista, aunque pudieran ser enlazadas en un mismo disparador que las causara, las reacciones ansiosas de la viuda y la putica, por una parte, y los delitos de los grandes cuellos y su guiño con piquete a los buenos muchachos del lavado, por otra parte, eran fenómenos del todo diferentes. Y, caigamos de maduro, no sólo porque las distancias fuesen abismales sino porque la nuez que los sostenía resultaba de una naturaleza por completo distinta en cada caso: lo que en el primero invitaba a la comprensión y hasta a una variedad de la piedad, en la otra urgía al asco y, así estábamos, a la preparación para una fumigación de base.

Por estas deliciosas vías caminaba la reflexión de Diego aquella noche de diciembre del 82, mientras conducía hacia Altamira al encuentro de Verónica. Sin embargo, si bien todo

esto daba cuenta de los movimientos convulsos de los muchachos del banco Blonacre, poco abonaba a su balance personal (a la libreta de cronista del *affaire*) de cara a la cobertura de los dos grandes agujeros negros que aún permanecían latiéndole en la charada. *Uno*, la figura que ejercía el rol de pivote en el abanico de pillerías del banco, permanecía sin rostro. Dos, el eslabón que anudaba a El Tucán con la mafia bancaria y que, por tanto, permitiría llegar a la eminencia gris detrás del atentado, seguía jugándoles a la guabina. Pero ahora, si el manjar que Verónica le anunciara para aquel encuentro era lo que él sospechaba, las piezas podían comenzar a encajar. Se oyó susurrar el verbo y de inmediato se sintió mal. ¡Maldita sea! A Verónica la despedían del banco por culpa suya y a él, cabrón ególatra si los hubiese, no se le ocurría otra cosa que saborear por anticipado el plato fuerte que la querida Fierecilla de otros tiempos le traía como regalo especial para la ocasión.

El golpe de ceguera que lo acogió no bien terminaba de cruzar la entrada que el portero del Piazza San Marco franqueaba para él, lo aturdió. Se podría decir que no conocía el sitio. Lo había visitado, por equivocación, dos años antes, y a pesar de que se lo sugiriera a Verónica precisamente porque le resultaba un lugar ajeno, no lo recordaba tan tenebroso. La esperable anfitriona de minilinterna que auxiliaba a los clientes no estaba donde debía, de modo que para evitar un tropezón o un accidente mayor, extendió el brazo hacia el fragmento de barra que se materializó por milagro sobre su izquierda —una superficie de madera pulida, con borde moldeado que hacía arco en una esquina—. El San Marco era un piano-bar que debía su éxito a la fauna aparejada en la que se había especializado: jefes con secretarías, zorritas con levantes ejecutivos, encuentros furtivos que requerían penumbra y diversos arreglos tarifados de pelo parecido. Una deprimente curiosidad, se dijo, o una curiosidad a secas —ya que no estaba en vena de juzgar—. Un sitio que él nunca habría elegido para una cita.

El piano se escuchaba al otro extremo: un bolero maltratado por la torpeza.

Cuando el ojo le regresó a la normal, rastreó desde el taburete el área visible —mesitas bajas con un opaco hongo de luz que se ordenaban en torno a la pista solitaria— y dos parejas de vasos —los rostros permanecían invisibles— en el paisaje de la barra restante que ahora se le ofrecía. Nada. Pensó que si Verónica estuviese allí, pendiente de quien entraba como debía estar, ya se habría acercado. Comenzaba a sisear para informarse con el barman cuando la silueta de Verónica se recortó a contraluz en la entrada, lo aisló de la penumbra gracias al gajo de luz sobre la barra y saltó al taburete que hacía esquina a su lado. Besito en la mejilla y cómo andabas tú, cariño, y qué de nuestra psicóloga particular y qué de Marinita. La niña, bien, bellísima. Carmen Luisa con sus pacientes, con sus conferencias, con sus arquetipos desdoblados que la ayudaban a vivir, según ella, pero de eso ya habían hablado alguna vez. De pinga esa tipa, la fascinaba Carmen Luisa, de verdad, Cronista, esa tipa era de pinga.

Cuando en aquella noche de cama, meses antes, decidieran que ésa sería la única y que continuarían viéndose *sólo* por el «compromiso de fumigación» en el que estaban estrechando manos, ella le había asegurado que podía manejar la situación, cariño, ¿cuál era el problema? Volvían a ser las camaradas que habían sido en los años de oro —le perdonaras la palabrita que ahora sonaba extraña ¿no?— y serían *sólo* camaradas, la tarea, pensaba ella, lo ameritaba y lo justificaba: a falta de la gran revolución, la pequeña fumigación. Y reía y, echada de espaldas, pedaleaba en el aire con sus piernas desnudas. ¿Podría ella sobrellevar la situación? ¿Terreno de camaradería a secas, sin ternura y sin sexo? Sí. Él creía que sí. Todavía recordaba el temple de Verónica, por algo le habían colgado aquel apodo. De cierto, el pacto había funcionado en los términos del acuerdo... A veces, sin embargo, creía entrever en algún ademán torpe, en alguna so-

breactuación, un fugaz nerviosismo que delataba algo de la tensión que, se suponía, no debía existir. Aunque, si se pensaba bien, las causas de la tensión, de existir, podían ser otras. El *stress* del trabajo e incluso la soledad. A pesar de que se trataba de una soledad elegida —ella insistía en que se trataba de una soledad elegida—, lo cierto era que ahora se hallaba sin pareja, sin hijos, en el paisaje agreste de los cuarenta. ¿Tenía en verdad la fuerza de la que se ufanaba? Y finalmente, estaba su situación en la empresa: quinta columna, yegua de Troya que, en todos aquellos meses, extraía información sellada para llevarla a las filas enemigas. Aquello debía ponerla tensa. Los afectados con seguridad se habían visto obligados a localizar la ranura interna por donde los datos drenaban: vigilancia, investigación, controles. Una circunstancia que debía perjudicarla, a pesar de la declaración de guerra en la que iba envuelta su decisión de jugarse el pellejo.

—Topo a todo, Cronista, me importa un carajo —blasonaba, vehemente—. Ya deberías conocerme.

En todo caso, la expulsión esperada —de alguna manera ella la esperaba— finalmente se había producido.

—No sin antes asestarles el palo marranero, cariño —decía, con estas acuñaciones de tierra adentro que a él le recordaban las salidas de El Llanero, por más que Verónica no conociera a Fernando—. ... En la misma cartera donde guardé la copia de la carta de renuncia me traje las listas finales.

Diego no veía el momento de revisar aquellos papeles, pero le pareció abusivo precipitarse sobre ellos dejando a un lado la nueva circunstancia de Verónica. ¿Había sido muy desagradable? ¿Te habían maltratado? ¡Ni de vaina! Por suerte —para ellos— habían ejercido la sensatez de no ponerse brutos. En el fondo no les quedaba otra alternativa: nunca llegaron a estar seguros de quién les estaba aplicando el supositorio. Ella había caído, pero con ella, siete u ocho más: palos a ciegas, lotería. De cualquier modo tenía un pie en la calle desde mucho antes de que se les ocurriera meterse en el

paquetico de la denuncia: el que le dieran de baja resultaba una ganancia neta.

Diego quería creerle, pero ignoraba hasta qué punto ella estaba siendo sincera... quizás sólo intentaba ahorrarle la culpa. Pero no: él le conocía aquel hoyito de comisura izquierda que siempre le asomaba en los ratos dichosos, y ella misma no se cansaba de repetirle que la invitación al plan no había partido de él sino de ella. Aun así, él le movió las piezas para provocarle el relato que en todos aquellos meses había estado esperando de ella: cómo era la cuerda floja sobre la cual la vehementemente fierecilla de la renovación 70, que aún tenía caninos y hormonas cuando se dijeron adiós diez años antes, había caminado hacia las oficinas financieras. Verónica bromeó: probablemente se trataba de la misma cuerda sobre la cual un anarco delirante que ella conocía, que aún exhibía espuelas y gritos en los días del adiós, había caminado hacia el trabajo en un periódico del *status* y hacia el hogar estable y la paternidad. Se rieron, golpearon la barra y brindaron. Y Verónica le regaló el relato que él esperaba en una hora de silencio atento por su parte, de cervezas con espuma a dos bocas y de un telón de viejos boleros caribeños sobre los que el pianista parecía arrasarse acezante. Al cabo, unas aceitunas, otro brindis —esta vez por el pasado reciente y por el presente, que si a ver íbamos no podía decirse que fuesen indignos— y una excursión de La Fierecilla al baño, dieron el permiso para que la noche se deslizara a la operación de las listas cruzadas.

Con un vamos a lo nuestro, Cronista, fue la propia Verónica la que abrió el corral. Para la tarea, que exigía espacio y discreción, debieron emigrar de la barra hacia una mesa apartada —recostada detrás de una gruesa columna, en la que él había reparado mientras la aguardaba—. Más tarde, cuando todo terminara, Diego recordaría hasta en sus pormenores más simples aquella cadeneta de sorpresas (rápida si se quiere, dada la faena de hallazgos) que comenzó con el despliegue de las listas cruzadas de Verónica sobre el mantelillo

salmón, continuó con el contraste de los nuevos datos sobre los movimientos de El Tucán que él había recogido camino al bar aquella misma noche —y que la llegada de Verónica le había impedido revisar— y culminó en el nudo del eureka y el grito de bingo con que el susto y la incredulidad de la revelación la ahogaron media hora después.

El soporte documentado de las denuncias que había publicado hasta entonces se basaba en los datos de la cartera de créditos, en las listas de beneficiarios y en la debilidad de las garantías proporcionadas por los favorecidos —cuando existían— y en los balances periódicos donde el renglón de cuentas por cobrar —las de los morosos mimados— aparecían de modo fraudulento en la columna de las cifras azules. Pillerías como arroz, había decretado Verónica en su momento; cabrones que cobraban y se daban el vuelto; fraude perfumado. Y él traducía para los lectores: créditos concentrados, empresas fantasmas con testafierros de fachada, avales piratas, ¿no se preparaba una quiebra fraudulenta en el fogón bancario?

Los términos eran claros y coherentes, pero genéricos... No podía ser de otra manera: la precisión resultaba arriesgada —y hasta irresponsable— en ausencia de nombres. Los banqueros que se hallaban fuera de aquella merienda presionaban al periódico, el periódico lo atornillaba a él y, a través de él, la sacudida reverberaba hasta Verónica.

—Maldita sea, Verónica, si no conseguimos los nombres de los cabrones, vamos a tener que abandonar el partido... —le había confesado él...

—No me presiones, Cronista, ni pidas perdón antes de tiempo.

—Sin nombres, me cierran las puertas del periódico; sin periódico no hay campaña; sin campaña no hay fumigación. Es algo que escapa a nuestro control; si por mí fuera...

Conversaban mientras daban vueltas al azar en el carro de Diego. La Fierrecilla, que no había podido dejar el tabaco a pesar de los esfuerzos, encendía un cigarrillo con la colilla del

otro. Si abandonabas el barco, tú, Cronista, ella seguía sola, y llegado el momento soltaba los nombres por la radio o por donde fuera, estallaba, comiéndose el filtro, distráelos, díles cualquier cosa... Ése es un tubazo al que nadie dentro del medio, que sepa el oficio, se puede dar el lujo de renunciar. Él admitía: les iba a pedir una semana más, prepararía una excusa. Dos, les pidieras no una, dos semanas, había apremiado ella. Él se había sentido atado por los dos costados: del otro cabo tampoco podía revelar nada hasta que el seguimiento a El Tucán revelara información.

Había logrado los quince días de gracia y ya en el límite, cuando se preparaba para la deserción y la vergüenza, hete aquí que en la misma fecha y hora se le aliviaban las dos torturas como si ambas líneas de trabajo hubiesen ensayado una drástica sincronía.

El pianista comenzaba una nueva masacre sobre «Pecado», ¿ya lo dijimos?, cuando Verónica desplegó los papeles bajo la opaca línea de luz que atravesaba la mesa.

—Bueno, aquí tienes a tus cabrones, con nombre y apellido —le dijo por lo bajo: el mesonero pasaba—... para que te des banquete. Créditos, corporaciones, testafellos, peces gordos. Tienes que pasearle el ojo en calma, pero me tomé la libertad de adelantarte parte del trabajo. Crucé la información. Allí está el resumen.

Diego atendió la sugerencia y tomó en primer lugar las dos páginas manuscritas que colgaban a clip en el envés de la portada. Una caprichosa disposición del bar, que regía para la noche, admitía el consumo de cerveza en la barra pero no en las mesas: así que habían ordenado una botella de vino que a Verónica, como a él, le gustaba, tinto y riojano. Llenó la copa de La Fierecilla y se aprestaba a hacer otro tanto con la suya cuando, sacado del pulso y paralizado por la lectura que iniciaba, derramó el vino sobre la mesa. Le pidió excusas a Verónica sin apartar la vista de los papeles, pero quien llamó al mesonero para que resolviera la trastada fue la propia Veró-

nica, alarmada como estaba por el cambio que Diego parecía experimentar a medida que recorría el contenido del resumen; se moría por preguntarle, pero la expresión asombrada de El Cronista rozaba el terreno de lo-que-no-se-puede-romper.

Fue Diego mismo quien al final del recorrido, sin superar aún el temblor de mano que lo había hecho derramar la copa, quebró el conjuro con una declaración tan pasional, que, no por su contenido lato o metafórico (esto sería asqueroso) sino por la entonación y el contorno mímico y gestual con que fue dicho, llevó a Verónica, días después, a recordarla eufórica, insistiéndole con la categoría de «poema».

—¡Mierda! —fue lo que gritó, pronunciando cada sílaba por separado al tiempo que miraba a La Fierecilla como si se tratara de una aparición sobrenatural, la reina María Lionza o Venus surgiendo de las aguas del Guaire, pongamos por caso, y no de La Fierecilla repetida y mortal que conocía—. ¡Mierda, Verónica, eres un genio, una princesa, una diosa, chaminna bella! —insistía, como si hubiese leído lo que nosotros escribiríamos años después.

Se oyó a sí mismo (y La Fierecilla lo oyó al unísono) mascullar incoherencias que iban desde el estupor (el previsible no lo podía creer, no lo podía creer, acompañado de la penulación cefálica de rigor) hasta el gemido de conflicto (¿y ahora qué hacía?, ¿ahora cómo carajo se los decía?), pasando por la indignación (¡el maldito hijo de puta! ¡el gran carajo!).

¿Por cuánto tiempo se sumió en aquella melopea, contradictoria a los oídos de Verónica, que variaba en ritmo y registro y volumen según la nuez de la emoción —fugacísima según podía apreciarse— que la sostuviera? Lo ignoraba, lo ignoramos incluso nosotros que podríamos estar acreditados para saberlo. Verónica lo contemplaba: una revisión tras otra del resumen como si pretendiera aprendérselo de memoria; un chequeo tras otro de las listas cruzadas; gruñido, balbuceo, copa de vino... incluso un cigarrillo (él, que jamás había sido aficionado al tabaco), al que desechó después de la primera

bocanada y el acceso de tos. Verónica lo miraba y lo escuchaba en silencio, arrobada por el espectáculo que ella misma había desencadenado con aquel par de páginas mal garabateadas durante el sopor de la tarde. Verónica lo miraba y tal vez fumaba y sorbía el tinto y se dejaba deslizar por el golpeteo del teclado que a veces la llevaba aguas arriba en el tiempo, doblegada por la melodía de los boleros —sí, bastaba la melodía— que sobrevivía por milagro a la desmaña del pianista.

Verónica miraba y Diego se dejaba mirar pero sin percartarse apenas de la presencia de La Fierecilla. En verdad, el shock de la revelación había sido tan agudo que la rendija de respiración que le restaba lo obligaba a desdeñar el entorno en favor de la compulsión que lo impulsaba a las páginas y, de allí, a pendular hacia las caras y las vidas del pasado. ¿Qué ocurrió entonces? ¿Fue una frase del pianista desprevenido o un ademán algo más acentuado de La Fierecilla o incluso el propio cierre del agotamiento? Podemos desentendernos del dato. Sonó en todo caso aquel bolero, «Obsesión», que la voz masculina de Toña La Negra —un registro hondo que sin embargo sólo podía ser femenino y, de alguna manera, sólo de ella— había divulgado en las noches del Caribe décadas atrás, y sonrió una mueca que ni Verónica ni él tal como él era ahora podían comprender porque ocurrió que volvió a verse, torpe adolescente dejándose mostrar los pasos de rutina por la madrina del básquet del Aplicación (¿Alicia?, ¿Gladys?) en la academia 2 x 3 de su propio cuarto, mover el pie derecho, balanceo, luego el izquierdo que lo persigue, ¡el izquierdo, loco!, gorgoteaba ella, mientras él, enderezado hasta el dolor seco en la entrepierna, sólo pensaba en apretarla y colocárselo y lograr que lo sintiera, y lo logró. Sí, justo cuando no había una barrera en el mundo, fraseaba La Negra desde el surco, y fue ella, Gladys o Alicia, no Toña, la que entonces perdió el paso y se ruborizó hasta las uñas y casi caía de no ser porque, aquí estoy, él sacó provecho a la oportunidad para anillarla mejor, inmovilizarla y encabillarla allá con toda

la torpeza pero también toda la ternura pero también toda la entera determinación que podía haber en un chamino de 13.

Muequeaba ahora y ella, La Fierrecilla, que no había comprendido la expresión embobada que había desfigurado la cara de Diego resultó tomada a sorpresa por la pantomima de un nuevo salto en la silla por parte de él, y un nuevo raptó de actividad frenética. Muequeaba ahora, cuando el piano acometía las notas donde Toña había confesado su obsesión contigo y había puesto al cielo de testigo de su frenesí, qué duda había, si La Negra estuviese allí, pero no estaba. En todo caso, los compases —desmaña a un lado— habían servido para lanzarlo al ariete de Alicia o de Gladys y de aquí a la conexión que terminó por cerrar la tenida con una goleada a su favor... que comprendía como bono emérito su pase a la gran final.

Él no se hallaba sacudido por la misma obsesión que parecía mover a Toña desde las teclas y desde el pasado, pero, practicando los ajustes de rigor, podría decirse que aquella cruzada en careta de Llanero Solitario tras el rostro de los malhechores de turno en la que se había metido aportando los cojones, mucho entrañaron de pasional. Y bien, él siempre había profesado la creencia de que la fuente profunda —y desconocida— de la que provenían tanto el impulso erótico como la chispa azarosa de la creatividad era exactamente la misma —atención: no decía semejante, decía «exactamente la misma»—. De esta suerte, a la deriva que lo condujo desde el estrechísimo bolero con Gladys o Alicia hasta el arqueo del informe sobre las actividades de El Tucán, no la estimó fuera de costumbre. Sería excesivo decir que el lugar en los «otros» papeles fuese un acto creativo... apenas si se trataba de una actividad postergada por el traqueteo de la noche... pero sus consecuencias, sin duda, no sólo entrañarían el valor de un verdadero descubrimiento —por más que su nariz, antes aún de la revisión de la primera línea, ya lo hiciera temer en esa dirección— sino que decretaría el final del

laberinto con una última galería a la que sólo le calzaban las medidas de la paradoja y el asombro.

Cuando terminó la lectura del «Informe Tucán» la euforia que le produjera la revelación inicial del resumen de La Fierrecilla ya se había volatilizado: en su lugar sólo quedaba una rabia sorda, a mitad de camino entre el asco y la decepción: el costado oscuro de aquella victoria que ahora le franqueaba el regusto del conflicto. ¿Ahora qué hacía? ¿Cómo decirselo a ellos? Por el momento, se dijo, debía recompensar la paciencia de Verónica, quien había reprimido su curiosidad oficiando un silencio ceremonial durante el despegue y el vuelo, para no hablar de la complicidad que, en justicia, la más elemental reciprocidad aconsejaba.

Le cumplió, refiriéndole las razones por las cuales tanto la lectura del resumen final que ella le había traído como la del informe de las actividades «tucaneras» que Tulio y su gente elaboraran, lo habían disparado a aquella especie de limbo por el que había estado caminando dormido durante la última hora. ¿Hubo algo de extraño en el pulso casi natural con que La Fierrecilla recibió su elaborado relato como no fuera el hecho de que esa aquiescencia terminara por provocarle la serenidad que desde el primer golpe de vísceras de la noche había estado necesitando? Aunque también tendríamos que darle sus créditos a los efectos de válvula de alivio y de «reflexión sobre la marcha» que el mero proceso de relatar comportó para él —pozo mediante, experiencia compartida, maceración, sabiduría acumulada mediante—, fue la actitud de Verónica la que, sobre todo, determinó la inflexión bienvenida.

Basta de rastrojo, ¿qué ocurrió? Él le narró lo narrable, se desvió en consideraciones sobre las apariencias y le confesó cómo él, querida mía, con todas sus declaraciones y sus baterías pesadas todavía no dejaba de sorprenderse con los dobles fondos de la naturaleza humana. ¡Colón redivivo

eras, Armstrong eras!, le mamaba entonces La Fierecilla, ¿en qué mundo te movías, Cronista? Y él seguía, pendejadas, lugares comunes en retahíla que comentaban el respiro entre un segmento y otro del relato que, hay que decirlo, avanzaba en medio de los mismos tropezones que jalonaban las reflexiones a las que daba lugar: uno nunca terminaba de conocer a nadie, Fierecita, chama, estábamos todos entregados a un incomprensible chapoteo en un alegre mar de mierda. Verónica, de nuevo, sonreía resignada, ¿estabas rascado ya?, ¿qué había sido?, ¿el vino? Hacía tiempo que no la llamabas Fierecilla; desde aquella fugaz cama meses atrás; y antes de eso, ¡maldita sea!, siglos, Diego, desde la renovación, desde el *campus* de la Hacienda Ibarra; sí, tenías que estar borracho ya, ¿pero cómo?, ¿con qué? Tampoco él lo comprendía, apenas si había dispuesto de una cerveza en la barra; y en cuanto al vino, el nivel estaba aún a media etiqueta, y sin embargo se sentía mareado y aturdido. Tenía que admitirlo: la revelación había ejercido un efecto casi letal en él. Un tris más y te infartabas, cariño, seguía bromeando Verónica, que había optado por las curativas artes del humor y de dejar que el cuerpo «en su vieja maña» asimilara los ganchos por debajo del cinturón y aguardara el segundo aire, chamín. Él tuvo que admitir que también en esto ella tenía razón, y recordó la relajación promovida por La Sigmuncita y el «dejar fluir» que el gurú reencauchado de Fernando le aconsejaba para los momentos en que la rueda del tiempo parecía trancarse. Esto lo sosegó pero no le limpió el cristal de inmediato: así estaba, confundido y con deseos de seguir dejando que algunos pedazos acaso agrios de memoria fluyeran a través del relato que a trompicones hilvanaba para Verónica, y que La Fierecilla de todas maneras recibía y celebraba.

Fue una noche larga, llena de vericuetos y alternativas, pero estrictamente verbal: terminaron la botella a pequeños sorbos espaciados, de tanto en vez le dedicaron un comentario nostálgico (el repertorio boleriano) y cruento (la ejecución)

a las sesiones del pianista, picotearon pasapalos prescindibles e, incluso, bailaron algún antillano ligero que los altavoces difundían entre un *round* y otro del tecladista, pero sobre todo, hablaron. Esto es, habló él. No hizo del momento una noche física, aunque sabía que una insinuación débil por su parte hubiese bastado para abrirla. Fue, en compensación (y ahora tomamos el dato del testimonio impersonal del futuro: cualquiera de las conversaciones recurrentes en las que inventarió para Carmen Luisa los rasgos de aquel encuentro), una de esas circunstancias en las que una revelación menor, un levísimo desligamiento en las capas de verdad, bastan para provocar el reacomodo drástico de donde saltan los huesos de vida que un momento antes desconocíamos.

¿Algún peligro? Para él, ninguno: ni siquiera el de un eventual nuevo atentado por parte de los duros, pensaba. El Tucán estaba bajo control, y el nombre que aparecía como un comodín, aquí y allá en los dos reportes lo llevaba a conjeturar que lo del atentado había sido el resultado de un equívoco (precipitación, jugada inconsulta, ruido en los canales). Ésta era una hipótesis que, como suele ocurrir, se le había ido imponiendo de manera natural al tiempo que conversaba. Revisó los alcances del hallazgo: ¡aquella cacaíta jugando a pivote en los meses de la candela! ¿Hasta dónde había llegado, en verdad? No, lo que tenía delante encajaba más en la metáfora de la papa caliente que en la del campo minado. El problema no era el peligro al que él se exponía sino la delicadeza con que debía manejar el resultado de las investigaciones a nivel público, en su columna, y ¡cojones!, ahora también a nivel privado.

La identidad de «el pivote» lo conducía hacia lo que el gremio de La Sigmuncita denominaba, siempre tan simples ellos, «conflicto de doble positivo o de atracción doble»: en un extremo, para decirlo al lado de la utopía, su compromiso personal con la verdad; en el otro, las lealtades que por voluntad o por azar había ido anudando al paso de su vida.

La Fierrecilla, no hay que decirlo, estimó que aquel «conflicto» sólo podía ser una de dos cosas: o un divertimento retórico o un pendejo lloriqueo de borracho, porque de lo contrario tú no eras tú, Cronista, te dejaras de vainas, íbamos a fondo, con todos los hierros: eso era lo que habían pactado, ¿o no?

Tenía razón, él mismo se extrañó de su vacilación. ¡Cuándo en los tiempos de la furia! ¿Ya no era él el que había sido? Años atrás hubiese celebrado ese triunfo, con el que Verónica tenía tanto que ver, llevándosela a la cama en expreso. ¿Perdía condiciones? El encarpamiento que experimentara una y otra vez durante los baches sin reflexión —y hasta en la reflexión misma— negaban esa impertinente posibilidad. Pero el otro conflicto era de un pulso por entero distinto: lo acompañó mientras bajaba el vino, mientras conversaba o escuchaba a Verónica o bailaba o se despedía de La Fierrecilla —ella puño en alto, *¡forza*, camarilla querido, con todos los hierros hasta el hueso!—, y cuando media hora después bebía a Carmen Luisa que lo esperaba despierta, todavía estaba con él, ¿qué carajo hacía?

Capítulo XIV

1 (1978)

La otra circunstancia comprometida de mis meses monacales fue el encuentro con Antonio. Desde la bochornosa escenita de la casa-cuna había anticipado, con una mezcla de horror y de vergüenza, la hora en que nos correspondiera encontrarnos, no para ventilar nuestras diferencias, sino para abrirme el pecho y mostrarle al descarnado la tinaja de mierda que aquel a quien él había creído su amigo durante todos aquellos años, alojaba en el mismo sitio y latitud en los cuales el resto de los seres humanos acostumbra llevar el corazón.

Como era de esperar, la iniciativa partió de mí, con un curioso paisaje enmarcando la invitación. Fue en una conferencia de La Flaca que se anunciaba con el título de «La mujer como pivote del cambio social en las comunidades marginales urbanas» —algo al uso, si se me permite anotarlo—. Para el momento, La Flaca y yo estábamos separados, y, fiel al compromiso de no interferirnos para que la prueba a la que nos sometíamos fuese limpia (sólo excluíamos del territorio del pacto los contactos «con, por y a través de» Bárbara), había decidido no comparecer en estas apariciones públicas suyas. Los responsables, esta vez, fueron, previsiblemente, Diego y Carmen Luisa.

—La compañera aquí a mi lado quiere terminar, de mano de La Flaca, el bosquejo del arquetipo mixto de Artemisa

y Atenea en un escenario nuevo: el rancho —recuerdo que dijo Diego.

Despachábamos un marroncito en el mesón del apartamento.

—¡Bicho ignorante y peludo! —saltó La Sigmuncita—. No le creas, Llanero. Últimamente se ha dado a la tarea siniestra de deformar todo lo que le digo... y que le digo, conste, escriba, a petición suya. No sé si por ignorancia o por mala fe.

Y por allí siguieron. La invitación a la conferencia contemplaba, aparte de este paquetico misterioso (y colocaron una caja envuelta en papel de Mafalda, con lazos cruzados en las cuatro direcciones), un remate gastronómico que era una sorpresa adelantada por tu cumpleaños, Llanero, que ya asomaba la nariz por aquellas semanas, ¿no? Y me estuviera tranquilo, que La Flaca no iba al remate, lo prometía ella, lo prometían ambos. Supongo que la reciprocidad obligaba, para no hablar de los fluidos de la amistad que comenzaban a circular como aludes en la simple presencia anunciada de aquel par de chiflados. Coloqué la caja con el tesoro a buen resguardo (las anotaciones de Daumal sobre poesía hindú y las baladas completas de la Joplin, en un estuche atabacado que todavía conservo), metí los brazos en mi infaltable chaqueta de gamuza de aquellos meses y me entregué a las arbitrarias órdenes de mis sintornillos.

La Flaca, comunicando su experiencia caraqueña, permitirá que Carmen Luisa perfeccione el modelo psicológico de un suizo cuyo anclaje final tendría que ser rastreado en los mitos de los espacios griegos, me dije, al echarme en el asiento trasero del carro. La frase, fatua, me produjo cansancio. Me sentía de un humor neutro, que ni siquiera la lluvia que empañaba la montaña pudo abatir. Dedicué mi fatiga a seguir el juego de ping-pong mezclado con pelota vasca que Diego y La Sigmuncita se empeñaban en sostener en torno a no sé qué crónica que Diego escribía (¿«La Venezuela saudita al final de la década», o quizás, «Las elecciones nacionales

en el contexto de la Venezuela Saudita»?) y que Carmen Luisa no cesaba de torpedear idea por idea.

Bajamos por la cuesta de la avenida Suapure a velocidad de cortejo fúnebre: las gotas azotaban los vidrios casi horizontalmente y Carmen Luisa tenía que limpiar una y otra vez la cara interna del parabrisas que volvía a empañarse tan pronto el papel absorbente terminaba de barrerlo. Cuando llegamos al punto donde el terreno se nivela de nuevo, a la altura de la avenida Caurimare, la tempestad cesó de pronto, como si se hubiese tratado de un fenómeno de utilería, pero el trayecto hasta el Ateneo continuó a ritmo vermiforme a causa de los árboles quebrados por el vendaval que se acostaban cada dos por tres en pleno centro de la vía y de los peñascos acarreados por el torrente desde las tierras altas, que completaban su labor de sabotaje desbordando las cunetas.

Fuimos los últimos en entrar a la sala de conferencias, de modo que tuvimos que ubicarnos, dando traspiés y repartiendo pisotones, en donde pudimos. Como solía ocurrirle —su despiste crónico era leyenda entre los conocidos—, Carmen Luisa sólo alcanzó a percatarse de quién estaba a su lado, en dirección oblicua, hacia el final del discurso de La Flaca. Era Antonio, que exhibía un corte de pelo a ras y unos mostachos en doble chorrera que hacían casi imposible el reconocerlo, incluso después de que La Sigmuncita, una vez finalizada la ovación y justo antes de que la moderadora cediera la palabra al auditorio, se extendiera con brazo y cuerpo hacia él para saludarlo. Fue entonces, en el momento en que cruzamos las miradas, cuando me di cuenta del tiempo increíble que ya cumplíamos en voto de mudez.

Las circunstancias habían sido drásticas, pero ahora, si bien halados por líneas de fuerza distintas en cada caso, nos hallábamos en una situación semejante. La explosión que había arrasado con nuestras parejas nos colocaba en un parecido nivel de soledad que, sarcasmo aparte, nos aproximaba. Allí, a distancia, mientras La Flaca desde el podio iniciaba una

intrincada respuesta al «problema social de la mujer y de la violencia contra la mujer», intercambiamos un primer saludo. Al terminar la conferencia, tomé la iniciativa de acercármele y de invitarlo a la conversación que aguardaba por nosotros, inevitable, al final del silencio.

Afuera había escampado por completo y el aire se había convertido en un fluido liviano que ayudaba a la nitidez con que las luces de La Castellana resultaban duplicadas contra la humedad de las calles. También yo me sentía más liviano que unas horas antes. ¿No había acaso saludado a Peraloca? ¿No había empezado a remendar la tela del afecto común? ¿No había creído entrever un levisimo guiño, que en algo restituía las dichas antiguas, en el parpadeo con que La Flaca, recorriendo ojo a ojo la audiencia y, por tanto, paseando su pestaña lejana sobre mí, remarcaba oraciones y párrafos desde la tarima?

Acepté el empujón a cenar con que mis dos leales escoltas me acosaron y sellamos la jornada compartiendo pan, cerveza y ensalada de atún en la terraza de El León, que se abría al descampado, aérea sobre los árboles de la redoma.

Una semana después nos encontrábamos, Antonio y yo, en la barra de La Guirnalda, un restaurancito que en otro tiempo sirviera de cueva a los pintores de la zona —la llamada «sección este» de Sabana Grande— y cuyos puntuales «pagos en especie» de alguna madrugada sedienta aún podían disfrutarse en cada rincón del local. Si había abrigado algún temor sobre el terreno por el cual discurriría la conversación y sobre los resultados netos de la conversación misma, bastaron los primeros escauceos y un par de cervezas a la sombra de la charcutería en flor que como una colección de enormes lámparas rojizas pendulaba sobre nuestras cabezas, para disiparlo.

¿Necesito decirlo? Llegué a la cita apertrechado con la mayor provisión de paciencia de que me sentía capaz. Estaba dispuesto a soportar con resignación cualquier bofetada que la

catarsis de Antonio, en derecho, tuviera el capricho de asesarme. Se trataba de un balance irrecusable: quien había cumplido, con alevosía y agravantes varios, el papel de alimaña mierdosa, había sido yo; era yo, por tanto, el reo confeso que acataría la sentencia. La amistad y la historia compartida valían la humillación. Pero, repito, ninguno de estos temores resultó confirmado por la actitud que Antonio había elegido como compañía en su taburete. También colaboraron la noche, el humor que algunos acontecimientos de la semana trabajaran sobre mí... y la música.

Nos habíamos instalado en un rincón de la barra, próximo a la sección de los baños y retirado de la impetuosa trinchera que al otro extremo, a un costado de la entrada principal, servía de baluarte para los músicos. Guitarras, teclado y batería, blindados por un sofisticado armazón electroacústico, constituían el arsenal; un arreo de fanáticos disfrazados, que incluía una réplica de Jane Fonda tal como se la podía recordar en *Barbarella*, el comando de turno. No integraban un ejemplo de profesionalismo ni de pasión en el templo pagano del sonido, pero, tal como lo anunciaba el afiche que tapizaba techos y paredes, el repertorio de la noche intentaba concretar un homenaje a los éxitos de los cincuenta. Si hubiésemos contratado aquel combo con el propósito nostálgico de que nos devolviera, canción tras canción, al tiempo y al aire de la adolescencia, el resultado no hubiese sido tan a la carta. En un alarde de versatilidad que en este caso nos empeñamos en considerar como virtud y no como síntoma de inconsistencia, los duendes se dieron a la tarea de pasearnos por el repertorio en grueso de la época, desde los boleros a nariz de Gatica hasta el rock desarmante de Presley, pasando por los bailables de la Billo's y de la Sonora Matancera, con Carlos Argentino y Celia Cruz usurpados a mansalva en pleno sabor. Era una especie de prodigio gratuito, doblemente feliz por ser el resultado de una elección azarosa. ¡El marco perfecto para el armisticio! Emplearé la metáfora del carrusel para decir que

nos deslizábamos sobre un carrusel que por momentos no revelaba inicio ni cabo, y por momentos se confundía con el contorno mismo desde el cual la memoria nos giraba. Volvimos a las aulas agrisadas del Fray Luis y a su patio de baldosas anudado por corredores elevados que las balaustradas cambiaban en balcones internos; volvimos a la breve terraza del Taormina y a las calles arboladas de Las Acacias; volvimos a las sesiones de interpretación de sueños del café Estoril y a los concursos de baile en las noches costeras.

Puesto que el presente establecía el territorio del probable frote siniestro, nos dimos a la tarea de evitarlo con método. Previsible prolongada profilaxis práctica. Navegamos a nuestro aire en las aguas de los años nacientes, sobre los cuales el susurro de la memoria ejercía su papel alquímico: el azar era cambiado en vínculo; el fracaso en dato de vida; la tragedia en experiencia nítida. Un ritual de reconstrucción que a veces se deslizaba al terreno de la invención pura: cada rebanada de tiempo, incluso la más desapacible, sufría la metamorfosis de la felicidad. Podía ocurrir que a ratos el exceso de dicha nos hiciera desatender el curso y deslizarse aguas abajo hacia el presente, entonces bastaba un oportuno golpe de olfato, una señal de peligro que ninguno de los dos podía precisar de dónde provenía, y que apenas se transparentaba desde los posibles él y los posibles yo a los que ni él ni yo deseábamos dar permiso en aquel momento, para hacernos remar velozmente a contracorriente hasta el estanque de los días antiguos.

Era un juego a un tiempo piadoso y entretenido... pero no eterno. A medida que la noche avanzaba, la música, la cerveza y el recuerdo hablado iban poniendo al descubierto las costuras de la maniobra dilatoria a la que el convenio tácito nos había reducido.

Al filo de la medianoche, para decirlo como tal vez lo diría Perucho, llegamos al llegadero.

Comenzamos por tantear el inevitable tópico de la mujer. Nos detuvimos en dos o tres caprichos que habían empleado el tiempo de Antonio en los años finales de la década de los sesenta. Hablamos de María, una amazona impetuosa que llegara a chiflarlo hasta el triángulo rojo del proyecto de casa a cuatro manos y los tripones en serie. «La guerrillera» —como él la llamara en las conversaciones de barra, y como, con toda certeza, la soñaba en los sueños— había desaparecido tan de súbito como había entrado en su rutina. Una evasión de la que, por mi parte, ignoraba los detalles debido a que coincidió con los tiempos trepidantes de mi divorcio de Carmen Luisa.

El sobrenombre no era un capricho bélico de Peraloca: la niña había hecho sus galones dentro del correa de apoyo a las brigadas de refriega en los primeros sesenta, una trinchera arriesgada en días arduos. Sobrellevó la derrota con extremo estoicismo, si partimos de la pasión inicial con que se involucrara. Era, según los cánones intersexuales al uso, una mujer «de temple» (¿se dirá así todavía?), dada con alegría al juego de las decisiones drásticas. Ni dura ni, mucho menos, masculina: recia a secas. De allí, quizás, su desaparición. Se dice que viajó; que se estableció en San Francisco —en una comuna de flor, de collares, de sonajas de paz—; que deambuló por Europa. Como quiera que fuese, ahora se hallaba, conforme al reporte de Antonio, de regreso. Le pregunté a Peraloca por la fachada y por los espacios internos. ¡Increíble, compañero, yo, aquélla era una mujer increíble!

—La recuerdo —le dije—. En los años húmedos caía con frecuencia por Sabana Grande, por El Rosal.

—No me entiendes —explicó—. Lo increíble es que luce mejor que hace diez años. Y del carácter ni te cuento. Es otra mujer... serena, dulce.

Mi primera reacción fue de escepticismo; la segunda, de autocrítica: el fragor de la madrugada me había hecho olvidar que los virajes no sólo eran posibles, sino incluso inexorables.

—Te creo —le dije—. Todo es posible. ¿Te viste con ella?

—*Estamos* viéndonos. Me tiene loco, Llanero. Me da con la misma seducción de antes, pero sin los defectos de antes.

El estruendo del local había crecido a niveles insoportables. Fue entonces, creo, cuando pronuncié la frase impronunciable que nos sacó de la paz remota.

—Tengo la impresión de que siempre te atraieron las mujeres con *secretos* —dije, un segundo antes de percatarme de lo que había dicho. Pero, como se sabe, una vez que el *lapsus* cabrón se desovilla, el intentar rebobinarlo y el matizar cerrando con una sonrisita de arrepentido, apenas si resulta en una cabronada mayor. Callé, pues, y me encomendé por igual al padre Amalivaca, El Magnífico, y al resplandor vacío que es todo y es uno.

Antonio, que había alzado el codo en el propio momento en que yo hablara, no se inmutó —tampoco, por cierto, se mutó—. Terminó de llevar la jarra a la boca, bebió el trago, colocó la jarra de nuevo sobre el mostrador, tomó una servilleta y se secó el bigote de espuma. Ambos mirábamos hacia el frente, hacia el ajeteo de la trasbarra, como si nos hubiésemos impuesto la tarea de no desatender el más mínimo ademán del barman. Peraloca se aclaró la garganta. No lo vi sonreír, sentí que sonreía.

—No dije *secretos*, dije defectos... —aclaró, por fin, sin énfasis alguno.

—Perdón... —le dije.

Nuevo silencio. Una zorrита juguetona que, cigarro en mano, se había acercado a pedirnos fuego, huyó enseguida, decepcionada por la atmósfera, al tiempo que mascullaba algo sobre los maricones y las barras, y la urgente necesidad de un operativo que dejara la ciudad limpia por fin de invertidos, ustedes, mierda.

—Dije defectos —continuó Peraloca, como si estuviese rindiendo un informe sobre el estado del tiempo—... pero

pude haber dicho secretos. Veo que a pesar de las guitarras sesentófilas y las anécdotas de bachillerato, has decidido templar la conversación hacia la barra y...

—Lo lamento, si prefieres...

—Tranquilo, Llanero —me interrumpió—. No necesito un seminario intensivo con Carmen Luisa. Vamos a brindar más bien por ese *lapsus* de oído que nos ha puesto en materia. A eso vinimos, ¿no?

Chocamos las jarras: el mierdoso *iceberg* estaba arponeado.

—A eso *también* hemos venido —corregí.

—Acepto la corrección, pero reivindico el brindis.

—Cuidado, compañero, ¡alerta roja! Si comenzamos a discursar atravesamos la frontera de la cursilería y cagamos la noche.

Peraloca soltó una carcajada en el tenor de los cincuenta. Estábamos casi borrachos. Bromeamos sobre las sesiones de apologética del «padre Gonzalo», sobre las ninfas de los sesenta y sobre las antiguas terquedades de María, y deslizándonos por el «como te dije, estamos viéndonos», nos reinstalamos en el *tema*. Bogábamos libres en aquella espléndida fiesta a dos en la que lográramos transformar el reencuentro, es cierto, pero, ¿qué era, entonces, lo que me molestaba en el ambiente? Me di cuenta de lo que se trataba durante una nueva carcajada, esta vez postmolar, de Peraloca, que derramó cervezas, descolocó salchichones y estuvo a punto de tumbarlo del taburete. Una carcajada fabulosa, era cierto, pero... cómo decirlo... totalmente fuera de paso. Eso era: Peraloca sobreactuaba. ¡Eso era!

—De modo que están saliendo —dije, de todos modos: no sabía lo que mi descubrimiento pudiera significar—... María y tú se están viendo.

—María y yo nos estamos viendo —mordió una aceituna y colocó el hueso en el cenicero.

—Lo celebro —era verdad: lo celebraba. Entonces decidí empujar la sonda un poco más adentro—... Veo que te repones.

Expulsó otro hueso de aceituna, expulsó otra sonrisa y esta vez giró el taburete para mirarme. Se tomó su buen minuto antes de responder: el silencio era parte de la respuesta.

—Es una manera de decirlo...

Y bien, después de esta declaración vaga e impersonal ya no me pasó el turno en todo lo que nos quedaba de madrugada y de barra. Si callaba era sólo por instantes, para saborear la cerveza o esperar un monosílabo afirmativo por mi parte. Fue una vuelta al cosmos —personal— en ochenta jarras. Un *tour* loco y acezante. Habló de todo y por todo, a excepción de mi relación con La Polaca y de mi deslealtad de hijo de puta (recordemos que él ignoraba la circulación triangular: La Flaca, por tanto, no actuaba en aquel vodevil). Regresó a Inglaterra y a las semanas vertiginosas y felices que había compartido con Laura, apenas conociéndola, y a la urgente pregunta de vida que entrañó la revelación de vida que entrañó la pregunta por Laura. Regresó a los días que siguieron a la llegada de Laura a la tierra de gracia: los nimios ritos de la instalación: Laura descubriendo la luz del trópico, la flora del calor, el suelto cuerpo caribeño. Cruzó de nuevo los pormenores del amor temprano: la construcción del código doble y único sobre el cual se deslizaron las noches de tactos, las horas cómplices de apoyo. Volvió a detenerse en la cíclica rutina, el engranaje que nos instala en la crónica ajena, desgajándonos de nosotros. Habló con lentitud y con nostalgia y con una pasión dulce de fondo, como si estuviese susurrándose a sí mismo la promesa de una existencia alternativa que hubiera deseado haber recorrido. Navegó sobre amistades y encuentros y festejos y grandes fechas: Laura regresando a casa, saltándole al cuello, loca de alegría la tarde de su ingreso a la pandilla del Alfa; Laura sacudida por el temor, la mañana en que recibiría los resultados de la prueba de embarazo, pero que no, que no era, con alivio; Laura bailando para él: una cerbatana clavada en el aire móvil; Laura en el divertimento de amor.

Lo escuché desde un silencio ritual. Para mi asombro, me sorprendió verme haciendo pie con frecuencia en zonas ciegas. Lo que me llegaba de su relato era la imagen de dos protagonistas osados y desconocidos que se deslizaban en el recuento con la aviesa intención de usurpar la identidad de mis amigos: La Polaca mudaba y hacía mudar a Antonio; Antonio rotaba y hacía rotar su leyenda a dos con Laura. Pero todo era cierto: lo que tocó, lo tocó desde —por, con, para, debajo de, sobre, contra— el hueso. Y lo que calló, es decir, Laura con su cuerpo por mí, lo calló en un sabio arte de oportunidad.

Varias veces le sugerí el tema. Sin inmutarse lo esquivaba, pero dardeándolo de costado con un chiste u otro, donde «la deslealtad», para insistir dándole un nombre a la mierdada, resultaba siempre despojada de gravedad y —algo que no dejó de llamarme la atención desde mi culpa— hasta de importancia.

Por momentos me veía en el lugar del ciervo que persigue al cazador; pero esto, superada la sorpresa inicial, no me torturaba: me divertía. Así que no dejé de provocarlo. Surfearmos sobre la espuma de la barra y sobre la música (cuando salimos de La Guirnalda, «Los duendes» masacraban una versión del «Jamás te olvidaré», de Avellanet, falsetes incluidos) y haciendo equilibrio mortal nos dejamos llevar por la misma cresta hasta los arrecifes del O' Gran Sol. Sólo al filo del amanecer, ahitos y aturridos ambos en la semivigilia de la borrachera, condescendió a darme una pieza inicial del rompecabezas que esperaba. Más bien una promesa de pieza... Algún día hablaremos de eso, Llanero, balbuceó, el bigote tapizado por la espuma de la cerveza, cabeceante, creo que aún no nos llega el momento, Llanero, hermanazo, ¡pero llegará!, ¡atención!, y aquí intentó un ademán de promesa con el brazo derecho, pasa que todavía no estamos preparados, caballo... clavó la cabeza en la madera de la mesa y se quedó dormido.

En el extremo de la barra, un aquelarre de poetas y poetisas de la zona le cantaba «Las mañanitas» a Mario Abreu,

el demiurgo de los «objetos mágicos» quien, botella en mano, ya escalaba al tope del mostrador para largar su última arenga de la madrugada.

2

(Diario de Carmen Luisa, 1978)

«Acaso la experiencia de la vida a la que se nutre para prolongarnos en ella, sea una respuesta al temor individual a la muerte, pero entonces, en el corazón de la especie, la muerte sospechada por el cuerpo individual deviene en una celebración de la vida genérica. ¿Brotó de allí la pequeña Marina? Por fortuna, estas divagaciones de madre trasnochada en poco o en nada afectan el milagroso despliegue de su cuerpecito.

»Tomo estas notas en la mecedora de mimbre, al borde de la cuna. La escucho respirar. Su tórax se alza y se deprime al ritmo regular del aire que la sostiene. La siento respirar y no requiero de otro recurso para experimentar la comunión con el todo por la que me siento explicada. Es una sensación raigal y oceánica de la que soy la primera en sorprenderse.

»La habitación está casi desnuda. Apenas los recursos de su día (pañales, cremas, el biberón); aquí y allá algún pequeño animalito de tela. El oso azul que preside el desfile es, sin embargo, de fieltro. También de fieltro era la boina que me calzaba a los diecisiete, no bien ganaba la salida del Santa Cecilia. Y también azul. ¡Una prenda emblemática que calqué de aquella foto de la Gréco: pierna cruzada, pulóver negro, un cigarrillo humeante en los dedos, frente al café de Flora!

»Antonio bromeaba con la boina. Tiene superpoderes, decía, descolgado contra las butacas del corredor de los Paredes, si se la quitan, toda la genialidad se le va al costurero, insistía, apuesto lo que quieran: se queda sin una cojona idea. Por mágico que fuese, ni siquiera aquel pedazo de fieltro al que dejé a un lado al entrar al *campus* de la Ibarra, podía haber

prefigurado la existencia de Marina, de la misma manera que ella es incapaz de evocarlo a él. ¿Tendré que contarle alguna vez ese tiempo, ficticio para ella porque no lo vivió? ¿Leerá, al menos, estos papeles en alguna noche del futuro? ¿Cómo se matiza la escritura con la conciencia de esta nueva lectora posible?

»Llueve afuera. Apenas unas gotas dispersas que se bastan para provocar la música del agua sobre el techo del estacionamiento. Diego trabaja en el estudio. El periódico, ciertamente, le ha otorgado la confianza que esperaba. ¿Hasta dónde se permitirá usarla? ¿Más allá de qué límite llevará su voluntad de exponerse en los filos de la cuartilla? Más allá de todos. Conociéndolo —o sospechándolo— como creo: más allá de todos. Esto es lo que me inquieta.

»Por lo que a mis días hace, la publicación del libro me ha dejado exhausta... y dichosa. ¡Y pensar que se trata apenas del comienzo! ¿Cuánto de la bodega de apuntes empleé en él? Ni una tercera parte, estimo. De modo que el paisaje se prolonga. Por un lado, el rimero de mis impetuosos «cuadernos en octavo» creciendo de jornada en jornada. Por otro, el proyecto del segundo volumen a la espera de ser acometido. Entre ambos, respirante, el cuerpo frágil de la niña. Aun con la ayuda de Ana Rosa, la tarea de cuidarla es inmensa. Pero, atención, se trata de una precisión, no de una queja. Tampoco quiero que la palabra «frágil» llame a la confusión: es frágil por niña, no porque tenga una salud endeble. Al contrario, ¡se ejercita como una pequeña atleta en su gimnasio acolchado! Y sin embargo, no puedo evitar mirarla como si se tratara de una pequeña llamita parpadeante a la que es necesario proteger con el recurso doble de unas manos apantalladas que se ajusten alrededor de ella para mantenerla a resguardo.

»Boca abajo, ahora, sobrenada la nada del sueño, ajena a la despaciosa noche que fluye a su lado. De no tenerla aquí, habría tenido que imaginarla pedazo a pedazo, madrugada a madrugada, hasta construirla a la escala de mi vida.

»Me pregunto si la expectativa de la muerte que la mujer entreteje a lo largo de la vida, se distancia de la que el hombre entreteje. Si la construcción y la vivencia del cuerpo difieren de una a otro, ¿por qué no su disolución?

»Atención. Esto podría ser, corrijo, *debería* ser, un tópico esencial del próximo mamotreto. Tarea: releer a Bataille, con un ojo en el psicoanálisis y otro en el patio tántrico. La muerte, a qué dudar, es la cara recóndita del deseo, el azogue sin el cual el espejo del yo no existe. ¿Por qué, entonces, mi desatención pasada? *Mujer: muerte y deseo*, no necesito seguir buscando, al menos el título de la sección ya está aquí. Ahora sólo falta lo más sencillo: ¡recopilar el material, reflexionar y escribir el capítulo!

»Mañana, al amanecer, antes de que El Cronista despierte, darle el biberón a Marinita, entregarla al cuidado de Ana Rosa... y caminar. Quiero respirar en el corazón de una acacia, de un mango, de un bucare (¿te suena cursi?, peor para ti, cuadernito petulante).»

3 (1979)

Llegó hacia comienzos de 1979 de la manera sorpresiva y levisísima como había sospechado que llegaría: mi renudo con La Flaca y la reconstrucción del nicho a cuatro manos. Como llevamos anotado, Perucho había roto el champán contra el mascarón de proa del Isadora Jazz dos años antes. Una fecha emblemática para el local debido a la elipse de medio siglo que el año trazaba desde el instante en que el ave de cuerpo griego quebrara su cuello en un fatídico remolino de aire y de gasas contra la noche marítima, en el mediterráneo de 1927.

El nombre de la cueva —a cuya elección Carmen Luisa no fue ajena—, al celebrar el movimiento de vida de la Duncan, nombraba al mismo tiempo el pulso que los había ani-

mado, a Perucho y a Marisela (y que, de paso, animaba a los feligreses incluso ocasionales), al consagrarle un «templo del sonido», como decía El Guitarrista que era la cueva, a una «diosa del cuerpo y del movimiento». Un cuerpo melódico: una melodía corpórea. Cursi como pueda sonar, fue con esta frase cruzada con la que Amalia me anunció el espectáculo que Marisela y Perucho habían armado para darle como se debía al segundo aniversario del comedero, aquel antro legal, Fernando, se reía. ¿Te enterabas?, comenzaba. ¿No te enterabas? Te enteraba ella: pues nada menos que tu hermanita preferida, el alfa centauro de la constelación joven del grupo Alfa, ésta que veías aquí, y me miraba entonces a ras de pestañas, la barbilla escondida detrás del borde de la copa, al tiempo que sorbía su batido de lechosa con sábila, una poción mágica de la yerbatería de la abuela Eudora, sólo que en la terraza del Gran Café, tu hermanita, ella, como *prima ballerina*, como cuerpo solitario en el solo de danza para el aniversario del Isadora: jazz en el saxo de nuestro Perucho, y ésta que veías acá, tu hermana, en medio de las tablas blancas, vaciada en una gasa blanca, suspendida en el aire blanco, ¿no era así como tú, yo, decías?, en el compromiso de hacer de la Duncan un ave resucitada. ¡Se moría de pensarlo! Todo eso moteado aquí y allá con poemas de Esenin, como debía ser, el amor imposible del ave griega, ¿no?, en ese Moscú helado como le habían dicho que era, y turbulento y fogoso como le habían dicho que había sido en los años veinte, Moscú, por supuesto... y también el poeta, con toda seguridad. ¿En la voz de quién? No me sorprendiera: de Víctor, porque de ese gorila podían tacharse muchas cosas, como tú sabías, pero no la voz. ¿No estabas de acuerdo? Bastaba que aquel bicho peludo articulara un parlamento para transformarse instantáneamente en un dios clásico. ¡Una metamorfosis milagrosa!, ¿no? Pero había dicho bien ella, atención, al decir parlamento, porque cuando se trataba de una frase de su propia sesera, al pobre no había voz ni diapason que lo salvara. ¡Chatura total, bazofia!

¡Aquel tipo debía tener estopa engrasada en las capas de la sesera! Ahora, la oyera, mientras uno le diera el texto a recitar, todo peligro estaba conjurado. De allí que cuando Marisela, mami, le pidiera a ella sabanear la voz para el Esenin, ella no hubiese vacilado en proponerle el trabajo a Víctor que, comiendo como estaba en su mano, el infortunado —a veces usaba palabras así—, no sólo había aceptado sumarse al espectáculo sin cobrar un centavo, sino que bastó la apertura inicial de boca, por su parte, para que el «baboso de voz sinfónica» (así lo llamaba Marisela, mami, ahora, después de conocerlo y oírlo en los ensayos) se arrojara literalmente a sus pies a lamerle el empeine. Y bueno, allí había tenido ella que sacar a relucir carácter de donde no tenía —pero sí que tenía, tú lo sabes— para amurallarse contra el baboso, no fuese el pobre a hacerse ilusiones, dejando en la muralla apenas la rendija necesaria para que el baboso la mirara sonreír a distancia, y pudiera ella hacerle llegar el edicto, el inventario de órdenes que debía cumplir sin rechistar, algo que de todas maneras resultaba innecesario recordarle, porque a él jamás se le hubiera ocurrido, no ya protestar, sino demorarse en su cumplimiento un segundo más allá de lo considerado como inmediato. No me costaría ningún esfuerzo a mí, a ti, hermanito, imaginar que no se trataba, el de ella, de un papelito precisamente grato, pero, ¿qué se hacía? ¡Todo fuese por Marisela, por mami, por el buen pana de Perucho, por la imagen y la fortuna del negocio —a ella no le gustaba llamarlo así, lo supiera—, del Isadora, por la memoria de la Isadora de la memoria y, por supuesto, debía confesarlo, por el éxito del espectáculo en el cual Perucho y sobre todo ella misma eran las estrellas! ¡Las luminarias de la noche, manito! ¿Verdad que no le iba a fallar a su adorada hermana al cincuenta por ciento? ¿Verdad que sería tan lindo y tan nota buena como para venir a celebrar con ellos?

Sí. Fui tan lindo y nota buena como para acompañar a los «parientes» del Isadora en aquella fiesta interna que, cierto, era celebración del cumpleaños segundo, pero también, se me ocurría, un convite que exhibía los pormenores de una acción de gracias por el éxito que el espacio, zona de refugio en la pasión de la charla reencontrada y la música, había logrado a fuerza de talento y *savoir faire*. Dos virtudes siempre bienvenidas, claro está, pero imprescindibles en aquellos días de la república saudita cuando a la sombra de los chorros petroleros el brote de los negocios improvisados en el ramo se extendía como la peste negra.

Allí estuve, pues, a la hora convenida en la madriguera de Perucho, dispuesto a olvidar el carnaval político que, afuera, había transformado el aire de la ciudad en un fluido áspero, casi pegajoso, y a hacer lo mío en la soplada unánime de las dos velitas de aquella torta.

No podía decirse que me sintiera feliz —un estado de ánimo impensable en mi desolada circunstancia—, pero sí «a gusto con mi carapacho», como diría tío Félix, y en un pulso de espera como el que a menudo experimentara en los grandes «puntos de giro» con los que había tropezado hasta entonces. «Había, escribía dos días después, un sonido sordo y magnífico, como el de un trueno distante que viaja hacia nosotros y sigue al relámpago súbito... y un débil olor a madera húmeda. Luz y sahumerios: la naturaleza me llegaba desde rincones imaginarios.»

¿Por qué aquel estado —de bisagra, de renacimiento, de viaje— y por qué aquella noche? Me hice esta pregunta sentado a mi mesa favorita, mientras oía la complicada descripción coreográfica de Amalia, sin lograr responderme. Y permanecí en ese nivel de estupor hasta el momento en que la voz del animador anunció el plato fuerte de la noche —Esenin desdoblado en Víctor, Isadora desdoblada en Amalia y Perucho y su saxo desdoblados en ellos mismos— al tiempo que la puerta de entrada, al otro lado del salón, se abrió para

dar paso a La Flaca. Entonces, de súbito, comprendí todo en la clave si se quiere antigua que me entregaba aquella sincronía. Pensé que si había ido al aniversario y, sobre todo, si había ido en aquel talante de euforia, era porque en algún lugar de mi cuerpo había abrigado la certeza de aquella convergencia providencial. Ahora se me hacía evidente que la historia personal de La Flaca, tocada aquí y allá por la vocación feminista, por la profesión de fe hacia la heroína celebrada y, ¡por supuesto!, por una pasión remota, pero materializada en una concienzuda práctica temprana, por la danza misma, no podía eludir la tentación del compromiso.

Ignoro si ella estaba o no al tanto de la altísima probabilidad que tenía de tropezarme allí. En todo caso, no faltaban antecedentes para aquel salto de corazón que me la anunciara de manera tan corporal. Habíamos celebrado contactos en territorios desacostumbrados, durante los cuales, a pesar de mi enfermedad que me llevaba a leer en la realidad letras que la realidad misma no me ofrecía, podría asegurar que entreví párpados y susurros desprendidos de su cofre (yo lo imaginaba como un pequeño arcón portátil, a prueba de deseos y bajo llave doble) que permitían hacerse a la esperanza de que mis aullidos pronto, muy pronto quizás, serían atendidos.

Estas señales nunca se dieron en las entrevistas cíclicas que, como socios que habíamos sido —y éramos aún— de la sociedad doméstica, debíamos sostener cada cierto tiempo. Tampoco se presentaron en los paseos de padre. Con la niña encajada entre los dos, el aire era el de un armisticio tácito que se disparaba de forma casi automática: una actuación en tono afectuoso, comprensivo, alegre incluso, que el amor común por la pequeña Bárbara nos hacía sostener a nivel de Cannes, pero respecto de la cual (quiero decir, de su nuez histriónica) ambos guardábamos una puntual conciencia.

Todo ocurría como si los ritos que prolongaban los días anteriores, a pesar de ser los que nos llevaran a los encuentros más frecuentes, resultaran por paradoja los que, a la par,

nos impidieran regresar a la antigua casa compartida. Por el contrario, tan pronto nos ubicábamos en una banda de terreno ajena a la cancha donde debíamos jugar el partido de las obligaciones domésticas, yo podía escuchar el inconfundible «clic» que anunciaba el cambio de humor y de aire: el puente levadizo descendía sobre el foso de cocodrilos y mi voz y mi risa y, a veces, también mi mano (que celebraba un chiste alborotándole el cabello o se demoraba algo más del tiempo que el gesto consumía a la hora de la despedida) evadía mazmorras y rastrillos para acceder a los recintos almenados donde mi dama dejaba transcurrir su vida en una danza... ¿paralela?, sí, paralela, pero al mismo tiempo distante de la mía.

La topografía del foso y del castillo pueden acaso funcionar como metáfora, pero sólo como metáfora. Pienso, por ejemplo en La Vega, esa barriada laberíntica a pesar de los dos ejes casi paralelos que lo trazan donde la Fundación de La Flaca había logrado la gracia de un enclave. El módulo, como lo llamaban, era un espacio en el edificio comunitario que el municipio cediera en préstamo a la asociación de vecinos. Allí la Fundación organizaba sus talleres e impartía sus cursos, un abanico que cubría desde el corte y costura hasta la alfabetización básica, pasando por la cocina de ahorro y el ping-pong. El azar (y, por qué no decirlo, cierta manipulación interesada aunque legal causada por mi deseo) determinó que entre las barriadas que al equipo de investigación universitario bajo mi dirección podían corresponderle figurara la que no necesito mencionar. ¿Y dónde más que en el edificio de vecinos podía el grupo tener su pivote y realizar sus reuniones? Fantasía planificada y destino a un tiempo, aquellos galpones, escuetos como eran, iban a resultar el templo donde oficiáramos los ritos de mi regreso y el de La Flaca a lo que cada uno había marcado en el otro (los mismos galpones comunitarios donde, tres años después, con el atentado contra El Cronista, se iniciaría esta novela —aunque esto, se supone, yo no pueda decirlo).

Semanalmente coincidíamos al menos en una oportunidad y, si el vuelo de las guacharacas me era propicio, se daba hasta el prodigio del almuerzo compartido o del regreso a mis zonas de reposo con una Flaca fatigada, quizás, pero chispeante, acompañando al profesor torpe en la butaca lateral que se materializaba desde el porvenir, haciendo guiños, para un minuto después desaparecer sobre el mismo rayo de irrealidad por el que había llegado. Este juego de promesas oblicuas, nos preparó sin que ninguno de los dos nos enteráramos para el reencuentro que nos tenían reservado el Isadora y su aniversario.

Así que apenas se recortó la silueta de La Flaca contra el resplandor de la entrada, al otro extremo de la tasca, cuando se me impusieron dos certezas aparejadas. La primera, que aquélla sería, de cierto, la noche del regreso. La segunda, que la bienaventuranza no iba a requerir del más mínimo esfuerzo por parte suya o mía, debido a la simplísima circunstancia de que *ya habíamos regresado*, sin importar cuán ignorantes o desavenidos estuviéramos aún.

Ya apunté la primera sincronía que había decretado la aparición de mi dama en paralelo al salto inicial de nuestra Amalia engasada sobre las tablas, un ademán de cerbatana que abría con espléndido pulso el espectáculo; pero no la segunda, que hizo fluir hacia el mismo filo de tiempo los versos iniciales de Esenin, hablados por Víctor alias El Ronco, y la epifanía de La Flaca en el borde mismo de la mesa. La Flaca había sido demorada en su itinerario por la comparsa de bufones que desde la barra se dedicaban a la tarea de enmierdar el ambiente, de modo que su aproximación final se sobreimpresionó a la estrofa inaugural de Esenin, en la que el poeta, como si se tratase de un comentario *en off* previsto cincuenta años atrás, hablaba de la «noche interna», y hablaba de la «corriente de tiempo» que podía «derramar la luz desde los días que fueron».

Y bien, señalaré que la magia, a diferencia de la sincronía, no resultó doble sino triple. La canción sin música del poeta, con esa invocación a la nocturnidad, y luego a la luz

que fluye y al día distante, encajaba no sólo con la figura de la danzarina muerta medio siglo atrás, cuya presencia evanescente nos alcanzaba desde el pasado en virtud del ademán que unificaba a la simple voluntad del deseo y a la imaginación, sino también —y para mí *sobre todo*— con los pasos no menos prodigiosos a través de los cuales la vida que había sido —la vibración de la vida que había sido— deslizaba a La Flaca hacia el borde de mi mesa.

Y luego el cuerpo móvil de Amalia. A pesar de que la aproximación de La Flaca era un evento que podía recubrir la eternidad de mi ojo en el tiempo fragmentado de aquella noche, su mismo despliegue hacía que, paso a paso, la percepción del paisaje interno de la tasca se modificara incorporando, a la escena total, la escena parcial del entarimado donde la sección coreográfica del espectáculo tenía lugar. Una figura en contrapunto con el fondo que la sostenía, Amalia, cambiada en gasa blanca, se desovillaba a ras del piso para proyectarse de inmediato, impulsada por un salto en tijereta, una y otra vez en aceleración progresiva, que la adelgazaba al elevarla sobre un pivote, primero fija y luego en desplazamiento sincopado hacia el fondo del retablo desde donde una masa de resplandor hueco terminaba por succionarla.

Todo ocurrió como si el cierre de este primer ciclo de la coreografía donde Amalia parecía desmaterializarse abrazada por la luz, para renacer desde —y en virtud de— ella, hubiese decretado el silencio. Callaron la voz de Víctor desde los altavoces, la algarabía de la comparsa de bufones, las conversaciones de las mesas, y calló incluso —ahora me percataba de que aquí y allá había estado musitando frases asordinadas— el saxofón de Perucho, para permitir sólo el diálogo inaudible del cuerpo que desaparecía y rebrotaba en la escena y el otro cuerpo, anónimo para la multitud, que cumplía en nuestro paisaje íntimo una pareja reaparición dentro de él mismo, al abrirse al encuentro con la parte de mí que lo esperaba.

Fue por cierto el saxo de Perucho, con un soplo que al oírlo me sonó como un prolongado aullido lanzado desde un territorio remoto, el que desgarró el silencio justo en el momento en que Amalia reiniciaba la espiral de la danza. Diego y Carmen Luisa aún no llegaban, y Amalia y Marisela se incorporarían más tarde, así que me hallaba solo en la mesa. Me puse de pie, sosteniendo los ojos de La Flaca que me atravesaban a distancia y que venían hacia mí sin hablar, y esperé, también sin hablar, hasta que se detuvieron a distancia de roce. Y entonces ocurrió: la certeza por la que había estado esperando durante todo aquel tiempo vacío se hizo certeza.

¿Hollywood? ¿Telenovela rosa? ¿Bolero? Sí.

¿Bolero? Abrimos los brazos a la par mientras mi bienamada se arrojaba, febril, sobre mí.

¿Telenovela? La recibí, la estreché contra mi pecho, nos fundimos en un beso eterno.

¿Folletín rosa? El vulgar mundo que nos rodeaba desapareció y en su lugar, mágico, irreal, un coro de angelitos engastados en tul de ilusión trinó un himno a nuestro inmenso amor.

¿Hollywood? Cuando nos recuperamos del ósculo celestial (aunque espíritu a espíritu continuábamos unidos por los labios del alma) y abrimos nuestros párpados llorosos, lo que vimos fue la versión viviente de la película que nuestros corazones habían estado soñando desde el confín del tiempo sin saberlo: a) Amalia había interrumpido su hermoso baile en medio de un salto en tijereta que la mantenía inmóvil, a metro y medio sobre la superficie del entarimado, como un cisne sorprendido en pleno vuelo; b) Víctor había enmudecido, la boca entreabierta, los labios a punto de pronunciar la «f» de felicidad; c) los payasos de la barra habían sido congelados en plena patraña y ahora ofrecían la apariencia de una colección de graves tallas de anime embostadas sobre los taburetes; d) Perucho permanecía plegado sobre sí mismo, como acostumbraba a colocarse en el instante inicial de alguna nota larga y vibrada que, una vez desprendida, se alzaba

con el saxofón, mientras el instrumento arrastra a las manos y a la cabeza que lo sostenían; e) los clientes y los mesoneros, es decir el paisaje, trazaban un fondo lívido y detenido que parecía existir sólo por virtud de la espera en la que se prolongaban;

y entonces, de súbito, bastó que nuestra mirada, arrobada por la intensidad del beso, los recorriera, revelándonos el efecto hechizante que el beso mismo (el amor mismo, en el fondo) produjera en ellos, para que todos al unísono, cual bellas durmientes tocadas, volvieran al tiempo de la noche real y estallaran en un aplauso unánime, que fue aplauso a la vez que ovación (recuerdo a Amalia, ahora cayendo de su salto abierto, al tiempo que exigía el bis bis de las grandes ejecuciones) y telón final, mientras mi damisela apenas alcanzaba a ruborizarse y a sacudir sus pestañas como alas de mariposa, y el querubín arquero suspendía las palabras para cerrar la secuencia con su FIN, sus orlas y su fanfarria emocionada.

Capítulo xv

1

(1983-82)

El anuncio esperado llegó, ¡por fin!, aquel martes de octavita. A Diego lo agarró con una resaca de pronóstico que apenas el consomé con huevo que Carmen Luisa le preparara para el alivio pudo mantenerlo en pie, con sus habilidades mermaidas, sí, pero en función suficiente para recibir, frente al televisor, con Marinita sobre las rodillas compartiendo con él mordisquitos de galleta, y en las propias palabras del Presidente, el aviso oficial de la hecatombe prevista. El anuncio en sí no constituía noticia: el hecho al que se referiría ya era agua pasada desde el día anterior, cuando los que, tembleques, acudían por divisas a las taquillas bancarias se toparon con la suspensión del cambio «hasta nuevo aviso», como advertían los rótulos improvisados en los vidrios de seguridad de la entrada. La medida se prolongaría por ocho días, hasta el lunes siguiente, cuando las taquillas reabrieran con un bolívar que pesaría un tercio menos que en la fecha anterior. En el trajín de la calle, sin embargo, el común de la gente aún estaba lejos de pensar que aquél apenas sería el primero de la larga serie de asaltos al bolsillo que le sobrevendría.

El comienzo del fin de «La Gran Venezuela», como los más avisados ya gustaban de comentar en los corrillos del periódico. Justo por allí se le había colado aquella resaca a Diego: lunes de octavita y tres locos del periódico que lo arrastraron

—aunque a decir verdad, con poco esfuerzo— al «entierro pagano del país saudita». Todavía recibiendo palmaditas de felicitación por parte del gremio y tocado al unísono por una respiración de fracaso que a duras penas le permitía arrastrarse hasta la tasca del duelo, se agremió con los aullidos y los rones y los discursos de mesa hasta la hora loca en que no pudo recordar cómo ni cuándo ni por qué regresó a la casa.

Despertó sobresaltado a las siete, con un escozor ácido que le sellaba los párpados y un taladro pulsátil en la base del cráneo. Había soñado que caminaba de la mano de padre hacia una escarpada colina coronada por las torres y las almenas de un castillo. De pronto el camino que trepa por la cuesta cede su lugar a una larga calle de La Candelaria, y las garitas del castillo a la carpa cónica del circo. ¿Qué edad tiene: seis años, siete tal vez? Es noche cerrada pero la ciudad titila bajo el resplandor de una luna invisible. Alcanza a ver, en la esquina, un rótulo: «Peligro», grabado en letras góticas. Un sitio conocido, piensa, estamos a salvo. Se vuelve hacia padre para decirselo, pero en lugar de padre quien lo mira es un payaso desdoblado en maestro de ceremonias que lo apremia a seguirlo: «Nos están esperando», le advierte, al tiempo que señala, al fondo, las banderolas flameantes del circo Razzore.

Los gritos de la pequeña Marina, que reclamaba su vaso de jugo desde las mesitas de las tareas escolares, le excusaron de trasponer el paraván de la carpa. Alertado por el café pudo reptar, con la lengua transubstanciada en un retazo de gasa áspera, hasta las oficinas del periódico, donde sobrevivió al sobresalto y a las ocho cuartillas sobre los rumores del día y al pasticho postergado con el que cerró la jornada, hasta el regreso a la sopa para el alivio de las siete, la conversación con Carmen Luisa, el beso a Marinita y el sillón televisivo, en el que ahora se arrellanaba, grabador en mano, analgésico en dedo, ante los bigotes del Presidente. Se sentía arrastrado por la ansiedad y la depresión en pendiente sui-

cida que siempre lo asaltaba en las resacas. Y se sentía fracasado. No se trataba del costado profesional, arena en la que, por opuesto, y gracias a las revelaciones de la columna y —esto era lo importante, mi amor, esto hacía la diferencia, lo instigaba Carmen Luisa— a los comentarios reflexivos que construía a partir de tales revelaciones, el reconocimiento del gremio, de la dirección del medio y, sobre todo, del común de la gente que lo abordaba de calle a calle para estrecharle la mano, no se habían hecho esperar. No. Ahora que el ovillo había sido deshilado y expuesto, y las implicaciones personales y afectivas del caso, finteadas —no podía decirse que solventadas, pero esto era algo que no dependía por completo de él—, el sentimiento por el que se deslizaba era el del fracaso. Y la convicción, la de vivir en una impunidad unánime ante la cual componendas, compadrazgos, complicidades mediante, el balance era el de la chata y simple indefensión. ¿Para qué cojones habían servido sus columnas? ¿Para ejercer el placer de expresarse? ¿Acaso el periódico era el diván de un psiquiatra y sus artículos una mera catarsis? ¿Para qué más? ¿Para la gloria personal de haber acertado o subsidiaria de haberse vengado de los cabrones del atentado aunque sólo fuera por vía de la carambola —¿inocua?— de la escritura? La Sigmuncita se había dado a sus oficios desde que sospechara en él los síntomas de lo que rápidamente envolvió con el rótulo de —allí va: es ella, no soy yo— «el síndrome de la inutilidad». Conocía el cuadro, lo había atravesado incluso en algún tiempo, y había sobrevivido a él: debías tener la conciencia tranquila, cielo mío, habías hecho lo que debías hacer, lo tranquilizaba, lo masajeaba ahora.

Aquello era cierto, pero sólo apuntaba al impulso que lo llevara a actuar, no a las consecuencias de su acción. A pesar de toda la ética que subyacía a las decisiones tomadas desde el inicio de la cruzada hasta esta tarde de sillón televisivo y de voz oficial para la catástrofe, si se juzgaba por los resultados concretos, el balance resultaba desolador. ¿No era,

en tal caso, la moral una excusa fútil y la campaña un derroche vano de energías? Allí estaban los hechos desnudos, al decir de la crónica al uso. El banco, como se esperaba, había terminado por quebrar, dejando a los ahorristas desplumados y sin vista, pero el atajo de banqueros venales que acopiaran aún más mostaza que el año anterior, andaban muertos de risa, «padeciendo» sus exilios dorados en Nueva York, en París, en la Costa del Sol. Incluido «nuestro hombre pivote» quien, si el *Miami Herald* no mentía, la semana anterior había optado por erigir su madriguerita de millón en las afueras de Fort Lauderdale. Los lavadores se habían retirado temporalmente, a la sombra del bajo perfil, aguardando que el olvido del país sin memoria les permitiera el regreso bajo la carambola de una fachada nueva con seguridad reblindada. El Tucán continuaba, como antes, «solicitado», pero con la novedad de que ahora se había esfumado como por brujería de contra y a aquellas horas debía estar personificado detrás de una identidad a la medida o, incluso, de un rostro reconstruido. A no dudar, alguna información se había filtrado por el costado podrido de la DTI y le había permitido escurrirse, a pesar de todas las precauciones tomadas por Tulio y por el resto.

El contrasentido había sido tal que la inútil cruzada alcanzó a arrastrar en sus estertores a los tres mediocampistas que, con sus fintas y sus pases, le habían colocado la bola en el botón para que él anidara, al capricho por supuesto, el único gol a favor de aquel partido cuyo resultado, de cualquier modo, sería anulado por la federación del castillo.

Verónica, en primer lugar, de cuya circunstancia en Blonacre ya hemos hablado. A quien ahora se sumaban Tulio y De Villodres, el director de *Noticia Siete*. Con El Sabueso, la DTI practicó un traslado que, en la práctica, significaba una ignominia a la par que un despido.

—Nada que lamentar, Cronista —dijo—. La maldita cueva ya me tenía hasta los cojones. Voy a asociarme con otro

bolsiclón para montar mi tarantín. Aquella agencia de vigilancia privada de la que una vez hablamos.

En cuanto al bueno de De Villodres, la directiva, por presión de la junta, lo sacó de la dirección del periódico.

—Nada que lamentar, Cronista —le dijo también: parecía como si todos estuviesen recitando un guión especialmente aprendido para reducirle la culpa—. Voy a tomarme un descanso, a reflexionar. Tengo una propuesta para encargarme de una revista de opinión en Barquisimeto. Estás invitado.

Lo que le resultaba más insólito era el paso de vértigo loco con el que la masa entera de acontecimientos se había precipitado. Semanas apenas, una nadería si partimos del tamaño de la madeja.

El lanzamiento de tobogán había comenzado dos meses antes, aquella mañana de sábado que siguió a la portentosa noche de las revelaciones en la que, a partir del cotejo de los informes de La Fierrecilla y de Tulio, el pasaporte para el mate se configurara a la distancia mínima de dos o tres jugadas, en lo que a sus movidas se refería. Ese día se despertó preocupado: lo aguardaba una jornada de encuentros decisivos, que abría con el peor de todos: la cita con Fernando y La Flaca, un trago combinado de sosa cáustica con ají chirel que resultaba no sólo insoportable sino del todo imprescindible para calibrar los pasos siguientes. Develada la identidad del pivote, los llamados por derecho a ser informados y consultados en primer término no eran otros que ellos. La Sig-muncita, puesta en autos, compartió el criterio de Diego y se ofreció a participar.

Inocentes a pesar de la llamada, La Flaca y Fernando los recibieron a desayuno de revoltillo con arepa y a lluvia de chistes y mamaderas. Estaban altos, con un frenesí que el deliberado recato de los visitantes fracasaba en amortiguar. Hablaron de las fiestas de Navidad que estaban, por desgracia,

a la vuelta de la esquina, y se lamentaron del peso de la tradición que los llevaba a una asfixia acatada de semanas, aun a ellos que, en el mejor de los casos, miraban con desatención la «fe de sus mayores» (como La Flaca), y, en el peor, se decían ateos en estado puro e incontaminado (como Diego). La Flaca recordó los nacimientos vivientes de la infancia en los que siempre la encajaban en el rol de la Virgen (y se rió) y Fernando comentó la teñida con negro de humo a la que lo obligó un fugaz rol de rey mago (y se rió a carcajadas). Diego y Carmen Luisa se miraban y sonreían al descolgado. La circunstancia se repitió con una anécdota sobre el cruce de regalos en Nochebuena y con otra más sobre la lucha musical de temporada entre el aguinaldo y la gaita zuliana y el lugar que el furruco ocupaba en uno y en otra, una confrontación que ya cumplía décadas y que había provocado más de una discusión puertas adentro. Los anfitriones, incluida Barbarita, quien acotaba detalles aquí y allá, eran los que relataban, mientras que Diego y Carmen Luisa hacían esfuerzos por lucir en sintonía; pero después del batido de melón y del segundo café, la comisura escapada junto a alguna risita nerviosa los delataron. Fernando atrapó de inicio, ¿y qué vaina era aquélla, Cronista, Carmen Luisa? ¿Había un trompo del que no supiera, un rollo en manga? Había, sí, aclaró Diego; con lo que La Flaca dejó de recoger la mesa para esperar el remate. Ahora fueron los cuatro los que se miraron: nada, que ni Fernando ni La Flaca estaban esperando ninguna bomba, que ambos creían que la visita mañanera era por el revoltillo con jamón y el saludo y el chisme, un equívoco nada extraño si tomamos en cuenta que había sido La Sigmuncita quien llamara. ¿Y entonces? Carmen Luisa sacó los papeles de la cartera —el generoso morral de fin de semana al que ella le encantaba llevar en bandolera— y los plantó sobre la mesa, aquí estaba. La Flaca dijo ajá, teníamos que adivinar; pero Fernando, oliendo ya, no bromeó: ¿de qué se trataba? Diego, por toda respuesta, le asestó tres golpecitos al par de carpe-

tas, los informes. Te dejaras de misterio, Cronista, ¿qué informes? Los informes finales, chamino, los del llegadero. ¿Bingo era aquello, Cronista, de verdad? Pero entonces lo que salía era celebración, viejo, de dónde aquella cara de embarque; con lo que La Flaca intervino para unirse al hurra.

Fue en ese momento, cuando Diego y La Sigmuncita estimaron al unísono que hubiese sido mejor decirselos sin anestesia, al salto. Así el Cronista soltó la frase que correspondía, dada la escena: había un detalle. Dijo eso: hay un detalle que queremos conversar con ustedes. Allí había comenzado la sesión de tortura.

La palabra detalle lo trajo de nuevo al televisor, dos meses después, ahora: se sabía lo que el Presidente iba a declararle al país en cadena de medios, pero se desconocían los pormenores: el remiendo de capote podía resultar más divertido y grotesco que lo acostumbrado —las aristas trágicas ya habían sido experimentadas— y sobre esas costuras él tendría que teclear al paso media docena de cuartillas. Podía tomárselo a la suave: se trataba de un «comentario reflexivo», no de una cobertura acelerada. Lo más conveniente era grabar, Marinita andaba con fogaje y nunca se sabía. En ese instante, en efecto, la niña se quejó. Carmen Luisa tomó el frasco de jarabe de un rincón del seibó y en su ruta hacia la cama y antes aún de que él se apercibiera, colocó el videocasete en el aparato. Él la contempló en sus breves gestos, casi automáticos, y se sintió acompañado. Se frotó la nariz en una reacción impensada, justo en el instante en que se percató de que la mosca, que al principio creyó imaginaria, era, en verdad, catódica: el Jefe del Estado había sido ponchado antes de tiempo y la cámara lo había mostrado fuera de paso en una breve toma mientras se ajustaba la corbata e intentaba deshacerse de un insecto que lo sobrevolaba.

Había sido en aquella fiesta en casa de Fernando, recordaba, cuando conociera a Antonio, la cacaíta, «el genio chiflado del grupo», y probablemente el más legendario de los iconos de la cofradía. ¿Comenzaron ya desde entonces a caerse mal el uno al otro? Le molestaba el mero hecho de recordarlo (un verbo demasiado noble para ser aplicado a aquel frasco de ñoña), pero se le antojaba que había sido una respuesta casi química. El tipo había dedicado la noche a hacer de payaso en el tono chabacano y abusivo que ya la cofradía le sabía y perdonaba, pero que él todavía tendría que aprender a sobrellevar aunque sólo fuera por respeto al resto del equipo que ese día lo acogía como a otro de los suyos. Una tarea a contracorriente que el personaje en cuestión tampoco facilitó, ni por un segundo, desde el primer tropiezo. El propio apretón de manos fue un abre bocas emblemático del tono que sería la constante: al hijo de puta no se le había ocurrido una idea mejor para darle su personal bienvenida al jolgorio que vaciarles la botella de champaña, en paso sucesivo, a él, al manuscrito de El Llanero y a la pequeña Bárbara, para la fecha una bebé de brazos. ¡Una mariconada del peor gusto que sólo la amistad ciega con que los cofrades lo malcriaban desde el comienzo de los tiempos —Carmen Luisa incluida— podía perdonar! ¿Que el muy pajizo fuese inteligente e inventivo? Por lo que a él hacía, podía muy bien clavarse sus virtudes, en pareja y sin lubricantes, por el orificio de las aguas negras. ¡Una escoria! Dramas de lado, esto, que iba a ser para él, para Diego, su satisfacción histórica, su «risa de último», de nada le iba a servir aquella mañana de los huevos en revoltillo y los equívocos y hay un detalle, dijimos que había terminado por anunciarles a Fernando y La Flaca, tamborileando él sobre las carpetas de informes, imposible sacudirse la torpeza, la mala leche, ahí iba esto, qué se hacía.

—Es Antonio —les soltó, pidiéndoles excusas con las cejas y el párpado.

—¿Antonio? ¿Qué pasa con Peraloca? —Fernando congeló el café a la altura del pecho; La Flaca se acercó a la mesa. Bárbara había hecho mutis hacia Vilma Picapiedra. Yaba-daba-du.

—Es el pivote, el comodín —sin sentirse aliviado todavía—. Lo lamento. Aparece en todas las listas, en todos los informes.

Dentro de la pantalla, ahora, dos meses después, el Presidente iniciaba su monólogo trágico con una digresión que el país recibió como una bufonada: habló de las fiestas patronales por los 200 años de tucusún de abajo, se felicitó de haber presenciado la inauguración de un nuevo tramo de carretera en el llano, y, al final, cuando ya se esperaba que eludiría el tema —todo era posible—, le adjudicó 30 segundos al postre de la fecha. Apenas repitió lo que ya todo el mundo conocía —las divisas y el control— y pidió tranquilidad y comprensión. El efecto fue, no hay que decirlo, antitético: el desesepero, la histeria colectiva.

La Sigmuncita, que en sus idas y vueltas sólo había alcanzado a seguir la alocución por fragmentos, creyó que se trataba de un nuevo programa humorístico del canal. Para las cuartillas que él debía enfrentar, aquella comedia le resultaba una ejecución de *penalty* sin arquero, podía incluso dejar algo de chanza aquí y allá. Un placer que no siempre podía permitirse.

Tampoco aquella mañana le calzaba el darse permiso para la tomadura de pelo ni siquiera para el comentario de alivio a los amigos ante la desdicha que ellos, mensajeros de «malas nuevas», estaban provocando con la noticia. Nada insólito, la reacción inicial de La Flaca y Fernando fue de incredulidad: la antigua solidaridad de la cofradía se puso en marcha antes aún de que él hubiese terminado con los datos iniciales. La Flaca, en particular, lo recibió casi como una cuestión de honor, negando al rompe la menor posibilidad de que los papeles pudiesen contener un solo párrafo fiable sobre Antonio. Se pasearon por una descalificación de las

fuentes, por una confusión de nombres, por un posible complot de enemigos, hasta que Carmen Luisa, que había permanecido en un silencio atónito, los llamó a la sensatez, ¿por qué no revisaban juntos los informes?, ¿por qué no nos calmábamos todos? El relevo surtió efecto. Diego tenía en contra su prolongada antipatía por el acusado, pero no La Sigmuncita (primera ficha femenina de aquella pandilla de 30 años atrás).

Se sentaron frente a los papeles, alrededor de la mesa de pantry, como si estuvieran preparándose para una sesión de espiritismo. Bajaron las voces, respiraron profundo y comenzaron a escuchar el relato de Diego. El Cronista habló con un ritmo más lento y un registro más grave que el de costumbre. Comenzó por los antecedentes, reconstruyó el hilo de los acontecimientos desde el momento en que Verónica le revelara los movimientos sospechosos de los que fuera testigo dentro del banco hasta las reacciones, aguas abajo, que finalizaran con su despido, el de Verónica, de la institución, no antes, por fortuna, de recabar los datos faltantes y cruzar la información disponible. Les relató los bemoles de lo que denominó «el enlace con los lavadores», de la relación de éstos con el atentado «de amedrentamiento» en su contra y con las muertes que siguieron y del papel que El Tucán había jugado en la red. Fue prudente al referirse a Antonio y tuvo el tacto añadido de separar el rol, sin duda vertebral, que Peraloca desempeñara en el costado «financiero» del asunto, del que podía haber ejercido en la cancha de los lavadores donde no se parpadeaba, ya se había visto, con miras a la gran final del mundial.

El deslinde de los dos planos tranquilizó los ánimos de Fernando y La Flaca. Parecía evidente que las trampas más o menos asquerosas en las que Peraloca hubiera podido incurrir dentro de la picaresca financiera, aunque las desaprobaban o condenaban, distaban mucho de quitarles el sueño. Tal vez supieran, pensó Diego, que se trataba de una fechoría despenalizada en la práctica. Lo que sí les preocupaba era la

mención del *gang* del lavado. No sólo por la naturaleza de las actividades sino por la relación, esta vez directa, que según todas las evidencias la banda sostenía con los homicidios, uno al menos de los cuales, el de Gregorio, rozaba personalmente a La Flaca. Sin embargo, la idea de un posible vínculo entre Antonio y este lado de los hechos resultaba tan desmesurada que ellos, Fernando y La Flaca, se negaban a considerar siquiera la más remota posibilidad, los oyeras tú, Carmen Luisa, tú, Diego, sus amigos, sus hermanos del alma, de que existiera. La Flaca recordó que en el atentado de La Vega, Diego, chamo, la escucharas, las víctimas hubieran podido ser ella o su hijo, o tú mismo, Cronista, ¿y entonces?, ¿te figurabas tú a Antonio apretando el gatillo aunque sólo fuera a control remoto? No podía aceptarlo y tampoco podía creer que tú lo aceptaras, Carmen Luisa, mana, ni tú, Cronista, coño, con todo lo mal que él te pudiese caer.

Éste fue, en esencia, el tono de la reacción. Un discurso en la ortodoxa línea del drenaje que aquella misma mañana, mientras venían en camino, La Sigmuncita había pronosticado. Tenían que prepararse para todo, cariño, le había dicho, La Flaca y Fernando nos iban a odiar a muerte, especialmente a ti; el odio les iba a durar una media hora, tal vez más, luego vendría la catarsis, acompañada o seguida por una apología del reo, verías. Y bien, lo estaban viendo. Las quejas de La Flaca fueron relevadas por las de El Llanero, quien al terminar le devolvió la antorcha, para que ella iniciara la fase de la lectura de méritos en el haber de Peraloca, una declamación patética y enternecedora, pensó Diego —de creerles, Antonio procedía de una cruzada escandalosa entre San Francisco de Asís y la madre Teresa de Calcuta—, y tuvo que montar la risa en una tos fingida que lo sacara del trance. Fernando tomó la cinta para el alegato final y cuando La Flaca, en pleno discurso de El Llanero, interrumpió para preguntar si hacía más café o si les provocaba otra cosa, Diego se sintió en pulso como para brindarle un reconocimiento profesional

a La Sigmuncita que bien podía cobrar la forma de un toquecito de rodillas por debajo de la mesa, y para practicar un brindis mudo e individual que le diera vuelta a la página por que ahora le tocaba a él la de cerrar, mediodía pasado. De modo que las chamus se inclinaron por el café, él pidió una cerveza y Fernando, en buena seña, puesto que antes había optado por la sobriedad, decidió acompañarlo. Carmen Luisa, te hago la segunda con el filtro, mana, apoyó a La Flaca, y fue entonces cuando decidió que el momento de hacerles la proposición que traía en manga había llegado.

El momento elegido es el que nos permite atrapar a Fernando en las frases finales de su «apología sentimental de Peraloca»; a Carmen Luisa ya sentada de nuevo a la mesa mientras le pica un ojo furtivo a Diego; a La Flaca ofreciendo la bandeja con los pocillos de café al grupo; a Bárbara encerrada en su habitación con lo último de Jackson en nivel de decibel rojo; a Hugo frente al televisor de la sala aupando al Hombre Araña; a Antonio sosteniendo una reunión urgente, de alto nivel, con los compinches financieros en un hotel de Caraballeda; a La Polaca en Londres, compartiendo una cerveza con una amiga en un *pub* de Swiss Cottage; a Alberto desintegrándose en una parcela del Cementerio del Sur; a La Fierrecilla Roja hablando por teléfono con el camarada que le ha prometido un nuevo trabajo; a Tulio durmiendo aún después de una agitada noche de guardia; a Perucho jugueteando al saxo con una frase de Betchet en su apartamento; a Marisela supervisando las tareas del almuerzo en el Isadora; a Amalia, en mono, repitiendo un parlamento de Strindberg frente al espejo; a don Felipe en su Cessna volando hacia Curazao; a Cortázar, en Managua, sintiéndose a veces inusualmente fatigado, sin saber por qué; a mí en el *flash* eterno de escribir esta página; al lector en el trance de desear que termine ya esta enumeración tangencial para regresar con el gallo pelón

al que habíamos anunciado como el momento crucial cuando El Cronista cree maduro el aire para tomar boca y decir:

—Les tenemos una proposición —se permitió un corto silencio durante el cual sólo se pudo oír el aullido del villano ajusticiado por el Hombre Araña y un falsete agudo de Jackson—. ¿Qué les parece si echan una conversadita con Antonio?

—Se los íbamos a proponer nosotros —dijo La Flaca, dijo Fernando—... quiero decir, que nos dejen conversar con él *antes* de dar cualquier otro paso *en relación con él*.

—¿Antes de soltarlo en la columna? —Diego vaciló.

La Flaca se sobresaltó, por un momento había olvidado el problema de la columna.

—¿Es inevitable que salga en el periódico?

—Bueno... —comenzó El Cronista, y descolgó un gesto que se explicaba por sí mismo.

—Lo de la columna es un compromiso de Diego, mi amor —terció Fernando—... pero yo pensaba en la posibilidad de que la retuvieras —a Diego— hasta que conversáramos con Antonio. Conocemos a Antonio —Diego prefirió no opinar— y sí lo que tú dices...

—... y los informes apoyan...

—... y los informes apoyan, es cierto, él lo admitiría sin duda alguna y daría su versión de los hechos y...

—... yo le endosaría mi sueldo de este mes por el placer de escuchar esa versión, puedes decírselo...

—... y en cualquier caso, ofrecería explicaciones y haría comentarios que hasta te serían útiles para la columna —El Llanero calló, paseó la mirada entre Carmen Luisa y Diego—... ¡Coño, Cronista, se trata de Antonio, nuestro amigo de toda la vida, nuestro hermano, nuestro pana! Además, tú mismo has propuesto la conversación...

—... pero no dije que postergaría la columna y la condicionaría a la conversación.

—¡Ay, Dieguito! —gimió La Flaca.

Diego suspiró, alzó los hombros, ¿qué se hacía?

—Está bien —añadió—, pero tienen el día de hoy. Lo localizan, conversan y me llaman. La columna es dentro de dos días, pase lo que pase —se escuchaba diciendo esto y le costaba creerlo, ¿qué vaina era aquella?, ¿la edad, la amistad?

En el camino de regreso prefirió callar. La cantidad de pequeñas diligencias que debía despachar en las horas siguientes lo agotaban de sólo pensarlo. Estaba aturdido y sabía por qué: no debió haber cedido. La Sigmuncita lo acompañó en silencio, excepto para susurrarle un comentario:

—Hiciste bien, mi cielo, hiciste lo que debías hacer —como si lo hubiese oído por dentro.

Cuando llegaron, Emilia, la niña se había portado como una santica, señora, les tenía un mensaje de alguien que no quiso decir quién era, para usted señor Diego, dijo que usted sabría. Diego bajó a la cabina pública: aunque quizás ya no hiciera falta, había mantenido por inercia aquel hábito profiláctico.

—¿Aló?, ¿Berraco?— mamá, al reconocer a Tulio a través de la línea.

—El mismo, hermano. Le tengo malas noticias... El pájaro voló...

—¿Qué pájaro, Sabueso? —esta vez gritó, te dejaras de vainas macabras con él.

—El Tucán, mi chamo. Desapareció. Picó cabos hace más de tres días.

Ahora, semanas después, en el Martes Negro, el locutor —¿un regalo de octavita?— anunciaba que debido a la trascendencia de la alocución presidencial, el canal lo ofrecería de nuevo para su teleaudiencia, dos horas más tarde.

En Londres, era alta madrugada, La Polaca compartía un toque blanco de nariz con los actores franceses, un instante antes de comenzar a pensar en el Caribe. ¿Cómo se baila en Caracá?, le preguntaría luego el primer actor, ¿cómo? La

Polaca buscaría las palabras adecuadas en francés para decir movido y para decir sabroso.

2 (1983)

Apreciado pelabolas:

¿Cómo estás? Apuesto a que lo primero que averiguaste, antes de leer el saludo, fue la firma. De modo que ya sabrás quién soy.

Cuando esta carta esté en tus manos, ya me habré pirado. Dadas las circunstancias, la organización creyó conveniente obsequiarme unas vacacioncitas en el exterior. *Resorts* de altura, por supuesto. Nada de esos arenales nuestros, bonitos pero tristes, sin *charm*.

No quise irme sin dejar siquiera unas líneas para ti... y un beso como se debe para Carmen Luisa, mi recordada gatica del 69.

¡Qué buena hembra que te guardaste, compadre! Y obediente como perrita. ¿Te soltó el cuento completo? No: hay algunas cositas que nunca salen de ese binomio tan trunca que forman el macho y su hembra. Pero de algo puedes estar seguro: en su momento, no había nada que esa hembra me negara. Por dos razones: porque le gustaba —no te me pongas celoso— y porque sabía que si se ponía cómica este galán le quitaba el alpiste. ¡Y hay que ver que se daba duro esa chama! ¡Con todos los hierros! ¡Hasta ácido se metía! Y Dios sabe que por mi lado nunca le faltó nada... bastaba con que abriera las piernas.

En cuanto a ti: no me caes mal. Te lo juro, ¡pero qué perdedor de mierda que eres, pana! Lástima, tantos cojones y tanto talento desperdiciado. Si alguna vez nos encontramos, y quieres un mensaje de tu enemigo favorito, nada más pídemelo (a ti no te voy a poner a abrir las piernas).

Hasta nunca, pelador, y dale a la gatica una nalgadita de mi parte.

Saludos, Luis Pardo.

[La carta, en sobre sellado, había sido enviada a la oficina del periódico. Fue la secretaria quien la entregó al destinatario, en su propia mano. Diego regresó al apartamento al filo de la madrugada. Estaba absolutamente borracho y sentía cortada y dolorida la mano con la que, en un raptó de pesadilla en el que alucinó con el rostro riente de El Tucán, destrozara la mesa de la tasca.

Una hendidura residual lo guió para que pudiera entrar sin ruidos, secarse las lágrimas en la penumbra del dormitorio, y, sin despertarla y con una delicadeza que se desconocía, besar a Carmen Luisa que lo aguardaba dentro del sueño. Nunca te iba a causar daño, cariñito, nunca te lo iba a decir, cielo suyo.]

3

(Memorias de Carmen Luisa, 1983)

Como sabemos, hacia finales de febrero de aquel año, las máscaras del drama público caían. El país entero comenzaba la gran travesía del desierto —materializado de súbito y sin espejismos— que rebañaría los días por venir. Próximos como estuvimos a su paisaje, aquella puesta en escena, vasta y colectiva, no dejó de estremecer de una raíz a otra —las palabras son de Diego— los guiones personales de nuestra vida.

Transcribo lo que anoté en el diario de entonces.

«Tampoco esta vez hablaré de Antonio. Aún no me siento capaz. ¡Hay tanta vida allí, tanta memoria junta! ¿Cuánto tiempo habrá de irse antes de que este asombro se disipe?

(Interrumpo: Marinita necesita de un hombro —¿y unos dedos?— para la tarea de dibujo.)

»Como quiera que sea, me alegra y me sosiega el que el telón de esta pesadilla en la que Diego ha obrado de víctima, a la par

que de vidente y de héroe, haya sido bajado. Pero no estoy segura si, de haberse extendido la tortura por dos meses más, me hubiese alcanzado el aire. El propio Diego me ha lucido cansado y triste, pero —no hay mal que bien no busque— más dulce y cariñoso que de costumbre. ¡El que se apareciera ayer con un ramillete de rosas y una tarjeta —¡casi una postal *belle époque!*— ha sido apenas uno de esta cadena de pequeños y espléndidos detalles con la que ha logrado conmoverme! Está agradecido, dice, por mi paciencia y mi “apoyo amoroso en estos meses arduos y locos”. Ni una palabra le he dicho sobre lo extenuado y débil que ha quedado mi cuerpo con las resonancias de este drama: una especie de vacío físico que incluso experimento orgánicamente en el centro del estómago, en la terminación de un hueso.

»La silueta de las crestas que descienden en peldaños desde el horizonte de la montaña, se ha borrado por completo. En su lugar se alza una tensa lona negra: de no ser por las chispas de luz que aquí y allá la tachonan, se confundiría con un portentoso agujero invertido, sembrado allí de súbito, que no parece ofrecer fondo. ¿O acaso lo es? El cielo, en cambio, por una especie de alquimia de compensación, se muestra abarrotado de burbujas de gasa centelleante, empapadas en una luz lechosa que, siendo ya noche cerrada y a pesar de que esto ocurre no sólo con las motas que flotan sobre el valle sino también con las que nadan justo sobre el vacío de carbón que reemplaza a la colina, sólo puede provenir del parpadeante resplandor del espejo urbano.

»Y ahora, de pronto, sin que medie advertencia alguna —excepto la de la brisa que hace unos minutos me bailó el cabello— ha comenzado a soplar un viento caprichoso.

»Dos buenas noticias para el balance. La primera, mañana la editorial de la Sociedad me entrega las pruebas del nuevo libro. Les meteré el diente tan pronto estén a mi alcance para dejarlas a punto antes del fin de semana.

»La segunda, las dos semanas de playa que nos aguardan en la inminencia, si el proyecto se materializa. ¡Un recodo

salvaje de Mochima! Lo merecemos. Iríamos con La Flaca y Fernando, en tiendas separadas, por supuesto, Marina y Bárbara se quedarían con las abuelas, y al pequeño comando intergaláctico de Huguito, Fernando se lo endosaría a Marisela y a Amalita, que están como locas con el sobrino. Así que... ¿no habría que darle la bienvenida a este reencuentro con la felicidad en la noche marítima?»

4

(Finales de 1982)

¿Era la primera vuelta o la segunda? No lo recordaba, pero tampoco importaba mucho. La conversación con Antonio lo había trastornado de tal modo que acaso el único acto consciente que había ejecutado desde el momento en que llegara al espejo de agua y estacionara en el hombrillo a la altura del mural triple, había sido la llamada a La Flaca desde el monedero del estanque: todo andaba bien, iba a drenar seis kilómetros en la pista antigua, bebé suya, lo necesitaba de urgencia, después te contaría, ¿sí? En verdad, lo que ella necesitaba saber, ya el propio Antonio se había encargado de contárselo en la despedida telefónica una hora antes; él, Fernando, le ubicaría los pormenores luego. Apenas colgó se preguntó qué detalles le estaba prometiendo, ¿quedaba algo todavía por conversar después de aquel maratón de preguntas, confesiones de culpa, explicaciones fallidas, reconstrucciones remotas, panegíricos de Peraloca, golpes de pecho?

Desde la noticia que Diego y Carmen Luisa les vaciaran el día anterior no se habían dado tregua: una conversación que comenzó en el mismo momento en que los mensajeros se despidieron y que cerró, es un decir, a las dos de la madrugada, cabeza sobre almohada, sorbiendo los sentidos que hubiera si había alguno, escupiendo culpas tú y yo, chama, un declive remoto, ¿por qué los errores?, ¿por qué las fallas?, y

nosotros, tú, él, todos, bebé, siendo felices juntos, 25 años atrás, y una promesa cursi de dicha leal y solidaria y simple, que debía durar, ajá, toda la vida, a pesar de que la cofradía había excluido a la cursilería so pena de lesa cursilería, y habíamos reído, ¿recordabas, coño? Las dos cabezas sobre la almohada después de 12 horas chachareando sobre el caso, patadas de ahogado, ¿o no?, y luego, bueno, tú y yo bebé, nos habíamos dormido 2 pm, y el chucuaco menor entre nosotros, Huguito, apareciendo fantasma sed que tenía, sí, mami, y luego, ¿qué era frodadía, mami? Cofradía, gurrufío, cofradía, le dijo él, se usa por grupo de pendejos, nada, y se durmieron. Sí. Pero él se había despertado con un sobresalto y la incómoda sensación de haberse agotado más incluso que antes de irse a la cama. Había caído en el sueño rendido por la fatiga del día, pero los músculos en lugar de dormir habían permanecido en una vigilia alerta, tensos como la cuerda de una ballesta. Una condición que no experimentaba hacía largo tiempo. Y había soñado. Un relato entrecortado que se aproximaba a la neblina de la pesadilla sin tocarla y del que recordaba fragmentos. En uno de ellos se veía en la antigua quinta de Las Acacias, en la que viviera hasta el año 58:

tiene 19 años, y se halla en el corredor del traspatio, sentado en una de las butacas de mimbre que la cofradía usaba en sus reuniones. Es casi de noche y la luz sucia que se derrama desde ninguna parte apenas permite apreciar la silueta de un cuerpo que yace tendido de espaldas cerca de la entrada. Al aproximarse reconoce, espantado, a Antonio: tiene una herida enorme en el pecho, sin duda un disparo... morirá en segundos. Piensa en levantarse a pedir ayuda pero lo detiene en el último momento un gesto del moribundo: Antonio ha abierto los ojos. Su mirada, antes que de súplica o temor, es de odio. Siente que Antonio lo acusa, ¿pero de qué? Una risita nerviosa a su espalda lo hace volverse: es La Polaca (a quien sólo conocería 12 años más tarde), en bata de dormir de pie en el vano de la puerta que comunica con la cocina, se lleva la mano

izquierda a la boca para intentar disimular la risa que de cualquier modo la sacude de pies a cabeza; con la otra mano, la derecha, sostiene el arma que ahora cuelga apuntando hacia el piso.

Sabía que la fórmula para aliviar *aquella* fatiga no era otra que una ración combinada de meditación y caminata, en ese orden; se permitió 20 minutos de mantra en la bañera, pero postergó la caminata para después de la entrevista: Antonio lo esperaba y no era cuestión de arriesgar un desencuentro. Mientras se vestía, y aunque su caracterización para el *jogging* era veloz, tuvo todavía tiempo para escuchar a La Flaca quien, como si hubiese estado ensayando la misma escena, se lamentaba de unas tensiones idénticas a las que le aquejaban a él. Una paliza a vara encabullada se quedaba corta, su amor, y con un palpito de que el disparador mayor del estrés pasaba, cómo no, por la penosa circunstancia de Antonio pero, sobre todo, por el bocado de culpa: la vaga, pero recurrente sospecha de que sin ellos dos Peraloca no se habría echado la gran vaina en la que estaba metido. Ella lo repetía una y otra y otra vez, variando los énfasis y los costados de la historia, pero igual hubiera podido ser él quien estuviese mascullando el ritornelo y ella escuchando. Era sorprendente, al parecer de nada había valido el larguísimo raqueteo de la noche anterior: la almendra seguía allí. Laura y La Flaca y él, aquellos meses de chifladura desaprensiva con cierre griego. El triángulo dando telón a dos anillos que se fracturaban. ¿Hasta dónde aquel golpe bajo pudo afectar a Antonio? Recordaba que se había repetido las palabras «golpe bajo» y había sentido asco de sí mismo: la expresión resultaba demasiado aséptica para una mierdada tan próxima. El gran balde de ñoña se lo había arrojado él mismo, «su amigo de toda la vida», y el palo marranero y final se lo había asestado la propia Polaca. Si algo les resultaba cierto, insistían, era que su cambio, el

de Antonio, a raíz del viaje de Laura, fue inmediato y notorio. Tópico de pasto para las tertulias del grupo.

Más que de un cambio se habló entonces de una transformación radical: resultaba difícil reconocerlo. Comenzó a ser, a secas, otro. ¿Comenzó a ser o comenzó a parecer? ¿Llevaba ya desde antes, de manera larvaria, lo que luego mostró? Y luego el país saudita, la fiesta petrolera de los 70, la gran borrachera colectiva. Antonio no había sido el único. Más de un «alma pura», como acostumbraba decir «el padre» Gonzalo, «se había perdido en ese tremedal». Aquella misma madrugada, La Flaca y él se habían preguntado si el país, por sí solo, habría bastado para ejercer aquella efectiva labor de zapa sobre Antonio o si había sido necesaria la quiebra individual, o, incluso, si aun en ausencia de uno y de otra el cambio se hubiese dado por igual en virtud de un simple despliegue de cualidades (¿o taras?, ¿era él quien se permitía los cojones de hablar de taras en su amigo?) que ya estaban allí.

La respuesta había resultado difícil, por no decir imposible. La Polaca, aun antes de irse, guardó un discreto silencio que no rompió en ninguna de las cada vez más infrecuentes y breves cartas posteriores. En cuanto a Peraloca, todavía resultaban un misterio las risitas irónicas que precedían a los bruscos cambios de tema cuando, en la larga noche del reencuentro, la conversación amenazaba con llevarlos *al tema*. Nada, silencio absoluto. Hasta que un *lapsus* lo acorraló, obligándole a responder. ¿Qué dijo entonces? No te preocupes, ya llegará el momento, no te preocupes. Eso dijo. Pero el momento nunca llegó ni para ventilar ese asunto en particular ni, diríase, para ningún otro, porque desde esa noche Antonio desapareció tanto para la cofradía como —según se pudo saber luego— para todo el que oliera a circulación anterior, familia incluida. Algo extraño, para decir lo menos, más aún si se toma en cuenta que la famosa conversación fue a la postre un armisticio tácito entre las partes. Esfumado. Desmaterializado por entero, si excluimos un par de visitas

de médico, por Navidad. ¡Y habían pasado años desde que él y La Flaca espieran, camuflados detrás de una columna del aeropuerto, la penetración de La Polaca por la plegable del 747 que la regresaría a Europa sin vuelta, y el beso ¿de cachetico apenas? con que Antonio la despidiera.

Redujo el paso para evitar el efecto bumerán de la detención brusca de la marcha. El optar por la ruta «interna» había sido, sin dudas, una decisión acertada: caminaba al borde de las fuentes y del estanque, con lo que el efecto sedante del agua —sonido, iridiscencia, textura— se añadía al drenaje muscular del ejercicio. Niños en bicicleta. Barcos de juguete que cruzaban el espejo de agua. Parejas de estudiantes, casi púberes, besuqueándose en los rincones. Un paisaje menor y apacible con el que estaba familiarizado desde la adolescencia, pero al que no había regresado por meses, tal vez años. Las mudanzas periódicas que lo llevaran cada vez más hacia el Este lo habían retirado de la zona. ¿Qué impulso lo había deslizado casi de manera natural a Los Próceres después de la conversación con Antonio? Al costado de la línea de copones excesivos, se habían celebrado las patinatas de los diciembres remotos: la cofradía en pleno sobre ruedas riendo como locos en el estupor ingrávido de la edad. Alberto, el atleta del grupo, llevándose los laureles de la velocidad plana. Peraloca imaginando la magia de un mecanismo que redujera al mínimo el roce de la municionera. La Sigmuncita emboinada, alardeando de que condescendía a una excepción con aquel deporte para idiotas. Luego Alberto había muerto por propia mano y Peraloca se había dedicado con un talento digno de mejores causas a arruinarse la vida. El grito de una pequeña que chocaba contra el pedestal de un precursor lo reinstaló: no era nada, chamina, ¿dónde andaba mamá?

¿Lo tomó de sorpresa el encontrar a Antonio en plena faena de equipaje? Al comienzo, el esfuerzo por escoger las

palabras a pinza y las propias circunstancias del reencuentro le impidieron percatarse de lo que ocurría. Cajas, muebles descolocados, discos en rímero sobre la alfombrilla. Pero era la primera vez que visitaba el apartamento; un *pent house*, en verdad, que se superponía por entero a la azotea del edificio —600 metros de área, *jacuzzi* en un jardín interno—. En algún momento, en las primeras de cambio, Peraloca le pidió que continuaran hablando mientras terminaban la tareíta, compadre. Él, Fernando, concentrado como se hallaba en la ilación de su propio discurso, desatendió lo de la tareíta, y ya había comenzado a vaciarle algunos comentarios sobre las precauciones que debía tomar dadas las circunstancias, cuando Antonio le repitió las excusas por lo del equipaje y acto seguido alcanzó unas chaquetas y las plegó de manera descuidada antes de empujarlas contra el fondo del maletín. Fue entonces cuando le cayó la ficha. ¿Qué vaina era aquélla, viejo? ¿Otro paseíto?

—Me voy, pero no de paseo —respondió Peraloca, mirándolo—. Me pinto a secas, me sacudo de este país de mierda.

Fernando se sintió ridículo: era evidente que Peraloca ya estaba enterado... tal vez hasta supiera más que él:

—¿Por qué me dejaste hablar? ¿Te interesa de verdad la vaina o quieres jugar otra de tus bromitas pesadas poniéndome de payaso?

—Eras tú quien quería informarme... y, bueno, digamos que me interesaba la versión del bolsa de Diego, aparte de que era la única manera de despedirnos. Si eso te arrecha, me lo dices. En cuanto a lo de payaso... uno nunca sabe cuándo le va a tocar.

Acusó la banderilla: el que estaba en la lona con cuenta de nueve era Antonio, no él:

—¿Cuándo lo decidiste?

—Me viene prohibición de salida y orden de captura, es cuestión de horas; de días en el mejor de los casos...

—¿Estás seguro? El Cronista no nos dijo nada de eso. ¿Cómo...?

Antonio lo miró con una expresión que no requería comentario: si explicaba, ofendía. También él guardó silencio.

Por un momento experimentó la impresión de hallarse en un sitio equivocado al lado de una persona desconocida. Peraloca ya había recibido el pitazo, tal vez antes de que Diego gritara el eureka de la revelación y corriera a darles las supuestas primicias. De inmediato se percató de dos detalles que le ahorran tiempo y preguntas. Uno, era evidente que Antonio estaba jugando duro y que no se molestaba en ofrecer explicaciones ni pedir disculpas: aceptaba todo. Dos, la fuga, de terminar con éxito, ponía a Peraloca fuera de peligro por tiempo indefinido. Lo primero conducía a una conclusión de Perogrullo, por si quedase alguna duda: Diego y los informes estaban en lo cierto. Lo segundo permitía que El Cronista publicara su columna sin segundas consideraciones, porque, de cualquier manera, el procedimiento ya estaba en marcha. En cuanto a si alertaba o no a Diego en relación con los planes de Peraloca, no necesitó considerarlo: ya en el pasado se había cagado con suficiente desparpajo en la vida de su amigo. Era suficiente. Se resignó: apenas si quedaba un detalle por aclarar.

—Miami, supongo —dijo en tono neutro.

—Miami, South Beach —resopló Antonio: el pantalón marrón no encajaba; sacó dos camisas y abrió una rebanada cerca de la base del cierre—. Están invitados. Todavía tengo que instalarme bien... pero están invitados. Tú, La Flaca, Carmen Luisa, la cofradía en pleno. Hasta el cabrón de Diego, cuando se le pase el odio, claro. ¿Cómo está La Flaca?

—Quería venir, pero tuvimos problemas con los niños. Si hubiésemos sabido que te ibas así...

Antonio se detuvo por un momento con una franela T en la mano.

—Me hubiese gustado despedirme de ella, por supuesto. Y de los chamos... Tengo pocos amigos... Y con esto... —señaló hacia la nevera en el recodo de la cocina en desorden—. Hay unas frías ahí, podemos darles. Éste sí como que

va a resultar el verdadero brindis del estribo... —se levantó y trajo las cervezas.

Fernando tomó un trago. Aunque el aire había cambiado, continuaba incómodo y sentía que otro tanto le ocurría a Peraloca.

—Sé que te estás haciendo preguntas. Todos deben estar haciéndose preguntas —Antonio bajó un largo trago.

—Tranquilo, viejo, nadie te está pidiendo explicaciones.

Antonio alzó la botella, muequeó una sonrisa.

—Gracias, caballo —dijo: se habían llamado caballo uno al otro en el 58—, pero quiero dejar en claro una cosa...

—Lo del atentado... —se le escapó.

Peraloca alzó los hombros.

—Llámalo como quieras. No tuve nada que ver con eso, aunque desde afuera pudiera pensarse lo contrario. Fue una estupidez inútil...

—¿De quién?

—Ni siquiera de la lavandería... de la otra punta, de los narcos —lo dijo muy lentamente, como si estuviese pensando en otra cosa.

Fernando repasó las palabras a medida que Peraloca las soltaba, ¿quién hablaba por él? ¿Dónde carajo estaba el ventrílocuo y los hilos y el guión de mierda? Recordó que en una oportunidad, cuando aún no se conocían nombres, se había reído de una intrincada selva de flechas que El Cronista le había mostrado en un papel: la red probable, el diagrama imaginario de la cloaca, le había anunciado Diego.

—Una corporación grandecita —se sorprendió traduciéndose a viva voz.

Antonio esquivó la ironía o no la escuchó.

—Díselo a La Flaca, por favor. Lamenté mucho ese incidente. Y me arreché mucho. Se lo hicimos saber como pudimos...

—¿Se lo hicieron saber...?

—Nosotros, los del flanco financiero... En estos negocios hay demasiada gente involucrada, que tú, por razones

obvias, nunca llegas a conocer. Nos enteramos tarde. Al comienzo negaron responsabilidades, pero con las otras muertes la vinculación no dejó dudas... Les pusimos condiciones: la carnicería o el negocio. Un argumento contundente: no la moral, la jodida pilanca de dinero que estaba en juego.

Con el salto pudo en el último momento evitar que la niña se precipitara al estanque. La madre de la pequeña se acercó para agradecerle el gesto, tú también, Alicita, le dieras las gracias al caballero, ¡aquellos niños de ahora!, entonces se percató de que una buena sección del brocal había sido removida y de que la niña, en verdad, había estado en serio peligro. La madre se despidió, ¡menos mal que se podía contar todavía con atletas ágiles por aquellos lados!, le coqueteó. ¡Atleta! Le dolían los músculos y acezaba como un perro pestoso. Se sentó en una plancha cóncava, de mármol, que servía de banco. A su lado, un viejo con facha de empleado público retirado se entretenía chequeando los resultados del hipódromo a través de un radiecito portátil, y leyendo las noticias de prensa. En un recuadro pequeño de la primera página podía leerse: «¡A un cuarto de siglo del derrocamiento de la dictadura! ¡El gobierno adelanta rápidamente los preparativos para la celebración de los 25 años de democracia!». Como siempre, le pareció que los años de la dictadura se hallaban a la vuelta de la esquina. Unos metros más allá de la última fuente, entre los monolitos conmemorativos, comenzaba la larga explanada donde cada año se celebraban los desfiles compulsivos de la «Semana de la Patria», otro de los carnavales bufos de la época que de manera cíclica el dictador decretaba en incienso de su propia gloria. Podía verse de nuevo, en la línea de redoblantes, trajeado de azul y blanco, en la metódica tarea de lanzarle trompetillas a Antonio que, portaestandarte del Fray Luis, lo precedía a escasos metros. En la tribuna techada, a la distancia, el faraón redondo y engalanado presidía el gran sainete. El desastre había comenzado entonces, sin duda, pero 25 años después la

rapiña seguía como en los mejores tiempos. Pícaros de todo pelo, método y ralea: su propio padre, entonces, Peraloca ahora. Ninguno de los dos había sido reo ni siquiera en el fuero de su culpa secreta. Y hasta él mismo había terminado por aceptarlos a ambos. Todo aquello lo asqueaba y lo agotaba. El Cronista decía que la impunidad se había generalizado a fuerza de necesidad: de no ejercer la venalidad la tipa de la balanza y la venda, como la ejercía, habríamos tenido que habilitar «la mitad del “territorio patrio” —allí proclamaba y gesticulaba imitando a los discursadores de orden— como cárcel para los bandidos de todo cuello, blanco sobre todo», y soltaba la carcajada.

Se detuvo en las escaleras del estanque mayor. El sol de cal doblaba el aire. Allí, sobre las jardineras que descendían en pendiente hacia el agua, en las noches de un agosto remoto, los cofrades se habían tendido de espaldas hechizados por la lujuria titilante del cielo. En un rapto de cursilería, Carmen Luisa se había girado hacia él, de costado, y le había susurrado con una espiga entre los labios, que era presa de un rapto de cursilería, amor suyo, algo que sólo el beso de un príncipe sapo podía curar, y había cerrado los ojos proyectando el piquito tal como Kim Novak lo hacía en *Picnic*. Él la había besado y mordisqueado el labio mientras ella lanzaba un grito, y Antonio, la dejaras, monstruo libidinoso y satánico, payaseaba cerca del seto de trinitarias, o te las verías con él, y el resto coreaba. Extrañaba aquella ingenua simplicidad.

Ahora, Antonio regresó de la nevera con otro par de cervezas.

—Tal vez en ese momento debiste romper con ellos, no habría pasado nada de lo que vino después —le dijo él.

—¿Perdón?

—Cuando se te hizo evidente la conexión de la banda con las muertes, digo. Tal vez debiste romper entonces con ellos...

Antonio acuñó el par de medias en un rincón del maletín y se quedó inmóvil, contemplando la botella como si se tratara de una bola adivinatoria.

—Querido cofrade —sonrió—, podemos brindar las veces que usted quiera por los tiempos antiguos, pero a condición de que aceptemos que hemos cambiado. O bueno, digamos que al menos yo he cambiado, para no mezclarlo a usted en el paquete. Lo hecho, hecho está. No me arrepiento de nada. ¿Jugué duro?, sí. Usted siempre me conoció como jugador. No me arrepiento de nada —alzó la cerveza, ¿brindábamos?—. Y por favor, caballo, nada de sermoncitos. Eso está bien para el cabrón de Diego, no para nosotros... Nosotros nos conocemos bien.

—Sí. Nos conocemos bien —respondió él maquinalmente.

—A propósito, tengo algo que mostrarte. Tómalo como un regalo de cumpleaños por anticipado, porque lo es. Te va a reducir el sentimiento de culpa en relación conmigo a cero... o cerca de cero, para no menospreciarte.

Antonio se puso de pie y lo condujo a una habitación al fondo del pasillo en la que no había reparado. Reinaba el mismo desarreglo, producto de la mudanza, que era notorio en todo el apartamento: estantes con carpetas, un proyector, afiches rotos, una pantalla de pie, papeles. Rescató un par de cajitas de donde extrajo un grupo de diapositivas que distribuyó en el carrusel del proyector, y encendió el aparato.

Por un momento, Fernando pensó que se trataría de uno más de esos actos bufos de circo a los que Peraloca, en su pasión por el juego, los acostumbrara desde la adolescencia: era evidente que había planeado la escena y disfrutaba en desplegarla.

—Sabes que soy algo más que un aficionado a la fotografía —lo oyó comenzar a explicar: Clic—. Esto es el producto de un ejercicio. Divertido, lo admito. Pero nada para figurar en el «Moma», desde el punto de vista técnico y artístico —clic—. Apenas un buena cámara oculta y unas cuantas asas forzadas. Aproveché una de esas giras de Laura con el Alfa para disponer la tramoya.

Antonio accionó el carrusel. La pantalla se iluminó con un trío de cuerpos cuyos rostros, en un primer momento, lucían apelmazados y confusos. Clic.

—Creo que hablan por sí mismas, pero, si quieres, puedo ayudarte con una descripción paralela. Fíjate en ésta, por ejemplo...

Ya no lo oía. Un estruendo de huesos rotos en la base del cráneo le impedía cualquier signo de vida distinto al de aquella suerte de estupor que, al bañarlo desde la tela de imágenes, lo inmovilizaba. Clic. Unos tras otros los bocados de cámara los mostraban: La Flaca, Laura, él. En pares o en trío. Amándose, retozando, durmiendo. Vestidos, semicubiertos, desnudos. ¡El muy cabrón no sólo había sabido todo desde el comienzo —las fotos correspondían a los encuentros iniciales, cuando aún se citaban en el apartamento de La Guarida— sino que, a todas luces, gozaba con el goce de prolongar el escenario y, sobre todo, a los actores, a través de aquellos disparos de ojo! Clic.

Se indignó, por supuesto, al comienzo. Pero, para su sorpresa, a medida que la sesión se extendía y las imágenes se desplegaban, relevándose, se sumió en un sopor extático que resultaba antes tributario del sosiego que del odio. Antonio había acertado: la revelación, en la medida en que atenuaba la culpa, lo aliviaba.

—¿Quién más lo supo? —se oyó preguntarle, una vez que la última foto se desvaneció.

—Nadie más. Ni siquiera Laura, si es lo que imaginas. Fue un capricho estrictamente privado que se me impuso casi sin pensarlo desde que los descubrí. No, Laura no supo nada. Ni entonces ni ahora. Aunque todavía nos escribimos.

Regresaron a la sala. Peraloca le bajó la tapa a la segunda maleta y la presionó con la rodilla para trancarla. Acto seguido le

aseguró la cremallera al maletín y agrupó las tres piezas de equipaje a un lado del sofá. Fernando apuró la cerveza.

—Para ser un viaje sin vuelta llevas poco equipaje.

—Yo ya estaba viviendo mitad aquí, mitad allá. La mayor parte de mis cosas está en South Beach. Además, es bueno ir liviano... por si me toca correr.

No le celebró el chiste.

—¿A qué hora se supone que sales?

—Dentro de tres horas. Pero es en el Tuy... Un Cessna... Quiero decir, si algún antiguo pana no me denuncia —y le guiñó un ojo.

En el vestíbulo del edificio se despidieron con un abrazo. Ya en la calle, y antes de subir al carro, Fernando llamó primero a La Flaca y luego a El Cronista.

—¿Y entonces? ¿Hablaste con el innumerable? —preguntó Diego.

—Hablé... —dijo él.

—¿Y? —preguntó Diego.

—Escribe lo que tengas que escribir —dijo él—. Después te llamo.

En Los Próceres, el sol seguía blanco sobre las estrías de agua.

A veces, recordó, cuando el calor y la locura aturdían, todos los chiflados de la cofradía se lanzaban al estanque mayor, sin quitarse los zapatos, chapoteando y gritando al modo de los niños como si el mundo y la vida hubiesen estado allí desde siempre con la sola finalidad de entregárseles.

El sol seguía blanco: era una tarde espléndida de domingo para caminar por Los Caobos con La Flaca y los chicuacos. ¿Me esperaban?

Diego retrocedió el videocasete hasta el momento en que comenzaba la secuencia de la mosca: quería hacer de aquella metáfora trivial —el insecto que importuna al Presidente

durante su alocución oficial— el pivote recóndito del comentario que debía insertar en la columna... También tenía un título que el propio Fernando le había deslizado el domingo anterior, en la caminata relajante que se permitiera después de la prolongada —e inútil— vigilia del llamado Viernes Negro. Miró la imagen del aparato de video: ahora el Presidente parecía deslizar su mano izquierda hacia el bolsillo exterior del paltó, ¿incluiría una referencia ligera sobre los hábitos alimenticios del Presidente? No, resultaría un lugar común en conexión con las caricaturas que explotaban la veta y que, según los cercanos decían, divertían a mares al mandatario. De cualquier manera, algún espacio debía abrirle al humor aun dentro de la gravedad de las circunstancias. Era su estilo, lo incluiría no sólo porque fuese su estilo sino también porque, de no hacerlo, ningún lector se lo perdonaría. Era el pulso del país.

Carmen Luisa apareció con una taza de café para que te mantuvieras lúcido, papi, no entendía ella cómo seguías en pie. Él la besó y ella, te esperaba leyendo, cariño, mientras le asestaba un golpecito con el segundo tomo de *Los símbolos de la femineidad en las culturas polinesias*. ¿Cuál era el título que Fernando le había sugerido? La mosca lo había hecho olvidar. Lo del tábano convertido en pesadilla durable le atraía: tenía la convicción de que el drama —a pesar de la sonrisa forzada del cacique— recién comenzaba. El día negro no había sido el fofo viernes anterior; el día negro, muy probablemente, no sería otro que el día repetido del futuro. Dejó la imagen móvil del videocasete en la pantalla y salió al balcón. Desde el valle, el rumor de la madrugada cruzaba el aire seco de febrero. La ciudad, lo sabía, ya no era la misma, aunque lo pareciera. Tampoco él lo era, y no pensaba en la notoriedad con que su papel como periodista estrella de la crisis lo había revestido, sino en la responsabilidad que ese protagonismo le imponía en relación con el país que le había tocado en suerte. Acaso se trataba de los mismos valores que durante toda su vida sostuviera, sólo que ahora pasaban del

pulso íntimo de sus vísceras a la tarima pública. Miles de lectores seguían con atención sus comentarios y se esperanzaban con sus humoradas utopistas sobre el mundo y el país que podían ser. La renovación en el *campus* del setenta estaba lejos, pero se sentía en paz con su conciencia. Y la gente cercana que lo había querido, lo quería más aún. Padre, por ejemplo, que había seguido las incidencias de sus denuncias con una pasión que sólo compartía con los goles del Madrid y las guitarras de las canciones republicanas. Y Fernando y La Flaca, con quienes a raíz de los acontecimientos compartidos y en particular del «dossier Peraloca», la amistad se había consolidado. Persuadido por ellos ahora se daba a la caminata enérgica y había comenzado a meditar a dos con Carmen Luisa. Y en un par de semanas se escaparían las dos parejas a Mochima, tenían que repotenciarnos, viejito, con la larga espera de la declaración oficial de quiebra no habían podido ver ni carnaval ni octavita. Amalia, Marisela y Perucho se habían ofrecido a hacerles la segunda con Huguito. Bárbara y Marina, que se llevaban magnífico a pesar de la diferencia de edades —Bárbara se empeñaba en desdoblarse en minimamá para la pequeña— se quedarían con las abuelas.

En el dormitorio, La Sigmuncita desnuda, boca abajo sobre las sábanas, los símbolos polinesios abiertos a su lado, aguardaba en duermevela. Diego la besó lentamente de pies a cabeza sin atender a los gemidos sordos que de vez en vez le llegaban desde el velo del entresueño, antes de darle vuelta y comenzar a amarla.

Epílogo

A mediados de 1987 Carmen Luisa murió. La visita de la intrusa se había anunciado años antes, en los días en que el final de la debacle nacional del febrero negro nos llevara, a La Flaca y Fernando, a ella y a mí, a una merecida escapada de días durante los cuales nos aislaríamos: sin periódicos, sin televisión, atendiendo sólo al susurro del instante. Una playita escondida en un recodo de la bahía de Santa Fe, en Mochima. A veces nos bañábamos desnudos, los cuatro, con ron bajo la noche del Caribe. Una madrugada, en la tienda de campaña, Carmen Luisa se volteó hacia mí y me pidió que le tocara los senos. No se trataba de un segundo asalto de seducción —nos habíamos lamido como la locura mandaba apenas media hora antes—, debía palparlos concienzudamente uno después de otro, su cielo, ella sentía una diferencia en el lado izquierdo.

Dos semanas después la operaron. ¿Sabía yo que las Amazonas se practicaban la ablación ritual para poder cruzarse el arco sobre el pecho sin obstáculos molestos? ¡Al fin era arquetípica! —bromeó—. Nada ocurría en vano. La circunstancia le propició ausencias y uno que otro desvarío. Monsalve, el psiquiatra que la había atendido cuando la hospitalización del 69, habló de *flash-backs* lisérgicos; ella bromeó y pidió que dejaran quietos a sus eleseditos.

La intervención fue un éxito, lo mismo que el tratamiento. Erradicación total de un primario. Radioterapia. Regresó al trabajo con una energía que nunca antes nadie —ni siquiera los cofrades sobrevivientes de la adolescencia— le había conocido.

La tregua duró cuatro años. Un día, mientras comíamos, se quejó de un dolor en la cadera. Le comenté que era parte del síndrome de la computadora, que tres horas diarias en aquel aparato lisiaban a cualquiera, que a mí también me ocurría, bebé. La abrieron y la cerraron durante la tarde siguiente. Casi no tuvo agonía. No me moví de su cabecera. Dos semanas después estaba tan marchita que apenas hablaba. Pudo reunir fuerzas para balbucear un compromiso: si se trataba de luchar, de ponerle voluntad a la vida, ella todavía tenía recursos, le fuera sincero, ¿valía la pena? Maldije haber nacido, y me oí oyendo a alguien que no era yo decir que le decía que no, que ya no había, que no.

Me miró, lo juro, con los mismos ojos con que me había mirado 13 años atrás, en el torpe hola con que nos conocíramos en la celebración de *Voces...* de El Llanero, y cerró los párpados en silencio.

Los funerales, tal como ella había querido, fueron una extraña fiesta que se atuvo al Telemann y al Shankar que ella había dispuesto —me confesó sonriendo alguna vez— desde la propia madrugada de la carpa.

En la ceremonia, desde lejos, pude ver a Antonio, que le daba el pésame a don Felipe. Había regresado al país, como era esperable, por la puerta mayor y sin culpas que purgar. Nadaba en divisas, si bien ahora mantuviera para sus placeres un perfil más bajo que en los tiempos frenéticos de la década anterior.

Verónica, que visitara varias veces a Carmen Luisa durante la enfermedad, llegó con Tulio: no eran pareja, pero habían construido una estrecha amistad que, me pareció, los hacía ver cercanos y cálidos.

Los viejos nos acompañaron en el velorio y en el entierro. Aunque sabía del afecto incondicional que le profesara a Carmen Luisa, me sorprendió la presencia de padre. Unas semanas antes, con despliegue de ocho columnas y una foto de Gorbachov que lo mostraba agotado y sonriente, la prensa

anunciaba el desmontaje del sistema soviético. *Perestroika*. Pensé con estupor en las siete décadas de historia que la palabra cerraba, y pensé en padre. A pesar de la vigilia en la clínica y del trabajo que me agobiaba, recogí tiempo de donde no tenía para visitarlo. Me resultó imposible incorporarlo a la conversación: a mis intentos respondía con monosílabos. Temí que, en estas circunstancias, la noticia de la muerte de La Sigmuncita terminara de derribarlo. No fue así; desatendiendo a la garúa que cayó a lo largo de la tarde, nos siguió hasta la hora del regreso.

La Flaca, Marisela y Amalia, que se turnaron para relevarse en los días de la clínica y para cuidar de la niña, se ocuparon de nuevo de Marina.

Fernando, por su parte, acaso por la meditación, acaso porque desde los tiempos en que fueran pareja nunca dejó de ver a Carmen Luisa como un «ser trágico», dio muestras de un dominio de sí mismo que ya quisiera yo para mí en mis momentos.

No tenía en ese entonces la más remota sospecha de las calamidades por las que él y La Flaca habían atravesado en los tiempos locos. Tuve que esperar el lento trabajo del alivio para que, semanas después, el insondable baúl de La Sigmuncita me pusiera en autos. El triángulo de los setenta. Fernando y Laura y La Flaca. Y La Flaca, más tarde, al cabo de la cuerda floja, tomando a Carmen Luisa de confidente: «de no ser por ti, por tu paciencia», le escribía, «esta mano no estaría aquí. De nuevo me has salvado». Esa tarde, recuerdo, Marina jugaba a mi lado. Cada dos por cuatro interrumpía su ensimismamiento para curiosear sobre los fajos de papeles que yo por primera vez sacaba del baúl sobreponiéndome a mi asombro. Eran «los tíos», ¿no los reconocías, princesa? Eran «tío Fernando y tía Flaca», ¿veías? Le respondía a una de sus preguntas sobre una foto que envejecía y amarilleaba. ¿Y esta otra que estaba al lado, con esa franela tan rara? Se llamaba Laura y también se llamaba La Polaca. ¿Había muerto también

como mamá? No, Laura estaba viva. ¿Y por qué nunca la veía? Estaba lejos, cariño, viajaba mucho ella. ¿También era tía?, me preguntó, con unos ojos de picardía que no dejaba lugar a la ingenuidad y que me recordaron la mirada inteligente de Carmen Luisa en sus ratos de humor. La miré: sí, mi amor, también era tía, le respondí, cómplice.

De este asunto, dos detalles llamaron mi atención. Por una parte, el que La Flaca y Fernando hubiesen sobrevivido juntos al temporal. Por otra, el que debido a la discreción de Carmen Luisa yo nunca me hubiese enterado del *menage*, a pesar de la proximidad de sus protagonistas.

En cuanto a mí, trabajo no me falta, aunque los coletazos de la crisis, que no ha hecho otra cosa que agravarse después del inefable Viernes Negro, hayan adelgazado mi bolsa. Y está en mí, claro, el cuidado de Marinita. No me seducen para nada ni los días en que le ha tocado crecer ni el mundo que la aguarda, pero esta certeza, antes que deprimirme, me compromete. No quiero fallarle. Me he mudado de nuevo a La Candelaria, cerca de los viejos y de los lugares de la infancia. Ellos, insistieron, me ayudarían con la niña, debía saber ya cómo adoraban a la nieta, decían. Ahora con frecuencia, cuando paso en la noche a recogerla, no es raro encontrarme a la niña junto a padre, uno al lado del otro en el cuenco de la hamaca, dormidos. Madre dice que a papá le encanta dormirse con las canciones de la guerra, que ahora es Marinita quien se las canta a él. ¿Ella a él? ¿Las del quinto regimiento, y dele?, le pregunto. ¿De qué te ríes?, responde, con eso te dormíamos a ti; si la entonas a buen ritmo empieza a sonar como un arrorró de cuna, prueba si quieres.

Otro asunto que aún queda por resolver es el destino que le daré a los papeles de Carmen Luisa. Publicarlos, sí, pero en qué género y cómo. Hay crónica allí, y diarios y reflexiones y ficción, ¡un cuento de 40 años! «Libertad total», me dijo, «puedes hacer con ellos lo que quieras, quemarlos, incluso». Sabía que no lo haría.

La amistad de Fernando y La Flaca ha sido el bálsamo en todos estos años. Las caminatas enérgicas por las noches. La meditación. ¿Qué diría el combo libertario del zen, del vedanta, de la meditación? Me oigo pensar esto y me sorprende. Pero en fin, acaso no haya mejor destino, como decía Carmen Luisa, que el de reaprender una y otra vez el brevísimo resplandor de la vida... y permitir que él, en su tiempo, aprenda a su vez a olvidarnos.

Índice

Prefacio	5
Capítulo I	7
Capítulo II	41
Capítulo III	85
Capítulo IV	113
Capítulo V	145
Capítulo VI	183
Capítulo VII	219
Capítulo VIII	241
Capítulo IX	285
Capítulo X	315
Capítulo XI	337
Capítulo XII	377
Capítulo XIII	407
Capítulo XIV	443
Capítulo XV	467
Epílogo	499

Este libro se terminó de imprimir
en mayo de 2003,
en los talleres de ANAUCO EDICIONES C.A.,
situados en Delicias a Concordia,
edif. Concordia, La Pastora,
Caracas, Venezuela.
Impreso en papel Tamcreamy.

